
P. D. JAMES
INTRIGAS Y DESEOS

Adam Dalgliesh, necesita unas vacaciones. Acaba de publicar su último poemario y está cansado de investigar homicidios, así que decide tomarse un respiro fuera de Londres. Sin embargo, el destino elegido está situado en las costas de Norfolk, el área de acción de un asesino en serie que ha matado ya a cuatro mujeres, y aunque a regañadientes, Dalgliesh tratará de desenmarañar el entramado de intrigas y deseos que ha convertido toda la región en un infierno criminal.

P. D. James

Intrigas y deseos

Adam Dalgliesh - 8

ePub r1.1
baloocan 26.12.2019

Título original: *Devices and Desires*
P. D. James, 1989
Traducción: Roser Berdagué

Editor digital: baloocan
ePub base r2.1



Nota de la autora

Esta historia se desarrolla en un lugar imaginario de la costa nordeste de Norfolk. Los enamorados de esta remota y fascinante región de East Anglia deberán situarlo entre Cromer y Great Yarmouth, aunque no por ello reconocerán su topografía y localizarán la Central de Energía Nuclear de Larksoken, ni la aldea de Lydsett, ni el molino. Hay otros topónimos que son auténticos, pero estos no representan más que un hábil recurso de la escritora para incorporar su poquito de autenticidad a unos hechos y unos personajes absolutamente ficticios. En esta novela tan solo el pasado y el futuro son reales; el presente, al igual que las personas y el escenario, no existe más que en la imaginación de la autora y de sus lectores.

PRIMERA PARTE

Del viernes 16 de septiembre al martes 20 de septiembre

Capítulo 1

La cuarta víctima del Silbador fue la más joven: Valerie Mitchell, quince años, ocho meses y cuatro días, y murió por haber perdido el autobús número cuarenta y nueve que cubría el trayecto desde Easthaven hasta Cobb's Marsh. Como siempre, había esperado hasta el último minuto y, al deshacerse de las atenazadoras manos de Wayne, comunicar a grito pelado las instrucciones para la próxima semana a Shirl para hacerse oír pese al estruendoso ritmo de la música, y abandonar la pista de la discoteca, esta todavía era un hervidero de cuerpos, compacto y arremolinado, que giraba bajo los haces fugitivos de las luces estroboscópicas. La última imagen que conservó de Wayne fue su rostro moviéndose a sacudidas, extrañamente cubierto de rayas luminosas rojas, amarillas y azules volteando vertiginosamente. Sin esperar a cambiarse los zapatos, arrancó su chaqueta de la percha del guardarropa y, pasando como una exhalación por las oscuras tiendas que bordeaban la calle en dirección a la parada del autobús, con la voluminosa bolsa en bandolera golpeándole las costillas, al volver la esquina para llegar por fin a la parada, pudo ver con horror que las luces situadas en lo alto de los postes brillaban tristemente por su ausencia y aún tuvo tiempo de contemplar el autobús, que ya estaba a medio camino de la cuesta. Todavía le quedaba la esperanza de que el semáforo le cortara el paso y esto la hizo lanzarse a la carrera a pesar de sus frágiles zapatos y de los tacones altos, pero la luz del semáforo estaba verde y la muchacha contempló impotente, jadeando y con el cuerpo doblado por un repentino calambre, cómo el vehículo remontaba la cresta del repecho y, cual un barco engalanado con todas sus luces, desaparecía de su vista.

—¡Oh, no! —exclamó con mirada anhelante—. ¡Dios mío, no!

Lágrimas de ira y de desesperación le quemaban los ojos.

Aquello era el final. Quien hacía las leyes en su casa era su padre, y nunca había apelación, nunca había una segunda oportunidad. Después de interminables discusiones y de imploraciones repetidas había podido conseguir que le dieran permiso para ir los viernes por la noche al baile organizado en la discoteca por la asociación de jóvenes de la parroquia, pero eso sí, siempre que volviera en el cuarenta y nueve sin excusa alguna. El autobús la dejaba en Crown and Anchor, Cobb's March, a unos cincuenta metros de su casa. A partir de las diez y cuarto su padre ya comenzaba a estar ojo avizor, atento al paso del autobús, que pasaba por delante mismo de la habitación donde él y su mujer mataban el tiempo ante el televisor, con las cortinas corridas para ver la calle. Y prescindiendo del programa que estuvieran dando o del tiempo que hiciera, su padre se ponía la chaqueta y se echaba a la calle para recorrer aquellos cincuenta metros que le separaban de su casa, pese a que, solo salir, ya le echaba la vista encima. Desde que el asesino de Norfolk había iniciado su racha de crímenes, su padre todavía tenía una justificación más para ejercer aquella llevadera tiranía doméstica que —ella así lo entendía a medias— él consideraba un deber ejercer con ella por el hecho de ser hija única y porque

disfrutaba ejerciéndola. El concordato entre los dos había quedado establecido muy pronto:

—Tú pórtate bien conmigo y yo me portaré bien contigo, hija mía.

Valerie quería a su padre, pero también lo temía un poco… temía que se enfadara. Ahora veía muy claro que hoy se organizaría una de aquellas terribles peloteras en las que sabía muy bien que podía acudir a su madre en busca de ayuda. Sabía también que aquella iba a ser la última de sus salidas de los viernes y que ya no podría ir a divertirse con Wayne, Shirl y el grupo. Si estos ya le tomaban el pelo y la compadecían porque su padre la trataba como una niña pequeña, lo que vendría ahora sería la humillación total.

Lo primero que le dictó la desesperación fue recurrir a un taxi y salir en persecución del autobús, pero no sabía dónde podía encontrarlo y por otra parte tampoco llevaba suficiente dinero; de eso estaba más que segura. Otra cosa posible era volver a la discoteca y pedir dinero prestado a Wayne, a Shirl y a todos los del grupo, pero Wayne estaba siempre sin blanca y Shirl era una roñosa y le hubiera costado Dios y ayuda convencerla y camelarla.

De pronto surgió la salvación. El semáforo había vuelto al rojo y observó un coche que se acercaba lentamente y que se ponía a la cola de otros cuatro que ya esperaban. Valerie se sorprendió al ver que tenía valor para dirigirse a las dos señoras mayores que ocupaban el interior hablándoles desde la ventanilla de la izquierda, cuyo cristal estaba bajado hasta la mitad.

Agachándose ante el cristal medio bajado, dijo casi sin aliento:

—¿Pueden llevarme? Déjenme en cualquier parte en dirección a Cobb’s March. Acabo de perder el autobús. ¡Se lo pido por favor!

Incluso la desesperada imploración final dejó a la conductora inconmovible: fijó la mirada al frente, frunció el ceño, movió negativamente la cabeza y pisó el embrague. Su compañera adoptó un aire titubeante, la miró a continuación, enderezó el cuerpo y soltó el seguro de la puerta trasera.

—¡Entra! ¡Venga, aprisa! Nosotras vamos hasta Holt. Podemos dejarte en el cruce.

Valerie se coló en el coche y este se puso en marcha. Por lo menos iban en la dirección que le interesaba y en un par de segundos pensó en el plan que pensaba poner en marcha. Desde el cruce de Holt hasta el punto de incidencia con el trayecto del autobús había unos quinientos metros. No le quedaba otra solución que recorrerlos a pie y coger el autobús en la parada anterior a Crown and Anchor. Tenía tiempo de sobra, porque el autobús tardaba como mínimo veinte minutos en hacer sus meandros a través de los diferentes barrios intermedios.

La primera en hablar fue la mujer que conducía.

—No deberías andar subiéndote a los coches así por las buenas —dijo—. ¿Sabe tu madre que estás por ahí, sabe de veras lo que haces? Me parece que ahora los padres se preocupan muy poco de sus hijos.

¡Vieja vaca! ¿Qué le importaba lo que pudiera hacer? Si aquello se lo hubiera dicho una de las maestras de la escuela le habría soltado una que le habría callado la boca, pero se tragó el comentario normal en los adolescentes ante las críticas de los adultos. Ya que dependía de aquel par de viejas, mejor mantener cerrada la boca.

—Tenía que coger el autobús cuarenta y nueve. Mi padre me mataría si supiera que he subido a un coche. De todos modos, no me habría montado si el coche lo hubiera conducido un hombre.

—Eso espero. Y tu padre tiene razón sobrada en mostrarse intransigente con esto. Corren tiempos muy peligrosos para las chicas… por no hablar, además, del Silbador. ¿Dónde vives exactamente?

—Vivo en Cobb's Marsh, pero tengo unos tíos que viven en Holt. Si me deja en el cruce, mi tío me llevará a casa. Vive al lado del cruce. Con tal de que me deje en el cruce, estoy salvada, en serio.

La mentira le había salido de manera espontánea y fue tragada con la misma facilidad. Nadie dijo nada más. Valerie se quedó quieta detrás, observando la parte trasera de aquellas dos cabezas grises, el cabello corto y las manos de la conductora puestas sobre el volante, con la piel cubierta de las pecas propias de la edad. Pensó que, por el aspecto, debían de ser hermanas. La primera ojeada que les había echado encima le había revelado unas cabezas cuadradas muy parecidas, unas barbillas igualmente enérgicas, unas cejas que dibujaban una curva idéntica sobre unos ojos a la vez ávidos y huraños. Se imaginó que debían de haberse peleado, porque dentro del coche se notaba la tensión que reinaba entre ellas. Sintió un alivio cuando, sin una sola palabra, la que conducía la dejó en el cruce y pudo escabullirse del coche y, farfullando las gracias, contemplar cómo lo perdía de vista. Aquellos iban a ser los últimos seres humanos que la verían con vida, a excepción de otro.

Se agachó un momento para cambiarse los zapatos por los otros, más corrientes, que sus padres le obligaban a llevar para ir a la escuela y que tenía en la bolsa, ahora mucho más ligera, y comenzó a alejarse de la ciudad y a encaminarse a la parada donde aguardaría el autobús. La calle era estrecha y oscura, bordeada a un lado por una hilera de árboles, negras siluetas recortadas sobre el cielo tachonado de estrellas, y al otro, a su izquierda, por donde caminaba, por una estrecha franja de matas y arbustos que de cuando en cuando se hacían más densos y apretados y proyectaban sombras en la calle. Hasta aquel momento la única sensación que había experimentado era de alivio al comprobar que todo le estaba saliendo bien: cogería el autobús. Sin embargo, ahora, ante aquel pavoroso silencio, roto únicamente por el sonido de sus leves pasos, extrañamente ruidosos, sintió de pronto una angustia insidiosa que iba apoderándose de ella y los primeros aguijonazos del miedo. Una vez identificado, reconocido su traicionero poder, el miedo ya la poseyó toda y se transformó inexorablemente en terror.

Estaba acercándose un coche, símbolo de seguridad y de normalidad, pero al mismo tiempo de nueva amenaza. Todo el mundo decía que el Silbador debía de ir en

coche. ¿Cómo habría podido, de no ser así, actuar en lugares del país tan distantes entre sí o escapar como lo hacía, una vez consumada su horrible obra? Se detuvo amparada en la protección de los arbustos, mientras un miedo era sustituido por otro. Hubo como una oleada sonora, un brillo momentáneo de luces ante ella y, junto con una racha de viento, el coche pasó raudo ante sus ojos. Ahora volvía a estar sola en medio de la oscuridad y del silencio. ¿Lo estaba realmente? De su mente se apoderó la imagen del Silbador, recordó los rumores que circulaban, las verdades a medias que iban a desembocar en una terrible realidad: era un estrangulador de mujeres y hasta ahora había estrangulado a tres. Después les cortaba el cabello y les embutía con él la boca, como se embute con paja la boca de Guy el 5 de noviembre[1]. Los chicos de la escuela se reían del Silbador y solían silbar en los cobertizos cuando dejaban las bicicletas, ya que decían que, después de acabar con sus víctimas, silbaba ante su cadáver.

—¡Como te coja el Silbador!… —gritaban los chicos.

Podía estar en cualquier parte, acechaba siempre de noche. Ahora mismo podía estar aquí. Sintió el impulso de echarse al suelo y de apretar su cuerpo contra la tierra blanda y olorosa, el impulso de taparse las orejas, de quedarse allí quieta hasta que se hiciera de día… pero consiguió dominar el pánico. Tenía que llegar al cruce y tomar el autobús. Se obligó, pues, a echar a andar y a salir de la sombra, a reanudar aquella marcha casi totalmente silenciosa.

Tenía ganas de echar a correr, pero supo resistirse. Aquel ser, hombre o animal, agazapado en la maleza, ya estaba olfateando su miedo y lo único que esperaba era que estallara el pánico. Entonces sería cuando oiría el crujido del ramaje, los pasos al avanzar, sentiría el aliento jadeante y cálido en el cuello. No podía dejar de andar, rápidamente pero en silencio, con la bolsa fuertemente apretada contra el cuerpo, respirando anhelosamente, la vista clavada al frente. Y mientras caminaba, iba rezando:

—Te lo pido por favor, Dios mío, haz que llegue sana y salva a casa y no volveré a mentir nunca más. Volveré siempre temprano a casa. Haz que pueda llegar hasta el cruce y que el autobús venga enseguida. ¡Por favor, Dios mío, ayúdame!

Y de pronto, como por milagro, su oración obtuvo respuesta. Súbitamente, unos treinta metros más adelante, había una mujer. No paró a preguntarse de dónde había podido surgir aquella misteriosa figura, aquella mujer delgada que caminaba lentamente delante de ella, materializada repentinamente. A medida que iba aproximándose con paso rápido a la mujer distinguió una melena de largos cabellos rubios, que asomaban por debajo de un sombrerito ajustado, y lo que le pareció una gabardina ceñida con un cinturón. Y al lado de la joven, trotando alegremente y con aire de lo más tranquilizador, un perrito blanco y negro, patizambo. Bien, caminaría con ella hasta el cruce. A lo mejor pensaba tomar el mismo autobús. A punto estuvo de gritarle:

—¡Ya voy, ya voy!

Y a punto estuvo también de echar a correr, de ir hacia aquella mujer buscando seguridad y protección, como el niño que corre a los brazos de su madre.

Fue en ese momento cuando la mujer se agachó y soltó el perro. Como obedeciendo una orden, este se escurrió entre los arbustos. La mujer se volvió para atrás y echó una rápida mirada, después de lo cual se quedó quieta, aguardando con la espalda apenas vuelta hacia Valerie y la correa del perro colgando de la mano derecha. Valerie casi se echó sobre aquella espalda que parecía aguardarla. Y entonces, lentamente, la mujer se volvió. Fue un segundo de horror paralizante y total. Valerie pudo contemplar aquel rostro lívido y tenso que no había sido nunca el rostro de una mujer, la sonrisa simple, incitante, casi como disculpándose, los ojos llameantes y despiadados. Abrió la boca para gritar, pero no pudo hacerlo: el horror la había dejado muda. De un solo movimiento, el nudo corredizo de la correa se deslizó por su cabeza, se tensó y se sintió arrastrada desde la calle hasta la sombra de los arbustos. Sintió que caía a través del tiempo, del espacio, de toda la eternidad de horror, y sintió también el calor de aquel rostro que tenía sobre el suyo, olió la bebida en aquel aliento, el sudor, un terror que igualaba al suyo propio. Los brazos se le levantaron en una sacudida, pero cayeron impotentes. Y ahora sintió que el cerebro le estallaba, un profundo dolor en el pecho que iba creciendo como una inmensa flor roja hasta que por fin se rompía en un grito silencioso, sin palabras:

—¡Mamá, mamá!

Y después ya no había terror ni dolor tampoco, solo una piadosa oscuridad que lo borraba todo.

Capítulo 2

Cuatro días más tarde, el comandante Adam Dalgliesh, de New Scotland Yard, dictaba una nota final a su secretario, dejaba limpia de asuntos pendientes su bandeja, cerraba con llave el cajón de su escritorio, confiaba su caja de seguridad a la combinación secreta y se disponía a tomarse unas vacaciones de un par de semanas, que pensaba pasar en la costa de Norfolk. Se trataba de unas vacaciones extraordinarias y estaba decidido a asumirlas. Con todo, las vacaciones no eran enteramente terapéuticas, puesto que había en Norfolk ciertas cuestiones que requerían su atención. Una tía suya, que era el último familiar vivo que le quedaba, había muerto dos meses antes y lo había dejado heredero tanto de su fortuna como de un molino de viento restaurado que poseía en Larksoken, en la costa nordeste de Norfolk. Su fortuna había resultado sorprendentemente importante, si bien le había reportado algunos problemas que de momento no tenía resueltos. El molino constituía un legado menos oneroso, si bien también presentaba dificultades menores. Había pensado que debía vivir en él como mínimo una o dos semanas antes de decidir si lo conservaba tal como estaba para pasar en él vacaciones ocasionales, si optaba por venderlo o si lo cedía por una cantidad simbólica al Consorcio de Molinos de Viento de Norfolk que, según las noticias que le habían llegado, estaba siempre dispuesto a restaurar los viejos molinos para ponerlos en funcionamiento. Por otra parte, estaban también los papeles de su tía y sus libros, especialmente su amplia biblioteca sobre ornitología, que era preciso examinar, clasificar y situar donde correspondiera. Eran tareas que le resultaban muy agradables. Desde su infancia detestaba las vacaciones totalmente desprovistas de un objetivo específico. Ignoraba de qué arrepentimientos infantiles o de qué imaginarias responsabilidades arrancaban aquellas raíces de las que había acabado por surgir un curioso masoquismo que, al alcanzar la mediana edad, había rebrotado con nuevos bríos. Pero el hecho de que tuviera algo que hacer en Norfolk también le complacía porque sabía que aquel viaje tenía algo de huida. Después de cuatro años de silencio, acababa de publicarse su nuevo libro de poesía *Caso para respuesta y otros poemas*, acogido con considerable aclamación por parte de la crítica, cosa sorprendentemente gratificadora, y con un interés todavía más grande por parte del público que, cosa menos sorprendente, le costaba bastante más asumir. Después de los casos de asesinato más sonados que había resuelto, los esfuerzos de la oficina de prensa de la Policía Metropolitana se habían centrado en protegerlo contra una desaforada publicidad. Las prioridades de sus editores, un tanto diferentes, eran más difíciles de contentar, hecho por el cual se sentía francamente contento de tener una excusa para escapar, aunque solo fuera durante un par de semanas.

Ya se había despedido previamente de la inspectora Kate Miskin, ahora ocupada en un caso. El inspector jefe Massingham había sido promovido al puesto de mando intermedio de la escuela de policía de Bramshill, paso que lo acercaba un poco más, a

través de su planificado avance, hacia los galones de jefe, y entretanto Kate había ocupado temporalmente su puesto como segunda oficial, después de Dalgliesh, en el escuadrón especial. Entró, pues, en el despacho de la inspectora para dejarle anotada la dirección que tendría durante las vacaciones. Como de costumbre, el despacho estaba impoluto, con apariencia de eficiencia y a la vez de femineidad, una de las paredes alegrada por un solo cuadro, pintura abstracta al óleo pintada por la propia Kate, que era un estudio de ocres presentados en medio de un remolino de pinceladas, realzadas por una sola nota de color verde ácido, cuadro que a Dalgliesh le estaba gustando cada día más a fuerza de irlo contemplando. Sobre el ordenado escritorio destacaba un jarroncito de cristal con un ramillete de fresias. Su perfume, fugaz al primer momento, de pronto se le hizo presente, reforzando en él aquella curiosa impresión de siempre, que le hacía pensar que el despacho de Kate estaba más lleno de su presencia física cuando ella no estaba que cuando se encontraba trabajando ante su escritorio. Dalgliesh dejó la nota en el centro matemático del inmaculado papel secante y, al cerrar la puerta tras él, sus labios dibujaron una sonrisa, innecesario gesto de cortesía dadas las circunstancias. Tras asomar la cabeza por la puerta del departamento de contabilidad para hacer una recomendación final, ya no le quedó otra cosa que emprender el camino hacia el ascensor.

La puerta del ascensor ya se estaba cerrando cuando oyó unos pasos que corrían en dirección al mismo, oyó la voz afable de Manny Cummings y presenció cómo este saltaba al interior con tiempo justo para no recibir el trallazo del acero de la puerta al cerrarse. Como siempre, Cummings daba la impresión de encontrarse en un remolino de energía desbordante, como si las cuatro paredes del ascensor no fueran suficientes para contenerla. Blandía en la mano un enorme sobre de color tostado.

—Menos mal que te he atrapado, Adam. Te escapas a Norfolk, ¿verdad? Si los de Investigación Criminal echan el guante al Silbador, dale un vistazo de mi parte y comprueba si es el de Battersea.

—¿El estrangulador de Battersea? ¿Lo crees probable dada la época y el informe del médico? Yo no veo ninguna posibilidad.

—Tú no ves ninguna posibilidad pero Uncle no está contento hasta que se han revisado todas las piedras y explorado todos los caminos. De momento yo he reunido unos cuantos detalles y tengo las transparencias a punto, por si acaso. Como sabes, ya hemos hecho un par de tanteos. Y he dicho a Rickards que estarás sobre el asunto. ¿Te acuerdas de Terry Rickards?

—Sí, me acuerdo.

—Parece que ahora es inspector jefe… Le han ido bien las cosas en Norfolk, mejor que si se hubiera quedado con nosotros. Además me han dicho que se ha casado, cosa que le habrá sentado de maravilla. ¡Un tío de armas tomar!

—Pienso estar sobre el asunto pero, por poco que pueda, no con su equipo. Y como pongan las manos encima del Silbador, ¿qué tal te vendría un día en el campo?

—Odio el campo y detesto particularmente los lugares donde no hay montañas. ¡Piensa en el dinero público que ibas a ahorrar! Si la cosa lo vale, bajaré… ¿o hay que decir subiré? Te lo agradezco muy de veras, Adam. Que pases unas buenas vacaciones.

Solo Cummings podía tener cara para pedirle una cosa así, si bien la petición no estaba tan fuera de razón como eso, ya que Dalgliesh aventajaba en antigüedad a Cummings solo en unos meses y por otra parte él siempre había abogado por la cooperación y el uso de recursos comunes. No era probable, además, que se viera obligado a interrumpir sus vacaciones para tener que echar una ojeada, ni siquiera superficial, al Silbador, el célebre coleccionista de asesinatos de Norfolk, ni vivo ni muerto. Llevaba dieciocho meses actuando y su última víctima —¿no era Valerie Mitchell su nombre?— era la número cuatro de la serie. Este tipo de casos eran sumamente difíciles, requerían mucho tiempo y conducían a muchas decepciones, ya que en general dependían más de la buena suerte que de una labor de investigación. Mientras bajaba por la rampa que conducía al garaje subterráneo, echó una mirada al reloj. Tres cuartos de hora más tarde estaría de camino, pero primero tenía que armarse de valor y hacer una visita a sus editores.

Capítulo 3

El ascensor de la casa Herne & Illingworth, situada en Bedford Square, era casi tan antiguo como la propia casa, algo así como un monumento levantado a la obstinada adhesión de la empresa a una elegancia trasnochada y a la vez a una ineficacia ligeramente excéntrica detrás de la cual iba cobrando forma una política bastante más lanzada. Al tiempo que Dalgliesh iba siendo transportado hacia arriba en una serie de desconcertantes sacudidas, se hacía la reflexión de que, aunque haya que admitir que el éxito es más agradable que el fracaso, tiene también sus desventajas concomitantes, una de las cuales, encarnada en la persona de Bill Costello, director publicitario, estaba esperándole en su claustrofóbico despacho del cuarto piso.

Los cambios operados en la suerte de sus poemas habían coincidido con cambios en la propia empresa. Herne & Illingworth seguía existiendo en la medida en que su nombre estaba impreso o grabado en las cubiertas de los libros, debajo del antiguo y elegante colofón de la editorial, pero en la actualidad esta había pasado a formar parte de una corporación multinacional, que últimamente había incorporado los libros a su producción de alimentos envasados, azúcar y tejidos. El viejo Sebastian Herne había vendido una de las pocas editoriales familiares que quedaban en Londres por ocho millones y medio e inmediatamente después se había casado con una monísima ayudante que trabajaba en el departamento de publicidad y que no estaba aguardando otra cosa que la firma de aquel contrato para, no sin ciertos recelos pero sí con una prudente previsión de futuro, renunciar a la condición recién adquirida de amante para trocarla por la de esposa. Herne había muerto a los tres meses de la boda, lo que había provocado abundantes comentarios procaces, pero muy pocos pesares. Sebastian Herne había sido a lo largo de toda su vida un hombre precavido y convencional, que solo reservaba la excentricidad, la imaginación y los riesgos ocasionales para su negocio laboral. Se había pasado treinta años viviendo como un marido fiel pero falto de imaginación, cosa que había hecho pensar a Dalgliesh que, cuando un hombre pasa casi setenta años sumergido en una vida hecha de convencionalismos y absolutamente intachable, es muy probable que sea porque esto es lo que exige su naturaleza. Herne había muerto menos de agotamiento sexual, suponiendo que la circunstancia sea tan médicamente verosímil como a los puritanos les gustaría que fuera, que de una exposición fatal al contagio de una moralidad sexual a la moda.

La nueva dirección promocionaba entusiásticamente a los poetas, tal vez porque veía que la lista de los vates suponía una valiosa manera de contrarrestar la vulgaridad y la pornografía suave de los novelistas que mejor se vendían, presentados con inmensos miramientos y distinciones, como si la elegancia del envoltorio y la calidad de impresión fueran capaces de elevar la extrema banalidad comercial al rango de literatura. Bill Costello, que había sido nombrado director el año anterior, no veía por qué motivo Faber & Faber debía tener el monopolio de la edición de buena

poesía y supo promocionar una lista de poetas a pesar del rumor de que en su vida había leído un solo poema. El único interés que tenía en los versos estaba representado por su presidencia del MacGonagall Club, cuyos miembros se reunían todos los primeros martes de cada mes en un *pub* de la ciudad para regalarse con el famoso pastel de riñón y carne preparado por su propietaria y, tras engullir una impresionante cantidad de líquido, recitarse mutuamente los más risibles esfuerzos del peor poeta que posiblemente haya dado Inglaterra. Otro poeta había dado a Dalgliesh su propia versión del lance:

—Ese pobre diablo ha tenido que leer tal cantidad de poesía moderna, absolutamente incomprensible para él, que no debe sorprendernos que necesite una ración ocasional de estupideces que le resulten comprensibles. Es como el marido fiel que de cuando en cuando necesita el consuelo terapéutico del burdel local.

Dalgliesh estimaba que la teoría era ingeniosa, pero poco creíble. No existían pruebas de que Costello leyera ninguno de los poemas que con tanta asiduidad publicaba, sino que más bien acogía todo nuevo candidato a la fama aupado por los medios de comunicación con una mezcla de empecinado optimismo y de ligero recelo, como si supiera de antemano que se encontraba ante un hueso difícil de roer.

Su rostro aniñado, melancólico y de rasgos pequeños, desentonaba curiosamente con su figura a lo Billy Bunter. A lo que parece, su principal problema estribaba en decidir si debía llevar el cinturón más arriba o más abajo de la panza, ya que se decía que llevarlo arriba era indicio de optimismo, mientras que ponérselo debajo más bien era signo de depresión. Hoy se había decidido por llevarlo muy suelto, algo más arriba del escroto, con lo que proclamaba a los cuatro vientos un pesimismo que la conversación subsiguiente no hizo sino confirmar.

En un determinado momento, Dalgliesh dijo con firmeza:

—No, Bill, no pienso tirarme en paracaídas en el estadio de Wembley con el libro en una mano y el micrófono en la otra. Tampoco pienso competir con el locutor de radio voceando mis versos para deleite de los que toman diariamente el tren en Waterloo. ¡Bastante trabajo tienen los pobres para atrapar el tren!

—¡No, esto ya se ha hecho! No tiene interés. En cuanto a lo de Wembley, ¡menuda tontería! No sé cómo se le ha ocurrido. Mire, esto sí que es formidable. Lo he hablado con Colin McKay y está entusiasmado. Vamos a alquilar un autobús rojo de dos pisos y recorreremos todo el país. Bueno, todo lo que se pueda recorrer del país en diez días. Que Clare le muestre el esquema y el programa.

—Como un autobús para una campaña política, ¿verdad? Carteles, consignas, altavoces, globos… —contestó Dalgliesh con voz grave.

—De poco serviría todo esto si no anunciara alguna cosa al público.

—Si Colin va a bordo, la gente verá inmediatamente de qué se trata. ¿Cómo se las arreglará para mantenerlo sobrio?

—Colin es un gran poeta, Adam, y un gran admirador de usted, además.

—Lo cual no quiere decir que le encantase tenerme por compañero. ¿Qué nombre piensa dar a la campaña? ¿La marcha de los poetas? ¿El toque Chaucer? ¿Poesía sobre ruedas? ¿O se parece demasiado a lo del WI? ¿El autobús de la poesía? Por lo menos tendría el mérito de la simplicidad.

—Ya pensaremos algo. Lo que más me gusta es la Marcha de los Poetas.

—¿Y dónde parará el autobús?

—Pues en los barrios, en los ayuntamientos de los pueblos, en las escuelas, en los bares, en las cafeterías de las autopistas… allí donde haya público. Lo encuentro un plan genial. Primero pensamos en alquilar un tren, pero nos dimos cuenta de que un autobús tiene mayor flexibilidad.

—Y es más barato.

Costello pasó por alto la insinuación.

—Los poetas arriba, las bebidas y refrescos abajo. Las lecturas en la plataforma. Publicidad nacional, radio y TV. Comenzaremos a partir del Embankment. Hay posibilidades de utilizar el Channel Four y, por supuesto, *Kaleidoscope* .Contamos con usted, Adam.

—No —remachó Dalgliesh con decisión—, ni siquiera para los globos.

—¡Por el amor de Dios, Adam! Usted es escritor y es lógico suponer que quiera tener lectores… o, por lo menos, compradores. La gente está tremendamente interesada en usted, especialmente desde su último caso, el asesinato Berowne.

—Está interesada en un poeta que caza asesinos o en un policía que escribe versos, no en mis poemas.

—¿Qué importa lo que guía el interés con tal de que sea interés? ¡Y no venga con que al comisario no le gustaría! Sería una manera de escurrir el bulto.

—De acuerdo, pues: al comisario no le gustaría.

Después de todo, no tenía nada nuevo que añadir a lo que hacía tiempo que venía diciendo. Había oído las mismas preguntas innumerables veces y había hecho todo lo posible para contestarlas con sinceridad, ya que no con entusiasmo. «¿Por qué un poeta tan sensible como usted pierde el tiempo cazando asesinos?». «¿Qué cuenta más para usted, su labor como poeta o como policía?». «¿Supone un inconveniente para usted ser detective o, por el contrario, una ventaja?». «¿Por qué escribe poesía siendo como es un buen detective profesional?». «¿Cuál ha sido el caso más interesante de su vida, comandante? ¿No se le ha ocurrido nunca escribir un poema acerca del mismo?». «¿Está viva o muerta la mujer a la que dedica sus poemas de amor?». Dalgliesh se preguntaba si a Philip Larkin también le daban la lata por ser a la vez poeta y bibliotecario o si a Roy Fuller lo acribillaban a preguntas acerca de cómo se las arreglaba para combinar la poesía con el derecho.

—Sé de antemano lo que pueden preguntarme. Nos ahorraríamos muchas molestias grabando las respuestas en una cinta y emitiéndola dentro del autobús.

—No sería lo mismo. Lo que el público quiere es escuchar las respuestas directamente de usted. La gente se figuraría que no le gusta que le lean.

¿Le gustaba de veras que lo leyeran? Que lo leyeran algunas personas sí, una en particular, y que una vez leídos los poemas le hubiera manifestado su aprobación. Era humillante reconocerlo. En cuanto a los demás… seguramente lo que le gustaba era que la gente leyera los poemas, pero no que se viera obligada a comprarlos, punto de vista que difícilmente podía esperar que Herne & Illingworth compartiera. Advertía la mirada ansiosa y suplicante de Bill, como la del niño que observa cómo de pronto desaparece de su alcance la bandeja de los dulces. Su negativa a cooperar le parecía al director una actitud representativa de todo lo que había en Dalgliesh que no le gustaba. Era evidente que existía una especie de falta de lógica en el hecho de que a uno le gustara que publicaran su obra, pero que no le preocupara particularmente que se vendiera o no. Pero que encontrara desagradables las manifestaciones de carácter público que comportaba la fama no significaba que estuviera exento de vanidad, sino únicamente que prefería tenerla dominada y que en él adoptaba una forma más reticente. Después de todo, él tenía una profesión, tenía asegurada su subsistencia y ahora dispondría de la considerable fortuna de su tía. No tenía motivos para preocuparse. Se veía como una persona que gozaba de extraordinarios privilegios si se comparaba con Colin McKay, el cual probablemente debía de juzgarlo —¿y quién podría decir que no tenía razón?— como un aficionado presuntuoso y sensiblero.

Sintió un alivio inmenso cuando se abrió la puerta y entró Nora Gurney, la especialista en libros de cocina de la editorial. Entró con aire decidido y al momento, como le ocurría siempre que la veía, la mujer le recordó un inteligente insecto, impresión reforzada por sus ojos brillantes y saltones detrás de unas gafas enormes y redondas, su mono de color beige a rayas horizontales y sus zapatos planos y puntiagudos. Desde que Dalgliesh la conocía, siempre la había visto igual.

Nora Gurney se había hecho un nombre en el mundo editorial británico gracias a su longevidad (nadie recordaba cuándo había entrado a trabajar en Herne & Illingworth) y a un firme convencimiento de su competencia. Era más que probable que continuase desempeñando su trabajo bajo la nueva orientación. Dalgliesh la había visto por última vez tres meses antes, en una de las fiestas periódicas de la editorial, celebrada sin una razón particular, a menos que pretendiera con ella tranquilizar a los autores, ofreciéndoles canapés y vino, y asegurarles que seguían estado al pie de cañón y que aquella era la misma encantadora y antigua editorial de toda la vida. La lista de invitados en aquella ocasión había abarcado a los más prestigiosos autores de las principales categorías, maniobra que había venido a sumarse al ambiente general de artificialidad y de convencionalidad: los poetas habían bebido más de la cuenta y se habían abandonado a jeremiadas o a sus instintos amorosos según les dictase su naturaleza; los novelistas se habían apiñado en un rincón como perros recalcitrantes a los que se ha dado la orden de no morder, mientras que los académicos, ignorando a los anfitriones y demás invitados por igual, se habían dedicado a discutir volublemente de sus cosas, y los cocineros habían dejado ostentosamente los canapés a medio comer en el primer sitio que habían encontrado a mano con expresión de

asco, de dolorosa sorpresa o de ligero y arriesgado interés. Dalgliesh se había visto acorralado en un rincón por Nora Gurney, deseosa de discutir con él si era práctica o no la teoría que se le había ocurrido: puesto que no había dos huellas digitales iguales, ¿no podían registrarse las huellas de todos los habitantes del país, meterlas en un ordenador y llevar a cabo las correspondientes investigaciones a fin de descubrir si determinadas combinaciones de líneas y circunvoluciones podían ser indicativas de tendencias criminales? De ese modo no solo podía prevenirse el crimen, sino incluso erradicarse. Dalgliesh le había hecho observar que, puesto que las tendencias criminales eran universales, a juzgar por los lugares donde los invitados habían dejado aparcados sus coches, los datos habrían sido imposibles de manejar, por no hablar además de los problemas logísticos y éticos que podía plantear el registro masivo de huellas digitales y el hecho desalentador de que el crimen, suponiendo que pueda ser válida su comparación con la enfermedad, era más fácil de diagnosticar que de curar. Había supuesto una verdadera liberación que una enorme novelista, firmemente encorsetada en un traje de chaqueta de florida cretona que le daba todo el aspecto de un sofá ambulante, se lo llevara a un lado, se sacara del voluminoso bolso un manojo de multas de aparcamiento todas apañuscadas y le preguntara malhumorada qué podía hacer con ellas.

La lista de libros de cocina publicados por Herne & Illingworth era corta pero prestigiosa, ya que sus mejores autores gozaban de la bien ganada fama de fiabilidad, originalidad y redacción correcta. La señorita Gurney estaba apasionadamente entregada a su trabajo y a sus autores y más bien veía las novelas y los libros de versos como irritantes, aunque necesarios complementos del negocio básico de la empresa, que debía estribar en alimentar a sus autores favoritos y en editarlos. Se rumoreaba de ella que era una cocinera de lo más anodino, hecho que confirmaba la arraigada convicción entre los británicos, nada rara en otras esferas de la actividad humana no por más elevadas menos útiles, de que no hay nada tan fatal para la eficacia como conocer a fondo lo que se hace. No sorprendió a Dalgliesh que Nora hubiera visto la llegada de él como cosa fortuita ni tampoco que considerara el encargo de entregar unas pruebas de imprenta a Alice Mair un privilegio sagrado.

—Supongo que le habrán llamado para que les eche una mano en lo del Silbador —le dijo.

—No, gracias a Dios, este es un asunto que debe resolver el departamento criminal de Norfolk. Que pidan ayuda a Scotland Yard es algo que ocurre más en las novelas que en la vida real.

—En cualquier caso, es una suerte que vaya a Norfolk, sea cual fuere el motivo, porque no me habría atrevido a confiar las pruebas al correo. Yo me figuraba que su tía vivía en Suffolk; la verdad es que ya me había enterado de la muerte de la señorita Dalgliesh.

—Efectivamente había vivido en Suffolk hasta hace cinco años, época en que se trasladó a Norfolk. Sí, mi tía ha fallecido.

—Bueno, que viviera en Suffolk o en Norfolk no tiene demasiada importancia, lo que siento es que haya muerto.

Pareció reflexionar un momento sobre la mortalidad humana y la comparación de los dos condados citados con igual desventaja para ambos, y a continuación dijo:

—En el caso de que la señorita Mair no estuviese en casa, le ruego que no deje el sobre en la puerta. Sé de sobra que la gente del campo es de fiar, pero sería un verdadero desastre si se perdieran las pruebas. Si no encuentra a la señorita Mair, a lo mejor estará su hermano, el doctor Mair. Es el director de la central de energía nuclear de Larksoken. De todos modos, pensándolo bien, mejor será que tampoco le entregue las pruebas al hermano. A veces los hombres son de lo más despistado.

Dalgliesh estuvo tentado de señalarle que, cuando uno es uno de los físicos más destacados del país, hasta el punto de que se le confía la responsabilidad de una central de energía nuclear y, en el caso de que hubiera que dar crédito a los periódicos, está fuertemente pertrechado para ocupar el nuevo puesto de jefe máximo en materia de energía atómica, seguramente debe de ser persona a la que se puede confiar un paquete de pruebas, pero se limitó a decir:

—Si la señorita Mair está en casa, se las entregaré en mano personalmente y, si no está, esperaré a que esté.

—Yo ya la he llamado para decirle que usted está en camino, así es que lo estará esperando. He escrito la dirección con letra clara: Martyr’s Cottage. Espero que conozca el sitio.

—Sabe mirar un plano, no olvide que es policía —dijo Costello con aspereza.

Dalgliesh dijo que sabía dónde estaba Martyr’s Cottage y que había tenido ocasión de conocer a Alexander Mair, pero no a su hermana. Su tía llevaba una vida muy retirada, pero era inevitable que los que vivían en un lugar tan remoto como aquel se conociesen y que, aunque Alice Mair estaba ausente cuando murió su tía, su hermano había hecho una visita de cortesía al molino para testimoniar su pésame por el fallecimiento de la señorita Dalgliesh.

Se hizo cargo del paquete, sorprendentemente voluminoso y pesado, atravesado por varios entrecruzamientos de cinta adhesiva que formaban un inquietante dibujo, y se dirigió lentamente al sótano que daba acceso al pequeño garaje de la empresa, donde le esperaba su Jaguar.

Capítulo 4

Libre ya de los complicados tentáculos de los barrios del este, Dalgliesh comenzó a coger velocidad y, a las tres de la tarde, ya estaba atravesando la población de Lydsett. Allí, un giro a la derecha le hizo dejar la carretera de la costa y meterse en lo que era poca cosa más que un camino someramente asfaltado, bordeado de zanjas llenas de agua y flanqueado por una dorada cortina de cañas, con sus extremos movidos por el viento. Y entonces, por vez primera, le pareció que llegaba hasta él el olor del mar del Norte, aquel poderoso perfume, tal vez ilusorio, que evocaba en él nostálgicos recuerdos de vacaciones infantiles, de solitarios paseos en la adolescencia, cuando bregaba con su primer poema, de la figura imponente de su tía caminando a su lado a grandes zancadas, los prismáticos colgados del cuello, camino de los nidos donde moraban los pájaros que atraían su atención. Y aquí, interrumpiendo el camino, seguía en su sitio aquella vieja puerta que le era tan familiar. Sin embargo, su persistente presencia siempre lo cogía por sorpresa, puesto que no encontraba razón a su ubicación, a no ser simbólica, como queriendo interrumpir el paso al viajero e inducirlo a considerar si realmente quería seguir adelante. Se abrió de par en par con solo tocarla pero, como siempre, le resultó más difícil cerrarla: la empujó con fuerza y casi consiguió ponerla en su sitio, levantándola un poco y deslizando la anilla de alambre en la jamba con la sensación familiar de haber vuelto la espalda al mundo del trabajo diario y haber entrado en una región que, por muy frecuentemente que la visitara, siempre sería tierra forastera.

En aquel momento estaba atravesando la tierra que avanzaba hacia el mar y se dirigía a la franja de abetos que flanqueaba el mar del Norte. La única casa que tenía a su izquierda era la antigua rectoría victoriana, edificio cuadrado de ladrillo rojo, de estructura incongruente, oculto detrás de un seto de rododendros y laureles. A su derecha, el terreno iba elevándose suavemente en dirección a los acantilados del sur y, a lo lejos, se abría la negra boca de un nido de ametralladoras hecho de cemento, que había quedado sin demoler desde la guerra, al parecer tan indestructible como los enormes pontones de cemento, azotados por las olas, últimos vestigios de antiguas fortificaciones que, medio cubiertas por la arena, todavía reseguían parte de la playa. Hacia el norte, arcos truncados y muñones de columnas de la abadía benedictina en ruinas resplandecían bajo la luz dorada de la tarde, recortados sobre el azul del cielo y, desafiando un cerro, atisbó de pronto el aspa superior del molino de Larksoken y, más allá aún, la silueta de aquella enorme mole gris que era la central de energía nuclear de Larksoken. La carretera en la que se encontraba se desviaba hacia la izquierda y lo habría llevado hasta la estación, pero él sabía que era muy poco transitada, ya que el tráfico normal y los vehículos pesados se servían mejor de la nueva carretera de acceso que se dirigía hacia el sur. La región parecía vacía, casi desnuda, y los pocos árboles despeinados, agitados por el viento, parecían luchar con denuedo para conservar su precario asidero a la tierra ingrata. En ese momento

pasaba por delante de otro nido de ametralladoras, más ruinoso que el anterior, y le sorprendió comprobar que toda aquella zona tenía el desolado aspecto de un antiguo campo de batalla del que hubieran retirado los cadáveres hacía mucho tiempo, pero en el que el aire todavía vibraba con los disparos de viejas batallas perdidas, mientras la central nuclear lo dominaba todo como un grandioso monumento moderno al soldado desconocido.

En sus anteriores visitas a Larksoken siempre había visto Martyr's Cottage desde la alturas, cuando él y su tía inspeccionaban el paisaje desde la pequeña buhardilla situada en la punta que formaba el cono del molino, pero nunca lo había visto desde la carretera. Ahora, al acercarse a la casa, pensó que la denominación de *cottage* era muy adecuada para aquella casa en forma de letra L, de construcción sólida y dos pisos de altura, que se levantaba al este del camino, con las paredes en parte de piedra y en parte transformadas en una especie de cerca que rodeaba por la parte trasera un patio de piedra de York desde el cual era posible contemplar una vista despejada, por encima de cincuenta metros de matorrales, más allá las dunas de arena de la playa y, al fondo, el mar. Nadie detectó su presencia y, antes de levantar la mano para hacer sonar el timbre, se detuvo un momento para leer las palabras grabadas en una losa de piedra, incrustada en las que rodeaban la puerta.

«En un *cottage* de este paraje vivió Agnes Poley, mártir protestante, quemada en Ipswich el 15 de agosto de 1557 a la edad de 32 años.

»*Eclesiastés, capítulo 3, versículo 15*».

La lápida estaba desprovista de toda ornamentación y las letras estaban grabadas en una escritura elegante que recordaba el estilo de Eric Gill, lo que rememoró a Dalgliesh que su tía le había dicho que había sido colocada en aquel sitio por los antiguos propietarios de la casa, a finales de los años veinte, época en que el edificio había sido ampliado por primera vez. Una de las ventajas que tiene la educación religiosa es que por lo menos permite a quien la recibe que identifique fácilmente los textos más conocidos de las Escrituras y este era uno de los que no exigían ningún esfuerzo especial de la memoria. Durante su época de escolar moroso, cuando contaba nueve años de edad y frecuentaba la escuela preparatoria, en cierta ocasión el director le había ordenado la copia con su mejor caligrafía del tercer capítulo del Eclesiastés, puesto que el viejo Gumboi, frugal en lo tocante a esta materia como en todas las demás, estaba convencido de que los deberes escritos compendiaban el castigo sumado a la educación literaria y religiosa. Las palabras, escritas con aquella caligrafía redonda propia de la infancia, habían quedado impresas en su mente. Dalgliesh tuvo la elección del texto por acertada.

«Aquello que fue ya es, y lo que ha de ser fue ya y Dios restaura lo que pasó».

Llamó y hubo una pausa muy corta entre la llamada y la aparición de Alice Mair, que acudió a abrir la puerta. Era una mujer alta y bien parecida, ataviada con estudiado descuido, un descuido caro: llevaba un suéter negro de cachemir, un pañuelo de seda al cuello y pantalones de color beige. La habría podido identificar

solo por su extraordinario parecido con su hermano, si bien era evidente que era bastante mayor que él. Dio por sentado que cada uno sabía quién era el otro y, haciéndose a un lado para que Dalgliesh pudiera entrar, Alice Mair dijo:

—Ha sido muy amable al condescender a hacerme este favor, señor Dalgliesh. Debo reconocer que Nora Gurney es una mujer implacable. Como estaba enterada de que usted tenía que venir a Norfolk, era forzoso que se convirtiera en la víctima predestinada. Seguramente no le importará pasar por la cocina para dejarme las pruebas.

Era una mujer de rasgos distinguidos, con ojos profundos y separados, debajo de unas cejas rectas, una boca bien conformada, un cierto aire de reserva y un cabello gris peinado hacia arriba y recogido en un moño. Dalgliesh recordaba que, en las fotografías de sus libros, ofrecía una belleza un tanto intimidatoria y de cariz más bien intelectual, muy dentro de la matriz inglesa. Sin embargo, vista frente a frente, incluso en el ambiente íntimo de su casa, la total ausencia de sensualidad y lo que a él se le antojó una reserva muy arraigada, hacían de ella una mujer mucho menos femenina e imponente de lo que había esperado, una mujer algo rígida, como si quisiera impedir la entrada de invasores en su espacio personal. El apretón de manos que se habían cruzado entre ellos había sido frío y enérgico y la breve sonrisa con que lo había obsequiado, sorprendentemente atractiva. Dalgliesh se sabía especialmente sensible al timbre de la voz humana, y la de aquella mujer, sin ser estridente ni desagradable, le pareció un poco forzada, como si hablara deliberadamente en un tono que no era el suyo natural.

Dalgliesh la siguió a través del vestíbulo hasta la cocina, situada en la parte trasera de la casa. Se dio cuenta de que tenía unos seis metros de longitud y que cubría la triple función de sala de estar, lugar de trabajo y despacho. La mitad derecha de la habitación estaba ocupada por una cocina perfectamente equipada con espléndidos fogones de gas y un Aga, una zona para preparar la carne, una estantería a la derecha de la puerta con toda una colección de deslumbrantes pucheros y una extensa superficie de trabajo provista de su triángulo de madera con todo su surtido de cuchillos. En el centro de la habitación había una gran mesa de madera con un ramo de flores secas en un cacharro de barro. A mano izquierda, una chimenea con dos zonas empotradas, cubiertas de estanterías llenas de libros que llegaban al techo. A uno y otro lado de la chimenea, un sillón de mimbre de alto respaldo y complicado diseño, provisto de un cojín depatchwork. Delante de una de las amplias ventanas, un escritorio de persiana abierto y, a su derecha, una puerta entreabierta que dejaba ver parte del pavimento del patio. Dalgliesh pudo echar una rápida ojeada a lo que era evidentemente su jardín de hierbas, plantadas en elegantes macetas de barro, estratégicamente colocadas para recibir la máxima cantidad de sol. Aquella habitación, en la que no había nada superfluo ni tampoco nada ostentoso, resultaba a la vez agradable y extremadamente cómoda pese a que, por un momento, Dalgliesh hubo de preguntarse a qué obedecía aquella impresión. ¿Estaba quizá provocada por

aquel discreto aroma de hierbas y de pasta recién cocida, por el suave tictac del reloj de pared que parecía registrar el paso de los segundos y a la vez querer detenerlos, por el rítmico lamento del mar a través de la puerta entrecerrada, por aquella sensación de que allí se comía bien, transmitida por los dos sillones, sus cojines y la chimenea? ¿O era quizá que aquella cocina le recordaba a Dalgliesh aquella otra cocina de la rectoría en la que un día él, niño solitario, había encontrado compañía generosa, cálida y tolerante y había sido obsequiado con tostadas calientes y sabrosas, pequeños solaces que normalmente le estaban vedados?

Dalgliesh dejó las pruebas sobre el escritorio, rechazó el ofrecimiento de café que le hacía Alice Mair y la siguió hasta la puerta delantera. Al llegar al coche, ella dijo:

—Sentí mucho lo de su tía… quiero decir que lo sentí por usted. Supongo que, para una ornitóloga, la muerte no es una cosa tan terrible cuando se ha perdido la vista y el oído, aparte de que morir durante el sueño y sin ningún sufrimiento ni ninguna molestia para los que conviven con uno debe de ser un final realmente envidiable. Pero seguramente usted hacía tanto tiempo que la conocía que debía creerla inmortal.

Los pésames de circunstancias eran tan difíciles de expresar como de recibir y en general sonaban triviales e hipócritas. El suyo había sido una demostración de sensibilidad. Era cierto que, para él, Jane Dalgliesh parecía inmortal. Esto le hacía pensar que los ancianos pueblan nuestro pasado y que, una vez desaparecidos, da la impresión de que ni ellos ni nuestro pasado tienen una existencia real.

—Me parece que, para ella, la muerte no fue mala —dijo Dalgliesh—. No estoy seguro de haberla conocido del todo y siempre me quedará el reconcomio de no haberlo intentado con más empeño. La verdad es que la encontraré a faltar.

—Yo tampoco la conocía muy bien —dijo Alice Mair—, y quizá también habría debido poner más empeño en conocerla mejor. Era una mujer muy reservada, supongo que uno de esos seres afortunados que no conocen compañía más agradable que la propia. Parecía una presunción querer inmiscuirse en aquella plenitud. No sé si usted debe de ser como ella, pero, en el caso de que sea capaz de soportar a la gente, el jueves por la noche he invitado a cenar a un grupo de personas, la mayoría compañeros de trabajo de Alex, y me encantaría que nos acompañase. De siete y media a ocho.

Dalgliesh pensó que parecía más un desafío que una invitación y, aunque hasta a él mismo le sorprendió aceptar, aceptó. De todos modos, aquella visita había supuesto bastantes sorpresas. Alice Mair se quedó contemplándole con intensa fijeza mientras soltaba el embrague y ponía el coche en marcha, cosa que dio a Dalgliesh la impresión de que la mujer estaba estudiando con actitud crítica qué tal conducía. Mientras se despedía de esta con un gesto de la mano, pensó que por lo menos ella no le había preguntado si había ido a Norfolk para ayudar a capturar al Silbador.

Capítulo 5

Al cabo de tres minutos retiró el pie del acelerador. Delante de él, avanzando penosamente por la parte izquierda del camino, vio a un pequeño grupo de niños, el mayor de los cuales, una niña, empujaba un cochecito en el que iban sentados otros dos más pequeños, uno a cada lado de ella, agarrados a la barra. Al oír el ruido del coche que se acercaba, la niña se volvió, lo que permitió a Dalgliesh ver su rostro delicado y enjuto, enmarcado por una corona de cabellos de un rojo dorado. Inmediatamente identificó a los hijos de los Blaney, a los que había conocido en cierta ocasión, a la vez que a su madre, en la playa. Era evidente que la niña mayor venía de hacer la compra, ya que la sillita plegable tenía el estante inferior atiborrado de bolsas de plástico. Instintivamente, Dalgliesh aminoró la marcha. No era probable que corrieran peligro, porque el Silbador actuaba por la noche, no a pleno día y, desde que había dejado la carretera de la costa, no se había cruzado con ningún vehículo, pero daba la impresión de que la niña iba excesivamente cargada y de que aún estaba lejos de su casa. Aun cuando no sabía exactamente dónde vivía, recordaba que su tía le había dicho que los Blaney ocupaban un *cottage* situado a unos dos kilómetros en dirección sur. Quiso recordar todo lo que sabía acerca de aquella familia y se le vino a las mientes que el padre se ganaba precariamente la vida como pintor y que sus obras, atildadas e inocuas acuarelas, se vendían en los cafés y en las tiendas frecuentadas por los turistas que visitaban la costa y que la madre estaba enferma de cáncer sin esperanza de curación. Se preguntó si la señora Blaney debía de seguir con vida. Su instinto le decía que lo más sensato era meter a los niños en el coche y acompañarlos a casa, pero también sabía que quizá no fuera prudente. Era más que probable que la niña mayor —le parecía que se llamaba Theresa— hubiera recibido instrucciones específicas con respecto a no subir a coches de gente desconocida, particularmente hombres, y se daba cuenta de que él era prácticamente un desconocido. Obedeciendo un impulso, giró en redondo y volvió a dirigir el Jaguar hacia el *cottage* de Alice Mair. Esta vez la puerta principal estaba abierta de par en par y un rayo de sol incidía en las baldosas rojas del pavimento. La propietaria había oído el coche y había salido de la cocina secándose las manos para ver quién era.

—He encontrado a los niños Blaney que van camino de su casa. Theresa empuja el cochecito y trata de hacer lo que puede con las gemelas —le explicó—. Yo había pensado que podía acompañarla en el coche si en él iba una mujer, alguien a quien conocieran.

—Sí, claro, a mí me conocen —dijo Alice Mair lacónicamente.

Sin añadir nada más, volvió a meterse en la cocina, salió enseguida, cerró la puerta principal detrás de sí, pero no con llave, y se metió en el coche. Al ponerlo en marcha, el brazo de Dalgliesh rozó la rodilla de la mujer y pudo advertir una retirada casi imperceptible, más emocional que física, un leve y delicado gesto de retraimiento. Dalgliesh dudaba de que aquel retroceso imaginado a medias pudiera

tener que ver personalmente con él, si bien no encontraba extraño su silencio. Su conversación, cuando se pusieron a hablar, fue sucinta.

—¿Vive todavía la señora Blaney? —preguntó Dalgliesh.

—No, hace seis semanas que ha muerto.

—¿Y cómo se las arreglan sin ella?

—Me imagino que no muy bien, pero a Ryan Blaney no le gusta que se metan en sus asuntos, y yo lo entiendo muy bien. Como no pusiera impedimentos, la mitad de las asistentas sociales de Norfolk, aficionadas y profesionales, se le echarían encima.

Al llegar junto al grupito, Alice Mair abrió la puerta del coche y habló con la niña.

—Theresa, este es el señor Dalgliesh y está dispuesto a llevaros en coche. Es el sobrino de la señorita Dalgliesh, del molino de Larksoken. Una de las gemelas puede ir sentada en mis rodillas y los demás, con el cochecito, podéis ir en la parte de atrás.

Theresa contempló a Dalgliesh con el rostro muy serio y le dio las gracias con aire grave. Aquella niña le recordaba las fotografías de Elizabeth Taylor cuando era joven: la misma cabellera de un tono caoba enmarcando un rostro que, curiosamente, parecía el de una persona adulta, a la vez reservado y tranquilo, la misma nariz afilada, los mismos ojos cautelosos. Los rostros de las gemelas, ediciones reducidas del de la hermana, se volvieron hacia esta con actitud inquisitiva y esbozaron una tímida sonrisa. Daba la impresión de que habían sido vestidas aprisa y corriendo, sin tener en cuenta que no iban de la manera más adecuada para un largo paseo por aquellas tierras, pese a que no era un otoño muy frío. Una llevaba un ligero vestidito rosa de verano, en tela de algodón moteada, adornado con un doble volante, mientras que la otra llevaba una especie de delantalito encima de una blusa a cuadros. Las piernas, patéticamente delgadas, estaban al descubierto. Theresa iba vestida con unos pantalones tejanos y una sucia camiseta con un plano del metro de Londres en la parte frontal. Dalgliesh pensó que seguramente se lo habían dado en alguna excursión escolar a la capital. Correspondía a una talla demasiado grande para ella y las amplias mangas le colgaban desmayadamente como tristes trapos de algodón sobre unos brazos cubiertos de pecas, igual que harapos colgados de un palo de escoba. A diferencia de sus hermanas, Anthony, el niño, iba muy bien arreglado: tenía las piernas metidas en una nana, llevaba blusa y una chaqueta acolchada, además de un casquete de lana con una borla que le caía sobre la frente, por debajo de la cual vigilaba atento la conversación, muy serio, igual que un César imperativo y altanero.

Dalgliesh bajó del Jaguar y trató de librarlo del cochecito, pero la conformación del mismo malogró sus esfuerzos. Estaba provisto de una barra, debajo de la cual las rígidas piernas del niño estaban obstinadamente atrapadas. La compacta y reacia nana era sorprendentemente pesada y sacarlo de allí era igual que arrancar una dura y maloliente cataplasma. Theresa le dirigió una breve mirada de conmiseración, retiró las bolsas de plástico debajo del asiento y, con mano experta, liberó a su hermano de la sillita, se lo acomodó en la cadera izquierda y con la mano libre plegó el cochecito

de una sola y vigorosa sacudida. Dalgliesh cogió en brazos al pequeño, mientras Theresa ayudaba a las niñas a entrar en el Jaguar y les ordenaba con repentina severidad:

—¡Y ahora, estaos quietas!

Anthony, como si detectara la incompetencia de Dalgliesh, le agarró los cabellos con manos pegajosas y, por un momento, aquel sintió en su cara el roce de la mejilla del niño, suave como un pétalo. Durante el curso de todas estas maniobras, Alice Mair no se movió del coche, observando tranquilamente todos los movimientos pero sin prestar su ayuda. Habría sido imposible adivinar qué estaba pensando.

Sin embargo, así que el coche se puso en marcha, volviéndose a Theresa le preguntó con voz sorprendentemente amable:

—¿Sabe tu padre que estáis solos por esos caminos?

—Papá ha ido a llevar la camioneta al señor Sparks. Es para el examen del MOT. El señor Sparks cree que no lo pasará. Y entonces me he dado cuenta de que nos habíamos quedado sin leche para Anthony. Necesitamos leche. También necesitábamos pañales.

—El jueves por la noche doy una cena —dijo Alice Mair—. Si tu padre te deja, ¿querrás venir a ayudarme igual que hiciste el mes pasado?

—¿Qué hará para cenar, señorita Mair?

—Acércate para que te lo diga al oído. El señor Dalgliesh también viene a cenar y quiero darle una sorpresa.

La cabeza de rubios cabellos se acercó a la cabeza gris y la señorita Mair le susurró unas palabras. Theresa esbozó una sonrisa y asintió con aire de aprobadora seriedad dando pie a una momentánea confabulación femenina.

Alice Mair se encargó de orientar a Dalgliesh camino del *cottage*. Aproximadamente al cabo de kilómetro y medio giraron en dirección al mar y el Jaguar comenzó a bambolearse y a saltar a través de un estrecho camino, encajonado entre altos y descuidados setos de zarzas y saúcos. El camino llevaba únicamente al Scudder’s Cottage, nombre que aparecía toscamente pintado en una tabla fijada con clavos en la puerta. Más allá de la casa, el camino se ensanchaba para ofrecer un espacio cubierto de áspera grava suficiente para hacer maniobrar el coche, resguardado por un terraplén de guijarros de doce metros, detrás del cual Dalgliesh pudo oír el fragor del vaivén de las olas. Scudder’s Cottage, pintoresca casita con sus pequeñas ventanas y su tejado inclinado cubierto de tejas, estaba precedida por todo un conjunto de plantas rústicas, salpicadas de flores, que en otro tiempo debían de haber constituido el jardín. Theresa se abrió camino entre la hierba que casi le llegaba a la rodilla y entre toda una maraña de rosales que crecían a la buena de Dios y llegaban hasta el porche, donde alcanzó la llave que estaba colgada de un clavo muy alto, menos por razones de seguridad, según pensó Dalgliesh, que para evitar que se perdiera. Con Dalgliesh llevando a Anthony en brazos entraron en casa.

La casa tenía más luz de la esperada, sobre todo a causa de una puerta trasera, ahora abierta, que daba a un espacio acristalado con vistas a las tierras que avanzaban hacia el mar. Dalgliesh advirtió el desorden reinante: la mesa de madera, colocada en medio de la habitación, todavía con los restos de la comida del mediodía, todo un conjunto de platos embadurnados con salsa de tomate, una salchicha a medio comer, una gran botella de zumo de naranja destapada, ropa de niño dejada en el respaldo de una sillita baja, colocada junto a la chimenea, olor a leche, a cuerpo humano, a humo. Sin embargo, llamó particularmente su atención una gran pintura al óleo, apoyada contra una silla y colocada frente a la puerta. Era el retrato de una mujer, casi de perfil, pintado con notable fuerza. Era tal el poderío que parecía ejercer en aquella habitación que Dalgliesh y Alice Mair no pudieron por menos que quedarse contemplándola un momento en silencio. Aunque el pintor había evitado caer en la caricatura, se dio cuenta de que su intención era menos la de reproducir un parecido físico que la de hacer una alegoría. Detrás de la boca grande, de labios gruesos, y de la arrogante mirada de los ojos, había toda una cascada de cabellos oscuros y rizados, a la manera prerrafaelista, ondeando al viento y, más atrás aún, aparecía el cuidadoso dibujo del paisaje, con los objetos que lo componían dispuestos y pintados con la meticulosa atención que ponían en los detalles los primitivos del siglo XVI: la rectoría victoriana, la abadía en ruinas, el nido de ametralladoras medio derruido, los árboles mutilados, el molino blanco y diminuto como un juguete y, sombrío junto al inflamado cielo de un atardecer, el neto perfil de la central nuclear. Lo que dominaba el paisaje, sin embargo, era la mujer, pintada con mayor libertad, con los brazos extendidos y las palmas de las manos dirigidas hacia afuera, como en una parodia de bendición. El veredicto personal de Dalgliesh fue que se trataba de una pintura técnicamente brillante, aunque sobrecargada y, a su juicio, llevada a cabo con odio. La intención de Blaney de realizar un estudio del mal resultaba tan evidente como si hubiera puesto una etiqueta al cuadro. Era tan diferente de la obra usual del artista que, de no haber ido acompañada de su firma escueta, el apellido estricto, Dalgliesh habría podido dudar de que se tratase realmente de una creación suya. Recordaba aquellas descoloridas e inocuas acuarelas de Blaney de los lugares más conocidos de Norfolk —Blakeney, St. Peter Mancroft y la catedral de Norwich—, que pintaba para su venta en los comercios locales. Habían podido ser copias de postales y probablemente lo fueran. Recordaba también haber visto uno o dos pequeños óleos colgados de las paredes de restaurantes y bares de la localidad, deficientes en cuanto a técnica y parcos en materia de pintura, pero absolutamente diferentes de aquellas relamidas acuarelas, hasta el punto de dar la impresión de no ser obra de la misma mano. De todos modos, aquel retrato era totalmente diferente de todo lo demás y lo que más sorprendía era que el artista capaz de producir todo aquel disciplinado lujo de colores, aquel alarde técnico de arte e imaginación, se contentara con la producción de testimonios comerciales destinados al negocio turístico.

—¿A que no se figuraba que fuera capaz de una cosa así?

Absortos en la pintura, sus oídos no habían detectado la casi muda entrada del hombre a través de la puerta abierta. Dando una vuelta por la habitación, este se situó al lado de ellos y se quedó contemplando fijamente el retrato como si fuera la primera vez que lo veía. Sus hijos, como obedeciendo una orden no formulada con palabras, se agruparon a su alrededor en un movimiento que, en el caso de niños mayores que ellos, habría podido parecer un gesto consciente de solidaridad familiar. Dalgliesh había visto a Blaney por última vez hacía seis meses, chapoteando por la orilla de la playa, con los enseres para pintar colgados del hombro, y quedó sorprendido ante el cambio operado en el hombre. Seguía siendo aquel mismo ser demacrado de un metro noventa de estatura, vestido con tejanos rotos y camisa de lana a cuadros desabotonada casi hasta la cintura y con pies enormes y mugrientos, embutidos en unas sandalias abiertas, que hacían que, más que pies, parecieran huesos oscuros y resecos. Su cara era la estampa de la más encallecida ferocidad, a lo que contribuían los enmarañados cabellos rojos y la barba, los ojos inyectados en sangre, la tez tostada por el sol y el viento, pero que no conseguía ocultar el cansancio que revelaban sus pómulos prominentes y la mancha oscura que cercaba la parte inferior de los ojos. Dalgliesh observó que Theresa deslizaba su mano en la de su padre, mientras que una de las gemelas se acercaba a él y rodeaba fuertemente con sus brazos una de sus piernas, lo que hizo considerar a Dalgliesh que, por muy fiero que pudiera parecer a la gente que no lo conocía, en sus hijos no despertaba ningún temor.

Alice Mair le dirigió la palabra con naturalidad:

—Buenas tardes, Ryan.

Sin embargo, no dio la impresión de que esperara respuesta de su parte. Indicando el retrato con un gesto de cabeza, prosiguió:

—Es verdaderamente extraordinario. ¿Qué destino piensa darle? Me imagino que la interesada no se sentó para posar ni tampoco le encargó la pintura.

—No necesitaba posar, porque conozco su cara de memoria. Voy a exponer el cuadro en la exposición de arte contemporáneo de Norwich el 3 de octubre si consigo trasladarme a la ciudad. La furgoneta está inservible.

—La semana que viene voy a Londres. Si quiere, puedo recoger el cuadro y dejarlo donde usted me diga —dijo Alice Mair.

—Si no le importa… —respondió él.

Era una respuesta descortés, pero a Dalgliesh le pareció que denotaba alivio. A continuación añadió:

—Lo dejaré empaquetado y etiquetado a la izquierda de la puerta, dentro del cobertizo donde pinto. La luz está justo a la entrada. Puede recoger el cuadro cuando le vaya bien. No es preciso que llame.

Las últimas palabras habían sido pronunciadas con toda la fuerza de una orden, casi como una advertencia.

—Le llamaré por teléfono así que sepa exactamente qué día me voy —dijo la señorita Mair—. A propósito, me parece que no conoce al señor Dalgliesh. Ha visto a

los niños que venían de camino y ha querido llevarlos en el coche.

Blaney no le dio las gracias, pero tras un momento de titubeo tendió la mano a Dalgliesh, que este estrechó. Después, con aire enfurruñado, continuó:

—Su tía me gustaba. Me telefoneó brindándose a ayudarme cuando mi esposa cayó enferma, y al decirle que ni ella ni nadie podían hacer nada por ella, dejó de darme la lata. Hay gente que no sabe separarse del lecho de un enfermo. Son como el Silbador, les encanta ver morirse a la gente.

—No —dijo Dalgliesh—, mi tía no era de las que dan la lata. La voy a encontrar mucho a faltar. Siento mucho lo de su esposa.

Blaney no respondió, pero se quedó mirando fijamente a Dalgliesh, como si estuviera evaluando la sinceridad de aquella manifestación tan simple, y se limitó a añadir fríamente:

—Gracias por haber ayudado a los niños.

Y descargó a Dalgliesh del peso del pequeño. Era un evidente gesto de despedida.

Ninguno de los dos pronunció una sola palabra, mientras Dalgliesh enfilaba el camino y finalmente iba a salir a la carretera principal. Era como si aquella casa en la que habían estado hubiera ejercido un extraño hechizo sobre ellos que era importante eliminar antes de romper a hablar. Quien habló primero fue Dalgliesh:

—¿Quién es la mujer del retrato?

—¡Ah, claro! Yo no sabía que usted no la conocía. Es Hilary Robarts y trabaja como oficial administrativa en la central nuclear. Dicho sea de paso, tendrá ocasión de conocerla en la cena del jueves. Cuando llegó aquí, hará de eso tres años, compró el Scudder’s Cottage y se ha pasado todo este tiempo haciendo lo posible para sacar a los Blaney. En la localidad la cosa ha levantado un cierto revuelo.

—¿Para qué quiere la casa? —preguntó Dalgliesh—. ¿Es que se propone vivir en ella?

—No creo. Supongo que la compró para hacer una inversión y que ahora quiere venderla. Aunque se encuentra en un lugar apartado, más bien muy apartado diría yo, tiene su valor por su situación en la costa. En cierto modo Hilary tiene su parte de razón. Blaney dijo que pensaba ocupar la casa durante poco tiempo, pero me parece que ella considera que se ha aprovechado de la enfermedad de su mujer y ahora del hecho de tener hijos pequeños para hacerse atrás en su promesa de desalojar la casa cuando ella quisiera ocuparla.

A Dalgliesh le interesó comprobar que Alice Mair supiera tantas cosas acerca de los chismes locales. Se había figurado que era una mujer ocupada esencialmente en sus asuntos y muy poco inclinada a interesarse en los de sus vecinos y en sus problemas. En cuanto a él, en sus deliberaciones sobre si debía vender o conservar el molino como un lugar para pasar las vacaciones, había pensado que podía ser como un refugio de su trabajo de Londres, un lugar insólito y remoto que podía ofrecerle una huida temporal de las exigencias que le planteaba su profesión y de las tensiones que le imponía el éxito. Ahora bien, incluso como visitante ocasional, ¿podría aislarse

de la comunidad y desinteresarse de las tragedias personales de sus habitantes o de las cenas que ofrecían? Habría sido relativamente sencillo rechazar la hospitalidad recurriendo a la brusquedad, que nunca le había faltado cuando lo que quería era salvaguardar su intimidad. Pero las demandas menos tangibles que le presentaba la buena vecindad podían ser más llevaderas viviendo en otro sitio. En Londres se podía vivir de manera anónima, crear un ambiente propio, escoger deliberadamente aquellas personas que uno quería que poblasen su propio mundo. En el campo había que llevar una vida social y estar a merced de la evaluación de los demás. Durante su infancia y adolescencia había vivido en la misma parroquia rural y todos los domingos había participado en una liturgia familiar que reflejaba, interpretaba y santificaba las estaciones cambiantes del año agrícola. Era aquel un mundo que había abandonado con muy poco pesar y que no esperaba volver a encontrar en la región de Larksoken. Sin embargo, en esta tierra árida y yerma tenía algunas obligaciones. Su tía había vivido aquí de la manera más discreta que podía vivir una mujer y, pese a ello, había visitado a los Blaney y les había ofrecido ayuda. Ahora pensaba en aquel hombre, desprovisto de todo y encarcelado en aquella mísera casa oculta detrás del gran dique de guijarros, escuchando noche tras noche el incesante lamento del mar, sumido en cavilaciones en torno a los males, reales o imaginarios, que podía inspirarle aquel retrato cargado de odio. Aquello no podía ser sano para él ni para sus hijos. Sus sombríos pensamientos le llevaron también a considerar que tampoco podía ser sano para Hilary Robarts.

—¿Recibe alguna ayuda oficial por los niños? No debe ser nada fácil para él salir adelante —preguntó Dalgliesh.

—Toda la ayuda que está dispuesto a aceptar. Las autoridades locales han conseguido que las gemelas sean atendidas en una guardería durante el día y las pasan a recoger por su casa. Theresa va a la escuela, por supuesto. Coge el autobús al final del camino. Entre ella y Ryan atienden al niño. Meg Dennison —la mujer que cuida de la señora Copley y del párroco en la vieja rectoría—, considera que no se hace lo que se debiera por la familia, pero es difícil saber exactamente qué habría que hacer. Me parece que, como fue maestra de escuela, está bastante harta de niños y yo, por mi parte, tampoco puedo presumir de llevarme demasiado bien con ellos.

Dalgliesh recordó el bisbiseo confidencial que se había cruzado en el coche entre ella y Theresa, la expresión de interés del rostro de la niña y aquella sonrisa que lo había transformado y pensó que, por lo menos con aquella niña, se llevaba muy bien.

Sus pensamientos, sin embargo, volvieron al retrato.

—Debe de ser bastante molesto, especialmente en una comunidad tan pequeña como esta, convertirse en objeto de tanta malevolencia.

Alice Mair comprendió inmediatamente lo que quería decir:

—Yo hablaría de odio más que de malevolencia, ¿no cree? Es molesto e incluso alarmante. Y no puede decirse que Hilary Robarts sea de las que se asustan con facilidad. Pero, en el caso de Ryan, ha pasado a convertirse en una especie de

obsesión, particularmente desde la muerte de su esposa. Como si le hubiera dado por creer que Hilary la empujó prácticamente a la tumba. Supongo que es lógico. Los seres humanos necesitamos tener a alguien a quien echarle las culpas de nuestras desgracias y nuestras culpas y Hilary Robarts es un chivo expiatorio muy cómodo.

Era un asunto de lo más desagradable y, como había surgido de la impresión provocada por el retrato, hacía que Dalgliesh experimentara una sensación que era una mezcla de depresión y de presentimiento que él quería sacudirse de encima por lo ilógica. Le complació, pues, abandonar la conversación y conducir en silencio hasta dejar a su acompañante en la puerta de Martyr's Cottage. Para sorpresa suya, al dejarla, esta le tendió la mano y, una vez más, le dedicó una de sus atractivas y extraordinarias sonrisas.

—Ha hecho muy bien prestándose a llevar a los niños. Así pues, espero verle el jueves por la noche. Tendrá ocasión de hacer su propia valoración de Hilary Robarts y de comparar el retrato con el original.

Capítulo 6

Justo cuando el Jaguar llegaba al punto más alto de la zona costera, Neil Pascoe se disponía a echar la basura en uno de los dos cubos que tenía fuera de la caravana: dos bolsas de plástico con latas vacías de sopa y de alimentos para niños, gasas sucias, mondaduras de verdura y cajas de cartón aplastadas, bolsas que ya comenzaban a despedir mal olor pese a haberlas cerrado cuidadosamente. Al volver a colocar la tapadera de los cubos pensó, como siempre hacía, en la diferencia que podía suponer para el volumen de basura el hecho de que en la caravana hubiera ahora una chica y un bebé de dieciocho meses. Metiéndose de nuevo en la caravana, dijo:

—Acaba de pasar un Jaguar. Habrá llegado el sobrino de la señorita Dalgliesh.

Amy, ocupada en aquel momento en cambiar con grandes trabajos la cinta de la vieja máquina de escribir, no se dignó siquiera levantar la vista.

—¿El detective? A lo mejor ha venido a cazar al Silbador.

—No le corresponde a él hacerlo. El Silbador no tiene nada que ver con la policía metropolitana. Seguramente ha venido a pasar unas vacaciones. O a lo mejor a estudiar qué hace con el molino. No va a vivir aquí y a trabajar en Londres.

—¿Por qué no le preguntas si nos deja vivir en el molino? Por supuesto, sin pagar alquiler. Nosotros se lo cuidaríamos y evitaríamos que se metiera nadie dentro. Siempre estás diciendo que es antisocial que la gente tenga una segunda vivienda o casas vacías. Ve a hablar con él, ¿quieres? Si te da miedo, iré yo.

Sabía que aquello era menos una sugerencia que una amenaza dicha medio en serio. Pero, contento ante la fácil admisión por parte de ella de que los dos constituían una pareja, de que no pensaba abandonarlo, reflexionó un momento en aquella idea como una solución factible de sus problemas. Bueno, de algunos de sus problemas. Sin embargo, una ojeada alrededor de lo que le rodeaba lo devolvió a la realidad. Le costaba recordar qué aspecto tenía la caravana quince meses atrás, antes de que Amy y Timmy entraran en su vida. Veía aquellos estantes de fabricación casera, hechos con cajones de naranjas, que tenía colgados en la pared y que sostenían sus libros, las dos tazas, los dos platos y un cuenco para la sopa, cosas todas que habían sido suficientes para cubrir sus necesidades y que ahora estaban metidas en el armario, aquella limpieza excesiva de la pequeña cocina y del lavabo, la cama lisa debajo de la colcha hecha a base de cuadrantes de lana tejidos a mano, el único armario ropero que le había bastado para su estricta indumentaria y sus restantes posesiones metidas en sus cajitas y estas ordenadamente apiladas en el cofre que tenía debajo de su asiento. No era que Amy fuera sucia, puesto que estaba lavándose continuamente —el cuerpo, los cabellos, sus escasas prendas de ropa— y pasaba horas acarreando agua, que sacaba del grifo exterior del Cliff Cottage, al que tenían acceso. A él le tocaba ir a por bombonas de gas al supermercado de Lydsett, cosa que debía hacer continuamente, y dentro de la caravana había una permanente neblina húmeda que emanaba la marmita en la que constantemente había agua hirviendo. Amy era una

desordenada crónica: su ropa andaba siempre desparramada de un lado a otro y se quedaba allá donde ella la dejaba, los zapatos eran propulsados de un puntapié debajo de la mesa, las bragas y sostenes aparecían ocultos debajo de los cojines y los juguetes de Timmy cubrían literalmente todo el suelo y la superficie total de la mesa. Los productos de cosmética, que parecían constituir su única extravagancia, ocupaban el solitario estante de la ya atiborrada ducha y era habitual que, en el armario de la cocina, Neil descubriera latas abiertas y botellas medio vacías. No podía por menos de sonreír cuando se imaginaba al comandante Adam Dalgliesh, aquel viudo sin duda remilgado, inspeccionando todo aquel batiburrillo para decidir si sería conveniente o no que desempeñaran el cargo de guardianes del molino de Larksoken.

Y después, estaban los animales. Amy era una sentimental incurable en todo cuanto hacía referencia a la naturaleza y era raro que no convivieran con algún que otro ser lisiado, abandonado o agónico. Las gaviotas, una vez embadurnadas sus alas de aceite, pulcramente aseadas y tras un período de jaula, volvían a recuperar su libertad. En cierta ocasión habían tenido un perro mestizo extraviado al que habían puesto por nombre *Herbert*, con enorme cuerpo, movimientos no coordinados y aire de lúgubre desaprobación, que había permanecido con ellos unas cuantas semanas y cuyo voraz apetito en lo que se refería a carne y galletas para perros había tenido unos efectos verdaderamente ruinosos para la economía familiar. Por suerte, Herbert había acabado por escurrir el bulto y, para disgusto de Amy, no se le había vuelto a ver más el pelo, pese a lo cual en la puerta de la caravana seguía colgada su correa como efímero recuerdo del luto que se llevaba por él. Y ahora estaban los dos gatitos blancos y negros, abandonados al borde del césped que flanqueaba la carretera de la costa y que habían encontrado un día al regresar de Ipswich. Amy lo había hecho frenar de un grito y, después de recoger los mininos, con la cabeza vuelta hacia atrás, se había dedicado a vociferar una sarta de obscenidades en obsequio de la crueldad de ciertos seres humanos. Dormían en la cama de Amy, bebían indiscriminadamente en el primer platito, ya estuviera lleno de leche o de té, que ella colocaba ante ellos, se mostraban extremadamente dóciles ante las exuberantes caricias de Timmy y, afortunadamente, se contentaban con las latas de comida para gatos más baratas del mercado. Pero si a él le gustaba tenerlos era porque esto le daba una cierta seguridad al hacerle pensar que tal vez así Amy no lo abandonaría.

La había encontrado —y usaba aquella palabra como quien hace referencia a una piedra hermosa, lavada por el mar, que ha encontrado en la arena— una tarde de junio del año pasado, a última hora. Estaba sentada en un montón de guijarros y contemplaba fijamente el mar, con los brazos enlazados alrededor de las piernas, mientras Timmy dormía en el suelo, sobre una pequeña estera, a su lado. El niño llevaba un pijama peludo de color azul, cubierto de patitos bordados, por el que asomaba únicamente una carita redonda, inmóvil y rosada como la de una muñeca de porcelana pintada, con delicadas pestañas curvadas sobre unos sanos mofletes.

También en ella había algo de la precisión y del encanto artificial de una muñeca: aquella cabeza redonda sobre un cuerpo largo y delicado, la boca pequeña con el labio superior grácilmente curvado, la nariz chata salpicada de pecas y los cabellos muy cortos, naturalmente rubios pero con las puntas de un encendido color naranja en las que se prendía el sol y que se estremecían con la brisa de tal modo que daba la impresión de que toda la cabeza tenía una vida aparte del resto del cuerpo pero que, al cambiar la imagen, había visto como una hermosa flor exótica. Se acordaba de todos los detalles de aquel primer encuentro. Amy llevaba unos pantalones tejanos de un azul descolorido y una camiseta blanca ceñida sobre los puntiagudos pezones y los pechos enhiestos, como si el algodón fuera una protección insuficiente para la fresca brisa que soplaba del mar. Mientras se acercaba a ella con muchas precauciones, intentando darle a entender que sus intenciones eran buenas y que no pretendía alarmarla, había vuelto hacia él sus bellos ojos azul violeta y le había dirigido una mirada de soslayo persistente e inquisitiva.

De pie ante ella, le había dicho:

—Me llamo Neil Pascoe y vivo en aquella caravana que está junto al acantilado. Iba a preparar un poco de té. No sé si le apetecería una taza.

—¿Por qué no, si piensa hacerlo?

De nuevo la muchacha había vuelto la cabeza hacia el mar y lo contemplaba fijamente.

Cinco minutos más tarde, Neil había vuelto caminando trabajosamente por el acantilado cubierto de arena, con una taza de té medio derramado en cada mano.

—¿Me deja que me siente? —se oyó preguntar.

—Haga lo que le parezca. La playa es de todos.

Así pues, se había agachado, había tomado asiento a su lado y los dos, sin decir palabra, se habían puesto juntos a contemplar el horizonte. Ahora que el recuerdo le hacía volver la vista atrás se sorprendía ante su atrevimiento y ante la aparente ineluctabilidad y naturalidad de aquel primer encuentro. Tardó unos cuantos minutos en encontrar el valor necesario para preguntarle mediante qué procedimiento se había trasladado a aquella playa. La chica se había encogido de hombros.

—Con el autobús hasta el pueblo y, después, andando.

—El camino debe de resultar largo con un niño en brazos.

—Estoy acostumbrada a andar con el niño en brazos.

Y después, a fuerza de preguntas indecisas, la historia había comenzado a salir, expuesta por la chica sin concesiones de tipo personal, casi sin que pareciera interesarle demasiado, como si todas aquellas cosas le hubieran ocurrido a otra persona. A él, sin embargo, no se le antojaba una historia corriente. Había vivido en una de las pequeñas residencias que había en Cromer, a cargo de la Seguridad Social. También había sido ocupante ilegal de una casa en Londres, pero se le había ocurrido que podía ser agradable respirar un poco de aire de mar en verano, especialmente para el niño. Pero, de momento, las cosas no habían salido como esperaba. La mujer

de la residencia no quería niños porque, como se estaban acercando las vacaciones de verano, calculaba que podía sacar mejor partido de las habitaciones que tenía. No la harían desistir de sus propósitos, pero allí no pensaba quedarse, por lo menos en casa de aquella bruja.

—¿El padre del niño no podría ayudarlo? —preguntó Neil.

—No tiene padre. No quiero decir que no haya tenido padre, no es Jesucristo, por supuesto, sino que ahora no lo tiene.

—¿Está muerto o es que se ha ido a otra parte?

—Cualquiera de las dos cosas. Mire, si supiera quién es su padre sabría qué ha sido de él, ¿comprende?

A continuación se había producido otro silencio, durante el cual la muchacha se había dedicado a tomar sorbitos intermitentes de té, mientras el niño, que seguía durmiendo, emitía ligeros gruñidos, igual que un cerdito. Al cabo de un minuto, Neil volvió a hablar.

—Mire una cosa, si no encuentra nada mejor en Cromer, podría vivir en la caravana durante un tiempo.

Y se apresuró a añadir:

—Me refiero a que en la caravana hay dos dormitorios. El segundo es muy pequeño, solo tiene espacio para una litera, pero de momento la sacaría del apuro. Ya sé que el sitio es aislado, pero está cerca de la playa y es saludable para el niño.

Nuevamente la chica le había dirigido aquella mirada tan especial en la que él había detectado por vez primera, para sorpresa suya, un fugaz atisbo de reflexión y de cálculo.

—Perfectamente —dijo la chica—, si no encuentro otra cosa, volveré mañana.

Aquella noche Neil se la había pasado tendido en la cama, despierto hasta muy tarde, medio esperando que volviera y medio temiéndolo también. Pero había vuelto la tarde del siguiente día, con Timmy acomodado en la cadera y todas sus posesiones metidas en una mochila. Y desde entonces se había instalado en la caravana y en su vida. Neil no sabía si lo que sentía por ella era amor, afecto, lástima o las tres cosas a la vez, lo único que sabía con certeza era que, en su vida angustiada y cargada de problemas, el temor de perderla era el segundo en orden de intensidad que había experimentado durante su existencia.

Hacía más de dos años que vivía en la caravana, subvencionado por una beca de estudios de una universidad del norte para investigar qué efectos había tenido la Revolución industrial en las industrias rurales de East Anglia. Tenía casi terminado su trabajo, pero durante los últimos seis meses había suspendido completamente la labor y se había consagrado totalmente a su pasión favorita, una cruzada contra la energía nuclear. Desde la caravana, instalada en la misma orilla del mar, veía la central nuclear de Larksoken recortándose con fuerza sobre el cielo, tan inexorable como su propia voluntad de combatirla, símbolo y amenaza a un tiempo, y desde la caravana dirigía la modesta organización conocida bajo la sigla PANUP (*People Against*

Nuclear Power), de la que era a la vez fundador y presidente. Lo de la caravana había sido un golpe de suerte. El dueño de Cliff Cottage era un canadiense que, retornando a sus raíces seducido por la nostalgia, había comprado la casa movido por un impulso que le hizo pensar que un día podía convertirse en el lugar donde pasaría sus vacaciones. Hacía cincuenta años aproximadamente que en Cliff Cottage se había cometido un asesinato, un asesinato de lo más vulgar: un marido tiranizado, en los límites de la paciencia, había matado a hachazos al marimacho de su mujer. Sin embargo, en aquel asesinato no había habido nada particularmente interesante ni misterioso, aunque sí sangre a espuertas. Después de comprar la casa y, enterada la mujer del canadiense de las gráficas descripciones acerca de cerebros hechos papilla y paredes salpicadas de sangre, esta declaró abiertamente que no tenía la más mínima intención de pasar los veranos ni ninguna otra época del año en la casa en cuestión. Su mismo aislamiento, que en otro tiempo constituía uno de sus atractivos, le resultaba ahora siniestro y repulsivo. Y para complicar todavía más el problema, los urbanistas locales se habían declarado contrarios a los ambiciosos planes de reconstrucción concebidos por el nuevo propietario. Desilusionado ante la compra de la casa y los problemas que entrañaba, el hombre había tapiado las ventanas y se había vuelto a Toronto, con la intención de regresar algún día y de tomar entonces la decisión final con respecto a tan desafortunada compra. El propietario anterior tenía una caravana enorme y anticuada apostada en la parte trasera de la casa y el canadiense no había puesto peros a Neil con respecto a alquilársela, fijando el alquiler en dos libras a la semana y entendiendo que aquella podía ser una manera de que alguien vigilara su propiedad. Y era desde la caravana, a la vez su casa y su oficina, que Neil llevaba a cabo su campaña. Procuraba no pensar en el tiempo que le quedaba de beca —todavía seis meses— ni en que pronto le sería preciso buscar trabajo, puesto que intuía de alguna manera que debía permanecer en aquella zona junto a la playa para no perder de vista aquel monstruoso edificio que dominaba su horizonte a la vez que su imaginación.

Ahora, sin embargo, sobre la incertidumbre en relación con la consolidación de su futuro venía a cernirse una amenaza todavía más terrible. Hacía unos dos meses que había asistido a una jornada abierta en la estación nuclear, durante la cual la oficial de administración, Hilary Robarts, había pronunciado una breve alocución preliminar. Neil se había dedicado a refutar punto por punto casi todo lo que había dicho y, lo que debía ser una introducción informativa de un ejercicio de relaciones públicas con destino a su boletín de noticias, se había convertido en un informe acerca del incidente, que ahora él comprendía que había sido redactado en términos imprudentes. Hilary Robarts lo había demandado por difamación y estaba previsto que al cabo de cuatro semanas se ventilaría la cuestión, que, tanto si se resolvía satisfactoriamente como en caso contrario, no podía más que conducirlo al desastre. A menos que Hilary Robarts se muriese al cabo de unos días —¿y por qué había de morirse?—, aquel hecho podía suponer el final de su estancia en la región, el final de

la organización que dirigía y el final de todo lo que estaba haciendo y de lo que pensaba hacer.

Amy estaba haciendo los sobres para enviar la nueva edición del boletín. Ya tenía un montón. Neil comenzó a plegar boletines y a meterlos en los sobres. La cosa no era fácil. Había querido economizar reduciendo el tamaño y la calidad y los sobres corrían peligro de desmontarse. En la actualidad disponía de una lista de suscriptores que llegaba a los doscientos cincuenta, de los que había solamente una pequeña minoría de socios colaboradores de PANUP. La mayoría no pagaban la cuota a la organización y una gran parte de los folletos iban a parar a manos de las autoridades públicas, empresas e industrias locales de las proximidades de Larksoken y Sizewell sin que estas los hubieran solicitado previamente. A veces se preguntaba cuántos de esos doscientos cincuenta suscriptores leían el folleto y, con un repentino estremecimiento de angustia y depresión, pensó en el coste global de aquella empresa, pese a su pequeñez. El boletín de aquel mes no era de los más acertados. Al releer uno antes de meterlo en el sobre, le pareció advertir que pecaba de falta de estructuración, que no ofrecía un tema coherente. El principal objetivo en el que en aquel momento se centraba consistía en refutar el argumento cada vez más difundido de que la energía nuclear podía evitar los daños perpetrados contra el medio ambiente por el efecto invernadero, si bien todo aquel conjunto de sugerencias que iban desde el recurso a la energía solar hasta la sustitución de bombillas por las que consumían un setenta y cinco por ciento menos de energía le parecían ingenuas y muy poco convincentes. Argumentaba en su artículo que la electricidad generada por la energía nuclear no podía sustituir de manera realista el petróleo y los combustibles fósiles, a menos que todas las naciones construyeran dieciséis nuevos reactores por semana en los cinco años posteriores a 1995, programa imposible de llevar a cabo y, por otra parte, de ser factible, una intolerante amenaza añadida a la representada por la amenaza nuclear en sí. Pero las estadísticas, al igual que todas las cifras que manejaba, procedían de fuentes muy diversas y carecían de autoridad. Ninguna de las cosas que había escrito le parecían constituir una labor genuinamente original, aparte de que el resto del boletín estaba ocupado por un revoltillo a base de las habituales historias pavorosas, a la mayoría de las cuales ya había recurrido en otras ocasiones: alegatos sobre escapes que no se habían dado a conocer al público, dudas con respecto a la seguridad que ofrecían las estaciones Magnox, cada día más viejas, el problema aún no resuelto del almacenamiento y transporte de los residuos nucleares. Lo más difícil había sido encontrar un par de cartas inteligentes para publicarlas en la página de la correspondencia. A veces tenía la impresión de que los únicos que leían el boletín de PANUP eran los chiflados del nordeste de Norfolk y nadie más.

Amy estaba peleándose con las palancas de la máquina de escribir, que mostraban una persistente tendencia al anquilosamiento.

—Neil, esta máquina es un verdadero trasto —decía Amy—. Iría más aprisa haciendo los sobres a mano.

—Quedan mejor desde que la has limpiado y has cambiado la cinta.

—Sigue siendo un asco. ¿Por qué no compras una nueva? Ahorraríamos mucho.

—No tengo dinero.

—¿No tienes dinero para una máquina de escribir y quieres salvar el mundo?…

—No es preciso poseer bienes para salvar el mundo, Amy. Jesucristo no tenía nada: ni dinero, ni casa, ni propiedades.

—Me figuraba que, cuando vine a vivir contigo, me habías dicho que no eras religioso.

Siempre se sorprendía cuando Amy, sin que aparentemente pareciese que le prestara atención, le recordaba comentarios que había hecho hacía un montón de tiempo.

—Yo no creo que Cristo fuera Dios, ni creo que Dios exista, pero creo en lo que enseñaba —dijo Neil.

—Pues si no era Dios, no veo que importe mucho lo que enseñase. De todos modos, lo único que recuerdo de él es no sé qué cosa sobre ofrecer la otra mejilla que a mí me parece de lo más tonto. Es una memez. Si alguien te da en la mejilla izquierda, lo que tienes que hacer es darle tú en la derecha, pero más fuerte. Así le fue: lo colgaron en la cruz, lo que predicaba le resultó fatal. Esto es lo que se saca ofreciendo la otra mejilla.

—Tengo una Biblia por ahí. Si quieres puedes enterarte de quién era Cristo —dijo Neil—. Podrías empezar por el evangelio de San Marcos.

—No, gracias, ya tuve una buena ración de todo esto en casa.

—¿En qué casa?

—Pues en una casa cualquiera, antes de que naciera el niño.

—¿Cuánto tiempo viviste en esa casa?

—Dos semanas. Dos semanas que fueron una eternidad… hasta que me escapé y me metí en una casa deshabitada.

—¿Dónde estaba esa casa deshabitada?

—En Islington, en Camden, en King’ Cross, en Stoke Newington… ¿qué importa? Ahora estoy aquí, ¿no?

—Para mí está bien, Amy.

Perdido en sus pensamientos, Neil casi no se había dado cuenta de que había dejado de plegar folletos.

—Mira, si es que no tienes intención de llenar sobres, mejor que te dediques a poner una arandela en el grifo. Hace semanas que gotea y Timmy no hace más que caer en el barro.

—De acuerdo —dijo él—. Voy ahora.

Cogió la caja de las herramientas, que tenía en lo alto del armario, fuera del alcance de Timmy. Estaba contento de salir de la caravana. En las últimas semanas había llegado a sentir claustrofobia. Una vez fuera, se agachó para hablar con Timmy, recluido en su parque. Neil y Amy habían recogido en la playa piedras grandes

agujereadas y las habían ensartado en una cuerda gruesa, que habían atado a un lado del parque. Timmy pasaba horas enteras golpeándolas entre sí o contra las barras o, como ahora, babeándolas y tratando de metérselas en la boca. A veces se comunicaba dando golpes con las piedras o con un parloteo continuo y admonitorio, interrumpido únicamente por triunfantes chillidos. Neil, arrodillándose en el suelo, se agarró a la barra, frotó su nariz con la de Timmy y se vio recompensado por su enorme y halagadora sonrisa. Se parecía muchísimo a su madre: su misma cabeza redonda sobre un cuello delicado, su misma boca bellamente conformada. Lo más diferente eran los ojos, más espaciados, de una forma diferente, igual que esferas azules coronadas por unas cejas velludas y rectas que a Neil se le antojaban gráciles orugas. La ternura que le inspiraba aquel niño era igual a la que sentía por su madre, aunque era de tipo diferente. Ahora le era imposible imaginarse la vida sin ellos dos en aquella tierra junto al mar.

Sin embargo, el grifo frustró sus intenciones. Pese a todos sus esfuerzos con la llave de tuerca, no le fue posible desenroscar el grifo. Hasta una tarea tan insignificante como aquella estaba fuera de sus posibilidades. Ya le parecía oír el sonsonete burlón de Amy:

—Quieres cambiar el mundo y no sabes cambiar una arandela.

Al cabo de un par de minutos renunció al intento, dejó la caja de las herramientas junto a la pared de la casa y se dirigió al borde del acantilado, desde donde se deslizó hasta la playa. Pasando por encima de los montones de guijarros que crujían a su paso, se acercó a la orilla del mar y, casi con violencia, se sacudió los zapatos. Así conseguía encontrar la paz cuando la tensión provocada por la angustia de sus fracasadas ambiciones y de su incierto futuro se hacía insoportable: se quedaba inmóvil contemplando la veteada curva de las olas, el tumulto de la espuma al estrellarse en sus pies, los amplios arcos entrecruzándose sobre la suavidad de la arena mientras la ola se retiraba dejando únicamente un tenue ribete de espuma. Hoy, sin embargo, ni siquiera aquella maravilla, continuamente repetida, conseguía aquietar su espíritu. Contemplaba el horizonte con ojos que nada veían y pensaba en su vida presente, en la ausencia de esperanza que encerraba su futuro, en Amy, en su propia familia. Al hundir las manos en los bolsillos, arrugó sin querer el sobre de la última carta que había recibido de su madre.

Sabía que sus padres no estaban satisfechos con él, pese a que no se lo dijeran nunca de manera manifiesta, ya que las insinuaciones veladas eran igualmente efectivas: «La señora Morgan insiste en preguntarme: ¿qué ha sido de Neil? No le he dicho que vives en una caravana, ni tampoco que no tienes un trabajo fijo». Lo que de verdad no quería decirle era que vivía con una chica. Neil les había escrito para hablarles de Amy, puesto que sus padres estaban amenazándole constantemente con una posible visita y, aunque pensaba que no era probable que se decidieran a hacerla, aquella perspectiva venía a sumarse a la intolerable angustia que ya sentía.

«He acogido temporalmente a una madre soltera a cambio de que me ayude a pasar mis cosas a máquina. No os preocupéis, porque no pienso obsequiaros con un nieto ilegítimo».

Una vez enviada la carta se sintió avergonzado. Aquella ocurrencia humorística fácil se parecía demasiado a un intento traicionero de rechazar a Timmy, al que quería de verdad. Su madre, por su parte, no la había encontrado cómica ni tampoco tranquilizadora. De hecho, aquella carta había desencadenado una mezcolanza incoherente de advertencias, reproches trágicos y veladas alusiones a las posibles reacciones de la señora Morgan, si algún día llegaba la noticia a sus oídos. Tan solo sus dos hermanos acogían subrepticiamente con satisfacción la vida que Neil llevaba. Ellos no habían ido a la universidad, pero la diferencia establecida por las comodidades de que gozaban —lujosas viviendas, sucesión de cuartos de baño, chimeneas de carbón artificial en lo que ellos llamaban el salón, esposas que trabajaban, coche nuevo cada dos años y temporadas en Mallorca— era motivo de agradables ratos de halagadoras comparaciones que él sabía que debían conducir siempre a la misma conclusión: que ya era hora de que sentara la cabeza y que todo aquello no estaba bien, sobre todo después de todos los sacrificios que habían hecho papá y mamá para enviarlo a la universidad y de todo el despilfarro de dinero que había supuesto.

No había querido decir a Amy ninguna de estas cosas, pero se las habría confiado con gusto por poco interés que ella hubiera demostrado. Sin embargo, Amy no le hacía preguntas acerca de su vida pasada ni tampoco le había dicho nada acerca de la suya. La voz, el cuerpo, el olor de Amy le resultaban tan familiares como los suyos propios, pero esencialmente no sabía de ella más ahora que cuando llegó. Se negaba a percibir ayudas sociales de ningún tipo, alegando que no estaba dispuesta a que los sabuesos del DHSS metieran las narices en la caravana para averiguar si se acostaba o no con Neil. Y en esto él estaba de acuerdo con ella. Tampoco Neil quería que acudiera nadie a husmear, pero consideraba que, aunque solo fuera por Timmy, habría tenido que aprovechar cualquier ofrecimiento. Neil no le había dado dinero, pero los alimentaba a los dos, cosa difícil por demás dado el importe de la beca. A Amy no la visitaba nunca nadie, ni nadie la telefoneaba. De vez en cuando recibía una postal, alguna vista en colores de Londres con una nota indefinida y sin sentido, pero, que él supiera, siempre se quedaba sin respuesta.

¡Había tan poco en común entre los dos! Amy le ayudaba con entusiasmo en lo de PANUP, pero él ignoraba hasta qué punto se sentía comprometida en sus esfuerzos. Lo que sí sabía es que ella encontraba estúpido su pacifismo. No tenía más que recordar la conversación que habían sostenido aquella misma mañana.

—Oye una cosa, si al lado de mi casa vive mi enemigo y tiene un cuchillo, una pistola y una ametralladora y yo tengo lo mismo, no voy a enfundar las armas si él no enfunda las suyas. Lo que yo le diré es: mira, suelta el cuchillo, suelta la pistola y

suelta la ametralladora. Soltémoslas los dos, al mismo tiempo. ¿Por qué tengo que soltar yo las armas si él se queda con las suyas?

—Pero alguien tiene que empezar, Amy. Tiene que haber un principio de confianza. Ya se trate de personas o de naciones, tenemos que encontrar fe suficiente para abrir nuestros corazones y nuestras manos y decir: «Mira, yo no tengo nada, tan solo mi humanidad. Vivimos en el mismo planeta. El mundo está lleno de penas, no las aumentemos. Tiene que haber un final para el miedo».

—No veo por qué él va a enfundar las armas cuando vea que yo no las tengo —siguió ella, pertinaz.

—¿Por qué ha de guardárselas? Pues porque de ti ya no tiene nada que temer.

—Pues no se las guardará porque le gusta tener armas y porque a lo mejor las utiliza algún día. Le gusta el poder y le gusta saber que me tiene donde quiere tenerme. Francamente, Neil, a veces eres muy ingenuo. La gente es así.

—Lo que pasa es que no podemos discutir en estos términos, Amy. Aquí no estamos hablando de cuchillos, de pistolas ni de ametralladoras. Estamos hablando de armas que nadie puede emplear a no ser al precio de su propia destrucción y probablemente de la destrucción de todo el planeta. De todos modos está bien que colabores con PANUP, aun no simpatizando con su causa.

—PANUP es diferente —dijo ella—. Y además simpatizo con su causa. Lo que pasa es que me parece que es una pérdida de tiempo eso de escribir cartas, de hacer discursos, de enviar folletos. No sirve de nada. Hay que luchar con la gente con sus mismas armas.

—De algo sirve. En todo el mundo hay gente de la calle que hace marchas, manifestaciones, deja oír su voz y hace saber a los gobiernos que lo que quiere es un mundo en paz para ellos y para sus hijos. Gente corriente como tú.

Pero entonces ella había puesto el grito en el cielo.

—Yo no soy corriente. No me vengas con que yo pertenezco a la gente corriente. De corriente, yo, nada.

—Bueno, perdona, Amy, no te lo tomes así.

—Entonces no me lo digas.

La única cosa que compartían era la negativa a comer carne. Así que Amy se había instalado en la caravana, él le había dicho:

—Yo soy vegetariano, pero no voy a obligarte a que lo seas, ni a que lo sea Timmy.

Y mientras lo decía, se le ocurrió pensar si Timmy era ya bastante mayor para comer carne. Después, añadió:

—Si te apetece, de cuando en cuando puedes comprarte un bistec en Norwich.

—A mí lo tuyo me va. Los animales no me comen, así es que yo tampoco me como a los animales.

—¿Y Timmy?

—Timmy come lo que le doy. No es exigente.

No lo era. Neil no habría podido imaginar un niño más dócil y, las más de las veces, más contento. Había comprado el parque de segunda mano a través de un anuncio de una agencia de Norwich y lo había traído cargado en la parte superior de la furgoneta. Timmy se pasaba horas enteras reptando a gatas por el parque o, agarrándose a las cuerdas, tratando de ponerse de pie y sosteniéndose en un precario equilibrio, con los pañales caídos invariablemente a la altura de las rodillas. Pero cuando alguien le llevaba la contraria, se salía de sus casillas y entonces, cerrando con fuerza los ojos, abriendo la boca y conteniendo el aliento, soltaba un espantoso alarido de tal intensidad que Neil no podía por menos de pensar que de un momento a otro aparecería todo el pueblo de Lydsett corriendo enloquecido para poner en claro de una vez cuál de los dos se dedicaba a torturar al niño. Amy no le pegaba nunca y lo único que hacía en estos casos era cogerlo de un tirón, cargárselo en la cadera y descargarlo en la cama diciendo:

—¿Pero qué es ese ruido tan espantoso?

—¿No deberías quedarte con él? Retener el aliento de esa manera puede matarlo.

—No digas simplezas. ¿Cómo va a matarse? Es incapaz.

Ahora Neil sabía que la deseaba, la deseaba mucho, pero era evidente que ella no lo deseaba a él y ya nunca más volvería a arriesgarse a que le rechazara. La segunda noche que Amy había pasado en la caravana, había retirado la divisoria que marcaba una separación entre su cama y la de Neil y, sigilosamente, se había deslizado en esta, después de lo cual se había quedado contemplándolo con aire de profunda gravedad. Estaba totalmente desnuda.

—Mira, Amy, no tienes necesidad de pagarme —le había dicho Neil.

—Yo nunca pago, por lo menos de esa manera. Pero haz lo que quieras.

Después de una pausa, había preguntado:

—¿Eres *gay* o algo así?

—No, lo que pasa es que no me gustan estas cosas de ese modo, porque sí.

—¿Quieres decir que no te gustan o que consideras que no están bien?

—Supongo que considero que no está bien que yo las haga.

—¿Es porque eres religioso o qué?

—No, no es que sea religioso, por lo menos de la manera corriente. Lo que pienso es que la sexualidad es una cosa demasiado importante para tomársela a la ligera. Mira, si dormimos juntos y… no te gusto en el aspecto sexual… lo que pasará es que entonces nos pelearemos y tú te largarás. Pensarás que estás obligada dadas las circunstancias. Te irás… tú y Timmy.

—Y si me voy, ¿qué pasa?

—Pues que yo no quiero que te vayas, por lo menos por algo que yo haya podido hacer.

—O por algo que hayas dejado de hacer. Ya entiendo. Seguramente tienes razón.

Hubo otra pausa, después de la cual añadió:

—Esto quiere decir que no te gustaría que me fuera…

—No, no me gustaría —dijo Neil.

Amy había vuelto a su sitio.

—Yo siempre acabo marchándome, pero hasta ahora a nadie le había importado.

Aquel había sido el único avance de tipo sexual que había hecho Amy y él sabía que sería el último. A partir de entonces dormían con la cuna de Timmy metida entre la divisoria y la cama de Neil. A veces, en el curso de la noche, despierto porque el niño tenía un sueño agitado, Neil sacaba las manos y se agarraba a los barrotes metálicos anhelando retirar aquella frágil barrera, símbolo del abismo infranqueable que había entre los dos. La tenía allí tendida durmiendo, suave y enroscada igual que un pez o una gaviota, tan cerca que notaba la oscilación de su respiración, como un eco pálido del suspiro del mar. La deseaba tanto que hasta le dolía el cuerpo y, viendo la inutilidad de aquella necesidad que tenía de ella, hundía el rostro en la tosca almohada para ahogar un lamento. ¿Qué podía ver Amy en él, como en aquella primera noche, que la impulsara a acercársele, a no ser movida por la gratitud, la piedad, la curiosidad o el aburrimiento? Neil odiaba su propio cuerpo: sus piernas huesudas en las que destacaba la rótula, evidente como una deformidad, sus ojos pequeños, continuamente parpadeantes, implantados excesivamente próximos entre sí, aquella barba rala que no conseguía disfrazar la debilidad denunciada por la boca y la barbilla. Otras veces sentía el tormento de los celos: sin tener pruebas, estaba convencido de que había otro. Amy decía de vez en cuando que iba a dar un paseo sola por la zona de la playa y él la observaba desaparecer con la certidumbre absoluta de que iba a reunirse con su amante. Y cuando volvía, le parecía descubrir en el resplandor de su cara, en la satisfacción de su sonrisa, el rastro de la felicidad reciente, casi percibía con el olfato que acababa de hacer el amor.

Ya había tenido noticias de la universidad informándole de que la subvención que recibía por sus estudios no iba a ser prorrogada. Era una decisión que no le había sorprendido, porque ya la estaba esperando. Había estado ahorrando todo lo que había podido con la esperanza de reservar una pequeña suma de dinero que le permitiera salvar el bache hasta encontrar algún trabajo en la zona. Le importaba poco qué trabajo pudiera ser, cualquier cosa con tal de que le permitiera vegetar y seguir viviendo en la región para llevar adelante la campaña. Teóricamente podía continuar organizando lo de la PANUP desde cualquier punto de Inglaterra, pero tenía el pleno convencimiento de que se encontraba irrevocablemente vinculado a aquella tierra de Larksoken, a la caravana, a aquella mole de cemento situada a cinco kilómetros de distancia pero con poder suficiente, a lo que parecía, para dominar su voluntad al mismo tiempo que su imaginación. Ya había lanzado unos cuantos cables entre aquellos que podían ofrecerle trabajo, pero no había nadie que tuviera ganas de emplear a un conocido agitador, ni siquiera los que parecían simpatizar con la causa antinuclear. Quizá pensaban que gran parte de sus energías se desviarían hacia la campaña que estaba realizando. Entretanto, el pequeño capital que había reunido iba menguando poco a poco, especialmente con los gastos añadidos de Amy, Timmy y

hasta los gatos, aparte de que ahora pesaba sobre él la amenaza de aquel juicio que tenía pendiente, menos una amenaza que una realidad.

Cuando, transcurridos diez minutos, volvió a meterse en la caravana, también Amy había dejado de trabajar: estaba tumbada en la cama, con la vista clavada en el techo, Smudge y *Whisky* enroscados sobre el estómago.

Bruscamente, Neil le espetó, fijando en ella los ojos:

—Si la demanda de Robarts sigue adelante, voy a necesitar dinero. No podemos seguir de esta manera. Hay que pensar en algo.

La chica se incorporó de un salto y lo miró intensamente, mientras los gatos, ofendidos, dejaban oír su protesta y desaparecían:

—¿Quieres decir que tendremos que marcharnos de aquí?

Si en otro momento aquel «tendremos» seguramente le habría levantado los ánimos, ahora casi ni lo notó:

—Es posible.

—Pero ¿por qué? Quiero decir que es imposible que encontremos un lugar para vivir más barato que la caravana. Intenta encontrar una habitación por dos libras a la semana… Tenemos una suerte loca de vivir aquí.

—Pero aquí no hay trabajo, Amy. Si tengo que pagar alguna indemnización, primero me hace falta encontrar trabajo. Esto quiere decir Londres.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Cualquier trabajo. Tengo título universitario.

—Bueno, yo no le veo sentido a lo de dejar el sitio, ni siquiera sin trabajo. Puedes ir a la Seguridad Social, cobrar el paro.

—Con eso no voy a pagar indemnizaciones.

—Bueno, pues si tú te vas, quizá yo me quede. El alquiler puedo pagarlo yo. Después de todo, al propietario poco le importa quién viva ahí dentro, con tal de que tenga sus dos billetes todas las semanas…

—No puedes vivir aquí sola.

—¿No? ¿Por qué? En sitios peores he vivido.

—Pero ¿de dónde vas a sacar el dinero?

—Si tú te vas, voy a la Seguridad Social, entonces ellos enviarán a los sabuesos, pero no tendrán nada que decir. No van a decir que me entiendo contigo, si tú no estás. Además, me queda algo en la cuenta postal.

Aquella crueldad indiferente de sus palabras le llegó al corazón. Con profunda repugnancia se oyó a sí mismo infundir aquel matiz de conmiseración que ahora era incapaz de suprimir de sus palabras:

—¿Eso es lo que quieres, Amy? ¿Que me vaya?

—¡Anda, no seas tonto! Quería pincharte un poco. En serio, Neil, tendrías que ver la cara que pones, ese aire de pena… A lo mejor no pasa nada, me refiero a lo del juicio.

—Pasará, a menos que ella se eche atrás. Ya han puesto fecha a la vista.

—A lo mejor la retira o a lo mejor se muere. Quizás un día se ahogue, mientras nada como todas las noches, cuando dan las noticias de las nueve, más puntual que un reloj, hasta el mes de diciembre.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que va a nadar todas las noches?

—Me lo dijiste tú.

—No recuerdo habértelo dicho.

—Entonces me lo ha dicho no sé quién, uno de los habituales del Local Hero. ¿Qué importa eso? Me parece que no es ningún secreto.

—¡Qué va a ahogarse! —dijo Neil—. Es una excelente nadadora y no está para correr riesgos. Aparte de que no le deseo la muerte, uno no puede andar predicando el amor y practicando el odio.

—Pues yo sí se la deseo. Me gustaría que el Silbador acabara con ella. A lo mejor tú ganas el juicio y la que tiene que pagar es ella. ¡Esa sí sería buena!

—No es probable. Hablé con un abogado de la Oficina de Asesoramiento del Ciudadano, cuando estuve en Norwich el viernes pasado, y me di cuenta de que lo consideraba un asunto serio, sobre todo eso de que ella quiera pelearse. Me dijo que yo debería buscarme un abogado.

—Pues búscate uno.

—¿Cómo? Los abogados cuestan dinero.

—Pues búscate ayuda legal. Pon un anuncio en la página de la correspondencia y pide que te ayuden.

—No puedo, bastante me cuesta ya que funcione lo de la correspondencia, el coste del papel y del franqueo.

De pronto Amy se puso seria y dijo:

—Estoy pensando en otra cosa. Todavía faltan cuatro semanas. En cuatro semanas pueden ocurrir muchas cosas. Lo primero, deja de preocuparte y verás cómo todo sale bien. Mira lo que te digo, Neil, te prometo que este juicio no irá nunca a los tribunales.

Y a pesar de lo ilógico de aquellas palabras, Neil sintió una momentánea sensación de paz y de consuelo.

Capítulo 7

Eran las seis de la tarde y, en la central nuclear de Larksoken estaba tocando a su fin la reunión semanal en la que intervenían todos los departamentos. La de aquel día había durado treinta minutos más que las habituales. El doctor Alex Mair fue de la opinión, reforzada normalmente por su eficiente presidencia, que en aquel cambio de impresiones que había durado tres horas se habían presentado pocas ideas originales. Pero el orden del día había sido amplio: la revisión del plan de seguridad, que no había pasado del estadio de borrador; la racionalización de la estructura interna para reducir los siete departamentos a tres —ingeniería, producción y recursos—; el informe del laboratorio de inspección local en relación con su análisis del ambiente; el orden del día preliminar para el comité de enlace local. Aquella reunión anual era de lo más engorroso, pero suponía una útil contemporización con la localidad que exigía una cuidadosa preparación, ya que incluía representantes de los departamentos gubernamentales interesados, autoridades locales, autoridades pertenecientes a los sectores de policía, bomberos y agua, Sindicato Nacional de Agricultores y Asociación de Propietarios Locales. Mair a veces refunfuñaba por el trabajo y el tiempo que exigía, pero valoraba su importancia.

La reunión semanal se celebraba en su despacho, en la mesa de juntas situada delante de la ventana orientada hacia el sur. Había caído la noche y el enorme panel de vidrio era un rectángulo negro donde veía reflejados los rostros de todos los presentes, como imágenes incorpóreas y descarnadas de viajeros que circulasen en un tren iluminado. Sospechaba que algunos jefes de departamento, especialmente Bill Morgan, ingeniero de obras, y Stephen Mansell, superintendente de mantenimiento, habrían preferido un marco más familiar, por ejemplo la salita contigua y las butacas bajas y confortables, unas horas de charla distendida sin un programa previo y quizás unas copas después, en el bar del pueblo. Bueno, este era un estilo, pero no el suyo.

Por fin pudo cerrar la carpeta de tapas duras en la que su secretaria había fijado meticulosamente todos los paneles referentes a los asuntos pendientes y correspondientes referencias y, como dando la reunión por terminada, dijo:

—¿Algo más?

Pero no conseguiría librarse tan fácilmente. A su derecha, como de costumbre, se sentaba Miles Lessingham, superintendente de operaciones, cuyo reflejo, que lo colocaba de cara a la mesa, hacía que su cabeza pareciera la de un muerto de hidrocefalia. Trasladando la vista de la imagen al rostro auténtico, Mair detectó muy poca diferencia. La luz intensa del techo proyectaba unas sombras profundas bajo sus ojos hundidos, mientras por la frente, coronada por una franja de cabellos indisciplinados, resbalaban unas gotas de sudor. Apoyándose en el respaldo de la silla, Lessingham dijo:

—Este trabajo del que se ha hablado… quizás habría que decir acerca del cual han circulado rumores… supongo que tenemos derecho a preguntar si ya se lo han

ofrecido oficialmente, ¿o es que no podemos preguntarlo?

Mair contestó con toda calma:

—La respuesta es que no me lo han ofrecido; la publicidad se ha avanzado a los acontecimientos. La prensa se ha apoderado del asunto, como suele hacer siempre, pero todavía no hay nada oficial. Uno de los resultados lamentables de esta costumbre actual de dejar que se produzcan filtraciones de las informaciones de interés es que las personas más involucradas son las últimas en enterarse. Cuando el asunto tenga carácter oficial, ustedes siete serán los primeros en saberlo.

Lessingham prosiguió:

—Esto podría tener serias repercusiones, Alex. Quiero decir si usted se fuera. Ya está firmado el contrato para el nuevo reactor PWR, se va a hacer la reorganización interna con la consiguiente posibilidad de desorden que conlleva, la privatización de la electricidad… Es un mal momento para cambios en la cúpula.

—¿Cuál es el buen momento? —preguntó Mair—. Hasta que ocurra, en el supuesto de que ocurra, de poco va a servir discutirlo.

John Sunding, el químico de la central, intervino:

—Se supone que la reorganización interna se llevará adelante de todas maneras, ¿verdad?

—Así lo espero, después de todo el tiempo y energías que hemos empleado en planificarla. Me sorprendería que un cambio en la dirección pudiera impedir una reorganización necesaria y que por otra parte ya está en marcha.

—¿Cuál será el nuevo cargo: director o administrador de la central? —preguntó Lessingham.

La pregunta era menos inocente de lo que parecía.

—Supongo que administrador de la central.

—Quiere decir que las investigaciones continuarán.

—Cuando yo me vaya, sea ahora o más adelante, las investigaciones continuarán —dijo Mair—. Esto lo saben desde siempre. Yo inauguré las investigaciones y no habría aceptado el puesto de no haberlas podido continuar. Solicité determinadas facilidades para seguir investigando y las obtuve. De todos modos, en Larksoken las investigaciones han sido siempre una anomalía. Hemos hecho una buena labor y seguimos haciéndola, pero lo lógico es que se haga en otra parte, en Harwell o en Winfrith. ¿Queda algo más?

Pero a Lessingham no se le contentaba tan fácilmente.

—¿Usted a quién tendrá que rendir cuentas? ¿Al secretario de Estado en materia de energía o a la AEA? —preguntó.

Aunque Mair conocía la respuesta, no tenía ninguna intención de contestar.

—Está todavía por decidir —dijo sin inmutarse.

—Como seguramente también otros asuntos de menor importancia, tales como el salario, las cuotas, el alcance de sus responsabilidades y el título inherente al cargo.

El de inspector de Energía Nuclear tiene una cierta distinción. A mí me gusta. Pero me gustaría saber qué cosas inspeccionará exactamente.

Se produjo un silencio.

—Si se conociera la respuesta a esta pregunta, seguramente ya se habría hecho el nombramiento —dijo Mair—. No es que quiera rehuir el asunto pero ¿no sería mejor que nos ciñésemos a las cuestiones que son competencia de este comité? De acuerdo, ¿algo más?

Esta vez no hubo réplica.

Hilary Robarts, la oficial del departamento de administración, ya había guardado sus papeles. Ella no había tomado parte en el cruce de preguntas y respuestas, pero Mair sabía que los demás daban por sentado que, si no lo había hecho, era porque ya estaba al corriente de todo.

Antes de que salieran del despacho, su secretaria, Caroline Amphlett, ya había entrado para retirar las tazas de té y despejar la mesa. Lessingham tenía la costumbre de dejarse olvidado el orden del día, pequeña protesta personal contra la cantidad de papel que generaba aquella reunión semanal. El doctor Martin Goss, jefe del departamento de física, como siempre, se había pasado el tiempo garabateando de manera obsesiva. Su cuaderno de apuntes estaba cubierto de globos aerostáticos, profusamente adornados con complicados dibujos. Como era lógico, una parte de sus pensamientos estaba centrada en su pasión privada. Caroline Amphlett, como de costumbre, se movía con una gracia serena a la vez que eficiente. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Durante los tres últimos años, Caroline había trabajado como secretaria de Mair, pese a lo cual este no la conocía ahora mucho más que aquella mañana en que había tomado asiento en ese mismo despacho para entrevistarse con él y ocupar aquel puesto. Era una muchacha alta y rubia, de cutis fino y ojos más bien pequeños y bastante separados, de un intenso color azul, una muchacha a la que habría podido considerarse hermosa de haber sido más vital. Mair sospechaba que se amparaba en su trabajo confidencial de secretaria para mantener una reserva disuasoria de una mayor intimidad. Era la secretaria más eficaz que había tenido en su vida y se había sentido muy dolido de que ella hubiera querido dejar bien sentado que cuando él se trasladase, si se trasladaba, ella seguiría en Larksoken, a lo que había añadido que tenía razones personales para obrar de aquella manera. Aquello, por supuesto, quedaba explicado con la existencia de Jonathan Reeves, joven ingeniero que trabajaba en los talleres. Mair había quedado tan sorprendido y a la vez tan disgustado ante su decisión como ante la perspectiva de tener que iniciar un nuevo trabajo con secretaria nueva, pero a esto todavía había venido a añadirse una nueva reacción, más perturbadora aún. Caroline Amphlett no correspondía al tipo de belleza femenina que le atraía y siempre había dado por sentado que debía de tratarse de una mujer fría en el sentido físico de la palabra. Era desconcertante para él pensar que un don nadie con acné pudiera haber descubierto, y aun explorado, profundidades en ella que él, pese a la intimidad cotidiana, ni siquiera había sospechado. A veces se

había preguntado, aunque con escasa curiosidad real, si no sería menos sumisa, más complicada que lo que suponía, e incluso a veces había experimentado la desconcertante sensación de que la fachada que la chica ofrecía, seria y a toda prueba, era más bien fruto de un atento estudio encaminado a ocultar una personalidad mucho menos acomodaticia y mucho más compleja. Pero si la auténtica Caroline se mostraba accesible a Jonathan Reeves, si de veras le gustaba aquel personaje insípido y gris, significaba que ni siquiera era merecedora de su curiosidad.

Capítulo 8

Dejó pasar el tiempo suficiente para que los diferentes jefes de departamento hubieran vuelto a sus despachos antes de avisar a Hilary Robarts y pedirle que se personara ante él. Quizás habría sido más normal que, con estudiada naturalidad, le hubiera pedido que aguardara un momento después de la reunión, pero lo que tenía que hablar con ella tenía carácter privado y hacía unas cuantas semanas que estaba tratando de reducir el número de ocasiones en que era de dominio público que estaban los dos solos. Temía la entrevista. Estaba seguro de que ella juzgaría lo que tenía que decirle como una crítica personal y su experiencia le decía que esto era algo que pocas mujeres podían tolerar. Entretanto pensaba: ha sido mi amante, estaba enamorado de ella, un enamorado como creo que un hombre puede estarlo de una mujer. Y si no era amor, suponiendo que alguien sepa lo que significa esta palabra, por lo menos la había deseado. ¿Contribuiría esto a que fuera más fácil lo que debía decirle o aún sería más difícil de decir? Se dijo para sus adentros que, cuando un hombre tiene que poner las cartas boca arriba ante una mujer, siempre se siente cobarde. Subsiste siempre aquella primera subordinación posnatal, alimentada por la dependencia física, demasiado arraigada para que se pueda extirpar totalmente. No era más cobarde que los demás seres pertenecientes a su sexo. En cierta ocasión, en el supermercado de Lydsett, había oído decir a una mujer:

—George habría hecho cualquier cosa para evitar una escena.

Por supuesto que sí, ¡pobre desgraciado!, ya se habían ocupado de que se sintiera así las mujeres, con aquel calor suyo oliendo a matriz y a polvos de talco y sus pechos henchidos de leche, durante las cuatro primeras semanas de su vida.

Se puso de pie al entrar ella y aguardó a tomar asiento hasta que Hilary se hubo acomodado en el sillón al otro lado del escritorio. Inmediatamente abrió el cajón de la derecha y sacó la reproducción de un boletín, que le tendió por encima de la mesa.

—¿Has visto esto? Es el último boletín de PANUP que ha enviado Neil Pascoe.

—Sí, el boletín contra la energía nuclear —dijo ella—, redactado por Pascoe y unas cuantas docenas de histéricos mal informados. Naturalmente que lo he visto, porque me lo manda él mismo. Ya se encarga él de que lo vea.

Le echó una breve ojeada y se lo devolvió por encima de la mesa. Él lo cogió y leyó en voz alta: «Es probable que muchos lectores se habrán enterado de que he sido demandado por la señorita Hilary Robarts, oficial del servicio administrativo de la central nuclear de Larksoken, por pretendida difamación contenida en mi escrito del número de mayo de este boletín. Por supuesto que pienso defenderme con todas mis fuerzas y, puesto que no tengo dinero para contratar los servicios de un abogado, yo mismo me encargaré de mi defensa. Nos encontramos ante el último ejemplo de amenaza a la libre información e incluso a la libertad de expresión por parte del cabildo representante de la energía nuclear. Parece que, en la actualidad, la más mínima crítica provoca de inmediato la amenaza de acción legal. El hecho, sin

embargo, tiene su faceta positiva. La actitud de Hilary Robarts demuestra que nosotros, la gente corriente de este condado, tenemos nuestro peso. ¿Se preocuparían de nuestro humilde boletín si no tuviesen miedo? Aparte de que el juicio, suponiendo que llegue a los tribunales, puede darnos un renombre de ámbito nacional, si sabemos aprovecharnos de él. Somos más fuertes de lo que sospechábamos. De momento, doy a continuación las fechas de las próximas jornadas abiertas que se van a celebrar en Larksoken, a fin de que asistan a ellas todos aquellos que puedan y a fin de defender con ahínco nuestra causa contra la energía nuclear durante el período de suspensión que normalmente precede al turno real de la central».

—Ya te he dicho que lo había visto —dijo ella—, no entiendo por qué pierdes el tiempo leyéndolo en voz alta. Parece decidido a ensañarse en la ofensa. Si tuviera un mínimo de prudencia, se buscaría un buen abogado y mantendría la boca cerrada.

—No se puede costear un abogado, ni está en condiciones de pagar indemnizaciones.

Después de una breve pausa, continuó:

—En interés de la central, creo que deberías echarte atrás…

—¿Me lo ordenas?

—No tengo autoridad para obligarte y tú lo sabes. Lo único que hago es pedírtelo. No vas a sacar nada de él porque no tiene una perra y, aparte de esto, no merece la pena.

—Este va a por mí. Lo que él califica de mínima crítica era una auténtica difamación y fue objeto de una difusión generalizada. No hay defensa. ¿Recuerdas las palabras exactas? «Una mujer cuya respuesta al caso de Chernobyl fue que únicamente murieron treinta y una personas, una mujer que es capaz de pasar por alto, por considerarlo insignificante, uno de los mayores desastres nucleares del mundo, que ha llevado a millares de personas al hospital, ha expuesto a cien mil o más a los peligrosos afectos de la radiactividad, ha asolado extensas zonas de tierra y puede tener como resultado un número de muertos por cáncer que llegue a los cincuenta mil durante los próximos cincuenta años, una mujer así está totalmente incapacitada para ocupar un puesto en una central de energía atómica. Mientras desempeñe su trabajo, cualquiera que sea, estamos en situación de abrigar las más serias dudas sobre si la seguridad es materia tenida en cuenta en Larksoken». Se trata de una clara acusación de incompetencia profesional. Si dejamos que vaya diciendo por ahí ese tipo de cosas, no nos libraremos de él en la vida.

—No sabía que debíamos ocuparnos de acallar las críticas que no nos gustan. ¿Qué método propones?

Calló al detectar él mismo en su voz la primera señal de aquella mezcla de sarcasmo y fatuidad que en ocasiones lo afectaba y a la que era morbosamente sensible. Después prosiguió:

—Es una persona libre y puede vivir donde quiera, además de que tiene derecho a pensar lo que quiera. Mira, Hilary, no es un contrincante de talla. Si lo llevas a los

tribunales, lo único que conseguirás es hacer publicidad de su causa y no harás ningún bien a la tuya. Lo que queremos es ganarnos a la gente de la región, no enfrentarnos con ella. Como lo dejes, verás cómo alguien inaugura un fondo para costear su defensa. Larksoken ya tiene bastante con una mártir.

Mientras él hablaba, Hilary se levantó y comenzó a recorrer el despacho de un lado a otro. De pronto se paró y se volvió hacia él.

—¿Se trata de esto? ¿Del buen nombre de la central, de tu buen nombre? ¿Y mi buen nombre, qué? Si abandono la demanda, será como admitir claramente que él tiene razón, que no estoy capacitada para trabajar en la central.

—Lo que él escribió no daña para nada tu buen nombre delante de la gente que cuenta para ti. Si hay un juicio, la situación no mejorará. No es aconsejable que la actitud personal se vea influida, y, menos aún, puesta en peligro, por un orgullo ultrajado. Lo razonable es retirarse sin hacer ruido. ¿Qué importancia tienen los sentimientos?

Comprendió que no podía seguir sentado mientras ella iba paseando de un lado a otro de la habitación. Se puso de pie y se dirigió a la ventana y, aunque tenía que continuar oyendo su voz indignada, por lo menos ya no debía contemplar su figura yendo de acá para allá ni el ondear de su revuelta cabellera. Volvió a repetir lo mismo:

—¿Qué importancia tienen los sentimientos? Lo que importa es el trabajo.

—A mí los sentimientos me importan. Precisamente esto es algo que tú no has entendido nunca, ¿verdad? La vida es sentimiento, el amor es sentimiento. El aborto lo mismo. Tú me obligaste. ¿Te preguntaste en algún momento qué sentía yo, qué necesitaba?

«¡Oh, por Dios! —pensó—, esto no, no volvamos con lo mismo, ahora no». De espaldas a ella, dijo:

—Es ridículo decir que te obligué. ¿Cómo podía obligarte? Creo que tú pensabas lo mismo que yo, que era imposible que tuvieras un hijo.

—¡Eso sí que no! Si quieres ser un exacto, sé también exacto en esto. Habría sido complicado, problemático, difícil, caro, pero no imposible. Tampoco ahora sería imposible. Y por el amor de Dios, no me des la espalda, estoy hablando contigo y lo que digo es importante. Alex se volvió y se dirigió de nuevo a su mesa de despacho, mientras con absoluta calma decía:

—Está bien, mis palabras no eran exactas. Lo que tú quieres es tener un hijo a toda costa y a mí me parece de perlas mientras no pretendas que yo sea el padre. Pero nosotros estábamos hablando de Neil Pascoe y de PANUP. Hemos puesto un enorme empeño en conseguir unas buenas relaciones con la comunidad local y no pienso echar todos estos esfuerzos por la borda por culpa de una acción legal que considero totalmente innecesaria, particularmente ahora, cuando está a punto de ponerse en funcionamiento el nuevo reactor.

—Entonces procura impedirlo. Y, ya que estás hablando de relaciones públicas, me sorprende que no hayas mencionado a Ryan Blaney y el Scudder Cottage. ¿Qué quieres que haga con este asunto? ¿Que le ceda una cosa que me pertenece para que la disfruten él y sus hijos solo para no echar a rodar las relaciones públicas?

—Este es un asunto totalmente diferente y no me concierne como director pero, si quieres que te dé mi opinión, te diré que me parece que estás mal aconsejada al querer echarlo por la fuerza por el simple hecho de que la ley está de tu parte. Él te paga el alquiler regularmente, ¿no es verdad? Y tú no quieres la casa para nada.

—Yo quiero la casa. Es mía. La compré y ahora quiero venderla.

Hilary se dejó caer en la silla y entonces él también se sentó, obligándose a mirar los ojos de aquella mujer en los que, para desesperación suya, veía más tristeza que ira.

—Lo más seguro es que ya esté enterado de tus intenciones —dijo— y que se vaya de la casa así que pueda, pero no es nada fácil. Hace muy poco que se ha quedado viudo y tiene cuatro hijos. En la región la gente se hace cargo de su situación y yo lo comprendo.

—Lo único que sé es que la mayor parte del tiempo y del dinero de Ryan Blaney va a parar al Local Hero, y que yo no estoy para esperar. Si dentro de los tres meses siguientes vamos a trasladarnos a Londres, la verdad es que no queda mucho tiempo para arreglar la cuestión de la casa. A mí no me gusta dejar pendientes asuntos de este tipo. Quiero vender la casa tan pronto como sea posible.

Sabía que aquella era la ocasión que habría debido aprovechar para decirle resueltamente:

—Es posible que yo vaya a Londres, pero no contigo.

Pero le pareció imposible. Pensó que era muy tarde, que era el final de un día muy atareado, que era el peor momento para andarse con argumentaciones racionales, que Hilary estaba sobreexcitada y que había que proceder con cautela. De momento ya había tratado con ella el asunto de Pascoe y, aunque había reaccionado tal como esperaba, era posible que más tarde reflexionase y siguiera su consejo. En cuanto a lo de Ryan Blaney, tenía razón: era un asunto que no le incumbía. Aquella entrevista había hecho que tomara dos decisiones, a las que pensaba atenerse con más firmeza que nunca: Hilary no iría a Londres con él, ni tampoco pensaba recomendarla como jefe de administración de Larksoken. Pese a su eficacia, a su inteligencia, a contar con el bagaje adecuado, no era la persona indicada para el puesto. Por un momento se le ocurrió que tenía el as en sus manos:

—No te pido en matrimonio —habría podido decirle—, pero te ofrezco el mejor puesto al que puedes aspirar.

Sin embargo, sabía que no podía tentarla porque no pensaba dejar la administración de Larksoken en sus manos. Tarde o temprano se enteraría de que no habría boda ni promoción laboral. Sin embargo, no era el momento, pese a que hubo de preguntarse irónicamente cuál podría ser el momento.

En lugar de lo que hubiera querido decirle, le dijo:

—Mira, nosotros estamos aquí para hacer funcionar la central nuclear con eficacia y seguridad. Estamos realizando un trabajo importante y necesario. Por supuesto que tenemos la obligación de hacerlo, ya que de otro modo no estaríamos aquí. Pero somos técnicos y científicos, no evangelizadores. Esto no es una campaña religiosa.

—Los del otro bando hacen una campaña religiosa. Por lo menos él. Tú lo ves como un personaje insignificante. No lo es. Es un hombre honrado, pero peligroso. Fíjate cómo hurga en los archivos para descubrir casos de leucemia, que él atribuye a la energía nuclear. Y cómo ha conseguido el último informe Comare para apoyar sus extravagantes preocupaciones. ¿Y qué me dices del boletín del mes pasado? ¿De todas aquellas sensiblerías y ñoñeces sobre los trenes de la muerte, rodando silenciosos a medianoche a través de los suburbios del norte de Londres? Cualquiera se figuraría que los vagones que circulan con residuos nucleares son vagones abiertos. ¿Le importa acaso que la energía nuclear haya hecho ahorrar hasta ahora al mundo quinientos millones de toneladas de carbón? ¿Ha oído hablar alguna vez del efecto invernadero? Me refiero a si este imbécil es un ignorante total o no, a si tiene alguna idea de los daños causados a este planeta por la combustión de combustibles fósiles, o si alguien le ha informado acerca de la lluvia ácida o de los elementos cancerígenos de los residuos del carbón. Y si hay que hablar de peligros, ¿qué puede decir de los cincuenta y siete mineros quemados vivos en el desastre de Borken solo este año? ¿Es que la vida de esos hombres no cuenta para nada? ¡Imagina el revuelo que se habría levantado de haberse tratado de un accidente nuclear!

—Él solo representa una voz y es la voz de una persona primitiva e ignorante —dijo él.

—Pero es una voz que tiene resonancia y tú lo sabes perfectamente. Hay que pagarle con la misma moneda, hay que poner la misma pasión en el empeño.

Los pensamientos de Alex Mair se ordenaron en torno a la palabra «pasión». Se dio cuenta de que allí ya no estaban hablando de energía nuclear, sino de pasión. ¿Estarían hablando de aquellas cosas si todavía siguieran queriéndose? Entendía que lo que ella le pedía era su compromiso con algo mucho más personal que la energía atómica y, al volver el rostro para mirarla, sintió la fuerza repentina no del deseo, sino del recuerdo de aquel deseo profundamente intenso que había sentido un día por ella. Y junto con el recuerdo se reprodujo la imagen, súbitamente vívida, de cuando estaban juntos en casa de ella, la imagen de sus pechos turgentes volcados sobre él, de su cabellera derramada en torno a su rostro, de sus labios, de sus manos, de sus muslos…

De pronto, con brusquedad, dijo:

—Si quieres una religión, si necesitas una religión, búscala. Puedes elegirla entre un montón. De acuerdo, la abadía está en ruinas y dudo que el viejo cura de la rectoría tenga mucho que ofrecer. Pero tú sigue buscando: algo o a alguien. Renuncia

al pescado los viernes, no comas carne, reza el rosario, cúbrete la cabeza de ceniza, medita cuatro veces al día y prostérnate ante tu Meca particular pero, te lo pido por el amor de Dios suponiendo que exista: no hagas de la ciencia una religión.

Sonó el teléfono de su mesa de despacho. Caroline Amphlett había salido y estaba conectado con una línea exterior. Al coger el teléfono, vio que Hilary estaba junto a la puerta y que, antes de abrirla, le dirigía una larga y última mirada y después la cerraba tras ella con innecesaria energía.

Quien llamaba era su hermana.

—¡Qué bien que te he atrapado! —dijo—. Me había olvidado de decirte que te pasaras por la granja de Bollard y encargaras los patos para el jueves; así los tendrán preparados. A propósito, seremos seis. He invitado a Adam Dalgliesh. Acaba de volver.

Se sintió complacido de hablar con ella y de poner en sus palabras aquella misma calma con que ella hablaba.

—¡Vaya, felicidades! Hasta ahora, tanto él como su tía habían sabido arreglárselas para estar cinco años sin ingerir las chuletas que les ofrecían sus vecinos. ¿Cómo lo has conseguido?

—Simplemente, invitándolo. Supongo que ha decidido conservar el molino como residencia de vacaciones y considera llegado el momento de reconocer la existencia de sus vecinos. O a lo mejor piensa en venderlo, en cuyo caso se arriesga a una cena, porque sabe que no comportará mayores intimidades. O quizá se sienta tentado por una buena cena, ahorrándose tener que preparársela. Concedámosle esa debilidad tan humana.

Aparte de que, gracias a la presencia de Dalghiesh, se equilibraría la mesa, pensó Alice Mair, aunque ese detalle no era muy digno de tenerse en cuenta. No era partidaria del convencionalismo del arca de Noé, que decretaba que un hombre de más, por muy feo e imbécil que fuera, siempre era aceptable, mientras que una mujer de más, por ingeniosa y ocurrente que pudiera ser, era siempre un plomo.

—¿Tendré que hablarle de su poesía? —preguntó su hermano.

—Seguramente ha venido a Larksoken para huir de los que quieren hablarle de poesía. Pero no estaría de más que echaras una ojeada a sus poemas. Tengo su último libro y te aseguro que es poesía de verdad, no prosa en verso.

—¿Ah, sí? Tratándose de poesía, ¿se nota la diferencia?

—Por supuesto que sí —se apresuró a decir ella—. Si se puede leer como si fuera prosa, quiere decir que es prosa. Es una prueba que no falla nunca.

—Pero que no refrendarían las facultades de literatura inglesa. De eso estoy seguro. No me olvidaré de los patos.

Y colgó. Su hermana poseía la facultad de devolverle el buen humor.

Capítulo 9

Antes de salir, se quedó un momento junto a la puerta y dejó vagar sus ojos por la habitación, como si la contemplara por vez primera en su vida. Ambicionaba el nuevo cargo, había obrado inteligentemente y había preparado todos los detalles necesarios para conseguirlo. Y ahora, cuando ya casi era suyo, se daba cuenta de lo mucho que encontraría a faltar Larksoken, su apartamento, su desolada e inconmovible fuerza. Aquí no se había hecho nada para embellecer el lugar, como en Sizewell, en la costa de Suffolk, ni para rodearlo de extensiones de césped, flores y arbustos, detalles que lo habían impresionado tan agradablemente durante sus periódicas visitas a Winfrith, en Dorset. En la parte del edificio que miraba al mar se había construido una pared baja y curvada, recubierta de pedernal, al amparo de la cual todas las primaveras florecía una franja de narcisos, mecidos y agitados por los vientos de marzo. Poco más se había hecho para infundirle armonía o para suavizar la desolación gris del cemento. Pero esto era precisamente lo que le gustaba: la inmensa extensión de mar turbulento de un gris pardusco, salpicado de blancos encajes, tendido debajo de un cielo sin límites y las ventanas que se abrían a ese paisaje, al alcance de la mano, para que aquel leve y continuo fragor, como un trueno distante, entrase instantáneamente en su despacho con un rugido de olas estrellándose en la costa. Y lo que todavía le gustaba más eran los tormentosos atardeceres de invierno cuando, por haberse quedado trabajando hasta tarde, divisaba luces de barcos engalanando el horizonte, camino de la costa, siguiendo la ruta hacia Yarmouth y veía los destellos de los buques-faro y el haz de luz del faro de Happisburgh, que desde hacía generaciones venía poniendo sobre aviso a los marineros con respecto a las traicioneras arenas costeras. Incluso en la más negra de las noches, a la luz que el mar parecía misteriosamente absorber y reflejar, podía descubrir la espléndida torre oeste de la iglesia de Happisburgh, levantada en el siglo XV, símbolo fortificado de las precarias defensas que el hombre podía oponer contra el más peligroso de los mares. Y todavía era un símbolo de algo más, puesto que aquella torre debía de haber sido el último trozo de tierra que habían contemplado centenares de marineros tanto en tiempos de paz como de guerra. Sus pensamientos, que siempre se atenían a los hechos, podían rememorar a voluntad los detalles: la tripulación del buque de Su Majestad *Peggy*, embarrancado el 19 de diciembre de 1770; los ciento diecinueve miembros del buque de Su Majestad *Invincible*, encallado en las arenas el 13 de marzo de 1801, cuando iba a reunirse con la flota de Nelson en Copenhague; la tripulación del buque de Su Majestad *Hunter*, el guardacostas extraviado en 1804, muchos de cuyos tripulantes estaban enterrados en los montículos cubiertos de hierba del cementerio de Happisburgh. La torre, construida en una época de fe, también se levantaba como símbolo de aquella final e inextinguible esperanza que creía que incluso el mar entregaría sus muertos y que Dios era tanto el Dios de las aguas como el de las tierras. Pero ahora los marineros podían ver, convirtiendo en enana la torre, la enorme

masa rectangular de la central nuclear de Larksoken. Para aquellos que buscaban símbolos en los objetos inanimados, su mensaje era a la vez simple y expeditivo: el hombre, gracias a su inteligencia y a sus propios esfuerzos, era capaz de entender y dominar el mundo, podía hacer más agradable su vida transitoria, más cómoda, menos dolorosa. A él le bastaba aquel reto y, si le hubiera hecho falta contar con una fe para apoyarse en ella, habría tenido suficiente con esta. Pese a todo, algunas veces, cuando las noches eran más oscuras, cuando las olas golpeaban los guijarros con un estruendo semejante a la explosión de remota artillería, tanto la ciencia como aquel símbolo le parecían sujetos a aquella misma transitoriedad a la que estuvieron sujetas las vidas de los ahogados y no podía por menos de preguntarse si también ese gran armatoste iría un día a parar al mar, como las defensas de cemento levantadas en la última guerra, ahora destruidas por las olas, y si, como ellas, también se convertiría en truncado símbolo de la larga historia del hombre en esta desolada costa. ¿O acaso resistiría el tiempo y el mar del Norte y todavía estaría en pie cuando sobre el planeta cayera el manto de la última oscuridad? En sus momentos de mayor pesimismo, una parte rebelde de su mente se hacía consciente de que esta oscuridad era inevitable, si bien tenía la esperanza de que no sobrevendría durante su vida ni posiblemente durante la de su hijo. A veces se sonreía irónicamente: era cuando consideraba que él y Neil Pascoe se habrían podido entender muy bien, pese a encontrarse en diferentes bandos. La única diferencia que existía entre ellos era que por lo menos uno de los dos no había perdido la esperanza.

Capítulo 10

Jane Dalgliesh había comprado el molino de Larksoken cinco años atrás, cuando dejó la casa que ocupaba previamente en la costa de Suffolk. El molino, que había sido construido en 1825, era una pintoresca torre de ladrillo de cuatro pisos de altura con una cúpula octogonal como remate y un armazón de cola de milano. Unos años antes de que la señorita Dalgliesh lo adquiriera, había sido restaurado con la incorporación de un edificio de dos pisos, con paredes revestidas de pedernal y provisto de una gran sala de estar, un estudio más pequeño y una cocina en la planta baja, además de tres dormitorios, dos de los cuales estaban dotados de cuarto de baño, situados en el piso superior. Dalgliesh no había preguntado nunca a su tía por qué se había trasladado a Norfolk, pero sospechaba que el principal atractivo que tenía el molino era su aislamiento y su proximidad a magníficos santuarios de pájaros, así como la impresionante vista que ofrecía de la región, mar y tierra, desde el piso superior. Quizás había tenido la intención de volver a ponerlo en funcionamiento pero, con el paso de los años, se había sentido incapaz de hacer acopio de las energías o del entusiasmo necesarios para hacer frente a los inconvenientes que comportaba. Dalgliesh lo había heredado como una responsabilidad ligeramente onerosa, aunque grata, juntamente con una considerable fortuna, de cuyos orígenes no se había enterado hasta después de la muerte de su tía. Esta la había heredado a su vez de un conocido ornitólogo aficionado, hombre excéntrico al que estaba unida por lazos de amistad. Si la relación, en realidad, había sido algo más que amistad era cosa que Dalgliesh no llegaría a saber nunca. Era un hecho evidente que su tía había gastado muy poco dinero para sí, había sido una benefactora comprometida con unas cuantas obras caritativas que aprobaba, se había acordado de ellas en su testamento, aunque sin extralimitarse en la generosidad, y había dejado el resto de su fortuna a su sobrino sin más explicaciones, admoniciones ni especiales muestras de afecto, si bien Dalgliesh tenía muy claro que las palabras «mi querido y amado sobrino» significaban exactamente lo que decían. Su tía siempre le había gustado, la había respetado y se había sentido a gusto en su compañía, aun cuando no había creído nunca conocerla de verdad y ahora ya había llegado tarde para ello. Le sorprendería comprobar ahora lo mucho que había significado para él.

El único cambio que su tía había hecho en la propiedad había sido la construcción de un garaje y, ya instalado en él el Jaguar de Dalgliesh y colocado en su sitio el contenido del equipaje, este decidió subir a la habitación del piso superior del molino, aprovechando que todavía había luz. La parte de abajo, con su dos enormes muelas graníticas apuntaladas contra la pared, con un cierto olor a harina en el aire, que infundía al ambiente una sensación de misterio, de tiempo mantenido en suspenso, de lugar sustraído a su significado y a su propósito, hacía que Dalgliesh nunca entrase allí sin una leve sensación de angustia. La escalera seguía estando sin barandilla y, mientras se agarraba a los peldaños para trasladarse a los pisos superiores, le pareció

ver todavía las largas piernas de su tía, cubiertas por los pantalones, desapareciendo en la cámara superior. La única estancia del molino que ella había aprovechado había sido la del piso superior, que había amueblado muy sencillamente, con un pequeño escritorio y una silla encarados hacia el mar del Norte, un teléfono y unos prismáticos. Al entrar en ella se la imaginó allí sentada como en los días y atardeceres de verano, trabajando en sus aficiones y redactando los artículos que ocasionalmente iban a parar a revistas de ornitología y de cuando en cuando levantando la vista para mirar el paisaje y, más allá, el mar y, más allá aún, el lejano horizonte. Volvió a ver aquel rostro de azteca, atezado y curtido, los ojos debajo de negros cabellos veteados de hebras grises, peinados en un moño, y volvió a oír una voz que, para él, había sido una de las voces de mujer más hermosas que había oído en su vida.

La tarde ya se acababa y las tierras estaban bañadas por la dorada luz del atardecer, mientras el mar era una inmensa extensión encrespada de color azul, con una pincelada púrpura en el horizonte. Los colores y formas se intensificaban con los últimos rayos de sol, mientras las ruinas de la abadía parecían una irreal fantasía de oro recortada sobre el azul del cielo, y la hierba seca brillaba con tal riqueza de matices que parecía una líquida y lujuriante pradera. Había una ventana para cada uno de los puntos cardinales y ella, con los prismáticos en ristre, iba haciendo su lenta gira de inspección a través de todas ellas. Hacia el oeste, sus ojos podían viajar por la estrecha carretera entre cañaverales y diques hasta llegar a los *cottages*, con sus caminos de grava y sus tejados holandeses, hasta llegar a los tejados del pueblo de Lydsett y la torre redonda de la iglesia de San Andrés. Por la parte norte la vista estaba cortada por la imponente mole de la central nuclear, el bloque de la administración, de estructura baja, y detrás del mismo, el edificio del reactor y el gran edificio revestido de acero y aluminio que alojaba la turbina. A cuatrocientos metros de distancia en dirección al mar estaban las instalaciones y plataformas de las estructuras de absorción, por las cuales circulaba agua de mar destinada a enfriar las bombas del agua. Al pasar a la ventana de la parte este, pudo contemplar los *cottages* diseminados por las tierras que se extendían hasta el mar. A lo lejos, hacia el sur, se divisaba apenas el tejado del Succer’s Cottage y, más adentro, visible tan solo desde la ventana del sur, estaba la vieja rectoría, como una casa de muñecas victoriana en medio de su amplio jardín cubierto de hierbajos, que contemplado a distancia parecía un parque municipal atildado y verde. Inmediatamente a su izquierda, las paredes recubiertas de pedernal del Martyr’s Cottage resplandecían como el jaspe bajo el sol de la tarde y, a menos de media milla en dirección norte, enmarcado entre pinos californianos que bordeaban aquella parte de la costa, se veía el *cottage* cuadrado y monótono que Hilary Robarts tenía alquilado, una especie de torre más propia de las afueras de una ciudad, edificada por error en aquella desolada región, una casa resueltamente vuelta a la tierra, empeñada en ignorar el mar.

Sonó el teléfono y su timbre estridente lo sobresaltó. Si había ido a Larksoken era precisamente para huir de este tipo de intromisiones. De todos modos, la llamada no

lo cogió por sorpresa. Se trataba de Terry Rickards, que anunciaba que pasaría para charlar un momento con el señor Dalgliesh en caso de que su visita no resultara intempestiva y de que las nueve de la noche no fuera una hora inconveniente. Dalgliesh fue incapaz de imaginar una excusa. A los diez minutos había dejado la torre y cerrado con llave la puerta tras él. Aquella precaución constituía un modesto acto de respeto. Su tía mantenía siempre cerrada aquella puerta por temor a que los niños pudiesen aventurarse escaleras arriba y cayeran rodando. Después de devolver la torre a su oscuridad y a su soledad, entró en el *cottage* y se dispuso a deshacer el equipaje y a preparar la cena.

La espaciosa sala de estar, con su pavimento de piedra de York, sus alfombras y su gran chimenea, constituía una cómoda y nostálgica mezcla de elementos antiguos y modernos. Gran parte del mobiliario le era familiar de los tiempos de las visitas a sus abuelos, heredado por su tía como último miembro de su generación, y tan solo la cadena musical y el televisor constituían elementos nuevos. La música había sido importante para su tía y en los estantes guardaba una selección general de discos con los que Dalgliesh tendría ocasión de regalarse, o de consolarse, durante aquel par de semanitas de vacaciones. En la puerta de al lado estaba la cocina, equipada con todo lo necesario y sin nada superfluo, según correspondía a una mujer que sabía disfrutar de la comida pero que no gustaba de las cosas complicadas. Puso un par de chuletas de cordero debajo de la parrilla, se preparó una ensalada verde y se dispuso a disfrutar de unas pocas horas de soledad antes de la llegada de Rickards y de sus problemas.

No dejaba de sorprenderle un poco que su tía hubiera acabado por comprarse un televisor. ¿Se había dejado seducir al principio por la calidad de los programas de historia natural y después, como tantos otros conversos que había conocido, se habría quedado encandilada delante del aparato, cautivada por todo cuanto le ofrecía, como si quisiera compensarse del tiempo perdido? No le parecía probable. Conectó el televisor para ver si funcionaba. Inmediatamente apareció en la pantalla un músico pop moviéndose convulsivamente y empuñando una guitarra mientras iban pasando los créditos, exhibiendo unas contorsiones sexuales paródicas tan grotescas que parecía increíble que los jóvenes pudieran encontrarlas eróticas, por muy embrutecidos que fueran sus gustos. Tras apagar el televisor, Dalgliesh levantó la vista y contempló el retrato al óleo de su bisabuelo materno, obispo victoriano, con su túnica pero sin la mitra, los brazos cubiertos por las holgadas mangas reposando en gesto confiado en los brazos del sillón. Sintió la tentación de decir:

—Esa es la música de 1988, esos son nuestros héroes, ese edificio que se yergue frente al mar es nuestra arquitectura y yo no me atrevo a parar el coche para llevar unos niños a su casa porque a esos niños les han enseñado, con razón, que los desconocidos pueden secuestrarlos y violarlos.

Y aún habría podido añadir:

—Y por aquí, no sé dónde, hay un asesino que anda suelto y que disfruta estrangulando mujeres y embutiéndoles la boca con sus propios cabellos.

Pero por lo menos aquella aberración no tenía nada que ver con las fluctuaciones de las modas y su bisabuelo también habría podido dar al respecto su escrupulosa pero inexorable respuesta. Y motivos tenía. Después de todo, ¿no había sido consagrado obispo en 1880, año de las hazañas de Jack el Destripador? Quizá por esto habría encontrado más comprensible al Silbador que a aquella estrella del rock, cuyas contorsiones seguramente le habrían hecho pensar que el hombre era víctima de un desaforado y fatal baile de San Vito.

Rickards llegó puntualmente a la hora convenida. Exactamente a las nueve Dalgliesh oyó su coche y, abriendo la puerta de la casa a la oscuridad de la noche, entrevió su alta silueta avanzando hacia él. Hacía más de diez años que no lo veía, desde que había sido nombrado inspector del departamento de investigación metropolitana, y le sorprendió comprobar lo poco que había cambiado. El paso del tiempo, el matrimonio, el traslado desde Londres, su promoción, no habían dejado en él marcas visibles. Su figura larguirucha y poco agraciada, de más de un metro ochenta de altura, quedaba tan poco adaptada como siempre a la seriedad del traje. Su cara de piel áspera, curtida por la intemperie, con su aspecto de solidez y fuerza, habría sido más propia de un marinero de Guernesey, con la sigla de los botes salvavidas en la camiseta. Visto de perfil, su rostro de nariz larga, ligeramente ganchuda y cejas prominentes, resultaba impresionante. De frente, la nariz era demasiado ancha y aplastada en la base, mientras que sus ojos oscuros, que al animarse despedían un vivo fulgor, poco sensato, cuando estaba en reposo eran como lagos de misteriosa quietud. Dalgliesh lo consideraba un tipo de policía menos habitual ahora que en otros tiempos, si bien no raro: era el detective consciente e incorruptible, de imaginación limitada e inteligencia un poco más desarrollada que esta y que no creía que hubiera que perdonar el mal del mundo por el hecho de que frecuentemente no tenía explicación o porque quienes lo perpetraban eran unos pobres diablos.

Rickards recorrió con la mirada el salón y contempló la gran pared cubierta de libros, el fuego que crepitaba en la chimenea y el óleo del prelado victoriano colgado más arriba de la repisa como si quisiera grabar cada una de aquellas cosas en su cerebro, después de lo cual se dejó caer en una butaca y extendió sus largas piernas con una pequeña exclamación de satisfacción. Dalgliesh recordaba que siempre había tomado cerveza, si bien ahora le aceptó un *whisky*, no sin añadir que primeramente se tomaría un café. Por lo menos en algo había cambiado.

—Siento que no pueda conocer a mi esposa Susie, señor Dalgliesh —dijo—. Dentro de un par de semanas va a tener un niño, nuestro primer hijo, y está en casa de su madre, que vive en York. A mi suegra le inquietaba que viviera en Norfolk, con el Silbador merodeando por esos andurriales y viéndome yo obligado a estar tantas horas ausente de casa.

Lo dijo como quien hace una frase obligada y como si él fuera el anfitrión, no Dalgliesh, y tuviera que excusarse por la inesperada ausencia de la anfitriona. Y añadió:

—Supongo que es natural que una hija única quiera estar con su madre en un momento como este, particularmente tratándose de nuestro primer hijo.

La mujer de Dalgliesh no había querido estar con su madre sino con él, y lo había deseado con tal intensidad que, después al recordarlo, Dalgliesh había pensado que quizás había tenido una premonición. Lo recordaba muy bien, pese a que ya no recordaba el rostro de su mujer. El recuerdo de su mujer que, durante años, traidor al pesar y al amor que se habían tenido, él había tratado resueltamente de eliminar porque el dolor le resultaba insoportable, había sido sustituido gradualmente por una especie de ensueño juvenil y romántico hecho de belleza y de momentos gratos que ahora, venciendo la depredación causada por el tiempo, había quedado fijado para siempre. La cara de su hijo recién nacido sí la recordaba muy bien: imagen vívida que de cuando en cuando se le aparecía, incluso en sueños, aquella mirada nítida e impoluta que reflejaba un dulce y consciente contento, como si, en un efímero momento de vida, hubiera visto y conocido todo lo que había de conocer y, habiéndolo conocido, lo hubiera rechazado. Pensó que él era el menos indicado para dar consejos en materia de embarazos, pero se dio cuenta de que la infelicidad de Rickards por la ausencia de su esposa era más profunda que la añoranza provocada por su lejanía. Dalgliesh se interesó por los detalles habituales con respecto a su salud y escapó a la cocina para hacer café.

Cualquiera que fuera el espíritu misterioso que había abierto la puerta de la poesía en él, lo había liberado para otras satisfacciones humanas, entre ellas el amor, ¿o acaso había sido al revés? ¿Era el amor el que había abierto la puerta a la poesía? Parecía incluso haber afectado su trabajo. Mientras molía el café, reflexionó un momento sobre las pequeñas ambigüedades de la vida. Hasta que llegó la poesía, el trabajo no solo le había parecido irritante sino hasta repelente en muchas ocasiones. Ahora era suficientemente feliz para permitir que Rickards se aprovechase de su soledad y lo utilizase como caja de resonancia. Esta nueva benevolencia y tolerancia que surgía en él, en cierto modo lo desconcertaba. Era indudable que el éxito moderado era mejor para el carácter que el fracaso, pero un éxito excesivo habría hecho embotar el filo. Cinco minutos más tarde, con las dos tazas de café y acomodado nuevamente en la butaca, estuvo en condiciones de paladear el contraste entre la preocupación que sentía Rickards por la violencia de los psicópatas y la paz que reinaba en el molino. El fuego de la chimenea, que había superado el estadio en que la leña se consume crepitando, se había estabilizado en un cálido resplandor, mientras el viento, que rara vez falta a su cita en aquellas tierras, se movía igual que un espíritu benévolo y silbaba suavemente en lo alto del molino. Se alegraba de que no le correspondiera a él cazar al Silbador. De todos los asesinatos, los cometidos en serie eran los más frustrantes y a la vez los más difíciles de resolver y los que

entrañaban más riesgos, ya que las investigaciones debían llevarse a cabo bajo las tensiones provocadas por las clamorosas demandas del público, que exigía que se acabase de una vez por todas con el desconocido y terrible demonio que los perpetraba. Pero este caso no le correspondía a él y por ello podía juzgarlo con el distanciamiento propio del que se siente interesado profesionalmente en el asunto, pero sin ninguna responsabilidad en el mismo. Y por ello sabía también qué necesitaba Rickards: no consejo precisamente, puesto que conocía bien su trabajo, sino alguien en quien poder confiar, alguien que entendiera su lenguaje, alguien que después tendría que irse y por ello no permanecería ante él como un perpetuo recordatorio de sus incertidumbres, un profesional ante el cual podía pensar en voz alta con toda tranquilidad. Aunque tenía su equipo, era demasiado puntilloso para compartir sus puntos de vista con sus subordinados. Sin embargo, era de esos hombres que necesitan articular sus teorías y aquí podía exponerlas, jugar con ellas, rechazarlas, explorarlas, sin tener la desagradable sospecha de lo que pudiera pensar el sargento detective, el cual, pese a escucharlo con deferencia, podía estar diciéndose para sus adentros, aun luciendo un rostro totalmente inexpresivo: «¡Válgame Dios! ¡Vaya cosas se le ocurren al viejo!» o «¡Vaya, al viejo le ha dado por delirar!».

Rickards dijo:

—No nos servimos de Holmes. Los de la metropolitana dicen que el sistema en este momento está ocupado y, en cualquier caso, disponemos de nuestro propio ordenador, pese a que no tenemos demasiados datos con que alimentarlo. Desde luego que el público y la prensa están al corriente de la existencia de Holmes. Sale en todas las conferencias de prensa: «¿Utilizan el ordenador especial del Home Office, el que lleva el nombre de Sherlock Holmes?». Yo les contesto: «No, nosotros ya tenemos el nuestro». Y la pregunta que me hacen entonces, sin llegar a formulármela, es: «Entonces, ¿por qué diablos no lo han cogido todavía?». Se figuran que no hay más que meter los datos en el ordenador y que al momento aparecerá la ficha del individuo, con sus huellas dactilares, talla de camisa y gustos en música pop.

—Sí —dijo Dalgliesh—, estamos tan convencidos de nuestras maravillas científicas que nos quedamos un poco desconcertados cuando descubrimos que la tecnología puede hacerlo todo salvo lo que nosotros querríamos que hiciese.

—Hasta ahora van cuatro mujeres y, si no le echamos el guante en seguida, Valerie Mitchell no será la última. Hace quince meses que empezó la cosa. La primera víctima apareció en un cobertizo del final del paseo de Easthaven después de medianoche. Dicho sea de paso, era la prostituta local, aunque quizás él no lo sabía o no le importaba. Al cabo de ocho meses, volvió a actuar. Y actuó con suerte, como seguramente diría él. Esa vez fue una maestra de escuela que volvía en bicicleta a su casa, en Hustanton, y que tuvo un pinchazo en una rueda en un tramo solitario de la carretera. A continuación otro descanso esta vez de dos meses, antes de que le tocara el turno a una camarera de Ipswich que había ido a ver a su abuela y que fue lo bastante imprudente para aguardar, sola, el último autobús. Cuando este llegó a la

parada, no pudo recoger a nadie. En la parada bajaron un par de jóvenes, pero llevaban una curda como un piano y no vieron ni oyeron nada de particular… nada salvo lo que describieron después como una especie de lúgubre silbido que provenía de una zona con vegetación.

Tomó un sorbo de café y continuó:

—Tenemos un cuadro psicológico del personaje, pero no sé por qué nos tomamos la molestia de hacerlo, ya que hasta yo podía haberlo redactado. Dice que debemos centrarnos en el perfil de un hombre solitario, probablemente perteneciente a un ambiente familiar problemático y que tenga o haya tenido una madre dominante, que le cueste relacionarse con la gente, especialmente con las mujeres, que posiblemente sea impotente, soltero, separado o divorciado y que sienta resentimiento u odio en relación con el sexo opuesto. Bueno, lo lógico es que no se trate de un director de banco, casado, feliz en el matrimonio, padre de cuatro hijos y con un nivel superior a la enseñanza media o como quiera que llamen ahora a esos estudios. Esos asesinatos en serie son diabólicos. No hay motivos… por lo menos no hay motivos que una persona normal pueda entender… y, además, puede proceder de cualquier parte: Norwich, Ipswich, incluso Londres. Es muy peligroso eso de dar por sentado que se mueve necesariamente en su territorio, aunque la verdad es que da la impresión de que así es… Es evidente que conoce bien la región. Y también da la impresión de que se atiene a un mismo esquema: busca un cruce de calles, lleva el coche o la furgoneta a un lado de una de ellas, cruza al otro lado y espera. Después lleva a su víctima a rastras hasta la zona con arbustos o árboles, la mata, vuelve a cruzar la calle, se mete en el coche y se da el piro. En el caso de los dos últimos asesinatos parece pura casualidad que la víctima cayera en sus redes.

Dalgliesh consideró llegado el momento de intervenir:

—Si no elige ni persigue una víctima determinada, y según las apariencias este es el caso si nos atenemos a los dos últimos asesinatos, normalmente tiene que verse obligado a esperar mucho tiempo, lo que parece indicar que ha de tratarse de un hombre que, por razones de rutina, debe estar en la calle por las noches, trabajar de noche: cazador de topos, guardabosques, guardián de un coto de caza o cualquier trabajo de este género. Y estar preparado, al acecho, para actuar con rapidez, de acuerdo con diversos procedimientos.

—Así es como yo también lo veo —dijo Rickards—. Hasta ahora ha habido cuatro víctimas, tres de ellas fortuitas, pero quizás haya estado al acecho tres años o más. También esto debe formar parte de la emoción. «Esta noche voy a dar el golpe, a lo mejor tengo suerte». ¡Y vaya si la ha tenido! Dos víctimas en las últimas seis semanas.

—Y de la marca de fábrica, ¿qué? Me refiero al silbido.

—Lo han oído las tres personas que acudieron al lugar del crimen de Easthaven inmediatamente después de ocurrido. Una oyó simplemente un silbido, la otra dijo que parecía un himno, mientras que la tercera, que era una mujer de iglesia, dijo que

lo conocía, que se trataba del himno titulado «El día ya ha acabado». Sobre esto no hemos hecho ningún comentario porque es un detalle que puede sernos de utilidad cuando se presenten los chalados de siempre diciendo que son el Silbador. Lo que parece fuera de duda es que silbaba.

—«El día ya ha acabado/ la noche cae/ sombras por doquier/ llenan el paisaje». Es un himno de escuela dominical, uno de los que forman parte de las *Canciones de alabanza*, diría yo.

Lo recordaba de los tiempos de su infancia, era una melodía lúgubre y monótona, que incluso sabía tocar con un dedo en el piano del salón. ¿Seguiría cantándose todavía aquel himno? Había sido uno de los favoritos de la señorita Barnett en aquellas oscuras y largas tardes de invierno, antes de dar por terminada la clase en la escuela dominical, cuando la luz ya mermaba y el pequeño Adam Dalgliesh veía con horror los veinte metros que mediaban entre la esquina de la calle donde estaba la parroquia y su casa, un tramo donde crecían los arbustos formando una espesura de vegetación. La noche era algo diferente del día, puesto que el día es luminoso, pero la noche hasta olía distinto, sonaba distinto y, de noche, hasta las cosas más habituales podían adoptar las más extrañas formas. La noche estaba regida por un poder extraño, más siniestro. Aquellos veinte metros de grava sobre la cual crujían los pasos al andar y donde, por un momento, desaparecían las luces de las casas, eran vistos con espanto por el niño semana tras semana. Una vez atravesada la puerta, caminaba más aprisa, aunque no tanto como hubiera querido, porque el poder que gobernaba la noche habría olido el terror que sentía igual que los perros huelen el miedo. Sabía que su madre no habría dejado jamás que recorriera solo aquellos metros de haber sabido que sufría aquel miedo atávico, pero su madre no llegó a saberlo nunca y él habría muerto antes que decírselo. ¿Y su padre? Su padre pensaba que debía ser valiente y le habría dicho que Dios era el Dios de la oscuridad igual que lo era de la luz. Incluso le habría citado una docena de textos apropiados al caso. «Oscuridad y luz son lo mismo para Ti». Para Él eran lo mismo, pero no para un niño sensible de diez años. Precisamente en aquellos solitarios paseos había tenido las primeras intuiciones de una verdad que solo conocen esencialmente los adultos: que los que más nos quieren son los que más nos hacen llorar.

—Así es que hay que buscar un hombre que viva en la región, una persona que trabaje de noche, que tenga coche o furgoneta y que conozca los *Himnos Antiguos y Modernos* .Esto pone las cosas bastante más fáciles —dijo Dalgliesh.

—Usted lo cree así, ¿verdad? —dijo Rickards.

Se quedó un minuto en silencio sentado donde estaba, y después dijo:

—Ahora me parece que tomaría un poco de *whisky*, señor Dalgliesh, si a usted no le importa.

Era medianoche pasada cuando Rickards se marchó por fin. Dalgliesh salió a acompañarlo hasta el coche. Echando una ojeada al paisaje, Rickards dijo:

—Está por aquí, en alguna parte, vigilando, esperando. Casi no hay momento del día en que no piense en él, en que no imagine cómo es, dónde andará metido, qué estará tramando. La madre de Susie tiene razón sobrada. Últimamente me he ocupado muy poco de mi mujer. Cuando lo haya atrapado, todo habrá terminado, se habrá acabado todo. Las cosas cambian para uno: él sigue igual, pero uno cambia. Y al final acabas por saberlo todo, o por lo menos te lo figuras. ¿Dónde, cuándo, quién, cómo? Si la suerte te acompaña, incluso llegas a saber por qué. Aunque la verdad es que no sabes nada. Toda esta perversidad y ni siquiera tienes que explicársela a nadie, ni entenderla, ni hacer una maldita cosa con ella, salvo ponerle coto. Hay que mojarse pero sin hacerse responsable de nada. Ni responsabilidad por lo que haya podido hacer ni por lo que pueda ocurrirle después. Esto es cosa del juez y del jurado. Estás involucrado en el asunto y no lo estás. ¿Es este el aspecto de la profesión que a usted le atrae, señor Dalgliesh?

Dalgliesh no se esperaba aquella pregunta, no la habría esperado ni siquiera de un amigo y Rickards no era un amigo.

—¿Quién de nosotros podría contestar esta pregunta? —dijo.

—¿Recuerda por qué dejé la policía metropolitana, señor Dalgliesh?

—¿Por los dos casos de corrupción? Sí, lo recuerdo.

—Usted se quedó. Usted sintió la misma repugnancia que yo, usted también se vino abajo. Pero se quedó. Usted permaneció al margen de todo, aunque se sintió interesado.

—Siempre es interesante ver que unas personas que uno cree conocer se comportan de manera diferente a como uno esperaba —dijo Dalgliesh.

Rickards se había ido de Londres. ¿En busca de qué?, se preguntaba Dalgliesh. Quizás el sueño romántico de la paz campestre mientras Inglaterra iba desvaneciéndose, unos métodos mejores de ejercer la profesión, una honradez a toda prueba… Dalgliesh ignoraba si había encontrado todas aquellas cosas.

SEGUNDA PARTE

Del jueves 22 de septiembre al viernes 23 de septiembre

Capítulo 1

Eran las ocho y veinte y el bar del *pub* conocido como Duke of Clarence ya estaba lleno de humo, el nivel de ruido había subido de forma alarmante y la multitud que se apiñaba en la barra ocupaba una superficie de un metro de profundidad. A Christine Baldwin, la quinta víctima del Silbador, le quedaban treinta y cinco minutos de vida. Estaba sentada en la banqueta arrimada a la pared, concentrada en saborear su segundo medio jerez de la noche, a sabiendas de que Colin se sentía impaciente porque quería pedir una nueva ronda. Dándose cuenta de que Norman la estaba mirando, levantó la muñeca izquierda y le señaló significativamente el reloj con la cabeza. Ya habían pasado veinte minutos desde el límite de tiempo que se habían impuesto y él lo sabía. Ella y Norman habían acordado que tomarían una copa con Colin e Yvonne antes de ir a cenar y habían establecido un límite preciso de tiempo y de alcohol antes de salir de casa. Era el acuerdo típico de una pareja que llevaba nueve meses de matrimonio, un matrimonio basado menos en unos intereses compatibles que en una serie de concesiones detalladamente negociadas. Aquella noche le había tocado ceder a ella, pero el hecho de quedarse dos horas en el Clarence en compañía de Colin e Yvonne no quería decir ni muchísimo menos que Christine estuviera pasándoselo en grande. Que quedara bien claro.

Colin no le había gustado desde el día que le conoció. Podía decirse, sin pararse demasiado a pensar, que su relación era la que queda marcada por el antagonismo entre la novia oficial y aquel compañero de los tiempos de la escuela que está rodeado de una cierta mala fama y con el que el marido ha ido a menudo de copas. Había sido el padrino de la boda —había sido necesario un importante trato prenupcial para aquella capitulación— y había cumplido sus funciones con una mezcla de incompetencia, vulgaridad e irreverencia que, como de vez en cuando Christine tenía ocasión de recordar a Norman, había estropeado el recuerdo de un día tan señalado como aquel. Como era costumbre en él, se había encargado de elegir el *pub* y era evidente que si este tenía algo que lo distinguiera era su vulgaridad. Por lo menos allí podía estar segura de una cosa: de que no corría el riesgo de encontrar a nadie de la central nuclear, por lo menos a nadie ante quien tuviera interés en quedar bien. Del Clarence no le gustaba nada, ni el roce áspero de la moqueta en las piernas, ni el terciopelo sintético que recubría las paredes, ni las canastas de hiedra salpicada de flores artificiales que adornaban la barra, ni la chillona alfombra que cubría el suelo. Veinte años atrás había sido una acogedora hostería victoriana, visitada únicamente por clientes habituales, con su chimenea reconfortante en invierno y los arneses de las caballerías, de reluciente latón, colgados de las negras vigas. El lúgubre tabernero había considerado oportuno poner mala cara a los forasteros y hacer que desistieran de visitarlo, a cuyo fin se había cubierto con una impresionante careta de antipatía, se había dedicado a lanzarles malévolas miradas, a servirles caliente la cerveza y, en términos generales, a ofrecerles un pésimo servicio. Pero el

viejo *pub* se había incendiado en los años sesenta y en su mismo emplazamiento se había levantado un comercio más provechoso y más lanzado. Del antiguo edificio no había quedado nada y el amplio espacio que se extendía ante la barra, dignificado con el apelativo de Sala de Banquetes, ofrecía a una clientela poco exigente un lugar propio para bodas y ceremonias locales, mientras que en las noches en que no se celebraba nada se servía un menú convencional a base de camarones o sopa, bistec o pollo o ensalada de frutas con helado. Christine pensó que no estaba dispuesta a cenar. Habían agotado hasta la última libra de todo el presupuesto mensual y, si Norman se figuraba que iba a comer aquella carísima porquería cuando en casa tenía una magnífica cena fría metida en la nevera y podían quedarse a ver un buen programa de televisión, estaba fresco. Podían emplear mejor el poco dinero que tenían que gastándoselo allí con Colin y con la putita de turno que, de ser ciertos los rumores que corrían, se había abierto de piernas con medio Norwich. Había que pagar los plazos de los muebles de la sala de estar y del coche, por no hablar además de la hipoteca. Trató de dirigir otra mirada significativa a Norman, pero estaba bebiendo los vientos por el penco de Yvonne. Y no lo tenía nada fácil, porque Colin, aquel desgraciado de Colin Lomas que se figuraba que las mujeres se caían muertas solo que él les hiciera un signo, estaba inclinado sobre Christine, con sus ojos castaños entre irónicos e incitantes.

—¡Tranquila, encanto! Tu maridito se lo está pasando bomba. ¡Esta ronda la pagas tú, Norman!

Sin importarle que Colin pudiera oírla, Christine dijo a Norman:

—Mira, es hora de marcharse. Quedamos en que nos iríamos a las ocho.

—¡Vamos, Chrissie, no seas mala! Déjalo respirar un poco. Una rondita más…

Norman, sin mirarla, dijo:

—¿Qué vas a tomar, Yvonne? ¿Lo mismo? ¿Medio jerez?

—Pasemos al alcohol ahora. Yo voy a tomar un Johnny Walker —dijo Colin.

Lo hacía a propósito, ya que ella sabía que a Colin no le gustaba el *whisky*.

—Oye una cosa, yo estoy hasta la coronilla de esta pocilga —dijo por fin—. Este ruido me ha dado dolor de cabeza.

—¿Dolor de cabeza? Llevan casados nueve meses y ya empiezan los dolores de cabeza. No interesa volver pronto a casa, Norman.

Yvonne se rio por lo bajo.

—Siempre has sido vulgar, Colin Lomas, pero ahora ni siquiera tienes gracia —dijo Christine—. Podéis quedaros los tres, que la que se va a casa soy yo. Dame las llaves del coche.

Colin se echó para atrás y sonrió:

—¿No has oído lo que te ha dicho tu señora? Que quiere las llaves del coche.

Sin una palabra, con la vergüenza pintada en la cara, Norman se sacó las llaves del bolsillo y las tendió a Christine a través de la mesa. Christine las cogió con brusquedad, empujó la mesa, se abrió paso trabajosamente por detrás de Yvonne y se

dirigió a la puerta. Casi lloraba de rabia. Tardó un minuto en abrir la puerta del coche, se sentó temblando detrás del volante y, después de esperar un momento para serenarse, consiguió que sus manos acertaran a poner el coche en marcha. Le parecía estar oyendo la voz de su madre el día en que le anunció que iba a casarse:

—Bueno, ya tienes treinta y dos años y si esto es lo que quieres, supongo que ya eres bastante mayorcita para saberlo. Pero de ese no vas a sacar nada. Es más blando que una almohada, recuerda lo que te digo.

Ella, sin embargo, se había figurado que lo cambiaría, si bien ahora veía que aquella casa pareada en la que vivían en las afueras de Norwich representaba nueve meses de trabajo y de esfuerzos solo por parte de ella. El año siguiente tendría la promoción del seguro. Podría dejar su trabajo de secretaria en el departamento de física médica de la central nuclear de Larksoken y tener el primero de los dos hijos que había planeado tener. Para entonces ya habría cumplido los treinta y cuatro años y era evidente que no podía esperar mucho tiempo.

Se había sacado el carnet de conducir después de casarse y aquella era la primera vez que conducía de noche sin ir acompañada. Lo hacía, pues, lentamente y poniendo una gran atención, con la mirada al frente, contenta por lo menos de conocer el camino hasta casa. Pensaba qué haría Norman sin el coche. Seguro que se había figurado que estaba sentada dentro de él, en la puerta del bar, despechada porque no la llevaba a casa. Ahora tendría que hacerse acompañar por Colin, al que no le gustaría demasiado tenerse que desviar de su camino. Y si creían que ella pensaba invitar a Colin y a Yvonne a entrar y tomar una copa podían esperar sentados. Solo de pensar lo chasqueado que se quedaría Norman al ver que se había marchado la animó lo bastante para apretar el acelerador, ansiosa de distanciarse de los tres y de llegar pronto a casa. Pero de repente el coche se quedó parado con una brusca sacudida. Debía de haber conducido más irregularmente de lo que suponía, puesto que se encontró atravesada en medio de la calzada. Era un mal sitio para estacionarse, ya que estaba en una especie de paseo, bordeado por una estrecha franja de árboles a ambos lados y, además, el lugar era desértico. De pronto se acordó: Norman había dicho que había que llenar el depósito de gasolina y que debían pasar por una estación de servicio nocturna a la salida del Clarence. Era mala pata haber dejado agotar la gasolina hasta aquel extremo, pero recordó que tres días antes habían tenido una discusión a propósito de a cuál de los dos le tocaba el turno de pasar por el garaje y pagar la gasolina. Sintió la misma ira y frustración de antes. Todavía se quedó un momento sentada al volante, golpeándolo con las manos en señal de impotencia, haciendo girar inútilmente la llave del contacto con la esperanza de que lograría ponerlo en marcha. Pese a todos sus esfuerzos, el coche no respondía. Súbitamente la irritación comenzó a ceder gradualmente ante los primeros atisbos del miedo. La calle estaba desierta y, por otra parte, en caso de que pasara un coche y se acercara, ¿cómo podía estar segura de si era un secuestrador, un violador, el Silbador incluso? Hacía muy poco que se había producido aquel espantoso asesinato en la A3. La verdad es

que una no podía fiarse de nadie en los tiempos que corrían. De todos modos, tampoco iba a dejar el coche abandonado en medio de la calzada, atravesado como estaba. Quiso recordar cuánto rato hacía que había pasado por delante de una casa, de una cabina de la Asociación de Automovilistas, de una cabina telefónica, pero le parecía que desde hacía por lo menos diez minutos estaba circulando por una zona desértica y, aun suponiendo que se atreviera a salir del dudoso santuario que era el coche, tampoco tenía la más mínima idea de la dirección que debería de emprender para encontrar ayuda. De pronto notó que la invadía una oleada de pánico total que era como un acceso de náusea y tuvo que resistirse para no salir corriendo del coche y buscar amparo entre los árboles. Pero ¿de qué le habría servido? También allí podía haber alguien acechándola.

De repente, como por milagro, oyó unos pasos y, al darse la vuelta para ver de dónde venían, vio que se acercaba una mujer. Llevaba pantalones y una especie de trinchera y, por debajo del sombrero, ajustado a la cabeza, le asomaba una melena de rubios cabellos. A su lado, sujeto con una correa, trotaba un perrito de pelo suave. Al momento desapareció toda su angustia. Allí tenía una persona que podía echarle una mano y ayudarla a empujar el coche hasta el borde de la carretera, alguien que seguramente sabía dónde estaba la casa más próxima, una mujer que podía hacerle compañía mientras buscaba ayuda. Sin molestarse siquiera en cerrar la puerta del coche, dio una voz a la mujer y, contenta y feliz, se precipitó, corriendo, al horror de la muerte que la esperaba.

Capítulo 2

La cena había sido excelente y el vino, un Chateau Potensac del 78, una elección acertada para acompañar el plato principal. Aunque Dalgliesh estaba al corriente de la fama de Alice Mair como escritora de libros de gastronomía, no tenía la más mínima idea acerca de la escuela culinaria a la que pertenecía, suponiendo que pudiera clasificarse en alguna. Ya se sentaba temiendo verse obsequiado con la creación artística habitual en estos casos: un condumio nadando en un lago de salsa, acompañado de una o dos zanahorias medio crudas y unos tirabeques servidos en un plato aparte. En lugar de eso disfrutó de unos patos silvestres trinchados por Alice Mair y reconocibles como patos, aderezados con una salsa picante, nueva para él, que realzaba más que dominaba el sabor de las aves, juntamente con unos cremosos montículos de nabos y chirivías que constituían un grato aditamento de los guisantes de jardín. Después tomaron sorbete de naranja, seguido de una panoplia de quesos, y fruta. Se trataba de un menú bastante corriente, que no pretendía deslumbrar a los comensales con las ingeniosas dotes de la cocinera, sino simplemente hacerles disfrutar de una buena comida.

El cuarto invitado, Miles Lessingham, no había acudido a la cita por una razón ignorada, pero Alice Mair no había modificado la disposición de la mesa y su silla vacía y la copa de vino intacta suscitaban la desazonadora evocación del fantasma de Banquo. Dalgliesh estaba sentado enfrente de Hilary Robarts y pensó que el retrato debía de ser más convincente de lo que él se creía porque le había permitido dominar la reacción física ante la persona de carne y hueso. Era la primera vez que se veían, aunque Dalgliesh la conocía de oídas, al igual que conocía a todos lo que vivían «al otro lado de la puerta», como decía la gente de Lydsett. Resultaba un poco extraño que aquella fuera la primera vez que se veían, porque el Golf rojo de Hilary era una imagen familiar en la zona y a menudo, al contemplar el paisaje desde el piso alto del molino, sus ojos habían tropezado con el *cottage* donde ella vivía. Ahora que se encontraba físicamente cerca de ella por vez primera, tenía dificultades para apartar la vista, ya que la persona viva fusionada con la imagen recordada se convertían en una presencia perturbadora y poderosa a la vez. Poseía un rostro hermoso, como el de una modelo, con pómulos marcados, nariz larga y ligeramente cóncava, labios grandes y llenos y ojos de mirada hostil, bien perfilados bajo las cejas. Sus cabellos caían en rizos y ondas sobre sus hombros, y estaban sujetos por dos peinetas, una a cada lado de la cabeza. Se la imaginaba posando ante las cámaras, los labios húmedos y entreabiertos, avanzando las caderas, mirando fijamente de aquella manera, al parecer obligada, que revela arrogancia y descontento. Al avanzar el cuerpo para arrancar una uva del racimo y metérsela golosamente en la boca, advirtió en su frente oscura aquellas leves pecas que la manchaban, el brillo del vello que bordeaba su labio superior.

Al otro lado del anfitrión estaba sentada Meg Dennison, ocupada en pelar meticulosamente y con toda tranquilidad los granos de uva con los dedos rematados por uñas de color rosa. La belleza sensual de Hilary Robarts resaltaba la diferencia de sus respectivos aspectos, ella con un aire más bien anticuado y una belleza meticulosamente cuidada, unida a una especie de despreocupación que le recordaba fotografías de mujeres de finales de los años treinta. Los vestidos que llevaban todavía acentuaban más el contraste: Hilary, un vestido camisero multicolor de algodón indio, con tres botones en el cuello desabrochados, y Meg Dennison, una falda negra y larga y una blusa estampada de seda azul con un lazo en el cuello. Pero la más elegante era la anfitriona: llevaba un vestido recto que no marcaba la cintura, de lana marrón oscuro, y como único adorno un grueso collar de plata y ámbar que disimulaba sus rasgos angulosos y realzaba la fuerza y regularidad de sus enérgicas facciones. A su lado, la belleza de Meg Dennison rayaba en lo insípido, mientras que el vestido de algodón de Hilary Robarts, con sus detonantes colores, destacaba por lo chillón.

Dalgliesh pensó que la habitación donde cenaban debió de formar parte de la edificación original. De aquellas vigas ennegrecidas por el humo, Agnes Poley debía de colgar buenos trozos de tocino y ramilletes de hierbas puestas a secar. En un puchero colgado sobre la amplia chimenea debía de cocer la comida para su familia y quizás, al escuchar el rumor de las llamas, ya había oído el crepitar de las ramas que consumaron su espantoso martirio. Por delante de aquella amplia ventana habían pasado los cascos de los hombres que la conducían. Sin embargo, el recuerdo del pasado había quedado únicamente en el nombre del *cottage*, porque la mesa ovalada en la que comían y las sillas en las que se sentaban eran tan actuales como la vajilla de Wedgwood y las elegantes copas. En el salón, donde habían tomado el jerez que antecedía a la cena, Dalgliesh tuvo la sensación de encontrarse en un ambiente que rechazaba deliberadamente el pasado y que no contenía nada que pudiera violar la intimidad esencial de sus propietarios. No había ningún recuerdo familiar condensado en retratos ni fotografías, ninguna de aquellas rancias reliquias conservadas para cultivar la nostalgia, el sentimentalismo o la piedad, ninguna antigüedad comprada a lo largo de los años. Hasta las escasas pinturas, tres de ellas fácilmente atribuibles a John Piper, eran modernas. En cuanto a los muebles, eran caros, cómodos, bien diseñados, de una simplicidad demasiado elegante para ofender por su falta de adecuación al ambiente. Sin embargo, el corazón de la casa no estaba en aquella habitación, sino en la enorme, olorosa y acogedora cocina.

Dalgliesh solo había prestado una distraída atención a la conversación, pero se obligó a mostrarse un invitado más complaciente. La conversación era de carácter general y los rostros, iluminados por las velas, se inclinaban hacia la mesa, mientras los dedos se ocupaban en mondar la fruta o en jugar con las copas, mostrándose tan personales como los mismos rostros: las manos fuertes pero elegantes de Alice Mair, con sus uñas cortas; los dedos largos y huesudos de Hilary Robarts; los dedos

delicados de Meg Dennison, con las uñas rosadas y las manos ligeramente enrojecidas por los duros trabajos caseros.

En aquel momento Alex Mair estaba diciendo:

—Muy bien, pero aquí nos encontramos con un dilema perfectamente actual. Sabemos que podemos usar tejido humano, procedente de fetos abortados, como tratamiento de la enfermedad de Parkinson y probablemente de la de Alzheimer. Seguramente lo encontraríamos aceptable si el aborto fuese natural o legal, pero no en el caso de que el aborto fuera inducido con el propósito de obtener el tejido. Puede argumentarse que una mujer tiene derecho a hacer lo que quiera con su cuerpo. Si quiere mucho a una determinada persona que padece la enfermedad de Alzheimer, ¿quién puede negarle el derecho a producir un feto con intención de ayudarla? Un feto no es un niño.

Hilary Robarts dijo:

—Me doy cuenta de que das por sentado que el enfermo al que hay que ayudar es un hombre. Supongo que dicha persona se creería con derecho a usar el cuerpo de una mujer con este fin o con otro cualquiera. ¿Por qué demonios tiene que ser así? No puedo imaginar que una mujer que haya pasado por la experiencia de un aborto quiera revivirla para evitar una molestia a un hombre.

Las palabras habían sido expresadas con marcada aspereza. Hubo un silencio, después del cual Mair dijo con absoluta serenidad:

—La enfermedad de Alzheimer es algo más que una molestia. Pese a todo, no estoy a favor de esa decisión. En todo caso, dadas las leyes actuales, sería ilegal.

—¿Y esto te importaría?

Mair clavó los ojos en los de Hilary, que lo miraban llenos de rencor:

—Claro que me importaría. Por fortuna no es una decisión que vaya a planteárseme. Pero aquí no estamos hablando de lo que es legal, sino de lo que es moral.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó su hermana.

—Claro, aquí está el quid de la cuestión. ¿No lo cree así, Adam?

Era la primera vez que Alex Mair se dirigía a Dalgliesh por su nombre de pila.

—Usted da por sentado que existe una moralidad absoluta que no tiene nada que ver con el tiempo ni con las circunstancias.

—¿Y usted no lo da por sentado?

—Yo sí, pero yo no hago filosofía con la moral.

La señora Dennison levantó la cabeza del plato y, ligeramente arrebolada, dijo:

—A mí siempre me ha dado que pensar la excusa de que un pecado queda justificado si se comete para beneficiar a una persona que amamos. Quizás eso es lo que nos figuramos, aunque generalmente lo cometamos para beneficiarnos a nosotros mismos. A mí me aterraría tener que ocuparme de una persona que padeciera Alzheimer. Cuando rompemos lanzas en favor de la eutanasia, ¿lo hacemos para evitar un dolor o para evitarnos la pesadumbre de ser testigos de él? Concebir un niño

con el propósito deliberado de acabar con él para aprovechar sus tejidos me parece una idea absolutamente repugnante.

—Yo podría rebatir tus palabras diciendo que con lo que acabas no es precisamente con un niño y que el hecho de que a uno le repugne una cosa tampoco quiere decir que dicha cosa sea necesariamente inmoral —dijo Alex Mair.

—Pero ¿lo es o no? —preguntó Dalgliesh—. La repugnancia natural que siente la señora Dennison, ¿no nos informa acaso acerca de la moralidad del acto en cuestión?

Esta le dedicó una discreta sonrisa de agradecimiento y continuó:

—Además, ¿no podría ser peligroso el aprovechamiento de los fetos? Podría inducir a las personas necesitadas que hay en el mundo a concebir niños para vender los fetos a los ricos. Creo que ya existe un mercado negro de órganos humanos. Si un multimillonario necesita un trasplante de corazón o de pulmón, ¿se queda sin él?

—Supongo que no irás a decir que habrá que suspender las investigaciones y prescindir de los progresos científicos solo porque los descubrimientos a los que pueden conducir a lo mejor son explotados por desaprensivos. Si hay desaprensivos, que la ley actúe contra ellos —dijo Alex Mair.

—Dicho así, parece fácil —dijo Meg—. Si todo lo que tenemos que hacer es legislar contra los males que afectan a la sociedad, el señor Dalgliesh, para citar un ejemplo, se quedaría sin trabajo.

—No es fácil, pero hay que intentarlo. Eso es lo que significa ser seres humanos: servirnos de nuestra inteligencia para tomar opciones.

Alice Mair se puso de pie y dijo:

—Ha llegado la hora de que también nosotros tomemos opciones aunque de un tipo diferente. ¿Quién de ustedes quiere tomar café y cómo lo quiere? Hay mesa y sillas en el patio y, si encendemos las luces, creo que podríamos tomar el café al aire libre.

Se levantaron para dirigirse a la sala de estar y en seguida Alice Mair abrió de par en par las ventanas que daban al patio. Inmediatamente irrumpió en la habitación el retumbante fragor del mar, inundándolo todo con su fuerza vibrante y arrasadora. Sin embargo, al salir al aire libre, paradójicamente, el ruido quedó atenuado y el mar ya no fue más que un bramido distante. El patio estaba separado de la carretera por una alta pared de piedra que, por la parte sur y este, bajaba poco más de un metro para ofrecer una vista del mar por encima de las tierras que avanzaban hasta la costa.

Alex Mair reapareció a los pocos minutos con la bandeja y el servicio de café, después de lo cual los comensales, con las tazas en la mano, comenzaron a dar vueltas entre las macetas como personas que no se conocieran y se sintieran reacias a intimar como si estuvieran en un escenario, absortas en repasar sus respectivos papeles, a la espera de iniciar el ensayo.

Iban sin chaqueta, lo que les permitió comprobar que el calor de la noche era ilusorio. Como si se hubieran puesto de acuerdo, ya iban a volver a meterse en el

interior cuando por la cuesta sur de la carretera se vieron las luces de un coche que se aproximaba a toda velocidad. Al acercarse, redujo la velocidad.

—Es el Porsche de Lessingham —dijo Mair.

Nadie dijo una palabra, pero todos observaron el coche en silencio mientras salía rápidamente de la carretera y frenaba violentamente sobre el césped. Como si cumpliera un rito previamente ensayado, el grupo se alineó formando un semicírculo delante del cual se colocó Alex Mair. Parecía una comisión encargada de dar la bienvenida a un personaje, pero más preparada para recibir malas noticias de quien se aproximaba que satisfacciones de su visita. Dalgliesh se dio cuenta de la tensión reinante y de que esta iba en aumento: hubo estremecimientos de angustia que la brisa cargada de aromas procedente del mar unificaba y centraba en la puerta del coche, mientras la alta figura de la persona que, una vez liberada del cinturón de seguridad, se levantó del asiento, saltaba ágilmente por encima de la pared de piedra, y, atravesando con decisión el patio, se dirigía al grupo. Lessingham ignoró a Mair y se encaminó directamente a Alice, cuya mano tomó y besó, gesto teatral que, como advirtió Dalgliesh, la cogió por sorpresa y que todos los demás circunstantes observaron con atención desusadamente crítica.

—Lo siento enormemente, Alice —dijo cortésmente Lessingham—. Sé que llego tarde para la cena, aunque espero que no lo sea para tomar una copa. Y de veras que la necesito.

—Pero ¿dónde ha estado? Hemos estado esperándole cuarenta minutos antes de cenar.

La que había hablado era Hilary Robarts, como era lógico suponer, y parecía una esposa quisquillosa.

Lessingham, sin apartar los ojos de Alice, dijo:

—He consagrado los últimos veinte minutos a pensar cómo podría responder a esta pregunta. Las posibilidades son varias y todas ellas se salen de lo común. Podría decir que he colaborado con la policía en sus averiguaciones, que me he visto complicado en un asesinato… o que he tenido problemas de tráfico. La verdad es que hay parte de las tres cosas. El Silbador ha vuelto a matar y yo he encontrado el cadáver.

—¿Qué quiere decir con esto de «encontrar»? ¿Dónde? —dijo con acritud Hilary Robarts.

Lessingham volvió a ignorarla y siguió dirigiéndose a Alice Mair.

—¿Puedo tomarme la copa? Después les contaré todos los detalles, detalles sangrientos por cierto. Después de estropearle la velada y de retrasar cuarenta minutos la cena, es lo máximo que puedo pedir.

Mientras se trasladaban a la sala de estar, Alex Mair presentó Lessingham a Dalgliesh. Aquel dirigió a este una mirada furtiva y se estrecharon las manos. La palma de la mano que se puso en contacto con la de Dalgliesh estaba húmeda y muy fría.

—¿Por qué no nos ha telefoneado? Le hubiéramos guardado un poco de comida —dijo Alice Mair.

La pregunta, convencional por demás, sorprendía por su improcedencia, pese a lo cual Lessingham la contestó:

—La verdad es que no me pasó por la cabeza. Bueno, solo al final, cuando la policía terminó de interrogarme, si bien no era el momento más oportuno de hacerlo. Aunque han sido amables conmigo, me he dado cuenta de que mis asuntos particulares tenían una importancia secundaria. Quisiera decir de paso que el hecho de hacerles el favor de encontrar el cadáver no cuenta para nada en lo que al trato que te dispensan se refiere. Es como si te dijeran: «Muchas gracias, señor mío, un asunto de lo más desagradable, ya lo sabemos. Sentimos mucho las molestias que se ha tomado, pero ahora nos toca actuar a nosotros. Váyase tranquilito a su casa y olvídese del caso». En lo que a mí concierne no me va a ser fácil.

Nuevamente en la sala de estar, Alex Mair echó un par de troncos en las brasas de la chimenea, todavía incandescentes, y fue a por las bebidas. Lessingham rechazó el *whisky* y pidió vino.

—Pero no despilfarre su mejor clarete conmigo, Alex, porque voy a tomármelo como un medicamento.

Casi sin darse cuenta, todos los circunstantes agruparon las sillas. Lessingham comenzó a contar la historia, haciendo pausas de cuando en cuando para tomar un sorbo de vino. A Dalgliesh le pareció que, desde el momento de la llegada, se había operado un cambio en él y ahora parecía imbuido de una fuerza a la vez misteriosa y extrañamente familiar. Pensó que estaba rodeado de la mística del narrador de cuentos y, al observar el círculo de rostros atentos, iluminados por el fuego, se acordó de pronto de los niños apiñados en torno a la señorita Douglas los viernes por la tarde a las tres, durante aquella media hora dedicada a contar cuentos, y por un momento se dejó invadir por una oleada de tristeza y de nostalgia al evocar aquellos tiempos lejanos de inocencia y amor. Le sorprendía que precisamente en aquel momento y en aquel lugar se hubiera producido de una manera tan vívida aquella evocación de la infancia. Aquel cuento, sin embargo, sería muy diferente, no apto para oídos infantiles.

—Tenía hora con el dentista en Norwich a las cinco y, después de la visita, he pasado un momento para ver a un amigo que tengo en Close. Así es que venía para acá desde Norwich, no desde mi casa —empezó a contar Lessingham—. Acababa de hacer el giro para salirme de la B115 en Glandford cuando por poco choco con la parte trasera de un coche, que estaba con las luces apagadas, atravesado en medio de la calzada. Se me ha ocurrido pensar que podía tratarse de un accidente, porque el sitio era de lo más inoportuno si el conductor había ido a hacer aguas entre los arbustos. Resultaba un poco extraño que la puerta de la derecha estuviera abierta, así es que me he arrimado a la acera y he echado un vistazo al interior. Estaba vacío. No sabría decir por qué lo he hecho, pero me he metido entre los árboles. Supongo que

me ha guiado el instinto, porque estaba tan oscuro que no se veía absolutamente nada y de hecho no sabía qué hacer. Entonces he pensado que estaba haciendo una tontería, que todo aquello era meterse en camisa de once varas y que lo mejor era ir a lo mío. Y precisamente entonces por poco tropiezo con ella.

Se tomó otro sorbo de vino.

—Naturalmente, seguía sin ver nada, pero me he arrodillado, he tanteado con los manos y en ese momento he tocado carne. Creo que le he tocado el muslo, pero no estoy seguro. Solo sé que he tocado carne, porque la carne, aunque sea de un muerto, es algo que no admite error. He vuelto al coche y he cogido la linterna. La he enfocado hacia ella y le he visto los pies, después he ido subiendo lentamente por el cuerpo hasta la cara y, al verla, he sabido que había sido el Silbador.

—¿Ha sido muy espantoso? —preguntó Meg Dennison.

Seguramente Lessingham captó en su voz lo que sentía al hacerle la pregunta: no morbosidad sino comprensión, la sensación consciente de que él necesitaba hablar. La miró como si la viera por vez primera y, haciendo una pausa, pareció reflexionar sobre la pregunta.

—Más repugnante que espantoso. Si ahora analizo las emociones que he sentido veo que son complejas… una mezcla de horror, incredulidad y… vergüenza. Me ha entrado complejo de mirón. Después de todo, los muertos están en desventaja. Su imagen era grotesca, un poco ridícula, con los mechones de cabello asomándole por la boca, como si estuviera comiéndoselos. Desde luego, horrible, pero al mismo tiempo estúpido. He sentido el impulso irresistible de echarme a reír. Ya sé que es una reacción provocada por la impresión, pero no deja de ser una reacción extraña. Aparte de que la escena era tan banal. Si me hubieran dicho que describiera cómo me imaginaba a las víctimas del Silbador, la descripción se habría acomodado exactamente a lo que he visto. Uno espera que la realidad se aparte de la imaginación.

—Quizá porque las cosas que uno se imagina normalmente son peores que la realidad —dijo Alice Mair.

—Se habrá sentido horrorizado. Por lo menos yo lo habría estado. Usted solo, todo a oscuras, y una cosa tan espantosa… —dijo Meg Dennison con acento de comprensión.

Lessingham se acercó a ella y siguió hablando como si, entre todos los presentes, fuera la única que pudiera entenderlo.

—No, horrorizado no, esto es lo más chocante. Tenía miedo, naturalmente, pero solo ha sido uno o dos segundos. Suponía que el tipo ya no andaría por allí. Él ya había hecho lo suyo y, además, los hombres no le interesan. Me he puesto a pensar en las cosas corrientes en estos casos, en que no debía tocar nada ni eliminar las pruebas y en que tenía que ponerme en contacto con la policía. He vuelto al coche y he comenzado a pensar en lo que diría a la policía, como si se tratara de urdir una historia. Quería explicarme a mí mismo por qué me he metido entre los arbustos, encontrar una explicación que fuera razonable.

—Pero ¿qué tenía que justificar? —intervino Alex Mair—. Usted ha hecho lo que ha hecho y ya está. A mí me parece perfectamente razonable. El coche estaba atravesado en medio de la calzada, era un peligro que se quedara donde estaba y habría sido una irresponsabilidad pasar de largo.

—Las explicaciones eran necesarias, entonces y después. Quizá porque todas las preguntas que me ha hecho la policía empezaban con las palabras «¿por qué?». Uno se siente presa de una sensibilidad morbosa cuando quiere hablar de motivaciones, como si quisiera convencerse de que no lo ha hecho.

Hilary Robarts dijo, impaciente:

—Pero, en relación con el cadáver, ¿cuando ha ido a buscar la linterna, sabía que estaba muerta?

—Sí, claro, he sabido en seguida que estaba muerta.

—¿Cómo podía saberlo? Seguramente acababan de matarla. ¿Por qué no ha tratado, por lo menos, de prestarle auxilio, de hacerle el boca a boca? A lo mejor servía de algo superar su repugnancia natural.

Dalgliesh oyó que Meg Dennison emitía un sonido que no se sabía si era un suspiro o una especie de gruñido. Lessingham, por su parte, miró a Hilary y dijo con frialdad:

—Habría servido en caso de existir una justificación, por mínima que fuera. Me he dado cuenta de que estaba muerta y no hay más que hablar. Pero no se preocupe, si un día la encuentro *in extremis*, trataré de superar mi repugnancia natural.

Hilary se distendió y esbozó una sonrisa de satisfacción, como agradecida por haberle dejado que lo pinchara forzándolo a dar una respuesta tan desagradable. Con voz más natural, dijo:

—Me sorprende que no lo hayan considerado sospechoso. Después de todo, ha sido el primero que ha estado en el lugar del crimen y esta es la segunda vez que… bueno casi la segunda vez… que tiene que ver con la muerte. Parece que lo haya cogido como una costumbre.

Aunque las últimas palabras habían sido dichas en voz más baja, los ojos de Hilary se habían clavado en los de Lessingham, pero este resistió la mirada y dijo con igual tranquilidad:

—Pero me parece que hay una diferencia. La otra vez fui testigo de la agonía de Toby, ¿recuerda? Y me parece que entonces no hubo nadie que pensase que se trataba de un asesinato.

El fuego crepitó con fuerza y un tronco cayó rodando. Mair, rojo como un tomate, lo empujó furiosamente con el pie.

Hilary Robarts, totalmente imperturbable, se volvió a Dalgliesh.

—¿Acaso no estoy en lo cierto? ¿Normalmente la policía no sospecha siempre de la persona que encuentra el cadáver?

—No necesariamente —dijo este con voz tranquila.

Lessingham había dejado la botella de clarete junto a la chimenea. Se agachó para cogerla y volvió a llenarse la copa.

—Supongo que podían haber sospechado de mí a no ser por una serie de felices circunstancias —dijo—. Estaba en la calle porque había salido a hacer unas gestiones normales. Tenía coartada como mínimo en relación con dos de los asesinatos previos. Según ellos mismos, no me han encontrado ni una sola mancha de sangre. Además, supongo que han podido darse cuenta de que me encontraba en un estado de conmoción. Y tampoco me han encontrado ninguna señal de las ligaduras utilizadas para estrangularla ni del cuchillo.

Hilary lo increpó con viveza:

—¿De qué cuchillo? El Silbador estrangula. El procedimiento que emplea para matar es de dominio público.

—¡Ah, eso no lo he dicho! La chica había sido estrangulada, supongo que es así como la ha matado. No le he examinado la cara con la linterna más que el tiempo indispensable. Pero el hombre deja una marca en sus víctimas, aparte de los cabellos que les mete en la boca que, dicho sea de paso, no son cabellos sino vello púbico. La señal la he visto perfectamente: una L en la frente. De eso no me cabe la menor duda. Uno de los policías que después ha hablado conmigo me ha dicho que era una de las marcas de fábrica del Silbador.

Alex Mair intervino con viveza:

—Esto es una estupidez. —Y añadió, más calmado—: Ni en la televisión ni en los periódicos se ha dicho nada acerca de que a las víctimas les hicieran cortes en la frente.

—La policía no ha dicho nada de ese detalle. Procuran que no se sepa. Son pequeñas cosas que se callan para poder descartar después las confesiones falsas. Parece ser que ya han recibido media docena de falsas confesiones. Tampoco han dicho nada del vello, pero parece que todo el mundo está enterado de ese desagradable detalle. Después de todo, yo no soy el único que encuentra cadáveres, y la gente habla.

—Que yo sepa, no se ha escrito ni se ha dicho nada sobre que se tratase de vello púbico —dijo Hilary Robarts.

—No, la policía también se lo ha callado, porque no corresponde al tipo de detalles que se publican en un periódico para que los lea toda la familia. La cosa no es tan sorprendente como eso. No se trata de un violador, pero es inevitable que exista algún elemento sexual.

Era uno de los detalles que Rickards había comunicado a Dalgliesh la noche anterior y que, en opinión de este, Lessingham se habría podido guardar, especialmente en una reunión de invitados a una cena. Le sorprendió un poco aquella pudibundez de su parte, pero pensó que posiblemente era fruto de la expresión de disgusto que había leído en la cara de Meg Dennison. De pronto sus oídos captaron un ligero ruido y, al volver la vista y dirigirla a la puerta abierta del comedor, entrevió

fugazmente la exigua figurilla de Theresa Blaney, de pie en la sombra. Ignoraba qué habría podido oír de la descripción de Lessingham pero sabía que, por poco que fuera, forzosamente tenía que ser demasiado. Casi sin advertir la severidad que dejaba traslucir su voz, Dalgliesh preguntó a Lessingham:

—¿No le ha dicho el inspector Rickards que todos estos datos eran confidenciales?

Hubo un embarazoso silencio, durante el cual Dalgliesh pensó que era probable que los circunstantes hubiesen olvidado que él era policía.

—No tengo intención de divulgarlos. Rickards estaba interesado en que no se hicieran públicos y yo no pienso hacer comentarios al respecto. Aparte de que los presentes tampoco los harán.

Sin embargo, aquella simple pregunta había tenido la virtud de recordar a todos los presentes quién era él y qué representaba, había enfriado el ambiente de la habitación y había trocado aquel interés, fruto de la mezcla de fascinación y horror que sentían todos, por una ligera inquietud. Cuando, al cabo de un minuto, se levantó para despedirse de todo el mundo y dar las gracias a la anfitriona, todos los que componían el grupo se sintieron visiblemente aliviados. Dalgliesh sabía que aquella inquietud que había sembrado no tenía nada que ver con el temor de que se pusiera a inquirir, a censurar y a moverse entre ellos como un espía. Era un caso que no le correspondía a él resolver, allí no había ningún sospechoso y ellos ya debían de saber que él no era un hombre excesivamente extravertido, halagado ante el hecho de convertirse en polo de atracción de la reunión y al que se podía bombardear con preguntas relativas a los métodos que podía emplear el inspector Rickards, a las posibilidades que había de cazar al Silbador, a sus teorías personales sobre los psicópatas asesinos y a sus experiencias en materia de asesinatos múltiples. Pero su sola presencia en la habitación hacía crecer el miedo y la repugnancia ante aquel último horror y en la mente de cada uno se intensificaban los tintes de aquella imagen mental que todos se habían hecho, adquiría rasgos más precisos el rostro asaltado por la violencia, la boca entreabierta con el pelo asomando por ella, los ojos que miraban fijamente sin ver. El horror y la muerte eran elementos inherentes a su profesión y, al igual que un enterrador, llevaba consigo el horror y la muerte.

Ya delante en la puerta de la casa, se volvió impulsivamente y dijo a Meg Dennison:

—Me parece que la señora Dennison ha dicho antes que había venido andando desde la vieja rectoría. ¿Quiere que la acompañe también andando a su casa, suponiendo que ahora no sea demasiado temprano para usted?

Alex Mair ya iba a decir que, por supuesto, él podía acompañarla en coche, pero Meg se levantó torpemente de la silla y, con entusiasmo incluso exagerado, exclamó:

—Me encantaría que me acompañara. Me gusta andar y así ahorro a Alex tener que sacar el coche.

Alice Mair dijo de pronto:

—Ya es hora de llevar a Theresa a su casa. Hace una hora que teníamos que haberla acompañado en coche. Voy a llamar a su padre. A propósito, ¿dónde está?

—Hace un momento estaba en el comedor, retirando lo de la mesa —dijo Meg.

—Bueno, voy a buscarla y Alex puede llevarla en el coche.

La reunión tocaba a su fin. Hilary Robarts había vuelto a repantigarse en su asiento y tenía los ojos clavados en Lessingham. Súbitamente se puso de pie y dijo:

—Bueno, me voy a casa. Que nadie se moleste en acompañarme. Como ha dicho Miles, el Silbador hoy ya ha hecho lo suyo.

—Preferiría que te esperases —dijo Alex Mair—. Cuando vuelva de acompañar a Theresa, podemos ir andando hasta tu casa.

Encogiéndose de hombros y, sin mirarlo, dijo:

—De acuerdo. Si insistes, esperaré.

Avanzó hacia la ventana y, a través de ella, contempló la oscuridad. El único que siguió sentado fue Lessingham, que volvió a llenarse la copa. Dalgliesh vio que Alex Mair había colocado discretamente otra botella abierta junto a la chimenea. Ignoraba si Alice Mair pensaba invitar a Lessingham a pasar la noche en Martyr’s Cottage o si ella o su hermano lo acompañarían más tarde a su casa. Era evidente que no estaría en condiciones de conducir.

Dalgliesh estaba ayudando a Meg Dennison a ponerse la chaqueta cuando sonó el teléfono. El timbre sonó extrañamente estridente en la habitación, lo que sobresaltó a Meg. Dalgliesh, al advertir el susto, amparó casi involuntariamente los hombros de la joven, estrechándolos entre sus manos. Escucharon la voz de Alex Mair:

—Sí, nos hemos enterado. Miles Lessingham está con nosotros y nos ha informado de todos los detalles. Sí, ya entiendo. Sí. Gracias por la noticia.

A continuación hubo un silencio más largo y en seguida volvió a oírse la voz de Mair.

—Una cosa absolutamente fortuita, ¿no le parece? Después de todo, tenemos una plantilla de quinientas treinta personas. Seguro que todos los que trabajan en Larksoken se quedarán muy impresionados, sobre todo las mujeres. Sí, mañana estaré en mi despacho. Si puedo ser de alguna utilidad… Espero que ya habrán comunicado la noticia a la familia… Sí, ya entiendo. Buenas noches, inspector.

Colgó y dijo:

—Era el inspector jefe Rickards. Han identificado a la víctima: Christine Baldwin. Es… era una mecanógrafa de la central. ¿No la reconoció, Miles?

Miles siguió llenándose lentamente la copa y dijo:

—La policía no me ha dicho quién era. Y aunque me lo hubiera dicho, el nombre no me habría revelado nada. En cuanto a si la he reconocido, he de decirle que no, Alex, no la he reconocido. Quizás he visto a Christine Baldwin alguna vez en Larksoken, posiblemente en la cantina, pero la que he visto esta noche no era Christine Baldwin. Y lo que le aseguro es que no me he entretenido en iluminarle la

cara más tiempo del necesario para comprobar que no podía prestarle ya ninguna ayuda.

Sin volverle y sin dejar de mirar a través de la ventana, Hilary Robarts dijo:

—Christine Baldwin, treinta y tres años, hace solo once meses que trabajaba con nosotros. Se casó el año pasado. Acababa de ser trasladada al departamento de física médica. Si sirve de algo, puedo dar sus respectivas velocidades como mecanógrafa y como taquígrafa.

Después se dio la vuelta y miró directamente a Alex Mair.

—Parece, por más de un indicio, que el Silbador está acercándose, ¿no es verdad?

Capítulo 3

Hubo las últimas despedidas y por fin abandonaron el olor a humo, comida y vino de aquella habitación que, para los gustos de Dalgliesh, comenzaba a estar demasiado cargada, y salieron al aire libre impregnado del olor del mar. Los ojos de Dalgliesh tardaron unos minutos en adaptarse a la semioscuridad y la gran extensión de tierra hasta el mar a hacerse visible, si bien sus formas y contornos quedaban misteriosamente alterados bajo la luz de las estrellas. Hacia el norte la central era una rutilante galaxia de luces blancas, mientras que su sólida y geométrica mole parecía haber sido engullida por la azulada negrura del cielo.

Se quedaron un momento contemplándola, hasta que Meg Dennison dijo:

—Cuando vine por vez primera de Londres casi me llevé un susto. ¡Es tan enorme, domina el paisaje de una manera!… Pero ahora ya me he ido acostumbrando. Sigue siendo una nota discordante, pero tiene una cierta grandeza. Alex procura desmitificarla y dice que su función se reduce a producir electricidad para la red nacional de manera eficiente y limpia y que la principal diferencia que existe entre esta central y las demás centrales de energía es que esta no tiene al lado una enorme pirámide de polvo de carbón para contaminar la atmósfera. Pero para mi generación la energía atómica significará siempre la nube en forma de hongo. Y ahora, encima, significa Chernobyl. Sin embargo, si el perfil del edificio fuera el de un antiguo castillo y si lo que mañana por la mañana pudiésemos contemplar fuera toda una hilera de torrecillas, seguramente diríamos: ¡qué cosa tan magnífica!

—Si tuviera una hilera de torrecillas, tendría una forma diferente —dijo Dalgliesh —. De todos modos, entiendo qué quiere decir. A mí me gustaría más que en estas tierras no hubiera este edificio, pero ya empieza a darnos la impresión de que si está aquí es porque tiene derecho a estar aquí.

Se volvieron al mismo tiempo y dejaron de contemplar el resplandor de las luces para mirar al sur y contemplar el desmoronamiento del símbolo de otro poder muy diferente. Ante ellos, en el borde del acantilado, la silueta de las ruinas de la abadía benedictina dibujaba su perfil semejante al de un castillo de arena construido por un niño que el avance de la marea fuera erosionando lentamente. Lo único que Dalgliesh podía entrever era el gran arco hueco de la ventana de levante y, al otro lado, la luz trémula del mar del Norte, mientras que sobre el conjunto, suspendido como un incensario, iba moviéndose el disco amarillo y tiznado de la luna. Casi sin darse cuenta, avanzaron unos pasos y dejaron el camino en que se encontraban para seguir por las tierras que, dirigiéndose hacia el mar, se extendían hasta las ruinas.

—¿Nos acercamos? ¿No es tarde para usted? ¿Qué va a pasar con sus zapatos? —dijo Dalgliesh.

—¡Preguntas muy sensatas! Sí, me gustaría acercarme. ¡Es tan maravillosa la abadía vista así, de noche! No tengo prisa. Seguro que los Copley no están levantados esperándome. Mañana, cuando les diga lo cerca que tenemos al Silbador, quizá ya no

pueda volver a dejarlos solos de noche. A lo mejor es la última noche que me queda de libertad durante mucho tiempo.

—Supongo que no corren ningún peligro, siempre que tenga la precaución de cerrar la puerta con llave. Hasta ahora sus víctimas solo han sido mujeres y jóvenes y además siempre mata al aire libre.

—También yo me he hecho esta reflexión, y me da la impresión de que tampoco van a asustarse. A veces parece como si los viejos hubieran superado este tipo de miedos. Las cosas nimias adquieren para ellos una importancia extraordinaria, mientras que las grandes tragedias no les afectan en absoluto. De todos modos, su hija está llamando constantemente para pedirles que, hasta que lo cojan, vayan una temporada a su casa de Wiltshire. Ellos no le hacen ningún caso, pero si le da por llamar de noche y, encima, yo no estoy en casa, quizás acabe convenciéndolos.

Después de una pausa, continuó:

—Ha sido un mal final de una cena interesante, pero más bien curiosa. Yo hubiera preferido que el señor Lessingham se guardara los detalles para él, pero imagino que tenía necesidad de contárselos a alguien y, además, hay que tener en cuenta que vive solo.

—Habría necesitado el dominio de un superhombre para no explicarlo —dijo Dalgliesh—, aunque a mí me hubiera gustado que omitiese los puntos más escabrosos.

—Esto supondrá un problema para Alex. Ya ha habido algunas chicas del personal que le han pedido escolta hasta su casa después de los turnos de noche. Alice me decía que no será nada fácil para Alex ocuparse de la organización, aparte de que las mujeres no aceptarán que nadie las escolte si no tiene una coartada que demuestre sin lugar a dudas que no es el Silbador. Las personas dejamos de comportarnos racionalmente incluso después de diez años de conocer a una persona y de trabajar con ella.

—Sí, los asesinatos provocan estas cosas, sobre todo esta clase de asesinatos —dijo Dalgliesh—. Miles Lessingham ha hablado de otra muerte, la de un tal Toby. ¿Es el chico que se suicidó en la central nuclear? Recuerdo haberlo leído en los periódicos.

—Fue una tragedia espantosa. Toby Gledhill era uno de los científicos más brillantes del equipo de Alex. Se rompió la crisma arrojándose desde lo alto del reactor.

—Así pues, fue un suceso en el que no hubo misterio.

—No, por supuesto que no, salvo en lo que se refiere a los motivos. El señor Lessingham lo presenció con sus propios ojos. Me sorprende que usted lo recuerde, porque la prensa nacional hizo muy pocos comentarios. Alex procuró reducir al mínimo la publicidad por respeto a los padres del chico y para protegerlos.

Dalgliesh pensó que también para proteger la central. No entendía por qué razón Lessingham se había referido a la muerte de Gledhill como si se tratara de un

asesinato, pero no quería seguir interrogando a su acompañante. La alusión se había hecho de una manera tan discreta que incluso dudaba de que ella la hubiera oído.

—¿Le gusta vivir en estas tierras? —le preguntó, en cambio.

La pregunta no sorprendió a Meg, sino más bien a quien la había formulado, como le sorprendía igualmente que estuvieran paseando por aquellos parajes de manera tan natural. Meg era una mujer que, curiosamente, le infundía tranquilidad y a él le encantaba aquella serenidad que respiraba, una tranquilidad que no disimulaba una gran fuerza interior. Su voz también era agradable y Dalgliesh reconocía que las voces contaban mucho para él. Pese a todo, seis meses atrás ninguna de estas cosas habría bastado para rogarle que permaneciera más tiempo con él que el que la educación estimaba necesario. Entonces la habría acompañado hasta la vieja rectoría y después, cumplida la obligación dictada por las normas sociales, habría dado media vuelta con una sensación de alivio y se habría dirigido a pie, solo, hasta la abadía, envolviéndose en su soledad, como en una capa. La soledad, de todos modos, seguía siendo esencial para él. Le era imposible pasar las veinticuatro horas del día sin permanecer solo la mayor parte de ellas. Sin embargo, algún cambio se había operado en él —el paso inexorable de los años, el éxito, el renacimiento de la veta poética, tal vez un vacilante resurgimiento del amor— que indicaba que quizá se estaba volviendo sociable. No estaba seguro de si debía oponer resistencia a aquella actitud o entregarse a ella.

Advirtió que Meg reflexionaba concienzudamente en la pregunta que acababa de hacerle.

—Sí, me parece que sí. A veces me siento muy feliz. Vine aquí para escapar de los problemas que me planteaba mi vida en Londres y, sin pararme a pensar en los motivos, procuré instalarme lo más al oeste que fuera posible.

—Y ahora resulta que tiene que hacer frente a dos amenazas: la central nuclear y el Silbador.

—Aterradoras las dos, porque las dos son misteriosas y las dos tienen sus raíces en el horror de lo desconocido. Pero la amenaza no es personal, no está dirigida específicamente contra mí. A decir verdad, me escapé y, como todos los refugiados, llevo mi carga de remordimiento. Encuentro a faltar a los niños. Quizás habría tenido que quedarme y luchar, pero aquello ya se estaba convirtiendo en una guerra pública. No encajo en el papel de heroína de la prensa más reaccionaria y, en realidad, lo único que quería era que me dejasen seguir adelante con el trabajo para el cual estaba preparada y que me gustaba. Sin embargo, hasta los mismos libros que utilizaba y las palabras que pronunciaba eran objeto de escrutinio. Una no puede dedicarse a la enseñanza en un ambiente tan rencoroso y hostil. Al final decidí que no podía continuar.

Daba por sentado que él conocía sus antecedentes, ya que cualquiera que hubiera leído los periódicos de los últimos tiempos tenía que saber quién era ella.

—Se puede combatir la estupidez, la intolerancia y el fanatismo cuando se lucha con ellos por separado, pero si vienen juntos, lo mejor es escapar, aunque solo sea para preservar el propio equilibrio —dijo Dalgliesh.

Ya se estaban acercando a la abadía, y las tierras cubiertas de hierba que se extendían hasta el mar eran ahora una serie de montículos. Meg dio un tropezón y Dalgliesh tendió la mano para ampararla.

—Finalmente todo quedó reducido a dos cartas —dijo ella—. Insistían en que, en lugar de llamar a la pizarra «tablón negro», la llamara «tablón de la tiza[2]». Todo se había reducido a las palabras «negro» y «tiza». No podía creer, y sigo sin podérmelo creer, que una persona sensata, cualquiera que sea el color de su piel, pueda poner objeciones a la designación de «tablón negro». Es un tablón y es negro. La palabra «negro» en sí no puede ser ofensiva. Yo he llamado así a ese objeto toda mi vida, así que no veo por qué han de obligarme ahora a modificar la manera de hablar mi propia lengua. En este momento, en cambio, en esta tierra, bajo este cielo y en medio de esta inmensidad, todo me parece tan insignificante… A lo mejor lo único que hice fue elevar las trivialidades al rango de principios.

—Agnes Poley la habría comprendido —dijo Dalgliesh—. Mi tía había revisado los archivos y me había hablado de esa mujer. Parece que fue condenada a la hoguera por su obstinada adhesión a una visión del universo que le era propia. Se negaba a aceptar que el cuerpo de Cristo estuviese presente en el sacramento y, al mismo tiempo, que se encontrase físicamente en el cielo, sentado a la diestra del Dios todopoderoso. Según ella, esto era algo que atentaba al sentido común. Alex Mair podría adoptarla como patrona de la nuclear, es una especie de santa de la racionalidad.

—Sí, pero aquí se trata de una cosa diferente. Lo que ella creía era que su alma inmortal estaba en peligro.

—¿Quién sabe qué creía ella? —dijo Dalgliesh—. A mí me parece que estaba movida por una obstinación divina y encuentro que esto es algo admirable.

—Me parece que el señor Copley argumentaría que estaba equivocada —dijo Meg—, pero no por su obstinación, sino por su visión terrenal del sacramento. En realidad, carezco de competencia suficiente para argumentar sobre estas cosas, pero eso de sufrir una muerte tan horrible solo por tener una idea racional del universo me parece una cosa espléndida. Nunca voy a ver a Alice sin pararme a leer la placa. Es mi modesto homenaje. Pese a todo, en Martyr’s Cottage no noto la presencia de aquella mujer. ¿Y usted?

—Ni lo más mínimo. Me parece que la calefacción central y los muebles modernos son enemigos de los espectros. ¿Conocía ya a Alice Mair antes de venir aquí?

—No, no conocía a nadie. Vine aquí en respuesta a un anuncio que los Copley pusieron en *The Lady*. Ofrecían habitación y comida a una joven que ellos calificaban de colaboradora en ligeros trabajos caseros. Después resultó que era un eufemismo

para referirse a hacer la limpieza, pero las cosas dichas así nunca dan resultado. Con Alice las cosas han cambiado completamente. Yo ni siquiera sabía que tuviera tanta necesidad de una amiga; lo único que había en la escuela eran alianzas, ofensivas y defensivas, y ya se sabe que no hay nada que pueda salvar las divisiones políticas.

—Agnes Poley también habría comprendido el ambiente de la escuela porque fue el ambiente en que vivió —dijo Dalgliesh.

Caminaron un momento en silencio, turbado únicamente por el roce de los zapatos sobre la hierba. Dalgliesh estaba pensando qué sería que, cuando uno se aproxima al mar, llega un momento en que su rugido es tan fuerte que parece una amenaza y que, antes reposado y benévolo, de pronto cobra toda su fuerza. Al levantar la vista al cielo y contemplar toda aquella miríada de puntitos luminosos, le pareció sentir bajo sus pies el movimiento de la tierra y advertir misteriosamente que el tiempo se detenía fusionando en un momento el pasado, el presente y el futuro: la abadía en ruinas, los artilugios de la última guerra obstinados en perdurar, el derrumbamiento de las defensas de los acantilados, el molino de viento y la central nuclear. Y se preguntó si había sido en medio de aquel desorientador limbo del tiempo, escuchando el mar incansable, que los antiguos propietarios del Martyr’s Cottage habían escogido aquel texto. Súbitamente su acompañante se paró y dijo:

—Hay una luz entre las ruinas, dos destellos, como una linterna.

Se quedaron parados, observando en silencio. No se veía nada.

—Estoy segura de haberla visto —dijo Meg, casi excusándose—. Y también una sombra, algo o alguien que se ha movido en la ventana de levante. ¿No lo ha visto?

—Estaba mirando el mar.

—Bueno, ahora no se ve nada —dijo ella, como lamentándolo—. A lo mejor lo he imaginado.

Y cuando, cinco minutos más tarde, se abrieron camino cautelosamente por aquella tierra accidentada hacia el centro mismo de las ruinas, no vieron nada ni nadie. Sin decir palabra, atravesaron el hueco de la ventana de levante, se acercaron al borde del acantilado y lo único que pudieron contemplar fue la playa con el color de la arena desvaído por la luz de la luna, extendiéndose de norte a sur, y el sutil fleco de espuma blanca de las olas. De haber habido alguien, pensó Dalgliesh, habría tenido ocasión sobrada de esconderse detrás de las masas de cemento o en las grietas del acantilado. De poco habría servido y poco justificado habría sido tratar de dar caza a una persona, aunque hubieran sabido hacia dónde se había encaminado. La gente tenía derecho a pasear sola de noche.

—Quizá lo he imaginado —dijo Meg—, aunque no creo. De todos modos, la mujer ya no está.

—¿Qué mujer?

—¡Ah, claro! ¿Es que no lo he dicho? He tenido la impresión inequívoca de que se trataba de una mujer.

Capítulo 4

A eso de las cuatro de la madrugada Alice Mair se despertó gritando desesperadamente. Había tenido una pesadilla y, además, se había levantado viento. Extendió la mano para encender la luz de la mesilla de noche, miró qué hora era y volvió a tenderse en la cama mientras notaba que el pánico iba remitiendo y, con los ojos fijos en el techo, sentía que la terrible inmediatez del sueño iba desdibujándose y este era reconocido como era en realidad: un antiguo espectro que volvía a visitarla después de tantos años, conjurado por los acontecimientos de aquella noche y por la reiteración de la palabra «asesinato» que, desde que el Silbador había comenzado a actuar, retumbaba sonoramente en el aire. Gradualmente volvió a penetrar en el mundo real, que se manifestaba en los casi imperceptibles ruidos de la noche, el gemido del viento en las chimeneas, la suavidad de la sábana al oprimirla entre sus manos, el tictac extrañamente sonoro del reloj y, por encima de todo, en el espacio apaisado de luz tenue, el batiente abierto de la ventana y las cortinas corridas ofreciéndole una vista del cielo apenas iluminado por las estrellas que lo tachonaban.

La pesadilla no necesitaba interpretación, puesto que no era otra cosa que una nueva versión de un antiguo horror, menos terrible que los sueños de la infancia, un terror más racional y más adulto. Ella y Alex volvían a ser niños y toda la familia vivía con los Copley en la vieja rectoría. Tratándose de un sueño, la situación no tenía nada de extraño. La vieja rectoría era como una versión más grande y menos fastuosa de Sunnybank, nombre ridículo ya que siempre había estado a ras de tierra y el sol no había penetrado nunca por sus ventanas. Las dos casas pertenecían al último período victoriano, estaban construidas en ladrillo rojo, tenían una puerta que dibujaba una curva muy acentuada, situada debajo de un porche alto y rematado en punta y las dos estaban aisladas, cada una dentro de su propio jardín. En el sueño, ella y su padre paseaban juntos por la espesura. Su padre iba cargado con la podadera y vestido igual que aquella horrible tarde de otoño: una camiseta manchada de sudor, pantalones muy cortos que, al andar, dejaban entrever el bulto del escroto, y las piernas blancas, cubiertas de vello muy negro desde la rodilla para abajo. Ella estaba preocupada porque sabía que los Copley contaban con que prepararía la comida. El señor Copley, que llevaba sotana y una sobrepelliza que ondeaba al viento, paseaba impaciente por el césped de la parte de atrás de la casa, como si ignorase la presencia de ellos dos. Su padre estaba explicándole algo con voz estentórea y la dicción lenta que empleaba cuando hablaba con su madre, como queriendo decirle:

—Sé que eres demasiado imbécil para entender lo que te digo, pero hablaré en voz alta y lenta y espero que no acabes con mi paciencia.

Su padre decía:

—A Alex no le darán el empleo. Ya me encargaré yo de que no se lo den. ¡No irán a contratar a un hombre que ha matado a su padre!

Y mientras hablaba, iba agitando la podadera, que tenía el borde teñido de sangre. De pronto su padre había vuelto la herramienta hacia ella y, con los ojos centelleantes, se la había clavado en la frente. El chorro de sangre que había manado de la herida cegó sus ojos. Ahora, totalmente despierta y respirando como si acabase de terminar una carrera, se llevó la mano a la frente y comprobó que la humedad que la perlaba era sudor, no sangre.

Tenía pocas probabilidades de volverse a dormir, porque no lo conseguía nunca cuando se despertaba de madrugada. Debería levantarse, ponerse la bata, bajar a la cocina y prepararse un té, podía corregir las pruebas, leer, escuchar la BBC. También podía tomar una pastilla para dormir. Había comprobado que eran lo bastante fuertes para sumirla en el olvido, pero precisamente estaba tratando de dejarlas y, si ahora claudicaba, equivaldría a reconocer el poder que sobre ella ejercían las pesadillas. Se levantaría y se prepararía un té. No había peligro de que Alex se despertara: tenía un sueño tan profundo que ni las galernas de invierno podían desvelarlo. Pero antes que nada tenía que realizar un pequeño exorcismo, puesto que, si quería que el sueño perdiera todo su poder, si deseaba que no volviera a repetirse, primero debía afrontar el recuerdo de aquella tarde que se remontaba a treinta años atrás.

Era un cálido día de otoño, uno de los primeros de octubre, y ella, Alex y su padre estaban trabajando en el jardín. Su padre estaba aclarando un espeso seto de zarzas y arbustos en el fondo del jardín, apartado de las posibles miradas que pudieran dirigirle desde la casa, asestando golpes con la podadera, mientras ella y Alex se llevaban a rastras las ramas caídas para apilarlas y hacer una hoguera. Aunque su padre llevaba poca ropa para la época del año, sudaban abundantemente. Alice veía que su brazo subía y bajaba, oía el crujir de las ramas, volvía a sentir los pinchos que le herían las manos, escuchaba las órdenes que daba su padre. De pronto su padre lanzó un grito. O la rama estaba podrida o había fallado el golpe. La podadera le había caído de las manos y se había clavado en su muslo desnudo y Alice, al volverse, vio la impetuosa curva de sangre roja que describía el chorro en el aire, vio a su padre desplomándose como un animal herido y que sus manos buscaban algo donde agarrarse. La mano derecha había soltado la podadera y ahora estaba tendida hacia ella, temblorosa, con la palma vuelta hacia arriba, mientras él la miraba implorante, igual que un niño. Quería decir algo, pero de su boca no salían palabras. Ella iba acercándosele, como fascinada, cuando de pronto sintió que la agarraban por el brazo y vio que Alex se la llevaba de allí a la fuerza, por el camino que discurría entre laureles en dirección a la huerta.

—¡Párate, Alex! Está desangrándose, está muriéndose. Tenemos que ayudarle —le gritó.

No recordaba exactamente si habían sido aquellas las palabras y lo único que recordaría más tarde sería la fuerza de los brazos de su hermano sujetándola por los hombros, apretando su espalda contra el tronco de un manzano y reteniéndola prisionera. Solo había dicho una palabra:

—¡No!

Estremecida de horror, con el corazón golpeándole el pecho, no habría podido liberarse aunque hubiera querido. Ahora sabía que aquella impotencia suya había sido importante para él, porque era un acto que había realizado él solo, sin colaboración de nadie. Forzada, exculpada, no había tenido otra opción. Ahora, treinta años después, rígida en la cama, con los ojos fijos en el cielo, recordaba aquella única palabra, la mirada de su hermano clavada en la suya, las manos sujetándole los hombros, la corteza del árbol que le arañaba la espalda a través de la fina camisa. Era como si el tiempo se hubiera detenido. No habría podido decir cuánto tiempo había estado allí prisionera, sí únicamente que le había parecido una eternidad inconmensurable.

Finalmente, exhalando un suspiro, Alex había dicho:

—Bien, ahora ya podemos ir.

Y aquello también la había sorprendido: que hubiera tenido la cabeza tan clara para poder calcular el tiempo necesario. Después Alex la había arrastrado tras él y llevado junto al cadáver de su padre, puesto que, al bajar la vista para mirar el brazo, extendido aún, los ojos abiertos y vidriosos, el gran charco escarlata que empapaba la tierra, supo que su padre era un cadáver, que se había ido para siempre, que ya no tenía que volver a temer nada de él. Entonces Alex, volviéndose hacia ella, le dijo con palabras lentas y claras, como si hablara con una niña subnormal:

—Sea lo que fuere lo que hacía contigo, ya no lo volverá a hacer. ¡Nunca! Escúchame para que te enteres de lo que ha ocurrido. Lo habíamos dejado y estábamos encaramados en los manzanos, hasta que hemos decidido bajar. Entonces lo hemos encontrado. Esto es lo que ha ocurrido, así de sencillo. No tienes que decir nada más. Déjame a mí. Mírame, ¡mírame, Alice! ¿Me has entendido?

Su voz, cuando consiguió hablar, era una voz de vieja, ronca y trémula, y las palabras le hacían daño en la garganta:

—Sí, he entendido.

Después, todo fue llevarla arrastrando cogida de la mano, echar a correr a través del césped, conducirla agarrada por el sobaco, irrumpir en casa por la puerta de la cocina, hablar a voz en grito como si estuviera anunciando una victoria… Y después Alice vio la cara que ponía su madre, aquella angustia que parecía que también ella se estuviera desangrando y se fuera a morir y oyó la voz jadeante de su hermano que decía:

—Es papá. Ha tenido un accidente. Hay que llamar a un médico, ¡rápido!

Y después ella, ya sola, en la cocina. Mucho frío. Sentía el frío de las baldosas bajo los pies. La tabla de la mesa en la que descansaba la cabeza le helaba la mejilla. No entró nadie. Oía que alguien hablaba por teléfono desde el vestíbulo y también otras voces, otros pasos y que alguien lloraba. Y después más pisadas y el crujido de las ruedas de un coche sobre la grava.

Alex había tenido razón. No le habían hecho preguntas, no habían sospechado nada. Habían aceptado la versión y asunto concluido. Ella no había estado presente en

el momento de las pesquisas y, aunque Alex sí había estado, no le había dado ninguna explicación al respecto. Más adelante había habido una especie de fiesta en la que habían tomado té, bocadillos y pastel de frutas hecho en casa y a la que habían asistido las personas más allegadas, como el médico de la familia, el abogado y algunas amigas de mamá. Todos habían estado muy cariñosos con ella y con Alex, alguien incluso le había acariciado la cabeza.

—Ha sido una tragedia que no hubiera nadie cerca. Con un poco de sentido común y unos conocimientos rudimentarios de los primeros auxilios habría podido salvarse —dijo una voz.

Ahora, el recuerdo deliberadamente evocado había actuado como exorcismo. La pesadilla había quedado despojada de su horror y, con un poco de suerte, tardaría meses en repetirse. Sacó las piernas de la cama y cogió la bata.

Acababa de echar el agua en el té y esperaba a que estuviera a punto cuando oyó los pasos de Alex que bajaba las escaleras y, al darse la vuelta, vio su alta figura bloqueando casi enteramente la abertura de la puerta de la cocina. Tenía un aire aniñado, un ser casi vulnerable con su bata familiar de cordoncillo. Se alisó con ambas manos el cabello alborotado por el sueño. Sorprendida, porque su hermano normalmente dormía como un tronco, Alice dijo:

—¿Te he despertado? ¡Cuánto lo siento!

—No, me he despertado y no he podido volver a dormirme. Tener que esperar a Lessingham para que viniera a cenar ha hecho que cenáramos demasiado tarde para poder digerir. ¿Está recién hecho?

—Está a punto.

Alex cogió otra taza del armario y sirvió té para los dos. Alice se sentó en un sillón de mimbre y, sin decir palabra, permaneció con la taza en la mano.

—Se ha levantado viento —dijo Alex.

—Sí, a última hora.

Alex se acercó a la puerta, desatrancó el panel de madera de la parte superior y lo abrió. Hubo como una sensación de aire frío que irrumpiera en la cocina, un aire sin olor pero que borraba el tenue aroma del té y hasta Alice llegó el profundo y retumbante rugido del mar. Al prestar oído le pareció que el fragor iba aumentando en intensidad y, con un grato estremecimiento de falso terror, se imaginó que los arrecifes bajos y fiables de la orilla se fragmentaban y toda una turbulencia de espuma blanca arremetía contra ellos por encima de la zona costera y, estrellándose contra la puerta, lanzaba su espuma al rostro de Alex. Al mirarlo y verlo contemplando la noche, sintió que la invadía una oleada de cariño tan puro y tan poco complicado como aquella ráfaga de aire frío que había notado en la cara. Le sorprendió aquella intensidad, pese a que sabía que Alex formaba hasta tal punto parte de su vida que ni necesitaba ni quería examinar demasiado la naturaleza de los sentimientos que su hermano le inspiraba. Sabía que cuando él estaba en casa, se sentía serenamente satisfecha, le gustaba oír sus pisadas en el piso de arriba y

compartir con él al final del día la comida que ella había preparado. Y sin embargo, ninguno exigía nada del otro. Ni siquiera el casamiento de Alex había cambiado las cosas. Alice no se había sorprendido de que se casara, puesto que Elizabeth era de su agrado, pero tampoco se había sorprendido cuando el matrimonio había terminado. Consideraba improbable que Alex volviera a casarse, pero aunque se hubiera casado de nuevo nada podía cambiar entre los dos, por muchas mujeres que entraran o intentaran entrar en su vida. A veces, como ahora, sonreía burlonamente cuando se paraba a considerar cómo veía aquella relación la gente de fuera. Los que daban por sentado que la casa era propiedad de Alex, no de ella, la veían como la hermana soltera, dependiente de él para el alojamiento, para tener compañía o un propósito en la vida. Otros, más sagaces, pero lejos aún de la verdad, estaban intrigados ante la evidente independencia de ambos, sus ocasionales idas y venidas, su distanciamiento. Se acordaba de que Elizabeth, durante las primeras semanas de su compromiso con Alex, le había dicho:

—¿Sabes que sois una pareja bastante temible?

Comentario al que ella se había sentido tentada de responder:

—¡Y tanto!

Alice había comprado Martyr's Cottage antes de que nombraran a Alex director de la central nuclear y él se había trasladado a vivir a la casa de ella en virtud de un acuerdo tácito, como si se tratara de un recurso temporal mientras decidía qué iba a hacer, si conservar el piso de Barbican como vivienda principal o venderlo y comprar una casa en Norwich y un pequeño estudio en Londres. Alex era un ser esencialmente urbano y ella no podía imaginárselo viviendo de manera permanente en otro sitio que no fuera una ciudad. Si, por causa del nuevo trabajo, debía trasladarse a Londres, ella no lo seguiría y suponía que él se figuraba que no iba a hacerlo, puesto que aquí, en esta costa azotada por el mar, Alice había encontrado por fin un lugar donde se sentía verdaderamente a sus anchas. El hecho de que Alex pudiera marcharse de casa o llegar a ella sin previo aviso no la hacía sentir menos a sus anchas en aquella tierra.

Mientras se tomaba el té a pequeños sorbos, Alice pensó que debían de ser más de la una cuando Alex había vuelto a casa después de acompañar a la suya a Hilary Robarts. Pensaba en qué podían haberse entretenido tanto tiempo. Como Alice tenía de madrugada un sueño muy ligero, lo había oído solo poner la llave en la cerradura y después al subir por la escalera, antes de volver a sumirse en el sueño. Ahora estaban a punto de dar las cinco. En realidad, Alex había dormido poquísimo. De pronto, como si notara súbitamente el frío de la mañana, su hermano cerró la mitad superior de la puerta, volvió a poner el pestillo en su sitio y, dirigiéndose al sillón colocado frente a Alice, se recostó en él. Inclinando el cuerpo hacia atrás y sosteniendo la taza de té con ambas manos, dijo:

—Es una lástima que Caroline Amphlett no quiera venir a Londres conmigo; no me hace ninguna gracia empezar un trabajo nuevo, y más particularmente este, con

una secretaria que no conozco. Caroline sabe cómo trabajo. La verdad es que me figuraba que querría venir a Londres. Es un inconveniente.

Alice sospechaba que era algo más que un inconveniente. También estaba en juego el orgullo de su hermano e incluso su prestigio personal. Otros jefes, al cambiar de puesto, se habían llevado consigo la secretaria. De hecho, la renuencia que mostraban algunas secretarias ante la posibilidad de tener que separarse de su jefe suponía una halagadora afirmación de dedicación personal. Alice comprendía que aquello preocupara a su hermano, pero le extrañaba que pudiera quitarle el sueño.

—Se trata de razones personales o, por lo menos, eso dice —añadió Alex—. A buen seguro que la decisión tiene que ver con Jonathan Reeves. Solo Dios sabe qué ve en él. Ni siquiera llega a la categoría de técnico…

—Seguro que a ella le importa poco que sea técnico o no —dijo Alice reprimiendo una sonrisa.

—Bueno, pues si se trata de una cuestión sexual, quiere decir que tiene peor gusto de lo que yo suponía.

Alice pensó que su hermano normalmente no era un mal juez, ni con hombres ni con mujeres. Rara vez cometía errores fundamentales y probablemente no se equivocaba nunca cuando debía valorar la capacidad científica de una persona. Sin embargo, tenía una escasa percepción de las extraordinarias complejidades e irracionalidades que justificaban los motivos humanos, la conducta humana. Sabía, sin duda, que el universo era complejo, pero creía que obedecía ciertas reglas, aunque Alice suponía que él no habría utilizado nunca la palabra «obedecer» por las implicaciones de opción consciente que encerraba. Alex habría dicho que el mundo físico se comporta de esta manera, que está abierto a la razón humana y, dentro de unos ciertos límites, al control humano. La gente lo desconcertaba porque podía sorprenderle y todavía lo desconcertaba más el hecho de que en ocasiones hasta él se sorprendiera a sí mismo. Se habría sentido a sus anchas entre los isabelinos del siglo XVI, clasificando a la gente de acuerdo con su naturaleza intrínseca: coléricos, melancólicos, vivaces, taciturnos… cualidades que reflejaban los planetas que habían gobernado su nacimiento. Una vez establecido el hecho básico, uno sabía en qué aguas navegaba. Sin embargo, todavía le sorprendía que un hombre pudiera ser un científico sensato y fiable en su trabajo y comportarse como un imbécil con las mujeres, demostrase tener criterio en un campo de su vida y actuase como un niño pequeño, carente de discernimiento, en otro. Ahora se sentía irritado porque su secretaria, a la que tenía por inteligente, sensata y responsable, prefiriera quedarse en Norfolk junto al hombre que amaba, hombre al que por otra parte él consideraba una nulidad, en lugar de optar por seguirlo a Londres.

—Me parece que una vez dijiste que encontrabas a Caroline sexualmente fría —dijo ella.

—¿Eso dije? Me extraña porque esta afirmación requeriría una cierta experiencia personal. Creo que lo que dije es que no la consideraba físicamente atractiva. La

secretaria ideal es la que tiene buena presencia, es efectiva en su trabajo, pero no plantea tentaciones de tipo sexual.

—Me parece que un hombre considera que la secretaria ideal es aquella mujer que se las arregla para dar a entender que se iría de mil amores con su jefe a la cama pero que tiene la dignidad de refrenarse en bien de la buena marcha de la oficina —dijo Alice secamente—. ¿Y ella, qué hará?

—Tiene el puesto asegurado. Si opta por quedarse en Larksoken, serán muchos los que aspirarán a contar con sus servicios. Aparte de ser inteligente, es una mujer de tacto y muy eficiente.

—Pero seguramente no es ambiciosa. Si lo fuera, ¿para qué quedarse en Larksoken? —Y añadió—: Es posible que Caroline tenga otras razones para quedarse en la zona. Hace unas tres semanas que la vi un día en la catedral de Norwich. Se encontró con un hombre en la Capilla de Nuestra Señora y, aunque actuaron con la máxima discreción, la cosa tenía todos los visos de una cita.

—¿Qué clase de hombre era? —preguntó Alex, aunque sin verdadera curiosidad.

—Un hombre de mediana edad, inclasificable. No sabría cómo describírtelo, pero en cualquier caso demasiado maduro para tratarse de Jonathan Reeves.

Viendo que Alex no mostraba especial interés y tenía la mente ocupada en otra cosa, no añadió nada más. Aun así, ahora que se paraba a pensar, aquel encuentro había sido de lo más extraño. Caroline llevaba los rubios cabellos recogidos debajo de un enorme gorro y, además, llevaba gafas. Pero el disfraz, suponiendo que lo fuera, no le había servido de mucho. De todos modos, Alice había pasado rápidamente por su lado, deseosa de que no la identificara o de que se figurara que la estaba espiando. Un minuto después la había visto paseándose lentamente por la nave de la iglesia con una guía en la mano, mientras el hombre caminaba distraídamente detrás de ella a prudente distancia; pero iban juntos, y se habían detenido delante de un monumento, aparentemente absortos en su contemplación. Cuando, diez minutos más tarde, Alice abandonaba la catedral, había vuelto a dirigirles una ojeada, lo que le había permitido ver que entonces era él quien tenía la guía en las manos.

Alex no hizo más comentarios sobre Caroline pero, después de un minuto de silencio, dijo:

—La cena no ha sido demasiado afortunada.

—Falsa modestia… y no me refiero a la comida. ¿Qué le pasa a Hilary? ¿Quiere ser antipática o es que se siente desgraciada?

—La gente se siente desgraciada cuando no puede conseguir lo que quiere.

—En su caso, tú.

Alex sonrió contemplando la chimenea apagada, pero no dijo nada.

—¿Podría convertirse en una molestia? —dijo Alice después de un momento.

—Podría convertirse en algo más que una molestia. En un peligro, por ejemplo.

—¿En un peligro? ¿Hasta qué punto? ¿Te refieres a que podría ser un peligro para ti?

—No solo para mí.

—¿Y no lo puedes arreglar?

—Lo puedo arreglar, pero lo que no puedo es nombrarla jefe de la administración. Sería un desastre. No podría ofrecerle un cargo en el que tuviese capacidad para actuar.

—¿Para cuándo es el nombramiento?

—Para dentro de diez días. Hay un buen número de candidatos.

—Así que tienes diez días para decidir qué haces con ella…

—Menos, en realidad, porque Hilary quiere conocer la decisión el domingo.

Alice pensó que no sabía de qué decisión se trataba, si del trabajo de Hilary, si de su posible promoción a otro puesto o si de su futura vida con Alex. Consideró, sin embargo, que lo más probable era que Hilary no viera ningún futuro con Alex.

Sabiendo la importancia que tenía la pregunta que le iba a hacer y también que solo ella podía atreverse a hacérsela, le dijo:

—¿Te disgustaría mucho no conseguir el puesto?

—Me entristecería mucho, lo que es extraordinariamente más destructivo para la tranquilidad personal. Deseo el puesto, lo necesito y considero que soy la persona adecuada para ocuparlo. Seguramente todos los candidatos piensan lo mismo, pero da la casualidad de que en mi caso es verdad. Es un cargo importante, Alice, importante de verdad. El futuro confía en la energía nuclear para salvar este planeta, pero es preciso organizarla mejor, tanto nacional como internacionalmente.

—Creo que tú debes ser el único candidato serio y que este cargo es uno de aquellos cuyo nombramiento se decide cuando se sabe que se cuenta con la persona idónea para ocuparlo. Es un trabajo nuevo y hasta ahora se las habían arreglado perfectamente bien sin un jefe supremo. Lo que yo veo es que, si lo desempeña la persona adecuada, es un trabajo que tiene inmensas posibilidades, pero si quien lo ejerce es un inepto, no es más que un trabajo de relaciones públicas y un despilfarro del dinero público.

Alex era demasiado inteligente para no darse cuenta de que su hermana quería tranquilizarlo, pero precisamente ella era la única persona que no tenía necesidad de tranquilizarlo o de quien él no aceptaría nunca que quisiese tranquilizarlo.

—Sospechan que podemos estar abocados a un lío y quieren contar con una persona capaz de sacarles las castañas del fuego —dijo—. En cuanto a detalles menores, como cuáles serán sus atribuciones precisas, ante quién será el responsable y qué salario cobrará, todavía están por decidir. Por eso se toman tanto tiempo para deliberar sobre las condiciones específicas del puesto.

—Tú no necesitas disponer de instrucciones detalladas escritas con respecto al trabajo para saber qué andan buscando. Buscan un científico respetado, un administrador probado y un buen experto en relaciones públicas. Probablemente te harán pasar por la prueba de la televisión. Parece que, dados los tiempos que corren, conviene salir airoso ante la caja.

—Esto reza para futuros presidentes y primeros ministros. No creo que lleven las cosas hasta ese extremo.

Y echando una mirada al reloj, dijo:

—Ya está amaneciendo. Me parece que voy a dormir un par de horitas.

Pese a todo, todavía tardaron una hora en ir a acostarse a sus respectivas habitaciones.

Capítulo 5

Dalgliesh aguardó a que Meg hubiera abierto la puerta, que estaba cerrada con llave, y entrado en la casa para darle las buenas noches, después de lo cual ella todavía se quedó un momento observando la alta figura del inspector mientras recorría a grandes pasos el camino de grava y se perdía en la oscuridad. Inmediatamente Meg entró en la sala cuadrada y embaldosada, con su chimenea de piedra, aquella sala que, en las noches de invierno, parecía vibrar débilmente con los ecos de voces infantiles de hijos de párrocos victorianos y que a Meg siempre le había parecido que conservaba un tenue olor a iglesia. Doblando la chaqueta y dejándola colgada del historiado poste al pie de la escalera, entró en la cocina y cumplió con la última obligación del día: preparar la bandeja del desayuno de los Copley. La cocina era una habitación grande y cuadrada, situada en la parte trasera de la casa, arcaica en los tiempos en que los Copley compraron la antigua rectoría y no alterada desde entonces. Junto a la pared de la izquierda había una cocina de gas tan anticuada y pesada que Meg era incapaz de moverla para poder limpiar por detrás de ella, por lo que había optado por no pensar en los grumos de grasa acumulados en la pared a lo largo de años y años. Debajo de la ventana había un profundo fregadero de porcelana, manchado con los restos de setenta años de fregar platos en él e imposible de limpiar del todo. El pavimento estaba recubierto de antiguas baldosas de piedra, duras para los pies, de las que en invierno parecía levantarse un efluvio mefítico y húmedo que los dejaba ateridos. La pared situada al otro lado del fregadero y de la ventana estaba enteramente cubierta por un armario de roble muy antiguo, probablemente valioso, si bien habría sido imposible separarlo de la pared sin que se desplomara, mientras que sobre la puerta todavía colgaba toda una hilera de campanas, cada una con su inscripción en letra gótica: salón, comedor, despacho, cuarto de los niños. En resumen, una cocina que más bien refrenaba que espoleaba las habilidades de una cocinera ambiciosa más allá del estadio de los huevos pasados por agua. Pero Meg apenas si notaba todas aquellas deficiencias, porque la cocina, igual que el resto de la vieja rectoría, se había convertido en su casa.

Después de las estridencias y agresiones de la escuela, del correo cargado de odio que había recibido, se había sentido feliz al encontrar un refugio temporal en aquella casa donde no había nadie que alzase nunca la voz, ni nadie que se dedicase a analizar obsesivamente cada frase suya con la esperanza de descubrir alusiones racistas, sexistas o fascistas, donde las palabras solo querían decir lo que decían y lo que habían querido decir desde hacía generaciones, donde se desconocía la obscenidad o por lo menos no se hablaba de ella, donde se le brindaba la gracia del orden, que para ella quedaba simbolizado en la lectura de los oficios diarios en la iglesia por parte del señor Copley, en la oración matinal y en las vísperas. A veces a Meg le parecía que los tres eran unos expatriados que hubieran ido a parar a una remota colonia, obstinadamente fieles a antiguas costumbres, a formas de vida

perdidas o a formas de culto que ya no se practicaban. Meg había acabado por encontrarse a gusto en compañía del matrimonio, aunque hubiera respetado más a Simon Copley si lo hubiera visto menos inclinado a un egoísmo venial, menos preocupado por las comodidades materiales, si bien lo excusaba diciendo que el hecho probablemente era la consecuencia de cincuenta años dedicados a la vida devota. Simon Copley amaba a su mujer, confiaba en ella, respetaba sus puntos de vista. Consideraba que tenían la gran suerte de confiar en un amor recíproco, presumiblemente fortificado con los años por la certidumbre de que, si no se les concedía la gracia de poder morir el mismo día, por lo menos la separación no sería muy larga. De todos modos, ¿debían de creerlo verdaderamente así? A Meg le hubiera gustado preguntárselo, pero sabía que la pregunta habría sido excesivamente insolente. Estaba convencida de que tenían que abrigar por fuerza algunas dudas, hacer algunas reservas mentales a aquel credo que tan confiadamente reverenciaban noche y día. Quizá, cuando uno tenía ochenta años, solo se atenía a las costumbres, porque al haberse ya desinteresado el cuerpo de la sexualidad y la mente de la reflexión, las cosas pequeñas de la vida contaban más que las grandes y, finalmente, uno iba convenciéndose lentamente de que lo único cierto era que nada importaba.

Pese a que el trabajo no era pesado, se daba cuenta gradualmente de que cada vez iba haciendo más cosas que las que el anuncio requería y que ahora la principal inquietud del matrimonio se centraba en si ella permanecería siempre con ellos. Su hija se había encargado de dotarlos de todas aquellas máquinas que podían ahorrarles trabajo —lavaplatos, lavadora de ropa, secadora—, todas instaladas en una habitación en desuso situada junto a la puerta trasera, aunque, hasta la llegada de Meg, los Copley se habían mostrado reacios a utilizar todos aquellos artilugios por miedo a no saber desconectarlos, imaginándoselos funcionando toda la noche, recalentándose, estallando, toda la rectoría estremecida por su incontrolable potencia.

Su única hija vivía en una casa en Wiltshire y raras veces los visitaba, pero llamaba frecuentemente por teléfono, generalmente a horas intempestivas. Había sido ella la que se había entrevistado con Meg antes de que esta se instalara en la vieja rectoría y ahora a Meg le resultaba difícil relacionar a aquella mujer segura, vestida de *tweed* y un poco agresiva, con aquel par de ancianos tan amables con los que convivía. También sabía, aunque ellos no habrían soñado en decírselo, ni aun admitirlo en su fuero interno, que aquellos dos viejos temían a su hija. Esta decía que si los tenía en un puño era para su propio bien. Uno de los temores actuales de los ancianos era tener que doblegarse a las sugestiones que tan a menudo les hacía su hija por teléfono, puramente por sentido del deber, instándoles a irse a vivir con ella hasta que atraparan al Silbador.

A diferencia de su hija, a Meg no le cabía en la cabeza que, una vez jubilados, hubieran invertido todos sus ahorros en comprar la rectoría y que, al final de su vida, hubieran asumido la carga de una hipoteca. En su juventud el señor Copley había sido el cura de Larksoken, cuando todavía estaba en pie la iglesia victoriana. Había sido

en aquel feo lugar construido en madera de pino pulimentada, pavimentado con llamativas y ruidosas baldosas y adornado con sentimentales vidrieras de colores donde él y su esposa se habían casado y donde, en un piso de la rectoría, situado encima de la vivienda del cura párroco, habían tenido su primera casa. La iglesia había quedado parcialmente destruida a causa de una galerna devastadora que se produjo en los años treinta, con secreto alivio por parte de los miembros de la junta eclesiástica, que ya estaban haciendo cábalas sobre lo que se podía hacer con un edificio que no tenía absolutamente ningún mérito arquitectónico y que, como máximo, solo se utilizaba para celebrar en él festivales destinados a niños de seis años. Así es que la iglesia, finalmente, había sido derribada, mientras que la vieja rectoría, situada detrás de ella y que demostró ser más duradera, había sido vendida. Rosemary Duncan-Smith había dejado bien claro cuál era su punto de vista al acompañar nuevamente a Meg a la estación de Norwich después de la entrevista.

—Por supuesto que es ridículo que vivan en un sitio como este y que habrían debido de buscarse un piso bien equipado en Norwich o en una población conveniente próxima a las tiendas y a la administración de correos y a una iglesia, por supuesto, pero mi padre es de lo más tozudo cuando cree saber qué le conviene y mi madre se limita a obedecerle en todo. Espero que no vea este trabajo como un simple recurso temporal.

—Es temporal, pero no a corto plazo —había replicado Meg—. No puedo prometer que vaya a quedarme aquí toda la vida, pero necesito disponer de paz y tiempo para decidir mi futuro. Aparte de que, a lo mejor, no soy del gusto de sus padres.

—Tiempo y paz. A todos nos gustaría disponer de esas cosas. Bueno, me parece que algo de eso encontrará y lo que le agradeceré es que, cuando decida marcharse, me lo comunique con uno o dos meses de antelación. En cuanto a si les va a gustar o no a mis padres, yo no me preocuparía demasiado. Con la casa en que viven y metida, además, en aquella tierra desolada, sin ver otra cosa que una abadía en ruinas y la central de energía atómica, tendrán que conformarse con lo que encuentren.

Todo esto había ocurrido hacía quince meses y ella seguía allí.

Meg había encontrado su paliativo en aquella otra cocina tan bien puesta y equipada, pero cómoda y a la vez casera, de Martyr’s Cottage. En los primeros tiempos de su amistad, siempre que Alice se veía obligada a pasar una semana en Londres y Alex no estaba en casa, Alice daba a Meg una llave de su casa para que le recogiera el correo y se lo reexpediera. Una vez, al regresar y al devolverle Meg la llave, Alice le había dicho:

—Mejor que te la guardes. A lo mejor más adelante la necesitas.

Pero Meg no la había necesitado nunca, porque en verano la puerta de la casa solía estar abierta y, si la encontraba cerrada, prefería llamar. Sin embargo, el hecho de poseerla, la sola visión y peso de aquella llave en su llavero, había acabado por simbolizar para ella la certidumbre y la confianza de lo que suponía la amistad con

Alice. Había estado tanto tiempo sin tener una amiga que a veces ella pensaba que había olvidado que nunca en la vida había conocido la tranquilidad que ofrece esta amistad íntima, comprensiva y asexual que se tiene con otra mujer.

Antes de que su marido se ahogara accidentalmente tres años antes, en ocasiones ella y Martin habían recurrido a amistades esporádicas como para afirmar su propia autosuficiencia. El suyo había sido uno de esos matrimonios sin hijos, centrados en sí mismos, que repelen inconscientemente cualquier intento de injerencia. Las cenas ocasionales no eran más que un deber social y, cuando ocurrían, se les hacía largo el momento de volver a encontrarse en el recogimento de su casita. Después de la muerte de su marido había tenido la impresión de haber caído en la oscuridad y de moverse como una autómata a través de un túnel de tristeza, profundo y estrecho, dentro del cual se había concentrado toda su energía, toda su fuerza física, para abrirse camino a través del día a día. Pensaba, trabajaba y penaba para vivir un solo día. Si se hubiera permitido pensar en los días, semanas, meses y años que le quedaban por delante habría precipitado el desastre. Por espacio de dos años había estado luchando para mantener el equilibrio mental y la misma religión le había servido de muy poco porque, aun cuando no la rechazaba totalmente, era para ella inaplicable y el consuelo que podía ofrecerle era tan escaso que era como una candela solo capaz de iluminar débilmente la oscuridad en la que se debatía. Pero cuando, después de aquellos dos años, sintió que el valle se ensanchaba casi imperceptiblemente y por vez primera no vio aquellas negras paredes de roca que la ahogaban sino la imagen de una vida normal, feliz incluso, un paisaje donde todavía se podía creer que un día brillaría el sol, se vio involucrada sin querer en la política racial de su escuela. Los miembros más antiguos del personal se habían trasladado a otro sitio o se habían jubilado, en tanto que la nueva directora, nombrada específicamente para imponer la ortodoxia más de moda, se había lanzado con el celo propio de una cruzada a la misión de erradicar la herejía. Ahora se daba cuenta de que, a partir del primer momento, se había convertido en la víctima obvia y predestinada.

Finalmente había huido a aquella nueva vida en la costa y había asumido una soledad diferente. Pero un día había conocido a Alice Mair. Había sido a los quince días de haberse instalado en la costa, cuando Alice había llamado a la puerta de la vieja rectoría, cargada con una maleta de cosas que no necesitaba para que fueran vendidas en la subasta de otoño en beneficio de la iglesia de San Andrés, en Lydsett. Había una pequeña habitación que no se usaba para nada, situada entre la cocina y la puerta trasera de la casa, que se había destinado a almacén de todo lo que traían los habitantes de la zona: prendas de vestir, curiosidades, libros y revistas. De cuando en cuando el señor Copley atendía a los servicios celebrados en San Andrés, especialmente cuando el vicario, el señor Smollet, estaba de vacaciones, participación en la vida de la iglesia y del pueblo que, según Meg sospechaba, era tan importante para él como para la propia iglesia. Normalmente no era de prever que las pocas

viviendas de la costa aportaran cuantiosas contribuciones, si bien Alex Mair, interesado en involucrar la central nuclear en la vida de la comunidad, había mandado poner una nota en el tablón de anuncios destinado al personal y, generalmente, cuando llegaba la época de la venta de octubre, solían estar llenas las dos arcas destinadas a recoger objetos. Durante el día, la puerta trasera de la vieja rectoría que daba acceso a la habitación utilizada como almacén quedaba abierta, mientras que quedaba cerrada la puerta interior que daba a la casa. Pese a ello, Alice Mair había llamado a la puerta principal y se había dado a conocer. Aquellas dos mujeres de edad parecida, las dos reservadas e independientes, ninguna de las dos necesitadas especialmente de un amigo, se habían gustado mutuamente. Al cabo de una semana Meg había recibido de Alice una invitación para ir a cenar a Martyr's Cottage. Y ahora raro era el día en que no recorría a pie el kilómetro escaso que separaba sus respectivas casas para sentarse en la cocina de Alice y hablar con ella mientras esta trabajaba.

Sabía que sus colegas de la escuela habrían encontrado incomprensible aquella amistad. La amistad, o lo que ellos entendían por amistad, no había saltado nunca la gran barrera de la adhesión política y, en medio del cáustico clamor de la sala de personal, rápidamente sufría el deterioro provocado por el cotilleo, los rumores, las recriminaciones o la traición. Aquella amistad pacífica, que no pedía nada a cambio, estaba tan exenta de ansiedades como de actitudes pasionales. Tampoco era una amistad dada a las demostraciones externas: nunca se habían dado un beso y, salvo el día en que se conocieron, nunca se habían vuelto a dar la mano. Meg no habría sabido decir qué valoraba Alice en ella, pero sabía qué valoraba ella en Alice, puesto que esta, mujer inteligente, culta, nada inclinada a los sentimentalismos ni a las emociones, había pasado a convertirse en el polo alrededor del cual giraba la vida de Meg en aquellas tierras.

Meg veía muy raramente a Alex Mair. Durante el día estaba en la nuclear y, en los fines de semana, yendo a contracorriente de la peregrinación normal, se quedaba en su piso de Londres y era frecuente que permaneciese en él parte de la semana si debía verse con alguien de la ciudad. Nunca había pensado que Alice tratara deliberadamente de mantenerlos apartados ni que demostrara el temor de que su hermano se sintiera molesto por causa de su amiga. Pese a todos los traumas sufridos durante los últimos cuatro años, la personalidad de Meg era lo suficientemente sólida para que pudiera ser vulnerable a humillaciones sociales de este género. Aun así, Meg no se había encontrado nunca a gusto en presencia de Alex, tal vez porque, debido a su apostura física y a la arrogancia de su manera de ser, le parecía una representación del misterio y poder que rodeaba aquella energía que manejaba, como si hubiera absorbido algo de ella. En las pocas ocasiones en que se habían visto, Alex había estado muy amable con ella e incluso a veces le había parecido comprobar que era de su gusto. Sin embargo, el único terreno común que había entre ellos era la cocina de Martyr's Cottage e incluso allí ella siempre se encontraba más a sus anchas cuando él

no estaba que cuando se encontraba presente. Alice no hablaba nunca de él, salvo casualmente, si bien las pocas veces que Meg los había visto juntos, como en ocasión de la última cena, le había parecido que existía en ellos la intuitiva conciencia mutua, respuesta instintiva a las necesidades del otro, más propia de un matrimonio feliz y estable que de una relación fraternal provocada por las circunstancias.

Por primera vez en casi tres años, con Alice, Meg había sido capaz de hablar de Martin. Todavía se acordaba de aquel día de julio en que la puerta de la cocina abierta al patio dejaba entrar perfumes de hierbas y de mar, más intensos aún que aquel olor a mantequilla y a especias de las galletas recién sacadas del horno. Alice y ella se habían sentado una frente a otra, a uno y otro lado de la mesa de la cocina, con la tetera colocada entre las dos. Recordaba la conversación palabra por palabra.

—No obtuvo un gran reconocimiento. Dijeron, claro está, que se había portado como un héroe y, en la ceremonia, el director dijo lo que hay que decir en esos casos. Pero también pensaban que los chicos no habrían debido estar nadando en un sitio como aquel y la escuela se desentendió de cualquier responsabilidad en relación con su muerte. Estaban más interesados en escapar a las críticas que en honrar a Martin. Por otra parte, el niño al que salvó no ha hecho después mucha cosa de bueno. Me parece que soy una tonta preocupándome de todas esas cosas.

—Supongo que es natural hacerse la ilusión de que el marido de una no ha muerto para salvar a una persona mediocre, pero seguramente el chico en cuestión también podría decir algo al respecto. Debe de ser una responsabilidad terrible saber que hubo una persona que murió por uno.

—He venido repitiéndomelo una vez y otra —dijo Meg—. Hubo un tiempo en que estaba obsesionada… o casi obsesionada por este chico. Me quedaba en la escuela solo para observarlo cuando se iba a su casa y a veces incluso sentía la necesidad material de tocarlo. Me daba la impresión de que Martin había dejado en él algo de su persona. El chico se sentía de lo más incómodo, no quería verme ni hablar conmigo. Ni él ni sus padres. En realidad, no era excepcional, sino más bien pendenciero y bastante estúpido. Supongo que a Martin tampoco debía de gustarle, aunque no recuerdo que hiciera nunca ningún comentario con respecto a él. Además, estaba cubierto de granos… bueno, esto no era culpa suya, no sé por qué lo he dicho.

Tampoco sabía por qué estaba hablando de él, por vez primera después de tantos años. ¿Por qué había hablado de aquella obsesión que tenía con él, cuando no había hablado nunca con nadie de aquel aspecto?

—Lástima que tu marido no dejara que se ahogase y se salvara él —dijo Alice—; supongo que no se paró a sopesar el valor de una carrera dedicada a la enseñanza comparada con la estupidez de un alumno que, encima, estaba lleno de granos.

—¿Quieres decir que dejara deliberadamente que se ahogase? Sabes perfectamente que esto es una cosa que tú tampoco harías.

—Seguramente no, porque actuamos por instinto. Lo más probable es que salvase a una persona si el acto no supusiera un gran peligro para mí.

—Claro que la salvarías. El instinto te dicta que salves a una persona que está en peligro, especialmente si se trata de un niño.

—Lo que a mí me parece que dicta el instinto es que uno salve la propia piel, lo que explica que, cuando una persona no actúa de esta manera, se le den medallas y se la califique de héroe. Sabemos que actúan contra la propia naturaleza. No entiendo cómo puedes tener una imagen tan extraordinariamente positiva del universo.

—¿Crees que la tengo? Si exceptúo los dos años transcurridos desde que Martin murió ahogado, te diré que siempre había pensado que lo que mueve el universo es el amor.

—Lo que mueve el universo es la crueldad. Somos depredadores y al mismo tiempo depredados. Todos los seres vivos. ¿Sabes que las avispas ponen los huevos dentro de esos insectos llamados mariquitas? Les atraviesan un punto débil de la coraza con la que se protegen y entonces la larva crece y se alimenta de la mariquita viva y, después sale al exterior, dejando a la mariquita con las patas inútiles. Hay que admitir que quienquiera que haya concebido una cosa así tenía sentido del humor. Y ahora no me cites a Tennyson.

—A lo mejor la mariquita no nota nada.

—Bueno, ya es un consuelo, pero yo no estaría tan segura. Me parece que tú debías de tener una infancia muy feliz.

—Sí, sí, extraordinariamente feliz. Recuerdo que me habría gustado tener hermanos y hermanas, pero que en realidad no estaba nunca sola. El dinero no sobraba, pero había mucho amor.

—El amor… ¿Tan importante es el amor? Tú eras maestra, tendrías que saberlo, ¿no?

—Es vital. Si el niño se siente amado durante los diez primeros años de su vida, lo que pueda sobrevenirle después ya no tiene importancia. Si no es así, todo puede tenerla.

Hubo un momento de silencio y después Alice dijo:

—Mi padre murió de accidente cuando yo tenía quince años.

—¡Qué cosa tan terrible! ¿Qué clase de accidente? ¿Estabas presente? ¿Lo viste?

—Se cortó una arteria con una podadera. No lo presenciamos pero acudimos a su lado al poco rato. Demasiado tarde, claro está. Murió desangrado.

—¿Alex también estaba presente? Además, él era más pequeño que tú… ¡Qué cosa tan espantosa para los dos!

—Sé que este hecho ha tenido una repercusión en nuestra vida, particularmente en la mía. ¿Por qué no pruebas una de esas pastas? La receta es nueva, pero no me han salido muy bien. Quizá demasiado dulces y se me ha ido un poco la mano en las especias. Dime qué te parecen.

Devuelta al momento presente por la frialdad de las baldosas, que le habían dejado ateridos los pies, mientras colocaba automáticamente las tazas en la bandeja, comprendió de pronto por qué se había acordado de aquella tarde de verano en que

había tomado el té con Alice en Martyr's Cottage. Las pastas que pondría en la bandeja al día siguiente por la mañana eran de una hornada posterior de aquella misma receta, que le había facilitado Alice. Pero no las sacaría de la caja metálica hasta el día siguiente. Ahora lo único que le quedaba por hacer era llenar la bolsa de agua caliente y llevársela a la cama.

En la vieja rectoría no había calefacción central y, como sabía las inquietudes que pasaban los Copley por culpa de los recibos de la electricidad, raras veces conectaba la estufa eléctrica de dos barras que tenía en el cuarto.

Finalmente, con la bolsa de agua caliente apretada contra su pecho, después de comprobar que estaban bien cerrados todos los cerrojos tanto de la puerta delantera de la casa como de la trasera, se dirigió a su habitación a través de los escalones sin alfombras que conducían al piso de arriba.

En el rellano se encontró con la señora Copley, cubierta con la bata, que se escurrió furtivamente hacia el cuarto de baño. La rectoría tenía un cuarto ropero en la planta baja, pero un solo cuarto de baño, inconveniente que requería consultas discretas en voz baja para no alterar el turno rotatorio, cuidadosamente elaborado, cuando uno decidía tomar un baño imprevisto. Meg aguardó a ir al cuarto de baño hasta oír que se había cerrado la puerta del dormitorio grande.

A los quince minutos ya estaba en la cama. Sabía más que notaba que estaba muy cansada y reconocía los síntomas de un cerebro alerta en un cuerpo agotado, la inquietud de los miembros, la imposibilidad de relajarse. La vieja rectoría estaba situada demasiado tierra adentro para que pudiera oír el estallido de las olas, pero el olor a mar y el pulso de su movimiento estaban presentes siempre. En verano toda aquella zona costera vibraba con un suave y rítmico zumbido que, en noches de tormenta o con la marea de primavera, crecía hasta transformarse en enojado lamento. Meg dormía siempre con la ventana abierta y aquel distante murmullo la sosegaba y la conducía al sueño. Esta noche, sin embargo, el mar no tenía poder para acunarla y borrar de ella la conciencia. Su libro de cabecera, releído a menudo, era *La casita de Allington* de Anthony Trollope, pero esta noche parecía haber perdido el poder de trasladarla al mundo tranquilizador, amable y nostálgico de Barsetshire, de jugar al *croquet* en el prado de la señora Dale y de cenar en la mesa del señor de la casa. El recuerdo de lo ocurrido aquella noche era tan traumático, tan inquietante, tan reciente que el sueño no era capaz de atenuarlo. Abrió los ojos a la oscuridad, una oscuridad a menudo poblada, antes de sumirse en el sueño, por rostros que se inclinaban sobre el suyo para reprocharle que los hubiera abandonado cuando ellos la querían tanto y se figuraban que ella también los quería. Normalmente se sentía aliviada al liberarse de aquellos fantasmas simpáticos pero acusadores, que en los últimos meses la habían visitado con mucha menor frecuencia. A veces eran sustituidos por un recuerdo más traumático. La directora había querido que asistiera a un curso de concienciación racial, ella que llevaba más de veinte años dando clases a niños de las más diversas razas, y se había producido una escena que desde hacía

meses estaba tratando de borrar de sus pensamientos: la última reunión en la sala de profesores, aquel círculo de rostros implacables, rostros morenos, blancos y negros, ojos acusadores, preguntas inquisitivas. Y al final, derrumbada por tanto acoso, se había encontrado llorando de impotencia.

El eufemismo tan útil que había servido para calificar la reacción de crisis nerviosa todavía había sido más humillante para ella.

Esta noche, sin embargo, incluso aquel vergonzoso recuerdo había sido sustituido por imágenes más recientes y más inquietantes. Volvía a tener un atisbo de aquella figura, semejante a la de una muchacha, que se había perfilado entre los muros de la abadía y que, como un espectro, se había escabullido furtivamente y esfumado entre las sombras de la playa. Volvía a encontrarse sentada a la mesa donde había cenado y contemplaba, a la luz de las velas, los ojos oscuros y descontentos de Hilary Robarts, clavados obstinadamente en Alex Mair, veía de nuevo el rostro de Lessingham, iluminado a intervalos irregulares por las llamas ondeantes de la chimenea, sus manos de dedos largos que se acercaban a la botella de clarete y volvía a oír su voz mesurada, más bien aguda, desgranando el relato de algo indecible. Y después, ya al borde del sueño, sentía el crujido del ramaje bajo sus pies al recorrer con él aquella espantosa espesura, sentía el arañazo de los brezos en las piernas, las ramas bajas de los arbustos que le rozaban las mejillas y, finalmente, contemplaba con ojos aterrados, a la luz de la linterna, aquel rostro grotesco y mutilado. Y en aquel mundo suspendido en la zona intermedia entre la vigilia y el sueño, se daba cuenta de que conocía aquella cara porque era la suya propia. Recuperó sobresaltada la conciencia con un grito de terror, encendió la lamparilla de la mesita de noche, cogió el libro y se puso resueltamente a leer. Media hora más tarde el libro resbalaba de sus manos y Meg se sumía en el primero de una serie de inquietantes períodos de sopor de aquella noche.

Capítulo 6

Alex Mair tardó dos minutos en darse cuenta de que probablemente no lograría dormirse, después de pasar este tiempo tendido rígidamente en la cama. Estar en cama despierto siempre le había resultado intolerable. Dormía poco, pero profundamente. Sacó, pues, las piernas de la cama, cogió la bata y se acercó a la ventana. Contemplaría la salida del sol sobre el mar del Norte. Volvió a pensar en todo lo ocurrido en las últimas horas y reconoció el consuelo que le había procurado hablar con Alice, el convencimiento de que ella no le reprochaba nada, de que no había nada que pudiera sorprenderla y de que todo cuanto él pudiera hacer, aun no siendo aceptable a veces a sus ojos, ella siempre lo juzgaría de acuerdo con un código diferente del que aplicaba rigurosamente a su propia vida.

El secreto que había entre los dos, aquellos minutos durante los cuales él había sujetado un día el cuerpo tembloroso de la muchacha contra el tronco del árbol y, clavando en ella sus ojos, la había forzado a obedecer, los había atado con una cuerda tan fuerte que ya nada podía romper, ni la enormidad de aquel culpable secreto compartido, ni las pequeñas fricciones de la vida diaria. Sin embargo, no habían hablado nunca de la muerte de su padre. Alex ni siquiera sabía si Alice pensaba alguna vez en aquel hecho o si el trauma sufrido lo había borrado de sus pensamientos y ella había acabado por creer la versión que él había urdido, si su inconsciente había deglutido aquella mentira trocándola en verdad. Cuando, poco después del entierro, había observado la tranquilidad de Alice, Alex había pensado en esta posibilidad e incluso le había sorprendido ver que se sentía reacio a aceptarla. Alex no aspiraba a la gratitud de su hermana. La misma idea de que ella pudiera sentirse obligada ante él le resultaba degradante. Obligación y gratitud eran palabras que ellos nunca habían tenido necesidad de usar, pero él quería que Alice supiera y recordara, porque el hecho era para él tan monstruoso, tan sorprendente, que le habría resultado intolerable no compartirlo con otro ser humano. Durante los primeros meses había querido que Alice valorara la magnitud de lo que él había hecho y que supiera que lo había hecho por ella.

Después, transcurridas seis semanas desde el entierro, Alex había advertido de pronto que se sentía capaz de creer que aquello no había ocurrido o que no había ocurrido de aquella manera, que aquel horror no era otra cosa que una fantasía infantil. Por las noches, despierto en su cama, veía a su padre acuclillado, el chorro de sangre igual que una fuente escarlata, oía las palabras murmuradas a media voz. En aquella versión censurada y consoladora se incorporaba con un segundo de retraso, no más, y después él corría como una flecha a su casa pidiendo a gritos ayuda. Y todavía había una segunda fantasía, más consoladora aún, en la que él se arrodillaba al lado de su padre, apretaba el puño cerrado contra la ingle, atajaba aquel chorro de sangre que manaba a borbotones y murmuraba palabras de consuelo a aquellos ojos ya moribundos. Demasiado tarde, claro, pero lo había intentado, había hecho todo lo

posible. El forense, aquel hombrecillo con gafas en forma de media luna y cara de loro irritable, le había dedicado sus elogios:

—Quiero felicitar al hijo del difunto, que ha actuado con admirable prontitud y coraje y ha hecho todo cuanto estaba en su mano para salvar la vida de su padre.

El alivio de pensar que todavía podía creer en su inocencia era tan grande al principio que lo inundaba todo. Noche tras noche se metía en la cama y se dormía envuelto en una oleada de euforia. Pero, ya entonces, sabía que aquella absolución que él mismo se había concedido era como una droga para su organismo. Era consoladora y fácil, pero no efectiva, porque en aquella actitud se encerraba un peligro más destructor incluso que el remordimiento. Alex se decía:

—No debo creer que una mentira es verdad. Puedo pasarme la vida entera mintiendo si el caso lo requiere, pero yo debo saber que miento, porque no me puedo engañar. Los hechos son los hechos y tengo que aceptarlos, afrontarlos y aprender a vivir con ellos. Puedo averiguar las razones, que me expliquen por qué actué de aquella manera y llamar excusas a esas razones: lo que él hacía con Alice, cómo tenía amedrentada a mi madre, el odio que yo le tenía. Puedo intentar justificar su muerte, por lo menos ante mis ojos, pero él murió de la manera que murió y yo hice lo que hice.

Y cuando llegó a esta puntualización sintió una cierta paz. Después de aquellos años podía creer, finalmente, que el remordimiento ya era una indulgencia y que no tenía por qué sufrir a menos que quisiera. Y más adelante llegó un momento en que se sintió orgulloso de lo que había hecho, del valor, audacia y resolución que lo habían empujado a obrar de aquella manera. Pero se dio cuenta de que también esto era peligroso y entonces se pasó otros años más durante los cuales apenas pensó en su padre. Ni su madre ni Alice hablaban nunca de él, salvo cuando se encontraban delante de amistades que se sentían obligadas a tributarles su embarazoso pésame y entonces no había escapatoria posible. En familia, sin embargo, solo una vez volvió a pronunciarse su nombre.

Un año después de la muerte de su padre, su madre se casó con Edmund Morgan, el organista de la iglesia, un viudo aburrido y tardo de ideales con quien se fue a vivir a Bognor Regis, donde, gracias al dinero de un seguro de su difunto marido, adquirieron una espaciosa vivienda con vistas al mar y vivieron entregados a una obsesionante devoción mutua que no era más que un reflejo de aquel orden y pulcritud meticulosos que regían su mundo. Su madre se refería siempre a su nuevo marido con el apelativo de señor Morgan:

—Si no hablo nunca de tu padre, Alex, no es porque lo haya olvidado, sino porque al señor Morgan no le gustaría.

La palabra se había convertido en un lema entre él y Alice. La conjunción de la profesión del señor Morgan y de su instrumento ofrecía inagotables posibilidades de comicidad a los adolescentes, especialmente durante la luna de miel de su madre:

—Supongo que el señor Morgan habrá retirado todos los registros.

—¿Piensas que habrá cambiado todas las combinaciones?

—¡Pobre señor Morgan, menudo trabajo le espera! ¡Ojalá que no se quede sin aire!

Eran niños serios y reticentes, pero estas bromas tenían la virtud de arrancarles carcajadas incontenibles. El señor Morgan y su órgano, con aquellas risotadas histéricas que provocaban en ellos habían anestesiado el horror del pasado.

Más tarde, alrededor de los dieciocho años, Alex admitió una realidad de otra índole y entonces se dijo:

—No lo hice por Alice, sino por mí.

Y entonces pensó que era realmente extraño que hubiera tardado cuatro años en descubrirlo. Sin embargo, ¿era así, esta era la verdad o no era más que una especulación psicológica que, en cierto modo, le gustaba contemplar?

Ahora, mientras observaba la costa y su mirada se perdía en el cielo de levante, donde ya estaban apareciendo los primeros fulgores dorados de la mañana, Alex dijo en voz alta:

—Yo dejé morir a mi padre deliberadamente. La realidad es esta y lo demás no son sino especulaciones que no llevan a nada.

Pensó que, teóricamente, Alice y él habrían debido vivir atormentados por aquel secreto compartido, sentir desconfianza y remordimiento, incapaces de vivir separados pero infelices viviendo juntos. Sin embargo, desde la muerte de su padre, entre su hermana y él solo había habido compañerismo, afecto, paz.

Ahora, casi treinta años después, cuando ya se figuraba que había conjurado aquella realidad y su propia reacción frente a la misma, el recuerdo de aquel hecho volvía a removerse en su interior. La cosa había empezado con el primer asesinato del Silbador. La palabra «asesinato», constantemente en labios de alguna persona, igual que un conjuro pronunciado a voz en grito, parecía tener el poder de evocar aquellas imágenes medio olvidadas del rostro de su padre, hasta ahora desdibujadas, exentas de vida, como viejas fotografías. Pese a todo, en el curso de los últimos seis meses, la imagen de su padre había empezado a introducirse en su conciencia en los momentos más impensados, durante una reunión, ante la mesa de juntas, con un gesto, en un parpadeo, en la inflexión de una voz, en la forma de la boca de alguien que hablaba, en unos dedos extendidos hacia la chimenea… El espectro de su padre había regresado en medio del revuelo de follaje de aquel final de verano, en las primeras hojas caídas, en los perfumes del otoño que ya se acercaba. Se preguntó si a Alice debía de ocurrirle lo mismo. Pero, pese a toda la compenetración que existía entre ambos, pese a la sensación de sentirse irrevocablemente unido a ella para siempre, sabía que aquella era la única pregunta que no le haría nunca a su hermana.

Sin embargo, había otras preguntas, y una en particular, que no tenía ningún miedo de hacerle. Alice no sentía la más mínima curiosidad en relación con la vida sexual de Alex y este tenía suficientes conocimientos psicológicos para tener alguna

idea, aunque fuera ligera, de lo que habían sido aquellas primeras vergonzosas y aterradoras experiencias y de lo que habían supuesto para ella.

A veces Alex pensaba que Alice juzgaba los asuntos de su hermano con cierta indulgencia, incluso ligeramente divertida, como si, por sentirse ella inmune a una debilidad que juzgaba infantil, no estuviera en condiciones de criticarla en los demás. Una vez, después del divorcio de Alex, Alice había dicho:

—Encuentro curioso que un procedimiento tan directo y tan poco elegante, pensado para asegurar la supervivencia de la especie, tenga que plantear a los seres humanos tanto ajetreo en el campo de las emociones. ¿Habría que tomarse en serio la sexualidad?

Y ahora Alex se preguntaba si su hermana podía saber o sospechar algo acerca de sus encuentros con Amy y, mientras la bola de fuego se levantaba del mar, los engranajes del tiempo se pusieron en marcha y comenzaron a girar hacia atrás, lo que hizo que volviera a revivir lo ocurrido cuatro días atrás, cuando estaba tumbado junto a Amy en el profundo hoyo de unas dunas, volvió a oler perfume de arena y de hierba, olor a sal que emanaba del mar mientras el calor de la última hora de la tarde llegaba con el aire del otoño. Recordaba cada frase de Amy, cada gesto, el timbre de su voz, sentía de nuevo el contacto de sus cabellos rozando sus brazos al tocarla…

Capítulo 7

Se volvió hacia él, la cabeza apoyada en la mano, y entonces Alex vio cómo incidía en sus cabellos cortos y teñidos la luz intensa de la tarde, que parecía cubrirlos de oro. El aire se había hecho más frío y Alex advirtió que había llegado el momento de despedirse. Sin embargo, allí tumbado junto a ella, escuchando el susurro de la marea y contemplando el cielo a través de una cortina de hierba, no se sentía invadido por la tristeza que sigue al coito, sino por una agradable lasitud, como si toda la tarde del domingo, tan largamente esperada, siguiera extendida ante ellos.

—Mira, será mejor que me vaya —dijo Amy—, he dicho a Neil que solo estaría ausente una hora y, debido al Silbador, si no llego temprano, se pone muy nervioso.

—El Silbador mata de noche, no de día, y no se aventura por estos parajes de la costa. Aquí no tiene dónde esconderse. Pero Pascoe tiene motivos para preocuparse y no deberías salir sola de noche. Hasta que lo pesquen, todas las mujeres harían bien quedándose en casa.

—Me gustaría mucho que lo cogieran. Así Neil tendría una preocupación menos —dijo Amy.

Procurando hablar en el tono más natural del mundo, Alex le preguntó:

—¿No te pregunta nunca dónde vas cuando te escabulles los domingos por la tarde y lo dejas cuidando del niño?

—No, no pregunta nada. Y el niño se llama Timmy. ¡Ah, y yo no me escabullo! Le digo que me voy y listos.

—Pero a él le debe de extrañar…

—Bueno, que se extrañe todo lo que quiera. De todos modos, considera que todo el mundo tiene derecho a hacer su vida. Le gustaría saber qué hago, pero no pregunta. A veces le digo: «¡Adiós, me voy a las dunas a joder con mi amante!». No dice nada y pone mala cara solo porque no le gusta que emplee la palabra «joder».

—¿Por qué la dices entonces? ¿Por qué lo atormentas? Seguramente está enamorado de ti.

—No, no está enamorado, no mucho por lo menos. El que le gusta es Timmy. ¿Qué otra palabra hay? No voy a decir que voy a acostarme, porque lo que se dice estar contigo en la cama solo he estado una vez y aquel día pegabas más saltos que un gato, pendiente todo el tiempo de que apareciera de pronto tu hermana. Tampoco puedo decir que voy a dormir contigo.

—Nosotros hacemos el amor —dijo— o, si lo prefieres, copulamos.

—Francamente, Alex, esto es asqueroso, la palabreja esta es asquerosa.

—¿También lo haces con él? ¿Dormir, ir a la cama, hacer el amor, copular?

—No, no lo hago, aunque esto a ti no te importa. Él piensa que no estaría bien, lo que quiere decir que no le apetece, porque cuando a un hombre le apetece, lo hace.

—En mi caso es así, la verdad sea dicha —dijo Alex.

Estaban tumbados uno al lado del otro, igual que estatuas, y contemplaban el cielo. Parecía que a ella le gustaba estar en silencio. Bueno, por fin había salido la pregunta y había tenido su respuesta. Había sido con un sentimiento de vergüenza y de irritación que Alex había reconocido por vez primera el tormento de los celos. Lo que más vergüenza le había dado era demostrárselo. Había además un montón de preguntas que le habría gustado hacer, pero que no se atrevía a hacer: «¿Qué significo para ti?», «¿Soy importante para ti?», «¿Qué esperas de mí?». Y después estaba la pregunta más importante, una pregunta sin respuesta: «¿Me quieres?». En el caso de su mujer, siempre había sabido exactamente dónde se encontraba y nunca había habido un matrimonio que supiera tan bien como el suyo lo que cada cónyuge esperaba del otro. El acuerdo previo al matrimonio, sin estar escrito, ni hablado y sí solo reconocido a medias, no había necesitado ratificación formal. Él se encargaría de aportar la mayor parte del dinero necesario, mientras que ella, si quería y cuando quisiera, trabajaría. En realidad, a ella no le había entusiasmado nunca excesivamente su profesión: decoradora de interiores. A cambio, su casa sería administrada con eficiencia y con una razonable economía; cada dos años harían vacaciones por separado; tendrían un máximo de dos hijos en el momento elegido por ella; ninguno de los dos ofendería públicamente al otro; el abanico de los fallos matrimoniales comprendería desde estropear una cena con invitados hasta infidelidades demasiado evidentes. La cosa había funcionado perfectamente. Habían estado a gusto juntos, habían convivido sin excesivos rencores, por lo que Alex se había sentido auténticamente frustrado y especialmente herido en su orgullo cuando ella le había anunciado que se marchaba. Afortunadamente, el fracaso matrimonial había quedado mitigado al enterarse Alex de que el amante de su mujer era muy rico, porque para una sociedad materialista, el hecho de que la mujer de uno se marche con un millonario apenas puede considerarse un fracaso. A ojos de los amigos de ambos, se habría mostrado absurdamente posesivo dejándola marchar y al mismo tiempo quejándose. Pero para hacer justicia a Liz, si hubiera amado de verdad a Gregory, lo habría seguido a California con dinero o sin dinero. Alex volvió a ver mentalmente aquel rostro sonriente, transformado de pronto y a oír aquella voz apesadumbrada que parecía pedirle disculpas.

—Esta vez la cosa va en serio, cariño. No me lo habría figurado nunca y casi no puedo creerlo. Procura tomártelo con tranquilidad, porque tú no tienes la culpa. No se puede hacer nada.

La cosa iba en serio. Era una cosa misteriosa que iba en serio y delante de la cual se desmoronaba todo lo demás: obligaciones, costumbres, responsabilidades, deberes. Y ahora, allí tumbado en las dunas, mirando el cielo a través de los rígidos tallos de las hierbas, lo recordaba casi con terror. Era seguro que él no había encontrado aquella cosa con una chica que tenía la mitad de años que él, inteligente pero sin ninguna educación, promiscua y con la carga de un hijo ilegítimo. Tampoco quería engañarse con respecto a la naturaleza de aquello que los tenía unidos: no había

existido nunca un acto sexual tan erótico ni tan liberador como aquellos acoplamientos medio ilícitos sobre la aspereza de la arena, a pocos metros de las olas.

A veces Alex se entregaba a fantasías e imaginaba que vivía con ella en su nuevo piso de Londres. El piso, que todavía no había buscado, no era más que una vaga posibilidad entre muchas, pero entonces adquiría unas dimensiones, una ubicación, una realidad espantosamente plausible, en la que se veía a sí mismo colgando cuidadosamente sus cuadros de una pared inexistente, pensando en la disposición de sus muebles, en la situación exacta de un equipo estereofónico. El piso daba al Támesis. Podía ver los amplios ventanales desde los cuales se tenía una visión del río hasta el Puente de la Torre, veía la enorme cama y en ella el cuerpo de Amy, acurrucado y cubierto con las rayas de sol y sombra que proyectaban las persianas bajadas. Pero aquellas imágenes dulces y engañosas se disolvían en la cruda realidad. Estaba el niño y ella querría tener el niño con ella. Era más que seguro que querría vivir con el niño. ¿Quién podía cuidarlo si no? Ya veía la indulgente ironía pintada en el rostro de sus amigos, la satisfacción de sus enemigos, mientras el niño se tambaleaba a través del piso con sus manos pegajosas. Se imaginaba mentalmente lo que Liz no le había dejado conocer nunca en la realidad: el olor a leche agria y a gasas sucias. Y se imaginaba también la privación de paz y de intimidad. Alex necesitaba imaginar aquellas realidades, que agrandaba deliberadamente, para recuperar la cordura. Se horrorizó ante la sola idea de que, aunque fuera por unos pocos minutos, hubiera podido concebir una estupidez tan absurda como aquella. Entonces pensó: estoy obsesionado con ella y, por tanto, solo estas últimas semanas disfrutaré de esta obsesión. Aquel final de verano terminaría pronto, porque los días cálidos, excepcionales en esta época, no podían prolongarse mucho tiempo. Cada día las tardes eran más oscuras y muy pronto se olería el primer efluvio ácido del invierno en la brisa del mar. Entonces habría que poner fin a aquellos ratos que pasaban tumbados en las dunas de arena. No podía volverla a llevar a Martyr’s Cottage, porque era arriesgado. De hecho, le costaba poco convencerse de que, con las debidas precauciones, cuando Alice estaba en Londres y él no esperaba visitas en casa, podían estar juntos en su habitación e incluso pasar con ella una noche entera, pero en el fondo sabía que no se atrevería nunca a correr un riesgo tan grande. En aquella zona era difícil tener secretos. Comprendía muy bien que estaba viviendo una especie de veranillo de San Martín, como una locura otoñal, es decir, nada que el frío del invierno no fuera capaz de apagar.

Como si no se hubiera producido el silencio, Amy continuó:

—Neil es amigo mío, ¿de acuerdo? ¿Por qué te has empeñado en hablar de él?

—No es que me haya empeñado, lo que pasa es que me gustaría que viviera en un sitio más civilizado. La caravana aparece inmediatamente ante mis ojos así que me asomo a la ventana de mi cuarto. Ofende la vista.

—Necesitas prismáticos para ver la caravana desde la ventana de tu casa. También ofende a la vista tu famosa central nuclear. Es lo primero que ve la gente.

¡Imposible no verla!

Alex le puso la mano en el hombro y, mientras sentía el calor que le llegaba a través de la finísima capa de arena que lo cubría, con una cierta ampulosidad, dijo:

—Todo el mundo está de acuerdo en que, teniendo en cuenta las imposiciones que son resultado de su función y del emplazamiento, la central nuclear constituye un acierto desde el punto de vista arquitectónico.

—¿Quién es todo el mundo?

—Yo formo parte de todo el mundo.

—¡Claro, tú dices lo que tú piensas! ¡No faltaría más! De todos modos, tendrías que estar agradecido a Neil porque, si no se ocupara de Timmy, ahora yo no estaría aquí.

—¡Es tan primitivo! —dijo—. ¡Seguro que la caravana tiene una cocina que funciona con leña!, ¿verdad que sí? Como estallara, no duraríais ni un minuto. Los tres saltaríais por los aires, sobre todo si se atrancaba la puerta.

—No cerramos nunca con llave. ¡No digas burradas! Por la noche lo dejamos todo apagado. ¿Y si estalla la central? Entonces los que saltaremos por los aires no solo seremos nosotros tres, ¿no crees? ¡Menuda la que se armaría! No solo acabaríais con los seres humanos sino que Smudge y *Whisky* también saltarían por los aires. Y ellos también tienen derecho a opinar…

—La central no estallará. Se nota que has escuchado todas las paparruchadas alarmistas que él te cuenta. Si te preocupa la energía nuclear, pregúntame a mí y yo te aclararé todo lo que te interese saber.

—¿Quieres decir que, mientras me vas dando, me administrarás unas cuantas lecciones de energía nuclear? ¡Seguro que me entero!

Y entonces la muchacha se volvió hacia él, de sus hombros resbalaron los granos de arena y Alex sintió su boca acariciándole el labio superior, sintió sus pezones, su vientre, y después Amy se arrodilló sobre él y su cara redonda de niña, su corona de fúlgidos cabellos, ya cubrió todo el cielo.

Cinco minutos más tarde, la chica se levantaba y se sacudía de la camisa y de los vaqueros la arena prendida en ellos. Tirando para arriba de los vaqueros, que se ciñeron a sus muslos, Amy dijo:

—¿Por qué no haces algo con esa bruja de Larksoken, la que ha puesto un pleito a Neil? Tú podrías pararle los pies. Por algo eres el jefe.

La pregunta —¿o quizás era un ruego?— lo arrancó de sus fantasías de una manera tan brusca como si la chica, sin que mediara provocación alguna, le hubiera pegado una bofetada. En ninguno de los cuatro encuentros que había tenido con ella la chica le había hecho ninguna pregunta sobre su trabajo y ni siquiera le había mencionado la central nuclear, salvo hoy que, medio en broma, medio en serio, se había quejado de que estropeaba el paisaje. En cuanto a él, no había decidido de una manera deliberada excluir a Amy de su vida privada y profesional, aunque cuando estaban juntos puede decirse que Alex apenas si tenía conciencia de que esta vida

existiera realmente. Aquel hombre cuyo cuerpo yacía junto al de Amy en las dunas no tenía nada que ver con el científico agobiado, ambicioso y calculador que dirigía Larksoken, ni nada que ver tampoco con el hermano de Alice, ni con el ex marido de Elizabeth, ni con el ex amante de Hilary. Con una mezcla de irritación y desaliento, Alex se preguntaba ahora si ella había optado deliberadamente por ignorar aquellos signos invisibles pero reveladores. Si él había sido reservado, también lo había sido ella. Poco más sabía de ella ahora que cuando se habían conocido en las ruinas de la abadía, aquella ventosa tarde de agosto en que, reconociéndose mutuamente, sin decir palabra, como cogidos por sorpresa, se habían quedado un minuto frente a frente contemplándose fijamente y habían ido uno en pos del otro. Más tarde, aquel mismo día, Amy le había dicho que venía de Newcastle, que su padre viudo se había vuelto a casar y que ella no se llevaba bien con su madrastra, y también que se había ido a vivir a Londres y había ocupado ilegalmente una casa vacía. A él todo aquello le había sonado a música conocida y, aunque no acabó de creérselo del todo, sospechó que a ella le tenía sin cuidado. La chica tenía un acento más *cockney* que *geordie* .Alex no le había hecho nunca ninguna pregunta sobre el niño, en parte por una cierta delicadeza, pero en parte también porque no le gustaba pensar en ella como madre, aparte de que ella tampoco le había facilitado ninguna información con respecto a Timmy ni a su padre.

—¿Por qué no la obligas? —insistió Amy—. Como acabo de decirte, tú eres el jefe.

—Pero no mando en la vida privada del personal. Si Hilary Robarts considera que la han difamado y exige satisfacción, no puedo impedirle que acuda a la ley.

—Podrías si quisieras. Aparte de que lo que escribió Neil es la pura verdad.

—Esta defensa es peligrosa tratándose de una demanda por difamación. Pascoe está mal aconsejado si se fía de lo que le dicen.

—No le va a sacar nada, porque él no tiene un céntimo. Y como tenga que pagar él las costas, lo va a dejar en la ruina.

—Tenía que haber pensado lo que hacía.

Amy se derrumbó en la arena con un golpe sordo y los dos se quedaron en silencio. Después, como hablando al azar, como si lo que acababan de decirse no importara nada y ya hubiera caído en el olvido, Amy dijo:

—¿Qué hay del próximo domingo? Podría arreglármelas para escaparme a última hora. ¿Te va bien?

La chica no le ponía mala cara, lo que quería decir que todo aquello no era importante para ella o, si lo era, había decidido olvidarlo, por lo menos de momento. Podía alejar de sus pensamientos aquella traicionera sospecha que lo había asaltado en su primer encuentro y que lo había inducido a pensar que este obedecía a un plan urdido por ella y Pascoe para explotar su influencia sobre Hilary. Era evidente que se trataba de una sospecha infundada. No tenía más que recordar hasta qué punto había sido irrefrenable aquel primer encuentro, y el placer apasionado, natural, animal, de

copular que lo había seguido, para darse cuenta de que era paranoico imaginar una cosa como aquella. Sí, se encontrarían el domingo por la tarde y, además, quizás aquella sería la última vez que se encontraran. Alex ya tenía medio decidido que así fuera. Se liberaría de aquella esclavitud, pese a lo dulce que le resultaba, como se había liberado de Hilary. Y con un recelo casi tan intenso como la pesadumbre que le provocaba, sabía que aquella separación no comportaría protestas, ni apelaciones, ni un desesperado empeño de aferrarse al pasado, puesto que Amy aceptaría que se marchara con la misma calma que había aceptado su llegada.

—Perfectamente —dijo él—. Quedamos para el domingo, veinticinco, aproximadamente a las cuatro y media.

Y ahora el tiempo, que en los últimos diez minutos parecía haberse detenido, volvía a correr y él se encontraba de pie ante la ventana de su habitación, cuatro días más tarde, contemplando la gran bola de fuego que, levantándose del mar, teñía el horizonte y desparramaba sobre el cielo de levante las venas y arterias del nuevo día. Domingo, veinticinco. Hacía cuatro días que había acordado la cita, y aquella era una cita que pensaba respetar. Sin embargo, allí tumbado en las dunas, no había sabido lo que sabía ahora: que el domingo, veinticinco, tenía otra cita que respetar, muy diferente.

Capítulo 8

La tarde del día siguiente Meg atravesó la zona costera en dirección a Martyr's Cottage. Los Copley habían subido al piso de arriba para tomarse el descanso de la tarde y por un momento Meg dudó si pedirles o no que se encerrasen en el dormitorio con llave. Finalmente consideró que habría sido una precaución tan innecesaria como ridícula. Correría el cerrojo de la puerta trasera, cerraría la delantera con llave al salir y no tardaría en volver. A ellos les encantaba, además, quedarse solos. A veces Meg pensaba que la vejez disminuye la ansiedad. Aquel matrimonio estaba en condiciones de ver la central nuclear sin la más mínima premonición de desastre y todo cuanto pudiera hacer el Silbador les parecía tan apartado de su vida como de su comprensión. Lo más excitante de su vida, lo que requería una atenta planificación y hasta una cierta ansiedad era el trayecto en coche hasta Norwich o hasta Ipswich para hacer compras.

Era una hermosa tarde, más cálida que la mayoría de las tardes de aquel extraño verano. Corría una brisa suave y, de cuando en cuando, Meg se detenía un momento y levantaba la cabeza para sentir el calor del sol y aquel aire que tan bien olía y que le acariciaba las mejillas. El césped era mullido bajo sus pisadas y, por la parte sur, las piedras de la abadía, que ya no le parecían misteriosas ni siniestras, resplandecían como cubiertas de oro sobre un mar azul y apacible. No era preciso llamar, porque la puerta de Martyr's Cottage, como siempre que hacía sol, estaba abierta, y Meg llamó a Alice por su nombre antes de que, en respuesta a la voz de esta que le contestaba, entrara en la casa y a través del corredor se dirigiera a la cocina. Toda la casa olía a sabroso perfume de limón, olor que dominaba aquel otro, más familiar, que retrotraía el recuerdo de la cera, del vino y del humo de la leña. El olor era tan intenso que le trajo inmediatamente el recuerdo de aquellas vacaciones que ella y Martin habían pasado en Amalfi, aquella caminata que habían hecho cogidos de la mano hasta la cumbre de la montaña, los montones de naranjas y limones apilados junto a la carretera, el perfume de la piel de aquella fruta, dorada y porosa, risas, felicidad… Aquella imagen que de pronto había surgido ante ella como un destello dorado, como una oleada de calor en el rostro, fue tan vívida que Meg se quedó un segundo titubeando ante la puerta de la cocina, como desorientada. Pero en seguida se desvaneció la visión y vio las cosas que le eran familiares, el Aga y los hornillos de gas, los mostradores de la cocina, la mesa de roble reluciente en medio de la habitación, las cuatro sillas elegantemente trabajadas y, en el otro extremo, el despacho de Alice, con las estanterías de las paredes llenas de libros y el escritorio sobre el cual estaban amontonadas las pruebas. Alice estaba de pie ante la mesa trabajando, y llevaba puesta una bata sin mangas.

—Como puedes ver, estoy haciendo cuajada de limón —dijo—. A Alex y a mí nos gusta comerla de vez en cuando y a mí me encanta prepararla, lo que ya constituye justificación sobrada para hacerla.

—Nosotros casi nunca tomábamos… Me refiero a Martin y a mí. No la he comido desde que era pequeña. Mi madre a veces compraba cuajada para acompañar el té de los domingos.

—Si la compraba, quiere decir que no conoces su verdadero sabor.

Meg soltó una carcajada y se dejó caer en el sillón de mimbre, colocado a un lado de la chimenea. Nunca preguntaba si podía ayudar en los trabajos de la cocina, porque suponía que a Alice más bien debía de irritarle un ofrecimiento tan poco práctico y sincero como el suyo. Ni necesitaba ayuda ni esperaba recibirla. A Meg le encantaba quedarse allí sentada, en medio de aquella paz, contemplando a Alice mientras trabajaba. Una vez había pensado que aquel sentimiento de tranquilidad que inspiraba la imagen de una mujer trabajando en la cocina probablemente procedía de los recuerdos de la infancia. De ser así, los niños actuales se verían privados de otra fuente de satisfacción en ese mundo, cada día más desquiciado y amedrentador.

—Mi madre no preparaba la cuajada de limón, pero a ella le encantaba cocinar. De todos modos, hacía cosas muy sencillas —dijo.

—Que son las más difíciles. Supongo que tú la ayudabas. Me parece que te estoy viendo, con un delantal y haciendo hombrecillos de pan de jengibre.

—Mi madre solía darme un poco de pasta mientras la preparaba, pero cuando yo había terminado de amasarla, arrollarla y darle forma, tenía un color tan oscuro que había que tirarla. También solía cortar galletas. Y a los hombrecillos de pan de jengibre les ponía pasas como ojos, ¿tú no les ponías pasas como ojos?

—No, mi madre pasaba poco tiempo en la cocina. No era buena cocinera y las críticas de mi padre acabaron con la poca seguridad que tenía. Mi padre pagaba a una mujer del pueblo para que viniera a casa todos los días a preparar la cena, la única comida que él tomaba en casa, salvo los domingos. La mujer no iba a mi casa los fines de semana, por lo que las comidas que consumíamos esos días solían ser bastante desagradables. El acuerdo con aquella mujer era extrañísimo, aparte de que también ella, una tal señora Watkins, era extrañísima. Era buena cocinera, pero estaba siempre malhumorada y no toleraba la presencia de niños en la cocina. Yo empecé a interesarme en la cocina cuando fui a Londres para preparar mi licenciatura en lenguas modernas y tuve que pasar una temporada en Francia. Así empezó todo. Fue entonces cuando descubrí esta pasión y comprendí que no tenía necesidad de enseñar ni traducir ni convertirme en la eficiente secretaria de un señor cualquiera para pasarlo bien.

Meg no hizo ningún comentario, ya que como solo en otra ocasión Alice le había hablado de su familia y de su pasado, comprendía que, si decía algo al respecto o hacía alguna pregunta, a lo mejor su amiga se arrepentía de aquella esporádica confidencia. Se arrellanó cómodamente en el sillón y se quedó observando las manos de su amiga, diestras, seguras, moviendo los largos dedos mientras se entregaban a aquellas tareas que les eran tan familiares. Delante de Alice, sobre la mesa, habían ocho grandes huevos colocados en un cuenco azul y, al lado, un plato con un trozo de

mantequilla y otro con cuatro limones. Alice frotaba los limones con unos terrones de azúcar hasta que estos quedaban desmenuzados en un cuenco y procedía así pacientemente con toda una sucesión de terrones.

—La cuajada pesará unas dos libras. Si crees que a los Copley puede gustarles, te daré una jarra —dijo.

—Estoy segura de que les gustaría, pero me quedaré sola. Precisamente es lo que venía a decirte. No puedo quedarme mucho rato. Su hija insiste en que vayan a vivir con ella hasta que la policía atrape al Silbador. Esta mañana, al enterarse de las noticias del último asesinato, la hija ha telefoneado enseguida.

—Sí, el Silbador se está acercando de forma inquietante —dijo Alice—, pero los Copley no corren peligro, porque únicamente actúa de noche y todas sus víctimas son mujeres jóvenes. ¡Pero si, además, los Copley nunca salen de casa, a menos que los lleves tú con el coche…!

—A veces van de paseo por la orilla del mar, pero generalmente se limitan a hacer un poco de ejercicio en el jardín. He querido convencer a Rosemary Duncan-Smith de que no corrían peligro y de que no estábamos asustados, pero me ha dado la impresión de que no quiere que la critiquen sus amigos por no llevarse a sus padres a vivir con ella.

—Ya comprendo: no quiere tenerlos en casa, ellos no quieren irse a vivir con ella, pero ella tiene que contentar a sus supuestos amigos.

—Me parece que debe de ser una de esas mujeres eficaces y dominantes que no toleran críticas de nadie. Pero, para hacerle justicia, creo que está preocupada de verdad.

—¿Cuándo se van?

—El domingo por la noche. Yo los llevaré con el coche hasta Norwich para que cojan el tren de las ocho treinta, que llega a Liverpool Street a las diez cincuenta y ocho. Su hija irá a recogerlos.

—No me parece el día más indicado, ¿no te parece? Siempre es más complicado viajar en domingo. ¿Por qué no esperan a irse el lunes por la mañana?

—Pues porque la señora Duncan-Smith se queda a pasar el fin de semana en su club, en Audley Square, y ha reservado una habitación para sus padres. El lunes por la mañana se irán todos en coche a Wiltshire.

—¿Y qué va a ser de ti? ¿No te importa quedarte sola?

—Ni lo más mínimo. Bueno, supongo que los encontraré a faltar cuando no estén, pero de momento solo pienso en que recuperaré todo el trabajo que tengo atrasado. Aparte de que podré dedicarte más tiempo y ayudarte a corregir las pruebas. Me parece que no voy a tener ningún miedo. Sé qué es pasar miedo, e incluso a veces hago como si lo tuviera, pretendo que estoy aterrada solo para ponerme los nervios a prueba. Bueno, estas cosas acostumbran salir bien de día, pero cuando es de noche y uno está sentado al lado del fuego, comienza a imaginar que el Silbador está apostado en la oscuridad, que te vigila, que está al acecho. Lo inquietante es esa sensación de

algo invisible, la amenaza de lo desconocido. Se parece un poco a la sensación que produce la central nuclear: un poder peligroso e imprevisible que no se puede dominar ni siquiera entender.

—El Silbador no tiene nada que ver con la central nuclear —dijo Alice—. La energía nuclear se puede entender y dominar. El último asesinato ha supuesto un gran problema para Alex. Hay unas cuantas secretarias que viven por los alrededores y que se trasladan en autocar o en bicicleta. De momento ha conseguido que el propio personal se encargue de acompañarlas en coche hasta su casa y que las recojan por las mañanas, pero con el horario flexible esto supone grandes dificultades de organización. Además, algunas chicas sienten auténtico pánico y solo quieren que las lleven mujeres.

—¿Pero se figuran en serio que el asesino puede ser un compañero de la central nuclear?

—¡Aquí está! No es que se lo figuren en serio, pero se dejan llevar por el instinto y el instinto las hace sospechar de todos los hombres, sobre todo si saben que no tienen coartada que los exima de los dos últimos asesinatos. Y después está Hilary Robarts. Casi cada noche, hasta el final de octubre, va a nadar al mar, a veces incluso en invierno. En la actualidad sigue haciendo lo mismo. Las probabilidades de que la asesinen son una entre un millón, pero no deja de ser un acto de bravuconería que establece un mal ejemplo. A propósito, siento lo de anoche. La cena no fue especialmente agradable. Debía una cena a Miles y a Hilary, pero no había tenido en cuenta que no se pueden tragar, pese a que no entiendo por qué. Quizás Alex conoce la razón, pero la verdad es que no me gusta hacer preguntas. ¿Qué tal te fue con nuestro poeta local?

—Me gusta —dijo Meg—. Me figuraba que se daría aires de importancia, pero no se los dio. Estuvimos paseando por las ruinas de la abadía. Vistas a la luz de la luna, son una maravilla.

—Muy románticas para un poeta —dijo Alice—. Estoy contenta de que lo pasaras bien con él. Yo no puedo mirar la luna sin imaginarme toda la basura de metal que han dejado en ella. El hombre tiene que dejar siempre tras él materias contaminantes, excrementos metálicos. Ahora que lo pienso, el domingo habrá luna llena. ¿Por qué no vienes a cenar aquí una vez los hayas dejado en la estación y después nos vamos las dos a dar una vueltecita por las ruinas? Te espero a las nueve y media. Probablemente estaremos solas, porque Alex suele ir a la central cuando pasa los últimos días de la semana en la ciudad.

—Me gustaría mucho, Alice, pero será mejor que me quede en casa —dijo Meg, aunque contrariada—. Hacer las maletas y llevarlos a la estación será bastante complicado de por sí y, cuando vuelva de Norwich, solo estaré pensando en meterme en cama. Aparte de que no tendré apetito porque, antes de que se vayan, tengo que prepararles un buen té. Y además, tendré que esperar una hora levantada porque la

señora Duncan-Smith me ha dicho que me llamará desde Liverpool Street para comunicarme que han llegado sanos y salvos.

Rompiendo la costumbre, Alice se secó las manos y acompañó a Meg hasta la puerta. Esta, entretanto, se preguntaba por qué, al hablar de la cena y del paseo que había dado con Adam Dalgliesh, no había dicho nada sobre aquella misteriosa figura de mujer que había atisbado entre las ruinas. No solo se lo había callado porque temía dar excesiva importancia a la cuestión sino también porque Adam Dalgliesh no la había visto, podía tratarse de una pura imaginación. Y aún había algo más: no habría sabido definir ni explicar el motivo, pero no podía hablar. Al llegar a la puerta y contemplar lo que se veía más allá de la curva de la costa iluminada por el sol, tuvo un momento de percepción extrasensorial durante el cual pareció cobrar conciencia de otro tiempo y otra realidad diferentes, que existían simultáneamente con el momento que ahora vivía. El mundo exterior seguía siendo el mismo, pero veía todos los detalles con mirada más aguda: motas de polvo que bailaban en la franja de sol que incidía en la baldosas del suelo, la dureza de la piedra desgastada por el tiempo que pisaban sus pies, cada una de las marcas que habían dejado los clavos en la enorme puerta de roble, cada brizna de hierba del montecillo que bordeaba el páramo… Se sentía poseída por otro mundo, un mundo donde no había sol, sino solo perpetua oscuridad, donde resonaban cascos de caballos y pisadas humanas, voces ásperas de hombre, todo un incoherente barboteo como si la marea engullese todos los guijarros de todas las playas del mundo. Y después un siseo y un crujir de ramas, el súbito crepitar de una hoguera y, en seguida, un espantoso silencio roto únicamente por un grito de mujer, persistente y agudo.

—¿Estás bien, Meg? —Era la voz de Alice la que hacía la pregunta.

—Me he sentido extraña por un momento, pero ya ha pasado. Ya estoy bien.

—Estás agotada, esa casa te da un trabajo excesivo y esta noche apenas has podido descansar. Ahora te sale el cansancio.

—Dije al señor Dalgliesh que no había sentido nunca la presencia de Agnes Poley en esta casa —dijo Meg—. Ahora ya no podré decirlo: está aquí. Algo hay de ella.

Hubo una pausa antes de que su amiga replicara:

—Supongo que todo depende de cómo entiende uno el tiempo. Si, como dicen algunos científicos, el tiempo puede retroceder, quizás esté todavía aquí, viva, quemando para siempre en su hoguera. Pero no he notado nunca su presencia, no la he percibido en ningún momento. A lo mejor es que no me tiene simpatía. Para mí, lo que está muerto, muerto está. Me parece que, si no lo creyera así, la vida me resultaría insoportable.

Meg se despidió por fin y se encaminó resueltamente hacia la zona costera. Estaba convencida de que los Copley, enfrentados ante la necesidad de tener que hacer las maletas para una ausencia indefinida, estarían llenos de angustia. Al llegar a lo alto de las tierras costeras, se volvió y vio a Alice todavía junto al quicio de la

puerta. Meg levantó la mano en un gesto que parecía más una bendición que un saludo y desapareció en el *cottage*.

TERCERA PARTE

Domingo 25 de septiembre

Capítulo 1

A las ocho y cuarto de la noche del domingo, Theresa, terminados por fin los deberes largamente postergados, consideró que podía dejar a un lado el libro de aritmética y decirle a su padre que estaba cansada y que tenía ganas de acostarse. Su padre la había ayudado a fregar los platos después de cenar. La cena había consistido en las sobras de un estofado irlandés al que la niña había incorporado unas zanahorias de lata y, después de la misma, su padre se había instalado, como siempre hacía, delante del televisor, repantigado en la desvencijada butaca junto a la chimenea apagada y a la botella de *whisky*, que tenía a su lado en el suelo. Theresa sabía que su padre se quedaría allí hasta que terminara el último programa, con los ojos clavados en el televisor pero, en realidad, sin ver las imágenes en blanco y negro que se movían ante sus ojos. Theresa lo sabía muy bien. A veces era casi de día cuando, todavía despierta, oía sus fuertes pisadas subiendo las escaleras.

El señor Jago había llamado por teléfono a eso de las siete y media y ella se había puesto al teléfono y tomado el recado, porque le había dicho al señor Jago que su padre estaba pintando en el cobertizo y que no podía molestarlo. Pero no era verdad, porque su padre estaba en el retrete, allá en el fondo del jardín. Theresa no había querido decirle al señor Jago dónde estaba realmente su padre y, por otra parte, no se le habría ocurrido siquiera llamar a la puerta del retrete para avisarlo. A veces, con una percepción curiosamente adulta, veía que su padre cogía la linterna y se iba al retrete y a ella le parecía que no tenía verdadera necesidad, que solo lo hacía porque aquella destartalada barraca con su puerta desvencijada y su amplio y cómodo asiento era para él el refugio que le permitía huir de casa, del desorden y la confusión, del llanto de Anthony, de los inútiles esfuerzos que hacía para ocupar el puesto de su madre. Pero ya debía de estar de vuelta del retrete al sonar el timbre del teléfono porque, al entrar, preguntó quién había llamado.

—Se habían equivocado, papá —mintió Theresa, al tiempo que, obedeciendo una costumbre, hacía un rápido acto de contrición.

Estaba contenta de que su padre no hubiera hablado con el señor Jago, porque así no se sentiría tentado de ir al Local Hero y dejarla en casa sola una hora o dos. Para ella era vital que su padre no saliera del *cottage* .Había comprobado que solo le quedaba media botella de *whisky*. Ella solo estaría unos cuarenta minutos fuera y, si se producía un incendio —tenía un miedo al fuego que había heredado de su madre —, su padre no estaría demasiado borracho para salvar a Anthony y a las gemelas.

Le dio un beso fugaz en la mejilla, que le pinchó los labios, y notó aquel olor familiar a *whisky*, a trementina y a sudor que exhalaba. Como de costumbre, su padre levantó la mano y le enmarañó dulcemente el cabello. Aquel era el único gesto de afecto que desde hacía un tiempo le dedicaba. Siguió con los ojos clavados en la vieja pantalla de televisión en blanco y negro, en la que aparecían las imágenes familiares de los domingos, vistas a través de una intermitente nevada. Theresa sabía que su

padre ya no volvería a decirle nada una vez cerrada la puerta de la habitación trasera que ella compartía con su hermano Anthony. Desde la muerte de su madre no había vuelto a entrar en su cuarto cuando estaba ella dentro, ni de noche ni de día. La niña se había percatado del cambio que se había producido en la actitud de su padre con respecto a ella, como si en el curso de unas pocas semanas ella hubiera crecido y se hubiera hecho mujer. A partir de entonces hablaría con ella como lo habría hecho con una persona adulta: de las compras, de lo que pondrían para comer, de la ropa de las gemelas, incluso del problema de la furgoneta. Pero había un tema que ya no volvería a tocar nunca más: la muerte de su madre.

La estrecha cama de Theresa estaba debajo mismo de la ventana. Arrodillándose en ella, esta corrió las cortinas para dejar que la luna entrara en la habitación, escudriñara los rincones, tendiera sus capas de luz misteriosa y fría sobre la cama y el suelo entarimado. La puerta que daba a la pequeña habitación situada en la parte frontal de la casa donde dormían las gemelas estaba abierta, por lo que Theresa entró y se quedó un momento mirando aquellos pequeños bultos acurrucados debajo de la colcha y se agachó para escuchar el siseo regular de su respiración. Hasta la mañana siguiente no se despertarían, por lo que cerró la puerta y volvió a su habitación. Anthony, como siempre, dormía boca arriba y con las piernas abiertas igual que una rana, la cabeza vuelta a un lado y los brazos levantados, como si quisiera alcanzar las barras de la cuna. Se había sacudido la manta de encima y Theresa volvió a cubrirle con ella el cuerpo, vestido con el pijama. El impulso que sentía de estrecharlo entre sus brazos casi le producía dolor al verse obligada a refrenarlo. En lugar de hacerlo, bajó la barandilla lateral de la cama y puso un momento la cabeza junto a la del pequeño, allí tendido, como drogado, con la boca fruncida y los párpados como delicadísimas películas cubiertas de venillas, debajo de las cuales Theresa imaginaba sus ojos que ahora nada veían, vueltos hacia arriba.

Volviendo a su cama, colocó los dos almohadones debajo de las mantas moldeándolos debajo de ellas para darles la apariencia de un cuerpo. No era probable que su padre entrase en la habitación a echar una ojeada, pero de haberse producido aquel hecho imprevisto, por lo menos la luna no iluminaría una cama vacía. Tanteó debajo de la cama para localizar la pequeña bolsa de lona en la que había puesto lo que creía necesitar: la caja de cerillas, las velas, el afilado cortaplumas, la linterna de bolsillo. Después se encaramó en la cama y abrió de par en par el batiente de la ventana.

Toda la zona costera estaba bañada con aquella luz plateada de la luna que ella y su madre tanto amaban. Todo se volvía mágico, las crestas de roca flotaban igual que islas de chapa apañuscada sobre las hierbas inmóviles, mientras que la cerca del jardín, rota y descuidada, era como una maleza mística tejida con finos rayos de luz. Y más allá, como un pañuelo de seda, se extendía el mar amplio e ilimitado. Se detuvo un momento, paralizada, respirando afanosamente, haciendo acopio de fuerzas para encaramarse al tejado plano que dominaba toda aquella extensión.

Estaba cubierto de guijarros, por lo que trepó con infinito cuidado, sintiendo a través de las suelas de las zapatillas de goma la aspereza de la piedra. Estaba a una altura que no llegaba a dos metros y le costó muy poco deslizarse hasta el jardín gracias a la tubería del desagüe y, ya en él, agachada, se dirigió al barracón de madera podrida detrás del cobertizo que su padre utilizaba para pintar, donde los dos guardaban sus bicicletas. Aprovechando la luz de la luna que se colaba por la puerta abierta, desató la suya, la empujó a través de la hierba y la levantó para hacerla pasar por un hueco de la cerca y así evitar la puerta principal. Hasta llegar a la seguridad de aquel pasadizo situado a nivel más bajo, por el que en otro tiempo había discurrido el tren, no se atrevió a montar en la bicicleta y hasta entonces no empezó a pedalear sobre el montículo de hierba en dirección al norte, hacia la franja de pinos y las ruinas de la abadía.

La antigua vía del tren corría por detrás del bosque de pinos que bordeaba la orilla, si bien aquí no estaba tan hundida y no era más que una ligera depresión en la zona costera. Pronto se haría más plana y ya no habría nada, ni siquiera las maderas podridas de las viejas traviesas, que indicase el lugar por donde había corrido la vía del tren, aquel tren que había conducido a la playa, para pasar las vacaciones de verano, a las familias victorianas, con sus cubos y sus palas, sus nodrizas y sus grandes baúles. No habían transcurrido ni diez minutos y ya estaba en campo abierto. Apagó entonces la luz de la bicicleta, bajó para comprobar que no hubiera nadie por los alrededores y atravesó con grandes sacudidas aquella dura manta de hierba que se extendía hasta el mar.

Fue entonces cuando aparecieron ante sus ojos los cinco arcos mutilados entre las ruinas de la abadía, deslumbrantes a la luz de la luna. Se detuvo un momento para contemplarlos en silencio. Toda la edificación tenía un aire irreal, etéreo, como si no estuviera hecha de materia sino de luz, una luz que podía disolverse solo con tocarla. Cuando a veces, como en aquel momento, se acercaba hasta aquellas ruinas a la luz de la luna o de las estrellas, aquella sensación era tan intensa que tendía la mano para tocar las piedras y sentir el contacto físico de su dura aspereza. Después de dejar apoyada la bicicleta en la baja pared de piedra, penetró en el espacio donde en otro tiempo estaba seguramente la puerta de poniente y en el cuerpo propiamente dicho de la abadía.

Era en noches tranquilas como aquella, solo iluminadas por la luz de la luna, que ella y su madre realizaban juntas expediciones similares. Su madre le decía:

—Vamos a hablar con los monjes.

Y cogían las bicicletas para dirigirse en amigable silencio a aquellos arcos ruinosos o para permanecer, cogidas de la mano, en el lugar donde hacía mucho tiempo se había levantado un altar, escuchando lo que unos monjes muertos desde hacía muchísimo tiempo también habían escuchado, aunque a mayor distancia: el melancólico fragor del mar. Sabía que aquel era el sitio preferido de su madre para rezar y que se sentía más a gusto en esa rústica tierra santificada por los años que en

aquel feo edificio de ladrillo rojo, situado en las afueras del pueblo y visitado por el padre McKee todos los domingos para celebrar misa.

Encontraba a faltar al padre McKee, añoraba sus chistes, sus alabanzas, su simpático acento irlandés. Sin embargo, desde la muerte de su madre, rara vez los visitaba, porque la última vez que había estado en su casa no había sido bien recibido.

Todavía se acordaba de aquella última vez y de la brevedad de la visita, recordaba que su padre lo había recibido en la puerta y que el padre McKee, al despedirse, había dicho:

—A la madre de la niña, que en paz descanse, le habría gustado que Theresa asistiese regularmente a la misa y se confesase a menudo. La señora Stoddard-Clark estaría encantada de pasarla a recoger por aquí con su coche el próximo domingo y después podría ir a la granja y quedarse a comer. ¿No le gustaría a la niña?

Y la voz de su padre que decía:

—Su madre ya no está aquí, porque el Dios de usted ha querido que Theresa se quedara sin madre. Ahora Tess hace lo que le viene en gana. Cuando quiera ir a misa, irá, y cuando tenga algo que confesar, irá a confesarse.

Aquí la hierba crecía muy alta, salpicada de tallos erectos de cizaña y de algunas flores, y el terreno era tan irregular que era preciso caminar con mucho cuidado. Se puso debajo del arco más alto de todos, donde en otro tiempo había resplandecido el gran ventanal de levante con el fantástico milagro de su vidriera de colores. Ahora no era más que un espacio hueco a través del cual podía contemplar el fulgor del mar y, más arriba, la luna siguiendo su ruta. A la luz de la linterna, sin hacer ruido, puso manos a la obra. Se acercó cuchillo en mano a la pared y se puso a buscar una gran superficie de piedra plana que debía constituir la base del altar. Tardó pocos minutos en encontrarla y trató de desprenderla con ayuda del cortaplumas, pero en una grieta detrás de la piedra había algo escondido, un trozo de cartulina introducida profundamente en la fractura. La sacó y la desdobló: era la mitad de una postal a todo color de la fachada occidental de la abadía de Westminster. Pese a que había sido cortada la mitad de la derecha, Theresa pudo reconocer las torres gemelas que le eran familiares. Al volverla del otro lado, vio que tenía escritas unas cuantas líneas que a la luz de la luna no pudo leer, pero que sentía gran curiosidad en descifrar. No parecía una postal antigua pero, como no podía leer la fecha del matasellos, no supo cuánto tiempo llevaba allí metida. A lo mejor desde el verano pasado y quizá formaba parte de algún juego. De hecho no le preocupaba demasiado, puesto que había ido allí para otra cosa. Parecía una de esas misivas secretas que se pasaban los compañeros de la escuela y que escondían en el cobertizo de las bicicletas o deslizaban en el bolsillo de la chaqueta. Dudó un momento y, cuando ya iba a romperla, rectificó, la alisó y volvió a dejarla en su sitio.

Siguiendo a lo largo de la pared, encontró otra piedra apropiada y una serie de piedras más pequeñas que necesitaba para sostener la vela. En pocos momentos tuvo a punto el altar. Después encendió la vela y, al hacerlo, el roce de la cerilla produjo un

ruido tan fuerte que la sobresaltó y le pareció que el súbito fulgor de la cerilla era excesivo para sus ojos. Dejó caer sobre la piedra los primeros goterones de cera y hundió en ellos la vela, afianzándola con ayuda de unas cuantas piedras, después se sentó ante ella con las piernas cruzadas y clavó fijamente los ojos en la llama de la candela, que ahora resplandecía con firmeza. Theresa sabía que su madre vendría, invisible pero presente, que estaría en silencio pero le hablaría con claridad. Lo único que tenía que hacer era aguardar pacientemente y mirar con fijeza la llama oscilante de la vela.

Procuró vaciar la cabeza de cualquier otra cosa que no fueran las preguntas que quería hacer esa noche, pero la muerte de su madre era demasiado reciente y el recuerdo excesivamente doloroso para desterrarla de sus pensamientos.

Su madre no quería morir en el hospital y su padre le había prometido que se quedaría en casa. Theresa había oído cómo su padre la tranquilizaba susurrándole palabras al oído. Sabía que el doctor Entwhistle y la enfermera de la zona eran contrarios a la decisión. Retazos de conversación que ella no debía escuchar pero que habían llegado a sus oídos mientras ella estaba callada y escondida en la oscuridad de las escaleras, detrás de la puerta de roble que conducía a la sala de estar, la habían informado tan bien de todo como si hubiera estado junto a la cama de su madre.

—Lo que usted necesita es una enfermera las veinticuatro horas del día, señora Blaney, cosa que yo no le puedo ofrecer. Estaría mejor atendida en el hospital.

—Aquí estoy muy bien. Tengo a Ryan y a Theresa. La tengo a usted. ¡Son todos tan buenos conmigo! De veras que no necesito más.

—Yo hago lo que puedo, pero no bastan las dos visitas diarias. Queda mucha faena para el señor Blaney y para Theresa. Está muy bien eso de decir que cuenta con ella, pero tenga en cuenta que solo tiene quince años.

—Quiero estar con ellos. Queremos estar juntos.

—Pero ¿y si se asustan?… Es duro para los niños.

Y después aquella voz, dulce pero implacable, débil pero enhiesta como una caña, con el obstinado egoísmo de los moribundos:

—No se asustarán. ¿Se figura que vamos a dejar que se asusten? Ni el nacimiento ni la muerte tienen por qué asustar a nadie; las cosas hay que enseñarlas.

—Hay cosas que no se pueden enseñar a los niños, señora Blaney, cosas que solo se viven y nada más.

Theresa, por su parte, había hecho todo lo posible para convencer a todo el mundo de que se las arreglaban perfectamente, de que estaban todos muy bien. Había habido pequeños subterfugios. Antes de que llegase a casa el médico y la enfermera Pollard, la niña ya había lavado a las gemelas, les había puesto ropa limpia y había cambiado las gasas a Anthony. Que no pudieran decir que las cosas no funcionaban, que el doctor Entwhistle y la enfermera no pudieran decir que su padre no sabía salir adelante. Un sábado Theresa hizo pasteles y se los sirvió solemnemente a su madre en una bandeja, la mejor bandeja, la favorita de su madre, con aquellas rosas pintadas

delicadamente en ella y aquellos agujeros en el borde por los que se podía pasar una cinta. Se acordaba de la extraña mirada que le había dirigido el médico al decirle:

—No, gracias, Theresa, ahora no.

—Coge uno, por favor, los ha hecho papá.

Y al salir, el médico había dicho a su padre:

—A lo mejor usted puede soportarlo, Blaney, pero yo no puedo.

El padre McKee era el único que parecía darse cuenta de sus esfuerzos, aquel padre McKee que hablaba igual que los irlandeses que salen en la tele y que Theresa, creyendo que lo hacía aposta, siempre procuraba recompensar con una carcajada.

—¡Madre mía, qué maravilla esa casa tan limpia! Hasta la Virgen María comería en el suelo. Los ha hecho tu padre, ¿verdad? ¡Qué buenos están! Mira, me guardaré uno en el bolsillo para después. Y ahora vas a ser una buena chica y vas a preparar una buena taza de té mientras yo charlo con tu madre.

No quería pensar en la noche en que se la habían llevado, aquella noche en que se había despertado al oír aquel espantoso resuello que le había hecho creer que había algún animal moribundo jadeando alrededor de la casa, para acabar por darse cuenta de que el ruido no venía de fuera… y entonces aquel terror repentino, la figura de su padre en el dormitorio, junto a la puerta, ordenándole que no saliera, que se quedara allí, que entretuviera a los pequeños. Y después, la ventana del cuartito de las gemelas, situado en la parte frontal, y las gemelas con sus caritas asustadas mirándola desde la cama y en seguida la llegada de la ambulancia, los dos hombres con la camilla, aquella figura envuelta en una manta, ya quieta, transportada a través del camino del jardín. Había sido entonces cuando se había precipitado escaleras abajo y casi se había arrojado en brazos de su padre, que quería detenerla.

—Mejor que no vayas, mejor que no. Llevadla dentro.

¿Quién había dicho aquellas palabras? Pero ella se libraba de los brazos y echaba a correr detrás de la ambulancia cuando esta ya giraba al final del camino y golpeaba las puertas cerradas con las manos. Se acordaba de que su padre entonces la había levantado en brazos y la había llevado a casa. Se acordaba de la fuerza de su padre, del olor que exhalaba su camisa, de la aspereza de la ropa, de que ella había dejado caer, ya impotente, los brazos. Ya no había vuelto a ver a su madre. Así había respondido Dios a sus oraciones y a las oraciones de su madre, que le pedía poder estar en casa, tan poca cosa… Por mucho que dijera ahora el padre McKee, ella no pensaba perdonar a Dios.

El frío de aquella noche de septiembre la penetraba a través de los pantalones y del jersey y ya estaba empezando a dolerle la espalda. Por vez primera, sintió el aguijonazo de la duda… pero en seguida, con una oscilación de la llama, su madre apareció junto a ella y ya se sintió bien.

¡Había tantas cosas que quería preguntar! Estaba lo de las gasas de Anthony. Las que se tiraban eran carísimas y las vendían en paquetes enormes, aparte de que papá no parecía hacerse cargo de que eran un gasto muy grande. Su madre le dijo que

utilizara tejido de rizo y que lo lavara. Después, a las gemelas no les gustaba nada la señora Hunter, pero la mujer se había empeñado en ir a recogerlas y llevarlas a jugar con otros niños. Las gemelas tenían que ser amables con la señora Hunter y no poner obstáculos, porque ella lo hacía por su bien. Debía dejar que las llevara a jugar con otros niños, porque a papá le convenía que saliera. Theresa debía convencerlas. Finalmente estaba lo de papá. ¡Eran tantas cosas que había que decir de su padre! No es que fuera muy a menudo al bar, porque la verdad es que no le gustaba dejarlos solos, pero siempre tenía en casa una botella de *whisky*. Su madre le dijo que no se preocupase por lo del *whisky*, porque ahora él lo necesitaba, pero que muy pronto volvería a empezar a pintar y entonces ya no lo necesitaría tanto. Si alguna vez se emborrachaba y en casa había otra botella, haría bien escondiéndola y que no fuera a pensar que su padre iba a enfadarse por esto con ella, porque con ella no se enfadaría nunca.

La comunicación silenciosa continuaba, mientras ella seguía sentada, como si estuviera en trance, viendo cómo la cera de la vela iba deshaciéndose lentamente. De pronto terminó todo. Su madre se había ido. Antes de apagar la vela, rascó con el cuchillo los restos de cera sobre la piedra. Era importante que no quedaran restos. Después volvió a colocar las piedras en la pared. Las ruinas ahora ya no guardaban nada más, solo el vacío y frialdad. Había llegado el momento de volver a casa.

De pronto sintió que la invadía el cansancio. Le parecía imposible que las piernas pudieran conducirla hasta la bicicleta y veía como un obstáculo insuperable el accidentado trayecto a través de la zona costera. No sabía qué impulso la había empujado hacia la gran ventana de levante y la había detenido allí, al borde del acantilado. Tal vez fuera la necesidad de hacer acopio de fuerzas, de contemplar el mar iluminado por la luna o de captar nuevamente aquella perdida comunión con su madre. Sin embargo, sus pensamientos se habían visto asaltados por un recuerdo muy diferente, algo ocurrido aquella misma tarde, algo tan espantoso que ni siquiera había querido comentárselo a su madre. Volvía a ver el coche rojo moviéndose a gran velocidad por el camino en dirección a Scudder’s Cottage, y entonces ella llamaba a los niños, que estaban en el jardín, los reunía arriba y cerraba la puerta de la sala de estar. Pero al poco rato se apostaba detrás de la puerta y escuchaba. Sabía que nunca en la vida olvidaría una sola palabra de la conversación que había oído.

Primero había sido la voz de Hilary Robarts.

—Esta casa era totalmente inadecuada para una mujer enferma y que tenía que hacer largos trayectos para someterse a radioterapia. Usted ya debía de saber que estaba enferma cuando la ocupó. No podía vivir aquí.

Y después, la voz de su padre:

—Seguro que usted se figuraba que, cuando ella se hubiera ido, yo tampoco podría vivir en esta casa. ¿Cuántos meses le concedió? Usted hacía como que estaba interesada, pero ella sabía perfectamente qué buscaba. Vigilaba constantemente el peso que perdía cada día, cómo se le iban marcando los huesos a través de la carne,

cómo los brazos se transformaban en cañas, cómo le iba apareciendo la piel del cáncer. Ya le queda poco, usted pensaba. Hizo una buena inversión el día que compró esta casa. Invirtió en su muerte y le amargó las últimas semanas de vida que le quedaron.

—Esto no es verdad. No me cargue culpas que no tengo. Yo tenía que ver la casa, había cosas que debía inspeccionar. La mancha de humedad de la cocina, el problema de las goteras del tejado cuando llueve. Supongo que también usted quería que yo viera estas cosas. Usted era el primero en decirme que, como propietaria, yo tenía unas obligaciones que cumplir. Pero ahora, como no se vaya, tendré que aumentarle el alquiler, porque lo que me paga es una miseria. Ni siquiera cubre las reparaciones.

—¿Por qué no lo intenta? Consulte con el Tribunal de Arrendamientos. Que vengan y vean cómo está todo. Usted puede ser la propietaria, pero yo soy el ocupante y pago el alquiler puntualmente. No me puede sacar… yo no me chupo el dedo.

—Ahora paga el alquiler, pero ¿podrá pagarlo? Iba trampeando la situación cuando daba algunas clases, pero ahora ya no trabaja. Usted se cree un artista, pero no es más que un pintamonas de mala muerte que vende basura a turistas imbéciles que se figuran que un original de cuarta categoría es mejor que una reproducción de primera clase. Pero ya no vende tanto, ¿verdad? Las cuatro acuarelas que tiene Ackworth en el escaparate llevan semanas expuestas. Ya están empezando a apergaminarse. En los tiempos que corren, hasta los turistas se vuelven exigentes. Las porquerías ya no se venden, por muy baratas que sean.

Las gemelas, cansadas de estar encerradas, comenzaron a pelearse y Theresa tuvo que subir corriendo para decirles que ya quedaba poco rato, pero que no podían salir hasta que la bruja no se hubiera marchado. Y volvió a apostarse detrás de la puerta. Pero esta vez no le fue necesario llegar a la puerta porque, cuando estaba en el cuarto escalón, ya empezó a oír las voces. Ahora gritaban los dos.

—Quiero que me diga si ha sido usted la que ha enviado esa mujer a mi casa, esa estúpida asistenta social que viene aquí a cotillear qué hago y qué hacen mis hijos y que no para de preguntar. ¿Es usted quién la envía?

La voz de la bruja era fría, pero distinguió todas sus palabras:

—No tengo por qué contestar esta pregunta. Si he puesto en guardia a las autoridades, ya era hora de que alguien me hiciera caso.

—Usted es la maldad personificada, haría lo que fuera para echarme y echar a mis hijos de esta casa. Hace cien años que a las que eran como usted las quemaban vivas. Si no fuera por mis hijos la mataría. Pero no quiero que se haga cargo de ellos la mal llamada asistenta social solo para darme el gusto de estrangularla. ¡Pero no me tiente! ¡Por Dios se lo pido, no me tiente! Así es que, váyase, salga de mi casa y de mi territorio. Cobre su alquiler y dése por satisfecha de estar viva para cobrarlo. Y no vuelva a meterse nunca más en mi vida. ¡Nunca más, nunca más!

La bruja dijo:

—No se ponga histérico. Para eso es para lo que sirve, para amenazar y andarse con violencias. Lo mejor que les podría ocurrir a esos niños sería que las autoridades locales se hicieran cargo de ellos. ¡Claro que querría acabar conmigo! Los de su clase solo reaccionan con la amenaza y con la violencia ante la razón. Máteme y así el Estado se hará cargo de sus hijos durante los próximos quince años. ¡Es un pobre imbécil! ¡Me da lástima!

Y después volvió a oír la voz de su padre, que ahora ya no gritaba, sino que hablaba con tanta tranquilidad que le costaba captar sus palabras:

—Como la mate, no habrá nadie que ponga las manos sobre mí ni mis hijos. ¡Nadie!

Después de revivir aquel espantoso último encuentro con la bruja sintió indignación y le pareció que la indignación, al introducirse en sus piernas, les infundía fuerza. Ahora ya estaba en condiciones de volver con la bicicleta a su casa, ya era hora de que se fuera. En aquel momento se dio cuenta de que en la playa había alguien y, de pronto, sintió que el cuerpo le temblaba como si fuera el de un cachorrillo y corrió a refugiarse debajo del arco. Por la parte norte, corriendo desde el pinar en dirección a la orilla, había una mujer, la oscura cabellera al viento y el blanco cuerpo casi desnudo. Estaba gritando, era un grito triunfante. Theresa vio que la mujer era la bruja, Hilary Robarts.

Capítulo 2

Hilary cenó temprano. Como no tenía apetito, sacó un panecillo del congelador, lo descongeló en el horno y se hizo una tortilla de finas hierbas. Fregó lo que había ensuciado y dejó la cocina ordenada, después de lo cual sacó unos papeles de la cartera y se instaló en la mesa de la sala de estar para trabajar un poco. Tenía que hacer un informe sobre las consecuencias de la reorganización de su departamento, debía cotejar cifras y presentar números, trabajo que serviría para una nueva distribución del personal y que debía tener una presentación lógica y elegante. Era una labor importante para ella y, en una situación normal, habría disfrutado haciéndola. Sabía que a ella podían encontrarle fallos cuando se trataba de asuntos relacionados con la administración del personal, pero no había nadie que la criticase cuando había que juzgarla como organizadora y directora. Mientras resolvía los papeles pensaba si encontraría a faltar todo esto cuando ella y Alex se casaran y fueran a vivir a Londres. Le sorprendía ver lo poco que le importaba su vida actual. Había terminado una fase y ahora la dejaría atrás sin ningún pesar, puesto que esa casa tan pulcra no había sido nunca una casa que sintiese como propia, ni tampoco la central nuclear, ni siquiera el trabajo que allí realizaba. Y ahora le esperaba una vida distinta, el nuevo cargo de Alex, la posición que ella ocuparía como esposa suya, el trato adecuado dispensado a las personas adecuadas, algunos trabajos benévolos cuidadosamente escogidos, viajes… Y habría un hijo también, un hijo de Alex.

Durante el último año se había acentuado en ella aquella intensa necesidad de tener un hijo, aumentando a medida que disminuía la necesidad física de Alex con respecto a ella. Hilary trataba de convencerse de que era imposible mantener a un mismo nivel de excitación emotiva o sexual una relación amorosa y de que entre los dos nada había cambiado esencialmente ni nada podía cambiar. ¿Qué compromiso físico o emocional había habido al principio de aquella relación? Pues la verdad era que a Hilary, en aquel entonces, le había convenido perfectamente, que no deseaba más que lo que estaba dispuesta a dar y que la relación suponía un intercambio mutuamente satisfactorio de placer, la vanidad de ser la amante más o menos oficial de Alex y un cuidadoso disimulo cuando estaban delante de extraños, precaución que no era necesaria, tampoco surtía el efecto esperado, ni por otra parte pretendía surtirlo, y en el fondo, por lo menos para ella, llevaba implícita una eficaz carga erótica. Era una especie de juego: saludos casi ceremoniosos antes de las reuniones o en presencia de extraños y las visitas de Alex en casa dos veces por semana. Cuando Hilary llegó a Larksoken, buscó un piso moderno en Norwich y, durante un cierto tiempo, tuvo alquilado uno cerca del centro de la ciudad. Pero, a partir del momento en que se iniciaron sus relaciones con Alex, consideró necesario estar cerca de él, por lo que pasó a ocupar una casita de vacaciones situada a quinientos metros de distancia de Martyr’s Cottage. Hilary sabía que Alex era demasiado orgulloso y arrogante para visitarla subrepticiamente y escabullirse después, amparado en la

noche, igual que un escolar rijoso, pero en aquella casa no era necesario recurrir a extremos degradantes, porque la zona costera se encontraba invariablemente desierta. Aparte de esto, Alex no se quedaba nunca toda la noche, como si el cuidadoso racionamiento de su presencia constituyera un elemento casi necesario en sus relaciones. En público se comportaban como compañeros de trabajo. Alex no había sido nunca partidario de confianzas excesivas entre colegas ni del abuso de los nombres de pila —salvo con sus colaboradores inmediatos—, ni menos aún de una camaradería desmedida. En la central nuclear imperaba una disciplina tan estricta como en un barco de guerra bien capitaneado.

Pero aquella relación iniciada con tanta disciplina —y con tanto comedimiento social y emotivo— se había ido deteriorando hasta acabar en el caos, el mero deseo y en los problemas involucrados en toda relación. Hilary creía saber en qué momento se había convertido en obsesión aquella necesidad suya de tener un hijo: cuando la enfermera de quirófano de aquella clínica tan discreta como cara, disimulando a medias su desaprobación y su repugnancia, se había llevado aquel recipiente en forma de riñón que contenía una masa temblorosa de tejido que antes había sido un feto. Como si el útero, clínicamente expoliado, se tomara la venganza. Hilary no había ocultado sus anhelos a Alex, aunque sabía lo mucho que lo contrariaban. Le parecía volver a escuchar su propia voz, insolente y a la vez quejumbrosa, como de niña malcriada, y ver la expresión de Alex, con aquella media sonrisa y aquel simulado desánimo que escondía, en realidad, una tajante negativa.

—Quiero tener un hijo.

—Pues a mí no me mires, cariño, porque este es un experimento que no estoy dispuesto a repetir.

—Tienes un hijo y está sano, lleno de vida y feliz. Tanto tu nombre como tus genes tendrán continuidad.

—No he dado nunca importancia a estas cosas. Charles tiene existencia por derecho propio.

Hilary había procurado reflexionar para librarse de aquella obsesión, obligándose a evocar imágenes inconvenientes, pero no le había servido de nada. Pensaba en las noches de sueño interrumpido, en los olores, en las atenciones constantes, en la pérdida de libertad, en la falta de intimidad, en los efectos que el hecho podía tener sobre su carrera. Quería dar una respuesta intelectual a una necesidad en la que el intelecto no tenía ninguna influencia. A veces se preguntaba si estaría volviéndose loca. Ni siquiera podía dominar sus sueños, particularmente uno: la sonriente enfermera, vestida de blanco y con mascarilla, dejando al recién nacido en sus brazos, mientras ella bajaba los ojos y contemplaba una carita gentil y reservada, magullada por el trauma de haber nacido… pero en seguida la misma enfermera, toda azorada, que le arrancaba precipitadamente el fardo de sus brazos y se lo llevaba:

—¡Huy, pero si este no es su niño, señorita Robarts! ¿No se acuerda de que hemos echado el suyo en el retrete?

Alex no necesitaba ningún hijo porque ya tenía uno: esa esperanza viva, aunque precaria, de pretendida inmortalidad. Podría ser un padre inepto y poco dedicado, pero era padre al fin. Y a pesar de que no quisiera reconocerlo, el hecho era importante para él, puesto que había tenido a un hijo en brazos. El pasado verano, Charles, un gigantón bronceado, de piernas robustas y cabellos dorados, había visitado a su padre y había pasado como un meteoro por la central, cautivando a todo el personal femenino con su acento americano y su encanto hedonístico. Hilary había podido darse cuenta de que Alex se había quedado sorprendido y hasta desconcertado ante el orgullo de ser padre de aquel muchacho y que había tratado inútilmente de disimular la reacción con comentarios humorísticos.

—¿Dónde está el joven bárbaro? ¿Nadando? Seguro que prefiere Laguna Beach que el mar del Norte.

—Me ha dicho que quiere estudiar Derecho en Berkeley. Parece que tiene un puesto asegurado en la empresa de su papá así que tenga el título en las manos. La próxima vez que Liz me escriba ya será para decirme que se casa con una compañera de carrera socialmente aceptable… o a lo mejor con una colegiala.

—De momento estoy alimentándolo bien. Alice me ha dado una receta para preparar hamburguesas y tengo la nevera llena de carne picada. Me parece un poco anormal que necesite tanta cantidad de vitamina C, aun teniendo en cuenta su peso y su altura. No paro de exprimir naranjas.

Hilary estaba oculta detrás de un escudo que era una mezcla de turbación y de resentimiento, ya que aquel orgullo y aquel humor juvenil de Alex le parecían inusitados, casi desconcertantes. Como si aquel padre, al igual que las mecanógrafas, hubiera quedado cautivado por la presencia física del hijo. Alice Mair se había ido a Londres a los dos días de la llegada de Charles, lo que hacía que Hilary se preguntase si no se trataba de su subterfugio para dejar solos al padre y al hijo o si —cosa más probable conociendo o creyendo conocer a Alice Mair— sentía una cierta renuncia a cocinar para el chico y presenciar aquel exceso de paternalismo por parte del padre.

Hilary volvió a acordarse de la última visita que le había hecho Alex la noche que la había acompañado andando a su casa después de la cena. Hilary se había mostrado deliberadamente reacia a que la acompañara, pero él había insistido y a ella le había gustado. Después de decirle lo que Hilary quería decirle, Alex había replicado con mucha calma:

—Esto parece un ultimátum.

—Yo no le daría este nombre.

—¿Cómo lo llamarías entonces? ¿Extorsión?

—Después de todo lo que ha habido entre nosotros, justicia.

—Quedémonos con lo de ultimátum. Justicia es un concepto demasiado grandioso para definir el comercio que ha existido entre los dos. Y como en cualquier ultimátum, hay que tener en cuenta los detalles. Lo normal es establecer un límite de tiempo. ¿Qué límite estableces?

—Yo te quiero, Alex —había dicho ella—. En el nuevo trabajo necesitarás una esposa y yo soy la persona adecuada. Podría salir bien, yo procuraría que saliera bien. Podría hacerte feliz.

—No sé cuánta felicidad soy capaz de disfrutar. Probablemente más de la que merezco. Pero no quiero que me la regale nadie… ni Alice, ni Charles, ni Elizabeth, ni tú. Nunca lo he querido.

Después se había acercado a ella y la había besado en la mejilla. Ella se había vuelto hacia él enseguida, pero Alex la había apartado suavemente.

—Lo pensaré.

—Me gustaría poder anunciarlo pronto… me refiero al compromiso.

—Me imagino que no estás pensando en una boda en la iglesia. Flores de azahar, damas de honor, la marcha nupcial de Mendelssohn, «La voz que suspiraba en el Edén».

—No me propongo caer en el ridículo, ni ahora ni después de casados —había dicho ella—. Ya me conoces.

—¡Ah, ya entiendo! Se trataría simplemente de pasar un momento por el registro civil del barrio. Cuando vuelva de Londres te daré a conocer mi decisión final. El próximo domingo por la noche.

—Lo dices con tanta seriedad… —le había explicado ella.

—Es que esto tiene que ser una cosa muy seria —había dicho él—. ¿No es la respuesta a un ultimátum?

Hilary pensó que Alex se casaría con ella y que, pasados tres meses, sabría que ella tenía razón. Hilary se saldría con la suya porque, en esto, su voluntad era más fuerte que la de Alex. Todavía se acordaba de las palabras de su padre:

—Solo se vive una vez, pequeña, pero hay que vivir de acuerdo con las propias facultades. Solo los imbéciles y los débiles se ven obligados a vivir como esclavos, pero tú tienes salud, buena presencia y cabeza. Puedes conseguir lo que quieras. Lo único que necesitas es valor y voluntad.

Aunque los sinvergüenzas casi acabaron con él, su padre había vivido de acuerdo con sus facultades y ella pensaba hacer lo mismo.

Quiso dejar a un lado, de momento, cualquier pensamiento relacionado con Alex y con su futuro y centrarse en lo que tenía entre manos, pero no conseguía fijar la atención. Sintiéndose intranquila, salió de la cocina y se dirigió a la salita de la parte de atrás, donde guardaba las botellas de vino, y cogió una de clarete. Sacó un vaso del armario y lo llenó. Al tomar el primer sorbo, sintió en la comisura del labio el arañazo casi imperceptible del borde mellado. Le resultaba tan intolerable beber de un vaso mellado que, instintivamente, cogió otro y vació el primero dentro de él. Ya se disponía a tirar el vaso defectuoso en la basura cuando se detuvo, el pie en el pedal del cubo, al recordar que era uno de los seis vasos que Alex le había regalado. El defecto, inadvertido hasta entonces, representaba poca cosa más que una irregularidad del borde. Podía aprovecharse como jarrón para flores. Ante los ojos

tenía un cuadro de flores: amarilis, prímulas, unas ramitas de romero. Así que terminó de beber, lavó los dos vasos y los dejó boca abajo para que se escurrieran. La botella de clarete quedó destapada sobre la mesa. Estaba demasiado frío, pero al cabo de una hora estaría al punto.

Había llegado la hora de nadar. Subió a su habitación, se desnudó completamente, se puso la mitad inferior de un bikini negro y, encima, un chándal azul y blanco. Después se calzó unas sandalias viejas, con el cuero endurecido y manchado por el agua de mar. Finalmente descolgó de la percha del vestíbulo un pequeño guardapelo de acero, con una tira de cuero, en el que guardaba su llavín Yale y que, mientras nadaba, llevaba colgado del cuello. Había sido el regalo de Alex en su último cumpleaños. Al tocarlo, se sonrió y le pareció sentir, tan sólida como el metal que rozaba sus dedos, la certidumbre de la esperanza. Ya no le quedaba más que coger la linterna del cajón de la mesilla del salón y, tras cerrar cuidadosamente la puerta, emprender el camino de la playa.

Antes de pasar entre los troncos delgados y ásperos de los árboles, aspiró el olor a resina de los pinos. Entre ella y la orilla del mar se extendía un camino de arena de unos cincuenta metros, cubierto de una gruesa capa de agujas de pino. Allí había menos luz y la luna brillaba de manera irregular mientras navegaba con mayestático esplendor por encima de las altas espirales que formaban las copas de los árboles, tan pronto visibles como sumidas en la sombra, obligando a Hilary de cuando en cuando, a encender unos segundos la linterna. Finalmente, tras dejar las sombras atrás, descubrió ante ella la blancura de la arena bañada por la luna y el estremecimiento del mar. Después de extender la toalla en el sitio de costumbre, un pequeño hoyo en el borde del bosque, se sacó el chándal levantando los brazos por encima de su cabeza.

Inmediatamente, librándose de las sandalias con un puntapié, echó a correr por la estrecha franja de guijarros y por la arena polvorienta que se extendía hasta la marca dejada por el agua, siguió avanzando entre los suaves remolinos de espuma que formaba el mar hasta que, chapoteando entre las breves olas que parecían oscilar sin ruido, logró por fin zambullirse en aquella paz reparadora. La frialdad del agua le arrancó un suspiro: era tan agresiva como el dolor. Pero, como siempre, aquella sensación se disipó y le pareció que el agua, al resbalar por sus hombros, adquiría el calor de su propio cuerpo y que ahora ya podía nadar totalmente protegida y aislada. Con movimientos poderosos y rítmicos, comenzó a alejarse de la playa. Sabía que solo podía permanecer cinco minutos en el agua, antes de volver a sentir frío, y que después ya tenía que salir.

Dejó de nadar un momento y se quedó flotando, tendida boca arriba y contemplando la luna. Como siempre, se apoderó de ella la magia del momento. Sintió que se iban disipando todas las decepciones que había tenido durante el día, todos los miedos, todas las contrariedades, y la invadió una felicidad tan grande que parecía éxtasis, si bien la palabra éxtasis era demasiado rimbombante para atribuirla a aquella paz sublime. Y junto con la felicidad, llegó el optimismo. Todo saldría bien.

Dejaría sudar a Pascoe una semana más y después pasaría a la acción. Era un ser tan insignificante que ni merecía su odio. Su abogado tenía razón: lo de Scudder's Cottage podía esperar, ya que cada mes que pasaba aumentaba su valor. El ocupante pagaba su alquiler y ella no perdía nada. Los disgustos que durante el día le habían proporcionado el trabajo, los celos profesionales, los resentimientos, ¿contaban algo ahora? Aquella fase de su vida estaba tocando a su fin. Amaba a Alex y Alex la amaba a ella. Alex entendería, por fin, que ella tenía razón, que tenían que casarse. Y ella tendría el hijo. Todo era posible. Por un momento sintió una paz todavía más profunda en la que ni siquiera esto contaba, como si todas las banales preocupaciones de la carne hubieran quedado barridas y ella no fuera más que un espíritu desasido de la materia que flotase libremente y que, desde arriba, estuviese contemplando su propio cuerpo, brazos y piernas extendidos, bajo la luz de la luna, e incluso experimentó un poco de lástima, suave e imperceptible apenas, por aquella criatura que era ella, tan aferrada a la tierra que solo podía encontrar una paz transitoria, pero tan dulce, en un elemento que le era ajeno.

Sin embargo, había llegado el momento de salir. Con un poderoso impulso de la pierna, dio la vuelta al cuerpo y, con vigorosos movimientos, comenzó a acercarse a la orilla y, al mismo tiempo, al silencioso centinela que la estaba esperando, oculto en la sombra de los árboles.

Capítulo 3

Dalgliesh había dedicado la mañana del domingo a visitar de nuevo la catedral de Norwich y St. Peter Mancroft antes de ir a comer a un restaurante de las afueras de la ciudad donde su tía y él, dos años antes, habían tomado una comida sencilla pero excelente. Pero también allí el tiempo había introducido algunos cambios. Aunque el exterior y la decoración eran, engañosamente, los mismos de entonces, no tardó en ver que tanto el propietario como el cocinero eran distintos. La comida, servida con sospechosa prontitud, había sido preparada en otro sitio y recalentada allí, lo que hizo que el hígado a la brasa no fuera más que una granujienta tajada de carne grisácea e indeterminada, cubierta de una salsa sintética y glutinosa, acompañada de unas patatas medio crudas y de una coliflor que parecía unas gachas. No era un plato que se mereciera un buen vino, pero Dalgliesh quiso reconfortarse con un poco de Cheddar y unas galletas antes de abordar el programa que tenía preparado para la tarde, es decir, una visita a la iglesia de St. Peter and St. Paul, en Salle, levantada en el siglo XV.

Durante los últimos cuatro años era raro que visitara a su tía y no la llevara a Salle, y precisamente ella había previsto expresamente una cláusula en su testamento en la que pedía que sus cenizas fueran desparramadas, sin ceremonia alguna, en el cementerio de la iglesia, encargo del que le había hecho especialmente responsable. Dalgliesh sabía que, a pesar de que su tía no era una persona religiosa, la iglesia había tenido una gran influencia sobre ella. Pero aquel deseo lo había cogido por sorpresa. Habría encontrado más lógico que su tía hubiera querido que sus residuos fueran lanzados a merced del viento de la zona costera e incluso que no hubiera dejado instrucciones precisas al respecto, considerando que se trataba más bien de una cuestión de trámite que no requería previsión por parte de ella ni ceremonia alguna por parte de su sobrino. Sin embargo, ahora Dalgliesh tenía ante sí una misión que cumplir, de extraordinaria importancia para él. Durante las últimas semanas se había visto atormentado por el irritante remordimiento del deber incumplido, como si lo persiguiera algún espíritu insatisfecho. Y como en otros momentos de su vida, ante aquella insistente necesidad del rito que evidenciaba el ser humano, se preguntó por qué aquella aceptación formal de la ceremonia que entrañaba el tránsito a la muerte. Así lo había entendido su tía y, dentro de la discreción que caracterizaba su estilo, así lo había dejado previsto.

En Felthorpe hizo un giro y dejó la B1149 para enfilar una carretera rural que se adentraba en un terreno llano. No necesitaba consultar el mapa. La magnífica torre del siglo XV, coronada por sus cuatro pináculos, constituía una orientación inequívoca, por lo que se dirigió hacia ella siguiendo carreteras casi desiertas con la sensación familiar de volver a casa. Le resultaba extraño no tener a su lado la angulosa figura de su tía y pensar que todo cuanto quedaba ahora de aquella mujer de

acusada personalidad, pero también secreta, fuera aquel paquetito de plástico, curiosamente pesado, que contenía una especie de arena blanca. Al llegar a Salle, aparcó el Jaguar un poco más abajo de la iglesia, sin salirse del camino. Como otras veces, le impresionó que una iglesia con una magnificencia como la de una catedral pudiera estar tan aislada, aunque también tan en su sitio en medio de aquellos campos tranquilos, donde producía menos impresión de majestad y grandeza que de paz, una paz sencilla y tranquilizadora. Permaneció unos minutos aguzando el oído pero no oyó nada, ni siquiera el canto de un pájaro o el roce de un insecto entre las crecidas hierbas. Bajo un sol desvaído, los árboles que circundaban la iglesia estaban bañados por los primeros oros del otoño. Ya no se araba aquella tierra y su costra parda, como una capa que cubriera los terrones, se extendía hasta el lejano horizonte en aquella tranquila tarde de domingo. Dio un lento paseo alrededor de la iglesia sintiendo en el bolsillo de la chaqueta el peso del paquetito de plástico, contento de haber elegido un momento intermedio entre los actos litúrgicos y dudando sobre si sería más cortés, o incluso necesario, pedir permiso al cura párroco antes de cumplir con los deseos de su tía. Se dijo, sin embargo, que era demasiado tarde para pensar en aquella posibilidad y que era mejor ahorrarse explicaciones o complicaciones. Dirigiéndose al borde del cementerio orientado hacia el este, abrió el paquete y vertió en el suelo los huesos pulverizados como si fuera una libación. Se produjo como un fulgor plateado y todo cuanto quedaba de Jane Dalgliesh relumbró un momento entre los quebradizos tallos otoñales y las altas hierbas. Conocía las palabras que se acostumbran decir en tales ocasiones por haberlas oído a menudo de labios de su padre, pero las únicas que se le ocurrieron espontáneamente fueron las de aquellos versículos del Eclesiastés grabados en la losa colocada junto a la puerta de Martyr’s Cottage, por considerar que, en un lugar tan intemporal como aquel y junto a la dignidad de aquella iglesia tan grande, no eran nada inapropiadas.

La puerta de poniente estaba abierta y, antes de abandonar Salle, pasó quince minutos en la iglesia para revivir goces antiguos: los relieves de los bancos de roble del coro… campesinos, un sacerdote, animales y pájaros, un dragón, un pelícano dando de comer a su cría; el púlpito medieval en forma de copón que después de quinientos años todavía conservaba restos de su colorido original; el tabique del presbiterio; la gran vidriera de levante que en otro tiempo había resplandecido con la gloria de los vidrios medievales, rojos, verdes y azules, pero que ahora solo dejaba pasar la blanca luz de Norfolk. Al golpear suavemente la puerta, en el momento de cerrarse tras él, se preguntó cuándo volvería a aquella iglesia y aun si volvería alguna vez.

Llegó a su casa al atardecer. La comida le había llenado estúpidamente el estómago y tenía menos apetito de lo que esperaba. Se calentó el resto de la sopa que se había preparado el día anterior y después tomó galletas, queso y fruta, atizó el fuego de la chimenea y se sentó en una silla baja delante de la misma. Mientras escuchaba el *Concierto de violín* de Elgar, inició la clasificación de las fotografías de

su tía. Sacándolas de los sobres color sepia que las contenían, comenzó a distribuirlas con sus largos dedos sobre la mesa de caoba. Aquella labor provocaba en él una sutil melancolía, de la que lo arrancaba alguna identificación ocasional garrapateada al dorso de una fotografía, una cara que recordaba o algún incidente que conocía, para hundir en él la puñalada del dolor. La música de Elgar constituía un buen acompañamiento de aquella labor, puesto que sus quejumbrosas notas evocaban aquellos largos y cálidos veranos eduardianos que solo había conocido a través de las novelas y de la poesía: una paz, una seguridad y un optimismo que correspondían a aquella Inglaterra en la que había nacido su tía. Allí estaba su prometido, ridículamente joven con su uniforme de teniente. La fotografía llevaba la fecha del 4 de mayo de 1918, tan solo una semana antes de que perdiera la vida. Por un momento contempló atentamente aquel rostro joven, bien parecido y afable, que solo Dios sabía cuántos horrores habría visto ya, pero aquella cara no le decía nada. Al darle la vuelta, Dalgliesh vio que tenía una frase a lápiz escrita en caracteres griegos. Sabía que el joven había estudiado filología clásica en Oxford y que su tía conocía el griego por habérselo enseñado su padre. Sin embargo, Dalgliesh no sabía griego, por lo que el secreto seguía entre ellos dos, fuera del alcance de él y muy pronto fuera del alcance del mundo. Hacía casi setenta años que la mano que un día trazara aquellos desdibujados caracteres estaba muerta y la mente que los había concebido no existía desde hacía casi dos mil años. Dentro del mismo sobre había otra fotografía de su tía, aproximadamente de la misma edad. Debía de haberla enviado a su novio, posiblemente entonces en el frente, o quizá se la había dado antes de que marchara a la guerra. Tenía en una de las esquinas una mancha de un color rojo oscuro, que Dalgliesh pensó que debía de ser sangre de su prometido. Quizás aquella fotografía había sido devuelta a su tía junto con todos los efectos personales de su novio. Su tía iba vestida con una falda hasta los pies y una blusa abotonada hasta arriba, estaba riendo y llevaba el cabello peinado en dos bandas, una a cada lado de la cara, recogidas sobre las sienes. Con el paso de los años su rostro había adquirido distinción, si bien ahora Dalgliesh comprobaba, sorprendido, que en un tiempo había sido, además, hermosa. Su muerte permitía a Dalgliesh aquel escudriñamiento que, en vida de ella, les habría repugnado a los dos. De todos modos, su tía no había destruido las fotografías. Como era realista, posiblemente había sabido que otros ojos que no eran los suyos acabarían viéndolas. ¿O es que la vejez libera a las personas de mezquinas consideraciones en relación con la vanidad o la autoestima, a medida que la mente va distanciándose gradualmente de las intrigas y deseos de la carne? Con renuencia absurda, casi como si estuviera cometiendo una traición, arrojó al fuego las dos fotografías y las contempló mientras iban torciéndose y ennegreciéndose y fulguraban un momento antes de convertirse en cenizas.

¿Qué iba a hacer con todos aquellos desconocidos indocumentados? Mujeres de pechos prominentes debajo de inmensos sombreros sobre los que se amontonaban cintas y flores; excursiones en bicicleta; hombres con pantalones bombachos; mujeres

con larguísimas faldas de hechuras elegantes, tocadas con sombreritos de paja; bodas en las que el novio y la novia quedaban casi escondidos detrás de ramos inmensos, los protagonistas agrupados según su jerarquía reconocible, con la vista clavada en la lente de la cámara como si el chasquido del obturador pudiera detener el tiempo durante un segundo, sojuzgarlo, proclamando que este rito del tránsito tenía por lo menos importancia, enlazando el ineluctable pasado con el imprevisible futuro. Cuando era adolescente se había sentido obsesionado con el tiempo. Antes de las vacaciones de verano, se pasaba semanas enteras sumido en una sensación de triunfo, porque le parecía poder cazar el tiempo al vuelo y le decía:

—Corre todo lo que quieras y en seguida tendré las vacaciones aquí. O ve lentamente y entonces los días de verano durarán más tiempo.

Ahora, hombre de mediana edad, no sabía de ningún artificio ni de ningún placer prometido capaz de detener el avance inexorable de las ruedas de aquella carreta. De pronto encontró una fotografía en la que aparecía él vestido con el uniforme de la escuela preparatoria. La foto había sido tomada por su padre en el jardín de la rectoría e iba muy trajeado con su gorro y su chaqueta a rayas, estaba de pie, casi en posición de firmes, mirando desafiante la lente como si pretendiera fanfarronear frente al terror de tener que abandonar su casa. También estaba contento de que esto hubiera quedado atrás.

Así que terminó el concierto y él hubo dejado vacía la media botella de clarete, juntó las fotografías que quedaban, las metió en el cajón del escritorio y decidió sacudirse la melancolía de encima dando, antes de acostarse, un estimulante paseo por el mar. La noche era demasiado tranquila y hermosa para desperdiciarla en nostalgias e inútiles añoranzas. El aire estaba extraordinariamente tranquilo y hasta parecía que el ruido del mar se escuchaba en sordina: aquel mar que se extendía, pálido y misterioso, bajo la luna llena y el luminoso bordado que formaban las estrellas. Se detuvo un momento bajo las desmesuradas aspas del molino, pero enseguida emprendió vigorosamente la marcha en dirección norte, pasó junto al Martyr’s Cottage, que tenía iluminadas las ventanas de la planta baja, y junto a la franja de pinos hasta que, después de haber caminado tres cuartos de hora, decidió encaminarse a la playa. Se dejó deslizar por la pendiente arenosa y vio ante él los enormes y cuadrados bloques de cemento medio enterrados en la arena y, asomando en ellos, como extrañas antenas, los hierros retorcidos y oxidados. La luz de la luna, tan intensa como la última luz de la puesta de sol, había transmutado la textura de la playa y parecía que los granos de arena estaban iluminados uno por uno y que cada guijarro, misteriosamente, fuera único. De pronto sintió el impulso infantil de tener contacto con el agua del mar y de sentirla en los pies, por lo que se sacó zapatos y calcetines, se metió los calcetines en los bolsillos de la chaqueta y, atando los cordones de los zapatos, se los colgó del cuello. El agua, después del primer aguijonazo helado, era casi caliente como la sangre y, mientras seguía andando, Dalgliesh chapoteó siguiendo la orla que formaban las olas, deteniéndose de cuando

en cuando para volver la vista atrás y ver las huellas que dejaban sus pisadas, igual que hacía cuando era niño. Acababa de llegar a la franja estrecha del pinar. Sabía que allí había un caminito estrecho que, adentrándose entre los pinos, pasaba por delante de la casa de Hilary Robarts y llevaba a la carretera. Era el trayecto más directo para ir hasta la zona costera sin tener que gatear por los empinados acantilados del sur. Sentándose en un arrecife cubierto de guijarros, abordó aquel problema tan familiar al remero: cómo liberarse, con solo la ayuda de un pañuelo, del polvillo inoportuno de la insidiosa arena que se le había metido entre los dedos de los pies. Una vez conseguido su objetivo y calzados zapatos y calcetines, comenzó a caminar trabajosamente por los guijarros de la orilla.

Al llegar a la zona donde la arena era más fina, ya en el sector más alto de la playa, advirtió que por allí había pasado alguien antes que él. Vio a su izquierda el doble rastro de unos pies desnudos, las señales que dejaban los pies al correr. Por supuesto que debía tratarse de Hilary Robarts. Como siempre, habría tomado su baño nocturno. Observó de una manera subconsciente que las huellas eran muy marcadas y que, a pesar de que debía de haber abandonado la playa hacía ya una hora y media, el reborde de las pisadas aparecía tan claro como si acabara de dejarlas. Ante él estaba el camino que discurría entre los árboles y que, dejando atrás la luz de la luna, se introducía en las secretas sombras que proyectaba el pinar. Súbitamente la noche se había hecho más oscura, porque una nube baja y azulada había cubierto un momento la luna y esta iluminaba con su luz plateada sus bordes aserrados.

Encendió la linterna e iluminó con ella el camino y observó que el haz de luz reflejaba algo blanco a su izquierda, tal vez una hoja de periódico, un pañuelo o una bolsa de papel. Movido por cierta curiosidad, se apartó del camino para averiguar de qué se trataba. Fue entonces cuando la vio. Era como si su rostro deformado se encarara con él y estuviera suspendido e inmóvil bajo el vivo resplandor de la linterna. Era como la visión de la pesadilla. Contemplándola con fijeza, como paralizado, sintió una especie de conmoción en la que la incredulidad, la evidencia y el horror se fusionaban en un segundo y sembraban el desasosiego en su ánimo. Estaba tendida en un hoyo poco profundo, cubierto de hierba aplastada, una depresión que no llegaba a ser una zanja, pero lo bastante honda para que las hierbas que la bordeaban escudaran su cuerpo y no le permitieran verlo hasta que se encontró prácticamente a su lado. A la derecha del cadáver, en parte debajo del cuerpo, había una toalla de playa arrugada, a rayas rojas y azules y, sobre ella, colocadas ordenadamente una al lado de la otra, un par de sandalias y una linterna. Junto a ellas, perfectamente doblado, se veía lo que parecía ser un chándal azul y blanco. Posiblemente había sido el chándal lo que había visto en un primer momento. Estaba tendida boca arriba, la cara dirigida hacia él, los ojos muertos como mirando para arriba, fijos en él, como en un último y mudo ruego. Le habían introducido la pelusa debajo del labio superior y por debajo de ella asomaban los dientes, lo que le daba el aire de un conejo gruñón. Sobre la mejilla tenía un cabello negro atravesado que dio a

Dalgliesh el impulso casi irresistible de arrodillarse y retirárselo. Llevaba únicamente la parte inferior de un bikini negro, que tenía bajado hasta los muslos. Era perfectamente visible el lugar del cual habían sido arrancados los pelos. La letra L, matemáticamente situada en el centro de la frente, parecía grabada con todo cuidado, y las dos líneas, de igual longitud, se cortaban exactamente en ángulo recto. Entre los pechos aplastados y desparramados hacia los lados, con sus areolas oscuras y los pezones erectos, blancos como la leche en contraste con la piel morena de los brazos, se veía un guardapelo en forma de llave, que la víctima llevaba colgado del cuello. Y mientras iba recorriendo su cuerpo, haciendo bajar lentamente la luz de la linterna, la nube se retiró de la luna y Dalgliesh pudo entonces verla claramente, con sus miembros desnudos y ya sin sangre, igual que las arenas descoloridas, tan perfectamente visibles como si la contemplara a la luz del día.

Dalgliesh estaba avezado al horror y había pocas manifestaciones de la crueldad humana, de la violencia o quizá de la desesperación, que no fueran familiares a su experimentada mirada. Se sentía excesivamente sensible ante la contemplación de un cuerpo violado con cruda indiferencia, pero tan solo en un caso reciente, el último, esta sensibilidad había desencadenado en él algo más que una desazón momentánea. Sin embargo, en el caso de Paul Berowne, por lo menos había sido advertido. En realidad, esta era la primera vez que casi tropezaba con el cuerpo de una mujer asesinada. Ahora, mientras la contemplaba, analizaba la diferencia entre la reacción de un experto reclamado para acudir al escenario del crimen y sabiendo qué va a encontrar y esta repentina exposición de la violencia extrema. Dalgliesh se sentía igualmente interesado en la diferencia y el distanciamiento que permitían analizarla de una manera tan fría.

Se arrodilló y le tocó el muslo. Estaba helado y daba la impresión de un material sintético, como si fuera goma inflada. Creía que, de haber presionado con los dedos, a buen seguro que habría dejado unas marcas. Con mucho cuidado le pasó los dedos por los cabellos y notó que tenía las raíces ligeramente húmedas, pero las puntas estaban secas. La noche era cálida para el mes de septiembre. Miró el reloj: eran las diez y treinta y tres. Recordó que alguien le había dicho, no sabía cuándo ni quién, que Hilary Robarts solía ir a nadar poco después de los titulares de las noticias de las nueve. Los signos físicos confirmaban lo que él consideraba más probable: que había sido asesinada hacía menos de dos horas.

No había visto otras huellas en la arena aparte de las suyas propias y las de ella, pero la marea estaba en reflujo y debía de haber sido alta alrededor de las nueve, aunque la finura de aquella arena revelaba que el agua no había llegado al hoyo donde se encontraba el cadáver. Lo más probable era que el asesino hubiera pasado por el mismo camino que ella había recorrido a través del bosque. Seguramente se habría amparado en la protección de los árboles y habría permanecido en la sombra, vigilante e invisible. La zona de arena, cubierta por una alfombra de agujas caídas del pinar, seguramente no conservaría señales de las huellas, pero era importante que

quedara intacta. Moviéndose con sumo cuidado, se apartó del cadáver caminando de espaldas y después recorrió unos veinte metros hacia el sur siguiendo un reborde de pequeños guijarros. A la luz de la linterna, medio agachado, se abrió camino a través de la densa plantación de pinos, tratando de sortear las ramas más bajas, muy quebradizas, que encontraba a su paso. De una cosa, por lo menos, podía estar seguro: nadie había pasado recientemente por allí. A los pocos minutos había llegado a la carretera y, después de otros diez minutos más de marcha rápida estaría en el molino. De todos modos, el teléfono más próximo era el de la casa de Hilary Robarts, si bien supuso que estaría cerrada con llave y Dalgliesh no tenía ninguna intención de forzar la puerta para entrar. Casi tan importante era dejar intacta la casa de la víctima como el escenario del crimen. No había visto bolsa alguna junto al cadáver y lo único que había advertido eran los zapatos y la linterna, cuidadosamente colocados en la parte del hoyo que correspondía a la cabeza, aparte del chándal y de la toalla de playa a rayas de un rojo y un azul intensos sobre la cual yacía principalmente el cuerpo. A lo mejor Hilary Robarts había dejado la llave en su casa y la puerta no estaba cerrada, ya que su intención era volver al cabo de media hora. Valía la pena dedicar cinco minutos a inspeccionarla.

Vista desde las ventanas del molino, la casa conocida por Thyme Cottage lo había impresionado siempre por ser la menos interesante de la zona costera. Estaba orientada hacia el interior y era un edificio cuadrado y anodino, con un patio de cantos rodados en lugar de jardín frontal, aparte de unas ventanas apaisadas y modernas que destruían todo el encanto que quizás había tenido alguna vez y que la convertían en una aberración moderna, más propia de una urbanización rural que de aquella costa remota y desgarrada por el mar. En tres de sus lados los pinos crecían tan ferozmente que casi alcanzaban las paredes. A veces Dalgliesh se había preguntado por qué motivo había escogido Hilary Robarts aquel sitio tan alejado de la central nuclear, pero después de la cena ofrecida por Alice Mair creía comprender la razón. En aquel momento estaban encendidas todas las luces de la planta baja, lo que permitía observar el gran rectángulo de la ventana apaisada situada a la izquierda, que casi llegaba al suelo, y el cuadrado más pequeño de la ventana de la derecha, que supuso que correspondía a la cocina. Normalmente aquellas luces habrían constituido una tranquilizadora señal de vida, normalidad y bienestar, un refugio frente a los miedos atávicos despertados por aquel bosque aislado y aquella costa desierta iluminados por la luna, pero ahora aquellas ventanas inundadas de luz y desnudas de cortinas eran un factor más que venía a sumarse a su inquietud creciente y, a medida que iba acercándose a la casa, le parecía que entre él y aquellas ventanas iluminadas, como una fotografía no acabada de revelar, flotaba el recuerdo de la imagen de aquel rostro muerto y maltratado.

Allí había estado alguien antes que él. Tras saltar la baja pared de piedra, advirtió que el panel de la ventana apaisada estaba hecho añicos y, entre los cantos del suelo, vio que pequeñas esquirlas de vidrio brillaban igual que gemas. Se quedó un

momento ante la ventana y a través de los bordes dentados del cristal roto contempló la sala de estar, vivamente iluminada. La alfombra estaba sembrada de fragmentos de vidrio, como plateadas perlas que le hicieran guiños. Era evidente que la fuerza del impacto había procedido del exterior del *cottage* y en seguida vio qué objeto se había empleado para producirlo: sobre la alfombra y boca arriba estaba el retrato de Hilary Robarts, rasgado hasta el marco por dos cortes en ángulo recto que formaban la letra L.

No quiso comprobar si la puerta estaba o no cerrada con llave. Era más importante no alterar el escenario que tardar diez o quince minutos más en llamar a la policía. La mujer estaba muerta y, aunque la rapidez era importante, no era vital. Volviendo a la carretera, se encaminó al molino, caminando y corriendo alternativamente. Fue entonces cuando oyó el ruido de un coche que se aproximaba y, al volverse, vio las luces de unos faros que se acercaban a toda velocidad desde la parte norte. Era el BMW de Alex Mair. Dalgliesh se colocó en el centro de la carretera e hizo señales con la linterna. El coche aminoró la marcha y se paró. Al mirar por la ventana del lado derecho, que estaba abierta, Dalgliesh vio el rostro de Alex Mair, que la luz de la luna hacía lívido y se quedó mirándolo con particular fijeza un momento, sin una sonrisa, como si aquel encuentro fuera una cita convenida.

—Siento tener que darle una mala noticia —dijo Dalgliesh—. Hilary Robarts ha sido asesinada. Acabo de encontrar su cadáver y necesito un teléfono.

Las manos, que reposaban distendidas en el volante, se contrajeron un momento y volvieron a relajarse, mientras que la mirada, fija en la de Dalgliesh, se tornó cautelosa. Pese a todo, al hablar Mair no dejó traslucir ninguna emoción. La única que lo había traicionado había sido aquel involuntario espasmo de la mano.

—¿El Silbador? —preguntó.

—Eso parece.

—Llevo teléfono en el coche.

Sin añadir nada más, abrió la puerta, salió y se apartó en silencio, mientras Dalgliesh tardaba dos irritantes minutos en ponerse en contacto con el cuartel general de Rickards. Este no estaba, pero Dalgliesh dio la noticia y colgó. Mair se había apartado unos treinta metros del coche y estaba de espaldas contemplando el resplandor de la central nuclear iluminada con todas sus luces, como si se desentendiera de la cuestión.

Mientras se acercaba al coche, dijo:

—Todos le habíamos advertido que no fuera a nadar sola, pero ella no nos hacía caso. En el fondo yo no creía que corriera peligro, pero supongo que lo mismo pensaban todas las víctimas hasta que ya fue demasiado tarde. «A mí no me va a ocurrir». Pero puede ocurrir y ocurre. Es algo extrañísimo, increíble. ¡La segunda víctima de McKee! ¿Dónde está?

—En la franja del pinar, supongo que en el lugar donde acostumbraba nadar.

Mientras Mair avanzaba hacia el mar, Dalgliesh dijo:

—Usted no puede hacer nada. Yo vuelvo al sitio y esperaré a la policía.

—Ya sé que no puedo hacer nada, pero quiero verla.

—Mejor que no la vea. Cuantas menos personas estén presentes, mejor.

Mair se volvió bruscamente hacia él.

—¡Por Dios, Dalgliesh! ¿Siempre tiene que pensar como un policía? Le he dicho que quiero verla.

Dalgliesh pensó que aquel era un caso que no le correspondía a él solucionar y que no podía retenerlo por la fuerza. Lo único que podía hacer era procurar que el camino que conducía directamente al cadáver no fuera pisado. Sin decir palabra, se puso en camino y Mair lo siguió. Dalgliesh se preguntó a qué venía aquella insistencia en ver el cadáver. ¿Era para comprobar que efectivamente estaba muerta, una necesidad del científico de comprobar y confirmar? ¿O estaba tratando de exorcizar un horror que podía ser más terrible imaginado que visto? ¿O quizás era una reacción de raíces todavía más profundas? La necesidad de rendirle tributo, de estar junto a su cuerpo en medio de la quietud y la soledad de la noche antes de que llegara la policía con toda la parafernalia oficial que comporta la investigación de un crimen y, como parte de ella, la exclusión definitiva de la presencia de la muerta en su vida.

Mair no hizo ningún comentario mientras Dalgliesh lo conducía hacia el sur de aquel camino bien firme que llevaba hasta la playa y, también sin hablar, lo seguía al tiempo que él se sumergía en la oscuridad y comenzaba a abrirse paso entre los pinos. El haz de luz de la linterna incidía en las frágiles ramas que había arrancado al pasar anteriormente por aquel sitio, como también en la alfombra de agujas revueltas con la arena, en las piñas secas caídas en el suelo y en el reflejo de una lata vieja y abollada. Parecía que la oscuridad hacía más intenso el olor a resina, enervante como una droga, haciendo el aire tan irrespirable como en una bochornosa noche de verano.

A los pocos minutos dejaron la embotadora oscuridad para salir a la blanca frialdad de la playa y ante ellos se desplegó, cual abombado escudo de plata labrada, todo el esplendor del mar iluminado por la luna. Se detuvieron un momento uno junto al otro, jadeantes como si acabaran de superar una dura prueba. Todavía aparecían visibles sobre la arena seca las pisadas de Dalgliesh y, siguiendo el último reborde de guijarros, llegaron hasta el cadáver.

Dalgliesh decidió no seguir más tiempo allí, junto a Mair, los dos contemplando sin rebozo la desnudez del cadáver. Le parecía que toda su percepción estaba agudizada al máximo con aquella luz fría y extenuante. Los miembros níveos, la aureola de los oscuros cabellos, el rojo y azul chillones de la toalla de playa, los matojos de hierba, todo resplandecía con una precisión unidimensional como una fotografía a todo color. La necesaria custodia del cadáver hasta la llegada de la policía habría sido perfectamente tolerante y, de hecho, Dalgliesh ya estaba acostumbrado a la poco exigente compañía de los muertos pero, con Mair a su lado, tenía complejo de

mirón. Más por repulsión que por delicadeza se apartó un poco y observó la oscuridad de los pinos, sin perder de vista el menor movimiento y hasta la respiración de la alta figura del hombre que también observaba.

—El guardapelo que lleva colgado del cuello se lo regalé yo el veintinueve de agosto, día de su cumpleaños —dijo Mair—. Tiene el tamaño justo para guardar el llavín Yale de su casa. Me lo hizo expresamente uno de los metalistas del taller de Larksoken. Hacen cosas verdaderamente admirables.

Dalgliesh, que tenía experiencia de las diferentes manifestaciones de la conmoción, no dijo nada. De pronto, Mair dijo con aspereza:

—¡Por el amor de Dios, Dalgliesh! ¿No podemos taparla?

¿Con qué iban a taparla?, pensó Dalgliesh, al tiempo que se decía que a lo mejor Mair esperaba que lo hiciese con la toalla trabada en parte con el cuerpo de la muerta.

—No, lo siento —dijo—, pero no podemos tocar nada.

—Pero, si sabemos que ha sido el Silbador… ¡Salta a la vista! Usted mismo lo ha dicho.

—El Silbador es un asesino igual que otro cualquiera. Lleva cosas al lugar del crimen y deja cosas detrás de él y estas cosas pueden constituir pruebas. Es un hombre, no una fuerza de la naturaleza.

—¿Cuándo llegará la policía?

—No puede tardar. No he podido hablar con Rickards, pero se pondrán en contacto con él. Si usted quiere marcharse, me quedo yo. Usted ya no tiene nada que hacer aquí.

—Me quedaré hasta que se la lleven.

—Puede ir para largo, a menos que localicen pronto al forense.

—Pues hay para rato.

Y sin más, se dio la vuelta y se encaminó hacia la orilla del mar, dejando unas huellas que corrían paralelas a las de Dalgliesh. Este bajó hasta el reborde de guijarros y se sentó en él con los brazos alrededor de las piernas, contemplando la alta figura de aquel hombre que se movía incansablemente de un lado a otro siguiendo el festón de la marea. Si Dalgliesh había dejado un rastro de pisadas, ya habría desaparecido, si bien consideró que la idea era ridícula, puesto que ningún asesino había dejado una huella más clara de su identidad en la víctima que el Silbador. ¿A qué venía, pues, aquella inquietud, aquella sensación de que la cosa no estaba tan clara como aparentaba?

Arrellanó más cómodamente sus tacones y sus nalgas sobre los guijarros y se dispuso a esperar. La frialdad de la luna, el movimiento incesante de las olas y aquella sensación física de la presencia del cadáver detrás de él, un cadáver que iba envarándose lentamente, le producían una suave melancolía, una contemplación de la muerte en general que abarcaba la suya propia .*Timor mortis conturbat me.* Esto le hizo considerar que, cuando uno es joven, corre riesgos porque la muerte no constituye para él la realidad. La juventud discurre bajo el caparazón de la

inmortalidad y solo cuando uno llega a la mitad de la vida cobra conciencia de la sombra proyectada por su transitoriedad. El miedo a la muerte, aunque irracional, seguramente era natural tanto si uno pensaba en ella como aniquilación como si la veía como tránsito. Todas las células del cuerpo estaban concebidas para la vida y todo ser sano se aferra a ella hasta el último aliento. ¡Qué difícil aceptar, aunque también qué reconfortante, la comprensión gradual de que el enemigo universal pueda venir al fin como un amigo! Quizás este aspecto formaba parte del atractivo de su trabajo, quizás el proceso de la detección dignificase la muerte del individuo, incluso la muerte del ser más repulsivo y más indigno, ya que reflejaba en su exagerado interés en las pistas y en las motivaciones la perenne fascinación que siente el hombre ante el misterio de la mortalidad y proporcionaba, además, una confortadora ilusión de un universo moral donde era posible vengar al inocente, reivindicar lo justo y restablecer el orden. Pero, en realidad, no se restablecía nada, evidentemente no la vida, y la única justicia que le reivindicaba era la dudosa justicia humana. Era indudable que su trabajo tenía para él una fascinación que rebasaba el desafío intelectual o la excusa que ofrecía para atrincherar su intimidad. Ahora, sin embargo, acababa de heredar un patrimonio suficiente para que ya no le fuera necesario trabajar. ¿Era esto lo que había pretendido su tía con su inexorable testamento? ¿No habría querido decirle con él: aquí tienes ese dinero para que te sea innecesario cualquier otro trabajo que no sea escribir versos? ¿No habría llegado el momento de elegir?

Aquel caso no le pertenecía, ni tampoco había razón para que interviniera en él pero, obedeciendo la fuerza de la costumbre, comprobó la hora de llegada de la policía y vio que habían pasado treinta y cinco minutos cuando sus oídos captaron los primeros rumores que indicaban movimiento entre los pinos. Venían por el sitio que él les había indicado y hacían muchísimo ruido. Quien apareció primero fue Rickards, pegado al cual iba otro hombre más joven pero extremadamente fuerte y, más rezagados, cuatro oficiales muy cargados. Para Dalgliesh, que se levantó para recibirlos, eran seres inmensos, como hombres de la luna, de rostros cuadrados y empalidecidos por aquella luz extraña, transportando toda la voluminosa y contaminante parafernalia propia de estos casos. Rickards esbozó un ademán con la cabeza pero solo habló brevemente para presentar al sargento, Stuart Oliphant.

Los dos se acercaron al cadáver y se quedaron mirando a la que había sido Hilary Robarts. Rickards respiraba ruidosamente, como si hubiera llegado corriendo, y a Dalgliesh le dio la impresión de que de él emanaba como un potente manantial de energía y entusiasmo. Oliphant y los cuatro oficiales descargaron su equipo en el suelo y permanecieron en silencio, ligeramente apartados. A Dalgliesh le parecía estar viviendo una película e imaginaba que ellos eran los actores y que ahora tendrían que esperar a que el director diera la orden de filmar o que se oiría una voz que diría «¡corten!» y el grupito se disolvería, la victima se desperezaría, se sentaría y

comenzaría a restregarse brazos y piernas y a lamentarse del entumecimiento y del frío.

Sin apartar los ojos del cuerpo, Rickards preguntó:

—¿La conoce, señor Dalgliesh?

—Hilary Robarts, oficial administrativa de la central nuclear de Larksoken. La conocí el jueves pasado en una cena en casa de la señorita Mair.

Rickards se volvió y observó la figura de Mair. Estaba de pie, inmóvil de espaldas al mar, pero tan cerca del agua que Dalgliesh pensó que debía de mojarle los zapatos. Mair no hizo intención de aproximarse, como si estuviera aguardando que lo invitaran o esperara a que se le acercara Rickards.

—Es el doctor Alex Mair —dijo Dalgliesh—. El director de Larksoken. He utilizado el teléfono de su coche para llamarles. Me ha dicho que va a quedarse hasta que retiren el cuerpo.

—Entonces va a esperar mucho. ¿Así que es el doctor Alex Mair? He leído cosas acerca de él. ¿Quién la ha encontrado?

—Yo, creía que ya había quedado aclarado cuando he llamado por teléfono.

O Rickards ocultaba deliberadamente cosas de las que estaba enterado, o sus hombres no le daban bien los recados.

Rickards se volvió a Oliphant.

—Vaya a hablar con él y dígale que vamos a tardar mucho rato y que él aquí no puede servirnos de nada más que de molestia. Convénzalo de que se vaya a dormir a casa y, si no puede, ordéneselo. Mañana hablaré con él.

Aguardó a que Oliphant hubiera comenzado a caminar por los crujientes guijarros del reborde para llamarlo:

—Oliphant, si no quiere marcharse, le dice que se mantenga a distancia. No quiero verlo por aquí. Y después coloquen los biombos alrededor del cadáver. ¡No pienso darle ese gusto!

El comentario respondía a una crueldad gratuita que Dalgliesh no se esperaba. Algo le ocurría a aquel hombre, algo que no tenía nada que ver con el agotamiento profesional que comportaba otra víctima más del Silbador. Era como si, ante la visión de aquel cadáver, se liberara en él con violencia una angustia personal de la que tenía conciencia a medias, que a duras penas sabía dominar y que ahora triunfaba sobre las precauciones y la disciplina.

Pero Dalgliesh también se sintió ofendido.

—Ese hombre no es ningún mirón —dijo—, y en estos momentos probablemente le cuesta bastante mostrarse sensato. Después de todo, conocía a la mujer. Hilary Robarts era una de sus empleadas.

—Ahora ya no la puede ayudar en nada, pese a que antes se entendía con ella.

E inmediatamente añadió, como si reconociera la censura implícita en sus palabras:

—Muy bien, voy a decirle unas palabras.

Y echó a correr torpemente por el reborde de las piedras. Oliphant, al oír que se acercaba, se volvió y juntos se dirigieron hacia aquella figura que esperaba en silencio junto a la orilla del mar. Dalgliesh los observó mientras hablaban y vio que después se volvían y se aproximaban por la playa, Alex Mair entre los dos policías, como un prisionero que llevaran escoltado. Rickards se dirigió hacia el cadáver, pero era evidente que Oliphant iba a acompañar a Alex Mair hasta el coche. Encendió la linterna y enfocó el bosque. Mair titubeó. Había ignorado el cadáver, como si ya no estuviera allí, pero ahora miró a Dalgliesh con la expresión de alguien que odia un asunto pendiente. Después dio rápidamente las buenas noches y siguió a Oliphant.

Rickards no hizo ningún comentario acerca del cambio de actitud de Mair ni acerca de sus métodos de persuasión.

—No hay ninguna bolsa —comentó.

—La llave de la casa está dentro del guardapelo que lleva colgado del cuello.

—¿Ha tocado el cadáver, señor Dalgliesh?

—Únicamente el cabello, para saber si estaba húmedo. El guardapelo es un regalo de Mair. Me lo ha dicho él.

—Vivía cerca, ¿verdad?

—Sí, habrá visto una casa al pasar con el coche. Está justo al otro lado del pinar. Yo me he acercado hasta la casa después de encontrar el cadáver pensando que podía estar abierta y que podría telefonear desde allí. La casa ha sido asaltada y han arrojado un retrato de la mujer por la ventana. Primero el Silbador y después el atraco. Todo en una misma noche. ¡Vaya coincidencia!

Rickards se volvió y lo miró a los ojos.

—Es posible. Pero esto no lo ha hecho el Silbador. El Silbador está muerto. Se ha suicidado en un hotel de Easthaven a eso de las seis. He estado tratando de localizarlo a usted para comunicárselo.

Se agachó junto al cuerpo y palpó el rostro de la chica, después le levantó la cabeza y la dejó caer.

—No hay rigor. Ni un principio siquiera. Ha sido en las últimas horas a juzgar por su aspecto. El Silbador ha muerto con unos cuantos pecados en la conciencia pero este… este —y al decir la palabra hundió con violencia el dedo en el cuerpo muerto —… este, señor Dalgliesh, es otra cosa.

Capítulo 4

Rickards se puso los guantes. Después de calzárselos, el látex adquirió sobre sus dedos un aspecto casi obsceno; parecían las ubres de un animal gigantesco. Poniéndose de rodillas, comenzó a manosear el guardapelo que, de pronto, como si hubiera tocado un resorte, se abrió de golpe y Dalgliesh pudo ver, perfectamente encajado en su interior, el llavín Yale. Rickards lo sacó y dijo:

—¡Exacto, señor Dalgliesh! Vamos a echar una ojeada a la casa.

Al cabo de dos minutos Dalgliesh seguía a Rickards por el camino que conducía a la puerta frontal de la casa. Rickards la abrió con la llave y los dos accedieron a un pasillo que llevaba a las escaleras y que tenía puertas a cada lado. Rickards abrió la puerta de la izquierda y entró en la sala de estar seguido de Dalgliesh. Era una gran habitación, cuya anchura correspondía a la total de la casa, con ventanas a cada extremo y una chimenea situada enfrente de la puerta. El retrato estaba en el suelo, aproximadamente a un metro de distancia de la ventana, rodeado de fragmentos de vidrio. Los dos hombres se quedaron al otro lado de la puerta contemplando la escena.

—Está pintado por Ryan Blaney —dijo Dalgliesh—, que vive en Scudder's Cottage, en la parte sur de la zona costera. Vi el cuadro la misma tarde que llegué.

—¡Una manera muy bonita de entregarlo! —dijo Rickards—. Ella posó para el cuadro, supongo.

—No lo creo. Me parece que lo pintó para darse gusto a él, no para darle gusto a ella.

Estuvo a punto de añadir que, en su opinión, Ryan Blaney sería incapaz de destruir su propia obra, si bien reflexionó en seguida que, en realidad, la obra no estaba destruida, porque aquellos dos cortes en forma de L eran fáciles de reparar. El daño había sido tan preciso y deliberado como los mismos cortes en la frente de Hilary Robarts, hechos sin furia alguna.

Por un momento pareció que Rickards se desinteresaba del cuadro.

—Así que es aquí donde vivía… —dijo—. Seguramente amaba la soledad, porque esto es como vivir sola.

—Que yo sepa, vivía sola —dijo Dalgliesh.

La habitación le pareció bastante deprimente, no porque no fuera cómoda, puesto que tenía los muebles necesarios, sino porque daba la impresión de que eran muebles sobrantes de otra casa, no una elección hecha conscientemente por la persona que la ocupaba. Junto a la chimenea, provista de calefacción de gas, había dos butacas de cuero sintético de color marrón. En el centro de la habitación, una mesa ovalada, rodeada por cuatro sillas diferentes entre sí. A cada lado de la ventana central había unas estanterías empotradas, cargadas con lo que parecía ser una colección de libros de texto y novelas diversas. Dos de los estantes más altos y los situados más abajo estaban atiborrados de ficheros. Tan solo en la pared más larga, situada delante de la

puerta, había algún indicio revelador de que alguien hacía vida en aquella habitación. Debía de ser una persona aficionada a las acuarelas, porque estaba totalmente ocupada por ellas, como si fuera parte de una galería. Le pareció reconocer una o dos y habría querido acercarse para examinarlas de cerca. Sin embargo, como era posible que, antes que ellos, hubiera estado otra persona aparte de Hilary Robarts en aquella habitación, convenía que quedara intacta.

Rickards cerró la puerta y abrió la opuesta, situada a la derecha del pasillo. Daba a la cocina y era una habitación puramente funcional, sin nada interesante, perfectamente equipada pero absolutamente diferente de la cocina de Martyr's Cottage.

En medio de la habitación había una pequeña mesa de madera, cubierta con un plástico y rodeada de cuatro sillas a juego, perfectamente colocadas. Sobre la mesa había una botella de vino, destapada y con el tapón de corcho y el sacacorchos metálico al lado. En la tabla de escurrir vajilla había dos vasos para vino, sencillos y limpios, colocados boca abajo.

—Dos vasos, lavados los dos por ella o por su asesino —dijo Rickards—. Aquí no habrá huellas. Y una botella abierta. Hoy alguien ha bebido de ella.

—En ese caso debe de ser abstemio. O quizá fuera ella —dijo Dalgliesh.

Rickards, con la mano enguantada, levantó la botella cogiéndola por el cuello y, lentamente, la inclinó:

—Solo falta un vaso. Quizá pensaban terminarla después de nadar.

Y mirando a Dalgliesh, dijo:

—Usted no estuvo aquí antes, ¿verdad, señor Dalgliesh? Tengo que hacer la pregunta a todas las personas que la conocían.

—No, por supuesto que no. No he estado aquí antes. Esta noche también he bebido clarete, pero no con Hilary Robarts.

—Lástima que no haya estado, porque en ese caso ahora ella estaría viva.

—No necesariamente, porque podría haberme marchado cuando ella se cambiara para ir a nadar. Y suponiendo que esta noche haya venido alguien a visitarla, seguramente es lo que ha hecho.

Hizo una pausa como dudando si añadir algo más y por fin dijo:

—El vaso de la izquierda tiene el borde ligeramente mellado.

Rickards lo levantó, lo colocó bajo la luz central y lo hizo girar lentamente.

—Le envidio la buena vista. No creo que la cosa tenga mucha importancia, sin embargo.

—Hay personas a las que les molesta enormemente beber de un vaso roto. A mí, sin ir más lejos.

—En ese caso, ¿por qué no romperlo y tirarlo? ¿Para qué guardar un vaso que uno no piensa utilizar para beber? Cuando me encuentro ante dos alternativas, me inclino hacia la más probable. Dos vasos, dos personas que han bebido de ellos. Esta es la explicación más lógica.

Dalgliesh pensó que también era esta la base sobre la que se apoyaba la mayor parte de la labor policial y que solo cuando lo obvio resultaba insostenible se hacía necesario explorar explicaciones menos probables. Sin embargo, a veces podía convertirse en el primer paso en falso que conduciría a un laberinto de conceptos erróneos. No sabía por qué, pero su instinto le decía que Hilary había bebido sola. Quizá porque la botella estaba en la cocina y no en el salón. El vino era un Château Talbot del año 79, que no podía considerarse un vino cualquiera. ¿Por qué no servirlo en el salón entonces y hacerle los honores que merecía? En cambio, si estaba sola y lo único que había necesitado era un traguito antes de ir a nadar, lo más probable es que no se andara con ceremonias. Y si eran dos las personas que habían estado bebiendo en la cocina, era excesivamente meticulosa si se había entretenido en volver a colocar las sillas en su sitio. De todos modos, lo que más convencido lo dejaba era el nivel que tenía el vino en la botella. ¿Por qué descorchar una botella si solo pensaba servir dos medios vasos? Lo cual no excluía, naturalmente, que no estuviera esperando una visita para más tarde, en cuyo caso la ayudaría a terminar la botella.

Rickards se mostraba extrañamente interesado en la botella y en la etiqueta de la misma. De pronto dijo con brusquedad:

—¿A qué hora ha salido del molino, señor Dalgliesh?

—A las diez menos cuarto. He mirado el reloj de la repisa de la chimenea y he comprobado la hora en el mío de pulsera.

—¿Y no ha visto a nadie durante el paseo por la playa?

—A nadie y no hay más huellas de pisadas que las de Hilary Robarts y las mías.

—¿Qué estaba haciendo en la zona de la costa, señor Dalgliesh?

—Pues paseaba y pensaba.

Y había estado a punto de añadir: «y chapoteaba como un niño», pero se reprimió.

—Paseaba y pensaba… —repitió Rickards sopesando las palabras.

Los oídos extremadamente sensibles de Dalgliesh captaron en la voz de Rickards un matiz de desconfianza y extrañeza. Dalgliesh pensaba qué habría dicho su colega si hubiera decidido confiarle:

—Estaba pensando en mi tía y en los hombres que la amaron, en su novio que murió en 1918 y en otro hombre que quizá fue su amante. Estaba pensando en los miles de personas que se habrían paseado por aquella orilla y que ahora habían muerto, mi tía entre ellos, y en cómo, siendo un niño, había odiado el falso romanticismo de aquel estúpido poema sobre los grandes hombres que dejaban las huellas de sus pasos en las arenas del tiempo, porque esto era esencialmente lo máximo que esperábamos dejar: marcas transitorias que la siguiente pleamar borraría. Estaba pensando en lo poco que había conocido a mi tía y en si era posible conocer a un ser humano a no ser a un nivel superficial, incluidas las mujeres que he amado. Estaba pensando en el choque nocturno de ejércitos que se ignoran mutuamente, ya que no hay poeta que pase por la orilla del mar a la luz de la luna que no recite en silencio el maravilloso poema de Matthew Arnold. Y estaba pensando también en si

yo habría sido mejor poeta, o incluso en si habría sido poeta, si no hubiera decidido ser policía. En un plano más prosaico, de cuando en cuando también le había estado dando vueltas a la cuestión de si mi vida cambiaría para ir a peor o a mejor después de la inmerecida recepción de tres cuartos de millón de libras.

El hecho de que no se decidiera a revelar ni siquiera la más insignificante de sus íntimas reflexiones —aquel secreto infantil referente al chapoteo en el agua— provocaba en él un sentimiento irracional de culpa, como si estuviera escondiendo aposta datos informativos de importancia. Hubo de considerar, sin embargo, que nadie podía haber estado haciendo cosa más inocente que él y que, de hecho, no era posible que Rickards lo tuviese por un sospechoso serio. Hasta al propio Rickards debía de haberle parecido ridícula la idea, si bien por lógica debía admitir que nadie de cuantos vivían en la zona costera y hubieran conocido a Hilary Robarts podía ser excluido de la investigación y él menos que nadie, precisamente por ser agente de policía. Pero Dalgliesh, además, era un testigo. Poseía datos que podía facilitar o retener y, aunque Rickards supiera que no pensaba retenerlos, era evidente que se había producido una diferencia en la relación que mantenía con él. Le gustara o no, estaba involucrado en el caso y no necesitaba que Rickards le indicara aquella desagradable realidad. Profesionalmente, nada tenía que ver con el asunto, pero sí tenía que ver con él y mucho como hombre y como ser humano.

Le sorprendía y lo desconcertaba un poco admitir cuánto le había molestado el interrogatorio, pese a que había sido cortés. Es evidente que un hombre tenía derecho a pasear solo por la playa de noche sin tener que dar cuenta de los motivos a ningún policía. Era personalmente saludable para él experimentar aquella sensación de violación de la intimidad, de ultraje de su virtud que debe sentir precisamente un sospechoso inocente cuando tiene que someterse a un interrogatorio policial, aparte de que ahora volvía a comprobar lo mucho que le molestaba verse interrogado, aun sabiéndolo desde la infancia.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde has estado? ¿Qué estás leyendo? ¿Dónde vas?

Había sido el hijo único y profundamente deseado de unos padres de edad madura y había tenido que soportar la carga de las preocupaciones que les inspiraba y su carácter posesivo, además de vivir en un pueblo donde no por ser hijo del párroco se libraba de la mirada escrutadora de la vecindad. De pronto, allí de pie en aquella cocina anónima y pulcra, se había acordado vivamente, y con un pesar que todavía lo turbaba, del momento en que había sido violada su más preciosa intimidad. Recordó aquel lugar retirado, escondido entre laureles y saúcos, allá en el fondo de la espesura, el verde túnel de hojas que llevaba hasta el santuario húmedo y mohoso de tres metros cuadrados de superficie, recordó aquella tarde de agosto y de pronto el rumor y el crujido de los arbustos y, asomando entre las hojas, el rostro enorme de la cocinera que decía:

—Su madre ha pensado que podía estar aquí, señorito Adam. El señor párroco lo llama. ¿Qué hace usted ahí escondido, en medio de estas hojas sucias? ¡Mejor le

vendría jugar al sol!

Así es que aquel último refugio, el que consideraba totalmente secreto, había sido descubierto. Ellos habían sabido de su existencia desde siempre.

—¡Oh, Dios, que yo pudiera de Ti reservarme! —dijo.

Rickards se quedó mirándolo:

—¿Cómo dice, señor Dalgliesh?

—Nada, es una cita que acaba de ocurrírseme.

Rickards no contestó, aunque probablemente pensó: «Bueno, como es un poeta, tiene derecho a decir estas cosas». Después dirigió una última mirada escrutadora a toda la cocina, como si a través de la intensidad de aquella revisión visual pudiera obligar de alguna manera a que la mesa insignificante con sus cuatro sillas, la botella abierta de vino y los dos vasos lavados le libraran su secreto.

Después dijo:

—Voy a cerrar esto con llave y pondré guardia hasta mañana. Tengo que reunirme con el médico patólogo, el doctor Maitland-Brown, en Easthaven. Echaré una ojeada al Silbador y después vendré directamente hacia aquí. Para entonces ya habrá venido el forense del laboratorio. Usted también quería ver al Silbador, ¿verdad, señor Dalgliesh? Pues esta me parece una ocasión tan buena como otra cualquiera.

A Dalgliesh la ocasión le parecía particularmente mala, ya que una muerte violenta era más que suficiente para una noche y, por otra parte, de pronto se había puesto a anhelar locamente la paz y la soledad del molino. Pero no tendría probabilidades de dormirse hasta las primeras horas de la mañana y, por otra parte, de nada le habría servido poner objeciones.

—Si quiere, podría llevarlo y traerlo en mi coche —dijo Rickards.

Dalgliesh sintió una repulsa inmediata ante la sola idea de tener que pasar todo el viaje metido en el coche con Rickards, por lo que dijo:

—Si me deja en el molino, iré en mi coche. No hay razón para que me quede mucho rato en Easthaven y lo más probable es que usted sí tenga que quedarse.

Le sorprendió un poco que Rickards quisiera dejar la playa. Naturalmente, Oliphant y sus polizontes se encargarían del trabajo; los procedimientos a seguir en el escenario del crimen estaban perfectamente establecidos y los agentes se demostrarían competentes en todo lo que hubiera que hacer. Además, hasta que llegara el forense no se podía mover el cadáver. Sin embargo, tenía la premonición de que a Rickards le importaba que pudieran ver juntos el cadáver del Silbador, lo que hizo que se preguntara qué hecho olvidado de su pasado común podía haberlo conducido a tan apremiante necesidad.

Capítulo 5

El Balmoral Private Hotel era la última de una hilera de casas anodinas cuya construcción databa del siglo XIX, situada en el extremo menos elegante del largo paseo. Las luces de verano todavía colgaban suspendidas entre los faroles victorianos, ahora apagadas, formando festones irregulares que parecían viejos collares que podían dejar caer sus ennegrecidas cuentas ante la primera ráfaga de viento. La temporada estaba oficialmente terminada. Dalgliesh siguió detrás del Rover policial por el lado izquierdo del paseo. Entre la calzada y el refulgente mar había un terreno reservado, cercado con una alambrada, para que en él jugaran los niños, pero tenía la puerta cerrada con un candado y el quiosco interior, de cuyas paredes colgaban carteles descoloridos y medio arrancados anunciando festivales de verano, helados de las más extrañas formas y una cabeza de payaso, tenía bajada la persiana. Los columpios estaban atados en la barra de arriba, mientras que uno de los asientos de metal, a merced de la brisa que iba arreciando por momentos, golpeaba con un impacto seco y regular el armazón metálico que los sostenía. El hotel destacaba de sus grisáceos vecinos por estar vistosamente pintado de un detonante azul que ni siquiera la iluminación desmayada de la calle lograba atenuar. La lámpara del pórtico proyectaba su luz sobre un gran letrero en el que se leían estas palabras: «Nueva dirección. Bill y Joy Carter le dan la bienvenida al Balmoral». Otro letrero colocado más abajo decía simplemente: «Hay habitaciones».

Mientras aguardaban para cruzar la calle a que pasaran lentamente un par de coches cuyos conductores miraban ansiosamente por las ventanillas buscando un sitio para aparcar, Rickards dijo:

—Ha sido su primer verano. Hasta ahora todo había ido bien, pese al espantoso verano que hemos tenido. Esto les va a perjudicar. Claro que les vendrán los morbosos de turno, pero las familias con niños se lo pensarán dos veces antes de decidirse a instalarse en este hotel. Menos mal que ahora está medio vacío. Esta mañana ha habido dos cancelaciones. No tenían más que tres parejas y todo el mundo estaba ausente cuando el señor Carter ha encontrado el cadáver. Hasta ahora hemos conseguido mantener a los huéspedes en una feliz ignorancia. En estos momentos están en cama, presumiblemente durmiendo. Esperemos que sigan así.

La pronta llegada de la policía debía haber puesto sobre aviso a algunas personas de la localidad, pero el agente de paisano que discretamente hacía guardia en el pórtico había tenido que dispersar a unos cuantos curiosos y en aquellos momentos la calle estaba despejada al otro lado de la calzada, a unos cincuenta metros de distancia. Parecían estar hablando en voz baja y, así que Dalgliesh les dirigió la mirada, echaron a andar sin objeto, como empujados por la brisa.

—¿Por qué habrá tenido que ser precisamente aquí? —preguntó Dalgliesh.

—Sabemos el motivo. Hay un montón de cosas que no sabemos, pero por lo menos sabemos esta. Hay en el hotel un camarero que trabaja a tiempo parcial en el

bar. Se llama Albert Upcraft y por lo menos tiene setenta y cinco años. Este hombre se ha acordado. Se ha mostrado un poco difuso en lo que se refiere a lo ocurrido aquí anoche, pero en lo tocante a sus recuerdos remotos, todo concuerda perfectamente. Parece que el Silbador había vivido en este hotel cuando era niño. Su tía, la hermana de su padre, era la directora del hotel… hace de eso veinte años… y, cuando había pocos clientes, solía arrancarlo de manos de su madre para que pasara aquí unos días de vacaciones. Esto lo hacía sobre todo cuando mamá tenía algún amiguito y al tipo en cuestión no le gustaba que el niño estuviera rondando por la casa. El niño había pasado semanas enteras en el hotel. No era una molestia para nadie, ayudaba a servir a los clientes, ganaba alguna propina e incluso asistía a la escuela dominical.

—«El día ya ha acabado» —dijo Dalgliesh.

—Sí, el día ya ha acabado para él. El Silbador llegó a las dos y media de la tarde y parece que pidió la misma habitación que había ocupado en otro tiempo. Una individual que da a la parte de atrás. La más barata del hotel. Los Carter tienen que estarle agradecidos por el pequeño favor de no haberse extralimitado. Podía haber pedido la mejor habitación doble de la casa, con cuarto de baño y vistas al mar.

El agente de la puerta los saludó al atravesar la entrada y penetrar en el vestíbulo. Inmediatamente notaron un fuerte olor a pintura y a cera mezclado con el tenue aroma de un desinfectante perfumado con lavanda. Reinaba una limpieza casi opresiva. La extravagante alfombra floreada estaba protegida por una estrecha tira de plástico grueso, mientras que el empapelado de las paredes, evidentemente nuevo, era diferente en cada panel. Una simple ojeada al comedor, cuya puerta estaba abierta, ofrecía una imagen de una serie de mesas, cada una con sus cuatro sillas correspondientes, cubiertas con inmaculados manteles blancos y jarroncitos de flores artificiales, narcisos, narcisos atrompetados y rosas. La pareja que avanzaba para recibirlos tenía un aspecto tan pulcro como el hotel. Bill Carter era un hombrecillo impecable que parecía acabado de salir de la tabla de planchar, con el pliegue de las mangas de la camisa y la raya del pantalón tan rectos como la hoja de un cuchillo. El nudo de la corbata era perfecto. La mujer llevaba un vestido floreado de verano y un suéter blanco tejido a mano. Era evidente que había estado llorando y su cara regordeta y más bien infantil, debajo del cabello cuidadosamente peinado, estaba hinchada y abotargada como si la hubieran estado abofeteando. Su contrariedad al ver que solo se presentaban dos policías se hizo trágicamente patente.

—Me figuraba que venían para llevárselo —dijo—. ¿Por qué no se lo llevan?

Rickards no hizo la presentación de Dalgliesh y se limitó a decir en tono tranquilizador:

—Nos lo llevaremos, señora Carter, tan pronto como lo haya visto el patólogo. Ya no puede tardar porque está en camino.

—¿El patólogo? Quiere decir un médico, ¿verdad? ¿Para qué quieren un médico? Está muerto, ¿no es verdad? Bill lo ha descubierto y dice que se ha cortado el cuello. ¡Más muerto que esto!

—No se quedará aquí demasiado tiempo, señora Carter.

—Bill ha dicho que las sábanas están llenas de sangre. A mí ni me ha dejado entrar. Claro que yo tampoco quería, como es lógico. Y la alfombra está perdida. La sangre cuesta mucho de sacar, esto todo el mundo lo sabe. ¿Quién va a pagar la alfombra y la cama? ¡Dios mío, ahora que me figuraba que las cosas empezaban a salirnos bien! ¿Por qué habrá tenido que volver a este hotel? Eso es tener muy poca consideración, ¿no creen?

—No era un hombre considerado, señora Carter.

Su marido le rodeó la espalda con el brazo y la condujo fuera. El hombre reapareció al cabo de medio minuto y dijo:

—Ha sido el susto. Está trastornada. ¿Y quién no? Usted ya conoce el camino, señor Rickards. Su agente sigue en la puerta. Si no le importa, yo no subiré.

—Perfectamente, señor Carter, conozco el camino.

Bruscamente, el hombrecillo se volvió y dijo:

—Sáquenlo pronto de aquí, señor, ¡por el amor de Dios!

Por un momento Dalgliesh creyó ver que también estaba llorando.

No había ascensor. Dalgliesh siguió a Rickards escaleras arriba y, después de subir tres tramos y recorrer un corto pasillo en dirección a la parte trasera de la casa, doblaron a la derecha. Un joven detective se levantó de la silla en la que estaba sentado junto a la puerta, que abrió con la mano derecha al tiempo que se aplastaba contra la pared para dejarlos entrar. Salió a recibirlos una bocanada de intenso olor a sangre y a muerte.

La luz estaba encendida y la única bombilla dentro de una barata lámpara rosa colgaba a poca altura e iluminaba plenamente el horror expuesto sobre la cama. Era una habitación pequeñísima con una sola ventana y esta situada a tal altura que apenas dejaba ver otra cosa que el cielo. Disponía del espacio justo para la cama individual, una silla, un pequeño armarito de cabecera, una cómoda baja con cajones y un espejo colgado encima, que hacía las veces de tocador. Pese a todo, también aquella habitación revelaba una limpieza excesiva, lo que contribuía a que aquella sucia cosa que yacía sobre la cama todavía pareciera más horrible. La garganta, desmesuradamente puesta al descubierto, con sus canales blancos y arrugados a la vista, y por encima de ella la boca colgante, parecían exagerar la protesta o el ultraje a la decencia y el orden. No se veía ningún corte preliminar, lo que indujo a Dalgliesh a pensar que aquel acto único de aniquiladora violencia daba la impresión de requerir más fuerza que aquella de la que parecía ser capaz la mano infantil que ahora yacía sobre la sábana, con los dedos curvados, como si quisiera agarrarse a aquella costra de sangre coagulada que se iba ennegreciendo por momentos. El cuchillo, quince centímetros de acero ensangrentado, estaba a su lado. Por alguna razón ignorada, se había desnudado para morir, y su cuerpo estaba vestido únicamente con unos calzoncillos, una camiseta y unos calcetines cortos de nailon color azul que por las trazas estaban en la fase inicial de la putrefacción. En la silla colocada junto a la cama

había un traje gris oscuro a rayas, cuidadosamente doblado, mientras que del respaldo de la misma colgaba una camisa de nailon de lavado y secado rápidos, a rayas azules, con la corbata doblada encima. Los zapatos estaban debajo de la silla y, aunque gastados, brillaban como un espejo y habían sido colocados ordenadamente uno al lado del otro. Eran tan pequeños que parecían zapatos de mujer.

—Neville Potter, treinta y seis años —dijo Rickards—, un tipo verdaderamente canijo. Se diría que en sus brazos no hay fuerza ni para matar una gallina. Llegó aquí con su mejor traje, el de los domingos, para presentarse ante su Hacedor, pero después se lo pensó mejor y rectificó, no fuera a ser que su mamaíta se enfadara por haberse manchado el traje de sangre. Tiene que conocer a la mamá, señor Dalgliesh, una mujer educada de verdad, una señora, y que además habla por los codos. El hombre nos ha dejado pruebas: todo está aquí, a punto para que lo inspeccionemos. Un chico muy travieso, ¿no le parece?

Dalgliesh rodeó los pies de la cama, procurando no pisar la sangre. Sobre la cómoda habían quedado las armas y trofeos del Silbador: una correa de cuero para perro, cuidadosamente enrollada, una peluca rubia unida a un sombrerito azul, una navaja de muelle, una linterna con una pila ingeniosamente fijada en el centro de una cinta metálica para llevar ceñida a la frente. Junto a todas estas cosas había una pirámide de vello enmarañado: rubio, castaño oscuro, rojizo. Delante de todos aquellos objetos cuidadosamente dispuestos se veía una hoja de papel, arrancada de una libreta, en la que aparecía, escrita con bolígrafo y con una caligrafía infantil, una sola nota: «Iba de mal en peor y no conozco otra manera de pararme. Por favor, cuiden de Pongo». Las palabras «por favor» estaban subrayadas.

—Pongo es su perro. ¡Bendito sea Dios! —exclamó Rickards.

—¿Qué esperaba? ¿Que se llamara Cerbero?

Rickards abrió la puerta y se quedó de espaldas a la puerta entreabierta, respirando profundamente, como si tuviera hambre de aire fresco.

—Vivía con su madre en uno de los terrenos para caravanas en las afueras de Cromer —continuó Rickards—. Hace doce años que vive en el mismo sitio. Hacía de chico para todo: reparaciones fáciles, vigilaba un poco por las noches, canalizaba las reclamaciones. El propietario tiene otro campamento en las afueras de Yarmouth y solo acudía allí de cuando en cuando para relevar al interfecto. Un tipo un poco solitario. Sus únicas propiedades eran una pequeña furgoneta y el perro. Se casó con una chica y la llevó a vivir al campamento, pero ella solo resistió cuatro meses. Lo abandonó, ya fuera por culpa de la mamá o por el olor de la caravana. ¡Solo Dios sabe cómo aguantó cuatro meses!

—Era un sospechoso evidente. Tenían que haber dado con él —dijo Dalgliesh.

—Su madre le proporcionó una coartada para dos de los asesinatos. O estaba bebida y no sabía, en realidad, si estaba o no, o hacía de encubridora… o le importaba un comino.

De pronto, con repentina violencia, añadió:

—Me figuraba que, a estas alturas, ya sabíamos que no hay que tomar las coartadas al pie de la letra. Voy a decirle cuatro cosas al DC que los interrogó. Pero usted ya sabe lo que pasa. Miles de interrogatorios, registros, todo metido en el ordenador. Cambio una docena de ordenadores por un DC que sepa detectar cuándo miente un testigo. ¡Dios mío! ¿Es que todavía no hemos aprendido nada del fracaso que tuvimos con el Destripador de Yorkshire?

—¿No registró la furgoneta su agente?

—Por supuesto que registraron la furgoneta. Por lo menos en esto demostraron una cierta iniciativa. Estaba limpia, porque había escondido el género en otra parte. Probablemente lo sacaba cada noche, vigilaba, esperaba, buscaba el momento.

Echando una ojeada al artilugio para ser colocado en la frente, Rickards comentó:

—Ingenioso, ¿verdad? Como dice su madre, siempre fue habilidoso con las manos.

El pequeño rectángulo de cielo que asomaba por la única ventana en lo alto de la pared era negro azulado y en él había una sola estrella. A Dalgliesh le parecía que, desde que se había levantado por la mañana, había experimentado las sensaciones de media vida: la madrugada de otoño con su fresco aroma a mar, el comienzo del día con un tranquilo paseo, cargado de meditaciones, bajo el alto tejado de St. Peter Mancroft, la nostálgica tristeza en la que se había recreado al contemplar las descoloridas fotografías de aquellos que habían muerto hacía tanto tiempo, la embestida y el tirón de la marea sobre sus pies desnudos, el susto y el reconocimiento de la realidad cuando la linterna había iluminado el cadáver de Hilary Robarts. Era un día que, alargándose interminablemente, parecía abarcar todas las estaciones, como si fuera una manera de alargar el tiempo, aquel tiempo que para el Silbador se había detenido con aquella riada de sangre. Y ahora, para coronar el día, había tenido que hacer acto de presencia en aquella ordenada cabina de ajusticiamiento solo para que quedara grabado en su cerebro para siempre el recuerdo de aquel muchacho todo piel y huesos, colocado en posición supina sobre la cama, que había contemplado a través de la alta ventana aquella misma estrella mientras, sobre la cómoda, dispuestos con cuidadoso artificio, estaban los trofeos de aquel día: los montoncitos de monedas de un penique y seis peniques, conchas y piedras de colores recogidas en la playa, cintas secas de algas pustulosas.

Si se encontraba allí era porque Rickards lo había querido, había querido que estuviera allí, en aquella habitación y en aquel momento. Hubiera podido ver el cuerpo en el depósito de cadáveres durante el día siguiente o, ya que no podía alegar que no tenía estómago para presenciar aquel espectáculo, en la mesa de autopsias, para confirmar lo que apenas si necesitaba confirmación: que aquel asesino canijo no era el hombre de un metro ochenta de estatura que había visto en una ocasión y que era conocido con el nombre de «el estrangulador de Battersea». Sin embargo, Rickards había necesitado contar con un público, lo había necesitado a él, a Dalgliesh, contra cuya impresionante calma, imperturbable y experimentada, podía

esgrimir la amargura y las frustraciones del fracaso. Cinco mujeres asesinadas y el asesino había sido un sospechoso al que habían entrevistado y descartado al iniciarse las pesquisas. El perfume de aquel fracaso persistiría en sus narices mucho tiempo después de que el interés de los medios de comunicación y las pesquisas oficiales cesaran por completo. Y ahora había aquella sexta mujer asesinada, Hilary Robarts, que podía no haber muerto, o ciertamente no habría muerto de aquella manera, si antes hubieran parado los pies al Silbador. Pero Dalgliesh se daba cuenta de que algo mucho más personal incluso que el fracaso profesional espoleaba la indignación de Rickards con desusados arrebatos que lo empujaban a la brutalidad verbal, por lo que hubo de preguntarse si el hecho tendría algo que ver con su esposa y con el hijo que estaba esperando.

—¿Qué será del perro? —preguntó Dalgliesh.

Rickards pareció no advertir lo improcedente de la pregunta:

—¿A usted qué le parece? ¿Quién estará dispuesto a hacerse cargo de un animal que ha estado donde ha estado y que ha visto lo que ha visto?

Bajó los ojos hacia el cadáver que iba enfriándose lentamente y, volviéndose a Dalgliesh, dijo bruscamente:

—Supongo que usted le tiene lástima.

Dalgliesh no contestó, aunque habría podido decir:

—Sí, le tengo lástima, y también a sus víctimas, y a usted, y a veces incluso a mí mismo, si le interesa saberlo.

Y se quedó pensando que el día anterior estaba leyendo *La anatomía de la melancolía* .¡Qué curioso! Robert Burton, aquel párroco de Leicestershire que vivió en el sigloXVII, había dicho todo cuanto podía decirse en su momento y recordó tan claramente las palabras como si él mismo las hubiera articulado en voz alta: «De sus bienes y de sus cuerpos podemos disponer, pero solo Dios puede decir qué será de sus almas, su perdón puede estar *inter pontem et fontem, inter gladium et jugulum*, entre el puente y el arroyo, el cuchillo y el cuello».

Rickards se estremeció violentamente, como si sintiera frío. Era un gesto extraño, después del cual dijo:

—Por lo menos le ha ahorrado al país veinte años de manutención. Una razón para mantener viva a gente de su ralea en lugar de acabar con ella es que pueden darnos una lección y evitar así que vuelvan a ocurrir ese tipo de cosas. Sin embargo, ¿sucede así realmente? Hemos metido a Stafford en chirona, y a Brady y a Nielson. ¿Qué hemos aprendido de ellos?

—Imagino que usted no haría colgar a un loco, ¿verdad? —preguntó Dalgliesh.

—Yo no colgaría a nadie, porque buscaría un sistema menos bárbaro para sacarlo de la circulación. Pero estos no están locos, ¿no le parece? No están locos hasta que los cogen, porque antes de que los cojan se mueven por el mundo igual que la inmensa mayoría de la gente. Cuando los cazamos descubrimos que son unos monstruos y entonces, ¡qué sorpresa!, nos enteramos de que están chalados, porque

así nos parece que los entendemos un poco más y ya no tenemos que volver a considerarlos seres humanos, ya no tenemos que volver a emplear la palabra «maldad». Y entonces todo el mundo se queda tranquilo ¿Tiene ganas de conocer a su madre, señor Dalgliesh?

—No le veo la necesidad. Es evidente que no es el hombre que buscábamos, aunque yo no había pensado ni por un momento que lo fuera.

—Tendría que ver a la madre. Es una auténtica mala pécora. ¿Y sabe cómo se llama? Pues, Lillian. La L de Lillian. Algo digno de que el falso ciclista lo meditara. Su madre fue la que hizo de él lo que sería después. Pero no podemos andar estudiando a la gente y decir quién puede tener hijos y quién no, y menos aún quién está en condiciones de educarlos. Supongo que cuando él nació, su madre debía de sentir algún cariño hacia él, poner alguna esperanza en él… difícilmente podía imaginar en qué se convertiría. Usted no ha tenido hijos, ¿verdad, señor Dalgliesh?

—Tuve uno, pero poco tiempo.

Rickards cerró la puerta de un suave puntapié y con la mirada vaga dijo:

—¡Qué estúpido! Perdone, pero lo había olvidado. Mal momento para hacer esta clase de preguntas, tanto para usted como para mí.

Se oyeron unos pasos seguros que subían las escaleras y que, después, se acercaban por el corredor.

—Parece que ha llegado el patólogo —dijo Dalgliesh.

Rickards no hizo ningún comentario, pero se acercó a la cómoda y, con el dedo índice, empujó suavemente aquella maraña de pelo que estaba sobre la madera barnizada.

—Faltará una muestra —dijo—. La de Hilary Robarts. El forense tendrá que examinar este pelo para identificarlo, pero no encontrará el de Hilary Robarts. Ahora habrá que ir a por un asesino muy diferente, pero le aseguro, señor Dalgliesh, que este no se me va a escapar.

Capítulo 6

Cuarenta y cinco minutos más tarde Rickards volvía a estar en el escenario del crimen. Daba la impresión de que había rebasado el límite del cansancio consciente y de que estaba operando en una dimensión diferente del tiempo y del espacio en la que su cerebro trabajaba con extraña precisión, en tanto que su cuerpo se había hecho casi ingrávido, como si fuera una criatura hecha de aire y de luz, tan incorpórea como era irreal la escena en la que se movía, hablaba y daba órdenes. El disco pálido y transparente de la luna quedaba eclipsado por el brillo de las luces que se habían instalado y que, al tiempo que las iluminaban, daban cuerpo a las precisas siluetas de los árboles, hombres y equipo que estos llevaban, a pesar de que, paradójicamente, los desposeían de su más íntima esencia de modo que, al mismo tiempo que los revelaban y aclaraban, los transformaban en algo ajeno y extraño. Constantemente, por encima de las voces masculinas, del crujido de los guijarros al ser pisados, del súbito aleteo de la lona movida por la brisa incierta, se oía el movimiento continuo de la marea al retirarse.

El doctor Anthony Maitland-Brown había llegado desde Easthaven al escenario del crimen en su Mercedes y había sido el primero en acudir. Llevaba puesta la bata y calzados los guantes y estaba arrodillado junto al cadáver en el momento en que se presentó Rickards. Este dejó prudentemente que el médico hiciera su trabajo. A M.-B. le disgustaba extraordinariamente que lo observaran mientras llevaba a cabo los exámenes preliminares en el lugar del crimen y a veces protestaba malhumorado:

—¿De veras que necesitamos tantísima gente alrededor?

Solía decirlo a la que alguien se situaba a menos de tres metros de distancia, como si el fotógrafo, el oficial encargado y el biólogo forense no fueran más que simples curiosos desocupados. Era un hombre elegante y muy bien parecido, de más de un metro ochenta de estatura, a quien, según se rumoreaba, alguien le había dicho que era igualito que Leslie Howard, cosa que le había incitado a dedicar años y años a cultivar asiduamente el parecido. Su situación de divorciado en términos amigables, la cómoda situación que disfrutaba —había recibido de su madre en herencia una buena renta— y el bienestar personal de que gozaba le permitían entregarse a dos pasiones que amaba por igual: los trajes y la ópera. Siempre que el tiempo se lo permitía, escoltaba a sucesivas actrices, todas jóvenes y bellas, a las que llevaba al Covent Garden y a Glyndebourne, donde estas, al parecer, se avenían a soportar tres horas de aburrimiento a cambio del prestigio que les brindaba la compañía del médico o quizá del *frisson* de saber que aquellas elegantes manos que les escanciaban el vino o las ayudaban a bajar del Mercedes estaban ocupadas comúnmente en menesteres más raros. Rickards no lo había tenido nunca por un colega fácil, si bien debía reconocer que era un patólogo forense de primera clase, y era de todos sabido que estos no abundaban. Cuando leía los lúcidos y precisos informes de M.-B., hasta le perdonaba elaftershave que utilizaba.

Ahora, apartándose del cadáver, se acercó a los recién llegados para saludarlos. Eran el fotógrafo, el cámara y el biólogo forense. Había sido concienzudamente acordonada una extensión de cincuenta metros de playa a cada lado del lugar del crimen y se había colocado en el camino una plancha de plástico y, sobre el mismo, una tira de bombillas a una cierta altura. Se daba cuenta de la mal reprimida excitación que sentía el sargento, en estos momentos a su lado.

—Hemos encontrado la señal de una huella, señor. A unos cuarenta metros del cadáver.

—¿En la zona de hierba y de agujas de pino?

—No, señor, en la arena. A alguien, quizás un niño, debió de caerle arena de un cubo. Es buena, señor.

Rickards lo siguió en dirección al bosque. Todo el camino se encontraba completamente protegido, pero en un punto se había colocado una señal, hincada en la tierra blanda, a mano derecha. El sargento Oliphant retiró el plástico y después levantó la caja que cubría la huella. Bajo la luz de las bombillas que colgaban a todo lo largo del camino apareció claramente un montoncito de arena húmeda sobre las agujas de pino y la hierba aplastada, que ocupaba un espacio no superior a quince centímetros por diez, e impreso sobre el mismo el complicado dibujo de la suela de un zapato correspondiente al pie derecho.

—La hemos encontrado después de que usted se hubiera marchado —dijo Oliphant—. Solo una huella, pero perfectamente clara. Ya se han sacado fotografías y las medidas estarán esta mañana misma en el laboratorio. Por las trazas parece del número diez, pero nos lo confirmarán muy pronto. Aunque la verdad es que casi no hace falta. Es una zapatilla de deporte, señor, una *Bumble*[3]. Ya conoce la marca: es la que tiene el dibujo de una abeja en el tacón y la silueta de una abeja en la suela. Puede ver aquí la curva del ala, señor. Imposible equivocarse.

Una zapatilla de deporte Bumble. De haber querido contar con una huella, no se habría podido encontrar otra más característica. Oliphant expresaba sus pensamientos en voz alta:

—Una zapatilla corriente, pero no tanto. Las Bumble son las más caras del mercado, son el Porsche de los deportistas. La mayoría de niños ricos las llevan. ¡Vaya nombrecito! Parte del negocio es propiedad actualmente de un hombre llamado Bumble y solo hace un par de años que están en el mercado, pero son unas zapatillas sobre las que se hace muchísima publicidad. Supongo que la intención es que el nombre se haga popular y que la gente empiece a comprar zapatillas Bumble como loca igual que hasta ahora compraba botas Bumble.

—Parece bastante reciente —dijo Rickards—. ¿Cuándo llovió la última vez? La noche del sábado pasado, ¿verdad?

—A eso de las once. Acabó de llover a las doce, pero el chaparrón fue fuerte.

—En esta parte del camino no hay protección de los árboles. La huella es perfectamente regular. Si correspondiera a antes del sábado por la noche, sería

irregular. Es interesante que solo haya una marca y que esté en dirección contraria al mar. Si a una hora cualquiera del domingo pasó por aquí una persona que llevaba unas zapatillas Bumble y siguió este camino, tendría que haber como mínimo otra huella similar en la parte superior de la playa.

—No necesariamente, señor. Hay tramos en que la zona de guijarros es tan alta como el camino. No tendríamos huella si estuviese en los guijarros, pero si la huella es del domingo, antes de que ella muriera, ¿seguiría aquí? Ella debió pasar por este camino.

—No hay razón para que pasara por él. Está totalmente a la derecha del camino. Pero es bastante extraño. Demasiado evidente, demasiado marcada, demasiado oportuna. Casi se diría que ha sido hecha adrede para engañarnos.

—En la tienda de prendas de deporte de Blakeney venden zapatillas Bumble, señor. Podría enviar a un chico a que comprara un par del número diez así que abran.

—Procure que el que vaya lleve ropa de paisano y que compre las zapatillas como si fuera una persona de la calle. Necesito tener una confirmación del dibujo antes de empezar a pedir a la gente que levante el pie y me deje ver las suelas de sus zapatos. Vamos a tener que habérnoslas con sospechosos muy listos y no estoy para que nos metamos en un lío con solo empezar el caso.

—Es una lástima que andemos perdiendo el tiempo de esta manera, porque mi hermano tiene unas zapatillas Bumble. El dibujo es inconfundible.

—Necesito confirmación y la quiero cuanto antes —dijo Rickards con gran obstinación.

Oliphant volvió a colocar la caja y el recubrimiento de plástico en su sitio y siguió a su jefe hasta la playa. A Rickards le molestaba aquel resentimiento, antagonismo y ligero desprecio que notaba casi de una manera física en el sargento. Pero había tenido que cargar con él. Oliphant había formado parte del equipo que había llevado el peso de la investigación del Silbador y, pese a que había que admitir que este era un caso diferente, le habría sido difícil sustituirlo sin provocar problemas personales o logísticos que Rickards tenía mucho interés en evitar. Durante la persecución del Silbador, que había durado dieciocho meses, el ligero desagrado que sentía hacia el sargento se había convertido en auténtica antipatía y, como veía que la actitud no era del todo razonable, trataba de corregirse en beneficio de las pesquisas y de su propia estima. Los asesinatos seriados eran ya bastante difíciles de por sí para que vinieran a añadirse a ellos las complicaciones personales.

En realidad, no tenía pruebas que demostraran que Oliphant era un tipo arrogante, pero tenía todas las trazas de serlo. Era un hombre de un metro ochenta de estatura, todo él carne y disciplinados músculos, moreno y bien parecido aunque de una manera convencional, algo regordete, labios gruesos y mirada dura, aparte de una barbilla carnosa como un donut, con un hoyuelo profundo en el centro. A Rickards le costaba enormemente apartar la vista de aquel hoyuelo. La repugnancia que le causaba el hombre había elevado el hoyuelo al rango de deformidad. Oliphant bebía

en exceso pero esto, de hecho, no era más que un entretenimiento ocupacional para un policía. La circunstancia de que Rickards no lo hubiera visto nunca borracho no hacía sino aumentar la ofensa. Costaba creer que un hombre pudiera asimilar tal cantidad de alcohol y seguir manteniendo su ecuanimidad.

Se mostraba escrupuloso en su actitud frente a los oficiales veteranos, respetuoso sin ser servil, pero sabía arreglárselas sutilmente para dar a Rickards la impresión de que este no estaba ni con mucho a la altura del listón que él personalmente le había colocado. Gozaba de bastante popularidad entre los agentes menos despiertos, en tanto que los demás trataban de mantenerlo a distancia. Rickards se decía que, si alguna vez se veía personalmente metido en algún lío, Oliphant sería el último policía que habría querido tener en la puerta. Sin embargo, quizás Oliphant hubiese considerado un cumplido la opinión de Rickards. Por parte del público no había habido nunca ni sombra de la más mínima queja en relación con él. Esto también aumentaba la suspicacia de Rickards, por absurdo que pueda parecer. Hacía pensar que, cuando sus intereses estaban en juego, el hombre era lo bastante tortuoso para actuar contrariamente a su intrínseca manera de ser. Era soltero, pero sabía arreglárselas para dar a entender que las mujeres lo consideraban irresistible sin caer en la vulgaridad de alardear de ello. En el caso de que lo fuera para algunas, por lo menos se mantenía apartado de las esposas de sus compañeros. En conjunto era una representación de la mayoría de cualidades que Rickards detestaba en un joven policía: carácter agresivo, pero controlado, solo porque era prudente mantenerlo a raya, manifiesta ambición de poder, seguridad excesiva en materia sexual y opinión exagerada en relación con sus facultades. Con todo, estas no eran nada desdeñables. Era probable que Oliphant llegara como mínimo a inspector jefe, por no decir más arriba. Rickards había procurado no usar el apodo de Jumbo cuando se dirigía a su sargento. Este, lejos de ofenderse por un sobrenombre tan infantil como inadecuado, parecía tolerarlo e incluso gustarle cuando quien se lo aplicaba era un compañero previamente autorizado a ello. Otros mortales menos favorecidos solo tenían ocasión de aplicárselo una vez.

Maitland-Brown estaba preparado para redactar su informe preliminar. Poniéndose de pie y mostrando toda su imponente estatura, se sacó los guantes y se los arrojó a un DC, como el actor que se despoja con aire indiferente de una parte de su disfraz. No tenía por costumbre tratar de lo que hubiera podido describir en el escenario de los hechos, si bien esta vez condescendió a anunciarlo.

—Mañana haré la autopsia y a las cinco y media tendrá el informe. Dudo que pueda haber sorpresas. El examen preliminar es bastante evidente: muerte por estrangulamiento. El instrumento era blando y de dos centímetros de anchura. Puede ser un cinturón, una correa o una traílla de perro. Como era una mujer alta y musculosa, seguramente exigió bastante fuerza, aunque no desmedida dado que el criminal contaba con la ventaja del ataque por sorpresa. Es probable que este se escondiera entre los pinos, que apareciera después y que le pasara la correa por la

cabeza al terminar ella el baño. Solo le dio tiempo a recoger la toalla. La mujer hizo uno o dos movimientos convulsivos con los pies, como puede ver por las marcas que hay en la hierba. Por lo visto hasta ahora, calculo que habrá muerto entre las ocho y media y las diez.

Maitland-Brown había hablado y no había preguntas que hacer. Por otra parte, tampoco eran necesarias. Extendió la mano para que le dieran su chaqueta, cosa que hizo cortésmente uno de los agentes, y desapareció. Rickards casi esperaba que, al marchar, haría una reverencia.

Después miró el cadáver. Ahora, con la cabeza, las manos y los pies envueltos en plástico, le pareció por un segundo un juguete envuelto para regalo, una muñeca destinada a alguien con gustos caros y peculiares, un artilugio de látex con cabello sintético y ojos de cristal, un mero simulacro de mujer viva. La voz de Oliphant parecía llegar desde lejos.

—¿Así que el comandante Dalgliesh no ha vuelto con usted, señor?

—No, ¿por qué había de volver? Este pastel no se lo come él. Lo más probable es que esté en la cama.

Y pensó que aquel era el sitio en el que a él le gustaría estar. El día comenzaba a pesar sobre él como si el cuerpo agotado se viera obligado a soportar un peso físico intolerable: la conferencia de prensa sobre el suicidio del Silbador, el Jefe Supremo, el oficial de prensa, las nuevas pesquisas, los sospechosos que había que entrevistar, todo el engorroso asunto de una investigación policial puesto en marcha a sabiendas del fracaso que acababa de apuntarse y que pesaba como una losa en su corazón. Y tenía que encontrar un momento para telefonear a Susie.

—El señor Dalgliesh no es más que un testigo, no el que se ocupa del caso —dijo.

—Un testigo, lo que no quiere decir un sospechoso.

—¿Por qué no? Vive en la zona costera, conocía a la chica, estaba al corriente de los procedimientos empleados por el Silbador para matar. Puede no ser un verdadero sospechoso para nosotros, pero sus declaraciones son como las de otra persona cualquiera.

Al tiempo que lo observaba con aire impasible, Oliphant dijo:

—Será una nueva experiencia para él, esperemos que disfrute con ella.

CUARTA PARTE

Lunes 26 de septiembre

Capítulo 1

Anthony la despertó, como siempre, poco después de las seis y media. Theresa se abrió paso a través de espesas capas de sueño hasta identificar los sonidos familiares de la mañana, el crujido y el zarandeo de la cuna y los olfateos y gruñidos de Anthony mientras se agarraba a la barandilla y trataba de ponerse de pie. Hasta Theresa llegó el olor habitual a bebé, aquella mezcla de talco, leche agria y gasas empapadas de orina. Buscó a tientas el interruptor de la lámpara colocada junto a la cabecera de la cama, con su mugrienta pantalla ribeteada con una cenefa de Bambis bailarines y, abriendo los ojos, se encontró con los de Anthony y se vio recompensada con una sonrisa amplia y babosa y el ritual acostumbrado de saltos de alegría que hicieron que la cuna se bamboleara. A través de la puerta abierta del cuarto de las niñas, advirtió que seguían durmiendo: Elizabeth era un bulto acurrucado en el extremo más lejano de la cama y Marie estaba boca arriba, con un brazo asomado al exterior. Si cambiaba y daba de comer a Anthony antes de que se pusiera demasiado inquieto, dormirían media hora más, lo que suponía treinta minutos de paz para su padre.

Cuidaría de Elizabeth y de Marie todo el tiempo que hiciera falta y, en recuerdo de su madre, pondría el máximo empeño en ello, pero a quien amaba de verdad era a Anthony. Todavía se quedó un momento quieta en la cama contemplándole, disfrutando de aquel momento de tranquilidad y de mutuo placer. Anthony entonces soltó la barandilla, levantó una pierna como si quisiese parodiar la actuación de un mal bailarín, se desplomó sobre el colchón, se tumbó de espaldas, se metió el puño cerrado en la boca y comenzó a chuparlo ruidosamente. Sin embargo, se cansó muy pronto de aquel consuelo sustitutorio, por lo que Theresa asomó las piernas fuera de la cama, aguardó un momento hasta sentir la fuerza física que circulaba por sus piernas y brazos y, acercándose a la cuna, bajó la barandilla y cogió al niño en brazos. Lo cambiaría en la cocina, encima de un periódico extendido sobre la mesa, después de lo cual lo sujetaría con la correa en su sillita para que así pudiera verla mientras ella le calentaba la leche. Cuando terminara con él, las gemelas ya se habrían despertado y entonces estaría en condiciones de prepararlas y vestirlas para que la señora Hunter, de la Obra Social, pudiera recogerlas y llevarlas a jugar con el grupo. A continuación tendría que preparar el desayuno para su padre y para ella antes de disponerse a salir con su padre y Anthony e ir andando hasta el cruce, donde la recogería el autobús de la escuela.

Acababa de apagar el gas que estaba calentando el puchero de la leche cuando sonó el teléfono. El corazón le dio un salto, pero en seguida recuperó su rítmico latido. Descolgó rápidamente el aparato con la esperanza de haberlo hecho con presteza suficiente para que no despertase a su padre y escuchó la voz de George Jago, que le hablaba en tono conspirador, enronquecida por la emoción.

—¿Theresa? ¿Se ha levantado tu padre?

—No, todavía no, señor Jago. Todavía duerme.

Hubo una pausa, como si el hombre estuviera pensando, y a continuación dijo:

—Está bien, entonces no lo despiertes y cuando se levante dile que Hilary Robarts ha muerto, que la han asesinado esta noche y han encontrado su cuerpo en la playa.

—¿Quiere usted decir que la ha matado el Silbador?

—Eso parece, quiero decir que la impresión es esta, si me lo preguntas, pero no puede ser, porque ya hacía tres horas que el Silbador estaba muerto… como ya te dije anoche. ¿Recuerdas?

—Sí, lo recuerdo, señor Jago.

—Menos mal que llamé anoche, ¿verdad? ¿Se lo dijiste a tu padre? ¿Le dijiste lo del Silbador?

Captó la angustia que dejaba traslucir la excitación de su voz.

—Sí —dijo la niña—, se lo dije.

—Muy bien, pues ahora le dices lo de la señorita Robarts y que me llame. He recibido una llamada para llevar un grupo a Ipswich, pero estaré de vuelta a eso de las doce. Si se levanta en seguida, todavía puedo hablar con él.

—Todavía tardaré, señor Jago, porque está totalmente roque. Yo estoy dando de comer a Anthony.

—Está bien, pero no te olvides de decírselo.

—Sí, se lo diré.

—Dile que menos mal que llamé ayer; él ya sabe por qué.

Theresa colgó. Tenía húmedas las manos y, tras secárselas con el camisón, se acercó a los fogones. Sin embargo, al coger el puchero de la leche, sus manos temblaban con tal violencia que comprendió que no atinaría a verterla por el estrecho cuello del biberón. Lo puso, pues, en el fregadero y, poniendo la máxima atención en la operación, pudo llenarlo hasta la mitad, desató a Anthony, lo sentó en la sillita baja junto a la chimenea apagada, el niño abrió la boca y ella le introdujo la tetina del biberón y se quedó mirándolo mientras Anthony comenzaba a aspirar vigorosamente, con los ojos de pronto inexpresivos, clavados en los de ella y las manos regordetas levantadas, las palmas para abajo, como las patas de un animal.

Sintió entonces el crujido de las escaleras y apareció su padre. No se presentaba nunca delante de ella por las mañanas sin la prenda que utilizaba como batín: un viejo impermeable abotonado hasta el cuello. Sobre él y debajo del cabello enmarañado por el sueño, su rostro parecía grisáceo y abotargado y los labios extrañamente rojos.

—¿Han llamado por teléfono? —preguntó.

—Sí, papá, era el señor Jago.

—¿Qué quería a esa hora?

—Ha llamado para decir que Hilary Robarts está muerta, que ha sido asesinada.

Seguro que su padre notaría lo diferente que sonaba su voz, tenía los labios tan secos que probablemente estaban hinchados y deformes; por eso bajó la cabeza y se

ocupó del niño, para que su padre no se diera cuenta. Pero su padre ni la miró ni dijo nada y, dándole la espalda, dijo:

—El Silbador, ¿verdad? Se la ha cargado, ¿no es eso? Bueno, la verdad es que ella estaba haciendo muchos méritos…

—No, papá, no ha podido ser el Silbador. ¿No te acuerdas que el señor Jago llamó ayer tarde a las siete y media para decir que el Silbador estaba muerto? Ahora ha dicho que menos mal que ayer había llamado para decírnoslo y que tú sabrías por qué lo decía.

Su padre tampoco dijo nada de eso. Se oyó entonces el silbido del agua en el tapón de la marmita y Theresa vio cómo su padre la llevaba lentamente a la mesa y cogía una taza del estante. Theresa notaba los latidos de su corazón y el calor que emanaba del cuerpo de Anthony, apoyado en su brazo, mientras ella descansaba suavemente la barbilla sobre su delicada cabecita.

—¿Qué quería decir con esto el señor Jago, papá? —preguntó.

—Pues que quienquiera que haya matado a la señorita Robarts tenía intención de cargarle el muerto al Silbador, lo que quiere decir que la policía solo sospechará de los que no sabían que el Silbador estaba muerto.

—Pero tú lo sabías, papá, porque yo te lo dije.

Él se volvió y, sin mirarla, le dijo:

—A tu madre no le gustaría nada saber que dices mentiras.

Pero su padre no estaba enfadado ni la estaba riñendo y lo único que la niña pudo notar en su voz fue un gran cansancio.

—Pero, papá, si no es ninguna mentira… —dijo muy tranquila—. Jago llamó cuando tú estabas en el retrete y cuando volviste te lo dije.

Cuando su padre se volvió, los ojos de ambos se encontraron. Theresa no lo había visto nunca tan desesperado, tan vencido como en aquel momento.

—De acuerdo, me lo dijiste —dijo—, y eso es lo que dirás a la policía cuando te lo pregunte.

—Claro, papá, que se lo diré. Les diré que el señor Jago me dijo lo del Silbador y que yo te lo dije a ti.

—¿Y te acuerdas de lo que yo te dije?

La tetina del biberón se había aplanado y Theresa la retiró de la boca del niño y agitó el biberón para que entrara aire en él. Inmediatamente el niño lanzó un furioso berrido, al que su hermana reaccionó volviendo a meterle la tetina en la boca.

—Me parece que dijiste que te alegrabas —dijo ella— y que ahora estaríamos tranquilos.

—Sí —dijo él—, ahora estaremos tranquilos.

—¿Ya no tendremos que marcharnos de esta casa?

—Depende, pero por lo menos no tendremos que marcharnos en seguida.

—¿De quién va a ser ahora la casa?

—No sé, supongo que será de la persona a quien ella se la haya dejado. A lo mejor querrá venderla.

—¿No podríamos comprarla nosotros, papá? Sería muy bonito que pudiéramos comprarla.

—Todo depende de lo que nos pidan. De momento mejor será no hacer cábalas. Ya estamos bien así.

—¿Va a venir la policía, papá? —dijo Theresa.

—Seguramente, lo más probable es que venga hoy mismo.

—¿Por qué va a venir, papá?

—Pues para averiguar si yo sabía que el Silbador estaba muerto, para preguntarte si anoche salí de casa. Lo más probable es que vengan cuando vuelvas de la escuela.

Pero no pensaba ir a la escuela, puesto que era importante poder estar al lado de su padre. Ya tenía preparada la excusa: calambres de estómago. Por lo menos era una excusa que era verdad o que era verdad en parte. Hecha un ovillo en el retrete, había visto casi con alegría aquella primera evidencia rosada de la menstruación.

—Tú no saliste de casa, ¿verdad, papá? —dijo Theresa—. Yo me quedé aquí hasta que me acosté a las ocho y cuarto y estuve oyendo todo el rato cómo te movías por aquí abajo. Oí la televisión.

—La televisión no sirve como coartada —dijo su padre.

—Pero después bajé, papá, ¿no te acuerdas? Me acosté a las ocho y cuarto, pero no podía dormir y tenía sed y bajé antes de las nueve para tomar un poco de agua. Me quedé leyendo sentada en la silla de mamá. Tienes que acordarte, papá. Cuando volví a la cama eran las nueve y media.

Su padre dejó escapar una especie de gruñido y dijo:

—Sí, lo recuerdo.

De pronto Theresa se dio cuenta de que las gemelas habían entrado en la cocina y estaban junto a la puerta en silencio, una al lado de la otra, mirando a su padre con rostro inexpresivo.

—Id a vuestro cuarto y vestíos —dijo Theresa bruscamente—. ¿Cómo bajáis de esa manera? Vais a coger un resfriado.

Obedientes, dieron media vuelta y comenzaron a subir trabajosamente las escaleras.

La marmita estaba echando vapor, su padre la desenchufó pero no hizo ningún movimiento para hacer el té y se quedó sentado ante la mesa con la cabeza baja. A Theresa le pareció que murmuraba:

—No valgo para ti, no valgo para ti…

Aunque no le veía la cara, por un momento sintió la terrible sensación de que estaba llorando. Sin soltar el biberón, que sostenía para que Anthony siguiera bebiendo, se levantó y se acercó a él. No tenía las manos libres, pero se quedó muy cerca de su padre.

—Todo va bien, papá, no te preocupes, todo saldrá bien —le dijo.

Capítulo 2

El lunes 26 de septiembre Jonathan Reeves estaba haciendo el turno de 8.15 a 14.45 y, como de costumbre, había llegado antes de la hora a su mesa de trabajo. No eran aún las 8.55 cuando sonó el teléfono y oyó la voz que esperaba escuchar. Caroline parecía perfectamente tranquila y lo único apremiante eran sus palabras.

—Tengo que verte en seguida. ¿Puedes salir?

—Creo que sí, porque el señor Hammond no ha llegado aún.

—Entonces nos encontramos en la biblioteca. Tiene que ser ahora mismo porque es importante, Jonathan.

No había necesidad de que se lo advirtiera, puesto que Caroline no se habría citado con él en hora de trabajo de no haber sido por una razón importante.

La biblioteca estaba instalada en el cuerpo del edificio destinado a administración, junto a los archivos. Era en parte sala para el personal y en parte biblioteca y había en ella tres paredes cubiertas de estanterías, dos estanterías sueltas y ocho cómodos silloncitos colocados alrededor de mesas bajas. Caroline ya lo estaba esperando y se encontraba de pie junto al expositor de revistas hojeando el último número de *Nature*. No había nadie más. Jonathan se le acercó al tiempo que se preguntaba si la chica debía de esperar que le diera un beso o no, pero, al volverse, se dio cuenta de que, si lo hubiera hecho, habría cometido un error. No se habían visto desde el viernes por la noche, la noche en que se había producido un cambio total en la vida de Jonathan. No veía por qué, pero, cuando estaban solos como ahora, tenían que verse como si fueran extraños.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó sumiso.

—Dentro de un minuto. Ahora son las nueve en punto. Te ruego un poco de silencio para escuchar la voz de Dios.

Jonathan movió la cabeza con un gesto interrogativo, tan sorprendido ante el tono de voz de la chica como si acabara de decir una palabrota. Solo habían hablado del doctor Mair de una manera muy superficial, pero Jonathan siempre había dado por sentado que la chica admiraba al director y que estaba contenta de ser su secretaria particular. Se acordó de que una vez, en ocasión de una reunión pública en la que Caroline hizo acto de presencia discretamente colocada junto al codo de Mair, le sorprendió oír a Hilary Robarts diciendo a media voz:

—¡Mirad, la doncella del Señor!

Así era cómo la veían todos, como una chica inteligente, discreta y guapa, que era al mismo tiempo la obsequiosa doncella de un hombre al que ella se sentía feliz de servir por considerarlo digno de que lo sirviera.

El comunicador comenzó a emitir ruidos, se escuchó una voz de fondo indescifrable e inmediatamente después los acentos graves y mesurados de Mair:

—Nadie de cuantos trabajan en la central puede ignorar que anoche fue encontrada en la playa Hilary Robarts. Fue asesinada. Al principio se creyó que era la

segunda víctima de Larksoken que había muerto en manos del Silbador de Norfolk pero parece que se ha comprobado que el Silbador murió antes que ella. Más adelante tendremos ocasión de expresar corporativamente nuestro pesar por la pérdida de Hilary Robarts, como también lo haremos por la pérdida de Christine Baldwin. Su muerte entretanto será objeto de investigación policial, de la que va a ocuparse el inspector jefe Rickards, de Norfolk, encargado igualmente de las investigaciones llevadas a cabo hasta ahora en torno a los asesinatos cometidos por el Silbador. Esta misma mañana vendrá a la central con el objeto de hablar con aquellas personas que conocieron mejor a Hilary y que pueden dar detalles en relación con su vida. Si alguno de ustedes tiene alguna cosa que comunicarle y que, pese a ser insignificante, puede ser de utilidad a la policía, le ruego que se ponga en contacto con el inspector jefe Rickards ya sea aquí mismo o en la oficina de Hoveton. El número de teléfono es el 49 96 23.

El comunicador volvió a emitir una serie de ruidos y después quedó en silencio.

—Vete a saber los borradores que habrá tenido que hacer para redactar este informe —dijo Caroline—. Una noticia inocua, nada comprometida, sin caer en comentarios groseros, pero procurando que se entienda todo. Menos mal que no nos ha dado la lata recomendándonos que siguiésemos con nuestro trabajo habitual, como si fuéramos una pandilla de adolescentes. No está para perder el tiempo ni despilfarrar palabras en comentarios innecesarios. Va a ser un intachable funcionario del Estado.

—¿Crees que ese inspector jefe Rickards interrogará a todo el mundo? —preguntó Jonathan.

—A todos los que conocían a Hilary y, claro, esto nos incluye a nosotros. Por eso quería hablar contigo. Cuando me interrogue a mí, pienso decirle que tú y yo estuvimos juntos anoche desde las seis de la tarde hasta las diez y media. Por supuesto que necesito que tú lo confirmes. Todo depende, naturalmente, de que no haya nadie que pueda desmentirlo y esto es lo que tenemos que hablar.

Jonathan se quedó consternado.

—¡Pero si no nos vimos! ¿Estás pidiéndome que mienta? Es una investigación criminal y es muy peligroso mentir a la policía, porque siempre acaba por descubrir la verdad.

Jonathan se daba cuenta del papel que estaba haciendo, veía que se portaba como un niño asustado y quejica, nada dispuesto a participar en aquel juego. Fijó la mirada al frente, evitando los ojos de Caroline, temeroso de leer lo que vería en ellos: súplica, indignación, desprecio.

—El viernes me dijiste que tus padres pensaban pasar el domingo por la noche en Ipswich, en casa de tu hermana casada —dijo Caroline—. ¿Fueron o no?

—Fueron —contestó con voz desconsolada.

Precisamente porque sabía que sus padres no estarían en casa, Jonathan había tenido la esperanza y se había hecho la ilusión de que Caroline accedería a volver a

estar con él en el bungalow. Jonathan recordaba sus palabras:

—Mira, hay ocasiones en que una mujer necesita estar sola. ¿No comprendes? Lo que ocurrió ayer entre los dos no quiere decir que tengamos que pasar juntos todos los segundos del día. Ya te he dicho que te quiero y bien sabe Dios que te lo he demostrado. ¿No te basta con esto?

Ahora Caroline dijo:

—Lo que quiero preguntarte es si ayer estuviste solo en el piso o no. En caso de que fuera a verte alguien o de que te llamara alguien tendría que pensar en otra cosa, como es lógico.

—No vino a verme nadie. Estuve solo en casa hasta después de comer y después fui a dar una vuelta en coche.

—¿A qué hora volviste? ¿Te vio alguien cuando metías el coche en el garaje? En tu casa hay pocos pisos, ¿verdad? ¿Encontraste a alguien al volver a casa? Y las luces de las ventanas, ¿qué?

—Dejé las luces encendidas, porque en casa lo hacemos así cuando salimos. Mi madre dice que es más seguro, porque así parece que hay alguien en casa. Cuando volví ya era de noche. Tenía necesidad de estar solo para pensar y fui hasta Blakeney, estuve paseando por los pantanos y no volví a casa hasta las diez y media.

Caroline dejó escapar un suspiro de alivio.

—Entonces todo es perfecto. ¿Encontraste a alguien por el camino?

—Sí, vi de lejos una pareja con un perro, pero seguro que no me habrían reconocido aunque me conocieran.

—¿Dónde comiste? —siguió machacándolo la chica con aquel interrogatorio pertinaz e incansable.

—No comí hasta llegar a casa. No tenía hambre.

—Muy bien, entonces estamos salvados, porque a mí nadie me estuvo espiando en el bungalow, ni vino a verme nadie, ni me telefoneó nadie, tal como ocurre siempre.

¿Espiar? ¡Vaya palabra extraña! Pero de hecho tenía razón. El bungalow, lugar tan poco inspirado como el nombre que llevaba —*Field View*[4]—, se levantaba en un lugar totalmente aislado, junto a una sombría carretera rural de las afueras de Hoveton. A Jonathan nunca lo había dejado entrar en su casa, ni siquiera lo había autorizado a acompañarla hasta el pasado viernes por la noche. La verdad es que la casa lo había sorprendido e incluso chocado un poco. Ella le había contado que la había alquilado amueblada a los propietarios, los cuales se habían ido a pasar un año a Australia, donde tenían una hija casada, y después habían decidido quedarse en aquel país. Sin embargo, él no podía comprender por qué se había quedado con aquella casa, habiendo como había casas o *cottages* más bonitos para alquilar o incluso pisitos en venta en Norwich que Caroline estaba en situación de comprar. Al seguir a la chica a través de la puerta había quedado pasmado ante el marcado contraste que existía entre la vulgaridad y ramplonería del ambiente y la serena

belleza de Caroline. Le parecía estar viendo aquel interior: la tonalidad de la alfombra del vestíbulo, la sala de estar con dos paredes empapeladas a rayas rosa y las otras dos a base de enormes ramilletes de flores, un sofá y un par de sillones de asiento duro cubiertos con fundas mugrientas, una pequeña reproducción del *Carro de heno de Constable*, colgada a una altura excesiva para poder ser contemplada con comodidad y situada a incompatible proximidad de la ubicua chinita de rostro amarillo, y una estufa de gas sumamente anticuada, montada en la pared. Caroline no había aportado nada a la casa, no había hecho nada para imprimirle su personalidad, como si no percibiera sus deficiencias ni su fealdad. Puesto que cubría sus necesidades, no le exigía nada más. Aparte de que también había cubierto las necesidades de los dos. Pese a todo, solo entrar en la casa, Jonathan había sentido frío y habría querido gritar:

—Es la primera vez que estamos juntos, y para mí es un estreno en toda regla. ¿No podríamos ir a alguna otra parte? ¿Tiene que ser necesariamente aquí?

Ahora dijo con voz plañidera:

—Me parece que no sabré hacerlo, porque sonará a falso. El inspector Rickards se dará cuenta al momento de que estoy mintiendo. Voy a poner cara de mentiroso, se notará que estoy nervioso.

Caroline había decidido que se mostraría paciente con él, que sería amable.

—El inspector comprenderá que estés nervioso, porque tú le dirás que nos pasamos todo el tiempo haciendo el amor. Esto es muy convincente y, por otra parte, natural. Desconfiaría si no estuvieses nervioso. ¿No te das cuenta de que el hecho de que sientas remordimientos, de que estés nervioso, es lo que da verosimilitud a la declaración?

Jonathan veía que hasta su inexperiencia, su inseguridad, su misma vergüenza serían utilizadas para los fines que perseguía Caroline.

—Mira, lo único que tenemos que hacer es un cambio de noches —dijo Caroline —. La noche del viernes pasa a convertirse en ayer noche. No tienes que inventar ni improvisar nada. Les cuentas lo que hicimos, lo que comimos, la comida y el vino, lo que estuvimos hablando. No sonará a mentira porque da la casualidad de que es verdad. No pueden pescarnos preguntándonos qué programa daban en la televisión, porque no vimos la televisión.

—Ya, pero lo que ocurrió entre nosotros es íntimo y queda reservado únicamente para nosotros.

—Ahora ya no, porque un asesinato acaba con cualquier intimidad. Hicimos el amor… aunque es indudable que la policía utilizará una palabra más gruesa. Si no la dicen, la pensarán. Hicimos el amor en mi cuarto, en mi cama. ¿Lo recuerdas o no?

¿Que si lo recordaba? ¡Naturalmente que lo recordaba! Sentía que la cara le ardía, parecía que le ardía todo el cuerpo y, pese a que luchaba desesperadamente para reprimirse, las lágrimas le saltaban de los ojos y le quemaban las mejillas. Apretó con fuerza los párpados para no tener que secárselas. ¿No se había de acordar? La

habitación cuadrada y fea, anónima como la de un hotelucho barato, aquella mezcla de excitación y terror que casi lo había paralizado, su incompetente torpeza, las palabras dichas a media voz que se habían convertido en órdenes. Caroline se había mostrado experimentada, pero paciente, y al final se había hecho cargo de la situación. Por supuesto que Jonathan no había pensado ni por un momento que aquella era la primera vez que Caroline pasaba por aquella experiencia. Para él era la primera vez, no para ella, pese a lo cual él sabía que lo ocurrido entre los dos era irrevocable. Ella lo había poseído a él, no él a ella, y la posesión no había sido solamente física. Por un momento Jonathan se quedó sin habla. Costaba creer que aquellas contorsiones grotescas, aunque controladas, tuvieran nada que ver con aquella Caroline que ahora estaba tan cerca de él, pese a estar tan lejos. Con percepción sumamente agudizada observó la rigurosa precisión de las rayas grises y blancas de la camisa, cortada como la de un hombre, la forma de la larga falda gris, los zapatos de corte salón en charol negro, la sencilla cadena de oro a juego con los gemelos también de oro, el cabello color de trigo peinado hacia atrás y recogido en una gruesa trenza. ¿Era esto lo que había amado, lo que todavía amaba, un ideal romántico de muchacho, aquella perfección fría y distante de Caroline? Con un suspiro transformado en gemido casi audible comprendió que aquel primer acoplamiento había sido más destructor que constructor y que aquello que él había añorado tan vivamente y que todavía añoraba, a pesar de saber que ya lo había perdido para siempre, era un ideal de inasequible belleza, pese a lo cual Jonathan sabía que ella solo habría tenido que extender una mano para que él volviera a seguirla a aquel bungalow, a aquella cama.

—Pero ¿a qué viene todo eso? —dijo él, desesperado—. No pueden sospechar de ti. ¿Cómo van a sospechar de ti? Es ridículo pensarlo. Tú te llevabas estupendamente con Hilary, te llevas muy bien con todos los de la central. Eres la última persona de la que sospecharía la policía. No existe motivación ninguna.

—Claro que hay motivación: a mí ella no me gustaba ni pizca y yo odiaba a su padre, porque dejó en la ruina a mi madre y la obligó a vivir en la pobreza los últimos años de su vida. Esta situación impidió que yo recibiera una educación decente. Soy secretaria, no soy más que una mecanógrafa-taquígrafa, y nunca en la vida seré otra cosa que esto.

—Siempre he pensado que tú serías lo que te propusieras ser.

—Pero sin estudios, imposible. Sí, claro, te pueden dar un crédito, pero tendría que dejar el trabajo y ponerme a estudiar como una loca. Y no es solo por mí, sino por lo que Peter Robarts hizo a mi madre. Mi madre confió en él y puso todo el dinero, hasta el último céntimo, en su empresa de fabricación de plásticos, todo el dinero que le había dejado mi padre. He odiado a ese hombre toda mi vida y si odiaba a Hilary Robarts era porque era hija suya. Cuando la policía se entere de esto, ya no habrá paz para mí. En cambio, si tengo una coartada, ya no tengo que preocuparme,

porque van a dejarnos en paz a los dos, tanto a ti como a mí. Lo único que hemos de decir es que estábamos juntos y dejarán de molestarnos.

—Pero ¿cómo van a pensar que lo que el padre de Hilary hizo a tu madre puede ser motivo para que tú mates a Hilary? No tiene lógica ninguna, aparte de que todo esto ocurrió hace un montón de tiempo.

—No hace falta tener un motivo para matar a un ser humano, porque los que matan lo hacen por las razones más absurdas del mundo. Además, a mí con la policía me pasa una cosa rarísima y, aunque sé que es una insensatez, me ocurre siempre. Por eso tengo tantísimo cuidado al conducir. Estoy convencida de que no resistiría un interrogatorio de la policía, porque la policía me aterra.

Jonathan se daba cuenta de que Caroline se aferraba a aquella verdad demostrable para hacer que su petición pareciera legítima y razonable. Tenía verdadera obsesión con el límite de velocidad, incluso cuando apenas había circulación en la carretera, y obsesión igualmente con el cinturón de seguridad y con el estado del coche. Jonathan también se acordaba de que, tres semanas atrás, mientras estaban de compras en Norwich, había sido despojada del bolso por el procedimiento del tirón y, pese a que él había insistido en hacer la denuncia, ella se había negado. Recordaba perfectamente las palabras de Caroline:

—No sirve de nada, porque el bolso no lo recuperaré. Lo único que conseguiremos es perder tiempo en la comisaría. Dejémoslo, total no llevaba mucho.

Y después, al darse cuenta de que estaba sopesando todas las palabras de Caroline, que las iba comprobando una por una, sintió una especie de vergüenza mezclada con un sentimiento de lástima, al tiempo que ella le decía:

—De acuerdo, me doy cuenta de que pido demasiado. Sé cuál es tu posición frente a la verdad, a la sinceridad, como antiguo explorador de las juventudes cristianas. Te pido que sacrifiques la buena opinión que tienes de ti mismo y esto no le gusta a nadie, porque todos necesitamos respetarnos. Supongo que te encanta pensar que eres superior a los demás. Pero ¿no crees que eres un poco hipócrita? Dices que me quieres, pero no eres capaz de mentir por mí, aun tratándose de una mentira que no es importante, que no hace daño a nadie. En fin, no puedes mentir porque va contra tu religión. En cambio, la religión no te impidió acostarte conmigo, ¿verdad? Y yo que me figuraba que los cristianos eran demasiado puros para condescender a la fornicación esporádica…

¡Fornicación esporádica! Cada palabra era una bofetada, no la puñalada que produce la momentánea herida, sino el golpe continuado y deliberado de la misma carne magullada. Nunca, ni siquiera en aquellos primeros días maravillosos que habían pasado juntos, Jonathan había sido capaz de hablarle de la fe que profesaba, porque Caroline había dejado perfectamente sentado desde el principio que aquella faceta de su vida no merecía simpatía ni comprensión por parte de ella. ¿Cómo explicarle, pues, que la había seguido hasta su cuarto sin remordimiento alguno porque la necesidad que sentía de ella era más fuerte que el amor que le inspiraba

Dios, más fuerte aún que el remordimiento, más fuerte que la misma fe, sin otra lógica ni justificación que su misma realidad? Jonathan se había convencido de que aquello no podía tener nada de malo cuando cada nervio y cada tendón de su cuerpo le decían que estaba bien y que era natural, sagrado incluso.

—Está bien, dejémoslo. Te he pedido demasiado —dijo Caroline.

Herido por el desprecio que dejaba traslucir su voz, Jonathan dijo con aire desolado:

—No se trata de esto ni de que yo sea mejor que nadie. Sé que no lo soy. Además, tú nunca puedes pedirme demasiado. Si realmente te importa, lo haré.

Caroline lo escrutó con la mirada, como si quisiera valorar su sinceridad, su voluntad y dijo:

—Mira, ninguno de los dos corremos peligro, porque los dos somos inocentes, y esto lo sabemos. Aparte de que lo que diremos a la policía podría muy bien ser verdad.

Pero era un error y Jonathan advirtió aquella realidad en la mirada de Caroline.

—Podría muy bien ser verdad, pero no lo es —dijo él.

—Y esto es lo único que cuenta para ti, lo que cuenta más que mi paz espiritual, lo que cuenta más que el amor que podamos sentir uno por el otro.

Jonathan hubiera querido preguntar por qué razón su paz espiritual debía apoyarse en una mentira, y también habría querido saber qué sentían uno por el otro, qué sentía ella por él.

Caroline, mirando el reloj, dijo:

—Después de todo, también es una coartada para ti y esto todavía es más importante. Todo el mundo sabe lo antipática que estaba contigo desde el día del programa de radio: el cruzado nuclear de Dios. ¿Lo habías olvidado?

La crueldad de la insinuación, la nota de impaciencia que había en su tono de voz eran cosas que disgustaban profundamente a Jonathan.

—Supón que no se lo creen —dijo de pronto.

—No empieces otra vez con lo mismo. ¿Por qué no se lo van a creer? Y si no se lo creen, importa poco. Tampoco pueden demostrar que sea mentira, y esto sí que importa. Además, es natural que estemos juntos, porque la cosa no es de ayer ni mucho menos. Mira, ahora tengo que volver al despacho. Me pondré en contacto contigo, pero esta noche mejor que no nos veamos.

Jonathan no se había hecho la ilusión de verla por la noche. La radio local hablaría del reciente asesinato al dar las noticias y los comentarios correrían de boca en boca. Su madre esperaría ansiosamente a que él volviera del trabajo, ávida de conocer detalles.

Sin embargo, antes de que se fuera tenía que decirle algo, y por fin consiguió hacer acopio del valor necesario para podérselo decir:

—Anoche te llamé. Cuando estaba dando vueltas por ahí, pensando. Me paré en una cabina y te llamé. No estabas en casa.

Hubo un breve silencio y, mientras Jonathan escrutaba nervioso el rostro de la muchacha, esta dijo imperturbable:

—¿A qué hora?

—Hacia las diez menos veinte, quizás un poco más tarde.

—¿Por qué? ¿Por qué llamaste?

—Porque tenía necesidad de hablar contigo. Me sentía solo y pensé que a lo mejor cambiabas de parecer y me decías que pasase por tu casa.

—De acuerdo. No importa que lo sepas. Anoche fui hasta la zona costera. Saqué a Remus de paseo. Dejé el coche en un camino de carros en las afueras del pueblo y me fui andando hasta las ruinas de la abadía. Creo que llegué a casa alrededor de las diez.

Jonathan, horrorizado ante la noticia, exclamó:

—¿Estabas allí? ¡Y ella, muerta, a pocos metros!

—A pocos metros, no —respondió ella secamente—. A más de cien. No corría peligro de encontrarme con el cadáver, ni vi al asesino, si es eso lo que estás pensando. Me quedé en los arrecifes y no bajé a la playa siquiera. Si hubiera paseado por la arena, la policía habría encontrado mis huellas y las de Remus.

—Pero a lo mejor te vio alguien. Había luna llena.

—En la zona costera no había ni un alma y si el asesino estaba acechando entre los árboles y me hubiera visto, lo más probable es que no hubiera salido del escondrijo. De todos modos, me encuentro en una situación desagradable y por esto necesito una coartada. No pensaba decírtelo, pero ahora ya lo sabes. Yo no la he matado, pero resulta que estaba en el lugar del crimen y que, de hecho, tendría razones para hacerlo. Por esto te pido que me ayudes.

Por primera vez Jonathan descubrió en su voz una nota de ternura, casi de súplica. Caroline inició un movimiento, como si fuera a tocarlo, pero en seguida se hizo atrás, y aquel esbozo de gesto, aquella retirada fue para él tan conmovedora como si de verdad lo hubiera acariciado. El amor propio herido, aquel sentimiento de vejación fueron barridos por una oleada de cariño y, aunque parecía como si los labios se hubieran vuelto de pronto tan gruesos que casi le impedían hablar, todavía atinó a encontrar las palabras:

—Claro que te ayudaré —dijo—, porque te quiero. No voy a dejarte en la estacada, puedes confiar en mí.

Capítulo 3

Rickards había quedado con Alex Mair para encontrarse en la central nuclear a las nueve de la mañana, pero había decidido que primero haría una visita a Scudder's Cottage para ver a Ryan Blaney. La visita era un poco delicada. Sabía que Blaney tenía hijos y que tendría que interrogar como mínimo a la niña mayor. Pero no podía hacerlo hasta contar con la colaboración de una agente femenina, cosa que retrasaría un poco el trámite en cuestión. Se trataba de uno de aquellos aspectos de carácter menor que le resultaban difíciles de aceptar, pese a saber que sería una imprudencia ir a ver a los Blaney sin ir acompañado de una agente femenina y rebasar los límites de lo que debía ser una simple visita. Tanto si el personaje resultaba sospechoso como si no, no podía correr el riesgo de verse acusado de sonsacar información a una menor sin tener en cuenta los requisitos legales apropiados. Sin embargo, Blaney tenía derecho a saber qué había ocurrido con su cuadro y, si no se lo comunicaba la policía, alguien se apresuraría a decírselo, aparte de que también le interesaba ver qué cara ponía el hombre al enterarse de las noticias, es decir, tanto que el cuadro había sido rasgado, como del asesinato de Hilary Robarts.

Rickards no pudo por menos que pensar que pocas veces en la vida había tenido ocasión de ver un lugar tan deprimente como Scudder's Cottage. Caía una fina llovizna y el inspector vio la casa y el descuidado jardín a través de una tenue neblina que parecía absorber formas y colores cubriendo toda la escena de una tonalidad gris, húmeda y amorfa. Dejando al agente Gary Price en el coche, Rickards y Oliphant se abrieron paso a través del camino infestado de hierbajos que conducía al pórtico. No había timbre para llamar pero, así que Oliphant golpeó la puerta con el llamador de hierro, esta se abrió inmediatamente y apareció Ryan Blaney, con su metro noventa de estatura, flaco y con la vista nublada, lanzándoles una mirada desapacible. Daba la impresión de que hasta de sus rojos cabellos había huido el color. Rickards pensó que nunca en la vida había visto a un hombre que diera una impresión de mayor agotamiento que aquel, pese a lo cual todavía conseguía tenerse de pie. Blaney no los invitó a pasar, pero Rickards no lo insinuó siquiera considerando que no podía permitirse aquella intromisión hasta que contara con la agente femenina. Blaney no corría prisa de momento, puesto que lo que más le interesaba ahora era llegar cuanto antes a la central nuclear de Larksoken. Le dio la noticia de que el retrato de Hilary Robarts había sido destrozado y encontrado en Thyme Cottage, pero no facilitó más detalles. Blaney no dijo nada, por lo que Rickards preguntó:

—¿Es que no me ha oído, señor Blaney?

—Sí, lo he oído. Ya estaba enterado de que el cuadro había desaparecido.

—¿Cuándo se enteró?

—Anoche, alrededor de las diez menos cuarto. La señorita Mair pasó a recogerlo, porque pensaba llevarlo a Norwich esta mañana. Ella se lo explicará todo. ¿Dónde está el cuadro ahora?

—Lo tenemos nosotros… bueno, lo que queda de él. Lo necesitamos para que lo examine el forense. Le extenderemos a usted un recibo, por supuesto.

—¿Para qué? Pueden quedarse con él y también con el recibo. ¿No dice que está hecho pedazos?

—A pedazos, no. Tiene dos cortes muy precisos que posiblemente se pueden reparar. Cuando volvamos, lo traeremos para que usted pueda identificarlo.

—No quiero volverlo a ver. Pueden quedarse con él.

—La identificación es un trámite necesario, señor Blaney, pero volveremos a hablar del asunto más tarde, cuando regresemos. A propósito, ¿cuándo fue la última vez que vio el cuadro?

—El jueves por la noche, que fue cuando lo envolví y lo dejé en el cobertizo donde pinto. Desde entonces no había vuelto a poner los pies en el cobertizo. ¿Para qué hablar de todo esto? Era lo mejor que había pintado en mi vida y aquella puta lo hizo papilla. Que lo identifique Alice Mair o Dalgliesh. Lo habían visto los dos.

—¿Se refiere a que usted sabe quién ha hecho el estropicio?

Hubo otro silencio, que Rickards cortó diciendo:

—Volveremos a pasar por la tarde, probablemente entre cuatro y cinco, si no le importa. También tendremos que hablar con los niños, para lo cual iremos acompañados de una agente femenina. Me imagino que ahora estarán en la escuela, ¿no?

—Las gemelas están en la guardería, pero Theresa está aquí porque no se encuentra bien. Oiga, supongo que no se toman todas estas molestias porque me han destrozado un cuadro, ¿verdad? ¿Desde cuándo la policía se preocupa de pintura?

—Nos preocupamos de delitos criminales, pero es que además hay otra cosa: anoche Hilary Robarts fue asesinada.

Al pronunciar estas palabras Rickards observó atentamente el rostro de Blaney. Era el momento de la revelación, a lo mejor el momento de la verdad. Era imposible que Blaney se enterara de la noticia sin revelar una cierta emoción: susto, sorpresa, miedo, reales o simulados. Sin embargo, dijo imperturbable y con toda calma:

—Tampoco es noticia. Ya lo sabía. Esta mañana me ha telefoneado George Jago desde el Local Hero para decírmelo.

Rickards no sabía si ponerlo en duda, aunque añadió mentalmente el nombre de George Jago a la lista de personas que había que interrogar cuanto antes.

—¿Estará en casa Theresa esta tarde y se encontrará bien para que podamos interrogarla?

—Estará y se encontrará bien.

Y dicho esto la puerta se cerró ante sus narices.

—Solo Dios sabe qué impulsó a Robarts a comprar esta casucha —dijo Oliphant — y, después, a empeñarse en sacar de ella a Blaney y a los niños y a estar luchando meses para conseguirlo. Esto dio mucho que hablar en Lydsett y en la zona costera.

—Eso me ha dicho usted antes, pero si Blaney la hubiera matado, no habría querido centrar la atención en él arrojando el cuadro por la ventana del Thyme Cottage. Y los delitos tan independientes como estos, asesinato y daño intencionado en una sola noche, constituyen una coincidencia que cuesta mucho de aceptar.

El día había empezado mal. La llovizna helada, que se colaba malévolamente por el cuello de la americana de Rickards, era otro factor desagradable que se sumaba al abatimiento que lo invadía. No se había dado cuenta de que estaba lloviendo en toda la zona costera, como si Scudder's Cottage y aquella pintoresca pero tristísima cabaña generasen un clima deprimente que les fuera propio. Tenía que solucionar toda una serie de cosas antes de volver a enfrentarse con Ryan Blaney para someterlo a un interrogatorio más riguroso, y la verdad era que la perspectiva no le resultaba nada estimulante. Forzando la puerta sobre unas matas de hierbajos para poder cerrarla, echó una última ojeada a la casa. No había humo en la chimenea y las ventanas, empañadas por una película de sal, estaban herméticamente cerradas. Costaba creer que en aquella casa vivía una familia, que no estaba abandonada desde hacía mucho tiempo a la humedad y a la ruina. En aquel momento, en una ventana situada a la derecha, atisbó una cara pálida, coronada de rojos cabellos, que lo miraba. Era Theresa Blaney y estaba observándolos.

Capítulo 4

Al cabo de veinte minutos los tres agentes de policía estaban en la estación nuclear de Larksoken. Se les había reservado una plaza en el aparcamiento, situado fuera de la valla que marcaba el perímetro de la estación, al lado de la caseta del guarda. Así que se acercaron a la puerta de entrada, cerrada con llave, el guarda la abrió y al momento salió uno de los guardias de seguridad para retirar los conos. Todas estas operaciones preliminares exigieron un cierto tiempo. El guardia de seguridad uniformado que estaba de servicio en aquellos momentos los recibió con fría cortesía y, así que hubieron firmado en el libro de entrada, recibieron los correspondientes distintivos de solapa. El guarda comunicó por teléfono la llegada de la policía e informó a los agentes de que la secretaria del director, la señorita Amphlett, llegaría enseguida, después de lo cual pareció desinteresarse completamente de ellos. Su compañero, el que había abierto la puerta y retirado los conos, se quedó charlando con toda naturalidad con un tipo fornido ataviado con un buzo y un casco bajo el brazo, el cual al parecer había estado trabajando en uno de los tanques de agua. Nadie parecía interesado en la llegada de la policía. Si el doctor Mair había ordenado que los agentes fueran recibidos con cortesía pero con un mínimo de estridencias, era evidente que el personal estaba obrando de acuerdo con sus deseos.

A través de la ventana de la caseta del guarda vieron a una mujer, evidentemente la señorita Amphlett, que se acercaba sin prisas por el camino de cemento que conducía hasta ellos. Era una joven rubia, con aire de seguridad, que al llegar a su lado, ignorando la atrevida mirada de Oliphant y haciendo como si este no existiese, saludó muy seria a Rickards. La muchacha no respondió a la sonrisa del inspector, ya fuera por considerar que sonreír no era propio de la ocasión, ya fuera porque, en su opinión, pocas personas entre los visitantes de Larksoken eran merecedoras de una acogida tan personal y entre ellas no figuraban evidentemente los policías, cosa esta última más probable que la primera.

—El doctor Mair le está esperando, señor inspector —dijo, dándose la vuelta para indicarles el camino.

A Rickards le dio la impresión de ser un paciente que era conducido en presencia del médico. Una secretaria puede ser muy reveladora de cómo es su jefe y lo que esta en particular le decía acerca del doctor Mair no hacía sino reforzar lo que ya imaginaba. Se acordó de cómo era su propia secretaria: Kim, una chica de diecinueve años, desgreñada y vestida de acuerdo con las exageraciones más extravagantes de la moda actual, con unas notas taquigráficas tan poco fiables como sus horarios, pero que nunca recibía a nadie, por insignificante que fuera, sin una sonrisa de oreja a oreja y sin ofrecerle café y galletas, cosa que a veces la persona en cuestión erróneamente aceptaba.

Los tres policías siguieron a la señorita Amphlett entre dos amplias extensiones de césped en dirección al edificio de la administración. Aquella era una mujer que

despertaba una cierta desazón y quizá por esto Oliphant, movido por la necesidad de afirmar su seguridad, comenzó a parlotear como una cotorra.

—A la derecha está la turbina, señor, y detrás está el edificio del reactor y las instalaciones de refrigeración. Los talleres están a la izquierda. Es un reactor térmico Magnox, señor, de un tipo puesto a prueba por primera vez en 1956. Nos lo explicaron una vez que estuvimos aquí. El combustible utilizado es metal de uranio. Para conservar los neutrones y poder utilizar el uranio natural, el combustible está revestido de una aleación de magnesio llamada Magnox, caracterizada por la escasa absorción de neutrones. De aquí toma su nombre el reactor. Extraen el calor haciendo circular dióxido de carbono gasificado por el combustible dentro del núcleo del reactor, con lo que el calor pasa al agua en el interior de un generador de vapor y entonces el vapor impulsa una turbina acoplada a un generador eléctrico.

A Rickards le caía fatal que Oliphant se sintiera obligado a demostrar sus superficiales conocimientos de energía nuclear en presencia de la señorita Amphlett y esperaba que por lo menos fueran exactos.

Pero Oliphant no callaba:

—Por supuesto que los reactores de este tipo actualmente se han quedado anticuados. Este van a sustituirlo por un PWR, reactor de agua a presión, como el instalado en Sizewell. He visitado el de Sizewell y el de Larksoken, señor, porque me gusta saber qué se traen entre manos en estos sitios.

Rickards pensó que si lo sabía de verdad quería decir que era más inteligente aún de lo que él mismo se figuraba.

La sala del segundo piso del edificio destinado a administración, a la que fueron conducidos, sorprendió a Rickards por lo inmensa. Estaba casi vacía y constituía una combinación de espacio y luz deliberadamente preparada para producir una determinada impresión del hombre que en aquellos momentos se ponía de pie detrás del enorme escritorio negro, de línea moderna, y que se quedaba esperando con aire de gravedad mientras ellos avanzaban hacia él a través de lo que se les antojaban metros y metros de alfombra. Mientras se daban las manos y notaba que el apretón de Alex Mair era enérgico y delataba una desconcertante frialdad, los ojos y el cerebro de Rickards tuvieron ocasión de hacerse cargo de los rasgos más sobresalientes de aquel despacho. Dos de las paredes estaban pintadas de un suave gris claro, mientras que, por los lados este y sur, unos paneles de vidrio que cubrían el espacio desde el techo hasta el suelo ofrecían una amplia panorámica del cielo, del mar y de la zona costera. Aquella mañana no lucía el sol, pero el aire estaba bañado de una luz pálida e indefinida y el horizonte aparecía desdibujado, como si cielo y mar no fueran más que una masa grisácea y trémula. Rickards tuvo por un momento la sensación de estar suspendido como un cuerpo ingrávido en el espacio exterior o de estar viajando en una cápsula futurista. Pero a esta se superpuso otra imagen: casi le parecía sentir la vibración de los motores y el estremecimiento del barco mientras la superficie del mar era hendida por la proa.

Había muy pocos muebles. La ordenada mesa de Alex Mair, con un butacón alto y cómodo para los visitantes situado enfrente de la misma, estaba orientada hacia la ventana sur, delante de la cual había una mesa de juntas rodeada de sillas. Delante de la ventana este había una mesa que hacía de soporte de una maqueta que Rickards supuso que reproducía el nuevo reactor de agua a presión que al cabo de poco sería instalado en Larksoken. Le bastó una ojeada para darse cuenta de que era una maqueta primorosamente realizada, una pequeña maravilla de vidrio, acero y metacrilato, tan delicadamente construida como si su función fuera decorativa. De la pared norte colgaba un solo cuadro, una gran pintura al óleo que representaba un hombre armado con un rifle, cabalgando en un huesudo caballo a través de un desolado paisaje de arena y rala maleza, con una hilera de montañas distantes al fondo. Sin embargo, el hombre no tenía cabeza y, en lugar de ella, su cuerpo sostenía un enorme casco cuadrado de metal negro con una ranura para los ojos. Rickards pensó que la pintura era terriblemente inquietante y tuvo la impresión remota de haber visto una copia de la misma, o de otra muy parecida, y de recordar que era obra de un artista australiano. Le irritaba pensar que Adam Dalgliesh seguramente habría sabido identificarla y decir el nombre de su autor.

Al contemplar los ojos grises y sardónicos de Mair, Rickards no pudo menos que preguntarse qué idea debía de haberse formado de él aquel hombre y de pronto recordó unos comentarios que había oído hacía unos años en New Scotland Yard:

—Ricky no es de los que se dejan tomar el pelo. Es un tío mucho más listo de lo que parece.

—Mejor para él, porque me recuerda a uno de esos tipos que salen en todas las películas de guerra: el pobre desgraciado hijo de puta que acaba siempre tumbado en el suelo y con una bala entre las costillas.

Allí no pensaba acabar con una bala entre las costillas. Si aquella habitación estaba pensada para impresionar a la gente, había que convenir que no era más que un despacho y, pese a toda su arrogancia y a los rumores que corrían acerca de su inteligencia, Alex Mair no era más que un hombre corriente y moliente y, si había asesinado a Hilary Robarts, acabaría, como otros mejores que él, mirando el cielo a través de barrotes y contemplando únicamente en sueños el rostro cambiante del mar.

Mientras tomaban asiento, Mair dijo:

—Como supongo que necesitará un sitio para poder interrogar a la gente, he dado orden de que les preparen una pequeña habitación del departamento de física, a la que podrán trasladarse cuando hayan terminado conmigo. La señorita Amphlett los acompañará. No sé si van a necesitarla mucho tiempo, pero de momento he hecho que la equiparan con una pequeña nevera y, aparte, habrá lo necesario para poder preparar té y café o, si lo prefieren, les pueden traer té o café de la cantina. El personal de la cantina les puede también servir menús sencillos. La señorita Amphlett les dirá qué ponen hoy.

—Gracias, nosotros mismos nos haremos el café —dijo Rickards.

Se sentía en desventaja y empezaba a comprender que esto era precisamente lo que se pretendía. Por supuesto que necesitaban disponer de una habitación para los interrogatorios y que no podía quejarse si se preveía dicha necesidad, pero creía que habría empezado con mejor pie si él hubiera tomado la iniciativa y entendía que aquel requisito previo consistente en asegurarle que no le iba a faltar comida ni bebida ponía una nota desagradable en su trabajo. La mirada que el hombre le dirigía por encima de la mesa, mirada llena de seguridad y escrutadora, parecía en cierto modo dictar sentencia. Rickards tenía conciencia de que se encontraba ante el poder, si bien era un poder para él desconocido: el que da la seguridad, la autoridad intelectual. Se habría sentido menos agobiado ante un pleno de comisarios jefes.

—Su jefe superior ha servido de enlace con el comité de energía atómica. El inspector Johnston tiene interés en hablar un momento con usted esta misma mañana, probablemente antes de que usted inicie el interrogatorio general. Entiende que la máxima autoridad en este asunto corresponde al cuerpo de policía de Norfolk pero, como es natural, también está interesado —dijo Alex Mair.

—Lo entendemos muy bien y nos encantará su cooperación —dijo Rickards.

Sería cooperación, no interferencia. Ya sabía cómo las gastaban los de Energía Atómica y sabía perfectamente que podía producirse algún roce o superposición de funciones. Sin embargo, se trataba esencialmente de una cuestión reservada al departamento de investigación criminal de Norfolk y debía ser considerada una prolongación de las pesquisas centradas en el Silbador. Si el inspector Johnston se proponía ser razonable con él, también él lo sería, pero no consideraba que aquella fuera una materia que tuviera que ser tratada con el doctor Mair.

Mair abrió el cajón de la derecha y sacó un dossier de papel manila.

—Ahí tiene la ficha de Hilary Robarts. Está a su disposición —dijo Mair—, aun cuando solo consigna los datos esenciales de tipo profesional: edad, centros de enseñanza, títulos y trabajo realizado antes de que viniera a colaborar con nosotros en 1984 en calidad de oficial administrativa. Un currículum vitae del que la parte relacionada con la vida está irónicamente ausente. Es el esqueleto de una vida.

Mair le tendió el dossier por encima de la mesa con un gesto que curiosamente tenía algo de irrevocable, como si con él cerrara una vida, terminara con ella. Rickards, al cogerlo, dijo:

—Gracias, nos será de utilidad, aunque quizás usted estará en situación de cubrir con algo de carne parte de este esqueleto. ¿La conocía usted a fondo?

—Sí la conocía muy bien. De hecho, durante un tiempo existió entre nosotros una relación de carácter amoroso, aunque tengo que confesar que el hecho no implicaba necesariamente más que una intimidad física. Aparte de esto, creo que la conocía tanto como pueda conocerla cualquier otra persona de la central.

Hablaba con absoluta calma y naturalidad, igual que si acabara de declarar una cosa tan poco importante como que él y Robarts iban a la misma universidad.

Rickards pensó que quizá Mair esperaba que él se centraría en aquel aspecto que acababa de confesarle, pero aquel le preguntó:

—¿Gozaba de simpatías?

—Era una persona muy eficaz y me temo que las dos cosas no siempre van parejas. Yo diría más bien que era respetada y que las personas que trabajaban directamente con ella la apreciaban. Sé que la encontrarán a faltar, probablemente más de lo que encontrarían a faltar a muchos de sus compañeros que gozan de más simpatías que ella.

—¿Usted también la encontrará a faltar?

—Todos.

—¿Cuándo dieron por terminada la relación que había existido entre los dos, doctor Mair?

—Hará unos tres o cuatro meses.

—¿Sin rencores?

—Sin choques ni lágrimas. Cuando rompimos fue después de un período durante el cual nos habíamos ido viendo cada vez con menor frecuencia. Actualmente mi futuro personal tiene una cierta provisionalidad, ya que seguramente no tardaré mucho en dejar de ser director.

Las relaciones íntimas suelen llegar a su fin igual que el trabajo de tipo profesional: surge como una sensación natural que avisa de que se ha cubierto una etapa de la vida.

—¿Ella opinaba lo mismo que usted?

—Supongo que sí. A los dos nos dolió la ruptura, pero no creo que ninguno de los dos imaginase que lo nuestro era una gran pasión ni que se hiciese la ilusión de que podía durar siempre.

—¿No había ningún otro hombre?

—No que yo sepa, pero no hay razón para que yo tuviera que estar enterado.

—Entonces —dijo Rickards— seguramente ha de sorprenderle saber que el domingo por la mañana escribió a su abogado de Norwich para pedirle que le diera hora porque quería hablar con él de su testamento y que le anunció que pensaba casarse dentro de muy poco tiempo. Hemos encontrado esta carta, que no llegó a enviar, entre sus papeles.

Mair parpadeó nervioso, pero no manifestó ningún otro signo de desconcierto, pese a lo cual dijo con voz monocorde:

—Sí, me sorprende, aunque no veo exactamente por qué. Tal vez sea porque Hilary llevaba más bien una vida solitaria y resulta difícil admitir que hubiera encontrado tiempo y momento para ponerse en relaciones con un hombre. Por supuesto que no tendría nada de extraño que hubiera reaparecido alguna persona de su vida pasada y que hubiera llegado a un acuerdo con ella. Me temo que en este aspecto no podré serle de ninguna ayuda.

Rickards cambió el rumbo de su interrogatorio y dijo:

—Parece que la gente de aquí tiene la impresión de que Hilary no le fue de gran ayuda en la encuesta pública realizada a propósito del segundo reactor que piensan instalar. No hizo declaraciones en la encuesta oficial, ¿verdad? No veo del todo cómo pudo estar involucrada en la misma.

—Oficialmente no lo estuvo. Pero en una o dos de las reuniones públicas cometió la imprudencia de enfrentarse con los boicoteadores y, en una de las jornadas abiertas, el científico que normalmente se encarga de ellas estaba enfermo y ella ocupó su puesto. Es muy posible que en aquella ocasión demostrara menos tacto del necesario con algunos de los que formularon preguntas. A partir de entonces di orden de que no tuviera una intervención directa con el público.

—Así pues, era una mujer que despertaba antagonismos —dijo Rickards.

—No hasta el punto de incitar al asesinato. Era una mujer enteramente dedicada al trabajo que aquí se lleva a cabo y le resultaba difícil mostrarse condescendiente con lo que ella juzgaba oscurantismo premeditado. No poseía una preparación científica, pero sí tenía unos conocimientos bastante amplios de la ciencia que se practica aquí y a veces tenía un respeto exagerado por lo que ella juzgaba la opinión científica de los entendidos en la materia. Yo le había indicado que era absurdo pretender que su postura fuera compartida por el público en general. Después de todo, no hace tanto que los entendidos habían declarado que los edificios altos no se vienen abajo, que es imposible que se produzca un incendio en el metro de Londres y que los *ferries* que cruzan el canal no pueden hundirse en el mar.

Oliphant, que hasta aquel momento había permanecido en silencio, intervino de pronto:

—Yo fui uno de los que acudieron a la jornada abierta y me acuerdo que alguien hizo una pregunta acerca de lo de Chernobyl, a lo que ella contestó algo así como: «¿Por qué se preocupan si solo hubo treinta muertos?». ¿No fue eso lo que dijo? Casi era para preguntarle: ¿qué cifra de muertos considera la señorita Robarts inaceptable?

Alex Mair se quedó mirando a Oliphant, como sorprendido de que estuviera dotado de la facultad del habla y, después de un momento de contemplación, dijo:

—Si ella comparaba el tributo de muertes representado por Chernobyl con las bajas en la industria y minería de combustibles fósiles, probablemente habría que considerar razonable su postura, aunque habría podido manifestarla con más tacto. Chernobyl es un asunto que solivianta a la gente. Estamos cansados de explicar que el tipo de reactor ruso RBMK tiene bastantes fallos de diseño, el más importante de los cuales es un coeficiente de energía positiva muy rápido cuando el reactor actúa a nivel bajo. Los reactores Magnox, AGR y PWR no tienen esta característica en ninguno de sus niveles de actuación, por lo que aquí es físicamente imposible un accidente similar. Lamento hablar en términos tan técnicos, puesto que lo único que quiero decir es lo siguiente: esto aquí no ocurrirá, esto aquí no puede ocurrir y, de hecho, esto aquí no ha ocurrido.

Oliphant se empeñó en insistir:

—Importa poco que esto ocurra aquí, señor, si a nosotros nos llegan los resultados. ¿Hilary Robarts no había puesto un pleito a una persona de la comunidad por supuesto libelo como resultado de la reunión a la que yo asistí?

Alex Mair ignoró a Oliphant y se dirigió a Rickards:

—Me parece que esto es del dominio público y considero que fue un error. Su postura era perfectamente legítima, pero no por ventilar el asunto ante los tribunales iba a obtener satisfacción.

—¿Trató usted de convencerla de que no actuara para no perjudicar a la central nuclear? —preguntó Rickards.

—Y para que no se perjudicara ella. Sí, traté de convencerla.

En aquel momento sonó el teléfono que tenía sobre la mesa. Mair pulsó el botón y dijo:

—No voy a tardar mucho. Dígale que dentro de veinte minutos lo llamaré yo.

Rickards pensó que se trataría de una llamada preparada y, como para confirmar sus sospechas, Mair dijo:

—Dadas mis pasadas relaciones con Hilary Robarts, usted querrá conocer mis movimientos del domingo y quizá sea este el momento oportuno para ponerle al corriente, ya que supongo que los dos tenemos un día ajetreado en perspectiva.

Era como un discreto recordatorio de que había llegado el momento de ir al grano.

Rickards dijo con firmeza:

—Sería de gran utilidad, señor.

Gary Price bajó la cabeza sobre el cuaderno de notas y se quedó tan ensimismado como si acabasen de echarle una reprimenda por falta de atención.

—Pues mis movimientos tienen escaso interés hasta el domingo por la noche, pero no me importa dar cuenta de lo que me he hecho durante todo el fin de semana. Salí de aquí después de las once menos cuarto el viernes y fui en coche a Londres, comí con un viejo amigo de la universidad en el Reform Club y a las dos y media asistí a una reunión con el Secretario Permanente del Departamento de Energía. A la salida fui al piso que tengo en el Barbican y por la noche fui a una representación de la *La fierecilla domada* en el Barbican Theatre junto con tres amigos más. Si necesita comprobarlo, cosa que me parece improbable, le puedo facilitar los nombres de esas personas. El domingo por la mañana volví en coche a Larksoken, comí en un *pub* de camino hacia acá y llegué a casa a eso de las cuatro. Después de tomar una taza de té fui a dar un paseo por la zona costera y, al cabo de una hora, regresé a Martyr’s Cottage. Alrededor de las siete hice una cena rápida con mi hermana y a las siete y media vine a la central… o quizá fuera un poco más tarde. Estuve trabajando solo en la sala de los ordenadores hasta las diez y media, hora en que decidí volver a casa. Cuando iba en coche por la carretera de la costa el comandante Dalgliesh me paró y me dio la noticia de que Hilary Robarts había sido asesinada. El resto ya lo conoce.

—No del todo —dijo Rickards—. Pasó un cierto tiempo hasta que nosotros llegamos. ¿Tocó usted el cadáver?

—Me acerqué al cadáver, lo examiné, pero no lo toqué. Dalgliesh estaba haciendo su trabajo de manera concienzuda… ¿O debo decir el trabajo de usted? El hecho es que me advirtió oportunamente que no debía tocar nada y que no se podía cambiar nada en el lugar del crimen. Bajé a la playa y me quedé paseando junto a la orilla hasta que llegaron ustedes.

—¿Suele venir a trabajar a la central los domingos por la noche? —preguntó Rickards.

—Vengo invariablemente siempre que paso el viernes en Londres. Hay tantísimo trabajo últimamente que es imposible cubrirlo durante los cinco días laborables. En realidad, no me quedé más que tres horas, pero las aproveché.

—A lo que se ve, estuvo trabajando en la sala de los ordenadores. ¿Haciendo qué?

Si Mair encontró fuera de lugar la pregunta, no lo dijo.

—Estuve ocupado en mis investigaciones centradas en el estudio del comportamiento del reactor en hipotéticos accidentes ocasionados por pérdida de refrigerante. Por supuesto que no soy el único que trabaja en este campo, considerado uno de los más importantes de las investigaciones en torno al diseño de reactores nucleares. En estos estudios contamos con una considerable cooperación internacional. Lo que yo hago esencialmente es evaluar los posibles efectos de la pérdida de refrigerante a través de modelos matemáticos que posteriormente son evaluados mediante análisis numérico y programas computerizados avanzados.

—¿Trabaja sin colaboración de nadie en Larksoken en este campo? —preguntó Rickards.

—En esta central sí, pero se hacen estudios similares en Winfrith y también en otros países, entre ellos Estados Unidos. Como le he dicho, hay mucha cooperación internacional.

—¿Esto es lo peor que puede ocurrir? —preguntó Oliphant—. ¿Que se produzca una pérdida de refrigerante?

Alex Mair lo miró un momento como si estuviera pensando que, dada la fuente de la que procedía la pregunta, quizá no era digna de respuesta, pero al fin dijo:

—La pérdida de refrigerante es en sí algo sumamente peligroso potencialmente hablando, pero debo decir que hay unos procedimientos de emergencia para el caso de que fallen los dispositivos de refrigeración normales. El accidente que ocurrió en la isla Three Miles, en los Estados Unidos, acentuó la necesidad de contar con la máxima información con respecto a la extensión y naturaleza de la amenaza que plantean este tipo de accidentes. El fenómeno que hay que analizar se divide en tres grupos principales: grave daño en el combustible y fusión del núcleo, propagación de los productos liberados en la fisión y aerosoles a través del circuito primario de refrigeración y comportamiento de los productos de la fisión en el combustible y vapor liberados en el edificio que alberga el reactor. Si tiene verdadero interés en las

investigaciones y conocimientos suficientes para entenderlas, puedo proporcionarle algunas referencias, pese a que estimo que este no es el momento ni el lugar adecuados para introducirlo en la educación científica.

Oliphant le dedicó una sonrisa como agradeciéndole el chasco.

—El científico que se suicidó, el doctor Toby Gledhill, ¿no trabajaba con usted en el departamento de investigación? —insistió Oliphant—. Creo que leí algo sobre el particular en los periódicos locales.

—Sí, era mi ayudante. Toby Gledhill, además de ser físico, era un experto en ordenadores dotado de un talento excepcional. Un hombre que ha dejado un importante vacío como persona y como colaborador.

Rickards consideró que con estas palabras daba a entender que no quería hablar más del asunto. Si las hubiera pronunciado otra persona podían haber resultado conmovedoras por su simplicidad, pero en boca de Mair sonaban como un tajante punto y aparte. El suicidio era una cuestión incómoda y molesta y Alex Mair seguramente había considerado el hecho de suscitarla como una repugnante intromisión en su mundo perfectamente organizado.

Volviéndose a Rickards, Mair dijo:

—Tengo muchísimo trabajo esta mañana, señor inspector, y supongo que a usted le ocurre lo mismo. ¿Es realmente importante este punto?

—Contribuye a llenar huecos —dijo Rickards con insistencia—. Supongo que ayer noche, al venir aquí, debió de registrar la entrada y, al salir, la salida.

—Seguramente se habrá fijado en el sistema que utilizamos cuando ha entrado aquí. Todos los miembros del personal disponen de una tarjeta de identidad firmada, en la que hay también una fotografía y un número personal confidencial. El número queda registrado electrónicamente cada vez que un empleado entra en la central, aparte de que hay una revisión visual de la tarjeta por parte del guarda que está en la puerta. Tengo a mis órdenes un número total de quinientas treinta personas, que hacen tres turnos a lo largo de las veinticuatro horas del día. Durante los fines de semana hay dos turnos, el personal de día, que llega a las ocho quince y se va a las veinte quince y el personal nocturno, que trabaja desde las veinte quince hasta las ocho quince.

—¿No puede pasar nadie sin ser detectado? ¿Ni siquiera el director?

—Nadie, y menos que nadie el director. Mi entrada estará registrada y, además, el oficial que estaba en la puerta me vio entrar y salir.

—¿Hay alguna otra entrada en la central aparte de la custodiada por el guarda de la puerta?

—No, a menos que uno se proponga emular a los protagonistas de las antiguas películas de guerra y pase por debajo de la alambrada excavando un túnel. El domingo por la noche no se excavaron túneles.

—Tendremos que conocer los movimientos de todo el personal desde primera hora de la tarde del domingo hasta las diez y media, hora en la que el comandante

Dalgliesh descubrió el cadáver.

—¿No es un espacio de tiempo exageradamente largo? ¿No han llegado a la conclusión de que lo más probable es que la mataran poco después de las nueve?

—Parece que esta es, efectivamente, la hora probable en que se produjo la muerte y esperamos tener una información más exacta a través del informe *post-mortem*. De momento prefiero no hacer conjeturas. Vamos a distribuir entre el personal los impresos que utilizamos para el caso del Silbador, lo que seguramente permitirá eliminar a la gran mayoría. Casi todos aquellos que viven con una familia o que llevan algún tipo de vida social dispondrán de una coartada en relación con la tarde del domingo. Quizás usted podría indicarnos cómo se podrían distribuir los impresos con las mínimas interferencias posibles.

—El procedimiento más simple y más eficaz podría consistir en dejarlos en la caseta del guarda —dijo Mair—, y él mismo se encargaría de irlos repartiendo entre todos los que fueran entrando. En cuanto a los ausentes, ya sea por enfermedad o porque hoy tuvieran fiesta, podríamos encargarnos de enviarles el impreso a su casa. Si quieren, pueden disponer de nombres y direcciones.

Después de una pausa, añadió:

—A mí me parece muy poco probable que este asesinato tenga nada que ver con la central nuclear de Larksoken, pero como Hilary Robarts trabajaba aquí y usted va a interrogar a los empleados, seguramente le será de utilidad tener una ligera idea del esquema y organización de la central. Mi secretaria tiene a su disposición un diagrama de la casa, un folleto que describe el funcionamiento del reactor y que les ayudará a hacerse cargo de las diferentes funciones que se realizan, una lista de los miembros del personal con los nombres y respectivos cargos y un esquema de la estructura actual de la empresa y del funcionamiento de la rotación de turnos de trabajo. Si tiene interés en visitar algún departamento especial, hágamelo saber y haré que lo acompañen. Debo decir que en algunas zonas no se puede entrar sin indumentaria protectora y sin pasar después por una revisión radiológica.

Tenía todo este dossier a punto en el cajón de la derecha y lo pasó a Rickards, que lo cogió y empezó a estudiar el esquema organizativo. Al cabo de un momento dijo:

—Veo que tienen siete departamentos, cada uno con su jefe: un físico, un químico, un inspector de operaciones, un inspector de mantenimiento, un físico para el reactor, un ingeniero de obras y un oficial administrativo, cargo que ocupaba Hilary Robarts.

—Provisionalmente. Hace tres meses que falleció de cáncer el oficial administrativo y su puesto todavía no ha sido ocupado. También estamos a punto de reorganizar la administración interna en tres departamentos principales, como en Sizewell, donde a mi juicio cuentan con un sistema más efectivo y racional. Pero como probablemente ya se habrá enterado, el futuro de esta central es incierto y es muy posible que haya que esperar el nombramiento de un nuevo director o administrador general.

—¿El oficial administrativo de la central es actualmente responsable ante usted a través del director suplente? —preguntó Rickards.

—A través del doctor James Macintosh, exactamente. El doctor Macintosh está desde el mes pasado en los Estados Unidos estudiando las instalaciones nucleares.

—En cuanto al inspector de operaciones… insp. op., según dice aquí… es Miles Lessingham, uno de los invitados a la cena del miércoles en casa de la señorita Mair.

Alex Mair no dijo nada.

—Ha tenido usted mala pata, doctor Mair —prosiguió Rickards—. Tres muertes violentas entre los miembros del personal en el espacio de dos meses. Primero el suicidio del doctor Gledhill, después el asesinato de Christine Baldwin por obra del Silbador y ahora Hilary Robarts.

—¿Duda usted acaso de que Christine Baldwin fuera asesinada por el Silbador? —preguntó Mair.

—Ni por asomo. Se encontró pelo de ella junto con el de otras víctimas al suicidarse el Silbador, y su marido, que en circunstancias normales sería el principal sospechoso, dispone de coartada. Sus amigos lo acompañaron a su casa.

—La muerte de Toby Gledhill fue objeto de investigación, como resultado de la cual se estimó que se trataba de «muerte en un momento en que tenía alterado el equilibrio mental», justificación muy cómoda frente a las costumbres y a la ortodoxia religiosa.

—¿Estaba de verdad alterado su equilibrio mental, señor? —preguntó Oliphant.

Mair, dirigiéndole una mirada irónica y cargada de intencionalidad, dijo:

—No tengo manera de saber cuál era su estado mental en aquel momento, sargento. De lo que estoy seguro, en cambio, es de que se mató él solo y sin ayuda de nadie. Estoy seguro de que en aquellos momentos pensaba que le sobraban motivos. El doctor Gledhill era un maníaco depresivo, que supo capear airosamente su enfermedad y consiguió que no se interfiriera en su trabajo. Pese a ello, dada su constitución psíquica, el suicidio era un riesgo que gravitaba constantemente sobre él. Si usted considera que las tres muertes no guardan relación entre sí, no tenemos por qué perder tiempo ocupándonos de las dos primeras. ¿O es que su comentario, señor inspector, era una lamentación de carácter general?

—No, era un simple comentario —dijo Rickards.

Y continuó:

—Uno de sus empleados, Miles Lessingham, encontró el cadáver de Christine Baldwin y en aquella ocasión nos dijo que se dirigía a su casa para cenar con usted y su hermana. Supongo que debió de hacerles una descripción detallada de lo que le había pasado. Muy natural por otra parte, porque es una cosa muy difícil de mantener en secreto.

—Prácticamente imposible —dijo Mair con toda calma, y añadió—: Entre amigos, naturalmente.

—Y él lo estaba, por supuesto. Una reunión de amigos, incluida la señorita Robarts. Por eso pudieron enterarse de todos los detalles más siniestros, recién llegados del escenario del crimen, incluidos los confidenciales y que habría debido guardar para él solo.

—¿Qué detalles eran estos, señor inspector?

Rickards no contestó y, en lugar de esto, preguntó:

—¿Querrá darme los nombres de todas las personas que se encontraban en Martyr's Cottage cuando llegó el señor Lessingham?

—Mi hermana, es decir, Alice Mair, Hilary Robarts, la señora Dennison, que es el ama de llaves de la vieja rectoría, y el comandante Adam Dalgliesh de la policía metropolitana. ¡Ah, y la hija de Blaney!… Theresa, creo que se llama… ayudó a mi hermana en los preparativos de la cena.

Después de hacer una pausa añadió:

—Estos impresos necesarios para la investigación que usted se propone entregar a todos los miembros del personal exigirán tiempo para rellenarlos, pero ¿no está perfectamente claro lo ocurrido en este caso? ¿No se trata de un asesinato de imitación?

—Se trata exactamente de esto, señor —dijo Rickards—. Todos los detalles son exactos. Muy inteligente y muy convincente, pero con dos diferencias. Ese asesino conocía a su víctima y ese asesino es una persona cuerda.

Cinco minutos más tarde, mientras seguía a la señorita Amphlett por el pasillo hasta el cuarto donde debía hacer los interrogatorios, Rickards se hizo la reflexión de que aquel hombre era de una frialdad desconcertante. No había pronunciado una sola frase de horror ni de pesar, porque consideraba que sonaban a falsas. Tampoco había hecho protestas de inocencia, puesto que daba por sentado que nadie que estuviera en sus cabales podía considerarlo sospechoso de asesinato. No había pedido que estuviera presente su abogado porque, ¿para qué necesitaba abogado? Sin embargo, era demasiado inteligente para que le hubiera pasado por alto el porqué de aquellas preguntas sobre la cena. Quienquiera que fuera la persona que había matado a Hilary Robarts sabía que esta iría a nadar a la luz de la luna, poco después de las nueve, y sabía también con toda precisión cómo mataba el Silbador a sus víctimas. Eran bastantes las personas que estaban al corriente de una de estas dos cosas, pero el número de las que sabían las dos era limitado. Seis de estas últimas habían asistido a la cena celebrada en Martyr's Cottage el jueves por la noche.

Capítulo 5

El cuarto preparado para llevar a cabo los interrogatorios era una habitación sin ningún rasgo particular, con vistas a la parte oeste, enteramente dominada por la inmensa mole de edificio de la turbina. Estaba correctamente amueblada para el propósito al que estaba destinada, si bien Rickards hubo de considerar con un cierto malhumor que era perfectamente adecuada para aquellos visitantes cuya presencia era tolerada, pero no acogida con simpatía. Había en ella una moderna mesa de pedestal, evidentemente trasladada de algún despacho, tres sillas de tipo duro y otra ligeramente más cómoda y provista de brazos, una pequeña mesa lateral con una marmita eléctrica sobre una bandeja, en la que también habían cuatro tazas y platos (¿es que Mair se figuraba que pensaban preparar café para los sospechosos?), un cuenco lleno de terrones de azúcar envueltos en papel y tres pequeños recipientes para té.

—¿Qué nos han puesto, Gary? —preguntó Rickards. Gary Price comenzó a revolver las latas.

—Café y té en bolsitas, señor. Y también hay una caja de galletas.

—¿Qué clase de galletas? —preguntó Oliphant.

—Digestivas, sargento.

—¿De chocolate?

—No, sargento, simplemente digestivas.

—Bueno, esperemos que no sean radiactivas. Vamos a poner en marcha la marmita y podríamos empezar por el café. ¿De dónde se supone que vamos a sacar el agua?

—La señorita Amphlett ha dicho que hay un grifo en la guardarropa del final del pasillo, sargento. De todos modos, la marmita está llena.

Oliphant se sentó en una de las sillas duras, estirando un poco el cuerpo como si pretendiera comprobar su comodidad. Sintió que crujía la madera.

—Frío como un pez, ¿verdad? Y un hombre inteligente. No le ha sacado mucho, señor —dijo.

—No diría lo mismo, sargento. Nos hemos enterados de muchas cosas de la víctima sin que él se diera cuenta. Era eficiente, pero no gozaba de simpatías, ávida de meterse en asuntos que no eran de su competencia, probablemente porque aspiraba secretamente a ser una científica y no una administradora. Una mujer agresiva, intransigente, intolerante con las críticas. Se enfrentaba con la gente de la localidad y de vez en cuando provocaba problemas en la central. Y por supuesto, era la amiguita del director, aunque la cosa no pasaba de aquí.

—Esto hasta hace tres o cuatro meses —dijo Oliphant—. Un final lógico puesto que no existían grandes sentimientos por parte de ninguno de los dos. Según su versión.

—La de ella no la tendremos nunca. Hay una cosa que resulta extraña. Cuando Mair encontró al señor Dalgliesh, este iba camino de su casa después de haber salido de aquí. Es de suponer que su hermana lo estuviese esperando y, sin embargo, no parece que la telefoneara. No parece habérsele ocurrido.

—Estaba conmocionado, señor, había otra cosa que le rondaba por la cabeza. Acababa de descubrir que su examiguita era víctima de un asesino psicópata y vicioso. Esto le hizo olvidar los sentimientos fraternales y el cacao con leche que se tomaba por la noche.

—Quizá. No sé si la señorita Mair llamaría aquí para conocer el motivo del retraso. Preguntaremos.

—Si no llamó, a lo mejor fue por otra razón —dijo Oliphant—. La hermana sabía que llegaría tarde porque se figuraba que estaba en Thyme Cottage con Hilary Robarts.

—Si no telefoneó porque se figuraba esto, quiere decir que no podía saber que Robarts estaba muerta. Muy bien, sargento, ya estamos en marcha. Antes que nada hablaremos con la señorita Amphlett. Por lo general, la secretaria del jefe sabe mejor que nadie, incluido el propio jefe, cómo funciona la organización.

Sin embargo, si Caroline Amphlett tenía conocimiento de alguna información de interés, sabía ocultarla muy bien. Se sentó en la butaca con la tranquila seguridad de la candidata a un puesto de trabajo que sabe que tiene todos los triunfos para conseguirlo y contestó a las preguntas de Rickards con toda calma y sin ninguna emoción, salvo cuando este trató de sondear en la relación entre Hilary Robarts y el director. Entonces se permitió hacer un mohín de contrariedad, dando a entender que no entendía por qué le hacían preguntas tan vulgares sobre cuestiones que no eran de incumbencia de nadie y dijo, tajante, que el doctor Mair no le había hecho nunca confidencias relacionadas con su vida privada. Admitió saber que Hilary Robarts tenía la costumbre de ir a nadar por la noche y que lo hacía hasta bien entrado el otoño y a veces incluso hasta más tarde, y añadió que le parecía que se trataba de un hecho conocido de toda la gente de Larksoken. La señorita Robarts había sido una nadadora fuerte y entusiasta. No se mostró particularmente interesada en el Silbador, y únicamente había tomado las debidas precauciones en lo referente a no pasear sola por las noches. Dijo que no sabía nada acerca de los métodos por él empleados a excepción de lo que había leído en los periódicos, es decir, que estrangulaba a sus víctimas. Se había enterado de que había habido una cena el jueves en Martyr’s Cottage porque le parecía que Miles Lessingham se había referido a ella, pero nadie le había hecho ningún comentario con respecto a las incidencias de la reunión ni veía razón para que nadie se lo hiciese.

En cuanto a lo que ella había hecho el domingo, había estado desde las seis de la tarde en su bungalow con su novio, Jonathan Reeves. No se habían movido de allí hasta las diez y media. Con una mirada fría dirigida a Oliphant parecía retarlo a que le preguntase qué habían estado haciendo todo aquel tiempo, tentación a la que este

se resistió limitándose a preguntar únicamente qué habían bebido y comido. Al ser preguntada en relación con el trato que mantenía con Hilary Robarts, manifestó que la respetaba enormemente pero que no habría podido decir si era o no de su agrado. La relación que había existido entre las dos había sido meramente profesional y se había mantenido dentro de los límites de la cordialidad pero, que ella recordase, no se habían visto nunca fuera de la central. Que ella supiera, la señorita Robarts no tenía enemigos ni tenía la más mínima idea acerca de quién podía desear su muerte. Así que la puerta se cerró tras ella, Rickards dijo:

—Comprobaremos la coartada, por supuesto, pero no hay ninguna prisa. Dejemos que Reeves sude un poco. Lo interrogaremos aproximadamente dentro de una hora. Primero quiero hablar con los que trabajaban directamente con Robarts.

Sin embargo, la hora siguiente fue totalmente improductiva. Los que habían trabajado directamente para Hilary Robarts evidenciaron signos de estar más impresionados que disgustados y las declaraciones que hicieron vinieron a confirmar la imagen de una mujer a la que respetaban más que apreciaban. Sin embargo, no hubo ninguno que aportase unas razones obvias, no hubo ninguno que admitiese saber con exactitud cómo mataba el Silbador y, lo que era más importante, todos pudieron presentar una coartada en relación con la noche del domingo. Rickards no esperaba otra cosa.

Después de transcurridos sesenta minutos solicitó la presencia de Jonathan Reeves. Este entró en la habitación pálido como un muerto, sometido a una tensión tan grande como si se encontrase en la cabina de ejecución. La primera reacción de Rickards fue de sorpresa al considerar que una muchacha tan atractiva como Caroline Amphlett pudiera haber escogido a un muchacho tan inmaduro como aquel. No se trataba solo de que Reeves tuviera un aspecto abiertamente repulsivo, ya que era un chico del montón de no haber sido por el acné. Sus rasgos, considerados por separado, eran bastante correctos, pero lo anodino era el conjunto, un rostro que frustraba cualquier intento de reconstruirlo con vistas a identificarlo. Rickards acabó por decidir que era un rostro en el que contaban más los movimientos que los rasgos, aquel continuo parpadeo detrás de unas gafas con montura de concha, aquella succión nerviosa de los labios, aquella costumbre suya de estirar de pronto el cuello como hacen los actores de TV. La lista que Alex Mair le había proporcionado le había permitido saber que el personal de Larksoken era predominantemente masculino. ¿Es que Caroline no podía encontrar un novio mejor que aquel? Sabía, sin embargo, que la atracción sexual no actúa por lógica y, para corroborarlo, no tenía más que pensar en su propio caso: él y Susie. Probablemente sus amigos, cuando los veían juntos, no podían por menos que hacerse la misma reflexión.

Dejó el interrogatorio más minucioso en manos de Oliphant, lo que fue un error, porque este se encontraba siempre a sus anchas cuando tenía que interrogar a un sospechoso asustado y dedicó todo el tiempo a sonsacarle, no sin un especial placer,

una diáfana descripción de sus movimientos que confirmaba la versión de Caroline Amphlett.

Después, así que Reeves fue despedido, Oliphant dijo:

—Estaba que saltaba, señor, igual que un gato. Por eso me he entretenido tanto rato con él. Me parece que miente.

Rickards se hizo la reflexión de que era típico de Oliphant que diera siempre por sentado lo peor, como esperando que se verificase.

—No tiene que mentir necesariamente, sargento —dijo, tajante Rickards—, simplemente está asustado y confundido. Ya es mala pata que la primera noche de amor que pasa uno tenga que terminar con un interrogatorio policial no particularmente comedido. De todos modos, la coartada parece bastante concluyente y no parece que ninguno de los dos deba tener un motivo especial. Tampoco hay pruebas de que estuvieran al corriente de los detalles en lo que se refiere a las costumbres del Silbador. Pasemos a interrogar a uno que sí lo estaba: Miles Lessingham.

La última vez que Rickards había visto a Lessingham había sido en el escenario del asesinato de Christine Baldwin, puesto que no había estado presente en la sala de incidencias cuando Lessingham acudió a esta a la mañana siguiente para firmar la declaración. Se había dado cuenta de que los amagos de humor sardónico del hombre y la evidente indiferencia de que había hecho gala en el lugar del crimen eran resultado sobre todo de la impresión y repulsión que había experimentado, aunque también pudo darse cuenta de que Lessingham sentía una prevención frente a la policía que rozaba la aversión. Se trataba de un fenómeno bastante corriente en la época actual, incluso entre la clase media, y suponía que sus razones tendría el hombre para adoptar aquella actitud. Sin embargo, dicha actitud había puesto las cosas un poco más difíciles tanto en aquella primera ocasión como las pondría ahora. Después de los preliminares de costumbre, Rickards dijo:

—¿Estaba usted al corriente de la relación existente entre el señor Mair y la señorita Robarts?

—Él era el director y ella la oficial administrativa.

—Me estoy refiriendo a la relación sexual.

—Nadie me había hecho ningún comentario, pero como no soy totalmente insensible a los mortales que me rodean, había supuesto que eran amantes.

—¿Sabía usted que la relación había terminado?

—Lo suponía. No me habían dicho nada al iniciar la relación y tampoco me dijeron nada cuando decidieron ponerle término. Mejor que pregunte al doctor Mair si quiere saber detalles acerca de su vida privada. Yo ya tengo bastante trabajo con la mía.

—Sin embargo, usted debía de conocer los problemas generados por dicha relación: resentimiento, acusaciones de favoritismo, celos, ¿no es así?

—Por mi parte, ningún problema de este tipo, se lo aseguro. Mi interés se centra en otros campos.

—¿Y qué me dice de la señorita Robarts? ¿Le dio a usted la impresión de que aquella relación había terminado sin rencores? ¿Le pareció que estaba contrariada, por ejemplo?

—Si lo estaba, no vino a llorar en mi hombro, aparte de que no habría escogido precisamente el mío de haber tenido que llorar.

—¿No tiene ninguna idea de quién puede haberla matado?

—Ninguna.

Hubo una pausa, después de la cual Rickards preguntó:

—¿Era la señorita Robarts de su gusto?

—No.

Por un momento Rickards se quedó perplejo. Aquella era una pregunta que Rickards solía hacer en los interrogatorios policiales y generalmente surtía el efecto deseado. Pocos sospechosos admitían que la víctima no les caía simpática sin ponerse a desbarrar tratando de explicarse o de justificarse. Tras un momento de silencio, durante el cual quedó perfectamente claro que Lessingham no tenía ni la más mínima intención de ampliar su manifestación, preguntó:

—¿Por qué no, señor Lessingham?

—En realidad, no son muchas las personas que me gustan y a las que no me limito simplemente a tolerar. Por supuesto, ella no era de las primeras. Sin embargo, no había una razón particular. ¿Tendría que haberla? Yo diría que usted y su sargento tampoco se gustan, lo cual no significa que ninguno de los dos se proponga matar al otro. Y ya que hablamos de asesinato, razón por la cual supongo que estoy aquí, tengo una coartada en relación con el domingo por la noche y quizá será mejor que la detalle ahora mismo. Poseo una embarcación de nueve metros que está amarrada en Blakeney. Salí a navegar aprovechando la marea de la mañana y estuve en el mar hasta casi las diez de la noche. Tengo un testigo que corroborará la salida, Ed Wilkinson, que amarra su bote de pesca junto a mi embarcación, pero nadie me vio llegar. Por la mañana había bastante viento para navegar, más tarde eché el ancla, atrapé un par de abadejos y unas merlucitas y las guisé para comer. Tenía comida, vino, libros y la radio. ¿Para qué quería más? Puede no ser una coartada totalmente convincente, pero por lo menos tiene el mérito de que es simple y de que es la verdad.

—¿Lleva una lancha en la embarcación? —preguntó Oliphant.

—Llevo una lancha inflable sujeta en el techo de la cabina. Y para darle más que pensar, también llevo una bicicleta plegable, pero no la saqué de la embarcación ni en la zona costera de Larksoken ni en ninguna otra parte, ni siquiera con la intención de matar a Hilary Robarts.

—¿Acostumbra navegar solo los fines de semana? —preguntó Oliphant.

—Acostumbro no tener costumbres. Antes salía a navegar con un amigo, ahora salgo solo.

La pregunta siguiente que le hizo Rickards fue acerca del retrato de la señorita Robarts pintado por Blaney. Lessingham admitió que lo había visto. George Jago, el propietario del bar Local Hero, lo había tenido expuesto en el bar, al parecer a petición de Blaney. Ignoraba dónde lo guardaba normalmente Blaney y, en cuanto a él, ni lo había robado ni dañado. De haberlo hecho alguien, seguramente había sido la propia señorita Robarts.

—¿Y ella habría arrojado el cuadro por la ventana de su propia casa? —preguntó Oliphant.

—Usted considera que sería más lógico que ella hiciera los cortes y que arrojara el cuadro por la ventana de la casa de Blaney, ¿verdad? —dijo Lessingham—. Estoy de acuerdo con usted. Sea quien fuere la persona que lo ha cortado, no es Blaney.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Oliphant.

—Porque un artista creador, ya sea pintor, ya sea científico, no destruye nunca su propia obra.

Oliphant siguió:

—En la cena de la señorita Mair usted contó a los invitados una serie de detalles sobre los métodos del Silbador que nosotros le habíamos encargado que mantuviera en secreto.

—Una persona no puede llegar con dos horas de retraso a una cena a la que ha sido invitado sin dar una explicación y, después de todo, la mía se salía de lo común —dijo fríamente Lessingham—. Tenían derecho a su ración de emoción, aparte de que guardar silencio sobre una cosa así requería más dominio del que yo tenía en aquellos momentos. Para ustedes, los cadáveres mutilados son cosa corriente, pero los que hemos escogido profesiones menos excitantes solemos impresionarnos un poco cuando los vemos. Estaba plenamente convencido de que podía confiar en la discreción de mis compañeros en lo que se refiere a hablar con la prensa y, que yo sepa, no ha habido ninguno que lo haya hecho. De todos modos, ¿por qué me pregunta acerca del jueves por la noche? Adam Dalgliesh también estuvo en la cena. En él tiene una persona más experimentada y, según el punto de vista de usted, un testigo más digno de confianza. No voy a decir que es un espía de la policía porque no estaría bien.

Por primera vez en diez minutos, intervino Rickards para decir:

—Y aparte de ser inexacto, sería ofensivo.

Lessingham replicó fríamente:

—Exactamente, por esto no he empleado la palabra. Y ahora, si no tienen más preguntas que hacerme, tengo una central nuclear que organizar.

Capítulo 6

Era más de mediodía al terminar los interrogatorios en la central nuclear y cuando Rickards y Oliphant se preparaban para ir al Martyr's Cottage. Dejaron a Gary Price encargado de la cuestión de los impresos y le dijeron que pasarían a recogerlo después de la entrevista con Alice Mair, ya que Rickards consideraba que seguramente sería más provechosa si era llevada a cabo por dos agentes que por uno. Alice Mair los recibió en la puerta con mucho aplomo, sin evidenciar ningún signo de ansiedad ni de curiosidad, echó una ojeada superficial a sus tarjetas de identidad y los invitó a entrar. Rickards pensó que tenían todo el aire de unos técnicos que llegaban tarde a reparar el televisor y pudo darse cuenta de que ella quería que la entrevistasen en la cocina. Al principio le sorprendió un poco la elección del sitio por lo insólito pero, al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que no se trataba de una cocina en el sentido estricto de la palabra y que más bien era una combinación de despacho, sala de estar y cocina. Lo que más le sorprendió fueron las dimensiones de la habitación, lo que hizo que, aunque no viniera al caso, se parara a preguntarse si habría derribado un tabique para disponer de un espacio tan generoso como aquel. Aprovechó también para pensar qué le habría parecido aquella habitación a su esposa Susie y llegó a la conclusión de que no habría sido de su gusto. A Susie le gustaba que su casa estuviese compartimentada en funciones claramente definidas: la cocina era para cocinar, el comedor para comer, el salón para ver la televisión y el dormitorio para dormir y, una vez por semana, para hacer el amor. Él y Oliphant estaban sentados en dos sillones de mimbre de alto respaldo, provistos de almohadones y colocados a uno y otro lado de la chimenea. El que ocupaba él era cómodo y recogía agradablemente sus largos miembros. La señorita Mair ocupó el asiento colocado ante su mesa de trabajo, que hizo girar para situarse frente a ellos.

—Mi hermano, como es lógico, me comunicó la noticia del asesinato así que llegó anoche a casa. Me temo que no podré serles de ninguna ayuda en lo referente al asesinato de la señorita Robarts. Ayer por la tarde me quedé en casa y no vi ni oí nada en absoluto. Sin embargo, puedo darles alguna información acerca del retrato. ¿Quieren usted y el sargento Oliphant tomar un café?

A Rickards le habría encantado tomar café, porque de pronto le había entrado mucha sed, pero declinó la invitación en nombre de los dos. Tuvo la impresión de que la invitación era rutinaria y tampoco le pasó por alto la rápida mirada que Alice Mair dirigió a su escritorio, sobre el cual se encontraban, ordenadamente amontonadas, páginas impresas y páginas manuscritas, como si la hubieran interrumpido en la tarea de revisar pruebas. Bueno, si ella tenía trabajo, también lo tenían ellos. Rickards notó que, pese a que era una reacción absurda, le irritaba aquel aire de serenidad que observaba en ella. No es que hubiera esperado encontrarla víctima de un ataque de histeria ni sometida a sedantes por causa del susto, ya que después de todo la víctima no era una persona próxima a ella, pero la mujer en cuestión había trabajado con Alex

Mair, había sido invitada a Martyr's Cottage y, según Dalgliesh, cuatro días antes había estado cenando en aquella casa. Era un tanto desconcertante que Alice Mair pudiera estar allí sentada tranquilamente corrigiendo pruebas, trabajo que requería una indudable concentración. Era evidente que el asesinato de Robarts tenía que haber exigido mucho temple y las sospechas que podían centrarse en ella carecían de base, ya que él no pensaba realmente que pudiera tratarse de un delito llevado a cabo por una mujer. Pese a todo, dejó que la sospecha penetrara en su cerebro como una flecha e hiciera nido en él. Evidentemente se trataba de una mujer fuera de lo común y quizás aquella entrevista fuese más productiva de lo que esperaba.

—¿Cuida usted de su hermano, señorita Mair? —preguntó Rickards.

—No, cuido de mí. Da la casualidad de que mi hermano se aloja aquí cuando está en Norfolk, naturalmente durante la mayor parte de la semana. Le costaría mucho dirigir la central nuclear desde su piso de Londres. Si estoy en casa y preparo la cena, generalmente la comparte conmigo. Creo que sería demasiado exigir de él que se hiciera la tortilla simplemente para afirmar el derecho a compartir las responsabilidades domésticas. De todos modos, no veo qué relación existe entre la organización de mi casa y el asesinato de Hilary Robarts. ¿No podríamos centrarnos en lo ocurrido anoche?

De pronto hubo una interrupción. Alguien llamó a la puerta y, sin que mediara una disculpa por parte de Alice Mair, esta se levantó y se dirigió al vestíbulo. Los agentes oyeron una voz femenina y suave y acto seguido entró una mujer en la cocina, a la que la señorita Mair presentó como la señora Dennison, de la vieja rectoría. Era una mujer guapa y de aspecto agradable, vestida al estilo convencional, con un traje de *tweed* y un jersey. Era evidente que estaba muy impresionada. Rickards aprobó tanto el aspecto como la turbación que evidenciaba aquella mujer, puesto que era así como esperaba que se comportase una persona después de enterarse de un asesinato tan brutal como el que había ocurrido. Los dos hombres se pusieron de pie al entrar ella, al tiempo que esta ocupaba la silla de Oliphant y este se procuraba otra cogiéndola de las que estaban arrimadas a la mesa.

La mujer se volvió a Rickards con un movimiento impulsivo.

—Siento interrumpir —dijo—, pero tenía que salir de casa. La noticia es verdaderamente espantosa, inspector. ¿Está totalmente seguro de que no ha sido el Silbador?

—Esta vez no ha sido él, señora —dijo Rickards.

—Lo que no concuerda es la hora —dijo Alice Mair—. Ya te lo he dicho esta mañana cuando te he llamado, Meg. De no ser así, no tendríamos a la policía en casa. No ha sido el Silbador.

—Sí, ya sé que me lo has dicho, pero he pensado que podía haber alguna equivocación, que a lo mejor la había matado y se había suicidado después, es decir, que Hilary Robarts había sido su última víctima.

—En cierto sentido, lo ha sido, señora Dennison —dijo Rickards.

Alice dijo con voz tranquila:

—Es lo que llaman un asesinato por imitación. En el mundo hay más de un psicópata y, al parecer, ese tipo de locura puede ser contagiosa.

—Por supuesto que sí, pero ¡qué cosa tan horrible! Una vez que se empieza, la cosa podría seguir, como con el Silbador, un asesinato tras otro, sin que nadie quedara a salvo.

—No me gustaría que esto la perturbara, señora Dennison —dijo Rickards.

Pero ella se volvió hacia él con aire indignado.

—¿No ha de perturbarme? Ha de perturbarnos a todos. Hacía un montón de tiempo que vivíamos bajo la amenaza del Silbador y ahora nos aterra pensar que todo ha vuelto a empezar de nuevo.

Alice Mair se levantó.

—Necesitas un café, Meg. El inspector Rickards y el sargento Oliphant han declinado la invitación, pero me parece que lo necesitamos.

Rickards no pensaba dejar escapar una oportunidad como aquella, por lo que dijo con decisión:

—Si piensa hacer café, señorita Mair, creo que he cambiado de opinión y que me caerá muy bien. Seguramente a usted también, ¿verdad, sargento?

Rickards pensó que se produciría un nuevo retraso puesto que, mientras ella molía el café, el ruido impediría que los demás hablasen. ¿Por qué no podía echar agua hirviendo sobre el café como hacían los demás mortales?

El café que Alice Mair sirvió era excelente y Rickards tuvo que admitir que era extraordinariamente reconfortante. La señora Dennison rodeó la taza con las manos como hacen los niños cuando están en la cama. Después, dejándola en la chimenea, se volvió a Rickards.

—Oigan una cosa, quizá será mejor que me vaya. Me tomo el café y me voy a la rectoría. Si quieren hablar conmigo, allí me tendrán durante todo el día.

Pero la señorita Mair dijo:

—Puedes quedarte y enterarte de lo que pasó ayer, porque no deja de tener interés.

Después, volviéndose a Rickards, continuó:

—Como ya le he dicho, me quedé aquí toda la tarde, desde las cinco y media. Mi hermano se fue a la central poco después de las siete y media y yo me dispuse a corregir pruebas. Para evitar interrupciones, conecté el contestador automático.

—¿Y no salió de casa para nada durante toda la tarde? —preguntó Rickards.

—No salí hasta las nueve y media, y fue para ir a casa de Blaney. Pero quizá sería mejor que se lo contara todo con pelos y señales, ¿verdad, inspector? A eso de las ocho y cuarto desconecté el contestador automático por si me llamaba mi hermano para decirme que se retrasaría. Y entonces fue cuando recibí de George Jago la noticia de que el Silbador estaba muerto.

—¿No telefoneó a nadie para comunicárselo?

—Sabía que no era necesario. Jago es un informador perfecto y pensé que ya se encargaría de que todo el mundo se enterase de la noticia. Volví a la cocina y seguí trabajando con las pruebas hasta las nueve y media. Después me acordé de que tenía que recoger el retrato de Hilary Robarts de casa de Blaney, porque le había prometido que lo dejaría en la galería de Norwich cuando fuera a Londres y tenía intención de ponerme en camino a primera hora de esta mañana. Soy un poco maniática en todo cuanto se refiere a horarios y no me satisfacía nada tener que desviarme mañana de mi camino aunque fuera para recorrer una pequeña distancia. Llamé a Scudder's Cottage para anunciar que iría a recoger el retrato, pero estaban comunicando. Insistí varias veces y después decidí sacar el coche y acercarme a casa de Blaney. Incluso escribí una nota, que pensaba deslizar por debajo de la puerta, en la que le decía que había recogido el cuadro tal como habíamos convenido.

—¿No le parece un procedimiento un poco extraño, señorita Mair? ¿Por qué no llamaba a la puerta y lo recogía personalmente?

—Porque la primera vez que vi el cuadro él se tomó la molestia de decirme detalladamente dónde lo guardaba y de indicarme que el interruptor de la luz estaba a la izquierda de la puerta, lo que me indujo a pensar que no quería o no estaba dispuesto a que lo molestasen llamando a la puerta de su casa. En aquella primera ocasión me acompañaba el señor Dalgliesh.

—Todo esto resulta un poco extraño, ¿no le parece? Seguramente Blaney lo consideraba un buen retrato, ya que de otro modo no habría querido presentarlo a una exposición. Lo lógico sería pensar que quisiera llevarlo él personalmente.

—¿Ah, sí? A mí no me lo parece. Es un hombre extremadamente reservado, sobre todo desde la muerte de su esposa, y no le gusta recibir visitas, especialmente de mujeres, porque empiezan a fisgonear por su casa y juzgan con mirada crítica la limpieza y el estado en que se encuentran los niños. Yo lo comprendo perfectamente, porque a mí me ocurriría lo mismo.

—¿Así es que usted se dirigió al cobertizo donde suele pintar? ¿Dónde está situado?

—A unos treinta metros a la izquierda de la casa. Es una especie de barraca de madera. Supongo que originariamente era un lugar donde se lavaba la ropa o donde se preparaban alimentos ahumados. Enfoqué la linterna para iluminar el camino y la puerta del cobertizo, aunque no hacía mucha falta porque había luna llena. La puerta no estaba cerrada con llave. Y si es que va a decirme que también encuentra raro que no estuviera cerrada, le diré que no está al corriente de la vida en la zona costera. Estamos en un sitio muy apartado y tenemos la costumbre de no cerrar las puertas con llave. Estoy más que segura de que a él no le ha pasado nunca por la cabeza cerrar la puerta del cobertizo. Busqué el interruptor a la izquierda de la puerta y entonces descubrí que la pintura no estaba en el sitio que yo esperaba.

—¿Podría usted explicar exactamente lo que ocurrió? Le ruego que dé todos los detalles tal como usted los recuerda.

—Estamos hablando de cosas ocurridas hace menos de doce horas, señor inspector, por lo que cuesta muy poco recordarlas. Dejé encendida la luz del cobertizo y llamé con la mano a la puerta de la casa. Dentro había luz, únicamente en la planta baja, pero las cortinas estaban corridas. Esperé más o menos un minuto a que abrieran la puerta. Abrió Blaney, pero no me invitó a entrar. Yo le dije: «Buenas noches, Ryan», pero él no me contestó siquiera y se limitó a hacer un gesto con la cabeza. En la casa había un intenso olor a *whisky*. Yo le dije: «He venido a recoger el retrato, pero no está en el cobertizo o por lo menos yo no lo he encontrado». Con una manera de hablar confusa, me dijo: «Está a la izquierda de la puerta, envuelto con un cartón y papel de embalaje. Es un paquete embalado y cerrado con cinta adhesiva». «Pues no está», le dije yo. Sin decir nada, salió de su casa dejando abierta la puerta mientras nos dirigíamos los dos al cobertizo.

—¿Caminaba con seguridad?

—Ni muchísimo menos, pero se tenía en pie. Cuando he dicho que olía a *whisky* y que hablaba de una manera confusa no quiero decir que estuviera totalmente borracho, sino que me dio la impresión de que se había pasado la tarde bebiendo. Se quedó ante la entrada del cobertizo, mientras yo esperaba detrás de él. No pronunció palabra durante medio minuto y lo único que dijo después fue: «Sí, ha desaparecido».

—¿Cómo reaccionó?

Como ella no contestaba, volvió a preguntar en actitud paciente:

—¿Se mostró contrariado, disgustado, sorprendido? ¿O es que estaba demasiado borracho para hacerse cargo de la situación?

—Ya he oído la pregunta, inspector. ¿No sería mejor preguntárselo directamente a él? Lo único que yo puedo decir es qué cara puso, qué dijo y qué hizo.

—¿Qué hizo?

—Se dio la vuelta y, con los puños cerrados, comenzó a golpear el dintel de la puerta, después de lo cual apoyó la cabeza un minuto en la madera. En aquel momento me pareció un gesto teatral, pero supongo que era completamente auténtico.

—¿Y después?

—Después yo le dije: «¿No habría que llamar a la policía? Podríamos llamar desde aquí si es que funciona el teléfono, porque yo había estado tratando de llamar aquí y comunicaba siempre». No dijo nada y volví a seguirlo, esta vez en dirección a la casa. Tampoco me invitó a pasar y me quedé en la puerta. Blaney se fue directamente hacia el espacio que hay debajo de la escalera y dijo: «El aparato está mal colgado, por eso no ha podido llamar». Y a continuación le repetí: «¿Por qué no llama ahora mismo a la policía? Cuanto antes llame, mejor». Pero, volviéndose a mí, dijo: «Mañana, mañana». Después se dirigió a su asiento, mientras yo seguía insistiendo: «¿Quiere usted que llame yo, Ryan, o prefiere llamar usted? Es importante». Y él me contestó: «Llamaré yo. Mañana. Buenas noches». Me pareció que era una clara indicación de que quería que lo dejase solo, por lo que me marché.

—¿No vio a nadie más durante la visita? ¿Los niños no estaban levantados, por ejemplo?

—Supuse que los niños estarían en cama, pero ni los vi ni los oí.

Rickards quería hacer una pregunta, puesto que las implicaciones eran evidentes y la señorita Mair era una mujer suficientemente inteligente para no advertirlas.

—Señorita Mair, dado el estado en que se encontraba el señor Blaney, ¿cree usted que habría estado en condiciones de conducir un coche?

—¡Imposible! Además, estaba sin coche, porque tiene una furgoneta pero no había pasado el examen de transportes.

—¿Habría podido ir en bicicleta?

—Si lo hubiera intentado, a los pocos minutos habría ido a parar a la cuneta.

La cabeza de Rickards ya estaba ocupada por toda una serie de cálculos. No tendría los resultados de la autopsia hasta la tarde, pero suponiendo que Hilary Robarts hubiera tomado el baño, tal como solía hacer, después de los titulares de las noticias importantes —que los lunes se transmiten a las nueve y diez—, tenía que haber sido asesinada más o menos a las nueve y media. Según lo que acaba de explicar Alice Mair, a las nueve y cuarenta y cinco o un poco más tarde Ryan Blaney estaba borracho y en su casa. Por mucho que forzara la imaginación, era imposible que hubiera cometido un asesinato ingeniosamente planeado, que por otra parte exigía una mano muy firme, unos buenos nervios y capacidad para planificarlo, y estar de vuelta en su casa a las nueve y cuarenta y cinco minutos. Si Alice Mair decía la verdad, había proporcionado una coartada a Blaney. En cambio, él no podía proporcionársela a ella.

Rickards casi se había olvidado de Meg Dennison, pero ahora la contempló allí sentada, semejante a un niño desamparado, con las manos descansando en el regazo y el café, que todavía no había catado, esperando en la chimenea.

—Señora Dennison, ¿se enteró usted anoche de que el Silbador estaba muerto?

—Sí, claro. A mí también me telefoneó el señor Jago, más o menos a las diez menos cuarto.

Alice Mair intervino:

—Seguramente quiso ponerse en contacto contigo antes de esa hora, pero tú no estabas en casa porque habías ido a acompañar a los Copley a la estación de Norwich.

Meg Dennison contestó dirigiéndose a Rickards:

—A esa hora ya habría debido estar en casa, pero el coche estaba averiado. Tuve que ponerme en contacto con Sparks y recurrir a su taxi. Por suerte pudo encargarse de llevar a los Copley, pero como tenía que hacer algo en Ipswich, no podía volverme a traer aquí, así es que tuvo que llevarlos él solo hasta el tren.

—¿Salió usted ayer de la rectoría en algún momento?

La señora Dennison levantó la cabeza y miró directamente a Rickards:

—No —dijo—, una vez que los Copley se fueron, ya no volví a salir.

A continuación hizo una pequeña pausa y después dijo:

—Lo siento, salí un momento al jardín. Sería más exacto decir que no abandoné el domicilio. Y ahora, si tienen la bondad de excusarme, me gustaría volver a casa.

Después, dirigiéndose a Rickards, añadió:

—Si quiere interrogarme, señor inspector, me encontrará en la rectoría.

Antes de que tuvieran tiempo de levantarse, había salido de la habitación, casi dando un traspiés. La señorita Mair no hizo ningún gesto para acompañarla y, a los pocos segundos, oyeron la puerta de la casa al cerrarse.

Hubo un momento de silencio, que rompió Oliphant. Haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la chimenea, dijo:

—¡Qué extraño! Ni ha tocado el café…

Pero a Rickards todavía le quedaba una pregunta para Alice Mair.

—Debía de ser cerca de medianoche cuando el doctor Mair llegó a casa ayer noche, ¿verdad? ¿Llamó usted a la central para saber si había salido o para conocer el motivo de su retraso?

Alice Mair contestó fríamente:

—Ni se me ocurrió siquiera, señor inspector. Como Alex no es mi hijo ni mi marido, no tengo por qué estar enterada de sus movimientos. No soy la guardiana de mi hermano.

Oliphant, que la había estado observando con sus ojos oscuros y desconfiados, dijo:

—Pero él vive con usted, ¿no es verdad? Ustedes se comunican, ¿no? Es evidente que usted debía de estar enterada de la relación que mantenía con Hilary Robarts, por ejemplo. ¿La aprobaba usted?

Aunque la expresión de Alice Mair permaneció imperturbable, su voz sonó fría como el acero.

—El hecho de que yo la aprobara o no habría sido una impertinencia tan presuntuosa como esta pregunta. Si quieren hablar de la vida privada de mi hermano, les aconsejo que lo hagan directamente con él.

Rickards dijo con absoluta calma:

—Señorita Mair, una mujer ha sido brutalmente asesinada y su cuerpo mutilado. Esta mujer era amiga suya. Teniendo en cuenta el ultraje, no veo la necesidad de que se muestre excesivamente sensible ante preguntas que quizá puedan parecerle presuntuosas o impertinentes.

Había pronunciado aquellas palabras movido por la indignación, pero los ojos de ambos se habían encontrado. Rickards sabía que su mirada traducía la irritación que sentía tanto por la falta de tacto de Oliphant como por la reacción de Alice Mair. Sin embargo, aquellos ojos grises que fueron al encuentro de los suyos eran más difíciles de leer y a Rickards le pareció que en ellos veía sorpresa y, en seguida, cautela, respeto otorgado a contrapelo y un profundo interés.

Cuando, quince minutos más tarde, Alice Mair los acompañó hasta la puerta, Rickards quedó sorprendido al ver que le tendía la mano. Mientras se la estrechaban,

Alice dijo:

—Le ruego que me disculpe, señor inspector, si he sido incorrecta con usted. Usted desempeña un trabajo desagradable, pero necesario, y tiene derecho a la cooperación de los demás. En lo que a mí respecta, cuente con la mía.

Capítulo 7

Aun sin el llamativo cartel, nadie en Norfolk habría tenido la más mínima duda en relación con la identidad del héroe local de quien tomaba su nombre el bar de Lydsett, de la misma manera que ningún forastero habría dejado de identificar el sombrero del almirante adornado con su estrella, aquel pecho generosamente condecorado, el parche negro sobre un ojo, la manga vacía y sujeta con un imperdible. Rickards hubo de hacerse la reflexión de que si existían peores pinturas de Lord Nelson que aquella no debían de ser muchas. Parecía la princesa real disfrazada.

George Jago había decidido, al parecer, que la entrevista tendría lugar en el bar, envuelto ahora en la mortecina quietud de la melancólica tarde. Jago y su mujer condujeron a Rickards y a Oliphant hasta una pequeña mesa de la sala, constituida por una superficie horizontal de madera y unas patas de hierro forjado muy ornamentadas e instalada junto a la chimenea enorme y apagada. Se acomodaron alrededor de la misma mientras Rickards se hacía la reflexión de que parecían cuatro personas mal avenidas dispuestas a celebrar una reunión en un ambiente recogido y mal iluminado. La señora Jago era una mujer angulosa, de mirada vivaz y rasgos afilados que miraba a Oliphant como si lo tuviera visto de antes y no estuviera dispuesta a aguantarle ninguna impertinencia. Era una mujer muy fuerte con las mejillas decoradas con dos lunas de color rojo intenso, unos labios grandes pintados con carmín a juego y dedos semejantes a garras, igualmente rematados de rojo, cargados con una gran variedad de anillos. Llevaba los cabellos de un negro tan rutilante que parecían artificiales, peinados en tres hileras de apretados rizos que se acumulaban en forma de torre sobre la frente, mientras el resto de la cabellera se recogía para arriba, sujeta con peinetas por detrás y a los lados de la cabeza. Llevaba una falda a tablas y una blusa de tela reluciente a rayas rojas, blancas y azules, abotonada hasta el cuello, del que colgaba un surtido de cadenas de oro que le daban todo el aire de una actriz de relleno actuando de camarera en una comedia del barrio de Ealing. El atavío no podía ser más inadecuado para regentar un bar de pueblo, pese a lo cual tanto ella como su marido, sentados uno al lado del otro con la actitud expectante de niños buenos, parecían encontrarse perfectamente a sus anchas tanto en su casa como en su mutuo trato. Oliphant se había preocupado de indagar en su pasado y, mientras iban en coche camino del bar, había pasado la información a Rickards. George Jago había sido anteriormente concesionario de un bar de Catford, pero hacía cuatro años que la pareja se había trasladado a vivir a Lydsett, aprovechando en parte que el hermano de la señora Jago, Charlie Sparks, era propietario de un garaje y de un comercio de alquiler de coches situados en las afueras del pueblo, y estaba buscando una persona que pudiera ocuparse de sus asuntos a ratos libres. Cuando el señor Jago trabajaba para su cuñado, dejaba a la señora Jago encargada del bar. Se habían amoldado perfectamente al pueblo, tomaban

parte en las actividades de la comunidad y no parecían añorar la vida ajetreada de la ciudad. Rickards se hizo la reflexión de que East Anglia había aceptado y asimilado personajes más excéntricos que aquellos. Sin ir más lejos, a él.

George Jago estaba más en su papel de tabernero de pueblo y era un hombre corpulento y de rostro afable, de ojos brillantes que parpadeaban sin cesar y con aire de energía desbordante pero refrenada. Era indudable que la había derrochado en el interior del bar. Este, con su techo bajo provisto de vigas de roble quería ser un museo desordenado y mal dispuesto dedicado a la memoria de Nelson. Jago debía de haber rastreado East Anglia en busca de objetos que tuvieran alguna relación, por mínima que fuera, con el almirante. Sobre la boca de la chimenea había una enorme litografía de la escena ocurrida en la cabina del *Victory*, en la que aparecía Nelson agonizando románticamente en brazos de Hardy. Las paredes restantes estaban cubiertas de pinturas y grabados, entre los que figuraban escenas de las principales batallas navales —la del Nilo, la de Copenhague, la de Trafalgar…—, uno o dos retratos de *Lady* Hamilton, uno de los cuales era una espeluznante reproducción del famoso de Romney, mientras que a uno y otro lado de las puertas había placas conmemorativas y las oscuras vigas de roble estaban festoneadas de hileras de jarras decoradas que evocaban aniversarios y entre las cuales, a juzgar por la intensidad de los colores que las decoraban, debía de haber muy pocas originales. Siguiendo la parte superior de una de las paredes, una hilera de gallardetes deletreaban lo que era presumiblemente la famosa señal, en tanto que del techo colgaba una red de pescar que pretendía realzar aquel ambiente náutico general. De pronto, al contemplar aquella red oscura y salpicada de alquitrán, Robarts cayó en la cuenta de que no era la primera vez que la veía. Susie y él habían estado en aquel sitio y en él habían tomado una copa cuando, durante el primer invierno de su matrimonio, habían dedicado algún fin de semana a explorar aquella costa. Susie se había lamentado entonces de lo lleno que estaba el bar y de que había muchísimo humo. Todavía recordaba el banco donde se habían sentado: era el que estaba arrimado a la pared, a la izquierda de la puerta. Él había tomado media pinta de cerveza amarga y Susie medio jerez. En aquella ocasión, con la chimenea encendida, en la que crepitaban los troncos y se agitaban las llamas, la barra animada con la algarabía alegre de voces con acento de Norfolk, el bar le había parecido nostálgico y acogedor. Sin embargo, visto a la tenue luz de una tarde de otoño, con todo aquel batiburrillo de artilugios, pocos de ellos auténticos o dotados de particular mérito, Rickards pensó que el bar trivializaba algo importante y al mismo tiempo empequeñecía la larga historia de aquel edificio y las hazañas del almirante. De pronto le acometió un acceso de claustrofobia y le costó trabajo resistir el impulso que lo empujaba a abrir la puerta de par en par para que por ella entrara aire y, con él, el sigloXX.

Como diría Oliphant más tarde, había sido un placer hablar con George Jago. Por lo menos este no los veía como técnicos antipáticos pero necesarios, es decir, como profesionales de dudosa competencia que solo venían para hacer perder el tiempo.

Jago no se servía de las palabras como de signos secretos que escondían pensamientos más que los manifestaban, ni pretendía tampoco deslumbrar a nadie con su excepcional inteligencia. No había visto la conversación con la policía como una batalla de ingenio en la que él tenía decididamente las de ganar, ni tampoco había reaccionado ante preguntas absolutamente banales con una mezcla desconcertante de miedo y de santa paciencia, como si quien le interrogaba fuera un agente secreto de una dictadura totalitaria. Señaló que, por lo menos, representaba un agradable cambio.

Jago admitió abiertamente haber telefoneado a Blaney y a la señorita Mair poco después de las siete y media del domingo para notificarles que el Silbador estaba muerto. ¿Que cómo lo sabía? Pues porque uno de los agentes que se ocupaba del caso había telefoneado a su casa para dar la noticia a su esposa, a fin de que esta dejara que su hija fuera sola a una fiesta aquella noche, y que su esposa había telefoneado la noticia a su hermano Harry Upjohn, que tenía el Crown and Anchor en las afueras de Cromer, y que Harry, que era amigo suyo, lo había llamado a él y se lo había dicho. Todavía recordaba exactamente lo que le había dicho a Theresa Blaney.

—Di a tu padre que han encontrado el cadáver del Silbador. Que está muerto. Se ha suicidado. Se ha matado en Easthaven. Ahora ya no hay que preocuparse.

Si había llamado a los Blaney era porque a Ryan le gustaba ir a tomar unas pintas por la noche pero, desde que el Silbador merodeaba por los alrededores, no se atrevía a dejar solos a los niños. Blaney no había ido al bar aquella noche, pero esto no significaba nada en realidad. En el caso de la señorita Mair, había grabado en el contestador automático la misma noticia más o menos en iguales términos. No había telefoneado a la señora Dennison porque se figuró que había ido a llevar a los Copley a Norwich.

—Pero ¿no la llamó más tarde? —preguntó Rickards.

La señora Jago contestó:

—La llamó porque yo se lo dije. Fui a las vísperas de las seis y media y después fui a casa con Sadie Sparks para hacer los preparativos de la venta de otoño de objetos usados. Sadie encontró en casa una nota de Charlie en la que decía que había salido para hacer dos trabajos urgentes: acompañar a los Copley a Norwich e ir a buscar una pareja a Ipswich. Así es que cuando volví a casa le dije a George que la señora Dennison no había llevado a los Copley a la estación y que mejor que la llamase en seguida para decirle lo del Silbador. Suponía que la chica se quedaría más tranquila y dormiría más a gusto si sabía que estaba muerto que si pensaba que a lo mejor la estaba espiando entre los arbustos del jardín de la rectoría. Por esto la llamó George.

—Calculo que debían de ser las nueve y cuarto —dijo Jago—. De todos modos, habría llamado más tarde porque suponía que estaría de vuelta hacia las nueve y media.

—¿Contestó la señora Dennison cuando la llamó? —preguntó Rickards.

—No, entonces no contestó, pero volví a insistir media hora más tarde y entonces la encontré.

—¿Entonces no dijo usted a nadie que el cadáver había sido encontrado en el Balmoral Hotel? —preguntó Rickards.

—¿Cómo iba a decirlo si no lo sabía? Todo lo que me dijo Henry Upjohn fue que habían encontrado al Silbador y que estaba muerto. Supongo que la policía no quería decir dónde había sido encontrado para evitar que el sitio se llenase de mirones morbosos. Ni a usted le habría gustado ni tampoco al propietario del hotel, creo yo.

—Y a primera hora de la mañana ha vuelto usted a llamar para comunicar que la señorita Robarts había sido asesinada. ¿Cómo se ha enterado?

—Pues verá usted, vi pasar los coches de la policía, así que cogí la bici y fui a la puerta. Los policías se la habían dejado abierta, yo la cerré y esperé. Cuando volvieron, les abrí la puerta para que pasaran y les pregunté qué ocurría.

—Parece que tiene usted una gran habilidad para sonsacar a la policía —comentó Rickards.

—Bueno, lo que pasa es que conozco a algunos policías, ¿comprende? Los que viven aquí, porque vienen a beber en el Hero. El chófer del primer coche no soltó palabra, tampoco el del coche fúnebre. Pero cuando llegó el tercer coche y tuvo que pararse para que yo le abriera la puerta, le pregunté al chófer que quién había muerto y él me lo dijo. Bueno, lo que quiero decir es que sé qué es un coche fúnebre en cuanto lo veo.

—¿Quién se lo dijo exactamente? —preguntó Oliphant en actitud belicosa.

Jago le dirigió una mirada radiante e inocente de actor consumado.

—¿Cómo voy a saberlo? Todos los policías se parecen. Me lo dijo alguien. No sé.

—Así es que usted ha llamado esta mañana a la gente. ¿Por qué esta mañana? ¿Por qué esperó y no llamó entonces?

—Pues porque entonces ya era medianoche pasada. A la gente le gusta enterarse de las noticias, pero prefiere dormir. Pero lo primero que he hecho esta mañana ha sido llamar a Ryan Blaney.

—¿Por qué precisamente a él?

—¿Por qué no a él? Cuando uno se entera de algo, lo natural es comunicárselo a quien es parte interesada.

—Él era parte interesada —dijo Oliphant—. Ha debido de recibir la noticia con verdadero alivio.

—A lo mejor sí o a lo mejor no. No he hablado con él. Se lo he dicho a Theresa.

—Así que no ha podido hablar con el señor Blaney, ni cuando lo llamó el domingo ni tampoco esta mañana —dijo Oliphant—. ¿No es un poco extraño?

—Depende de como lo mire. La primera vez estaba pintando en el cobertizo y no le gusta que lo interrumpan cuando trabaja. No fue preciso, por otra parte. Se lo dije a Theresa y ella se encargó de darle la noticia.

—¿Cómo sabe que ella se la dio? —dijo Rickards.

—Porque me lo ha dicho cuando la he llamado esta mañana. ¿Por qué no había de dársela?

—Usted no sabe con absoluta seguridad si se la dio.

La señora Jago intervino de pronto:

—Y usted tampoco sabe con absoluta seguridad si no se la dio. En realidad, ¿qué importa eso? Ahora ya está enterado, todos estamos enterados. Estamos enterados de lo del Silbador y estamos enterados de lo de la señorita Robarts. Y a lo mejor, si ustedes hubieran atrapado al Silbador un año atrás, ahora la señorita Robarts todavía estaría viva.

—¿Qué quiere usted decir con esto, señora Jago? —preguntó bruscamente Oliphant.

—Pues que esto viene a ser lo que llaman un asesinato de imitación, ¿no es verdad? Por lo menos eso dicen en el pueblo, aparte de que algunos siguen pensando que es cosa del Silbador y que ustedes andan hechos un lío con las horas. Salvo el viejo Humphrey, que dice que esta vez ha sido el fantasma del Silbador, que continúa matando.

—Estamos interesados en un cuadro de la señorita Robarts pintado por el señor Blaney —dijo Rickards—. Es un cuadro reciente. ¿Alguno de ustedes lo ha visto? ¿Les ha hablado de él el señor Blaney alguna vez?

Fue la señora Jago quien contestó:

—¡Claro que lo hemos visto! ¡Como que lo tuvimos colgado aquí en el bar! ¿No lo sabía? Ya sabía yo que nos traería mala suerte. Era un cuadro que estaba clarísimo que era perverso.

Jago se volvió hacia su mujer y, haciendo alarde de paciencia, le explicó:

—No entiendo cómo puedes decir que un cuadro es perverso, Doris. ¿No comprendes que un cuadro no puede ser perverso? Las cosas no son perversas, porque los objetos inanimados no son perversos ni bondadosos. Lo perverso es lo que hacen las personas.

—Y también lo que piensan, George, y aquel cuadro había salido de malos pensamientos, por eso digo que era perverso.

La mujer hablaba con decisión, pero sin obstinación ni resentimiento. Era evidente que aquella discusión, desarrollada sin acritud y con escrupulosa imparcialidad, era de las que gustaban a ambos. Durante unos minutos su atención se centró en los respectivos puntos de vista.

Jago prosiguió:

—De acuerdo, no era un cuadro que le diera a uno ganas de colgarlo de la pared del salón.

—Ni tampoco en el bar, ya que lo dices. ¡Lástima que lo tuvieses aquí colgado, George!

—Bueno, ya está bien. No creo tampoco que fuera un cuadro que diera a nadie ideas que ya no tuviera metidas en la cabeza. Y no puedes andar diciendo que era

perverso, porque no era más que un cuadro, Doris.

—Mira, supón que tienes un instrumento de tortura, una cosa utilizada por la Gestapo.

La señora Jago echó una mirada a su alrededor como si, en medio de aquel desorden, esperara encontrar un ejemplo, y después continuó:

—Yo de una cosa como aquella diría que es perversa y no me gustaría tenerla en casa.

—Bueno, entonces podrías decir que era algo que había sido utilizado con un propósito perverso, Doris, lo cual es diferente.

—¿Cuál fue la razón específica de que lo colgara en el bar? —preguntó Rickards.

—Pues lo hice porque él me lo pidió, esta es la razón. Normalmente tengo siempre colgadas una o dos acuarelas suyas, a veces las vendo y a veces no. Le tengo dicho que tienen que ser paisajes marinos. Me refiero a que, como todo lo de aquí hace referencia al almirante, ¿comprende?, el tema tiene que ser náutico. Pero se empeñó en que expusiera el cuadro y yo le dije que una semana y basta. Lo trajo en la bici. Fue un lunes, el día doce.

—¿Quería venderlo?

—No, no estaba en venta, el cuadro no era para vender. Esto quedó claro desde el primer momento.

—Entonces, ¿por qué quería tenerlo expuesto? —preguntó Oliphant.

—Eso es lo que le dije —respondió Jago con aire triunfante al sargento, como si reconociera en él a un entendido en lógica—. ¿De qué sirve exponerlo si uno no piensa venderlo? Eso fue lo que yo le dije. Pero él me dijo: «Deja que lo vayan mirando. Lo que quiero es que lo vean, que todo el mundo lo vea». Pensé que pecaba de exceso de optimismo, después de todo esto no es la National Gallery.

—No, más bien es el Museo Marítimo Nacional —dijo Doris, con un rasgo de ingenio que sorprendió a todos.

—¿Dónde lo colocó?

—En la pared, enfrente de la puerta. Tuve que sacar los dos cuadros de la Batalla del Nilo, ¿comprende usted?

—¿Y cuántas personas lo vieron durante aquellos siete días?

—Lo que me está preguntando es cuántos clientes tuve en esos días. Me refiero a que todo aquel que entraba, tenía que verlo por fuerza. Imposible que no lo viera. Doris quería que lo sacase, pero yo había prometido que lo tendría colgado hasta el lunes y así lo hice. De todos modos, cuando se lo llevó me quedé descansado. Como ya le he dicho, aquí todo es conmemorativo. Todo gira alrededor del almirante. A mí me parecía que no ligaba con la decoración. No permaneció aquí mucho tiempo. Me había dicho que lo retiraría el diecinueve por la mañana, y el diecinueve se lo llevó.

—¿Lo vio alguien de la zona costera o del laboratorio?

—Los que vinieron, sí. El Local Hero no es precisamente el bar donde suelen ir, porque la mayoría prefiere cambiar de ambiente cuando acaba el trabajo, y no se lo

recrimino, la verdad. Quiero decir que está bien vivir de la tienda, pero no pasarse la vida en la tienda.

—¿Hubo muchos comentarios? ¿Preguntó alguien dónde lo guardaba, por ejemplo?

—No, a mí no por lo menos. Yo diría que todo el mundo sabía dónde lo guardaba. Quiero decir que él hablaba a menudo del cobertizo donde pintaba. Si hubiera querido venderlo, nadie le habría hecho ninguna oferta. De todos modos, hubo alguien que sí lo vio: Hilary Robarts.

—¿Cuándo fue?

—La noche del día siguiente que él lo trajo, a eso de las siete. De cuando en cuando nos hacía alguna visita. No bebía mucho, solo un par de copas de jerez seco. Se llevó la bebida al asiento que está al lado del fuego.

—¿Iba sola?

—Solía ir sola. Una o dos veces había venido acompañada del doctor Mair, pero aquel martes iba sola.

—¿Qué cara puso cuando vio el cuadro?

—Se quedó sorprendida y lo contempló. En aquel momento el bar estaba atiborrado de gente y todo el mundo se quedó callado. Ya se lo puede usted imaginar. Todos la miraban. Yo no podía verle la cara porque la tenía de espalda. Después se dirigió hacia la barra y dijo: «He cambiado de parecer. No pienso beber en esta casa. Por lo visto a usted no le gustan los clientes de Larksoken». Y acto seguido se marchó. Bueno, la verdad es que a mí me gustan todos los clientes vengan de donde vengan, siempre que aguanten bien lo que beban y no pidan fiado. En el caso de ella, pensé que no perdía gran cosa.

—No resultaba particularmente simpática entre la gente de la zona costera, ¿verdad?

—Entre la gente de la zona costera, no sé. En este bar, no.

Intervino Doris Jago:

—Se había propuesto echar a los Blaney de Scudder’s Cottage. Un viudo con cuatro hijos que mantener. ¿Dónde se figuraba que se iba a meter? Tienen alguna ayuda familiar y alguna otra cosilla de la seguridad social, pero esto no les solucionaba lo de la casa. Desde luego que siento que haya muerto, quiero decir que no hay para menos, ¿no le parece? No es cosa agradable para nadie una muerte así. Nosotros pensamos enviar una corona de parte del Local Hero.

—¿Fue esta la última vez que la vieron?

—Fue la última vez que la vio George —contestó la señora Jago—, porque yo la vi el domingo en la zona costera. Debió de ser pocas horas antes de que muriera. Se lo dije a George, que quizá yo había sido la última persona que la vio con vida. Bueno yo, Neil Pascoe y Amy. Pero, claro, estas son cosas que, cuando las vives, no las piensas, ¿no es verdad? No sabemos qué nos espera en el futuro, ni tampoco nos

gustaría saberlo. A veces, cuando miro la central nuclear, pienso que a lo mejor acabamos todos muertos en la playa.

Oliphant le preguntó que por qué razón se encontraba en la zona costera.

—Repartía la revista de la iglesia, ¿qué iba a hacer? Yo me encargo de repartirla todos los últimos domingos de mes por la tarde. Las recojo después de la ceremonia de la mañana y las distribuyo después de cenar. Bueno, quizá para usted es la hora de comer, nosotros decimos cenar.

Rickards toda la vida había llamado cena a la comida principal de la jornada y todavía seguía haciéndolo a pesar de la persistente campaña emprendida por su suegra para tratar de elevarlo en la jerarquía social. Para ella la comida del mediodía era el almuerzo y la de la noche la cena, aunque esta se redujera, como era el caso muchas veces, a unas sardinas puestas sobre una tostada.

—No sabía que los habitantes de la zona costera frecuentaran la iglesia, dejando aparte los Copley, naturalmente —dijo Rickards.

—Y la señora Dennison. Ella es practicante asidua. No sabría decirle si los demás van realmente a la iglesia, quiero decir que no sé si van a las ceremonias religiosas. Me parece que no, pero cogen la revista.

El tono en que se expresaba la señora Jago daba a entender que había pozos de falta de religiosidad en los que ni siquiera los habitantes de la zona costera caían. Y añadió:

—Todos salvo los Blaney, claro. Bueno, es lógico, porque son católicos. Por lo menos ella era católica, la pobre, y los niños también lo son, por supuesto. Quiero decir que es natural que sean católicos. En cuanto a Ryan, no creo que sea nada. Claro, él es un artista… Yo nunca he dejado la revista en Scudder’s Cottage, ni siquiera en vida de ella. De todos modos, los católicos no reciben las revistas de la parroquia.

—No diría tanto, Doris —dijo George Jago—. No diría tanto. Pueden recibirla.

—Hace cuatro años que vivimos aquí, George, y el padre McKee viene a menudo al bar y yo a los católicos no los veo nunca.

—Bueno, pues podrías verlos, ¿por qué no vas a verlos?

—Pues porque si hubiera alguno que ver, lo vería, George. Son diferentes de nosotros. Ni Fiesta de la Cosecha ni revistas de la parroquia.

Su marido se lo explicó con mucha paciencia:

—Son diferentes porque tienen dogmas diferentes. La cosa está en el dogma, Doris, no tiene nada que ver con la Fiesta de la Cosecha ni con las revistas de la parroquia.

—Ya sé que es por lo del dogma. A ellos el Papa les dice que la Virgen María subió a los cielos y todos tienen que creerlo. Ya sé lo que es el dogma.

Antes de que Jago pudiera abrir la boca para discutir tan justo derecho, Rickards dijo:

—Así que usted el domingo por la tarde distribuyó las revistas en las casas de la zona costera. ¿A qué hora exactamente?

—Pues yo diría que empecé a repartirlas aproximadamente a las tres o quizás un pelín más tarde, porque los domingos siempre comemos más tarde y no comenzamos nunca antes de las dos y media. Después de comer George metió los platos en el lavavajillas y yo me preparé para salir. Digamos que eran las tres y cuarto para ser más exactos.

—A mí me parece que a las tres y cuarto ya estabas fuera, Doris —dijo Jago—, pongamos las tres y diez.

—Bueno, no creo que cinco minutos más o menos tengan mucha importancia —dijo Oliphant, impaciente.

George Jago le dirigió una mirada de sorpresa y de leve recriminación, atenuada por la simpatía:

—Pueden tenerla. Podrían ser decisivos. Yo diría que a veces cinco minutos en una investigación criminal pueden ser decisivos.

La señora Jago no pudo por menos de manifestar su reprobación:

—Incluso un minuto podría ser decisivo si ese minuto fuera el minuto en que ella murió. Decisivo para ella, diría yo más bien. No entiendo cómo puede usted decir que no tiene importancia.

Rickards consideró oportuno intervenir:

—Estoy de acuerdo con usted en que cinco minutos podrían ser importantes, señor Jago, pero no esos cinco minutos a que nos estamos refiriendo. Quizá su esposa querrá explicarnos con toda exactitud qué hizo y qué vio.

—Bueno, pues saqué la bicicleta. George se ofrece siempre a llevarme en el coche, pero ya tiene que cogerlo bastante durante la semana para que encima tenga que sacarlo también los domingos. No, los domingos no. Sobre todo después de la carne asada y del pastel de pasas.

—Te aseguro, Doris, que no me importaría nada. Ya te lo he dicho otras veces. A mí no me costaría nada.

—Lo sé, George. ¿No acabo de decir que tú estás siempre dispuesto a llevarme? Lo que pasa es que a mí me gusta hacer ejercicio y, además, siempre vuelvo antes de que se haya hecho de noche.

Después, volviéndose a Rickards, explicó:

—A George no le gusta que esté fuera de casa cuando es de noche, y con el Silbador por ahí, menos.

—Así es que usted salió de casa entre las tres y diez y las tres y cuarto y estuvo recorriendo la zona costera con la bicicleta.

—Sí, con las revistas de la iglesia en la cesta, como suelo hacer siempre. El primer sitio al que fui fue la caravana. Siempre voy a la caravana primero. Ahora la cosa está un poco tirante con Neil Pascoe.

—¿Por qué está tirante, señora Jago?

—Pues porque en más de una ocasión nos ha pedido que tengamos su revista …*Nuclear Newsletter* es como se llama su revista… en la barra para que la gente pueda comprarla o, si quiere, leerla gratis. Pero George y yo siempre nos hemos negado, porque tenemos clientes que son de Larksoken y no estaría bien que se encontraran en el bar con una revista que está diciendo a todo el mundo que lo que se hace en Larksoken está mal y que hay que atajarlo, especialmente cuando lo que uno quiere es tomarse una copa y estar un rato tranquilo. En Lydsett no todo el mundo está de acuerdo con la campaña que Pascoe está llevando a cabo, porque no se puede negar que Larksoken nos ha traído prosperidad y puestos de trabajo. Y además, también hay que confiar en la gente, ¿no le parece?, y si el doctor Mair dice que la energía nuclear es una cosa segura, quiere decir que probablemente lo es. Aunque, pese a todo, uno no puede evitar tener algunas dudas al respecto, ¿no creen?

—¿El señor Pascoe cogió o no la revista de la iglesia? —preguntó Rickards esforzándose en mostrarse paciente.

—Bueno, solo cuesta diez peniques y supongo que a él le gusta saber cómo van las cosas en la parroquia. Cuando se instaló aquí en la zona costera… hará de eso unos dos años… fui a visitarlo y le pregunté si le gustaría comprar la revista. Al primer momento se quedó un poco sorprendido, pero en seguida dijo que sí, pagó los diez peniques y desde entonces la coge siempre. Si no la quisiera, lo único que tendría que hacer es decirlo.

—Bueno, diga qué pasó al llegar a la caravana —dijo Rickards.

—Pues que vi a Hilary Robarts, como le decía antes. Di la revista a Neil, cobré el importe y estaba hablando un momentito con él dentro de la caravana cuando de pronto apareció ella con aquel Golf rojo que lleva. Amy estaba fuera con el niño y precisamente estaba entrando ropa del pequeño que tenía tendida. Así que Neil vio el coche, salió de la caravana y se dirigió como una flecha al lado de Amy. La señorita Robarts salió del coche y los dos se quedaron allí mirándola sin decir palabra, uno al lado del otro, con la vista clavada en él. Bueno, no es que pusieran cara de darle la bienvenida precisamente pero ¿qué se esperaba? Después, cuando la señorita Robarts se les acercó y estuvo a seis metros de distancia, Timmy se acercó a ella trotando y se agarró a sus pantalones. Es un pequeñajo la mar de gracioso y no tiene mala intención. Ya sabe cómo son los niños… Lo que pasa es que se había pasado el rato chapoteando en el barro, debajo del grifo, y le dejó unos pantalones que daba lástima verlos. La señorita Robarts le dio un empujón, la verdad no muy suave, y el niño se cayó de culo y se puso a berrear y se armó un jaleo que ya se lo puede figurar.

—¿Qué palabras se dijeron? —preguntó Oliphant.

—Mire usted, ahora no se las podría repetir exactamente, aparte de que hay muchas que no son precisamente las que una espera oír en domingo. Unas empezaban con c y otras con p, y allá usted con su imaginación.

—¿Hubo amenazas? —preguntó Rickards.

—Depende de lo que entienda usted por amenazas. Lo que sí hubo fueron muchos gritos y chillidos. Neil, no, porque se quedó allí sin decir nada y más pálido que un muerto. Creí que se iba a desmayar. La que más ruido hacía era Amy. Cualquiera habría dicho que la señorita Robarts había atacado al niño con un cuchillo. No recuerdo ni la mitad de lo que se dijo. Pregunte a Neil Pascoe y se lo dirá. La señorita Robarts ni me vio siquiera. Pregunte a Amy y a Neil y ellos se lo contarán todo.

—También me lo puede contar usted. Conviene tener diferentes opiniones de las cosas que ocurren, así se tiene una idea más exacta de la realidad —dijo Rickards.

—¿Más exacta? Más variada, dirá usted —dijo Jago—. Si todos dijesen la verdad, sí que sería más exacta.

Rickards temió por un momento que la señora Jago iría a regalarlos con otra demostración de semántica, por lo que se adelantó:

—Bueno, yo doy por sentado que usted, señora Jago, dice la verdad. Por esto he empezado por usted. ¿No podría recordar exactamente qué palabras se dijeron?

—Me parece que la señorita Robarts dijo que había ido a verlos para decirles que pensaba retirar la demanda judicial, pero que ahora estaba dispuesta a seguir adelante con ella y que los llevaría a la ruina. «A usted y a su puta». Simpática, ¿verdad?

—¿Fueron estas las palabras exactas que empleó?

—Estas y otras que ya he olvidado.

—Lo que yo quiero saber, señora Jago, es si la que hacía las amenazas era la señorita Robarts.

Por vez primera, la señora Jago se mostró inquieta y después dijo:

—Ella andaba siempre amenazando, ¿no entiende? Después de todo, la que había puesto la demanda era ella, no Pascoe.

—¿Qué ocurrió después?

—Nada. La señorita Robarts volvió a meterse en el coche y desapareció, Amy se llevó el niño a rastras dentro de la caravana, cerró de un portazo y Neil se quedó allí con una cara tan triste que parecía que de un momento a otro se echaría a llorar, por lo que pensé que tenía que decirle algo para animarlo.

—¿Y qué fue lo que le dijo, señora Jago?

—Pues que aquella mujer era una mala pécora y que cualquier día le darían su merecido.

—Unas palabras muy feas, Doris, y más en domingo —dijo Jago.

Doris Jago dijo, como satisfecha de sí misma:

—Unas palabras feas cualquiera que sea el día de la semana, pero muy en su sitio, ¿no crees?

—¿Y después qué ocurrió, señora Jago?

—Seguí distribuyendo las revistas. Primero fui a la vieja rectoría. No suelo ir porque los Copley y la señora Dennison acostumbran asistir a la ceremonia por la mañana y recogen la revista, pero ayer no estaban y yo estaba un poco preocupada. Pensé que a lo mejor les ocurría algo, pero lo que les ocurría era que habían estado

ocupados haciendo maletas. Los Copley se iban de viaje, iban a casa de su hija, a Wiltshire. Mejor para ellos, pensé, así la señora Dennison no tendrá tanto trabajo. Me dijo si quería tomar una taza de té, pero yo dije que no me quedaba porque vi que estaba preparando un refrigerio para los Copley. De todos modos, me quedé cinco minutos en la cocina con ella y estuvimos charlando un momento. Me comentó que una persona de las que trabajaban en Larksoken había dado ropa de niño en muy buenas condiciones para la venta que había de celebrarse y que le parecía que era de la medida de las gemelas de Blaney, pero no sabía si a Ryan Blaney podía interesarle que se la facilitaran. Ella le pondría precio y entonces Blaney podría verla y escoger antes de que se la llevaran para la venta. Esto ya lo habíamos hecho otra vez, pero había que andar con mucho cuidado, porque si Ryan sospechaba que se trataba de una limosna, no querría la ropa. En realidad, no es una limosna, ¿no le parece? Es una ayuda procedente de los fondos de la iglesia. Como lo veo a veces cuando viene al bar, la señora Dennison pensó que yo podría hablarle del asunto.

—¿Dónde fue después de la vieja rectoría?

—Fui a Martyr's Cottage. La señorita Mair recibe la factura cada seis meses junto con la revista y por eso no me molesté en recoger los diez peniques. A veces tiene trabajo o no está en casa y por esto acostumbro echar la revista en el buzón.

—¿Sabe si estaba en su casa el domingo?

—No le vi el pelo. Después pasé por el último *cottage* que me quedaba, el de Hilary Robarts. Como era lógico, ya estaba en casa y vi el Golf rojo junto a la puerta del garaje. A su puerta tampoco llamo nunca, porque no es de las que te invitan a pasar y se quedan cinco minutos hablando contigo y te preguntan si quieres una taza de té.

—¿Así que usted no la vio? —dijo Oliphant.

—Yo ya la había visto, ¿no se lo he dicho? Si lo que me pregunta es si la volví a ver, la respuesta es no, no la vi. Pero la oí.

La señora Jago hizo una pausa de tipo efectista.

—¿Qué quiere decir con esto de que la oyó, señora Jago? —preguntó Rickards.

—Pues que la oí a través del buzón al meter en él la revista. ¡Y menuda discusión tenía con quien fuese! Yo diría que era una verdadera pelea. La segunda de aquel día. O a lo mejor la tercera.

—¿Qué quiere decir con esto, señora Jago? —preguntó Oliphant.

—No, esto son cábalas que yo me hago, pero cuando la vi llegar a la caravana me di cuenta de que estaba muy excitada, que echaba chispas por todos lados y que parecía una furia. Usted ya me entiende.

—¿Y se dio cuenta de todo esto solo mirándola desde la puerta de la caravana?

—Así es. A lo mejor tengo un don.

—¿Podría decirme si estaba hablando con un hombre o con una mujer? —preguntó Rickards.

—Cualquiera sabe. Yo no oí más que una voz y era la suya. Pero que había alguien con ella, es más que seguro, a menos que hablara sola.

—¿Qué hora debía de ser, señora Jago?

—Más o menos las cuatro, supongo yo, o quizás un poquito más tarde. Pongamos que cuando fui a la caravana fueran las tres y veinticinco y que me fui de allí alrededor de las cuatro menos veinticinco. Después, un cuarto de hora en la vieja rectoría y ya estamos en las cuatro menos cinco y después todo el trayecto a través de la zona costera. Debían de ser poco más de las cuatro.

—¿Y después se fue a su casa?

—Exactamente. Llegué a eso de las cuatro y media, ¿no es verdad, George?

—A lo mejor sí y a lo mejor no, cariño, porque yo estaba durmiendo cuando llegaste —dijo su marido.

Diez minutos más tarde, Rickards y Oliphant salían del bar.

George y Doris se quedaron contemplando el coche de la policía hasta que giró al hacer la curva y desapareció de la vista.

—No me gusta mucho ese sargento —dijo Doris.

—Pues a mí no me gusta ninguno de los dos.

—¿Crees que he hecho mal, George, hablándoles de la pelea?

—No tenías más remedio, Doris. Se trata de un asesinato y tú fuiste una de las últimas personas que la vieron con vida. De todos modos también se habrían enterado, si no de todo, de una parte, a través de Neil Pascoe. ¿De qué sirve callarse algo que la policía acabará por descubrir? Tú te has limitado a decir la verdad.

—Bueno, yo no diría tanto, George. No ha sido toda la verdad. Más bien he rebajado un poco la verdad. De todos modos, no les he mentido.

Durante un momento pareció que se quedaban reflexionando en silencio sobre aquella distinción, después de lo cual Doris dijo:

—Timmy ensució de barro los pantalones de la señorita Robarts porque había estado jugando con el agua que se sale del grifo que tienen en el exterior. Hace semanas que gotea. Mira que estaría bueno que hubieran asesinado a Hilary Robarts porque Neil Pascoe no había reparado el grifo…

—Eso de estaría bueno no es exacto del todo, Doris. Yo no habría dicho que estaría bueno en un caso como este —dijo George.

Capítulo 8

Los padres de Jonathan Reeves habían dejado la casita en la que vivían al sur de Londres para mudarse a un piso de un edificio moderno desde el cual se veía el mar, en las afueras de Cromer. El trabajo de Jonathan en la central nuclear había coincidido con la jubilación de su padre y aquel traslado había obedecido al deseo de volver a un lugar que conocían, que les gustaba, en el cual habían pasado algunas vacaciones y, como decía su madre, también obedecía a la idea de «proporcionarte una casa hasta que encuentres la chica adecuada». Su padre había trabajado cincuenta años en el departamento de alfombras de unos grandes almacenes de Clapham, donde había ingresado a los quince años, recién salido de la escuela, y donde había acabado por ser jefe de sección. La empresa le vendía alfombras a menos del precio de coste: retales a veces suficientes para alfombrar toda una habitación, que compraba por un precio irrisorio. Gracias a esta facilidad, Jonathan desde su infancia solamente había visto en su casa habitaciones alfombradas de pared a pared.

A veces parecía que las gruesas alfombras de lana o de nylon hubieran absorbido y amortiguado bastante más que los pasos de la familia. El sosegado comentario que hacía su madre a cualquier acontecimiento de la vida era o un «muy agradable», especialmente apropiado para una buena cena, una boda o un nacimiento entre los miembros de la familia real o una puesta de sol espectacular, o bien un «¡terrible, terrible!, ¿no es verdad? No sé a dónde iremos a parar», que abarcaba hechos tan diversos como el asesinato de Kennedy, un crimen particularmente horrendo, la violación de un niño o los malos tratos a la infancia en general o una bomba puesta por el IRA. En realidad, sin embargo, no se preguntaba a dónde iba a parar el mundo, porque esto habría supuesto una emoción que desde hacía mucho tiempo había sofocado gracias a la lana, al mohair y al fieltro. Jonathan había pensado a veces que vivían en medio de aquella concordia porque sus emociones, debilitadas por falta de uso o por desnutrición, no estaban preparadas para enfrentarse con una cosa tan fuerte como una pelea. Ante los primeros signos, su madre habría dicho:

—No levantes la voz, amor mío, que ya sabes que no me gustan las peleas.

El desacuerdo, en ningún caso intenso, se expresaba a través de un malhumorado resentimiento, que acababa extinguiéndose por falta de energía.

Se llevaba bien con su hermana Jennifer, ocho años mayor que él y actualmente casada con un alto funcionario local de Ipswich. En cierta ocasión, observándola mientras planchaba, inclinada sobre la tabla y con todos los rasgos concentrados en aquella expresión familiar que dejaba traslucir un cierto malhumor, se había sentido tentado de decirle:

—Háblame, dime qué piensas sobre la muerte, sobre el mal, sobre lo que hemos venido a hacer aquí.

Pero predecía lo que ella le hubiera contestado:

—Sé qué hago aquí: planchar las camisas de papá.

Con sus amistades y con aquellas personas a las que su madre habría podido calificar de amigos, su madre hacía siempre referencia a su marido llamándole «señor Reeves».

—El señor Wainwright tiene en gran estima al señor Reeves.

—Puede usted asegurar que el señor Reeves es el departamento de alfombras de la casa Hobbs and Wainwright personificado.

La tienda era una representación de aquellas aspiraciones, tradiciones y ortodoxias que otras personas encuentran en su profesión, en la escuela, en el ejército o en la religión. El señor Wainwright era el director, el coronel y el sumo sacerdote reunidos en una persona y las visitas que la familia Reeves hacía ocasionalmente algún domingo a la Capilla de la Reforma Unida de la localidad no eran más que un mero gesto tributado a un Dios menor. De todos modos, nunca habían sido feligreses muy constantes. Jonathan sospechaba que había algo deliberado en aquella actitud. A lo mejor la gente habría querido conocerlos mejor, los habría obligado a asistir a las reuniones de padres, a participar en los torneos de whist, en las salidas dominicales de la escuela, quizás incluso habría querido visitarlos. El viernes de la primera semana que pasó en la escuela secundaria, el matasiete de la clase había dicho:

—El papá de Reeves es dependiente de Hobbs and Wainwright. La semana pasada le vendió una alfombra a mi madre.

—Estoy seguro de que la señora encontrará este género muy satisfactorio. Se vende enormemente.

La carcajada había sido aduladora pero forzada y la tomadura de pelo había acabado por extinguirse por falta de favor popular. En realidad, la mayoría de los demás padres hacían trabajos bastante menos prestigiosos.

A veces Jonathan pensaba: no es posible que seamos tan vulgares, que estemos tan embotados como parecemos. Y hasta llegaba a preguntarse si no habría en él algún defecto que los empequeñecía y que hacía que los viera imbuidos de aquella insuficiencia y de aquel pesimismo que también lo afectaban a él. Algunas veces le daba por sacar del cajón del escritorio el álbum de fotografías familiares que parecía documentar la vulgaridad que los caracterizaba: figuras envaradas y alineadas contra el pretil del paseo de Cromer o del parque zoológico de Whipsnade, él mismo ridículamente vestido con birrete y toga en la ceremonia de entrega de títulos académicos. Tan solo había una fotografía que le interesaba verdaderamente: aquella foto de estudio, impresionada en sepia, de su bisabuelo. Databa de los tiempos de la Gran Guerra y aparecía en ella apoyado de medio lado en una pared artificial junto a una enorme aspidistra puesta en un jarrón de Benarés. Su bisabuelo lo miraba fijamente a través de setenta y cuatro años y Jonathan contemplaba aquel rostro de muchacho, vulnerable y manso, ataviado con el uniforme de sarga mal ajustado y abotonado hasta arriba y tocado con un gorro grotescamente enorme, más parecido a un pobre huérfano que a un soldado. No tendría más allá de veinte años en los tiempos de la fotografía. Había sobrevivido Passchendaele y la batalla de Ypres y

había sido licenciado a causa de las heridas y de los efectos del gas a principios de 1917, aún con fuerzas suficientes para engendrar un hijo, pero para poca cosa más. Jonathan no dejaba de repetirse que la vida que había llevado su bisabuelo no podía ser vulgar, puesto que había sabido resistir cuatro años de horror con valentía, arrojo y aceptación estoica de la vida que Dios o la suerte le habían deparado.

Sin embargo, si no vulgar, por lo menos parecía que la vida no tenía absolutamente ninguna importancia para nadie. Lo único que se había conseguido era preservar una familia, pero ¿qué importancia podía tener este hecho? Lo que ahora más le impresionaba era que la vida de su padre reflejaba un estoicismo bastante parecido. Quizá no era posible comparar cincuenta años pasados en Hobbs and Wainwright con tres años en Francia, pero las dos vidas habían requerido una aceptación igualmente digna y estoica de la situación. Le hubiera gustado poder hablar con su padre acerca de su bisabuelo, acerca de la juventud de su propio padre. Sin embargo, no lo había conseguido nunca y sabía que se lo impedía, no ya una timidez inhibidora, sino el temor de que, aunque hubiera logrado derribar aquella extraña barrera hecha de reticencia y de incapacidad de expresarse, no habría encontrado nada detrás de ella. Sin embargo, es posible que su padre no siempre hubiera sido así. Se acordaba de la Navidad de 1968, año en que le había regalado el primer libro científico que había tenido. Se titulaba *Libro de las Maravillas de la Ciencia explicadas a los Niños* .Se habían pasado horas enteras de la mañana de Navidad hojeando juntos las páginas del libro, mientras su padre leía primero y le explicaba después lo que había leído. Todavía conservaba el libro y de vez en cuando aún miraba los diagramas «Cómo funciona la televisión», «Qué ocurre cuando nos hacemos una radiografía», «Newton y la manzana» o «La maravilla de los barcos modernos».

—Si las cosas hubieran ido de otra manera, me hubiera gustado ser un científico —había dicho su padre.

Aquella había sido la única vez de su vida que su padre había hablado de lo que habría podido ser para él, para toda la familia, una vida diferente. Pero las cosas no habían sido diferentes y su padre había acabado por reconocer que ya nunca lo serían. Jonathan se había hecho la reflexión de que todos tenemos necesidad de dominar nuestra vida y que, debido a esto, la vamos empequeñeciendo hasta que la vida es lo bastante reducida y mezquina para que podamos dominarla.

Una sola vez la previsible rutina de la vida que llevaban se había visto interrumpida por un hecho tan inesperado como dramático. Poco tiempo después de que Jonathan hubiera cumplido los dieciséis años, su padre había cogido el Morris familiar y había desaparecido. Tres días más tarde había sido localizado en el punto más alto de Beachy Head, sentado en el coche y contemplando el mar. Se había dicho que había sufrido una crisis nerviosa provocada por el excesivo trabajo y el señor Wainwright le había concedido dos semanas de vacaciones. Su padre no había dado nunca ninguna explicación acerca de lo que le había ocurrido, como si se confabulara

con la tesis oficial que atribuía el hecho a amnesia temporal. Ni su padre ni su madre habían vuelto a hacer referencia al suceso.

El piso estaba en la cuarta y última planta de un edificio moderno de forma rectangular. La sala de estar, situada en la parte frontal, tenía una puerta que daba a un pequeño balcón, en el que únicamente cabían un par de sillas. La cocina era pequeña, pero tenía un ala plegable que podía levantarse y convertirse en una mesa lo bastante grande para que en ella comieran los tres. Constaba tan solo de dos dormitorios, el de sus padres, situado en la parte delantera, y el suyo, mucho más pequeño, desde el cual se podía ver el aparcamiento, la hilera de garajes y la ciudad. La sala de estar estaba provista de una estufa de gas fijada a la pared para aumentar la potencia de la calefacción y, al mudarse al piso, sus padres habían instalado sobre la misma una falsa repisa sobre la cual su madre había desplegado todos los pequeños tesoros que se había traído de la casa de Battersea. Todavía se acordaba de la mañana en que fueron a ver el piso y de que su madre había salido al balcón y había exclamado:

—Mira, papá, como si estuvieras en la cubierta de un barco.

Y después se había dado la vuelta, toda entusiasmada, como si recordase aquel montón de revistas de cine que guardaba, con fotografías de actrices envueltas en pieles que miraban desde la pasarela y barcos festoneados de gallardetes y banderines, y escuchase con la imaginación la sirena del bote del capitán y la banda desgranando sus sones en el muelle. De hecho, sus padres habían juzgado, desde el primer momento, que el hecho de haber pasado de la casa de planta baja al piso constituía un cambio trascendente. En verano colocaban los dos sillones de cara a la ventana y al mar y en invierno les daban la vuelta y los ponían junto a la estufa de gas. Pero ni las galernas de invierno ni el agobiante calor del verano al reverberar en los cristales del balcón pudieron arrancarles nunca una palabra de nostalgia de la antigua casa.

Se habían vendido el coche familiar al jubilarse su padre, por lo que el garaje, para un solo coche, alojaba actualmente el Ford Fiesta de segunda mano de Jonathan. Lo metió, pues, en el garaje y bajó la puerta. Mientras la cerraba con llave, pensó en la intimidad que reinaba en aquel conjunto de pisos, la mayor parte de los cuales estaban habitados por parejas de jubilados sujetos a la rutina del paseo matinal, la reunión con los amigos para tomar el té por la tarde y el regreso a casa antes de las siete. A la hora en que volvía del trabajo todo el bloque estaba tranquilo y las cortinas de la fachada trasera estaban todas corridas. ¿Sabía Caroline acaso o podía imaginar que las entradas y salidas del edificio eran discretas hasta ese punto? Ya en la puerta del piso dudó un momento, con la llave en la mano, pensando que ojalá hubiera podido retrasar el momento del encuentro. Sin embargo, prolongar la espera habría sido poco natural, porque seguramente sus padres habían oído el ascensor.

Su madre salió a recibirle casi corriendo.

—Es terrible, ¿no te parece? Lo de esa pobre chica. Nos hemos enterado de la noticia por la radio local. Bueno, por lo menos ya han encontrado al Silbador. ¡Una inquietud menos! Por lo menos esta ha sido la última.

—Creen que el Silbador se mató antes de que mataran a la señorita Robarts, o sea que no ha podido matarla él —dijo Jonathan.

—¿Cómo no va a ser el Silbador? A la chica la han matado exactamente de la misma manera. ¿Quién más ha podido ser?

—Esto es lo que está tratando de averiguar la policía, que se ha pasado toda la mañana en la central. A mí no me han interrogado hasta casi las doce.

—¿Para qué querían hablar contigo? ¿No irán a pensar que tú tienes nada que ver con el asunto?

—Claro que no, mamá. Han interrogado a todo el mundo, a todos los que la conocían. De todos modos, yo tenía coartada.

—¿Coartada? ¿Qué coartada? ¿Para qué querías la coartada?

—No es que la quisiera, pero da la casualidad de que la tengo. La noche en que la mataron fui a cenar con una chica de la central.

La cara de su madre se iluminó inmediatamente y lo halagüeño de la noticia eclipsó momentáneamente el horror del asesinato.

—¿A qué chica invitaste, Jonathan? —preguntó la madre.

—A una chica de la central, ya te lo he dicho.

—Bien, ya sé que se trata de una chica, pero ¿qué clase de chica? ¿Por qué no la traes a casa? Sabes perfectamente que esta casa es tan tuya como de tu padre y mía y que estás en libertad de traer a tus amigos. ¿Por qué no le dices que venga a tomar el té el sábado o el domingo? Tengo todo lo necesario… la vajilla buena de la abuela… Te aseguro que no te haré quedar en mal lugar.

Jonathan, conmovido de pronto por una espantosa piedad, dijo:

—Quizás otro día, mamá, todavía es un poco pronto.

—Nunca es demasiado pronto para verse con los amigos. De todos modos, es una suerte que estuvieras con esa chica si andan buscando coartadas. ¿A qué hora volviste a casa entonces?

—Alrededor de las diez y media.

—No fue muy tarde. Pareces cansado. Tiene que haber sido muy triste para todos los de Larksoken, para todos los que la conocían… Han dicho que era la oficial administrativa, ¿no? Eso es lo que ha dicho la radio.

—Sí, ha sido muy triste —dijo Jonathan—. Quizá por esto no tengo nada de hambre y prefiero no cenar en seguida.

—Está todo a punto, Jonathan. Chuletas de cordero. Y las tengo medio cocidas y lo único que tengo que hacer es ponerlas un momento en el horno. También tengo cocida la verdura. Si esperas mucho rato, no estará tan sabroso.

—De acuerdo, solo tardo cinco minutos.

Colgó la chaqueta en el recibidor, se metió en su cuarto y se tumbó en la cama, donde se quedó con la vista clavada en el techo. Solo pensar en la comida le entraban náuseas, pero había dicho cinco minutos y, si se quedaba un momento más, comenzarían a llamar a la puerta. Su madre llamaba siempre con dos golpes muy suaves, pero claros y discretos, como si se tratara de una cita. ¿Qué debía de creer que encontraría sin entraba sin llamar? ¿Qué debía de figurarse que estaba haciendo? Se obligó a sentarse en la cama, con las piernas colgando a un lado, pero al momento lo invadió una sensación de náusea y de debilidad que le hizo temer que iría a desmayarse. Pero no tardó en reconocer qué era en realidad aquella sensación: una mezcla de cansancio, miedo y total desesperación.

Sin embargo, la cosa no había sido tan mala como eso. Habían estado presentes tres personas en el interrogatorio, el inspector jefe Rickards, otro hombre más joven y fornido, muy serio, que había sido presentado como el detective sargento Oliphant y un tercero, más joven aún, que se había quedado en un rincón, al parecer tomando notas, a quien nadie se había molestado en presentar. El pequeño cuarto destinado a interrogatorios estaba junto al departamento de física médica y había sido especialmente preparado para este menester. Se habían sentado alrededor de una mesa, ellos dos uno al lado del otro y vestidos con traje de paisano. Como siempre, la habitación olía ligeramente a desinfectante, cosa que él no había entendido nunca, porque en ella no se llevaban a cabo procesos clínicos. Detrás de la puerta había colgadas dos batas blancas y alguien había dejado sobre el archivador una bandeja de tubos de ensayo, lo que venía a aumentar el ambiente general de descuido y de superficialidad. Todo se había desarrollado de una manera muy natural y muy práctica. Había tenido la impresión de haber sido sometido a un procedimiento rutinario: él era una de las docenas de personas que habían conocido a Hilary Robarts o que alegaban haberla conocido y que había pasado por aquella puerta o por otra similar para contestar las mismas preguntas. Casi estaba esperando que le dijeran que se subiera la manga y que de pronto iba a sentir el pinchazo de una aguja. Sabía que el auténtico sondeo, en el caso de que lo hubiera, vendría más adelante. En cualquier caso, le había sorprendido la ausencia inicial de temor, porque había dado por sentado que la policía estaba dotada de unos poderes casi sobrenaturales para detectar la mentira y que él, cuando entrara en aquel cuarto, llevaría sobre sus espaldas una carga demasiado visible de culpa, prevaricación y complot para poder burlar los fines de la justicia.

A petición de los policías, les dio su nombre y dirección, datos que el sargento anotó. A continuación, con voz un tanto cansada dijo:

—¿Tendría la amabilidad de decirnos dónde estuvo ayer entre las seis y las diez y media?

Recordaba que en aquel momento había pensado: ¿por qué entre seis y diez y media? Hilary Robarts había sido encontrada en la playa. Le gustaba nadar casi todas las noches después de las noticias de las nueve; era cosa sabida, por lo menos sabida

de todos cuantos la conocían. Las noticias del domingo eran a las nueve y diez. Se acordó después de que ellos sabrían exactamente cuándo había sido encontrada. Todavía no había habido tiempo para el informe de la autopsia. Quizá todavía no estaban del todo seguros en relación con la hora de la muerte o quizá querían asegurarse. Sí, de seis a diez y media, pero la hora importante seguro que era las nueve o poco después de las nueve. Él mismo quedó sorprendido ante la facilidad con que lo dijo.

—Me quedé con mis padres hasta después de la cena, mejor dichos hasta la comida de la una —dijo—. Después cogí el coche y fui a ver a mi novia, Caroline Amphlett, para pasar la tarde con ella. Estuve con ella hasta después de las diez. Vive en un bungalow en las afueras de Hoveton. Es la secretaria particular del director, el doctor Mair.

—Sabemos dónde vive, señor, y también quién es. ¿Lo vio alguien entrar o salir?

—No lo creo. El bungalow está muy aislado y en la carretera había muy pocos coches. Es posible que me viera salir alguien desde los pisos.

—¿Qué hizo durante la tarde?

El agente que estaba en el rincón dejó de escribir y se quedó observando, aunque no parecía curioso sino más bien algo aburrido.

—Caroline preparó la cena y yo la ayudé un poco. Tenía sopa hecha en casa y solo hubo que calentarla. Hicimos tortillas de champiñones y tomamos fruta, queso y vino. Después de cenar charlamos un rato y después nos fuimos a la cama e hicimos el amor.

—No es necesario entrar en detalles con respecto a las actividades de carácter íntimo, señor. ¿Cuánto tiempo hace que tiene relaciones con la señorita Amphlett?

—Unos tres meses.

—¿Cuándo habían acordado que pasarían juntos esa tarde?

—Hacía unos días, ahora no recuerdo exactamente cuándo.

—¿A qué hora llegó usted a su casa?

—Poco después de las diez y media. —Y añadió—: Siento no tener testigos que lo confirmen, porque mis padres no estaban en casa. Habían ido a visitar a mi hermana casada, que vive en Ipswich.

—¿Sabía usted que sus padres no estarían en casa cuando usted y la señorita Amphlett acordaron encontrarse para pasar juntos la tarde del domingo?

—Sí, mis padres hacen una visita a mi hermana todos los últimos domingos de mes, pero esto no tiene ninguna importancia. Quiero decir que tengo veintiocho años y que, aunque vivo con ellos, no tengo ninguna obligación de darles cuenta de mis movimientos.

El sargento se quedó mirándolo y dijo:

—Libre, blanco y con veintiocho años.

Lo dijo en un tono de voz como si lo anotara. Jonathan se ruborizó e inmediatamente pensó que acababa de cometer una equivocación y que no debía

dárselas de listo ni tratar de dar explicaciones más allá de las respuestas a las preguntas que le hicieran.

El inspector jefe dijo:

—Gracias, señor, de momento hemos terminado.

Cuando ya estaba en la puerta, Jonathan oyó que Rickards decía:

—La señorita Robarts no estuvo muy amable con usted con ocasión de aquel programa de radio en el que tomó parte. Me refiero a *Mi religión y mi trabajo* .¿Lo escuchó usted, sargento?

El sargento, impasible, contestó:

—No, señor, no lo escuché. No entiendo cómo me lo perdí. Estoy seguro de que fue interesantísimo.

Jonathan se dio la vuelta y los miró.

—No, no estuvo muy amable —dijo—. Soy cristiano y la verdad es que no siempre es fácil serlo.

—«Bienaventurados los que son vilipendiados y sufren persecución por causa del Evangelio» —dijo Rickards—. Fue una especie de persecución, ¿no es verdad? Bueno, las cosas podrían haber sido peores, por lo menos no lo echaron a los leones.

El sargento, al parecer, encontró chistoso el comentario.

Jonathan se quedó en la duda de cómo podían haberse enterado de aquel leve ataque de que había sido objeto por parte de Hilary en el programa de radio. Por alguna razón desconocida, aquella fugaz y más bien lamentable notoriedad que le había dado su afirmación de fe había molestado a la señorita Robarts. Seguramente alguno de la central lo había comentado a la policía, ya que había que tener en cuenta que, antes que a él, habían interrogado a otras muchas personas.

Ya podía estar tranquilo. Había presentado su coartada a la policía —su coartada y la de Caroline— y ya no había motivos para que volvieran a molestarlo. Trataba de sacarse aquella preocupación de la cabeza, pese a que sabía que no le iba a ser posible. Ahora que recordaba la versión de Caroline, le sorprendía su falta de lógica. ¿Por qué había aparcado el coche en un lugar solitario de la carretera, en un camino de carros y debajo de unos árboles? ¿Por qué había llevado en el coche a Remus hasta la zona costera, cuando cerca de casa había gran cantidad de caminos para pasear? Habría sido comprensible que hubiera cogido el coche de haber querido que el perro corriera por la playa y chapoteara en el agua pero, según le había dicho, no habían bajado a la playa. ¿Qué prueba tenía de que Caroline no hubiera llegado a los acantilados hasta las diez, media hora después de la hora en que se había fijado la muerte de Hilary Robarts?

Después estaba toda aquella historia que le había contado acerca de su madre. No la creía, no la había creído la primera vez que se la había contado y ahora todavía la creía menos. Pero debía de ser fácil de comprobar. En Londres había agencias de detectives, empresas a las que se podía encargar este tipo de indagaciones. La sola idea de hacer una cosa así lo asustaba por un lado y por otro lo fascinaba. Ponerse en

contacto con aquella gente, pagarles dinero para que la espiasen, era algo que lo aterraba por la audacia que comportaba. Seguro que ella no podía imaginarse que él fuera capaz de una cosa así, nadie podía imaginárselo. ¿Por qué no iba a ser capaz? Podía pagarla y era una averiguación que no tenía nada de vergonzosa. Lo primero que tenía que hacer era enterarse de la fecha del nacimiento de Caroline. Hacerse con este dato no sería difícil. Conocía a Shirley Coles, la chica que se encargaba de los archivos del establecimiento. Incluso a veces le había parecido que gustaba a la chica. Ella no le dejaría ver el protocolo personal de Caroline pero seguramente no se negaría a facilitarle un dato tan inofensivo como aquel. Podía decirle que quería hacer un regalo a Caroline para su cumpleaños y que creía que se acercaba la fecha. Después, cuando ya dispusiera del nombre y fecha de nacimiento, sería fácil localizar a sus padres. Entonces podría saber si su madre vivía, dónde vivía y cuál era su situación económica. En la biblioteca tenía que haber un ejemplar del listín de páginas amarillas de Londres, donde figurarían las agencias de detectives privados. No pediría información por carta, sino que llamaría por teléfono para hacer un sondeo preliminar. En caso necesario, podía pedir un día de permiso y viajar a Londres. Se hizo esta reflexión: tengo que saber la verdad. Si esto es mentira, todo es mentira: el paseo por los acantilados, todo lo que me ha contado… incluso su amor.

Oyó los dos golpecitos dados a la puerta. Horrorizado, se dio cuenta de que estaba llorando, no ruidosamente pero de sus ojos manaba un silencioso río de lágrimas que era incapaz de atajar.

—¡Ya voy, ya voy! —gritó.

Se acercó al lavabo y se lavó la cara. Al levantar la cabeza, vio su cara reflejada en el espejo y tuvo la sensación de que el miedo, el cansancio y la desazón espiritual, demasiado arraigados en su ánimo para poderlos desterrar, habían acabado con sus lamentables presunciones y que aquel rostro, que como máximo era corriente, normal, se le había hecho ahora repugnante, tanto como debía de serlo para ella. Contempló su imagen y la vio con los ojos de Caroline: el cabello castaño y deslustrado y, adheridas a él, las motitas de caspa que el champú diario no hacía sino exacerbar, los ojos ribeteados de rojo situados excesivamente próximos, la frente pálida y húmeda en la que subsistían pústulas del acné para oprobio suyo y para avergonzarlo de su sexualidad.

Llegó a la conclusión de que Caroline no lo amaba y de que no lo había amado nunca. Lo había escogido a él por dos únicas razones: porque sabía que estaba enamorado de ella y porque se figuraba que era demasiado estúpido para descubrir la verdad. Pero él no era estúpido y ella se enteraría. Empezaría por la mentira más insignificante, la relativa a su madre. ¿Qué debía pensar de sus propias mentiras, de la mentira dicha a sus padres, de la falsa coartada presentada a la policía? ¿Y de la más grande de todas? Aquella afirmación: «Soy cristiano y la verdad es que no siempre es fácil serlo». Él ya no era cristiano y quizá no lo hubiera sido nunca, porque su conversión había obedecido a aquella necesidad de ser aceptado, de ser tomado en

serio, de entrar en aquella camarilla ávida de ganar prosélitos solo porque allí parecían concederle importancia. Pero todo aquello no era verdad, porque en un solo día se había enterado de que las dos cosas más importantes de su vida, su religión y su amor, eran mentira.

Esta vez los dos golpes dados a la puerta fueron más insistentes y oyó a su madre que decía:

—Jonathan, ¿estás bien? Las chuletas estarán demasiado cocidas.

—Estoy bien, mamá, ¡ya voy!

Pero aún tuvo que dedicar un minuto más a echarse abundante agua a la cara para adquirir un aspecto normal y estar en condiciones de abrir la puerta y reunirse con sus padres para cenar.

QUINTA PARTE

Del martes 27 de septiembre al jueves 29 de septiembre

Capítulo 1

Jonathan Reeves esperó a que la señora Simpson dejara el despacho para ir a comer antes de dirigirse a los archivos donde se guardaban los protocolos del personal. Sabía que todos los expedientes personales estaban registrados en el ordenador, aunque seguían conservándose los documentos originales, custodiados por la señora Simpson, como si constituyeran un depósito de informaciones peligrosas y manipulables. La señora Simpson ya estaba aproximándose a la jubilación y no había estado nunca en buenas relaciones con los ordenadores. Para ella la única realidad era la que podía leer en blanco y negro dentro de las carpetas de papel manila de los archivos oficiales. Su ayudante, Shirley Coles, era una jovencita de dieciocho años, que acababa de cubrir aquella vacante y que vivía en el pueblo. Desde el primer momento había sido instruida con respecto a la importancia que tenían el director y los jefes de departamento, pero todavía no había asimilado del todo aquella ley más sutil que permea toda organización y que establece una clasificación entre aquellos cuyos deseos deben tomarse en serio, cualquiera que sea el trabajo que desempeñen, y aquellos que pueden ser ignorados con toda tranquilidad. Era una chica simpática, deseosa de agradar a la gente y que respondía con cordialidad a la cordialidad.

—Estoy casi seguro de que su cumpleaños es a primeros del mes que viene —dijo Jonathan—. Sé que los archivos son secretos, pero lo único que me interesa es la fecha de nacimiento. Si pudiera echar una ojeada y decírmelo…

Sabía que se mostraba torpe y que se veía que estaba nervioso, pero esto más bien le era favorable, porque la chica sabía bastante de torpeza y de nervios.

—Solo la fecha de nacimiento, en serio —añadió—. No diré a nadie cómo me he enterado. Ella me lo dijo, pero ya no me acuerdo.

—No me está permitido, señor Reeves.

—Lo sé, pero no tengo otra forma de averiguarlo. Como no vive con la familia, no tengo el recurso de preguntárselo a su madre. Se enfadaría mucho si viera que lo he olvidado.

—¿No podría volver a venir por aquí cuando esté la señora Simpson? Supongo que ella se lo diría, pero yo no estoy autorizada a abrir los archivos cuando ella no está.

—Ya sé que puedo preguntárselo a ella, pero prefiero no hacerlo. Ya sabe cómo es. Se echaría a reír. Lo hago por Caroline y espero que usted lo entienda. ¿Dónde está ahora la señora Simpson?

—Ha ido a comer. Generalmente no vuelve hasta las dos. De todos modos, será mejor que usted se quede en la puerta por si viniera alguien.

Pero él no le hizo caso y se quedó junto al archivador mientras observaba cómo ella se dirigía al armario de seguridad y comenzaba a hacer girar el disco.

—¿La policía puede ver esos archivos, si quiere? —le preguntó.

—¡Oh, no, señor Reeves, no es posible! Los únicos que los pueden consultar son el doctor Mair y la señora Simpson. Son confidenciales. Aunque la policía vio el expediente de la señorita Robarts, porque la primera cosa que hizo el doctor Mair al llegar aquí el lunes por la mañana, antes de que llegara la policía, fue pedirnos que se lo lleváramos. Fue lo primero que hizo al entrar en su despacho: nos llamó por teléfono y la señora Simpson se lo llevó personalmente. Pero este caso es diferente, porque la señorita Robarts estaba muerta y cuando uno está muerto sus cosas ya no son confidenciales.

—No —dijo él—, cuando uno se muere ya no tiene nada confidencial.

Y de pronto se vio en aquella casa de alquiler de Romford, donde había muerto su abuelo, ayudando a su madre a revisar todas sus pertenencias después del ataque cardíaco que había acabado con su vida: las ropas mugrientas, aquel olor, la despensa con su provisión de judías hervidas, de las que prácticamente se había alimentado durante los últimos tiempos, los platos destapados llenos de comida rancia y cubierta de moho, las revistas escabrosas que él había descubierto, en el fondo de un cajón y que, con el rostro como la grana, su madre le había arrancado de las manos. No, cuando uno se moría, se habían terminado los secretos.

La muchacha, dándole la espalda, iba hablando:

—Ha sido un asesinato espantoso, ¿verdad? Es que parece increíble, sobre todo tratándose de una persona conocida. Esto nos ha dado muchísimo trabajo aquí en los archivos, porque la policía nos pidió una lista de todo el personal, con nombres y direcciones. Y todos tuvieron que rellenar un impreso en el que preguntaban qué habían hecho el domingo por la tarde y con quién habían estado. Bueno, usted ya lo sabe, porque también lo tuvo que rellenar. Lo tuvimos que rellenar todos.

La manipulación de la combinación exigía precisión. El primer intento resultó infructuoso, por lo que la muchacha volvió a hacer girar cuidadosamente el disco. Jonathan estaba nerviosísimo al ver que no atinaba. Por fin la puerta se abrió automáticamente. Jonathan atisbó el borde de una cajita de metal. La chica sacó de ella un manojo de llaves y, volviendo al archivador, después de seleccionar rápidamente una de las llaves, la introdujo en la cerradura. La bandeja se desplazó simplemente presionando con los dedos. La chica ahora estaba sumamente nerviosa, dio una rápida mirada a la puerta y comenzó a pasar rápidamente los expedientes suspendidos de la bandeja.

—¡Ahí está!

Jonathan tuvo que dominarse para no arrancarle la carpeta de las manos. La chica la abrió y él vio en seguida aquel papel amarillento que también él había rellenado al ingresar en la central, es decir, la solicitud de trabajo. Lo que le interesaba estaba en aquel momento ante sus ojos, escrito con la propia mano de Caroline: Caroline Sophia St. John Amphlett; fecha de nacimiento, 14 de octubre de 1957; lugar de nacimiento, Aldershot, Inglaterra; nacionalidad, británica.

Susie volvió a colocar la carpeta en su sitio y empujó rápidamente el cajón diciendo:

—Así que ya lo sabe, es el catorce de octubre. Está al caer, verdaderamente. Menos mal que lo ha mirado. ¿Cómo lo celebrarán? Si hace buen tiempo, podrían pasar el día en el barco.

—¿Qué barco? —preguntó él—. No tenemos ningún barco.

—Caroline lo tiene, puesto que compró el yate con camarote que el señor Hoskins tenía amarrado en Wells-next-the-Sea. Lo sé porque la señora Hoskins había puesto un anuncio para venderlo en el escaparate de la señora Bryson en Lydsett y mi tío Ted pensaba ir a echarle una mirada porque era bastante barato. Pero el día que lo llamó por teléfono, el señor Hoskins le dijo que se lo había vendido a la señorita Amphlett de Larksoken.

—¿Cuándo fue esto?

—Hace tres semanas. ¿No le dijo nada?

Jonathan comprendió que aquel era otro secreto más, quizás inocente, pero a la vez extraño. Caroline no había mostrado nunca el más mínimo interés por los yates ni por el mar. ¿Un yate con camarote que se había vendido barato? Pero si estábamos en otoño, precisamente no el momento más oportuno para comprar un yate…

Todavía oyó la voz de Shirley que decía:

—Sophia es un nombre muy bonito. Un poco anticuado, pero me gusta, ¿verdad?

Jonathan, sin embargo, había visto algo más que el nombre completo y la fecha de nacimiento. Más abajo figuraban los nombres de los padres. El padre era Charles Roderick St. John Amphlett, difunto, oficial del ejército, y la madre, Patricia Caroline Amphlett. Llevaba una hoja de papel que había arrancado de una libreta y escribió rápidamente tanto las fechas como los nombres. La información le venía de perlas. Había olvidado que la solicitud fuera tan detallada. Seguro que con aquella información a una agencia de detectives le costaría muy poco localizar a su madre.

Jonathan no respiró aliviado hasta que la chica hubo dejado las llaves dentro del armario de seguridad. Ahora que ya tenía lo que quería, le parecía descortés marcharse precipitadamente, aunque era importante estar fuera cuando llegase la señora Simpson para que Shirley no se viera enfrentada con la inevitable pregunta sobre qué estaba haciendo allí Jonathan y se sintiera forzada a decir una mentira. De todos modos se entretuvo unos momentos más mientras ella volvía a instalarse en su mesa y comenzaba a confeccionar una cadena a base de ir ensartando una serie de clips.

—Encuentro que ese asesinato ha sido una cosa horrible, de veras que lo es —dijo la muchacha—. ¿Sabe una cosa? Yo aquella tarde había estado allí, me refiero al sitio exacto dónde la mataron. Fuimos a pasar el día en aquella zona para que Christopher pudiera jugar en la playa. Fuimos todos: mamá, papá, Christopher y yo. Christopher es mi hermano pequeño, solo tiene cuatro años. Aparcamos el coche en la zona costera, a unos cincuenta metros del *cottage* de la señorita Robarts, pero a ella no la

vimos para nada. No vimos a nadie en toda la tarde, salvo a la señora Jago desde lejos, que repartía las revistas de la iglesia con su bicicleta.

—¿Se lo ha dicho a la policía? —dijo Jonathan—. Me imagino que a ellos debe de interesarles saber que no vio a nadie en los alrededores de la casa.

—Sí, claro que se lo dije. Les interesó muchísimo. ¿Sabe qué me preguntaron? Pues si Christopher había echado arena en el camino. Y es verdad, la echó. ¡Qué curioso!, ¿verdad? Me refiero a que es curioso que se les ocurriera pensarlo.

—¿A qué hora estuvo allí, entonces? —preguntó Jonathan.

—Sí, esto también me lo preguntaron. No fue mucho tiempo. Desde la una y media hasta las tres y media. Y además comimos dentro del coche. Mi madre dijo que el tiempo no estaba para comer en la playa y atrapar un resfriado. Después pasamos por el camino hasta la cala y Christopher hizo un castillo de arena junto al mar. Él se lo pasó la mar de bien, pero hacía un poco de frío para que los demás nos sentáramos allí en la playa. Mi madre se lo tuvo que llevar a rastras y berreando a más y mejor. Mi padre se fue derecho al coche y nosotros nos entretuvimos un poco por el camino. Mi madre dijo a mi hermano: «Mira, no quiero que llenes el coche de arena, Christopher. Ya sabes que a papá no le gusta». Así es que le tuvo que sacudir toda la arena que llevaba y, claro, Christopher todavía berreó más. Ese crío a veces es de lo más cargante. ¡Qué cosa!, ¿verdad? Quiero decir que estuviéramos en ese sitio nada menos que aquella tarde.

—¿Y por qué cree que estaban tan interesados en la arena? —preguntó Jonathan.

—Esto es lo que quería saber mi padre. El detective, el que vino aquí y habló conmigo, dijo que a lo mejor tenían que identificar alguna huella de una pisada y que querían descartar que perteneciera a una persona de esta casa, pero mi padre cree que ya han encontrado esa huella. Ayer por la noche vino a mi casa una pareja de detectives, muy simpáticos por cierto, que preguntaron a papá y mamá qué zapatos llevaban el domingo y si podían verlos. Si no hubieran encontrado una huella, no les habrían pedido esto, ¿no le parece?

—¡Vaya engorro para su padre y su madre! —dijo Jonathan.

—¡No, qué va! Después de todo, nosotros no estábamos allí cuando la mataron, ¿comprende? Cuando nos fuimos de la zona costera salimos en coche para Hunstaton para ir a tomar el té con mi abuela. No volvimos a casa hasta las nueve y media. Mamá dijo que era demasiado tarde para Christopher, pero él estuvo todo el tiempo durmiendo en el coche hasta que llegamos a casa. Pero de todos modos es muy curioso, ¿no encuentra? Que estuviéramos allí aquel día. Si la hubieran matado unas horas antes, incluso habríamos encontrado el cadáver. Me parece que ya no volveremos nunca más a aquella parte de la playa. Ni por mil libras me acercaba de noche por allí. Tendría miedo de encontrarme con su espíritu. Pero mire, si encuentran la huella de una pisada y esto ayuda a cazar al asesino será porque Christopher quiso ir a jugar a la playa y porque mi madre le sacudió la arena en el camino. Fíjese, ¡una cosa tan insignificante! Mi madre dijo que esto le recordaba el

sermón que hizo el vicario el domingo pasado y aquello que dijo de que a veces nuestras acciones más insignificantes pueden tener grandes consecuencias. Yo no recordaba que lo hubiera dicho, porque a mí lo que me gusta es cantar en el coro y encuentro que los sermones del señor Smollett son un verdadero rollo.

¡Una cosa tan nimia como una huella en la arena! Entonces, si la huella fue en la arena que cayó del cubo de Christopher, quería decir que pertenecía a una persona que había pasado por el camino después de las tres y media del domingo por la tarde.

—¿Cuántas personas están enteradas de esto? —le preguntó Jonathan—. ¿Se lo ha dicho a alguien aparte de la policía?

—No, a nadie salvo a usted. Me dijeron que no hablase del asunto con nadie y hasta ahora no se lo había contado a nadie. La señora Simpson quería saber qué había contado al inspector Rickards y me estuvo diciendo todo el tiempo que no entendía por qué quería hablar con él y que no tenía que hacer perder tiempo a la policía solo para darme importancia. Supongo que estaría preocupada porque se figuraba que contaría a la policía lo de la pelea que tuvo con la señorita Robarts porque faltaba el expediente del doctor Gledhill y después resultó que estaba en poder del doctor Mair. Pero usted no dirá nada, ¿verdad? ¿Ni siquiera a la señorita Amphlett?

—No —le prometió—. No se lo diré a nadie, ni siquiera a ella.

Capítulo 2

Le sorprendió ver la cantidad de agencias de detectives que figuraban en las páginas amarillas y lo poco que se diferenciaban para poder elegir entre ellas. Escogió una de las más grandes y tomó nota del número de teléfono de Londres. No pensaba llamar desde la central nuclear, pero tampoco quería esperar a llegar a casa, porque sabía que allí todavía tendría menos intimidad. Por otra parte, le urgía llamar lo antes posible. Pensó, pues, que podía comer en un bar de la localidad y telefonear desde una cabina.

La mañana le pareció interminable, pero a las doce dijo que cogía el primer turno para ir a comer y salió de la central, no sin comprobar antes que tenía suficientes monedas. Sabía que la cabina del pueblo más próxima estaba cerca del supermercado. La situación era muy poco discreta, pero se dijo que no había necesidad de mantener hasta tal punto secreta la llamada.

Le contestó prontamente una mujer. Jonathan ya tenía preparado lo que diría y ella pareció no extrañarse de la petición, si bien la cosa no era tan fácil como él había creído. La mujer le dijo que la agencia podía localizar con toda seguridad a una persona contando con los datos que él pensaba suministrarle, pero que no tenían una tarifa fija para aquel servicio, porque todo dependía de la dificultad que entrañase el trabajo y del tiempo que requiriese. Hasta que se recibiera la petición de forma oficial, era imposible dar una orientación del precio, que podía oscilar entre una cantidad tan pequeña como doscientas libras o tan grande como cuatrocientas. La mujer le aconsejó que escribiera tan pronto como le fuera posible haciendo el encargo, facilitando toda la información que tuviese en su poder y especificando claramente qué quería. La carta debía ir acompañada de un pago de cien libras. Por supuesto que se ocuparían urgentemente del caso, pero hasta que recibieran la petición no podían decir nada seguro en relación con el tiempo que tardarían. Jonathan le dio las gracias, le dijo que escribiría y colgó, contento de no haber dado el nombre. Se había figurado que recogerían los datos por teléfono, que le dirían lo que le costaría el trabajo y le prometerían un rápido resultado. Todo aquello era demasiado complicado, demasiado caro, demasiado lento. Dudó sobre si llamar o no a otra agencia, pero en seguida se dijo que, tratándose de un campo tan competitivo como aquel, lo más probable es que no recibiera noticias más alentadoras.

Al volver a la central nuclear y aparcar el coche, casi ya estaba convencido de que no seguiría adelante. Entonces se le ocurrió que podía hacer las indagaciones por su cuenta. El nombre era más bien raro y a lo mejor lo encontraba en el listín de teléfonos de Londres o en el de alguna ciudad grande. Podía intentarlo. El padre de Caroline había sido militar y podía existir un anuario de las fuerzas armadas… ¿No había visto en alguna parte un Anuario del Ejército? Quizá podía consultarlo. Valía la pena hacer unas cuantas indagaciones antes de lanzarse a unos gastos que quizá no podía asumir, aparte de que la perspectiva de tener que escribir a una agencia de detectives y de redactar por escrito la petición en sí, lo descorazonaba bastante.

Comenzó a sentirse como un conspirador, papel absolutamente extraño a su naturaleza y que, al tiempo que lo excitaba, respondía a una faceta de su carácter ignorada por él hasta entonces. Trabajaría solo y, si su labor no daba resultado, sería el momento de volvérselo a pensar.

El primer paso fue extraordinariamente fácil, tan sencillo que hasta se ruborizó al pensar que no hubiera podido ocurrírsele antes. De regreso a la biblioteca consultó el listín telefónico de Londres. En él encontró el nombre de P. H. Amphlett, con domicilio en Pont Street, SW1. Se quedó con la mirada clavada en aquel nombre y, con dedos temblorosos, se sacó su libretita y garrapateó el número de teléfono. Las iniciales correspondían a las de la madre de Caroline, pero la entrada no tenía ningún prefijo. Podía tratarse de un abonado masculino… o de una coincidencia. El nombre de la calle, Pont Street, no le decía nada, aunque sabía que la zona SW1 no era una de las pobres de Londres. ¿Era posible que Caroline le hubiera dicho una mentira que podía descubrirse consultando simplemente el listín de teléfonos? Sí, pero solo en el caso de que confiara tanto en el dominio que ejercía sobre él, en la sumisión de Jonathan a ella y estuviera tan segura de su ineptitud y de su estupidez que considerara que no tenía por qué preocuparse. Caroline había querido una coartada y él se la había proporcionado. Si aquello era mentira, si Jonathan iba a Pont Street y descubría que la madre no vivía en la pobreza, ¿qué cosa podía ser verdad de todas las que Caroline le había contado? ¿En qué momento exacto había estado ella en la zona costera y con qué propósito? Sin embargo, se trataba de sospechas que él sabía que no podía alimentar seriamente. La idea de que Caroline hubiera matado a Hilary Robarts era ridícula, pero ¿por qué no había querido decir la verdad a la policía?

Ahora sabía muy bien cuál iba a ser el siguiente paso que daría. Camino de casa llamaría al número de Pont Street y preguntaría por Caroline. Esto por lo menos le permitiría comprobar si allí vivía su madre. En caso afirmativo, pediría un día de permiso o esperaría al sábado, se inventaría una excusa para pasar el día en Londres y haría la comprobación por sí mismo.

La tarde parecía interminable y le costaba enormemente concentrarse en su trabajo. También le preocupaba que apareciera Caroline de pronto y le pidiera que la acompañara a su casa. Pero ella parecía evitarlo, cosa que ahora a él le encantaba. Salió diez minutos antes de la hora, dando la excusa de que tenía dolor de cabeza y al cabo de veinte minutos volvía a encontrarse en la cabina telefónica de Lydsett. El número estuvo llamando casi medio minuto y Jonathan ya estaba a punto de abandonar toda esperanza cuando contestó una voz. Era de mujer y, con dicción lenta y clara, repitió el número. Jonathan había decidido hablar con acento escocés. Era un gran experto en imitaciones y, además, su abuela materna había sido escocesa. No le costaría mucho engañar a las personas en cuestión.

—¿Está en casa la señorita Caroline Amphlett? —preguntó.

Hubo otro largo silencio, después del cual la mujer dijo con voz cautelosa:

—¿Quién pregunta por ella?

—Me llamo John McLean. Somos antiguos amigos.

—Ya entiendo, señor McLean. Entonces me parece muy extraño que yo no lo conozca y que usted, a lo que parece, no sepa que la señorita Amphlett ya no vive aquí.

—¿Podría darme su dirección entonces?

Otro silencio, después del cual la voz dijo:

—No me importaría dársela, señor McLean, pero si quiere dejarle algún recado, procuraré hacérselo llegar.

—¿Estoy hablando con su madre? —preguntó Jonathan.

Oyó una carcajada. Una carcajada nada agradable, después de la cual la voz dijo:

—No, no soy su madre, sino la señorita Beasley, el ama de llaves. ¿Cómo es que me ha hecho esta pregunta?

De pronto se le ocurrió pensar que podía haber dos Caroline Amphlett y dos madres de ellas con las mismas iniciales. Aunque era una posibilidad remota, convenía asegurarse.

—¿Caroline continúa trabajando en la central nuclear de Larksoken?

Esta vez no podía haber error. La voz sonó con aspereza al contestar:

—Si sabe esto, señor McLean, ¿por qué se molesta en llamarme?

Y oyó cómo colgaba, decidida, el teléfono.

Capítulo 3

Eran más de las diez y media de la noche del martes cuando Rickards visitó por segunda vez el molino de Larksoken. Había dado cuenta de sus intenciones llamando por teléfono poco después de las seis y dejando bien sentado que la visita, pese a ser tan tarde, era oficial. Había cosas que quería aclarar y tenía pendiente una pregunta. Aquel día, temprano, Dalgliesh había pasado por la sala de incidentes de Hoveton para firmar una declaración relativa al hallazgo del cadáver. Rickards no había estado presente, pero Oliphant, que salía en aquel momento, se había quedado para atenderlo y le había informado acerca del estado de las investigaciones y, aunque no lo había hecho de mala gana, había mostrado una cierta reserva que dejaba entrever que obedecía órdenes. Hasta el mismo Rickards, al sacarse la chaqueta y tomar asiento en el mismo sillón de respaldo alto de la otra vez, parecía comedido en exceso. Llevaba un traje azul oscuro a rayas finas que, pese a su buen corte, por su estado ligeramente gastado y deslucido podía catalogarse como su segundo traje. Sin embargo, le caía de una manera extraña debido a aquel aire de ciudad que todavía subsistía en sus miembros larguiruchos, particularmente evidente allí en la zona costera, como si se dispusiera a asistir a una boda de estar por casa o a una entrevista para conseguir un puesto de trabajo para el que tenía pocas esperanzas de éxito. Ya no se detectaba en él aquel antagonismo apenas velado, la amargura del fracaso que lo había invadido después de la muerte del Silbador e incluso aquella inquieta energía del domingo por la noche. Dalgliesh supuso que debía de haber hablado con el jefe y que este le había dado unos cuantos consejos al respecto. De ser así, se imaginaba lo que le había dicho, porque seguramente era lo mismo que le hubiera dicho él.

—Ya sé que es molesto que esté metido en su terreno, pero tenga en cuenta que es uno de los detectives veteranos de la policía metropolitana, el favorito del comisario. Además, conoce a toda esta gente, estuvo en la cena de Mair, descubrió el cadáver. Seguro que sabe cosas que pueden ser útiles. Ya lo sabemos, es un profesional, no se guardará para él lo que sepa, pero usted se enterará antes y no se amargará tanto la sangre ni se le amargará a él si deja de tratarlo como un rival, o lo que es peor, como un sospechoso.

Después de servir un *whisky* a Rickards, Dalgliesh le preguntó por su esposa:

—Está bien, muy bien.

Sin embargo, el tono de voz era forzado.

—Supongo que ahora que el Silbador está muerto, volverá a casa, ¿no? —dijo Dalgliesh.

—Esto cree usted, ¿verdad? A mí me gustaría, naturalmente, y a ella también, pero está el pequeño problema de su madre. No quiere que su corderita tenga que pasar por cosas desagradables, especialmente asesinatos y más especialmente en los momentos que está atravesando.

—Es difícil aislarse de las cosas desagradables, incluso del asesinato, si uno se casa con un policía —dijo Dalgliesh.

—Su madre no quería que su hija se casase con un policía.

Dalgliesh quedó sorprendido ante la amargura de su voz. Una vez más, tuvo la desagradable sensación de que se le pedía un consejo que él, entre todos los hombres, era el menos indicado para dar. Buscando inútilmente una frase anodina, miró nuevamente el rostro de Rickards y observó en él un aire de cansancio, casi de derrota, unas arrugas que la luz incierta del fuego hacía más cavernosas, y decidió optar por lo práctico.

—¿Ha cenado? —le preguntó.

—Bueno, he sacado algo de la nevera antes de venir para acá.

—Tengo el resto de un cassoulet, si es que le gusta. Lo caliento en un momento.

—No le diría que no, señor Dalgliesh.

Comió el cassoulet de una bandeja colocada sobre sus rodillas y dio cuenta de él con tal voracidad que parecía que aquella era la primera comida que hacía desde hacía muchos días. Después incluso mojó un trozo de pan en la salsa. Solo una vez levantó los ojos del plato para decir:

—¿Usted ha cocinado esto, señor Dalgliesh?

—Cuando uno vive solo tiene que aprender a hacer una cocina sencilla si no quiere depender siempre de los demás para las cosas esenciales de la vida.

—Esto es lo que a usted no le va, ¿verdad, señor Dalgliesh? Depender de los demás para las cosas esenciales de la vida.

Lo había dicho sin amargura, después de lo cual llevó a la cocina la bandeja y el plato vacío con una sonrisa. Un segundo después Dalgliesh oyó el chorro del agua: Rickards estaba lavando el plato.

Seguramente tenía más hambre de lo que él mismo suponía. Dalgliesh sabía por experiencia qué fácil era caer en el error de creer que uno puede funcionar con eficacia trabajando dieciséis horas al día con una dieta de café y bocadillos consumidos a salto de mata. Al volver de la cocina, Rickards se recostó en el sillón con un pequeño gruñido de satisfacción. Le había vuelto el color a la cara y su voz volvía a ser potente.

—Su padre era Peter Robarts. ¿Lo recuerda?

—¿Tendría que recordarlo?

—No, no hay motivo. Tampoco yo lo recuerdo, pero he tenido tiempo de averiguar quién era. Hizo una considerable fortuna después de la guerra en la que, por otra parte, tuvo un papel distinguido. Era uno de esos tipos con buen ojo para los negocios, que en su caso fueron los plásticos. Aquella debió de ser una buena época para los chicos listos. Me refiero a los años cincuenta y sesenta. Ella era hija única. El personaje hizo el dinero con la misma rapidez con que lo perdió. Las razones de siempre: extravagancias, una generosidad ostentosa, mujeres, despilfarro del dinero como si tuviera una máquina de hacer billetes, pensar que la racha duraría siempre

independientemente de las circunstancias… Tuvo suerte de no ir a parar a la cárcel. La brigada contra el fraude tenía pruebas contra él y estuvo a punto de cazarlo cuando le dio un infarto. Se cayó de bruces en el plato, en el restaurante Simpson, más muerto que el pato que se estaba zampando. Para ella debió de ser un momento difícil: la nena de papá de otros tiempos, sin saber hacer nada, enfrentada con la mala suerte, la muerte y la pobreza.

—Una pobreza relativa, que es lo que es en realidad la pobreza a fin de cuentas. ¡Reconozco que ha trabajado de firme!

—Una parte de los datos me fueron facilitados por Mair, los demás los hemos tenido que desenterrar nosotros, aunque la policía de Londres nos ha echado una mano. He hablado con Wood Street. Al principio me figuraba que todo lo que hiciera referencia a la víctima era importante, pero ahora ya comienzo a pensar que todo el trabajo que nos hemos tomado ha sido una pérdida de tiempo.

—Es la única manera segura de trabajar. Si la víctima muere es porque es ella y nadie más que ella —dijo Dalgliesh.

—Cuando comprendes la vida, comprendes la muerte. ¿Recuerda que nos lo decía el viejo Blanco White? Me acuerdo de que siempre me estaba repitiendo lo mismo cuando yo era un aprendiz. ¿Y al final qué tienes? Pues todo un batiburrillo de hechos, como si vaciaras el contenido de una papelera. En realidad, no ayudan a conocer al personaje. En el caso de esta víctima lo que se ha encontrado es poco. Era de las que viajan con poco equipaje. En aquel *cottage* no había nada: ni diario, ni cartas… salvo la dirigida al abogado pidiéndole una entrevista para el próximo fin de semana y comunicándole que iba a casarse. Nos hemos entrevistado con él, por supuesto. No conoce el nombre del novio y, a lo que se ve, nadie sabe quién es, incluido Mair. No hemos encontrado otros papeles de importancia, salvo el testamento. Y este tampoco es nada de particular. Deja todo cuanto posee a Alex Mair, cosa que manifiesta con la escueta prosa legalista. Pero yo no veo a Alex Mair asesinándola para cobrar doce mil libras de una cuenta especial de reserva del Nat West y heredar un *cottage* prácticamente en ruinas y con un inquilino dentro. Aparte del testamento y de aquella carta, únicamente las acostumbradas notas del banco, facturas y una casa limpia hasta un extremo maníaco. Se diría que sabía que la iban a matar y que lo había puesto todo en orden. Dicho sea de paso, no hay signos de que la casa hubiera sido registrada. Si en la casa había algo que interesaba al asesino y rompió la ventana para conseguirlo, hay que decir que supo cubrir su rastro con gran eficacia.

—Si tuvo que romper la ventana para poder entrar, probablemente no fue Mair —dijo Dalgliesh—, porque Mair sabía que ella guardaba la llave en el guardapelo. Habría podido cogerla, servirse de ella y volverla a dejar en su sitio. Claro que también existiría un riesgo más de dejar pruebas en el lugar del crimen, aparte de que a algunos asesinos no les gusta volver al escenario de los hechos, mientras que otros, en cambio, se sienten impelidos a volver. Pero si Mair cogió la llave, tenía que volver

a dejarla en su sitio, cualquiera que fuera el riesgo, porque el guardapelo vacío habría demostrado palpablemente que él era el asesino.

—Cyril Alexander Mair —dijo Rickards—, pero ha prescindido del Cyril. Probablemente considera que *Sir* Alexander Mair suena mejor que *Sir* Cyril. ¿Qué tiene de malo Cyril? Mi abuelo se llamaba Cyril. Tengo un prejuicio contra los que no se sirven de sus verdaderos nombres. ¡Ah, dicho sea de paso, era su amante!

—¿Se lo ha dicho él?

—Bueno, me lo tuvo que decir, ¿comprende? Ellos eran muy discretos pero uno o dos jefes de la central debían de estar al corriente o, por lo menos, debían de sospecharlo. Él dice que habían terminado, que la cosa se había acabado de una manera natural y por consentimiento mutuo. Él tiene el proyecto de trasladarse a Londres y ella quería quedarse aquí. Bueno, ella tenía que quedarse a menos de renunciar a su puesto, y era una mujer que tenía una carrera por delante y ocupaba un puesto de responsabilidad. La versión que dio él fue que lo que sentían mutuamente uno por el otro no era lo bastante fuerte para sustentarse con encuentros ocasionales en los fines de semana. Son palabras suyas, no mías. Se diría que era una relación de conveniencia. Mientras estaban aquí él necesitaba una mujer y ella necesitaba un hombre. La mercancía tiene que estar a mano. Si está a ciento cincuenta kilómetros, no vale la pena desplazarse. Es como ir a comprar carne. Él iba a Londres y ella había decidido quedarse. Había que buscar otro carnicero.

Dalgliesh recordó que Rickards se había mostrado siempre ligeramente intransigente frente a la sexualidad. Habría sido difícil ejercer la profesión de policía sin tropezar con el adulterio y la fornicación bajo sus diferentes disfraces, aparte de otras manifestaciones más extrañas y horribles de la sexualidad humana junto a las cuales el adulterio y la fornicación tenían todo el aire de cosas normales. Pero esto no quería decir que las aprobase. Había hecho un juramento para ejercer su oficio y lo respetaba. Había hecho también unas promesas al casarse en la iglesia y no hay duda de que su intención era honrarlas. En un trabajo donde el horario irregular, la bebida, las manifestaciones de machismo entre camaradas y la accesibilidad de las mujeres policías hacían vulnerables los matrimonios, el suyo gozaba fama de solidez. Rickards era un hombre con demasiada experiencia y básicamente con demasiada honradez para permitirse abrigar prejuicios, pero en este aspecto por lo menos podía decirse que Mair había tenido mala suerte en la elección del detective destinado a aquel caso.

—La secretaria de Hilary Robarts, Katie Flack, acaba de despedirse —dijo Rickards—. En su opinión, el trabajo era muy duro, aparte de que tuvo una discusión con ella porque se consideró que la chica se excedía en la hora cuando iba a comer. Otra de las personas que también trabajaban con ella, Brian Taylor, admite que le resultaba imposible colaborar con la señorita Robarts y que había pedido que lo trasladasen. Se mostró muy franco al respecto. Aunque puede permitírselo porque estuvo en una tertulia para hombres solteros en Maid’s Head, en Norwich, y cuenta

como mínimo con diez testigos que pueden responder de sus actos de las ocho en adelante. La chica tampoco tiene motivos para preocuparse, porque se pasó la tarde con su familia delante del televisor.

—¿Solo con la familia? —preguntó Dalgliesh.

—No, afortunadamente para ella, fueron a verla unos vecinos antes de las nueve para hablar sobre vestidos porque tienen una hija que está a punto de casarse. Ella tiene que ser una de las damas de honor. Los vestidos eran de color amarillo limón con ramilletes de pequeños crisantemos blancos y amarillos. De muy buen gusto. Tenemos una descripción completa. Supongo que ella consideraba que reafirmaba la verosimilitud de la coartada. De todos modos, ninguno de los dos era sospechoso. En los tiempos que corren, si a uno no le gusta el jefe que tiene, coge los trastos y se larga. Por supuesto que tanto el uno como el otro estaban inquietos y un poco a la defensiva. Como si pensaran que la señorita Robarts se había hecho asesinar adrede solo para ponerlos en un brete. Ninguno de los dos disimuló ni hizo ver que la señorita Robarts era de su gusto. Sin embargo, en ese asesinato hay algo más fuerte que la antipatía, y lo que voy a decirle quizá le sorprenderá, señor Dalgliesh: la señorita Robarts no era una persona particularmente detestada por el personal veterano. Son gente que sienten respeto por la eficacia y ella era eficaz, aparte de que las responsabilidades de la señorita Robarts no se interferían con las de este sector del personal. A ella le correspondía la labor de procurar que la central estuviera bien administrada para que el personal científico y técnico pudiera hacer el trabajo con mayor eficacia. Y a lo que se ve, esto es lo que hacía. Contestaron mis preguntas sin grandes alharacas pero no se mostraron particularmente afables. En la central reina una especie de compañerismo. Supongo que cuando uno se convierte en blanco de los constantes ataques y críticas de todo el mundo, elabora un cierto tipo de cautela al tratar con la gente de fuera. Solo hubo una persona que dijera abiertamente que no la tragaba: Miles Lessingham. Presentó una coartada muy especial: dijo que había estado navegando con su bote desde las ocho cuarenta y cinco hasta las diez. No tenía ningún deseo de comer con ella, ni de beber con ella, ni de pasar el tiempo libre con ella, ni de irse a la cama con ella, pero dijo que esto le pasaba con muchas otras personas y que no por esto le daba por asesinarlas.

Hizo una breve pausa y después continuó:

—El doctor Mair le enseñó la central nuclear el viernes por la mañana, ¿no es verdad?

—¿Se lo dijo él? —preguntó Dalgliesh.

—El doctor Mair no me dijo nada que no me quisiera decir. No, esto salió cuando hablamos con una jovencita del personal, una chica que vive en el pueblo y que trabaja en el departamento de los archivos. Es una charlatana muy simpática, y le sacamos bastante. No sé si en el curso de la visita ocurrió alguna cosa que pueda ser digna de interés.

Resistiendo la tentación de contestar que si hubiera ocurrido algo de interés ya se lo habría dicho, replicó:

—Fue una visita interesantísima y el sitio es verdaderamente impresionante. El doctor Mair intentó explicarme la diferencia entre el reactor térmico y el nuevo reactor de agua a presión. La mayor parte de lo que me dijo fue de carácter técnico, salvo un momento en que habló de poesía. Miles Lessingham me mostró la máquina del combustible desde la cual Toby Gledhill se echó en brazos de la muerte. Pensé por un momento que el suicidio de Gledhill podría tener algo que ver con el caso que nos ocupa, pero no sabría decir por qué. Era evidente que había provocado un gran disgusto a Lessingham y no solo por haberlo presenciado. En el curso de la reunión en casa del doctor Mair se cruzaron unas frases un tanto crípticas entre él y Hilary Robarts.

Rickards inclinó el cuerpo hacia adelante mientras su enorme manaza arropaba el vaso de *whisky*. Sin levantar los ojos, dijo:

—La cena en casa de Mair. Yo diría que aquella reunión tan íntima… suponiendo que lo fuera… constituye el meollo del asunto. Y hay una cosa que me gustaría preguntarle y precisamente por esto estoy aquí. ¿Qué parte de la descripción del asesinato de la última víctima del Silbador llegó a oídos de esa niña… de Theresa Blaney?

Era la pregunta que Dalgliesh estaba esperando y lo que más le sorprendía era el tiempo que había tardado Rickards en formularla.

—Es indudable que oyó alguna cosa. Usted lo sabe porque ya se lo dije —dijo Dalgliesh sopesando sus palabras—. Pero no podría decir cuánto rato llevaba detrás de la puerta del comedor cuando me di cuenta de su presencia ni qué parte de la conversación escuchó.

—¿Recuerda usted a qué punto de la descripción había llegado Lessingham en el momento en que usted vio a Theresa?

—No estoy muy seguro, pero me parece que estaba hablando del cadáver y de lo que había visto exactamente cuando lo iluminó con la linterna.

—¿Así que podía haber oído lo de los cortes en la frente y lo del vello púbico?

—Pero ¿cree usted que habría hablado de esto con su padre? Su madre era católica y muy devota y, aunque no conozco mucho a la niña, me parece que es muy recatada. ¿Cree usted que una niña que ha sido criada en este ambiente y recatada como ella diría una cosa así a otra persona, aunque fuera su padre?

—¿Criada en este ambiente? ¿Recatada? Usted lleva sesenta años de retraso. Vaya media hora a escuchar las conversaciones de los escolares en el patio de un colegio y se le pondrán los pelos de punta. Hoy día los niños dicen lo que sea a quien les da la gana.

—Esa niña no.

—Está bien, a lo mejor le comentó a su padre lo de la L en la frente y él dedujo lo del vello. Todo el mundo estaba convencido de que los asesinatos del Silbador tenían

alguna connotación sexual. No las violaba, pero se regodeaba de otra manera. No hay que ser un Krafft… ¿cómo se llama?

—Krafft-Ebing.

—Parece una marca de queso. No hay que ser un Krafft-Ebing, ni tampoco un pervertido sexual para adivinar qué tipo de pelo utilizaba el Silbador.

—Pero esto es importante —dijo Dalgliesh— si usted cataloga a Blaney como sospechoso principal, ¿no le parece? ¿Cree que Blaney o cualquier otra persona habría matado de esta manera si no estuviera absolutamente seguro del método empleado por el Silbador? De este modo, si se atenía a todos los detalles, podía colgarle el crimen. Si no puede demostrar que Theresa informó a su padre acerca de lo del pelo y del corte en forma de L, su tesis queda muy desvirtuada, en el supuesto de que se tenga en pie. Además, creo que Oliphant dijo que Blaney tenía una coartada, en primer lugar porque la señorita Mair dijo que a las nueve y cuarenta y cinco estaba en su casa totalmente borracho y, en segundo lugar, por la declaración de su propia hija. ¿No dijo la niña que ella se había acostado a las ocho y cuarto de la noche y que antes de las nueve había bajado a tomar un vaso de agua?

—Sí, eso es lo que dijo la niña, señor Dalgliesh, pero de una cosa estoy seguro, es decir, que ratificaría cualquier cosa que dijera su padre. Aparte de que encuentro que la cronología es demasiado exacta. Robarts se muere a las nueve y veinte o cerca de esa hora. Theresa Blaney se va a la cama a las ocho y cuarto y resulta que cuarenta y cinco minutos más tarde necesita tomar un oportunísimo vaso de agua. Me gustaría que la hubiera visto y que hubiera visto la casa. Pero ¿qué digo? Si usted ya la ha visto… Me acompañaron dos agentes femeninas que la trataron con tanto cariño como si fuera su hija, aunque la verdad es que la niña no lo necesitaba en absoluto. Nos sentamos alrededor del fuego formando un círculo y Theresa tenía al pequeño sentado en su regazo. ¿Ha interrogado alguna vez a una niña para ver de averiguar si su padre es un asesino mientras ella permanece sentada delante de ti, contemplándote con ojos cargados de reproche, con un bebé en brazos? Sugerí que una de las agentes sostuviera al pequeño durante el interrogatorio, pero así que intentó cogerlo en brazos el niño se puso a gritar como un energúmeno. Tampoco se dejó coger por su padre. Se diría que entre el niño y Theresa existe una especie de comunión. Ryan Blaney estuvo presente durante todo el interrogatorio. No se puede interrogar a un menor sin que sus padres estén presentes, si ellos lo quieren así. ¡Santo Dios!, espero que cuando tenga que detener al autor de este asesinato, y esta vez le aseguro, señor Dalgliesh, que pienso detenerlo, no tenga que ser Ryan Blaney, porque la verdad es que estos niños ya perdieron bastante al perder a su madre. Lo que ocurre es que el padre tiene una motivación muy fuerte y, además, odiaba a Hilary Robarts. Era un odio que no podía disimular, es más, que tampoco quería disimular. Y no solo está la cosa de que ella quería echarlo de Scudder’s Cottage, sino que todo esto tiene raíces más profundas. De hecho, desconozco el desencadenante y sé que quizá tenga que ver con su mujer, pero acabaré por descubrirlo. Al final el hombre dejó a los niños en la casa y nos

acompañó hasta el coche. Lo último que nos dijo fue: «Era un mal bicho y estoy contento de que esté muerta, pero yo no la maté y usted no puede demostrar que yo la haya matado». Conozco las objeciones. Jago dice que telefoneó a las siete y media para comunicar a Blaney que el Silbador estaba muerto. Habló con Theresa y ella afirma habérselo dicho a su padre. No tenía por qué no decírselo y damos por sentado que se lo dijo. El hombre no habría dejado solos a los niños en el *cottage* si hubiera pensado que el Silbador estaba vivo y que merodeaba por los alrededores. Ningún padre responsable los hubiera dejado solos y la verdad es que Blaney es un padre responsable. En este sentido contamos con el testimonio de las autoridades locales, que enviaron a una asistenta social no hace ni quince días para comprobar que en aquella casa todo funcionaba como es debido. ¿Sabe usted quién se encargó de que se hiciera esa visita? Desde luego que es algo realmente sorprendente. Nada menos que la señorita Robarts.

—¿Qué razones alegó para que se hiciera la visita?

—Ninguna. La excusa fue que de cuando en cuando tenía que hacer una visita a la casa para tratar de las reparaciones y de cosas por el estilo, que estaba preocupada por la carga de responsabilidad que pesaba sobre las espaldas de Blaney y que había pensado que no le vendría mal un poco de ayuda. Dijo que había visto a Theresa cargada con enormes fardos llevando a rastras a las gemelas camino de casa y que a veces la había visto en horas en que habría debido estar en la escuela. Fue ella la que telefoneó a las autoridades locales para solicitar que enviaran a una asistenta social. Esta informó de que, a juzgar por las apariencias, las cosas iban todo lo bien que podían ir. Las gemelas frecuentaban un grupo de juegos y ella se ofreció a proporcionar una ayuda para los trabajos de casa, pero Blaney no se mostró nada accesible ni cooperador. No vaya a creer que no lo compadezco. No quisiera estar en su piel.

—¿Sabe Blaney que fue Hilary Robarts la que promovió la visita?

—Las autoridades locales no dijeron quién los había enviado y no creo que él tuviera forma de averiguarlo. Pero en el caso de que Blaney lo hubiera sabido, esto no haría sino reforzar sus motivaciones, ¿no le parece? La visita habría podido convertirse en la gota que colma el vaso.

—Pero ¿la habría matado de aquella manera? Lógicamente, el saber que el Silbador estaba muerto desvirtúa el método empleado.

—No necesariamente, señor Dalgliesh. Supongamos que se trata de un doble engaño, supongamos que él se dijera: «Yo puedo demostrar que sabía que el Silbador estaba muerto. La persona que mató al Silbador no lo sabía. ¿Por qué no buscan entonces a una persona que no supiera que había sido encontrado el cuerpo del Silbador?». E incluso hay otra posibilidad, señor Dalgliesh. Suponga que él sabía que el Silbador estaba muerto, pero se figuraba que la muerte era muy reciente. Pregunté a Theresa qué le había dicho exactamente George Jago. La niña lo recordaba con toda exactitud, aparte de que Jago lo confirmó. Parece que le dijo: «Dile a tu padre que el

Silbador está muerto. Se ha suicidado. Acaban de encontrar su cadáver en Easthaven». Pero no dijo nada acerca del hotel ni tampoco de cuándo se había instalado el Silbador en el mismo, porque Jago no sabía una palabra de estos detalles. Se había enterado de la noticia a través de su amigo del Crown and Anchor y la noticia estaba mutilada adrede, por lo que Blaney podía figurarse que habían encontrado el cadáver en plena carretera, a cinco millas de distancia siguiendo la costa, lo que quiere decir que estaba en situación de matar con entera impunidad puesto que todo el mundo, incluida la policía, se figuraría que el Silbador había asesinado a su última víctima y después se había quitado la vida. ¿No se da cuenta, señor Dalgliesh, de que la cosa queda redonda?

Dalgliesh pensó para sus adentros que la cosa quedaba más redonda que convincente.

—Así pues, usted da por sentado que la destrucción del retrato no está directamente relacionada con el crimen —dijo Dalgliesh—. No puedo imaginarme a Blaney destruyendo una obra suya.

—¿Por qué no? A juzgar por la pintura, no es nada del otro mundo.

—Yo diría que para él sí lo era.

—El cuadro es una especie de rompecabezas, se lo garantizo. Y además hay otro problema. Antes de que Hilary se fuera a nadar estuvo tomando una copa con otra persona, una persona que ella dejó en el *cottage*, una persona que ella conocía. En el fregadero había dos vasos y esto, en mi pueblo, significa dos personas que han bebido en ellos. Hilary Robarts no habría invitado a Blaney a Thyme Cottage y, en el caso de que este hubiera aparecido por la casa, dudo que lo hubiera invitado a entrar siquiera, tanto si estaba borracho como sobrio.

—Sin embargo, si hay que hacer caso a la señorita Mair —dijo Dalgliesh—, su tesis contra Blaney se viene abajo. La señorita Mair asegura que vio a Blaney en Scudder’s Cottage a las nueve y cuarenta y cinco o muy poco después y entonces estaba medio borracho. De acuerdo, podía estar fingiendo, no cuesta tanto fingir una borrachera, pero lo que ya es imposible es que matara a Hilary Robarts aproximadamente a las nueve y veinte y que estuviera en su casa a las nueve y cuarenta y cinco, a no ser haciendo el recorrido en coche o en una furgoneta, vehículos de los que carece.

—¿Por qué no en bicicleta? —dijo Rickards.

—Habría tenido que pedalear de firme, porque sabemos que Hilary Robarts murió después de tomar el baño, no antes, y yo mismo pude comprobar que tenía las raíces del pelo mojadas cuando encontré el cadáver. Lo que quiere decir que lo más seguro es que haya que situar el momento de la muerte entre las nueve y cuarto y las nueve y media. No habría podido ir y volver en bicicleta por la orilla porque había marea alta, ni tampoco pasar por la zona de guijarros porque todavía habría sido más difícil que circular por la carretera. Solo hay una parte de la orilla donde hay una extensión de arena con marea alta y es la pequeña cala donde nadaba Hilary Robarts. Si hubiera

pasado por la carretera, la señorita Mair lo habría visto. La señorita Mair le ha proporcionado una coartada que a mí me parece que no le va a ser posible destruir.

—En cambio, él no le ha proporcionado coartada a ella —dijo Rickards—. La versión que ella da es que estuvo sola en Martyr's Cottage hasta las nueve treinta, hora en que salió para ir a recoger el retrato. Ella y la otra señora, la que se ocupa de las labores de la casa en la vieja rectoría, la señora Dennison, son las únicas personas que asistieron a la cena de Mair que no tienen coartada. En el caso de la señorita Mair, tiene como motivo para no intentar encontrarla el hecho de que Hilary Robarts era la amante de su hermano. Sé que él dice que todo había terminado entre ellos, pero solo tenemos su palabra para creérnoslo. Supongamos que hubieran planeado casarse cuando él tuviera que ir a Londres. La señorita Mair ha dedicado toda su vida a su hermano, no se ha casado, no tiene ninguna válvula de escape para sus emociones. ¿Por qué había de ceder el puesto a otra mujer justo en el momento en que Mair está a punto de coronar sus ambiciones?

Dalgliesh pensó que aquella explicación era excesivamente fácil, ya que él consideraba aquella relación, pese a lo poco que había visto de ella, bastante más complicada.

—La señorita Mair es una escritora de éxito —dijo Dalgliesh— y quiero pensar que el éxito ofrece una forma de realización personal suponiendo que la necesitara. A mí me da la impresión de una mujer de una gran personalidad.

—Creía que escribía libros de cocina. ¿A eso le llama usted ser una escritora de éxito?

—Los libros de Alice Mair gozan de gran estima y son extraordinariamente lucrativos. Compartimos el mismo editor y puedo asegurarle que si él tuviera que elegir entre nosotros dos, probablemente preferiría perderme a mí.

—¿Así que usted piensa que el casamiento de su hermano supondría para ella un alivio, que le sacaría responsabilidades de encima, que el hecho de que otra mujer se ocupase de él y cocinase para él supondría un descanso para ella?

—¿Y por qué ha de necesitar Alex Mair una mujer que se ocupe de él? Es peligroso montar teorías acerca de la gente y de sus emociones, porque yo no sé si ella siente una responsabilidad tan doméstica y maternal como esta ni si él la necesita.

—¿Cómo ve entonces la relación entre los dos? Después de todo, viven juntos casi constantemente y parece que todo el mundo considera que la hermana siente un gran afecto por él.

—Suponiendo que pueda decirse que viven juntos, no vivirían juntos si no sintieran un mutuo afecto. De todas maneras, tengo entendido que ella sale de viaje con frecuencia con el fin de preparar sus libros y que él tiene un piso en Londres. ¿Cómo puede opinar acerca de la relación que existe entre los dos una persona que solo los ha visto juntos una vez desde el otro lado de una mesa? A mí me dio la impresión de que entre los dos existía afecto, confianza, respeto mutuo. Pregúnteles a ellos.

—¿No puede ser que ella se sintiera celosa? ¿De él o de su amante?

—Si se siente celosa, lo disimula muy bien.

—Está bien, señor Dalgliesh, analicemos otra versión. Supongamos que él estaba cansado de Hilary Robarts, supongamos que ella lo presionaba para que se casara con ella, que ella aspiraba a dejar su trabajo y a trasladarse con él a Londres. Supongamos que se hubiera convertido en un engorro. ¿Acaso esto no sería motivo para que interviniese Alice Mair?

—¿Hasta el punto de concebir un asesinato singularmente ingenioso para librar a su hermano de un problema temporal? ¿No sería llevar la devoción fraterna a extremos muy poco razonables?

—Lo que pasa es que esas mujeres tan osadas no son problemas temporales, ¿no cree? Piense un momento. ¿Cuántos hombres conoce que se hayan visto obligados a contraer un matrimonio que no deseaban por la sola razón de que la voluntad de la mujer era más fuerte que la suya? ¿O porque se veían incapaces de soportar sus protestas, lágrimas y recriminaciones, la extorsión a la que se veían sometidos?

—Hilary Robarts no podía someterlo a extorsión —dijo Dalgliesh—, porque ninguno de los dos estaba casado. Ni engañaban a nadie, ni eran causantes de escándalo público. No creo que nadie, sea hombre o mujer, pueda coaccionar a Alex Mair obligándole a hacer algo que él no quiera hacer. Sé que es peligroso hacer suposiciones gratuitas y esto es lo que estamos haciendo aquí desde hace cinco minutos. A mí Alex Mair me parece un hombre que vive su vida como se le antoja y que siempre ha actuado de la misma manera.

—Y que, por tanto, podría soliviantarse si alguien tratara de imponerle su voluntad.

—¿Así que ahora el asesino es él?

—No, de momento es un sospechoso con muchos números.

—¿Y qué me dice de la pareja que vive en la caravana? —preguntó Dalgliesh—. ¿Hay pruebas de que estuvieran al corriente de los métodos del Silbador?

—Ninguna, que yo sepa, pero ¿qué seguridad podemos tener? El hombre, Neil Pascoe, va de un lado a otro con su furgoneta, frecuenta los bares de la localidad. Pudo oír alguna cosa. No todos los policías involucrados en el caso han sido necesariamente discretos. Hemos conseguido que los periódicos no publicaran los detalles, pero esto no quiere decir que la gente no hable. Él tiene coartada, pero bastante mala. Estuvo con la furgoneta en el sur de Norwich para ver a un tipo que le había escrito porque estaba interesado en PANUP, la organización antinuclear que él dirige. A lo que parece, esto le había hecho concebir esperanzas de constituir un grupo. Envié a un par de agentes para que se entrevistaran con el tipo y, según él, estuvo con esa persona hasta poco después de las ocho, hora en que regresó a su casa… o por lo menos dijo que volvía a su casa. La chica que vive con él, Amy Camm, dice que volvió a la caravana a las nueve y que estuvieron juntos todo el resto de la noche. A mí me parece que volvió un poco más tarde. Habría tenido que forzar

mucho la furgoneta para hacer el trayecto entre Norwich y Larksoken en solo una hora. Por otra parte, tiene un motivo, y uno de los más sólidos: si Hilary Robarts hubiera seguido adelante con la demanda judicial por difamación lo habría dejado en la ruina. A la chica le interesa corroborar la coartada, porque está muy bien instalada en la caravana y tiene que cuidar de su hijo pequeño. Otra cosa además, señor Dalgliesh, en otro tiempo tuvieron un perro y todavía tienen colgada la correa en el interior de la puerta.

—Cree que si cualquiera de los dos hubiera estrangulado con ella a Hilary Robarts, ¿seguirían teniéndola allí colgada?

—La gente puede haberla visto y ellos pensar que es más sospechoso destruirla o esconderla que dejarla allí colgada. Nos la llevamos, por supuesto, pero no fue más que una formalidad, porque la piel de Hilary Robarts estaba incólume. No había huellas físicas. Y si buscamos huellas en la correa encontraremos las de él y las de ella. Como es lógico suponer, iremos comprobando una por una las coartadas de todos los malditos empleados de la central… más de quinientos. Parece increíble, ¿verdad? Uno va a esa central y no ve ni un alma, porque todo el mundo se mueve por allí tan invisible como la energía que genera la central. La mayoría viven en Cromer o en Norwich, porque parece que quieren estar cerca de las escuelas y de las tiendas. Solo un puñado vive cerca de la central. La mayor parte de los que hicieron el turno del domingo estaban en su casa antes de las nueve, contemplando virtuosamente la tele, o habían salido con amigos. Haremos las correspondientes comprobaciones para averiguar si tenían o no alguna relación de trabajo con la señorita Robarts. Sin embargo, no es más que una formalidad. Y sé dónde hay que buscar a los sospechosos: son los invitados de aquella cena. Gracias al bocazas de Lessingham, se enteraron de dos hechos básicos: que el pelo que les metía en la boca era vello del pubis y que la señal que dejaba en la frente era una L. Esto reduce considerablemente el campo: Alex Mair, Alice Mair, Margaret Dennison, el propio Lessingham y, en el supuesto de que Theresa Blaney hubiese contado la conversación a su padre, se podría añadir a Blaney. Perfectamente, es posible que no consiga destruir su coartada… la de Blaney o la de Mair… pero le aseguro que no será por falta de ganas.

Diez minutos más tarde Rickards se ponía de pie y anunciaba que se iba a su casa. Dalgliesh lo acompañó hasta el coche. Las nubes estaban muy bajas y tanto la tierra como el cielo estaban envueltos en una aniquiladora oscuridad en medio de la cual el frío resplandor de la central nuclear parecía aproximarla, mientras suspendida sobre el mar había una luminosidad azul celeste que la asemejaba a una recién descubierta Vía Láctea. Hasta el contacto de los zapatos con el suelo era desorientador, tal era la oscuridad, y los dos hombres estuvieron unos segundos vacilantes como si los diez metros que los separaban del coche, que fulguraba como una nave espacial suspendida en el aire al incidir en él la luz que salía por la puerta abierta de la casa, fueran una odisea por terrenos etéreos y erizados de peligros. Sobre ellos, las aspas

del molino los deslumbraban con su blancura, su silencio y todo el poder de su fuerza latente. Por un momento Dalgliesh tuvo la ilusión de que comenzarían a girar lentamente.

—Aquí todo son contrastes —dijo Rickards—. Esta mañana, cuando he salido de la caravana de Pascoe, me he quedado un momento en aquellos riscos bajos y arenosos y he contemplado la vista en dirección sur. No se veía nada, salvo una barca de pesca, una cuerda arrollada, una caja boca arriba, ese mar espantoso. Igual que hace mil años. Después me he vuelto hacia el norte y he visto la maldita central nuclear. Ahí la tiene, rutilante de luces. Ahora puedo contemplarla bajo la sombra del molino. A propósito, ¿funciona? Me refiero al molino.

—Me aseguraron que sí —dijo Dalgliesh—, las aspas giran, pero no muele. Las muelas originales están en la parte baja. De cuando en cuando me entran deseos de ver girar lentamente las aspas, pero resisto la tentación. No estoy del todo seguro de poder pararlas si se pusieran a girar y seguramente me atacaría los nervios oírlas toda la noche sin parar.

Ya estaban junto al coche, pero Rickards, con una mano en la puerta, parecía resistirse a entrar. Al fin dijo:

—Hemos recorrido un largo camino desde el molino a la central nuclear, ¿no le parece? Cuatro millas de costa y trescientos años de progreso. Pero cuando pienso en los dos cadáveres del depósito me pregunto si de veras hemos progresado. Mi padre ahora habría dicho algo sobre el pecado original, porque era una especie de predicador laico. Era un hombre que se las sabía todas.

Dalgliesh pensó que el suyo también era de esos.

—¡Qué feliz era! —dijo.

Hubo un momento de silencio que rompió el teléfono, cuyo sonido estridente escapó por la puerta abierta.

—Mejor que espere un momento, porque a lo mejor es para usted —dijo Dalgliesh.

Efectivamente, era para él. La voz de Oliphant preguntó si estaba el inspector Rickards. Había llamado a su casa y no lo había encontrado y el número de Dalgliesh era uno de los que había dejado.

La llamada fue breve. No había pasado medio minuto y ya Rickards volvía a estar a su lado junto a la puerta abierta. Se había desvanecido aquella ligera melancolía de los últimos minutos y ahora caminaba con gran vigor.

—Podía haber esperado hasta mañana, pero Oliphant quería que lo supiera. Puede ser la brecha de penetración que esperábamos encontrar. Han llamado del laboratorio… parece que han trabajado con gran diligencia… Supongo que Oliphant le dijo que encontramos la huella de un zapato.

—Sí, lo mencionó. Al lado derecho del camino de arena. Pero no me dio más detalles.

Dalgliesh, por el puntillo de no querer hablar del caso con un agente joven en ausencia de Rickards, no había hecho ninguna pregunta.

—Acabamos de tener confirmación. Se trata de la suela de una zapatilla marca Bumble y corresponde al pie derecho. Es del número diez. Parece que el dibujo de la suela es peculiar de la marca, y además las zapatillas llevan una abeja amarilla en cada tacón. Seguro que las conoce.

Viendo que Dalgliesh no hacía ningún comentario, dijo:

—Por el amor de Dios, señor Dalgliesh, no me salga ahora con que tiene usted un par. Sería una complicación de la que prefiero pasarme.

—No, no tengo ningún par. Demasiado modernas para mí. Pero hace muy poco tiempo que he visto unas zapatillas de esas, aquí, en la zona costera.

—¿En los pies de quién?

—En los pies de nadie.

Se quedó reflexionando y después dijo:

—Ahora lo recuerdo. Fue el miércoles por la mañana, al día siguiente de mi llegada. Recogí algunas prendas de ropa de mi tía, entre ellas un par de zapatos, y las llevé a la vieja rectoría para la venta de ropa usada que preparan. Tienen un par de cofres en una especie de vieja despensa donde la gente puede dejar las cosas que no le hacen falta. Como la puerta trasera estaba abierta, tal como suele estar habitualmente durante el día, no me molesté en llamar. Entre los zapatos del cofre había un par de Bumbles. O, para ser más exacto, lo que vi fue el talón de zapatillla. Supongo que el otro también estaría por allí, pero solo vi uno.

—¿Estaba en la parte de arriba del cofre?

—No, a un tercio de su altura. Me parece que estaban metidas en una bolsa de plástico transparente pero, como le digo, no vi el par sino solo el talón de una zapatilla con su inconfundible abeja amarilla. Es posible que fueran las de Toby Gledhill, porque Lessingham dijo que, cuando se suicidó, llevaba unas zapatillas Bumble.

—¿Y usted dejó las zapatillas allí? ¿Se da cuenta de la importancia de lo que está diciendo, señor Dalgliesh?

—Sí, me doy cuenta de la importancia de lo que estoy diciendo y le contesto que sí, que dejé allí la zapatilla, porque yo iba a dar cosas, no a robarlas.

—Si había un par de zapatillas, y el sentido común nos dice que tenía que haber un par, cualquiera se las puede haber llevado —dijo Rickards—. Y si ya no están en el cofre, deberemos creer que así ha ocurrido.

Echando una ojeada a la esfera luminosa de su reloj, dijo:

—Las doce menos cuarto. ¿A qué hora supone que se acuesta la señora Dennison?

—Supongo que bastante más temprano —dijo Dalgliesh con firmeza—. Y no se mete en cama sin correr el cerrojo de la puerta trasera, lo que quiere decir que, si alguien se las ha llevado y siguen faltando, no las devolverá esta noche.

Habían llegado al coche. Rickards, con la mano en la puerta, no contestó, pero se quedó contemplando la zona costera, como sumido en sus pensamientos. La excitación que sentía, cuidadosamente reprimida y no expresada con palabras, era tan palpable como si se hubiera puesto a dar puñetazos sobre la capota del coche. Lo abrió con el llavín y se coló dentro. La luz de los faros hendió la oscuridad igual que un par de reflectores.

Cuando ya bajaba el vidrio de la ventana para dar las buenas noches a Dalgliesh, este dijo:

—Hay algo que quizá debería decirle con respecto a Meg Dennison. No sé si lo recordará, pero era la maestra de aquella escuela de Londres donde hubo todo aquel alboroto por cuestiones raciales. Supongo que ya ha pasado por todos los interrogatorios que es capaz de soportar, lo que significa que la entrevista puede no ser fácil para ella.

Lo había pensado antes de hablar, por temor a equivocarse, pero se había equivocado. Pese a que había procurado expresarse con las frases justas, había puesto en marcha aquel antagonismo latente del que tenía conciencia siempre que hablaba con Rickards.

—¿Qué quiere usted decir, señor Dalgliesh, con eso de que la entrevista puede no ser fácil para ella? —dijo Rickards—. He hablado con la señora y sé algunas cosas acerca de su pasado. Hay que tener mucho valor para luchar por los propios principios como ella hizo. Quizás haya quien diga que es obstinación, pero una mujer que es capaz de hacer lo que ella hizo tiene redaños para cualquier cosa, ¿no cree?

Capítulo 4

Dalgliesh contempló las luces del coche hasta que Rickards llegó a la carretera de la costa y giró a la derecha, después cerró la puerta y se puso a ordenar rápidamente las cosas antes de acostarse. Mientras pasaba revista a la velada que había pasado con Rickards, reconoció que se había mostrado reacio a hablar extensamente con él de su visita a la central nuclear de Larksoken el viernes por la mañana y bastante reservado en lo tocante a comentarle sus reacciones, quizá porque habían sido más complejas de lo que él mismo suponía y el lugar más impresionante de lo que esperaba. Le habían dicho que llegara a las nueve menos cuarto, puesto que Mair quería acompañarlo personalmente y aquel día se vería obligado a salir pronto para asistir a una comida en Londres. Al iniciarse la visita, le había preguntado:

—¿Qué sabe de energía nuclear?

—Muy poco; quizá sería más prudente decir que no sé nada en absoluto.

—En tal caso mejor será empezar con el preámbulo habitual sobre las fuentes de radiación y lo que se entiende por energía nuclear, electricidad nuclear y energía atómica, antes de que iniciemos el paseo por las instalaciones. He pedido a Miles Lessingham, inspector de operaciones, que nos acompañe.

Fue el comienzo de dos horas extraordinarias. Dalgliesh, escoltado por sus dos mentores, se vistió con ropas protectoras, después se las sacó, fue sometido a la prueba de la radiactividad y recibió una avalancha casi constante de hechos y cifras. Pese a que era un extraño, pudo darse cuenta de que la central estaba manejada con extraordinaria eficiencia y serenamente controlada por personas competentes y autorizadas, que eran autoridades en la materia. Alex Mair, que revelaba de manera ostensible que era consciente de que acompañaba a un visitante distinguido, participó en todo, lo supervisó todo y se mostró atento en todo momento. En cuanto al personal que Dalgliesh conoció, lo dejó impresionado por su dedicación y porque todos supieron explicarle, con gran alarde de paciencia, en qué consistían sus respectivos trabajos en términos que un lego en la materia, pero persona inteligente, pudiera comprender. Por debajo de su profesionalismo Dalgliesh advirtió un compromiso con la energía nuclear que en ciertos casos rozaba el entusiasmo, aunque combinado con una actitud defensiva, probablemente natural dada la ambivalencia del público en relación con la energía nuclear. Cuando uno de los ingenieros dijo: «Es una tecnología peligrosa, pero la necesitamos y estamos en condiciones de dominarla», Dalgliesh advirtió no una arrogancia fruto de la seguridad científica, sino una reverencia ante aquel elemento que manejaban que se parecía mucho a aquella relación de amor y odio que tiene el marinero con el mar, a la vez respetado enemigo y hábitat natural. Si la visita estaba concebida para tranquilizar el ánimo, conseguía su propósito hasta cierto punto porque, si el poder nuclear podía ser seguro en según qué manos, tenía que serlo en estas. Pero ¿seguro hasta dónde?, ¿seguro durante cuánto tiempo?

Había estado en la gran sala de la turbina, donde los oídos le habían vibrado, mientras Mair le mostraba el funcionamiento y le presentaba cifras sobre presiones, voltajes y poder de ruptura; había permanecido con ropas protectoras en un lugar donde había podido ver los elementos exhaustos, igual que peces siniestros sumergidos en agua en el estanque de refrigeración del combustible, donde debían permanecer cien días para ser despachados después a Windscale y ser reelaborados; se había acercado a la orilla del mar para ver la instalación de agua refrigerante y los condensadores, pero la parte más interesante de la visita había sido el edificio del reactor. Mair, reclamado por el zumbido del comunicador, lo había dejado un momento con Lessingham. Se habían quedado en un pasillo situado a una cierta altura desde el cual se veían los dos negros pisos de carga de los dos reactores. A un lado del reactor había una de las dos inmensas máquinas de combustible. Acordándose de Toby Gledhill, Dalgliesh dirigió una mirada a su compañero. Este estaba tan pálido y tenso que Dalgliesh temió que fuera a desmayarse, pero se puso a hablar igual que un autómata, como si recitara una lección aprendida de memoria.

—Hay 26.488 elementos combustibles en cada reactor y son cargados por la maquinaria de combustible durante un período comprendido entre cinco y diez años. Cada una de las máquinas de combustible tiene aproximadamente siete metros de altura y pesa ciento quince toneladas. Puede alojar catorce elementos combustibles al igual que los demás componentes necesarios para el ciclo de reaprovisionamiento. El recipiente de la presión está perfectamente protegido con hierro fundido y madera densificada. Lo que usted ve montado en la parte superior de la máquina es el montacargas utilizado para elevar los elementos combustibles. También hay una unidad conectora que acopla la máquina al reactor y una cámara de televisión que permite ver las operaciones que se realizan más arriba del depósito.

Se había callado y, al mirarlo, Dalgliesh vio que agarraba fuertemente la barandilla con las manos y que estas temblaban. Ninguno de los dos dijo nada. Aquel estado espasmódico duró menos de diez segundos, después de los cuales Lessingham dijo:

—El estado de conmoción es un fenómeno muy extraño. Durante varias semanas después del hecho estuve soñando que veía caer a Toby. Después el sueño cesó de repente. Me figuraba que ya era capaz de mirar el piso de carga del reactor sin que apareciera aquella imagen en mis pensamientos. La mayor parte de las veces no me ocurre nada. Después de todo, trabajo aquí y este es mi sitio. Pero de vez en cuando el sueño se repite y a veces, como ahora, lo veo allí tendido con tanta claridad que casi me parece una alucinación.

Dalgliesh pensó que todo cuanto habría podido decirle habría resultado terriblemente banal.

—Lo primero que hice fue acudir a su lado —prosiguió Lessingham—. Estaba tendido boca abajo, pero no pude darle la vuelta, me era imposible tocarlo. Pese a todo, no era necesario, porque sabía que estaba muerto. Parecía muy pequeño, como

descoyuntado, igual que un muñeco de trapo. La única cosa que se me quedó clavada fueron aquellos ridículos símbolos de la abeja amarilla en los tacones de sus zapatillas. ¡Cristo, quisiera librarme de esas malditas zapatillas!

Gledhill, pues, no llevaba indumentaria protectora y el impulso de suicidarse no había sido enteramente espontáneo.

—Debía de ser un buen escalador —dijo Dalgliesh.

—¡Ni que lo diga! Escalaba como el mejor. Y este era el más insignificante de sus dones.

Después, sin un cambio perceptible en la voz, prosiguió con la descripción del reactor y el procedimiento de cargar con nuevo combustible el núcleo del reactor. Cinco minutos más tarde, Mair se reunió con ellos. De vuelta a su despacho, al final de la visita, le había preguntado súbitamente:

—¿Ha oído hablar de Richard Feynman?

—¿El físico americano? Hace unos meses que vi un programa de televisión acerca de él. De no ser por esto, sería para mí un completo desconocido.

—Feynman dijo: «Mucho más maravillosa es la verdad que cualquiera de las que pudo imaginar ningún artista del pasado. ¿Por qué no hablan de ella los poetas del presente?». Usted es un poeta, ¿no le interesa este lugar, la fuerza que genera, la belleza de la técnica, su absoluta magnificencia? A usted o a otro poeta cualquiera.

—El hecho de que me interese no quiere decir que vaya a dedicarle un poema.

—No, ya entiendo. Usted bebe en temas más predecibles, ¿verdad? ¿Cómo dicen aquellos versos?…

»El veinte por ciento a Dios y a sus santos.

»Otro veinte por ciento a la naturaleza y a sus representantes.

»Y todo lo demás consagrado a los lamentos.

»De jóvenes perseguidos por mujerzuelas o perseguidores de ellas».

—El porcentaje destinado a Dios y a sus santos es bajo —dijo Dalgliesh—, pero estoy de acuerdo en que las mujerzuelas se llevan una buena tajada.

—Y aquel pobre diablo, el Silbador de Norfolk, seguramente tampoco es un objeto poético, ¿verdad?

—Es humano, y por ello materia apta para la poesía.

—Aunque no un tema que usted elegiría para crearla.

Dalgliesh habría podido contestar que el poeta no elige nunca, sino que es elegido. Sin embargo, una de las razones que lo habían inducido a escapar a Norfolk había sido la de evitar discutir de poesía y, aunque a veces disfrutaba hablando de sus escritos, no sería el caso con Alex Mair. Le sorprendió ver lo poco que le habían ofendido las preguntas. Era difícil que le gustase el hombre, pero imposible que no lo respetase. En el caso de que hubiera asesinado a Hilary Robarts, Rickards se enfrentaba con un formidable oponente.

Mientras rastrillaba las últimas brasas de la chimenea volvió a acordarse con meridiana claridad de aquel momento en que, junto a Lessingham, había contemplado

el oscuro piso de carga del reactor, situado más abajo, que aquel poder misterioso y pujante hacía trabajar de manera silenciosa y constante, y también hubo de preguntarse cuánto tiempo tardaría Rickards en decirse por qué demonios el asesino había escogido precisamente aquella marca de zapatillas.

Capítulo 5

Rickards sabía que Dalgliesh tenía razón: habría sido una imperdonable intromisión hacer una visita a la señora Dennison a una hora tan intempestiva, pese a lo cual no pudo resistirse y aminoró la marcha al pasar por delante de la vieja rectoría y echó una ojeada para ver si se veía algún signo de vida. No lo había, la casa estaba oscura y silenciosa detrás de los arbustos azotados por el viento. Al entrar en su casa, también a oscuras, Rickards sintió un repentino y agobiante cansancio. Sin embargo, todavía tenía que revisar algunos papeles antes de meterse en la cama, entre ellos su propio informe final sobre las pesquisas en torno al Silbador: torpes preguntas que había que contestar, una defensa que había que argumentar para rebatir las acusaciones públicas y privadas contra la incompetencia de la policía, la escasa supervisión, la excesiva confianza en la tecnología y aquella ausencia de labor de detección a la antigua usanza. Todo esto antes de revisar los últimos informes acerca del asesinato de Hilary Robarts.

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando se arrancó la ropa de encima y se desplomó de bruces sobre la cama. Probablemente durante la noche había sentido frío, porque al despertarse se encontró completamente arropado. Tendió la mano hacia la lámpara de la cabecera y vio con profundo desaliento que no había oído el despertador y que eran casi las ocho. Se despejó al momento, se sacudió la ropa de encima y se dirigió tambaleándose hacia el espejo del tocador de su mujer para mirarse en él. El tocador, en forma de riñón, estaba cubierto con un tapete floreado de gasa rosa y blanca; sobre él, en su sitio como siempre, estaba el bonito juego de frascos y bandejas y, colgada a un lado del espejo, la muñeca de trapo que Susie había ganado en una lotería de feria cuando era niña. Lo único que faltaba eran sus lociones y maquillajes, ausencia que de pronto le oprimió el corazón tan amargamente como si Susie hubiera muerto y, con ella, se hubieran eliminado sus pertenencias, detritos insignificantes de una vida. Y no pudo por menos de pensar, agachándose para acercarse más al espejo, qué hacía aquel rostro macilento y aquel torso masculino y rudo en aquel dormitorio rosa y blanco que desbordaba femineidad a raudales. Volvió a experimentar aquella sensación que ya había sentido al regresar de la luna de miel e instalarse en aquella casa: allí no había nada que fuera verdaderamente suyo. Si cuando era un policía novato alguien le hubiera dicho que un día tendría una casa como aquella, con un caminito de grava para el coche, su jardín espacioso, la sala de estar y el comedor aparte, cada uno con sus muebles cuidadosamente escogidos que todavía olían a nuevo y que cada vez que los veía le recordaban la sección de muebles de la tienda de Oxford Street donde los había elegido, se habría quedado realmente patidifuso. Sin embargo, sin Susie en casa, se encontraba en ella como un invitado a duras penas tolerado y en el fondo despreciado.

Arrastrándose por la casa, embutido en su batín, abrió la puerta de la pequeña habitación situada al sur donde dormiría su hijo. La cuna era de color blanco y amarillo limón, a juego con las cortinas. La mesa para cambiar el bebé estaba provista de un estante bajo en el que ya esperaban todos los mejunjes del niño, con una bolsa llena de gasas limpias colgada al lado. El papel que cubría las paredes era toda una barahúnda de conejos y corderos saltarines. Le parecía imposible que un día pudiera dormir en ese cuarto un hijo suyo.

Y no era solo la repulsa de la casa la que sentía. Sin Susie incluso encontraba difícil creer en la realidad de su matrimonio. La había conocido en el curso de un crucero cultural a Grecia, al que se había inscrito como alternativa de las acostumbradas vacaciones en solitario en las que no hacía otra cosa que caminar. Susie era una de las pocas chicas jóvenes que viajaban en el barco e iba acompañada de su madre, viuda de un dentista. Ahora se daba cuenta de que había sido Susie la que había dado el primer paso, la que había decidido el matrimonio, la que lo había elegido mucho antes de que él pensara siquiera en elegirla a ella. Sin embargo, el hecho de reconocerlo le resultaba más bien halagador que molesto, sobre todo porque él no deseaba otra cosa. Había llegado a aquel momento de la vida en que se permitía soñar en la visión idealizada de una esposa esperándolo en casa, en la comodidad de su hogar, en alguien a quien acudir al final de la jornada, en un hijo que sería su continuación en el futuro, en alguien a quien ofrecerle su trabajo diario.

La chica se había casado pese a la oposición de su madre, que al principio había parecido favorecer la empresa, tal vez considerando que Susie ya tenía veintiocho años y el tiempo no trabajaba a su favor, pero que, una vez acordado el compromiso, había dejado bien claro lo que pensaba: que su hija única habría podido encontrar algo mejor. Por otra parte, se había embarcado en una política tendente a hacer de tripas corazón, al tiempo que emprendía una vigorosa campaña cuyo objetivo era la reeducación social de su yerno. Pese a todo, no había podido encontrar ningún fallo en la casa, que había costado a Rickards todos sus ahorros y le estaba costando la hipoteca más cuantiosa que su salario podía soportar, pero que se erguía como símbolo solidísimo de las dos únicas cosas que más le importaban: su matrimonio y su trabajo.

Susie se había preparado como secretaria pero, al casarse, había parecido sentirse feliz de poder renunciar a su profesión. De haber querido seguir trabajando, él la habría apoyado, como hacía con todo lo que ella decidía emprender, pero prefería verla feliz y contenta ocupándose de la casa y del jardín y encontrarla esperándolo cuando regresaba al final de la jornada. No era el suyo el tipo de matrimonio que se estilaba, ni tampoco el que la mayoría de parejas habrían podido costear, pero era su matrimonio, el de Rickards, y le resultaba reconfortante que también fuera el de ella.

Cuando se casaron él no estaba enamorado de su mujer. Ahora lo sabía. Entonces apenas conocía el significado de la palabra amor, ya que el amor nada tenía que ver con aquellos escarceos vergonzosos ni con aquellas primeras experiencias y

consiguientes humillaciones que había tenido con mujeres. Sin embargo, no solo los poetas y escritores usaban la palabra, sino todo el mundo, como si conocieran por instinto y no por experiencia directa qué significaba exactamente. A veces se sentía en desventaja, excluido de un derecho de primogenitura universal, como debe encontrarse aquel que nace privado del sentido del gusto o del olfato. Y cuando, tres meses después de la luna de miel, se había enamorado de Susie, aquello le había parecido la revelación de algo conocido pero nunca experimentado, como si sus ojos ciegos se hubieran abierto de pronto a la realidad de la luz, del color y de la forma. Ocurrió una noche en que, por vez primera, Susie encontró el placer en el amor y, entre risas y lágrimas, lo abrazó murmurándole palabras dulces e incoherentes. Al estrecharla entre sus brazos, había sabido gracias a un momento de deslumbrada lucidez, que aquello era amor. Aquel momento de afirmación había sido para ambos una realización y una promesa, no el final de una búsqueda, sino el principio de un descubrimiento. Aquel sentimiento no dejaba lugar a dudas: una vez reconocido, lo veía como algo indestructible. Su matrimonio podía haber tenido sus momentos de infelicidad o de angustia, pero en ninguna ocasión había rayado a nivel tan bajo como ahora. ¿Era posible, pensaba ahora, que pudiera verse seriamente amenazado, si no destruido, por aquella primera prueba importante, aquella decisión de su mujer de ceder a la mezcla calculada de intimidación y súplica que su madre ejercía sobre ella y que lo dejara precisamente ahora, cuando iba a nacer su primer hijo? Él habría querido estar presente cuando el hijo fuera depositado en brazos de su madre; ahora, en cambio, ni siquiera se enteraría de cuándo empezaban los dolores. Aquella imagen que obsesionaba de forma persistente su imaginación antes de caer dormido y en el momento de despertarse en la que aparecía su suegra en actitud triunfante con el niño en brazos en la sala de partos, todavía hacía más profunda la repulsión que la mujer le inspiraba y casi lo hundía en la paranoia.

A la derecha del tocador tenía una de las fotografías de la boda, encuadrada en marco de plata, tomada después de una ceremonia que parecía concebida adrede para acentuar las diferencias sociales existentes entre las dos familias. Susie estaba ligeramente inclinada hacia él, con el rostro estilizado y vulnerable más joven que los veintiocho años que realmente tenía, y la diadema de flores que coronaba su rubia cabeza desparramada casi sobre el hombro de Rickards. Las flores eran artificiales, capullos de rosa y lirios del valle, pero tanto en el recuerdo como en aquel día emanaba de ellas un transitorio perfume. El rostro de Susie, con su grave sonrisa, no exteriorizaba ningún sentimiento, ni siquiera lo que el color blanco místico simbolizaba con toda seguridad: eso es lo que yo quería, lo que quiero, lo que he conseguido. Él miraba derecho a la cámara, soportando impasible la que suponía iba a ser la última de una serie aparentemente interminable de fotografías tomadas en la puerta de la iglesia. El grupo familiar se había disuelto finalmente, y quedaban Susie y él, legalmente emparejados, dos seres que se aceptaban mutuamente. Vista retrospectivamente, la sesión de fotografía había sido la parte más importante de la

ceremonia y el rito religioso solo había sido un preliminar de aquel componer y descomponer grupos de gente extraña, ataviada de forma incongruente y obediente a una jerarquía que él no había acabado de entender, pero que evidentemente se sabía al dedillo el arrogante fotógrafo. Todavía oía la voz de su suegra:

—Sí, es como un diamante sin tallar diría yo, pero de veras que vale mucho. Me han dicho que tiene madera para llegar a jefe superior de policía.

Bueno, él no tenía madera de jefe superior de policía y ella lo sabía, pero por lo menos la suegra no había puesto ninguna objeción a la casa que había preparado para su única hija.

Era muy temprano para telefonear y sabía que su suegra, que solía levantarse tarde, sacaría partido de la primera ofensa del día, pero si no hablaba entonces con Susie, seguramente no volvería a tener oportunidad de hacerlo hasta bien entrada la noche. Se quedó un momento contemplando el teléfono de la cabecera de la cama, sin atreverse a extender el brazo para coger el aparato. Si las cosas hubieran estado de otra manera, de no haberse interpuesto aquel nuevo asesinato, habría cogido el Rover y habría enfilado la carretera en dirección a York y se habría traído a Susie a su casa. Era seguro que, delante de él, su mujer habría encontrado fuerza suficiente para resistirse a su madre. Ahora, en cambio, tendría que viajar sola o, si su madre se empeñaba en acompañarla, en compañía de la señora Cartwright. Bien, condescendería a que la acompañara si tanto insistía, ya que sería mejor que Susie viniera con su madre a que emprendiera el viaje sola. Lo que él anhelaba es que volviera a casa, quería tenerla en casa.

El teléfono estuvo llamando muchísimo rato hasta que, por fin, contestó su suegra, que con voz resignada dio el número como si aquella fuera la vigésima llamada de la mañana.

—Soy Terry, señora Cartwright —dijo Rickards—. ¿Está despierta Susie?

Él no llamaba nunca a la madre de Susie. Era una tontería pero nunca se había decidido a hacerlo y, para hacerle justicia, su mujer tampoco se lo había insinuado nunca.

—Bueno, ahora claro que estará despierta, ¿no te parece? No es muy considerado por tu parte llamar a estas horas, Terry, quiero decir antes de las nueve. Susie no duerme muy bien y necesita descansar. Anoche estuvo tratando de ponerse en contacto contigo. Espera un momento.

Después, al cabo de un minuto, se oyó una voz débil y titubeante que decía:

—¿Terry?

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, todo va perfectamente. Ayer mamá me llevó a ver al doctor Maine, que era mi médico cuando yo era pequeña. Me vigila un poco y dice que todo va muy bien. De momento ya me tiene reservada una cama en el hospital local por si acaso.

Rickards pensó con amargura que incluso tenía prevista aquella eventualidad y por un momento lo asaltó la traicionera idea de que las dos lo tenían planeado y de

que esto es lo que en realidad quería Susie.

—Siento que ayer no pudiera quedarme más tiempo al teléfono —dijo—. Las cosas se están poniendo bastante mal y lo único que quería era que supieras que el Silbador ya estaba muerto.

—Sale hoy en los periódicos, Terry. ¡Qué buena noticia! ¿Estás bien? ¿Comes como es debido?

—Sí, estoy bien, un poco cansado, pero estoy bien. Mira, cariño, este nuevo asesinato es una cosa completamente diferente. Aquí no nos encontramos ante un asesino que anda suelto y va asesinando a mansalva. El peligro ha terminado. Lo que pasa es que no puedo irte a buscar, pero podría recogerte en Norwich. ¿Te parece que podrías volver hoy mismo? A las dos y media hay un rápido. Si tu madre también quiere venir y quedarse en casa hasta que nazca el niño, por mí encantado, naturalmente.

Por supuesto que no estaba encantado, pero era el mínimo precio que se podía pagar.

—Aguarda un momento, Terry, porque mamá quiere hablar contigo.

Después de otra larga espera, oyó la voz de su suegra.

—Susie se queda aquí, Terry.

—El Silbador está muerto, señora Cartwright. Ya ha pasado el peligro.

—Lo sé, Susie me lo ha dicho. Pero ahí ha habido otro asesinato, ¿no es verdad? Hay otro asesino que anda por ahí y tú eres el encargado de cazarlo. El niño nacerá dentro de unas dos semanas y lo que Susie necesita en estos momentos es estar apartada de asesinatos y de muertes. Yo me ocupo exclusivamente de su salud, porque lo que ella necesita ahora es que la mimen y que la cuiden.

—Esto también lo encontraría aquí, señora Cartwright.

—Estoy segura de que tú harías todo lo posible, pero no paras nunca en casa. Ayer por la noche Susie te llamó cuatro veces. Necesitaba de verdad hablar contigo, Terry, pero no pudo. Ahora no es posible, de veras que no lo es. Te pasas la mitad de la noche fuera de casa cazando asesinos o no cazándolos, pero fuera. Ya sé que es tu trabajo, pero eso a Susie no le conviene. Yo quiero que mi nieto nazca con todas las garantías. En un momento como este, una muchacha tiene que estar al lado de su madre.

—Yo me figuraba que en un momento como este una esposa tenía que estar al lado de su marido.

¡Dios mío, pensó, que tuviera que oír su propia voz pronunciando aquellas palabras! Sintió que lo invadía una oleada de desesperación en la que se mezclaba una especie de odio dirigido contra sí mismo, ira y desaliento. Entonces se dijo que si Susie no volvía aquel día, ya no volvería nunca. El niño nacería en York y la madre de Susie lo tendría en sus brazos antes que él. Después sujetaría a su hija y a su nieto con sus garras y ya no volvería a soltarlos. Sabía qué poderoso vínculo existía entre una viuda y su hija única. No había día que Susie no telefoneara a su madre, a veces

incluso dos veces, y solo él sabía con cuántas dificultades y paciencia había empezado a liberarla de aquel obsesivo abrazo maternal. Ahora él acababa de ofrecer una nueva arma a su suegra y Rickards percibió el triunfo en su voz:

—No me digas dónde está el lugar de una esposa, Terry, porque a continuación me dirás cuál es su deber. ¿Y qué me dices de tu deber para con ella? Acabas de decirle que no puedes venir a buscarla y yo no quiero que mi nieto nazca en un vagón de ferrocarril. Susie se quedará aquí hasta que se resuelva este último asesinato y tú encuentres tiempo para pasarla a recoger.

Y acto seguido cortó. Rickards colgó lentamente el teléfono y se quedó aguardando un momento. Quizá Susie volvería a llamar. Claro que podía volver a llamar, pero él se daba cuenta con profunda desilusión de que, aunque lo hiciera, no serviría de nada, porque Susie no iba a volver. Y entonces sonó el teléfono. Rickards descolgó el receptor y dijo ávidamente:

—¿Diga? ¿Diga?

Pero no era más que el sargento Oliphant que llamaba desde la sala de incidentes de Hoveton, una llamada temprana para hacerle saber que no se había puesto en cama en toda la noche o sea que todavía había dormido menos que él. Ahora le parecía que las cuatro horas que él había dormido constituían un privilegio.

—El jefe está tratando de ponerse en contacto con usted. Le he dicho a su secretaria que era inútil que lo buscaran en casa porque usted ya estaría en camino.

—Estaré en camino dentro de cinco minutos, pero no voy a Hoveton sino a la vieja rectoría de Larksoken. El señor Dalgliesh nos ha dado una pista importante en el asunto de las zapatillas Bumble. Espéreme en la puerta de la rectoría dentro de tres cuartos de hora. Mejor que llame por teléfono a la señora Dennison en seguida y dígale que tenga cerrada con llave la puerta trasera y que no deje entrar a nadie en su casa hasta que lleguemos nosotros. Procure no alarmarla, dígale simplemente que queremos hacerle un par de preguntas esta mañana antes de que hable con nadie.

Si Oliphant se excitó con la noticia, supo disimularlo.

—¿Ha olvidado que PR ha fijado una conferencia de prensa para las diez? A mí ya me ha venido a buscar Bill Starling de la radio local, pero le he dicho que tendría que esperar hasta entonces. Me parece que el jefe quiere saber si daremos la hora exacta en que se produjo la muerte.

El jefe no era el único. Había sido útil falsificar la hora aproximada del asesinato para evitar que quedara categóricamente sentado que era imposible que fuera obra del Silbador. Pero más tarde o más temprano habría que afrontar la verdad, y cuando se dispusiera del *post-mortem*, costaría mucho capear las insidiosas preguntas de los medios de comunicación.

—No daremos ninguna información del forense hasta que no dispongamos del informe escrito de la autopsia —dijo.

—Ya lo tenemos. El doctor Maitland-Brown nos lo ha traído esta mañana cuando iba camino del hospital. Hace veinte minutos. Ha lamentado mucho no poder esperar

a que usted llegara.

Rickards estaba seguro de que así era, pero sabía también que no habría dicho nada, porque el doctor Maitland-Brown no cotilleaba con los agentes jóvenes. Seguramente reinaba un ambiente de camaradería y de satisfacción en la sala de incidentes antes de que empezara aquella jornada.

—No hay motivo para que el doctor Maitland-Brown tuviera que esperarme, porque todo lo que tiene que decirnos figurará en el informe. Ábralo, pues, y dígame qué dice en esencia.

Oyó el ruido del receptor al dejarlo sobre la mesa y, después de un silencio de menos de un minuto, Oliphant dijo:

—No hay signos de actividad sexual reciente. No fue violada. Parece que era una mujer excepcionalmente sana antes de que le rodearan el cuello con un lazo y la estrangularan. Ahora que ha visto el contenido del estómago puede ser un poco más preciso en relación con la hora en que murió, si bien no varía su primera estimación. La hora es entre las ocho treinta y las nueve cuarenta y cinco, y no pone ninguna objeción a que la situemos en las nueve y veinte minutos. No estaba embarazada.

—Perfectamente, sargento. Le espero junto a la rectoría dentro de cuarenta y cinco minutos.

Si afrontaba el nuevo día sin desayunar, todavía se encontraría peor. Sacó precipitadamente dos lonjas de tocino del paquete que tenía en el frigorífico y las colocó debajo del grill, que puso en funcionamiento a toda potencia, después de lo cual enchufó la marmita y fue a buscar un tazón. Era el momento de tomarse un buen café cargado. Las lonjas de tocino las pondría entre dos rebanadas de pan y se las comería en el coche.

Cuarenta minutos más tarde, mientras atravesaba la población de Lydsett, pensó en la noche anterior. No había dicho a Adam Dalgliesh que podía acompañarlos a la vieja rectoría. Pero de hecho no era necesario, porque su información había sido precisa y específica y no necesitaba a ningún comandante de la policía metropolitana para que le indicara dónde estaba el cofre de los zapatos viejos. Pero existía otra razón. Le había encantado tomarse el *whisky* de Dalgliesh, comerse su estofado o como quiera que lo llamase, y discutir con él los puntos más sobresalientes de la investigación. ¿Qué otra cosa había de común entre los dos aparte de su trabajo? Pero esto no quería decir que quisiera que Dalgliesh estuviera presente mientras trabajaba. Le había gustado ir el día anterior al molino porque no le tentaba tener que meterse en una casa vacía, poder sentarse junto al fuego en amigable compañía y, al final de la velada, charlar con Dalgliesh. Sin embargo, privado de la presencia física de Dalgliesh, volvían las viejas incertidumbres con la misma fuerza que las había sentido junto al lecho de muerte del Silbador. Sabía que nunca podría congeniar totalmente con aquel hombre y conocía el motivo. No tenía más que pensar en aquel viejo incidente e inmediatamente afloraba el antiguo resentimiento, pese a que hacía doce años que había ocurrido. Dudaba incluso de que Dalgliesh lo recordase, y esto

formaba también parte de la ofensa: que unas palabras que habían permanecido grabadas en la memoria de Rickards tantos años y que en su momento lo habían humillado y casi habían destruido la confianza que tenía en sí mismo como detective pudieran haber sido pronunciadas con tanta ligereza y, a lo que se veía, pudieran haber sido tan fácilmente olvidadas.

El lugar era una minúscula habitación situada en lo más alto de una sórdida y estrecha casucha detrás de Edgware Road y la víctima una prostituta de cincuenta años. Hacía más de una semana que estaba muerta cuando la encontraron y el hedor de aquel mefítico y revuelto cuchitril era tan repugnante que había tenido que apretarse el pañuelo contra la boca para contener el vómito. Uno de los agentes había sido menos afortunado. Se había precipitado a la ventana para abrirla y no había podido porque se encontraba atrancada por la mugre. Rickards ni siquiera podía tragar, como si hasta su saliva hubiera quedado contaminada. El pañuelo que tenía apretado en la boca estaba empapado de saliva. La mujer se encontraba desnuda entre botellas, píldoras, comida consumida a medias: un amasijo de carne obscena y putrefacta solo a un palmo de distancia del orinal, lleno a rebosar, y que al final no había tenido tiempo de alcanzar. Pese a todo, aquel no era el peor de los hedores que reinaban en el cuartucho. Así que el patólogo hubo salido, Rickards se había dirigido al agente que tenía más próximo y le había dicho:

—¡Por el amor de Dios! ¿No pueden sacar esa cosa de aquí?

Y entonces había oído la voz de Dalgliesh que le hablaba desde la puerta y cuyas palabras habían sonado como un trallazo:

—Sargento, la palabra es «cuerpo», o si lo prefiere, «cadáver», «despojos», «víctima» y aun «difunta». Lo que tiene ante sus ojos es una mujer; ni era una cosa cuando estaba viva ni tampoco es una cosa ahora.

Todavía sentía una reacción física al recordarlo, sentía la tirantez de los músculos del estómago, la oleada ardiente de la ira. No tenía que haberlo consentido, no tenía que haber permitido que, delante de los agentes, lo increpara de aquella manera. Tenía que haberse enfrentado con aquel arrogante hijo de puta, tenía que haberlo mirado a los ojos y decirle lo que pensaba, aunque le hubiera costado los galones:

—Ahora ya no es una mujer, señor: ahora ya no es un ser humano, señor. Entonces, ¿qué es?

Lo que le había escocido había sido la falta de equidad. Había una docena de colegas suyos que hubieran merecido un chasco como aquel, pero no él. Desde su promoción al Departamento de Investigación Criminal nunca había visto a la víctima como una masa de carne digna de desprecio, nunca había sentido un placer libidinoso ni indecoroso a la vista de un cuerpo desnudo, rara vez había visto la más degradada, la más repugnante de las víctimas sin sentir una cierta piedad y a menudo la había contemplado con dolor. Sus palabras habían sido totalmente desusadas, surgidas de la desesperanza, del cansancio provocado por una jornada de diecinueve horas de trabajo, de una incontenible repugnancia física. Había sido mala suerte que Dalgliesh

las hubiera oído, aquel policía cuyos tajantes sarcasmos podían ser más destructores que las palabrotas más descarnadas de cualquier otro oficial. Habían continuado trabajando juntos otros seis meses más. No habían dicho nada más al respecto. Aparentemente, Dalgliesh había encontrado satisfactorio su trabajo. Por lo menos no había habido más críticas… pero tampoco había habido elogios. Rickards se había mostrado escrupulosamente correcto con su superior, mientras que Dalgliesh había actuado como si el incidente no hubiera tenido lugar. Si más tarde había lamentado sus palabras, nunca se lo había hecho saber. Quizá le habría sorprendido saber con qué amargura las había escuchado, hasta qué punto lo habían obsesionado. En aquel momento, sin embargo, se le ocurrió pensar por vez primera que quizá Dalgliesh en aquel entonces se encontraba sometido a tensión, arrastrado por sus compulsiones cuyo único alivio era la amargura de sus palabras. ¿No hacía muy poco tiempo que había perdido a su esposa y a un hijo recién nacido? Pero ¿qué podía tener que ver aquella circunstancia con una prostituta muerta en una casa de putas de Londres? Habría debido ser más cauto… aquí estaba el quid de la cuestión. Habría tenido que conocer mejor a su colaborador. A Rickards le parecía que el hecho de recordar aquel incidente ocurrido hacía tanto tiempo tenía algo de paranoico, y sobre todo recordarlo con tanto rencor. El hecho de encontrar ahora a Dalgliesh metido en su terreno le había hecho revivir el incidente. Peores cosas le habían ocurrido que aquella, críticas más graves que había aceptado y olvidado. Esta, sin embargo, no la podía olvidar. Sentado junto al fuego de la chimenea en el molino de Larksoken, bebiendo el *whisky* de Dalgliesh, casi igual a él en jerarquía, seguro en su propio terreno, había pensado que ya era hora de olvidar el pasado. Pero ahora sabía que nunca le sería posible. Sin aquel recuerdo él y Adam Dalgliesh habrían podido ser amigos. Lo respetaba, lo admiraba, valoraba su opinión, incluso podía sentirse a gusto en su compañía, pero aquel hombre nunca podría caerle bien.

Capítulo 6

Oliphant estaba esperándole en la vieja rectoría, no sentado dentro del coche sino apoyado en el coche con las piernas cruzadas y leyendo un periódico sensacionalista. La impresión que daba y que seguramente quería dar era que hacía diez minutos que estaba allí esperando y perdiendo el tiempo. Al acercarse el coche se enderezó y tendió el periódico a Rickards diciendo:

—No se andan por las ramas, señor. Supongo que era de esperar.

Aunque la noticia no figuraba en primera página, ocupaba las dos centrales debajo de titulares destacados y un titular llamativo: «¡Otra vez, no!». El autor era un corresponsal del periódico que se ocupaba de los sucesos delictivos. Rickards leyó:

«Hoy me he enterado de que Neville Potter, el hombre actualmente identificado como el Silbador que se suicidó en el Balmoral Hotel de Easthaven el domingo pasado, había sido previamente interrogado por la policía en el curso de las investigaciones y eliminado después. La pregunta es esta: ¿por qué? La policía conocía el perfil del hombre que andaba buscando: un tipo solitario, probablemente soltero o divorciado, introvertido, propietario de un coche y con un trabajo que le obligaba a salir de noche. Neville Potter reunía estas condiciones. De haber sido detenido cuando fue interrogado se habría podido salvar la vida de una prostituta y de cuatro mujeres inocentes. ¿Todavía no hemos aprendido nada del fracaso del Destripador de Yorkshire?».

—Las imbecilidades de costumbre —dijo Rickards—. Las mujeres víctimas de asesinato son prostitutas que presumiblemente obtienen su merecido o mujeres inocentes.

Mientras avanzaban por el camino que conducía a la vieja rectoría, Rickards revisó rápidamente el resto del artículo. El argumento que esgrimía era que la policía confiaba excesivamente en los ordenadores, ayudas mecánicas, coches rápidos y tecnología en general. Ya era hora de volver al antiguo polizonte que hacía su ronda. ¿De qué sirve ir metiendo datos en un ordenador si un policía corriente no sabe distinguir cuándo se encuentra ante un sospechoso? No porque el artículo expresase algunas de sus propias opiniones, Rickards lo consideraba más aceptable.

Se lo devolvió a Oliphant y dijo:

—¿Qué quieren dar a entender? ¿Que habríamos podido atrapar al Silbador poniendo a un polizonte de uniforme en cada cruce de calles? ¿Le ha dicho a la señora Dennison que íbamos a visitarla y que no dejara entrar a otros visitantes?

—No le gustó mucho, señor. Dijo que los únicos visitantes que era posible que fueran a su casa eran gente de la zona costera y que no veía qué razón podía alegar para impedirles la entrada. Hasta ahora no ha venido nadie, por lo menos por la puerta principal.

—¿Ha vigilado la puerta trasera?

—Usted me ha dicho que lo esperara fuera y nada más, señor. No he dado la vuelta a la casa para vigilar la otra puerta.

La cosa no empezaba bien. Sin embargo, si Oliphant con su falta de tacto se las había arreglado para poner en guardia a la señora Dennison, la verdad es que esta no evidenció ningún signo de contrariedad al abrir la puerta, sino que los saludó con gran cortesía. Una vez más, Rickards pensó que aquella mujer era muy atractiva, con una belleza suave y un poco pasada de moda, esa belleza que la gente calificaba de tipo rosa inglesa cuando la belleza rosa inglesa estaba de moda. Hasta los mismos vestidos que llevaba tenían una gracia anacrónica y, lejos de vestirse con los omnipresentes pantalones, llevaba una falda gris plegada y un cardigan a juego sobre una blusa azul y, en el cuello, una sarta de perlas. Sin embargo, pese a su aparente serenidad, estaba muy pálida y hasta el lápiz de labios rosa resaltaba por lo chillón debido al contraste con su piel lívida. Rickards se dio cuenta de que tenía los hombros tensos debajo del jersey de lana.

—¿No quieren entrar en la salita, inspector, y explicarme qué ocurre? —dijo la señora Dennison—. Supongo que usted y el sargento querrán tomar un poco de café.

—Es usted muy amable, señora Dennison, pero me temo que no tenemos tiempo. Espero que no la entretendremos demasiado. Estamos buscando un par de zapatos, unas zapatillas Bumble, y tenemos razones para creer que están en su cofre de prendas usadas. ¿Podríamos inspeccionarlo?

Les dirigió una rápida ojeada y, sin decir palabra, los condujo a través de una puerta que estaba cerrada con cerrojo. Corrió el cerrojo, que se deslizó perfectamente, y se encontraron en un segundo pasillo más corto, pavimentado con losas de piedra, que llevaba a una puerta trasera extraordinariamente sólida, cerrada también con cerrojo por la parte de arriba y por la parte de abajo. Había una habitación a cada lado de la puerta y la de la derecha tenía la puerta abierta.

La señora Dennison los hizo entrar.

—Aquí es donde guardamos las cosas usadas —dijo—. Tal como le he dicho al sargento Oliphant cuando ha telefoneado, la puerta trasera fue cerrada con doble llave a las cinco ayer por la tarde y ha permanecido cerrada hasta ahora. Durante el día acostumbro tenerla abierta a fin de que todo el mundo que tiene algo que dejar, pueda entrar sin molestarse en llamar.

—Lo que significa que igual que dejan cosas pueden llevárselas —dijo Oliphant —. ¿No tiene miedo de que haya robos?

—Esto es Larksoken, sargento, no Londres.

La habitación, con su pavimento de piedra, sus paredes de ladrillo y su única ventana situada a bastante altura, debió de haber sido originariamente una despensa o quizás una estancia destinada a almacén. Su uso actual saltaba a la vista. Arrimados a la pared había dos cofres, el de la izquierda lleno de zapatos hasta sus tres cuartas partes de capacidad y el de la derecha con todo un revoltillo de cinturones, bolsos y corbatas anudadas formando una tira única. Junto a la puerta había dos largos

estantes. En uno había todo un surtido de cosas dispares, tazas y platos, chucherías, pequeñas estatuillas, bandejas, una radio portátil, una lámpara de cabecera con la pantalla mugrienta y cuarteada. El segundo estante estaba ocupado por una hilera de libros viejos y maltratados, la mayoría en rústica. En el estante inferior se habían atornillado una serie de ganchos de los que colgaban toda una variedad de prendas de ropa de mejor calidad: trajes de hombre, americanas, vestidos de mujer y niño, algunas de ellas ya valoradas y con el precio puesto en un pedacito de papel prendido con un alfiler en el dobladillo inferior. Oliphant inspeccionó la habitación en un par de segundos y después dirigió la atención al cofre de los zapatos. Tras revolver un minuto su contenido comprobó que las *Bumble* habían desaparecido, pese a lo cual inició una búsqueda sistemática, observado por Rickards y la señora Dennison. Cada par de zapatos, la mayoría atados con los propios cordones, fue examinado, sacado del cofre y dejado a un lado en el suelo hasta que este quedó vacío, después de lo cual Oliphant volvió a colocarlos metódicamente dentro del cofre. Rickards cogió una zapatilla Bumble del pie derecho, que llevaba dentro de su cartera, y se la tendió a la señora Dennison.

—Los zapatos que estamos buscando son como este. ¿Se acuerda de si había algún par en el cofre y, de ser así, sabe quién lo trajo?

—No sabía que se llamasen Bumble, pero sé que había un par de zapatillas como esa en el cofre —dijo en seguida—. Las trajo el señor Miles Lessingham de la central nuclear. La familia le encargó que se deshiciese de las ropas del joven que se suicidó en Larksoken. Dos de los trajes que están aquí colgados pertenecían también a Toby Gledhill.

—¿Cuándo trajo las zapatillas el señor Lessingham, señora Dennison?

—No recuerdo exactamente. Me parece que fue un día por la tarde una semana o poco tiempo después de que muriese el señor Gledhill, hacia el final de mes. Pero tendría que preguntárselo directamente a él, inspector, porque quizás él lo recuerde con más exactitud.

—¿Y los trajo pasando a través de la puerta principal?

—Sí, claro. Dijo que no podía quedarse para tomar el té, pero que quería pasar al salón para hablar un momento con la señora Copley. Después vino aquí, me entregó la maleta con la ropa y la vaciamos entre los dos. Yo puse las zapatillas en una bolsa de plástico.

—¿Y cuándo las vio por última vez?

—Me es imposible recordarlo, señor inspector. No vengo aquí a menudo, a no ser que tenga que poner precio a los objetos y, aun así, no miro necesariamente en el cofre de los zapatos.

—¿Ni siquiera para ver si han traído algunos?

—Sí, lo miro por encima, pero sin hacer una inspección regular.

—Las zapatillas que buscamos son bastante llamativos, señora Dennison.

—Lo sé y, si hubiera estado revolviendo recientemente el cofre, las tendría que haber visto o incluso advertir que faltaban, pero últimamente no lo había mirado. Me temo que no voy a poder decir desde cuándo faltan.

—¿Qué personas conocen el sistema que ustedes utilizan?

—La mayoría de los que viven en la zona costera, aparte de los que trabajan en la central nuclear de Larksoken y que acostumbran dar cosas regularmente. Suelen venir en coche, al pasar por aquí camino de su casa y a veces, como el señor Lessingham, llaman a la puerta principal. En ocasiones yo misma recojo las bolsas y otras llaman para decirme que las dejan en la parte trasera. La venta no se celebra aquí, sino en el ayuntamiento de Lydsett, en octubre, pero este es un punto para depósito de objetos muy cómodo para los habitantes de la zona costera y para los trabajadores de la central nuclear. Un día o dos antes de la venta pasa el señor Sparks o el señor Jago, del Local Hero, con una furgoneta y carga todo lo que se ha recogido.

—Sin embargo, usted pone precios aquí mismo a algunos de los artículos.

—No a todos, señor inspector, lo que ocurre es que a veces sabemos de personas a las que les puede interesar alguna de las cosas en venta y entonces las compra antes de la misma.

Parecía un poco desconcertada ante la necesidad de tener que admitirlo, lo que hizo que Rickards se preguntase si los Copley no debían sacar algún beneficio utilizando este sistema. Sabía qué pasaba con estas ventas de objetos de segunda mano porque su madre había colaborado en la venta anual que se celebraba en la Capilla. Los benefactores esperaban llevarse lo mejorcito y aprovechaban la ocasión. ¿Y por qué no había de ser así?

—¿Quiere usted decir que cualquier persona de la localidad que quisiera comprar, por ejemplo, ropa para sus hijos, podría comprarla directamente aquí?

La señora Dennison se quedó como la grana. Rickards pensó que la sugerencia o quizá la referencia a la localidad eran los provocadores de su desazón.

—La gente de Lydsett suele esperar hasta la venta importante —dijo ella—. Después de todo, la gente del pueblo no encontraría ninguna ventaja en el hecho de venir a ver qué cosas hemos recogido. Sin embargo, a veces he vendido cosas a gentes de la zona costera. Hay que tener en cuenta que los beneficios de la venta van a parar a la iglesia. No hay motivo para no adelantarla si alguien de la localidad está interesado en alguna cosa en concreto. Por supuesto, que entonces paga el precio marcado.

—¿Qué persona ha pasado por aquí para comprar, señora Dennison?

—El señor Blaney ha comprado ocasionalmente ropa para los niños. Una de las chaquetas de *tweed* del señor Gledhill era de la talla del señor Copley y la señora Copley la compró. Hace unos quince días que también pasó Neil Pascoe para ver si había algo para Timmy.

—¿Fue antes o después de que el señor Lessingham trajera las zapatillas? —preguntó Oliphant.

—No me acuerdo, sargento… mejor que se lo pregunte a él mismo. Nosotros no inspeccionamos nunca el cofre de los zapatos. El señor Pascoe quería comprar un mono grueso para Timmy. Encontró dos y los pagó. En un estante de la cocina tenemos una lata con el dinero que vamos recogiendo.

—Así pues, ¿la gente se lleva lo que se le antoja, deja el dinero y se va?

—¡Qué va, señor inspector! ¿Cómo iba a atreverse nadie a hacer una cosa así?

—¿Y qué me dice de los cinturones? ¿Sabría usted si falta alguna de las correas o cinturones?

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo con un arranque de impaciencia en la voz—. Véalo usted mismo. Esta caja es un verdadero cajón de sastre: correas, cinturones, bolsos, bufandas. ¿Cómo voy a saber si falta algo y cuándo se lo han llevado?

—¿Le sorprendería saber que hay un testigo que el pasado miércoles por la mañana vio aquí las zapatillas? —dijo Oliphant.

Oliphant podía hacer que la más simple e inocua de las preguntas pareciera una acusación. Sin embargo, su brusquedad, que a veces rozaba la insolencia, solía ser juzgada por Rickards con cierta condescendencia y raras veces le llamaba la atención al respecto sabiendo que tenía una cierta utilidad. Después de todo había sido Oliphant quien había estado a punto de hacer perder la compostura a Alex Mair. Esa vez, sin embargo, hubiera podido recordar que estaba dirigiéndose a una antigua maestra de escuela. La señora Dennison, pues, le dirigió una mirada levemente reprobatoria, más o menos la que habría dirigido a un niño delincuente.

—Me parece que no ha escuchado lo que acabo de decir, sargento. No tengo ni la más mínima idea de cuándo desaparecieron las zapatillas. En consecuencia, ¿cómo puede sorprenderme saber qué día fueron vistas por última vez?

Después, volviéndose a Rickards, añadió:

—Si hay que discutir este asunto más a fondo, ¿no sería más cómodo para todos que nos trasladásemos a la sala de estar en lugar de quedarnos aquí?

Rickards esperaba que por lo menos en la sala de estar no haría tanto frío.

La señora Dennison los condujo a través del recibidor a una habitación situada en la parte frontal de la casa, orientada hacia el sur, desde la cual se contemplaba el prado cubierto de montículos y toda la maraña de laureles, rododendros y arbustos maltratados por el viento que formaban una efectiva cortina frente a la carretera. Era una espaciosa habitación, casi tan fría como la que acababan de dejar, como si el sol de otoño, pese a ser cálido, no hubiera conseguido penetrar las historiadas ventanas y la pesada tapicería de las cortinas de terciopelo. El aire, además, estaba como enrarecido, cargado de olores de pulimento, fragancias de flores secas y aromas de comidas especiadas, impregnado aún de las esencias de aquellos tes victorianos consumidos hacía tanto tiempo. Rickards casi esperaba que de un momento a otro oiría el crujido suave de la crinolina.

La señora Dennison no encendió la luz y Rickards no se atrevió a pedirle que lo hiciera. En aquella penumbra tuvo la impresión de encontrarse delante de un sólido

mobiliario de caoba, de unas mesas laterales cargadas de fotografías, de confortables butacones tapizados y protegidos con fundas raídas, en suma, en una sala con tantas pinturas metidas en complicados marcos que tenía todo el aire de uno de aquellos museos provincianos, raramente visitados y ligeramente opresivos. La señora Dennison parecía acusar el frío, pero no la oscuridad. Se agachó para enchufar una estufa eléctrica de dos barras, colocada a la derecha de la enorme chimenea tallada, después de lo cual tomó asiento de espaldas a la ventana e indicó con un gesto el sofá a Rickards y Oliphant, que tomaron asiento en él, uno al lado del otro, muy erguidos a causa de los compactos y rígidos cojines. La señora Dennison esperaba muy quieta, las manos enlazadas sobre el regazo. La sala, con el peso de la oscura caoba y su aire de ominosa respetabilidad, la empequeñecía y a Rickards le daba la impresión de que, sentada allí entre los enormes brazos del sillón, fulguraba como un espectro pálido y etéreo reducido a dimensiones enanas. Rickards no pudo por menos de pensar que la vida en aquella costa y en aquella apartada casa seguramente era muy difícil de soportar y se preguntó de qué debía huir cuando vino a esa costa azotada por el viento y si lo había conseguido.

—¿Cuándo se tomó la decisión de que el reverendo Copley y su esposa irían a pasar una temporada con su hija? —preguntó Rickards.

—El viernes pasado, al ser asesinada Christine Baldwin. Su hija estaba muy angustiada e insistía en que fueran a vivir una temporada con ella, pero dio la casualidad de que el último asesinato fue tan cercano a la casa que no pudieron por menos de claudicar. Yo tenía que llevarlos en coche a Norwich para que cogieran el tren de las ocho y media el domingo por la noche.

—¿Lo sabía la gente?

—Supongo que el hecho era conocido; yo diría que lo sabía todo el mundo. La señora Copley tuvo que hacer algunas previsiones en relación con algunas de las cosas que hace normalmente. Comuniqué a la señora Bryson, por ejemplo, que solo necesitaría un cuarto de litro de leche en lugar del litro que tomo normalmente. Sí, yo diría que lo sabía todo el mundo.

—¿Por qué no los llevó usted misma a Norwich según se había convenido?

—Porque el coche se averió mientras estaban terminando de hacer las maletas. Creía que ya se lo había explicado. A eso de las seis y media fui a sacar el coche del garaje y lo estacioné delante de la puerta principal. Entonces funcionaba, pero cuando los tuve instalados dentro del coche, a las siete y cuarto, no quiso ponerse en marcha. Llamé entonces al señor Sparks, del garaje de Lydsett, y le encargué que los trasladara a la estación en su taxi.

—¿Y usted se quedó?

Antes de que tuviera tiempo de contestar, Oliphant se puso de pie, se acercó a una lámpara cercana a él y, sin decir palabra, la encendió. La luz iluminó de lleno a la señora Dennison. Rickards creyó por un momento que iría a protestar, pero solo hizo

un gesto como si fuera a levantarse del sillón, se sentó de nuevo y continuó como si nada hubiera ocurrido.

—Me contrarió muchísimo, y hubiera preferido dejarlos instalados en el tren. El señor Sparks únicamente podía hacerse cargo del trabajo si podía ir después a Ipswich, donde tenía que recoger a un cliente. De todos modos, me prometió que no se marcharía sin verlos sentados en el vagón. Por otra parte, tampoco son unos niños y son perfectamente capaces de apearse en Liverpool Street. Además, es final de trayecto y su hija ya los estaba esperando.

Rickards hubo de preguntarse por qué estaba tan a la defensiva, teniendo en cuenta que difícilmente se la podía considerar sospechosa. Pero, pensándolo bien, ¿por qué no? Había conocido asesinos menos probables que ella. Rickards leía miedo en la docena de pequeños signos que no puede pasar por alto ningún policía experimentado: el temblor de las manos que ella procuraba dominar cuando la mirada de él se posaba en ellas, el tic nervioso de las comisuras de los ojos, la imposibilidad de mantenerse un momento quieta seguida a continuación de una rigidez ficticia y poco natural, el matiz de tensión que delataba su voz, la manera como lo miraba resueltamente a los ojos con una mezcla de desafío y de firmeza. Vistos por separado, cada uno era signo de una tensión natural; juntos, se aproximaban mucho al terror. Recordaba lo que le había advertido Adam Dalgliesh la noche anterior. Había sido casi como si quisiera darle una lección. Sin embargo, quizá tenía razón, quizá se encontraba ante una mujer que había pasado por más interrogatorios de los que podía soportar. Pese a todo, él tenía que hacer su trabajo.

—¿Y usted avisó el taxi inmediatamente? —preguntó Rickards—. ¿No se molestó siquiera en averiguar por qué no funcionaba el coche?

—No había tiempo de abrir el capó y ver qué le pasaba. Aparte de esto, tampoco sé nada de mecánica. Nunca he sido demasiado experta en lo que a coches se refiere. Fue una suerte que descubriera que el coche no funcionaba con tiempo suficiente para encontrar solución al problema y más suerte aún que el señor Sparks pudiera hacer el servicio. Vino al momento. El señor y la señora Copley ya estaban empezando a ponerse nerviosos. Su hija los estaba esperando, estaban ultimados todos los preparativos y era muy importante poder coger aquel tren.

—¿Dónde guardan el coche, señora Dennison?

—Me figuraba que ya se lo había dicho. En el garaje.

—¿Está cerrado con llave?

—Con un candado pequeño, pero, si alguien quisiera abrir la puerta, le costaría muy poco hacerlo, aunque la verdad es que nunca lo ha intentado nadie. Cuando fui a sacar el coche, el candado estaba intacto.

—Tres cuartos de hora antes de la hora de salida.

—Sí, no entiendo por qué lo dice. ¿Qué importancia tiene?

—Simple curiosidad, señora Dennison. ¿Por qué tanto tiempo de antelación?

—¿Usted ha tenido que cargar en un coche el equipaje de dos ancianos que se ausentan por un período de tiempo indefinido? Había estado ayudando a la señora Copley a ultimar el equipaje y, como hacía un par de minutos que estaba sin hacer nada, pensé que era un buen momento para sacar el coche del garaje.

—¿No lo perdió de vista durante todo el tiempo que estuvo aparcado delante de la puerta?

—Ni lo miré siquiera. Estaba demasiado ocupada comprobando que los Copley no olvidaran nada, revisando todo lo que me haría falta durante su ausencia, los asuntos relacionados con la parroquia, unas cuantas llamadas por teléfono…

—¿En qué parte de la casa ocurría todo esto?

—En el estudio del señor Copley. La señora Copley estaba en su habitación.

—¿Mientras tanto el coche estaba aparcado en la puerta?

—¿Está usted insinuando que alguien lo averió?

—Bueno, quizá sería un poco fantasioso pensarlo, ¿no le parece? ¿Por qué me lo ha preguntado?

—Usted me lo ha hecho pensar, inspector. A mí no se me habría ocurrido. Y estoy de acuerdo con usted en que es fantasioso.

—Cuando a las diez menos cuarto llamó el señor Jago desde el Local Hero para decir que se había encontrado el cadáver del Silbador, ¿qué hizo usted?

—No podía hacer nada, porque no había manera de interrumpir el viaje de los Copley. Hacía más de una hora que estaban en camino. Llamé a su hija, que estaba en su club de Londres, y pude hablar con ella antes de que fuera a recoger a sus padres en Liverpool Street. Dijo que ya había hecho todos los preparativos para que se quedaran y que, puesto que ya estaban en camino, permanecerían una semana con ella. A propósito, vuelven mañana por la tarde. La señora Duncan-Smith tiene que ir a cuidar de una amiga enferma.

—Uno de mis agentes se ha entrevistado con el señor Sparks —dijo Rickards—. Estaba muy interesado en comunicarle que había dejado a los Copley perfectamente instalados en el tren. La telefoneó así que le fue posible, pero no obtuvo contestación. Fue alrededor de las nueve y cuarto, más o menos a la misma hora en que el señor Jago trataba de hablar con usted igualmente sin resultado.

—Seguramente estaba en el jardín. Había luna llena y la noche era maravillosa. Yo estaba nerviosa y tenía necesidad de estar al aire libre.

—¿Pese a que se figuraba que el Silbador andaba suelto?

—Aunque le parezca extraño, inspector, a mí el Silbador nunca me ha dado miedo. Siempre me ha parecido una amenaza remota, un hombre irreal.

—¿No se alejó del jardín?

La señora Dennison le contestó mirándole directamente a los ojos:

—No me alejé del jardín.

—Y no oyó el teléfono.

—El jardín es grande.

—Pero la noche era muy tranquila, señora Dennison.

Ella no hizo ningún comentario.

—¿Y a qué hora entró en casa después de haber estado caminando sola en la oscuridad? —preguntó Rickards.

—Me parece que pasearse por el jardín no es lo mismo que caminar sola en la oscuridad. Creo que estuve media hora en el jardín. Hacía cinco minutos que había entrado cuando llamó el señor Jago.

—¿Y cuándo se enteró usted del asesinato de Hilary Robarts, señora Dennison? Es evidente que el suceso no era noticia para usted cuando nos vimos en Martyr's Cottage.

—Me figuraba que estaba enterado de este detalle, señor inspector. La señorita Mair me llamó por teléfono el lunes por la mañana poco después de las siete. Ella se enteró del hecho cuando su hermano regresó a casa el domingo por la noche después de haber visto el cadáver, pero no quiso despertarme a medianoche para darme la noticia y menos aún tratándose de un suceso tan espantoso como aquel.

—¿Tan espantoso para usted, señora? —preguntó Oliphant—. ¿Por qué tan espantoso si apenas conocía a la señorita Robarts?

La señora Dennison lo miró largamente y después desvió la mirada.

—Si me ha hecho esta pregunta en serio, sargento, ¿está usted seguro de que hace el trabajo que le corresponde? —dijo.

Rickards se puso de pie y ella lo acompañó hasta la puerta principal. Cuando los policías ya se despedían, la señora Dennison les espetó con urgencia inusitada:

—Señor inspector, no soy ninguna estúpida. Todas estas preguntas en relación con los zapatos dicen bien a las claras que han encontrado la huella de un zapato en el lugar del crimen y que se figuran que es del asesino, pero tienen que reconocer que las zapatillas Bumble son bastante corrientes y que cualquiera puede ser propietario de un par de ellas. El hecho de que haya desaparecido el par de Toby Gledhill puede ser una simple coincidencia. No fueron robadas necesariamente con malos propósitos. Cualquiera que las necesitase podría haberlas robado.

Oliphant, mirándosela, dijo:

—No lo creo, señora. Como dijo usted hace media hora, esto es Larksoken, no Londres.

Y sus labios gruesos esbozaron una sonrisa satisfecha.

Capítulo 7

Rickards quería ver a Lessingham cuanto antes, pero la conferencia de prensa convocada para las diez significaba que había que posponer la entrevista y, para complicar todavía más las cosas, una llamada telefónica a la central nuclear de Larksoken les hizo saber que aquel día Lessingham había pedido un permiso, si bien había dicho que podía localizársele en el *cottage* que poseía en las afueras de Blakeney. Por suerte estaba en casa y, sin más explicaciones, Oliphant acordó con él una cita para el mediodía.

Llegaron con cinco minutos de retraso y, al encontrarse ante el *cottage* de madera y ladrillo, algo retirado de la carretera de la costa y a una milla del pueblo en dirección norte, tuvieron la decepción de no encontrarlo en casa. En la puerta había una nota escrita a lápiz adherida a la madera.

«Si quieren verme, búsquenme en el *Heron*, amarrado en el muelle de Blakeney. Esto es válido también para la policía».

—¡Vaya morro! —se quejó Oliphant.

Como si no acabara de creer que una persona etiquetada de sospechosa pudiera ser tan poco cooperativa, intentó abrir la puerta, atisbó por la ventana y después desapareció en dirección a la parte trasera de la casa. Al volver a aparecer, comentó:

—Está destartalada y pide a gritos una mano de pintura. ¡Vaya sitio ha escogido para vivir! Esos pantanos deben de ser de lo más deprimente en invierno. Es extraño que no le guste tener un poco más de vida a su alrededor.

Rickards pensó para sus adentros que realmente aquel sitio era bastante particular y que era raro que Lessingham lo hubiera escogido. Parecía que el *cottage* había sido en otro tiempo un conjunto de dos casas, convertidas posteriormente en una sola vivienda y, pese a que era muy proporcionada y tenía un cierto encanto melancólico, a primera vista parecía una casa deshabitada y estaba muy descuidada. Después de todo, Lessingham era ingeniero, ¿o quizá técnico? No se acordaba muy bien. En cualquier caso, si vivía allí no era precisamente porque fuese pobre.

—Seguramente quiere estar cerca de su embarcación. En esta costa no hay mucho que escoger —dijo Rickards—. Aquí o en Wells-next-the-Sea.

Mientras volvían al coche, Oliphant dirigió una mirada resentida a aquella casucha, como si estuviera convencido de que detrás de aquella pintura desconchada había un secreto escondido que, con unos cuantos puntapiés propinados en la puerta, quizás esta se atrevería a revelar. Mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, refunfuñó:

—Y cuando lleguemos al muelle nos encontraremos una nota diciéndonos que demos una mirada en el bar.

Pero Lessingham estaba donde decía la nota. A los diez minutos se encontraron delante de él, sentado en una caja de embalaje puesta boca abajo en el muelle desierto, con un motor fuera borda en el suelo. Amarrada junto a él había una

embarcación de vela de nueve metros con cabina central. Era evidente que todavía no se había puesto a trabajar. Un trapo relativamente limpio colgaba de sus dedos demasiado apáticos para sostenerlo, mientras observaba el motor como si le plantease un problema insoluble. Al llegar a su lado levantó la vista para mirarlos y a Rickards le sorprendió el cambio operado en él. Parecía haber envejecido diez años en dos días. Iba descalzo y llevaba un jersey ceñido de lana azul y un pantalón de dril con los bordes raídos que le llegaba a la rodilla, como si siguiera la moda. Pero aquel atavío tan simple todavía acentuaba más su palidez urbana, la piel tirante sobre sus pómulos marcados, las ojeras oscuras como magulladuras bajo los ojos hundidos. Rickards pensó que, después de todo, era un marinero, si bien encontraba extraordinario que, pese a que el verano había sido malo, solo luciera un bronceado color galleta.

Lessingham no se levantó y, sin más preámbulo, dijo:

—Tuvo suerte de encontrarme cuando me llamó. Un día de permiso es cosa demasiado preciada para pasarlo metido en casa, particularmente ahora. He pensado que igual podíamos hablar aquí que en cualquier otro sitio.

—No es igual —dijo Rickards—. Un sitio más íntimo habría sido mejor.

—¿Más íntimo que esto? La gente de la localidad reconocen a un policía así que le echan el ojo encima. Claro que si quieren que haga una declaración en toda regla o piensan detenerme, preferiría que fuera en la comisaría. Yo prefiero no contaminar mi casa ni mi barco. —Y añadió—: Me refiero a contaminarlos con sensaciones desagradables.

Oliphant, impasible, preguntó:

—¿Y por qué cree que queremos detenerlo? ¿Detenerlo por qué cosa exactamente?

Y al terminar la frase, añadió la palabra «señor», pero de un modo que sonó como una amenaza.

Rickards se sintió profundamente irritado. Era propio de Oliphant no desaprovechar una ocasión para entrometerse, pero aquella finta preliminar tan infantil no contribuiría en nada a suavizar el interrogatorio. Lessingham clavó la mirada en Oliphant como si estuviese considerando si había necesidad de contestarle.

—Solo Dios lo sabe. Supongo que algo encontrarían si se empeñaran.

De pronto, como si advirtiera por primera vez que estaban de pie, se levantó:

—Está bien, mejor que suban a bordo.

Rickards no tenía nada de marinero, pero le pareció que la embarcación, toda ella de madera, era vieja. La cabina, para entrar en la cual tuvieron que agacharse, estaba ocupada por una mesa estrecha de caoba que la recorría en toda su longitud y tenía un banco a cada lado. Lessingham se sentó delante de ellos y quedaron frente a frente, separados únicamente por sesenta centímetros de madera pulimentada y con los rostros tan próximos que Rickards notaba el olor que emanaban sus compañeros: una amalgama muy masculina de sudor, lana caliente, cerveza y el aftershave de

Oliphant, como si estuvieran claustrofóbicamente enjaulados. Difícilmente habría podido encontrarse un lugar más inadecuado que aquel para mantener una entrevista y dudaba que Adam Dalgliesh se las hubiera ingeniado mejor que él, al tiempo que pensaba si lo habría despreciado por las consideraciones que se hacía. Sentía la presencia ominosa de Oliphant a su lado y sus muslos estaban en contacto, el de Oliphant extrañamente caliente, cosa que incitaba a Rickards a apartarse de él.

—¿Es suya esta embarcación? ¿Es la misma con la que salió a navegar el domingo por la noche? —preguntó Rickards.

—Navegué poco, inspector, porque apenas había viento. Pero debo decirle que sí, que esta embarcación es mía y que es la misma con la que salí a navegar el domingo pasado.

—Parece que ha dañado el casco. Hay un arañazo muy largo y reciente en el lado de estribor.

—Le felicito por su sagacidad. Me lo hice al rozar la torre del agua a poca distancia de la costa, frente a la central nuclear. Fue un descuido, porque he navegado mucho por estas aguas. De haber llegado ustedes un par de horas más tarde, ya lo habría repintado.

—¿Sigue diciendo que en ningún momento avistó la playa donde la señorita Robarts tomó su último baño?

—Ya me hizo la pregunta el lunes. Depende de lo que usted entienda por «avistar». Habría podido ver la playa con los prismáticos si me lo hubiera propuesto, pero puedo confirmarle que en ningún momento me acerqué más de media milla y que no desembarqué. Como difícilmente habría podido matarla sin desembarcar, considero que el detalle es concluyente. Supongo que no habrán hecho todo este trayecto solo para que les repitiera mi coartada.

Agachándose con dificultad, Oliphant se agarró al banco, se sacó las zapatillas Bumble y las colocó cuidadosamente sobre la mesa, una al lado de otra. Rickards observaba el rostro de Lessingham. Aunque supo dominarse inmediatamente, no fue capaz de disfrazar la impresión que le produjo reconocerlas, la tensión de los músculos alrededor de la boca. Aquel par de zapatillas, prístinas, nuevas, grises y blancas, con el pequeño abejorro en cada uno de los talones, parecía dominar la cabina. Tras dejarlas sobre la mesa, Oliphant pareció ignorarlas.

—Usted se encontraba al sur de las torres del agua frente a la central nuclear y el arañazo está en el lado de estribor. Debía de estar viajando hacia el norte cuando se hizo este arañazo.

—Viré para volver a casa cuando estaba a unos cincuenta metros más allá de las torres. Me había propuesto como límite de la excursión la central nuclear.

—¿Ha visto alguna vez unas zapatillas como estas, señor? —preguntó Rickards.

—Por supuesto que sí. Son Bumble. No todo el mundo puede pagárselas, pero la mayoría de la gente ha visto algún par que otro.

—¿Las ha visto en los pies de alguna persona que trabaje en Larksoken?

—Sí, Toby Gledhill tenía un par. Después de suicidarse, sus padres me pidieron que me hiciera cargo de su ropa. No tenía mucha cosa, puede decirse que viajaba ligero de equipaje, pero me parece que había un par de trajes, los pantalones y chaquetas corrientes y media docena de pares de zapatos, entre ellos las zapatillas. Estaban prácticamente nuevas, porque se las había comprado diez días antes de morir y solo las había llevado una vez.

—¿Y qué hizo usted con ellas?

—Hice un fardo con toda la ropa y la llevé a la vieja rectoría para que la vendieran en la próxima venta en beneficio de la iglesia. Los Copley tienen una habitación en la parte trasera de la casa donde la gente deja las cosas usadas de las que quieren deshacerse. De cuando en cuando el doctor Mair pone una nota en el tablón de anuncios solicitando de la gente que dé todo aquello que no necesita. Forma parte de la política de la zona costera: es una comunidad, una familia feliz. A lo mejor no siempre vamos a la iglesia, pero damos muestra de buena voluntad regalando a los virtuosos las ropas de desecho.

—¿Cuándo llevó las ropas del señor Gledhill a la vieja rectoría?

—No lo recuerdo con exactitud, pero me parece que fue unos quince días después de su muerte. Creo que fue antes del fin de semana… probablemente el viernes veintiséis de agosto. La señora Dennison debe de acordarse. Dudo que valga la pena preguntárselo a la señora Copley, aunque hablé con ella.

—¿Así es que usted se las dio a la señora Dennison?

—Exactamente. De hecho, la puerta trasera de la rectoría está abierta durante el día y la gente puede entrar y dejar lo que quiera, pero yo pensé que aquella vez, dadas las circunstancias, sería mejor entregar la ropa personalmente. No estaba totalmente seguro de si querrían admitirla. Hay gente supersticiosa que no compraría nunca la ropa de una persona muerta. Yo encontré que no estaba bien limitarse a pasar, largar el fardo y marcharse.

—¿Qué ocurrió en la vieja rectoría?

—Nada especial. La señora Dennison me abrió la puerta y me hizo pasar a la sala, donde encontré a la señora Copley, a quien expliqué a qué había ido. La señora Copley dijo los lugares comunes de siempre con respecto a la muerte de Toby y la señora Dennison me preguntó si quería tomar el té. Decliné el ofrecimiento y la seguí a través del vestíbulo hasta la sala situada en la parte de atrás, donde guardan las cosas para la venta. Allí hay un gran cofre para los zapatos. Se atan con los cordones por pares y se echan dentro. Llevaba la ropa en una maleta y la señora Dennison me ayudó a sacarla. Dijo que los trajes eran demasiado buenos para aquella venta y si me importaría que los vendiera aparte, aunque por supuesto el dinero obtenido iría a parar igualmente a los fondos de la iglesia. La señora Dennison consideraba que de esta manera podría obtener un precio mejor. Tuve la impresión de que pensaba que el señor Copley podría quedarse con una de las chaquetas. Yo le dije que hiciera con la ropa lo que quisiera.

—¿Y qué ocurrió con las zapatillas? ¿Las dejaron con el resto de los zapatos?

—Sí, pero dentro de una bolsa de plástico. La señora Dennison dijo que estaban en condiciones demasiado buenas para echarlas junto con los demás zapatos, porque se ensuciarían. Salió y volvió con la bolsa de plástico. Parecía indecisa con respecto a los trajes, por lo que le dije que le dejaba la maleta. Después de todo, era de Toby. También se podía vender con el resto de las cosas. Las cenizas con las cenizas, el polvo con el polvo, los objetos donados con los objetos donados. Estaba contento de haber acabado con todo.

—Me enteré del suicidio del doctor Gledhill, por supuesto —dijo Rickards—. Debió de ser particularmente angustioso para usted, puesto que fue testigo de él. Parece que el hombre era una gran promesa.

—Era un científico muy creativo. Mair se lo confirmará en caso de que le interese conocer detalles. Toda la ciencia de calidad es creativa, por supuesto, digan lo que digan las humanidades, pero hay científicos que tienen esa visión especial, el genio contrapuesto al talento, la inspiración y la necesaria y paciente escrupulosidad. Alguien, no sé quién, lo ha descrito muy bien. La mayoría de nosotros nos abrimos paso con trabajo y avanzamos penosamente, palmo a palmo; ellos se lanzan en paracaídas en el frente enemigo. Era joven, solo tenía veinticuatro años… habría podido ser lo que hubiera querido.

Rickards pensó que habría podido ser lo que hubiera querido o nada, como la mayoría de los jóvenes genios. La muerte prematura suele conferir una breve y precaria inmortalidad. No había conocido nunca a un policía, muerto por accidente en la flor de la edad, que no fuera proclamado inmediatamente candidato a Jefe Superior.

—¿Qué hacía exactamente en la central nuclear? ¿De qué se ocupaba? —preguntó.

—Trabajaba con Mair en sus estudios de seguridad del PWR, es decir, algo que tiene que ver con el comportamiento del núcleo en condiciones anormales. Toby no me había hablado nunca de esos estudios, probablemente porque sabía que yo no entendería los complicados códigos computerizados. ¡Yo no soy más que un pobre ingeniero! Mair publicará su estudio antes de que vaya a ocupar ese puesto del que tanto se rumorea y sin duda lo hará bajo el nombre de ambos y con el debido reconocimiento a su colaborador. Todo lo que quedará de Toby será su nombre bajo el de Mair en un trabajo científico.

Hablaba con voz manifiestamente cansada y, dirigiendo la mirada hacia la puerta abierta, esbozó un movimiento como si fuera a levantarse, como si quisiera salir de aquella claustrofóbica cabina y respirar un poco de aire. Después, con los ojos todavía clavados en la puerta, dijo:

—Es inútil que tratara de explicarles cómo era Toby, porque no lo entenderían. Les haría perder el tiempo y yo perdería el mío.

—Parece estar muy seguro, señor Lessingham.

—Sí, estoy muy seguro, totalmente seguro y no podría explicárselo sin mostrarme ofensivo. Así pues, lo mejor es atenerse a los hechos escuetos y simples. Mire usted, era un hombre excepcional: inteligente, amable, guapo. Cuando uno encuentra una de esas cualidades en un ser humano, se considera afortunado; si encuentra las tres, quiere decir que está ante una persona excepcional. Yo estaba enamorado de él y él lo sabía porque yo se lo había dicho. Él no estaba enamorado de mí ni era gay. No es que esto sea de la incumbencia de ustedes, pero se lo digo. Se lo digo porque es la verdad y se supone que ustedes se ocupan de la verdad, y ya que se interesan en saber cómo era Toby, mejor que lo sepan. Y además existe otra razón. Ustedes andan escarbando para remover toda la porquería que puedan encontrar y yo prefiero que se enteren de los hechos a través de mí que de otras personas.

—¿Así que ustedes no tuvieron relaciones sexuales? —preguntó Rickards.

De pronto el aire se rasgó con un chillido salvaje y hubo un batir de alas contra la lumbrera. Fuera debía de haber alguien que daba de comer a las gaviotas.

Lessingham se sobresaltó como si el sonido le fuera hostil, después de lo cual volvió a hundirse en el asiento y dijo con voz más cansada que molesta:

—¿Qué tiene esto que ver con el asesinato de Hilary Robarts?

—Posiblemente nada, en cuyo caso la información será confidencial. Pero en este estadio me toca a mí decidir cuáles son las cosas que tienen que ver y cuáles las que no.

—Pasamos una noche juntos dos semanas antes de que él muriera. Como ya les he dicho, era una persona amable. Fue la primera vez y la última.

—¿Se sabe esto?

—No lo he hecho transmitir por la radio local, ni publicar en los periódicos, ni he puesto un anuncio en la cantina del personal. ¡Claro que no se sabe! ¿Por qué demonios había de saberse?

—¿Habría importado que se hubiera sabido? ¿Le hubiera importado a alguno de ustedes dos que se hubiera sabido?

—Sí, a mí me hubiera importado y a los dos nos habría importado. Nos hubiera importado en el sentido de que a nadie le gusta que su vida sexual se convierta en la comidilla y en la rechifla de la gente. Naturalmente que nos habría importado. Después de muerto, a mí ha dejado de importarme. Esto es lo que podría decirse de la muerte de un amigo: que te libera en parte de lo que considerabas importante.

Rickards pensó que para qué cosas liberaba la muerte de un amigo. ¿Para el asesinato, aquel acto iconoclasta de protesta y desafío, aquel paso único a través de una frontera ni marcada ni defendida que, una vez dado, separa a un hombre para siempre del resto de su especie? Pero decidió que postergaría para más adelante aquella pregunta obvia.

—¿Cómo era su familia? —le preguntó en cambio, y la pregunta sonó tan banal como si estuvieran hablando tranquilamente de un amigo común.

—Tenía un padre y una madre. Así era su familia. ¿Qué otra clase de familia hay?

Rickards había optado por mostrarse paciente, actitud que no le resultaba fácil, pero sabía reconocer el dolor cuando tenía tan cerca de sus ojos sus fibras tensas y desnudas.

—Me refiero al tipo de nivel social del que procedía y a si tenía hermanos y hermanas.

—Su padre es cura rural y su madre la esposa de un cura rural. Era hijo único y su muerte los dejó anonadados. Si hubiéramos podido hacer ver que fue un accidente, no lo habríamos dudado un momento, y si con una mentira se hubiera podido arreglar la situación, yo habría mentido. ¿Por qué no murió ahogado por ejemplo? Así, por lo menos, habría subsistido la duda. ¿Es a esto a lo que se refería al hablar de nivel social?

—Ayuda a completar el cuadro.

Hizo una pausa y, después, hizo la pregunta cardinal:

—¿Sabía Hilary Robarts que usted y Tobias Gledhill habían pasado una noche juntos?

—¿Qué tiene que ver…? Está bien, su trabajo es el de basurero, conozco el sistema. Recoge todo lo que atrapa en sus redes y después va echando todo lo que no le interesa. Entretanto conoce un montón de secretos que no tendría derecho a conocer y siembra el dolor por todas partes. ¿Disfruta haciéndolo? ¿En esto encuentra placer?

—Limítese a contestar la pregunta, señor.

—Sí, Hilary lo sabía. Lo descubrió por una de aquellas coincidencias que parecen una entre un millón cuando ocurren pero que, en realidad, no son tan extraordinarias ni tan insólitas en la vida real. Pasaba por delante de mi casa justo en el momento en que Toby y yo salíamos a las siete y media de la mañana. Posiblemente se había tomado un día de permiso y debía de haber salido temprano para hacer alguna diligencia. No me pregunte a dónde iba porque no lo sé. Supongo que, como el resto de los mortales, tenía amigos a los que visitaba de cuando en cuando. Me refiero a que en alguna parte debía de haber alguna persona que le tenía simpatía.

—¿Le habló ella alguna vez de ese encuentro, es decir, habló de él con usted o con alguna persona conocida de ambos?

—Bueno, no es que propagara la noticia a los cuatro vientos. Supongo que consideró que se trataba de una pieza demasiado valiosa para desperdiciarla divulgándola así como así. Era una mujer a la que le gustaba el poder y esto, en cierto modo, era poder. Cuando pasó por mi casa, aminoró la marcha y me miró directamente a los ojos. Todavía me acuerdo de su mirada: en ella había burla, que inmediatamente se trocó en desprecio y después en triunfo. Nos entendimos perfectamente, pero con posterioridad a aquel día no volvimos a hablar una sola palabra del asunto.

—¿Habló la señorita Robarts con el señor Gledhill?

—Naturalmente que habló con él. Por esto se mató.

—¿Cómo sabe que habló con él? ¿Porque él se lo dijo?

—No.

—¿Porque le hizo extorsión?

—No, lo que quiero decirle es que Toby era desgraciado, se sentía confuso e inseguro en todos los aspectos de la vida, de sus investigaciones, de su sexualidad… Sé que ella lo atraía sexualmente, que él la deseaba, porque era una de esas mujeres dominantes y físicamente fuertes que atraen a los hombres sensibles como Toby. Ella lo sabía y se aprovechaba. No sé cuándo fue que ella se adueñó de él ni tampoco qué le dijo, pero de lo que estoy plenamente seguro es de que Toby ahora estaría vivo de no haber sido por Hilary Robarts. Y si usted cree que este sería un motivo para asesinarla, he de decirle que tiene usted razón, pero resulta que yo no la maté y, como es así, no va a encontrar ninguna prueba de que la haya matado. A mí esa mujer no me gustaba; tampoco creo que fuera feliz. Estoy convencido de que no era de ninguna utilidad a nadie, pero era una mujer sana, inteligente y joven. La muerte es para los viejos, para los enfermos y cansados. Lo que yo siento es una especie de sensación de *lachrymae rerum*. Incluso la muerte de un enemigo nos disminuye, o esto parece, lo cual tampoco significa que desee que estuviera viva. Es posible, sin embargo, que sienta prejuicios, que sea injusto. Cuando Toby era feliz, no había nadie más alegre que él; cuando se sentía deprimido, se hundía en su infierno particular. Quizás ella entonces habría podido llegar hasta él, lo habría podido ayudar. Yo no podía, lo sé. Es difícil consolar a un amigo cuando piensa que tu actitud es un pretexto para llevártelo a la cama.

—Usted ha sido muy franco en lo que se refiere a que usted podría haber tenido un motivo, pero hasta ahora no nos ha ofrecido ninguna prueba concreta que demuestre su acusación de que Hilary Robarts fue de alguna manera la responsable de la muerte de Toby Gledhill.

Lessingham clavó sus ojos en los de Rickards y pareció meditar un momento, después dijo:

—He llegado tan lejos que será mejor que lo cuente todo. Toby habló conmigo cuando ya iba camino de la muerte y me dijo: «Dile a Hilary que ya no tiene que preocuparse, porque ya he elegido». Cuando lo volví a ver estaba trepando por la máquina del combustible, después se mantuvo un momento en equilibrio sobre ella y se dejó caer sobre el reactor. Quería que lo viera morir y lo vi morir.

—Un sacrificio simbólico —dijo Oliphant.

—¿Al dios terrible de la fisión nuclear? Sabía que uno de los dos lo diría, sargento, porque esta es la reacción vulgar, pero es demasiado brutal e histriónico. ¡Por el amor de Dios, lo que él buscaba era una manera rápida de romperse la crisma!

Hizo una pausa, pareció reflexionar y dijo:

—El suicidio es un fenómeno extraordinario y el resultado es irrevocable: la extinción. El final de cualquier elección. Sin embargo, la acción que lo precipita a

menudo es de lo más banal: una contrariedad sin importancia, una depresión momentánea, un día desapacible, hasta una comida escasa.

»¿Habría muerto Toby si hubiera pasado la noche conmigo en lugar de pasarla solo? Suponiendo que la pasara solo.

—¿Quiere decir que no la pasó solo?

—No tenemos pruebas por ninguno de los dos lados y ahora ya nunca las habrá. Cuando se produjo el hecho, las investigaciones se caracterizaron por la falta de pruebas en todos los campos. Hubo tres testigos de su muerte: yo y otras dos personas. No había nadie cerca de él, es decir, no hubo nadie que lo empujara. Tampoco podía ser un accidente. No hubo declaraciones por mi parte ni por parte de nadie acerca de su estado mental. Podría afirmarse que fueron unas investigaciones llevadas de una manera científica: se basaron en los hechos.

—¿Y dónde se figura que pasó la noche antes de morir? —dijo Oliphant con voz tranquila.

—Con ella.

—¿En qué se basa para afirmarlo?

—En nada que pudiera presentarse ante un tribunal, pero yo le telefoneé tres veces entre las nueve y las doce de la noche y no contestó.

—¿Y no se lo dijo al policía o a la persona encargada de la investigación?

—Naturalmente que lo dije. Me preguntaron que cuándo lo había visto por última vez. Yo dije que en la cantina el día antes de su muerte y les hablé de la llamada telefónica, pero nadie tuvo el hecho por un dato importante. ¿Por qué había de serlo? ¿Qué demostraba? Podía haber estado paseando, podía haber decidido no contestar al teléfono. No había misterio en su muerte. Y ahora, si no les importa, quisiera salir de aquí y acabar de limpiar aquel maldito motor.

Se dirigieron al coche en silencio y, mientras se abrochaban los cinturones, Rickards dijo:

—¡Vaya arrogante cabrón!, ¿no le parece? Se ha explicado muy clarito: no sirve de nada decir las cosas a la policía. No puede dar ninguna razón sin mostrarse ofensivo. Y ya se sabe por qué. Somos lerdos, ignorantes e insensibles para comprender que un científico que se dedica a hacer investigaciones no es necesariamente un tecnócrata sin imaginación, que uno puede lamentar que haya muerto una mujer sin desear necesariamente que volviera a estar viva y que un muchacho atractivo desde el punto de vista sexual pueda estar dispuesto a ir a la cama con los dos sexos.

—Podría haber sido el asesino si hubiera puesto el motor a todo trapo —dijo Oliphant—. Habría tenido que acercarse a la orilla por la parte norte del lugar donde ella se bañaba y seguir la línea de la marea o de otro modo habríamos visto sus huellas. Hicimos un examen a fondo, señor, recorrimos por lo menos dos kilómetros en dirección norte y otros dos en dirección sur y las únicas que identificamos fueron las huellas del señor Dalgliesh. Por lo demás, la playa estaba limpia.

—Sí, se mantuvo muy alejado del lugar del crimen, pero podía haberse acercado a la playa con la lancha de goma y pasar por los guijarros sin problemas. Hay zonas que están prácticamente cubiertas de cantos rodados y que solo tienen estrechas franjas de arena que habría podido saltar.

—¿Qué me dice de las defensas de la playa, los bloques de cemento? Sería difícil acercarse a la playa por cualquier punto del norte para poder caminar fácilmente por ella sin poner en riesgo la embarcación.

—Bueno, ya ha puesto en riesgo la embarcación últimamente, ¿no le parece? Tiene aquel arañazo desde la proa. No puede demostrar que se lo hiciera con las torres del agua. Ha sido muy displicente al tratar este punto, ¿no encuentra? Ha admitido con toda tranquilidad que si hubiéramos llegado una hora más tarde ya lo habría reparado. La verdad es que no habría conseguido mucho repintándolo, porque la prueba habría seguido allí. Perfectamente, supongamos que se las arregla para acercar la embarcación lo más cerca de la playa posible, pongamos a cien metros al norte del lugar donde fue encontrado el cadáver, que pasa por la zona de guijarros, se mete entre los árboles y se queda esperando pacientemente en la sombra. O también habría podido cargar la bicicleta plegable en la lancha y desembarcar a una distancia más segura. No podía ir en bicicleta por la playa con marea alta, pero se encontraba relativamente seguro pasando por la carretera de la costa si circulaba sin luces. Vuelve a la embarcación y la amarra en Blakeney aprovechando la marea alta. El cuchillo y los zapatos no son problema porque los arroja por la borda. Examinaremos la embarcación, por supuesto con su consentimiento, y quiero que uno de los chicos haga este recorrido. Si hay algún marinero experimentado entre el personal, mejor que mejor. En caso contrario, habrá que buscar a alguien de la localidad para que acompañe al agente. Tenemos que cronometrarlo al minuto. Podríamos empezar preguntando a los pescadores de cangrejos al pasar por Cromer. Quizás alguno saliera aquella noche y viera la embarcación.

—Tenemos que estarle agradecidos, señor, porque nos ha servido sus posibles razones en bandeja —dijo Oliphant.

—Ha sido todo tan fácil que estoy pensando si no será una cortina de humo para esconder algo que no nos ha contado.

Pero mientras Rickards se abrochaba el cinturón se le ocurrió otra posibilidad. Lessingham no había dicho nada acerca de su relación con Toby Gledhill hasta que habían empezado a hacerle preguntas acerca de las zapatillas. Seguro que sabía —¿cómo podía ignorarlo?— que las zapatillas relacionaban el asesinato más fuertemente con los habitantes de la zona costera y más particularmente con la vieja rectoría. ¿No podía ser que aquella franqueza con la policía fuera menos una necesidad irrefrenable de confiarse que una excusa deliberada para desviar las sospechas de otro posible involucrado? Y en ese caso, ¿qué otro sospechoso tenía más visos de incitar un acto caballeresco tan excéntrico como aquel?

Capítulo 8

El jueves por la mañana Dalgliesh fue en coche a Lydsett para comprar en la tienda del pueblo. Su tía adquiría en la localidad la mayor parte de sus principales provisiones y él había continuado con la misma práctica, en parte porque quería mitigar el insistente remordimiento de tener una segunda casa, aunque solo fuera temporalmente. Generalmente la gente del pueblo no miraba con mal ojo a los que solo iban a pasar al lugar los fines de semana, pese a que sus casas permaneciesen vacías durante gran parte del año y su contribución a la vida del pueblo fuese mínima, si bien preferían que no llegasen con los portaequipajes cargados de provisiones de Harrods o Fortnum and Mason.

Convertirse en cliente de la tienda que los Bryson tenían abierta en una esquina no presuponía ningún sacrificio particular. Era una tienda de pueblo sin pretensiones, con una estrepitosa campana colgada de la puerta, y que, como demostraban las fotografías color sepia del pueblo victoriano, apenas se había modificado en los últimos ciento veinte años en lo que a rasgos exteriores se refería. Por dentro, sin embargo, los últimos cuatro años habían sido testigos de más cambios que en el curso de toda su historia. Ya fuera por el aumento de las casas de los veraneantes, ya fuera porque los gustos de la gente del pueblo se habían vuelto más exquisitos, la verdad era que en la actualidad había ampliado la oferta: pasta fresca, todo un surtido de quesos franceses e ingleses, las marcas más caras de mermeladas, así como de confituras y mostazas, y todo un abanico de fiambres, mientras que un letrero anunciaba a la clientela que todos los días había cruasanes frescos.

Mientras subía por una calle lateral, Dalgliesh tuvo que hacer una maniobra para sortear una vieja y pesada bicicleta con una gran cesta de mimbre apuntalada en el manillar y, al entrar en la tienda, vio que Ryan Blaney estaba haciendo sus últimas compras. La señora Bryson estaba marcando en la máquina registradora los precios de tres hogazas de pan moreno, paquetes de azúcar, paquetes de leche y todo un surtido de latas de conserva. Blaney echó a Dalgliesh una ojeada con sus ojos inyectados en sangre, esbozó un lacónico gesto y desapareció. Dalgliesh pensó que todavía no debía de disponer de la furgoneta al ver que cargaba la cesta con el contenido de una bolsa y colgaba las otras dos de la barra del manillar. La señora Bryson dirigió a Dalgliesh una cordial sonrisa, pero no hizo ningún comentario. Era una tendera demasiado prudente para querer que la catalogasen como cotilla o para participar demasiado abiertamente en las controversias locales, pero a Dalgliesh se le antojó que el aire parecía cargado de simpatía hacia Blaney y sintió oscuramente que, como policía, la mujer lo hacía parcialmente responsable de no sabía qué cosas ni por qué. Rickards o sus hombres debían de haber interrogado a la gente del pueblo sobre los habitantes de la zona costera, a Ryan Blaney en particular, posiblemente con muy poco tacto.

Al cabo de cinco minutos se encontraba ante la puerta del camino que se abría a la zona costera. Al otro lado de la misma había un vagabundo sentado en la terraplén que separaba la estrecha carretera del dique cercado de cañaverales. Llevaba barba y un gorro de *tweed* a cuadros del que pendían dos gruesas trenzas de cabello gris, atadas con una goma, que le llegaban casi a la espalda. Estaba comiendo una manzana, que iba cortando a trozos con un cuchillo de mango corto y se los iba metiendo en la boca. Tenía las largas piernas, cubiertas con unos pantalones de pana gruesa, muy abiertas, casi como si quisiera exhibir deliberadamente un par de zapatillas negras, blancas y grises, que destacaban del resto de su indumentaria por lo nuevas. Dalgliesh cerró la puerta, se acercó al hombre y se encontró con un par de ojos vivos e inteligentes en un rostro enjuto y maltratado por el tiempo. Suponiendo que fuera un vagabundo, la sagacidad de aquella primera mirada, aquel aire de confiada seguridad y el aseo que revelaban sus manos blancas y delicadas hacían de él un vagabundo muy especial, si bien iba demasiado cargado para ser un excursionista convencional. La chaqueta caqui que llevaba parecía proceder del ejército y la llevaba ceñida con un amplio cinturón de cuero del que pendían, atados con una cuerda, un tazón metálico, un perol pequeño y una sartén. Junto a él, a la vera del camino, había una pequeña mochila atiborrada de cosas.

—Buenos días —le dijo Dalgliesh—, siento parecer impertinente pero ¿de dónde ha sacado estos zapatos?

La voz que dejó oír era educada y un poco pedante, una voz que podía pertenecer a un antiguo maestro de escuela.

—Espero que no piense reclamarlas como suyas. Lamentaría que este contacto, indudablemente destinado a ser breve, tuviese que iniciarse con una disputa en torno a la propiedad.

—No, no son mías, pero lo que yo querría saber es cuánto tiempo hace que son suyas.

El hombre terminó la manzana y echó el corazón a la cuneta arrojándolo por encima del hombro, limpió la hoja del cuchillo en la hierba y, con gran precaución, se lo introdujo en el bolsillo y dijo:

—Perdóneme si le pregunto si su interés obedece a una inmoderada e irreprimible curiosidad, a un barrunto bien poco natural de un mortal o a un deseo de adquirir otro par igual para usted, en cuyo caso debo decirle que no podré serle de ninguna ayuda.

—A ninguna de estas cosas, pero la pregunta es importante. No quisiera parecerle presuntuoso ni desconfiado.

—No, ya veo, simplemente cándido y explícito. Dicho sea de paso, me llamo Jonah.

—Yo me llamo Adam Dalgliesh.

—Entonces, Adam Dalgliesh, deme una buena razón del porqué debo contestar a su pregunta y tendrá su respuesta.

Dalgliesh hizo una pausa momentánea. Suponía que existía la posibilidad teórica de que allí, delante de sus ojos, tuviera al asesino de Hilary Robarts, si bien no lo creía. La noche anterior le había telefoneado Rickards para informarle de que las Bumble ya no estaban en el cofre, evidentemente porque se consideraba deudor de Dalgliesh con respecto a aquella fugaz información. Sin embargo, eso no significaba que el vagabundo las hubiera robado, ni probaba tampoco que los dos pares fueran uno solo.

—El lunes por la noche estrangularon a una muchacha en la playa —dijo Dalgliesh—. La policía querrá saber si hace poco tiempo que ha encontrado estas zapatillas, si se las ha dado alguien o si las llevaba alguien en la zona costera del domingo pasado. Se ha encontrado una huella de una pisada. La identificación es importante, aunque solo sea para eliminar a la persona que las lleva ahora de las indagaciones que se están haciendo.

—Bueno, por lo menos me ha dado una explicación. Habla como un policía. Lamentaría que lo fuera.

—No me ocupo de este caso, pero soy policía y sé que los de investigación criminal de la localidad andan buscando un par de zapatillas Bumble.

—¡Ah, eso quiere decir que esto son unas zapatillas Bumble! Creía que eran unos zapatos.

—Tienen una etiqueta debajo de la lengüeta. Es una artimaña de la marca para vender más, porque se entiende que no hace falta anunciar los zapatos a los cuatro vientos porque todo el mundo los conoce. Si son unas zapatillas Bumble, tendrán una abeja amarilla debajo de cada tacón.

Jonah no dijo nada, pero de un vigoroso y súbito movimiento levantó los dos pies en el aire y los mantuvo así un par de segundos, después de lo cual los volvió a bajar.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos momentos, pero al cabo de un rato Jonah dijo:

—¿Me está usted diciendo que llevo en los pies los zapatos de un asesino?

—Es posible, pero solo posible. Sabemos que el asesino llevaba unos zapatos como estos cuando estranguló a la chica. ¿Se da usted cuenta de la importancia?

—Me doy cuenta de la importancia que le dan: usted u otro como usted.

—¿Ha oído hablar del Silbador de Norfolk?

—¿Es un pájaro?

—Un asesino de varias personas.

—¿Son de él esos zapatos?

—Está muerto. El asesinato de que le he hablado fue cometido de manera que pareciera que lo había hecho él. ¿Dice que ni siquiera ha oído hablar de él?

—A veces, cuando necesito papel para propósitos más terrenales, veo algún periódico. En los cubos de la basura hay cantidad. De todos modos, rara vez los leo, porque no hacen sino remachar el convencimiento que tengo de que este mundo no se ha hecho para mí. Me parece que me he perdido a ese Silbador asesino.

Se calló un momento para añadir después:

—¿Qué tengo que hacer ahora? Parece que estoy en sus manos.

—Como ya le he dicho, no me ocupo de este caso —dijo Dalgliesh—. Yo pertenezco a la Policía Metropolitana. De todos modos, si no le importa acompañarme, podría telefonear al policía encargado del caso. No vivo lejos de aquí, en el molino de Larksoken, en la zona costera. Y si quiere que le cambie las zapatillas por un par de zapatos míos, considero que es lo menos que le puedo ofrecer. Tenemos más o menos la misma altura y seguramente tendré algún par que le irá bien.

Jonah se puso de pie con sorprendente agilidad. Mientras se dirigían al coche, Dalgliesh dijo:

—No tengo derecho a hacerle preguntas, pero satisfaga mi curiosidad: ¿cómo han ido a parar en su poder?

—Me los regalaron, yo diría que inadvertidamente, el domingo por la noche. Había llegado a la zona costera después de anochecido y, como siempre, me dirigía al lugar donde acostumbro a pasar la noche. Me refiero al búnquer de cemento medio enterrado, cerca de los acantilados. Nido de ametralladoras creo que lo llaman. Supongo que sabe a qué me refiero.

—Sí, lo sé. Un lugar no particularmente salubre para pasar la noche, diría yo.

—Los he conocido mejores, ciertamente. Pero tiene la ventaja de que es un lugar discreto. La zona costera está fuera de las rutas de los que habitualmente corremos los caminos. Suelo venir una vez al año y me quedo un día o dos. El nido de ametralladoras es totalmente estanco y, como la rendija que hace de ventana está situada frente al mar, puedo hacer fuego sin temor a que me descubran. Arrincono toda la mierda a un lado y la ignoro. Una política que le recomiendo.

—¿Fue directamente al búnquer?

—No, pasé primero por la vieja rectoría. La pareja de ancianos que la ocupan son muy amables y acostumbran a dejarme usar el grifo. Allí lleno de agua la botella. Pero resulta que no había nadie en la casa. En las ventanas de abajo había luz, pero nadie respondió a la llamada.

—¿Qué hora sería? ¿Lo recuerda?

—No tengo reloj y me preocupa muy poco el tiempo comprendido entre la salida del sol y la puesta, pero me fijé en el de la iglesia de St. Andrew, la iglesia del pueblo. Cuando pasé por allí eran las ocho y media. Debían de ser las nueve y cuarto cuando llegué a la vieja rectoría. O poco más.

—¿Qué hizo después?

—Sabía que había un grifo fuera del garaje y me tomé la libertad de llenar la botella sin permiso de nadie. Seguro que ellos no me habrían negado el agua cristalina.

—¿Vio un coche?

—Había un coche delante de la casa. El garaje estaba abierto pero, como ya le he dicho, no vi a nadie. Después me fui derecho a mi refugio porque estaba tan cansado

que no me tenía de pie. Bebí un poco de agua, comí un mendrugo de pan y un poco de queso y me quedé dormido. Durante la noche alguien arrojó los zapatos a través de la puerta.

—Los arrojó, ¿no los dejó? —dijo Dalgliesh.

—Lo supongo, porque si hubieran entrado en el búnquer me habrían visto. Lo más probable es que los arrojasen. En Ipswich hay una iglesia con un púlpito lateral. La semana pasada vi que decía: «Dios da su gusano a cada pájaro, pero no se lo arroja dentro del nido». Esta vez, por lo menos, lo hizo.

—¿Y le dieron con ellas sin despertarlo? Son unos zapatos pesados.

—Como ya le he dicho, usted habla como un policía. El domingo anduve treinta kilómetros y, como tengo la conciencia limpia, duermo como un tronco. Si me hubieran dado en la cara, seguro que me habría despertado. Tal como las echaron, me las encontré a la mañana siguiente cuando desperté.

—¿Bien colocadas?

—No, en absoluto. Me desperté porque estaba durmiendo del lado izquierdo y, al ponerme boca arriba, noté una cosa dura debajo y encendí una cerilla. El bulto en cuestión era un zapato. El otro lo tenía al lado del pie.

—¿Así no estaban atados juntos?

—Si hubieran estado atados, señor mío, habría sido imposible encontrarme con uno debajo de la espalda y otro al lado del pie.

—¿Y no sintió curiosidad? Después de todo, las zapatillas eran prácticamente nuevas, no estaban para tirarlas.

—¡Claro que sentí curiosidad!, pero, a diferencia de la gente de su profesión, no tengo la manía de buscar explicaciones a todo lo que veo. Ni me pasó por la cabeza que debía encontrar al propietario o llevarlas a la comisaría más próxima. Lo más seguro es que ni me habrían dado las gracias. Así que me quedé con lo que Dios o el hado me habían obsequiado. Los zapatos que llevaba estaban tan viejos que puede decirse que ya habían llegado a su final. Los encontrará en el nido de ametralladoras.

—Así pues, se los puso.

—No en seguida, porque estaban húmedos. Los dejé secar.

—¿Estaban húmedos por todas partes o solo en algunos sitios?

—Por todas partes. Los habían lavado a conciencia, seguramente debajo del grifo.

—O los habían mojado en el mar.

—Los olí y no era agua de mar.

—¿Distingue el olor?

—Yo, querido señor, tengo un uso pleno de mis sentidos y una nariz particularmente sensible. Desde luego que noto la diferencia entre el agua del grifo y el agua de mar… y por el olor de la tierra sé en qué parte del país me encuentro.

Al llegar a la encrucijada giraron a la izquierda y en seguida advirtieron las blancas e imponentes aspas del molino de viento. Durante unos momentos continuaron en amigable silencio.

—Quizá tenga derecho a saber qué clase de hombre invita bajo el techo de su casa —dijo Jonah—. Yo, señor, soy un hombre que vive del dinero que le proporciona su familia. Sé que en otros tiempos la gente de mi calaña era enviada a las colonias, pero ahora son un poco más avisados y, en cualquier caso, a mí no me convendría que me privaran de los olores y colores de la campiña inglesa. Mi hermano, modelo de rectitud y miembro eminente de su comunidad local, transfiere mil libras al año de su cuenta bancaria a la mía, siempre que no le cause problemas imponiéndole mi presencia. La prohibición, para llamarla de algún modo, se extiende a la ciudad de la que es alcalde, pero como él y los urbanistas hace mucho tiempo que destruyeron el carácter que poseía, la he suprimido sin pesar de mi itinerario. Es un hombre infatigable en lo que a buenas obras se refiere y usted podría muy bien asegurar que me encuentro entre los varios receptores de sus bondades.

»Ha sido honrado por Su Majestad: simplemente Oficial del Imperio Británico, pero estoy seguro que es candidato a honores más altos.

—Yo diría que a su hermano le sale bastante barato… —dijo Dalgliesh.

—¿Es que usted pagaría más para asegurarse de mi ausencia permanente?

—En absoluto. Quiero decir que si las mil libras son para que usted viva de ellas, me estaba preguntando cómo lo hace. Mil libras como soborno anual podría ser considerado una generosidad, pero si son para cubrir la subsistencia, son claramente insuficientes.

—Si he de hacerle justicia, mi hermano estaría dispuesto a hacer un aumento anual en consonancia con el índice del coste de la vida, porque tiene un sentido de la conveniencia burocrática que roza la obsesión. Pero yo le dije que con veinte libras por semana tengo más que suficiente. No tengo casa, no pago alquiler, ni impuestos, ni calefacción, ni electricidad, ni teléfono, ni coche. No contamino mi cuerpo, ni contamino el ambiente. El hombre que no es capaz de mantenerse con casi tres libras diarias es porque no tiene iniciativa o porque es esclavo de deseos desmedidos. Un campesino indio consideraría que vivo en el lujo.

—Un campesino indio tiene menos problemas para resguardarse del frío. Usted debe de pasar unos inviernos terribles.

—Un invierno duro requiere disciplina en el aguante. No es que me queje, porque cuando tengo mejor salud es en invierno. Además, las cerillas son baratas. Nunca me he servido de los trucos de los *boy scouts* ni he recurrido a frotar madera ni a la lupa. Tengo la suerte de conocer a media docena de granjeros que están dispuestos a dejarme dormir en el granero. Saben que no fumo, que soy limpio y que, cuando se haga de día, me largaré. Pero uno no debe transgredir los límites de la amabilidad. La amabilidad de los hombres es como un grifo estropeado: el primer chorro es impresionante, pero se seca pronto. Sigo una rutina anual y esto también los tranquiliza. En una granja que está a unos treinta kilómetros de aquí en dirección norte ya deben de estar diciendo: «¿No es esta la época del año en la que viene Jonah?». Me saludan con alivio más que con tolerancia: si estoy vivo, ellos también

lo están. Nunca pido, porque es más eficaz ofrecerse a pagar. «¿Podría venderme un par de huevos y medio litro de leche?». Entonces por la puerta de la granja… siempre que se ofrezca el dinero correspondiente, claro… salen seis huevos y un litro de leche. No son de los más frescos, pero tampoco hay que esperar excesos de la generosidad humana.

—¿Y en cuanto a los libros? —preguntó Dalgliesh.

—¡Ah, esto es harina de otro costal! Leo los clásicos en las bibliotecas públicas, aunque es duro tener que interrumpir la lectura cuando hay que marcharse. De otro modo, compro libros de segunda mano en los puestos de los mercados. En uno o dos puestos me dejan cambiar el libro o me devuelven el dinero en la segunda visita. Una variante sumamente económica de la biblioteca pública. En cuanto a la ropa, están las ventas de prendas usadas, Oxfam y esas tiendas tan útiles que comercian con excedentes del ejército. Ahorro para comprarme un abrigo militar cada tres años.

—¿Cuánto tiempo hace que lleva esta vida? —preguntó Dalgliesh.

—Ya hará casi veinte años, señor. La mayoría de los vagabundos están hechos una lástima porque son esclavos de sus pasiones, por lo general la bebida. El hombre que se ha liberado de todos los deseos humanos a excepción de comer, dormir y pasear es totalmente libre.

—Totalmente no —dijo Dalgliesh—, porque a lo que parece usted tiene una cuenta en el banco y confía en sus mil libras.

—Es verdad. ¿Considera que sería más libre si no las tuviera?

—Quizá sería más independiente. Podría trabajar.

—No puedo trabajar y me avergüenza pedir. Por fortuna, el Señor ha mitigado los vientos para su oveja trasquilada. Sentiría privar a mi hermano de la satisfacción que le produce su benevolencia. Es verdad que tengo una cuenta en el banco para recibir en ella mi asignación anual y, en este sentido, me doblego. Pero como mi subsidio se basa en la separación entre mi hermano y yo, difícilmente podría recibir en mano el dinero, aparte de que el talonario de cheques y la tarjeta de plástico que lo acompaña tienen un efecto de lo más agradable en la policía, pues, a veces, se toman un excesivo interés en lo que yo hago. No tenía idea de que una tarjeta de plástico pudiera suponer garantía de respetabilidad.

—¿Ningún lujo? —preguntó Dalgliesh—. ¿Ninguna necesidad? ¿Ni bebida, ni mujeres?

—Si por mujeres entiende sexualidad, debo decirle que no. Evito la bebida y la sexualidad.

—Entonces es que huye de algo y podría demostrarle que un hombre que huye no es nunca totalmente libre.

—¿Podría preguntarle, señor, de qué huye usted en esta zona costera tan desolada? Si huye de la violencia de su profesión, debo decirle que ha tenido mala pata.

—Me temo que esta violencia también le ha tocado a usted.

—No se preocupe. El hombre que vive con la naturaleza está acostumbrado a la violencia y es compañero de la muerte. Hay más violencia en un bosque inglés que en las calles más sórdidas de una gran ciudad.

Al llegar al molino, Dalgliesh telefoneó a Rickards. No se encontraba en la sala de incidentes, pero localizó a Oliphant, que dijo que llegaba al momento. Dalgliesh hizo subir a Jonah al piso superior y le mostró la media docena de zapatos que tenía en el molino. No había problema en cuanto al número, pero Jonah se los probó todos y los examinó minuciosamente antes de elegir. Dalgliesh se sintió tentado a decir que una vida de simplicidad y de privaciones no había mermado en nada el ojo de su visitante en lo que a buen cuero se refería. Vio, con cierto resquemor que escogía su par de zapatos favorito y el más caro.

Jonah se paseaba de un lado a otro de la habitación mirándose los pies con aire complacido.

—Me parece que salgo ganando con el trato —dijo—. Las Bumble me cayeron encima en el momento oportuno, pero no eran muy adecuadas para caminar de firme y tenía intención de sustituirlas así que se presentase la oportunidad. Las reglas de la carretera no son muchas, pero son simples e imperativas. Se las recomiendo: mantenga despejadas las tripas, báñese una vez por semana, lleve lana o algodón sobre la piel y cuero en los pies.

Quince minutos más tarde, su invitado estaba repantigado en una butaca, con una taza de café en la mano, todavía mirándose los pies con satisfacción. Oliphant no tardó en llegar. Descontando al chófer, venía solo. Al entrar en la habitación entró con él una aureola de amenaza y autoridad muy viriles. Antes de que Dalgliesh hiciera la presentación, dijo a Jonah:

—Debe saber que usted no tiene ningún derecho a usar esas zapatillas, porque son totalmente nuevas. ¿No ha oído nunca la palabra robar aplicada a lo que uno encuentra?

—Un momento, sargento —dijo Dalgliesh.

Llevándose a Oliphant aparte, le dijo en voz baja:

—Haga el favor de tratar al señor Jonah con cortesía.

Y antes de que Oliphant tuviera tiempo de protestar, añadió:

—De acuerdo, le voy a ahorrar el trabajo de decirlo: este caso no es mío. Pero está en mi casa. Si sus hombres el lunes hubieran inspeccionado la zona costera más concienzudamente, ahora no tendríamos que pasar por estas tensiones.

—Tiene que ser forzosamente un sospechoso serio, señor. Llevaba los zapatos.

—También tiene un cuchillo y admite haber estado en la zona costera el domingo por la noche. Trátelo como un sospechoso serio si encuentra un motivo o una prueba que confirme que sabe cómo mataba el Silbador a sus víctimas o incluso que conoce su existencia. Pero ¿por qué no escucha primero su historia antes de sacar conclusiones acerca de su culpabilidad?

—Culpable o no, señor Dalgliesh, es un testigo importante —dijo Oliphant—. No veo que podamos dejarlo que campe por sus respetos.

—Pues no sé cómo puede evitarlo, si se atiene a la ley. Pero este es un problema que a mí no me incumbe, sargento.

Unos minutos más tarde Oliphant conducía a Jonah al coche. Dalgliesh salió a despedirlo. Jonah, antes de montar, se volvió hacia él.

—Encontrarlo a usted, Adam Dalgliesh, ha hecho que hoy fuera un mal día para mí.

—Pero quizá sea un buen día para la justicia.

—¡La justicia! ¿Este es el asunto en el que anda usted metido? Pues a lo mejor puede dejarlo cuando ya sea demasiado tarde. El planeta Tierra avanza hacia su destrucción. Ese baluarte de cemento que se levanta a la orilla de un mar contaminado puede traernos la oscuridad total. O en otro caso nos la traerá otra locura humana. Ha llegado el momento en que todo científico, incluso Dios, tiene que reconocer el fracaso de su experimento. Veo un cierto alivio en su cara. Está pensando: ¡vaya, ahora resulta que ese vagabundo tan especial está loco! No hay necesidad de que me lo tome en serio.

—Mi cabeza está de acuerdo con usted, pero mis genes son más optimistas —dijo Dalgliesh.

—Usted lo sabe y todos lo sabemos. ¿Cómo explicar de otra manera la moderna enfermedad del hombre? Cuando llegue la oscuridad final, moriré como he vivido, en la primera cuneta que encuentre.

Y seguidamente, con una sonrisa singularmente cautivadora, añadió:

—Con sus zapatos puestos, Adam Dalgliesh.

Capítulo 9

El encuentro con Jonah había dejado a Dalgliesh curiosamente intranquilo y, aunque había mucho que hacer en el molino, se sentía renuente a emprender cualquier trabajo. El instinto le aconsejaba montarse en el Jaguar y conducir muy rápidamente y muy lejos, pero ya había intentado demasiadas veces aquel recurso para tener fe en su eficacia. Al volver, encontraría el molino en el mismo sitio y los problemas todavía por resolver. No era difícil reconocer la base de su descontento: la participación a medias en un caso que no le correspondía resolver, pero del que le era imposible desvincularse. Todavía recordaba ciertas palabras de Rickards pronunciadas antes de despedirse, la noche del asesinato:

—Quizás usted no esté involucrado, señor Dalgliesh, pero en realidad está involucrado. Pensará que ojalá no hubiera estado junto a este cadáver, pero el hecho es que lo ha estado.

Le parecía recordar que él había usado más o menos las mismas palabras con un sospechoso de uno de sus casos y ahora empezaba a entender por qué las había recibido tan mal la persona a la que iban dirigidas. Obedeciendo un impulso, abrió el molino, que estaba cerrado con llave, y subió escaleras arriba al piso más alto. Seguramente su tía había encontrado allí la paz y quizá penetraría en él algo de aquella felicidad perdida. Sin embargo, toda esperanza de permanecer tranquilo estaba abocada al fracaso.

Mientras estaba contemplando la zona costera por la ventana sur avistó una bicicleta. Al principio estaba demasiado lejos para distinguir a la persona que pedaleaba, pero al poco rato reconoció a Neil Pascoe. Aunque nunca se habían dirigido la palabra, se conocían de vista, como todos los habitantes de la zona costera. Pascoe parecía pedalear con gran empeño, la cabeza inclinada sobre el manillar, los hombros impulsando la carrera. Sin embargo, al llegar delante del molino se detuvo de pronto, puso los dos pies en tierra, clavó la mirada en él como si lo viera por vez primera en su vida, bajó y empujó la bicicleta hacia un espacio arenoso cubierto de maleza.

Por un segundo, Dalgliesh sintió la tentación de fingir que no estaba en casa, pero en seguida se dio cuenta de que el Jaguar estaba aparcado a un lado del molino y que era muy posible que Pascoe, durante el largo rato que él había pasado ante la ventana, hubiera visto su rostro tras el cristal. Cualquiera que fuera el propósito de su visita, parecía que lo guiaba una necesidad inaplazable. Dalgliesh se dirigió a la puerta, la abrió y gritó:

—¿Me busca a mí?

La pregunta era pura fórmula porque, ¿a quién podía buscar Neil Pascoe sino a él en el molino de Larksoken? Mirando desde arriba el rostro levantado hacia él, la barba fina y puntiaguda, Dalgliesh lo vio curiosamente empequeñecido y diminuto,

un ser vulnerable y conmovedor agarrado a su bicicleta como buscando amparo en ella.

Pascoe gritó para dominar el viento:

—¿Puedo hablar con usted?

De haber querido ser sincero, Dalgliesh habría contestado:

—Si le parece necesario…

Pero Dalgliesh se daba cuenta de que no podía decir una cosa así sin mostrarse desagradable y que era una respuesta inapropiada para gritarla en medio del fragor del viento.

—Ahora bajo —gritó.

Pascoe apoyó la bicicleta contra la pared del molino y lo siguió a la sala de estar.

—Aunque no nos conocemos personalmente, espero que habrá oído hablar de mí —dijo—. Soy Neil Pascoe, el de la caravana. Siento introducirme en su casa cuando lo que usted quiere es tranquilidad.

Parecía uno de esos vendedores tímidos que van de puerta en puerta tratando de convencer a la gente de que no son unos estafadores.

Dalgliesh habría querido decir:

—Lo que quiero es tranquilidad, pero me parece que me costará conseguirla.

—¿Café? —le preguntó.

Pascoe le dio la respuesta que esperaba:

—Si no es molestia…

—Ninguna molestia. Iba a prepararlo.

Pascoe lo siguió a la cocina y se quedó apoyado en la jamba de la puerta en una postura falsamente desenvuelta mientras Dalgliesh molía el café y ponía en marcha la cafetera. Dalgliesh no pudo por menos de pensar que, desde su llegada al molino, había dedicado una considerable cantidad de tiempo a proporcionar alimento y bebida a visitantes que no había invitado. Así que hubo terminado de moler el café, Pascoe dijo con aire casi agresivo.

—Necesito hablar con usted.

—Si se trata del asesinato, tendrá que hablar con el inspector jefe Rickards, no conmigo. Es un caso que no me compete a mí resolver.

—Pero quien encontró el cadáver fue usted.

—En determinadas circunstancias, este hecho podría convertirme en sospechoso, pero no me da derecho a interferirme profesionalmente en el caso que lleva otro oficial y que está fuera de mi jurisdicción. No soy quien lleva el caso. Pero usted ya lo sabía, no hace falta que se lo explique.

Pascoe tenía los ojos fijos en el líquido burbujeante.

—Ya suponía que usted no se alegraría especialmente al verme y de hecho no habría venido si hubiera dispuesto de otra persona con quien poder hablar —dijo—. Hay algunas cosas que no puedo hablar con Amy.

—Tenga presente, sin embargo, quién es la persona con quien habla.

—Sí, un policía. Es como un sacerdocio, ¿verdad? En ningún momento se está fuera de servicio. Cuando uno es sacerdote, es siempre sacerdote.

—No tiene nada que ver con el sacerdocio. No se garantiza el secreto de confesión y no hay absolución. No lo olvide.

No dijeron nada más hasta que el café fue vertido en las tazas y trasladado por Dalgliesh a la sala de estar. Se sentaron a uno y otro lado de la chimenea. Pascoe cogió una taza, pero parecía no saber qué hacer con ella. Se sentó y comenzó a darle vueltas en la mano, mirando fijamente al café, pero sin intentar bebérselo. Al cabo de un momento dijo:

—Se trata de Toby Gledhill, el chico que… bueno, la verdad es que era realmente un chico… el que se suicidó en la central nuclear.

—Sí, he oído hablar de Toby Gledhill —dijo Dalgliesh.

—Entonces, espero que sepa cómo murió: se precipitó sobre el reactor y se rompió la crisma. Esto ocurrió un viernes, el doce de agosto. Dos días antes, el miércoles, vino a verme a eso de las ocho de la noche. Yo estaba solo en la caravana. Amy había ido con la furgoneta a Norwich para hacer compras y, como quería ir al cine, me dijo que llegaría tarde. Yo estaba cuidando de Timmy. Llamaron a la puerta y me encontré con él. Lo conocía, por supuesto, o por lo menos sabía quién era, porque lo había visto en una o dos de aquellas jornadas abiertas que se celebraron en la central nuclear. Procuro ir siempre, porque no me pueden impedir la entrada y así tengo oportunidad de hacer alguna preguntita espinosa y de contrarrestar su propaganda. Me parece que también asistió a una o dos de las reuniones que se hicieron a propósito del reactor de agua a presión. Pero, de hecho, no lo conocía personalmente. No se me ocurría pensar cuál podía ser el motivo de su visita, pero lo invité a entrar y le ofrecí una cerveza. Tenía la estufa encendida porque había que secar ropa de Timmy y dentro de la caravana había un ambiente de calor y humedad. Siempre que me acuerdo de aquella noche me parece verlo a través de una neblina de vapor. Después de la cerveza me preguntó si podíamos hablar fuera. Parecía intranquilo, como si sintiera claustrofobia en el interior de la caravana, y me preguntó en varias ocasiones a qué hora llegaría Amy. Así es que saqué a Timmy de la cuna, lo metí en el saco, me lo cargué a la espalda y nos dispusimos a caminar hacia el norte a lo largo de la orilla. Hasta que llegamos a las ruinas de la abadía no me dijo cuál era el motivo de su visita. Me lo dijo de sopetón, sin preámbulo ninguno: había llegado a la conclusión de que la energía nuclear era sumamente peligrosa y que, hasta que se hubiera resuelto el problema de los residuos radiactivos, no se deberían abrir más centrales nucleares. Empleó una expresión que me pareció bastante curiosa. Dijo: «No solo es peligroso, sino corrupto».

—¿Le dijo cómo había llegado a esta conclusión? —preguntó Dalgliesh.

—Me parece que la había ido elaborando a lo largo de varios meses y probablemente Chernobyl había supuesto el empujón final. Me dijo que últimamente había ocurrido algo que lo había ayudado a adoptar aquella postura. No me dijo qué

era, pero me prometió que me lo diría cuando tuviera más tiempo para pensar. Le pregunté si pensaba abandonar su trabajo y dedicarse a otra cosa y si estaba dispuesto a ayudarnos. Dijo que pensaba que debía ayudarnos, que no bastaba con que renunciara a su trabajo, pero que le costaba muchísimo porque admiraba a sus colegas. Dijo que eran científicos muy entregados y hombres muy inteligentes que creían en lo que hacían. Pero él ya había dejado de creer. Todavía no tenía pensado lo que haría, porque de momento no lo tenía demasiado claro. Se encontraba en la misma situación en que yo me encuentro ahora: necesitaba hablar con alguien y supongo que yo le parecía la persona adecuada. Estaba enterado de mi labor en PANUP.

Miró a Dalgliesh y con una cierta ingenuidad, dijo:

—Significa *People Against Nuclear Power*[5]. Cuando se planteó la posibilidad de un nuevo reactor, constituí un pequeño grupo local para que se opusiera al proyecto. Era un grupo de residentes locales, gente corriente pero informada que nada tenía que ver con los grupos nacionales de protesta, mucho más poderosos. No fue nada fácil. La mayor parte del público procura ignorar la central nuclear, hace como si no existiese. E incluso hay quien la ve con buenos ojos porque crea puestos de trabajo y proporciona clientes para las tiendas y bares. De todos modos, en el grupo de oposición había un contingente importante de gente que procedía del CND[6], *Friends of the Earth*[7] y Greenpeace. Naturalmente, los acogimos con los brazos abiertos, porque sabemos que estos van cargados con bala. Pese a todo, era importante que contáramos con gente de la localidad y me parece que soy poco gregario. Me gusta hacer las cosas a mi manera.

—Gledhill habría sido un pez gordo para usted —dijo Dalgliesh, pese a que se dio cuenta de que la frase era un tanto brutal.

Pascoe se quedó como la grana y lo miró a los ojos.

—Sí, esto contaba. Me di cuenta en seguida y me interesaba bastante, me daba cuenta de lo importante que sería que se uniese a nuestras filas. Pero quizá lo que más me halagaba era que hubiera acudido a mí antes que a nadie. Debo reconocer que PANUP no ha dejado mucha huella y que hasta la misma sigla constituye un error. A mí me hubiera gustado una sigla que la gente recordase con facilidad pero PANUP más bien da risa. Sé qué está pensando, que habría hecho más por la causa uniéndome a un grupo de presión existente que dedicándome a halagar mi vanidad. Tiene usted razón.

—¿Le dijo Gledhill si lo había hablado con alguna persona de la central nuclear? —preguntó Dalgliesh.

—Dijo que todavía no lo había hecho y me parece que esto era lo que más temía. Odiaba particularmente la idea de hablar del asunto con Miles Lessingham. Mientras caminábamos por la playa con Timmy durmiendo en mi espalda se sentía en libertad de hablar y me parece que para él era una especie de liberación. Me contó que Lessingham estaba enamorado de él, que él no era gay sino bisexual, que admiraba

profundamente a Lessingham y que le parecía que en cierto modo no merecía el trato que él le daba. Daba la impresión de que todo en él estaba en crisis: sus sentimientos en relación con el poder atómico, su vida personal, su carrera, todo.

De pronto Pascoe, como si acabara de darse cuenta de que seguía con la taza de café en la mano, bajó la cabeza y comenzó a bebérselo a grandes sorbos, presa de una sed desaforada. Vaciada la taza, la dejó en el suelo y se secó la boca con la mano.

—Hacía una noche calurosa después de un día de lluvia —dijo— y había luna llena. Es curioso que todavía lo recuerde. Caminábamos por los guijarros, más arriba de la marca dejada por la marea. De pronto apareció ella, Hilary Robarts, como surgida de la espuma. No llevaba más que la parte baja del bikini y se detuvo un momento mientras el agua se escurría de sus cabellos, toda ella fulgurante con aquella luz espectral que parece surgir del mar en aquella noche estrellada. Se acercó lentamente hacia nosotros a través de la playa. Nosotros nos detuvimos como fascinados. Ella había hecho una pequeña hoguera de ramaje en los guijarros y los tres nos acercamos a ella. Cogió la toalla pero no se envolvió en ella. Estaba… estaba espléndida, con todo el cuerpo cubierto de gotas de agua que centelleaban en su piel y aquel guardapelo entre sus pechos. Sé que le voy a parecer ridículo, quizá cursi, pero parecía una diosa surgida del mar. No advirtió mi presencia siquiera, porque miraba insistentemente a Toby. «Encantada de verte, Toby. ¿Por qué no vienes a casa a cenar y a tomar una copa?», le dijo. Unas palabras corrientes e inofensivas… pero no lo eran. Imposible resistirse, supongo que tampoco me habría resistido yo, por lo menos no en aquel momento. Yo sabía muy bien qué pretendía, como ella misma lo sabía también. Conmigo solo tendría problemas, paro, angustias, la vergüenza incluso. Con ella, seguridad, éxito profesional, el respeto de sus compañeros y colaboradores. Y también amor. Estoy seguro de que le ofrecía amor. Yo sabía qué ocurriría en su caso si él la acompañaba, y él también lo sabía. Pese a todo, la siguió. A mí ni siquiera me dio las buenas noches. Había recogido la toalla y nos había vuelto la espalda como si estuviera totalmente segura de que él la seguiría. Y la siguió. Dos días más tarde, el viernes doce de agosto, se suicidó. No sé qué le diría ella, ni lo sabrá nunca nadie, pero después de aquel encuentro ya le fue imposible seguir adelante. No fue por las amenazas de aquella mujer, suponiendo que las hubiera, pero, de no haber ocurrido aquel encuentro en la playa, creo que ahora estaría vivo. Ella lo mató.

—¿Salió esto en la investigación? —preguntó Dalgliesh.

—No, no salió nada de esto. ¿Por qué iba a salir? Yo no fui llamado a declarar como testigo y todo se llevó a la chita callando. Alex Mair estaba muy interesado en que no se hiciera publicidad. Como usted probablemente ha observado, cuando ocurre algo anormal en una estación nuclear suele hacerse muy poco ruido. Todos acaban siendo expertos en enmascarar la realidad.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Quiero asegurarme de si Rickards tiene que saberlo, y además quizá también se lo cuento porque tengo necesidad de compartirlo con alguien. No sé por qué lo he

escogido a usted. Le ruego que me perdone.

La verdad, ciertamente poco amable, habría sido esta: «Me ha escogido a mí porque quiere que sea yo quien se encargue de contárselo a Rickards y le ahorre esta responsabilidad». Pero en lugar de esta respuesta, dijo:

—Usted se da perfecta cuenta, a lo que veo, de que esta es una información que el inspector Rickards debería tener.

—¿Usted cree? De eso es de lo que quiero estar seguro. Supongo que es el temor que uno siempre tiene cuando tiene tratos con la policía. ¿Qué uso darán a la información? ¿Cómo la interpretarán? ¿Perjudicará, quizás a un inocente? Supongo que usted cree en la integridad de la policía, no sería detective si no creyera en ella. Pero el resto de los mortales sabemos que las cosas no funcionan como es debido, que el inocente puede ser perseguido y el culpable salir bien librado, que la policía no siempre es tan escrupulosa como pretende. No le estoy pidiendo que se lo cuente usted a Rickards en mi nombre, no soy tan infantil como eso, pero no veo qué importancia puede tener. Los dos han muerto y no entiendo que el hecho de contárselo a Rickards pueda facilitar la captura del asesino de Hilary Robarts. Por otra parte, tampoco puede devolver la vida a ninguno de los dos.

Dalgliesh volvió a llenar la taza de Pascoe y después dijo:

—Naturalmente que tiene importancia. Lo que usted sugiere es que Hilary Robarts debió de extorsionar a Gledhill para que permaneciera en su puesto. Todo lo que haga referencia a la señorita Robarts puede tener importancia para desentrañar su muerte. No se preocupe tanto por los sospechosos en verdad inocentes. No se lo digo porque no crea que los inocentes, cuando son objeto de una investigación criminal, no sufren, porque no sería verdad. Todo aquel que se ve afectado por un asesinato, por muy remotamente que sea, sale tocado. Pero el inspector Rickards no tiene un pelo de tonto y además es un hombre honrado. De lo que usted le cuente solo utilizará lo que pueda tener relación con las investigaciones que realiza y será él quien decida qué es importante y qué no lo es.

—Me parece que esto es lo que quería oír. Perfectamente, se lo diré.

Se terminó rápidamente el café como si tuviera prisa por marcharse y, con una sola palabra de adiós, montó en la bicicleta y comenzó a pedalear furiosamente cuesta abajo, con el cuerpo inclinado para contrarrestar la fuerza del viento. Dalgliesh, pensativo, llevó los tazones a la cocina. Aquella descripción verbal de Hilary Robarts saliendo del agua como una diosa resplandeciente había sido extremadamente vívida. Pero había un detalle que no cuadraba. Pascoe había hablado del guardapelo entre los pechos, lo que le había hecho recordar las palabras de Mair mientras contemplaba el cadáver:

—El guardapelo que lleva colgando del cuello se lo regalé el día de su cumpleaños, el veintinueve de agosto.

Así pues, no era posible que Hilary Robarts pudiera llevarlo el diez de agosto. No dudaba de que Pascoe hubiera visto a Hilary Robarts saliendo de las aguas con el

guardapelo entre sus pechos desnudos… pero no había podido ser el diez de agosto.

SEXTA PARTE

Del sábado 1 de octubre al miércoles 5 de octubre

Capítulo 1

Jonathan había decidido que esperaría el sábado para viajar a Londres y continuar sus investigaciones. Sería menos probable que su madre lo acribillase a preguntas si hacía un viaje en sábado para visitar el Museo de las Ciencias que si pedía un día de permiso en día laborable, en cuyo caso querría saber el cómo y el porqué. De todas maneras, consideró prudente pasar media hora en el museo antes de ponerse en camino hacia Pont Street y ya eran más de las tres cuando se encontraba delante de un edificio de pisos. Inmediatamente saltaba a la vista un hecho evidente: nadie que viviera en aquel edificio y que tuviera un ama de llaves podía ser pobre. La casa formaba parte de una hilera de casas victorianas de piedra y ladrillo, con pilares a uno y otro lado de una puerta de un negro rutilante y cristal ornamentado, como de botella verde, en las ventanas de la planta baja. La puerta estaba abierta y a través de ella pudo ver un vestíbulo cuadrado de baldosas de mármol blancas y negras, la balaustrada inferior de una escalinata de hierro forjado y la puerta de un ascensor de caja dorada. A la derecha había una mesa con un portero de uniforme. Deseoso de que no lo viera merodeando por los alrededores de la casa, pasó rápidamente por delante de ella para darse tiempo a pensar qué haría a continuación.

En cierto sentido no tenía que hacer nada, salvo encontrar el camino hacia la estación de metro más próxima, volver a Liverpool Street y coger el primer tren hacia Norwich. Había hecho lo que se había propuesto y ahora sabía que Caroline le había mentido. Se dijo entonces que habría debido sentirse deprimido y angustiado tanto por la mentira como por su propia falsedad al tratar de desenmascararla. Se había figurado que estaba enamorado de ella. En realidad, estaba enamorado de ella. Durante el año pasado Caroline casi no había estado ni una hora ausente de sus pensamientos. Estaba obsesionado con aquella muchacha rubia, distante, hermosa… Igual que un colegial, la había esperado en los rincones de los pasillos por donde sabía que iba a pasar, ansiando encontrarse solo en la cama, sin que nadie lo molestase, para entregarse a sus fantasías eróticas secretas y cuando se despertaba cada día el primer pensamiento giraba siempre en torno a cuándo y dónde se verían la próxima vez. Era evidente que ni el acto físico de la posesión ni el descubrimiento del engaño podían destruir el amor, por lo que le extrañaba encontrar agradable, placentera incluso, la confirmación del engaño. Hubiera debido estar hundido y, en cambio, desbordaba una satisfacción rayana en el triunfo. Ella le había mentido casi sin darle importancia, confiando en que él estaba demasiado enamorado, demasiado subyugado y era demasiado estúpido para poner en tela de juicio toda aquella patraña. Pero entonces, con el descubrimiento de la verdad, el equilibrio de poder que existía en sus relaciones había variado sutilmente. Todavía no sabía qué uso daría a la información. Había hecho acopio de energía y coraje suficientes para actuar, pero que tuviese energía y coraje suficientes para enfrentarse después con ella sabiendo lo que sabía ya era otro cantar.

Caminó rápidamente hasta el final de Pont Street con los ojos clavados en el pavimento, después dio la vuelta y siguió de nuevo sus pasos tratando de abrirse camino entre las emociones que lo invadían, tan embrolladas que parecía que cada una porfiaba por dominar a las demás: alivio, remordimiento, asco, triunfo. ¡Había sido tan fácil! Todos los obstáculos que tanto temía, desde ponerse en contacto con la agencia de detectives hasta encontrar una excusa para pasar ese día en Londres, habían sido superados con una facilidad que nunca habría creído posible. Entonces, ¿por qué no dar un paso más? ¿Por qué no asegurarse del todo? Conocía el nombre del ama de llaves, señorita Beasley. Podía preguntar por ella, decir que había conocido a Caroline hacía aproximadamente un año, quizás en París, que había perdido su dirección y que quería ponerse en contacto con ella. Si sabía atenerse a aquella historia y no empezaba a adornarla con otras zarandajas, no podía correr ningún peligro. Sabía que Caroline en 1986 había pasado sus vacaciones de verano en Francia, año en que él también había ido a ese país. Lo había comprobado porque había salido en la conversación en uno de sus primeros encuentros: ¡inocuas conversaciones acerca de viajes y de pintura, necesidad de encontrar un terreno común, un interés común! Menos mal, pues, que él había estado en París y había visto el Louvre. Podía decir que era allí donde se habían conocido.

Tendría que dar un nombre falso, por supuesto. Utilizaría el nombre de pila de su padre: Percival, Selwyn Percival. Era mejor escoger un nombre poco corriente, porque si era demasiado vulgar podía despertar sospechas. Diría que vivía en Nottingham. Había frecuentado la universidad de aquella ciudad y la conocía bien. El hecho de estar en condiciones de describir calles que le eran familiares hacía creíble la fantasía. Tenía que basar sus mentiras en una estructura auténtica. Podía decir que trabajaba en el hospital de aquella ciudad, que era técnico de laboratorio. Si surgían otros temas, podía sortearlos. Pero ¿por qué tenían que surgir otros temas?

Entró en el vestíbulo con aire de seguridad. Solo un día atrás habría sido difícil para él hacer frente a los ojos del portero. Entonces, sin embargo, seguro de que todo saldría bien, dijo:

—Querría visitar a la señorita Beasley del piso tres. ¿Quiere avisarla de que soy un amigo de la señorita Caroline Amphlett?

El portero dejó la mesa de recepción, entró en su despacho y llamó por el teléfono interior. Jonathan pensó que nada le impedía subir escaleras arriba y llamar a la puerta, pero comprendió en seguida que el portero telefonearía inmediatamente a la señorita Beasley avisándola de que no lo dejara entrar. Había una cierta vigilancia, aunque no particularmente rígida.

Medio minuto después, el hombre estaba de regreso.

—Perfectamente, señor, puede subir. Primera planta —dijo.

No se molestó en coger el ascensor. La puerta doble de caoba, con su número de latón bruñido, sus dos cerraduras de seguridad y la mirilla en el centro estaba en la parte frontal. Atusándose el pelo, llamó al timbre y se dejó observar a través de la

mirilla al tiempo que adoptaba un aire desenvuelto. No podía oír nada en el interior del piso y, mientras aguardaba, parecía que la pesada puerta iba espesándose cada vez más hasta formar una amedrentadora barricada que solo un loco habría intentado derribar. Por un segundo, al imaginarse aquel ojo que lo estaba escrutando a través de la mirilla, tuvo que luchar contra el impulso de huir, pero en aquel momento oyó el débil sonido de una cadena, el ruido de una cerradura al girar la llave y se abrió la puerta.

Desde que había decidido visitar el piso se había sentido tan absorto en urdir la historia que no había concedido ninguna atención a la señorita Beasley. La palabra ama de llaves le había hecho pensar en una mujer de mediana edad, sobriamente vestida, en el peor de los casos un poco altiva e imponente y, en el mejor, educada, charlatana y deseosa de ayudar. La realidad fue tan inesperada que lo sobresaltó de manera incluso perceptible, haciéndolo enrojecer al advertir que se había traicionado. La señorita Beasley era una mujer baja y muy delgada, con cabellos lacios de un tono entre rojizo y dorado, blancos en las raíces y evidentemente teñidos, que le caían sobre los hombros como un rutilante casco. Sus ojos, de un color verde claro, eran inmensos y muy a flor de piel, con los párpados inferiores girados hacia afuera y plagados de venillas, haciendo que pareciera que las órbitas nadaban en una herida abierta. Tenía la piel muy blanca y cuajada de innumerables arrugas, salvo en los pómulos, muy salientes, donde se tensaba y era fina como el papel. En contraste con la fragilidad del cutis, que no llevaba maquillado, la boca era como una fina cuchillada pintada de deslumbrante carmesí. Llevaba zapatillas de tacón alto y quimono y sostenía en brazos un perrito casi pelón de ojos saltones, con el delgadísimo cuello rodeado por un collar de pedrería. Durante unos segundos se quedó mirando a Jonathan en silencio, con el perro apretado contra su pecho.

Jonathan, que sentía que la seguridad tan trabajosamente conseguida lo estaba abandonando, dijo:

—Siento importunarla, pero soy un amigo de la señorita Caroline Amphlett y estoy tratando de localizarla.

—Bien, pues aquí no la encontrará —dijo la voz, reconocida inmediatamente por él, inesperadamente profunda y bronca para una mujer tan frágil como aquella y no fea del todo.

—Siento si me he equivocado de Amphlett —dijo—, pero Caroline me dio su dirección hace dos años y la he perdido. He tratado de localizarla a través del listín de teléfonos.

—Yo no le he dicho que se haya equivocado de Amphlett, sino que no la encontrará aquí. Como parece inofensivo y no creo que vaya armado, mejor será que entre. En los tiempos que corren hay que andarse con mucho tiento, pese a que Baggott es una perla. Hay pocos impostores que logren burlar a Baggott. ¿No será usted un impostor, señor…?

—Percival. Charles Percival.

—Tendrá que excusar mi *deshabillé*, señor Percival, pero por las tardes no suelo recibir visitas.

Siguió a la mujer a través de un recibidor cuadrado y, después de cruzar una doble puerta, entró en lo que al parecer era la sala de estar. La mujer le indicó con actitud imperativa un sofá instalado delante de la chimenea. Era tan bajo que resultaba francamente incómodo y estaba encogido como una cama, con los dos extremos caídos y festoneados con cordones gruesos y anudados. Con movimientos muy lentos, como queriendo tomarse el tiempo necesario, la mujer se situó enfrente de él en una elegante butaca de altas orejeras, instaló el perro en su regazo y clavó fijamente los ojos en Jonathan con la intensidad fija e implacable de un inquisidor. Jonathan sabía que debía de tener un aire torpe y desgarbado, con los muslos hundidos en la blandura de los cojines y las huesudas rodillas tocándole casi la barbilla. El perro, tan pelado que parecía despellejado y que temblaba continuamente como loco de frío, volvió primero hacia él y después hacia ella sus ojos implorantes y exoftálmicos. El collar de cuero con grandes mazacotes de piedras rojas y azules colgaba pesadamente del frágil cuello del animal.

Jonathan venció la tentación de dar una ojeada alrededor de la habitación, pero tenía la impresión de que esta había penetrado en su conciencia hasta sus más mínimos detalles: una chimenea de mármol con una pintura al óleo en la parte superior, en la que aparecía un oficial del ejército victoriano de cuerpo entero, con rostro arrogante y un mechón de cabellos rubios que le caía hasta la mejilla y que tenía un misterioso parecido con Caroline; cuatro sillas de madera tallada con cojines de brocado arrimadas a la pared; suelo claro y pulimentado cubierto de alfombras arrugadas; una mesa en forma de tambor situada en el centro de la habitación y mesas laterales con fotografías en marcos de plata. Reinaba un intenso olor a pintura y trementina. En alguna parte del piso estaban pintando una habitación.

Después de un silencioso escrutinio que duró un momento, habló la mujer:

—¿Así que usted es amigo de Caroline? Me ha sorprendido, señor…, señor… me temo que ya he olvidado su nombre.

—Percival. Charles Percival —dijo Jonathan con energía.

—Yo me llamo Oriole Beasley. Soy el ama de llaves. Como le acabo de decir, me ha sorprendido señor Percival, pero si dice que es amigo de Caroline, por supuesto que acepto su palabra.

—Quizá no debería emplear la palabra amigo, puesto que solo nos vimos una vez en París en 1986. Estábamos los dos visitando el Louvre. En cualquier caso, me gustaría volverla a ver. Ella me había dado su dirección, pero la he perdido.

—¡Qué descuidado! ¿Así que ha esperado dos años y finalmente ha decidido seguirle el rastro? ¿Y por qué no, señor Percival? A lo que se ve, ha sabido reprimir su impaciencia durante dos años.

Sabía cómo lo estaba viendo aquella mujer y cómo lo estaba oyendo: inseguro, tímido, incómodo. Pero seguramente así debía esperar ella que fuese un hombre tan

torpe que se creía capaz de revivir una pasión muerta y efímera.

—Da la casualidad de que paso unos cuantos días en Londres —dijo—. Trabajo en Nottingham, soy técnico en el hospital de aquella ciudad y pocas veces tengo ocasión de viajar al sur. Verdaderamente ha sido como un impulso esa necesidad imperiosa de encontrar a Caroline.

—Pues como puede ver, no está aquí. En realidad, no ha vivido en esta casa desde que tenía diecisiete años y, como no soy más que el ama de llaves, no soy la persona indicada para informar del paradero de la familia al primer visitante ocasional que viene a llamar a la puerta. ¿Se considera usted un visitante ocasional, señor Percival?

—Quizá doy esta impresión —dijo Jonathan—, pero he encontrado el nombre en el listín de teléfonos y he pensado que valía la pena probar. Es probable que ella no quiera volver a verme.

—Lo creo más que probable. Como es lógico, usted debe de llevar encima algún documento que lo identifique, algún papel que confirme que usted es el señor Charles Percival, de Nottingham.

—No, la verdad —dijo Jonathan—, me temo que no. No había pensado…

—¿Ni siquiera una tarjeta de crédito o el carnet de conducir? Me parece que ha venido muy mal preparado, señor Percival.

Había algo en aquella voz profunda y arrogantemente clasista, algo así como una mezcla de insolencia y desprecio, que espoleó en él una actitud de desafío:

—No soy de la compañía del gas —dijo—. No veo por qué tengo que identificarme. Se trata simplemente de una pregunta. Esperaba poder ver a Caroline o a la señora Amphlett. Lo siento si la he ofendido.

—Usted no me ha ofendido. Si a mí me pudieran ofender tan fácilmente no trabajaría para la señora Amphlett. En cualquier caso, no podrá verla. La señora Amphlett está siempre en Italia a finales de septiembre y después se traslada en avión a España, donde pasa el invierno. Me extraña que Caroline no se lo dijera. En ausencia de ella, me ocupo del piso. A la señora Amphlett le disgusta la melancolía del otoño y el frío del invierno y, como es una mujer rica, no tiene por qué soportar lo que no le gusta. Supongo que lo entiende perfectamente, señor Percival.

Aquí, por lo menos, se le ofreció la brecha que necesitaba y, obligándose a mirar aquellos ojos terribles y sanguinolentos, dijo:

—Caroline me había dicho precisamente que su madre era pobre, porque había perdido todo su dinero como resultado de una inversión en la empresa de plásticos de Peter Robarts.

El efecto de sus palabras fue extraordinario. La mujer se quedó como un pimiento: del cuello a la frente viajó como un meteoro una mancha moteada de rojo que cubrió toda la superficie. Tardó un rato en sobreponerse lo suficiente para poder hablar pero, cuando lo hizo, la voz estaba perfectamente controlada.

—O usted lo entendió mal porque así quiso entenderlo, señor Percival, o su memoria le es tan infiel para las cuestiones financieras como para las direcciones. Es

imposible que Caroline le haya contado semejante cosa. Su madre heredó una fortuna de su abuelo cuando ella cumplió los veintiún años y en su vida no ha perdido un solo penique de la misma. Fue mi modesto capital —diez mil libras, por si le interesa saberlo— lo que cometí el desatino de invertir en las trapisondas de aquel bandido consumado. Pero no creo que Caroline confiara esta pequeña tragedia personal a un extraño.

No se le ocurrió decir nada, no encontró explicación plausible ni tampoco extraña. Tenía la prueba que buscaba: Caroline había mentido. Podía estar orgulloso del triunfo que suponía ver confirmadas sus sospechas, ya que su pequeña aventura se había visto coronada por el éxito. En lugar de ello, se sintió invadido por una depresión momentánea y abrumadora ante el convencimiento de algo que tenía tanto de aterrador como de irracional: la comprobación de la perfidia de Caroline le había costado un precio muy alto.

Hubo un silencio durante el cual ella continuó mirándolo sin pronunciar palabra y de pronto preguntó:

—¿Qué opina de Caroline? Es evidente que causó en usted una grata impresión o de otro modo no habría deseado revivir la amistad. Sin duda habrá estado en sus pensamientos durante estos dos últimos años.

—Mi opinión es que es… que era encantadora.

—Sí, ¿verdad? Me complace que le guste. Yo fui su nodriza, su tata, si me permite usar esa ridícula palabra. Podría decirse que fui yo quien la crio. ¿Le sorprende? No soy lo que la gente imagina normalmente como una tata: un regazo calentito, el cuerpo cubierto con un delantal, cuentos, fábulas, oraciones al acostarse, duerme o si no… no crecerás… pero yo tenía mis métodos. La señora Amphlett acompañaba al brigadier en sus desplazamientos al otro lado del mar y nosotras nos quedábamos aquí juntitas las dos, solas ella y yo. La señora Amphlett creía que una niña debía gozar de estabilidad, siempre que no fuera ella la que debía dársela. Por supuesto que si Caroline hubiera sido un chico las cosas habrían ido de otra manera. Los Amphlett no han dado nunca importancia a las chicas. Caroline tenía un hermano, pero se mató con el coche de un amigo cuando tenía quince años. Caroline estaba con ellos, pero salió sin un rasguño siquiera. Me parece que sus padres no se lo perdonaron nunca. Siempre la miraron con unos ojos que decían bien a las claras que el que se había matado era el que no se tenía que haber matado.

Jonathan iba pensando que no quería escuchar, que no quería oír.

—Ella no me dijo que había tenido un hermano —dijo—, en cambio, me habló de usted.

—¿Ah, sí? ¿Le habló de mí? Esto sí que me sorprende, señor Percival. Perdóneme que se lo diga, pero usted es la última persona de quien yo esperaría que ella le hubiera hablado de mí.

Jonathan se dijo para sus adentros que aquella mujer lo sabía. No sabía la verdad, pero sabía que él no era Charles Percival, de Nottingham. Y al observar aquellos

extraordinarios ojos, en los que era inconfundible y evidente la mezcla de desconfianza y de desprecio, le pareció que aquella mujer era una aliada de Caroline y que formaba con ella una conspiración de féminas en la que él desde el principio no había sido más que una desafortunada y menospreciada víctima. Saberlo alimentaba su indignación y le daba fuerza, pero no dijo nada.

Al cabo de un momento la mujer prosiguió:

—La señora Amphlett me mantuvo a su servicio cuando Caroline se marchó de casa, incluso cuando el brigadier fue trasladado. Pero quizá la palabra trasladar no sea el eufemismo adecuado tratándose de un militar y a lo mejor habría que decir promover a un rango superior, ser reclamado por la bandera, ser elevado a la gloria. ¿O quizás esto solo se aplica al Ejército de Salvación? Tengo la impresión de que eso de ser elevado a la gloria solo se dice en el Ejército de Salvación.

—Caroline me dijo que su padre era militar profesional —dijo Jonathan.

—Caroline no ha sido nunca una muchacha comunicativa pero, a lo que veo, usted supo ganarse su confianza, señor Percival. Así es que ahora, en lugar de aplicarme el título de tata, me aplico el de ama de llaves. La señora encuentra multitud de cosas para mantenerme ocupada aunque no esté aquí. Sería imposible que Maxie y yo, con lo que hacemos, pudiéramos costearnos alojamiento y comida y pasarlo bien en Londres, ¿verdad, Maxie? Naturalmente que no podríamos. Hay que coser un poco, hay que reexpedir alguna que otra carta particular, hay que pagar alguna facturita, hay que llevar sus joyas a limpiar, hay que repintar el piso. A la señora Amphlett le desagrada profundamente el olor a pintura. Y por supuesto, Maxie tiene que hacer ejercicio todos los días. A él no le gusta vivir en la perrera, ¿verdad, tesoro? Ya me estoy preguntando qué va a ser de mí cuando Maxie sea elevado a la gloria.

A esto Jonathan no podía decir nada, ni ella esperaba tampoco que lo dijera. Después de un momento de silencio, durante el cual la mujer levantó la pata del perro y la restregó suavemente contra su rostro, continuó:

—Parece como si de repente los viejos amigos de Caroline sintieran la necesidad de ponerse en contacto con ella. El martes, sin ir más lejos, llamó alguien que quería hablar con ella. ¿O fue el miércoles? ¿No sería usted, señor Percival?

—No —dijo Jonathan, al tiempo que se sorprendía de saber mentir con tanta desenvoltura—. No, yo no telefoneé. Pensé que lo mejor era arriesgarme y hacer una visita.

—Pero usted sabía por quién tenía que preguntar. Sabía mi nombre, porque se lo ha dado a Baggott.

Si esperaba cogerlo por aquí, no lo iba a conseguir.

—Me acordaba —dijo—. Como ya le he dicho, Caroline me había hablado de usted.

—Habría sido más sensato llamar primero, porque entonces yo le habría explicado que ella no estaba aquí y le habría ahorrado tiempo. ¡Es extraño que no se

le ocurriese! De todos modos, aquel otro amigo tenía una voz diferente, absolutamente diferente. Era escocés, me parece. Si me permite que se lo diga, señor Percival, usted tiene una voz sin pizca de carácter ni de distinción.

—Si no me puede dar la dirección de Caroline, quizá será mejor que me vaya. Siento haber venido en un momento tan poco oportuno —dijo Jonathan.

—¿Por qué no le escribe una carta, señor Percival? Puedo darle papel, si usted quiere. Me parece que no estaría bien que le diera su dirección, pero puede tener la seguridad de que le haré llegar cualquier comunicación que usted se digne confiarme.

—Entonces, ¿no está en Londres?

—No, hace más de tres años que no vive en Londres y no ha vivido en esta casa desde que tenía dieciocho años. Pero yo sé dónde está, porque estamos en contacto. Tenga la seguridad de que la carta llegará a su destino.

Jonathan se dio cuenta de que aquello era una trampa, pero se dijo que la mujer no conseguiría de él que escribiera. No dejaría nada escrito de su puño y letra, porque Caroline habría reconocido su caligrafía por mucho que hubiera tratado de enmascararla.

—Mejor será que le escriba más tarde, cuando sepa lo que debo decirle —dijo—. Si la envío a esta dirección, usted se la hará llegar, ¿verdad?

—Lo haré encantada, señor Percival. Y ahora supongo que querrá marcharse. Su visita quizás ha sido menos productiva de lo que usted creía, pero espero que se haya enterado de lo que vino a enterarse. Sin embargo, ella no se movió, y por un momento Jonathan se sintió atrapado, inmovilizado, como si los cojines desagradablemente blandos y acomodaticios lo hubieran enviciado. Ya casi estaba esperando que la mujer daría de pronto un salto y le cortaría el paso, lo denunciaría como impostor, lo encerraría en el piso mientras llamaba al portero o a la policía. ¿Qué haría en ese caso? ¿Tratar de apoderarse de las llaves por la fuerza e intentar escapar, aguardar a la policía y procurar recurrir a engaños para recuperar la libertad? Pero el momentáneo pánico remitió. La mujer se puso de pie, se dirigió a la puerta y, sin decir palabra, la mantuvo abierta. No la cerró después y, mientras bajaba, Jonathan tenía conciencia de que seguía en la puerta, de pie con el perro temblando en sus brazos, los dos contemplándolo mientras él iba bajando las escaleras. Ya al pie de las mismas se volvió con una sonrisa para el adiós final, pero lo que vio lo dejó paralizado un segundo antes de echar a correr escaleras abajo y, atravesando a toda prisa el vestíbulo, ganar la puerta de la calle. Nunca en su vida había visto tanto odio concentrado en un rostro humano.

Capítulo 2

Toda aquella empresa había sido más agotadora de lo que Jonathan había imaginado y cuando llegó a Liverpool Street estaba muy cansado. La estación se encontraba en fase de reconstrucción —de mejora, según proclamaban a los cuatro vientos grandes paneles destinados a tranquilizar y a animar a la gente— y se había convertido en un laberinto estruendoso y enmarañado de pasos provisionales y signos de circulación que hacían difícil encontrar los trenes. Tras girar un ángulo equivocado se encontró en una especie de plazoleta de lustroso pavimento y por un momento se sintió tan desorientado como si hubiese ido a parar a una calle desconocida de una ciudad extranjera. La llegada por la mañana había sido menos confusa, pero ahora incluso la estación reforzaba aquella sensación de aventura física y emocional por tierras extrañas.

Así que el tren se puso en marcha, se recostó en el asiento, cerró los ojos y trató de encontrar sentido tanto a lo ocurrido aquel día como a sus encontradas emociones. Pero en lugar de entregarse a la reflexión, cayó dormido casi inmediatamente y no recobró la conciencia hasta que el tren ya estaba a punto de entrar en la estación de Norwich. Aquel descanso le hizo bien y se dirigió a grandes pasos a la nave de aparcamiento con energía y optimismo renovados. Ahora sabía qué iba a hacer: iría inmediatamente al bungalow de Caroline y después de presentarle todas las pruebas, le pediría explicaciones de sus mentiras. No podía seguir viéndose con ella y hacer ver que no sabía nada. Entre ellos existía una relación amorosa, era precisa una confianza mutua. En caso de que ella estuviese preocupada y asustada, allí estaría él para consolarla y tranquilizarla. Jonathan sabía positivamente que Caroline no había podido matar a Hilary. El solo hecho de pensarlo ya era una profanación. No le habría mentido a menos de estar asustada. Allí había algo que no encajaba. La convencería de que fuera a la policía, explicara por qué había mentido y lo había persuadido a él de que mintiera… irían juntos, confesarían juntos. Ni siquiera se preguntó si tendría ganas de verlo o si, siendo sábado y tan tarde, la encontraría en casa. Lo único que sabía era que lo que había entre los dos tenía que quedar perfectamente claro a partir de aquel mismo momento. En su decisión había un sentido de rectitud e ineluctabilidad, además de una especie de sensación de poder. Ella lo creía un imbécil, un pobre desgraciado que no servía para nada. Pues bien, le demostraría que estaba equivocada. A partir de ese momento se produciría un cambio muy sutil en sus relaciones y ella tendría un amante menos predecible, menos maleable.

Cuarenta minutos mas tarde conducía en la oscuridad a través de un terreno llano y monótono en dirección al bungalow. Mientras aminoraba la marcha al ver aparecer la casa a su izquierda, le sorprendió una vez más lo remota y repulsiva que era y hubo de preguntarse nuevamente por qué motivo, con tantos pueblos como había cercanos a Larksoken y con los atractivos que reunía Norwich y la costa, había tenido que alquilar aquel repelente cajón de ladrillo rojo de aspecto casi siniestro. Hasta la

misma palabra bungalow aplicada a la casa le parecía ridícula, porque la palabra evocaba más bien una imagen de desarrollo suburbano en forma de hileras de casas, una imagen de respetabilidad, de ancianitos que ya no estaban para subir escaleras. Caroline habría debido vivir en una torre con amplias vistas al mar.

Y entonces la vio. De la casa salía el Golf plateado a toda velocidad y, al emprender la dirección hacia el este, aceleró la marcha. Caroline llevaba una especie de gorro de lana muy hundido sobre su rubia cabellera, pero la reconoció inmediatamente. No sabía si ella lo había visto o si había identificado su coche, pero frenó instintivamente y, antes de seguirla, dejó que casi desapareciera de su vista. Mientras esperaba sumido en la quietud de aquel paisaje llano oyó que Remus ladraba histéricamente.

Le sorprendió ver lo fácil que le resultaba no perderla de vista. De vez en cuando, un coche al pasar le impedía la visión del Golf plateado y, en ocasiones, al aminorar ella la marcha a causa de los semáforos o al llegar a alguna población Jonathan debía reducir rápidamente la velocidad para que ella no advirtiera que andaba pisándole los talones. Después de atravesar Lydsett, Caroline giró hacia la derecha en dirección a la zona costera. Temía que lo hubiera descubierto, que se hubiera dado cuenta de que la andaba siguiendo, si bien ella continuaba adelante, aparentemente sin prestarle atención. Tras salvar la verja, Jonathan esperó hasta que la hubo perdido de vista por encontrarse al otro lado del cerro, después de lo cual aparcó el coche, apagó las luces e hizo un trozo del camino a pie. Vio entonces que recogía a una persona: una chica delgada, de cabellos muy cortos, rubios con las puntas de color naranja, que quedó iluminada un momento por los faros del coche. El coche giró hacia el norte a lo largo de la carretera de la costa, después hacia el interior en dirección a la central nuclear y finalmente de nuevo hacia el norte. A los pocos minutos Jonathan conoció el destino: el muelle de Wells-next-the-Sea.

Aparcó el Ford Fiesta junto al Golf y las siguió, procurando no perder de vista el gorrito azul y blanco de Caroline. Caminaban aprisa, al parecer sin hablar, y ninguna de las dos volvió la cabeza. Al llegar al muelle las perdió un momento, pero en seguida las vio subir a una embarcación. Ese era el momento, tenía que hablar con Caroline. Casi se echó a correr. Las chicas ya estaban a bordo. Era una pequeña embarcación que no superaba los cuatro metros y medio, provista de una cabina central baja y un motor fuera borda. Las dos muchachas estaban de pie en el interior. Al aparecer, Caroline se volvió hacia él:

—¿Puede saberse qué demonios haces aquí?

—Quiero hablar contigo. Te he venido siguiendo desde que has salido del bungalow.

—Lo sé, imbécil. Te he tenido en el espejo casi todo el camino. Si hubiera querido librarme de ti no me habría costado nada. Mejor que dejes eso de jugar a policías y ladrones. No te va.

En su voz no había irritación, solo una especie de cansancio.

—Caroline, tengo que hablar contigo —dijo Jonathan.

—Entonces aguarda a mañana. O espérame aquí. Volveré dentro de una hora.

—Pero ¿adónde vas? ¿Qué haces?

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué te figuras que estoy haciendo? Este bote es mío, ¡mío! Y aquí delante está el mar. Amy y yo pensamos hacer una excursión.

Jonathan se quedó pensando quién sería aquella Amy, pero Caroline no se la presentó.

—Pero si es muy tarde… —dijo—. Se está haciendo de noche y hay niebla.

—Exactamente, a finales de septiembre suele oscurecer a esta hora. Oye, Jonathan, ¿por qué no te preocupas de tus asuntos y te vas a tu casita con mamá?

Caroline estaba muy atareada dentro de la cabina. Jonathan se inclinó, se agarró a un costado de la embarcación y notó el suave balanceo de las olas.

—¡Caroline, por favor te lo pido, háblame un momento! ¡No te vayas! ¡Te quiero! —dijo.

—Lo dudo.

Daba la impresión de que se habían olvidado de la presencia de Amy.

—Sé que me mentiste cuando dijiste que el padre de Hilary había arruinado a tu madre —dijo Jonathan, desesperado—. Sé que no era verdad nada de lo que me dijiste. Mira, si estás en un apuro, quisiera ayudarte. Tenemos que hablar. Yo no puedo seguir así.

—Yo no estoy en ningún apuro y, si lo estuviera, tú serías la última persona a la que me dirigiría. Y saca las manos de mi barca.

—¿Tu barca? —dijo, como si fuera lo más importante que existiera entre ellos—. ¿Tu barca? No me habías hablado nunca de esta barca.

—Hay un montón de cosas de las que no te he hablado.

Entonces lo vio claro de pronto, no quedaba espacio para la duda.

—Entonces, todo es mentira. Tú no me quieres, no me has querido nunca.

—¡Amor, amor, amor! ¡Déjate de lamentaciones, Jonathan! Mira, vete a casa, ponte delante del espejo y mírate bien. ¿Cómo podías figurarte que fuera verdad? Lo que es verdad es esto: Amy y yo. Por ella me quedo en Larksoken y por mí se queda ella. Ahora ya lo sabes.

—Te has aprovechado de mí.

Sabía que hablaba como un niño llorón.

—Sí, me aproveché de ti. Nos aprovechamos uno del otro. Cuando nos fuimos a la cama tú te aprovechaste de mí y yo me aproveché de ti. La sexualidad es esto. Y si quieres que te diga la verdad, a mí me costó lo mío y por poco me pongo enferma.

Incluso en medio de las angustias de la desgracia y humillación que le infligía, Jonathan advertía una premura que nada tenía que ver con él. La crueldad era deliberada, pero carecía de pasión. Habría sido más soportable de haberla habido. La presencia de Jonathan no pasaba de ser una simple e irritante intromisión en un campo que causaba a Caroline preocupaciones mucho más importantes. El extremo

del cabo azotó el noray. La muchacha acababa de poner el motor en marcha y la embarcación comenzaba a apartarse del muelle. Entonces, por primera vez, apercibió a la otra chica. No había hablado ni una sola vez. Estaba allí de pie, en silencio, junto a Caroline, muy seria, temblando ligeramente, terriblemente vulnerable, y a Jonathan le pareció ver en su rostro infantil una mirada de azorada piedad antes de que las lágrimas comenzaran a pincharle en los ojos y la barca con sus ocupantes se convirtiera en una mancha amorfa. Esperó a que desaparecieran de la vista en medio de las aguas oscuras y entonces tomó otra decisión: buscaría un bar, tomaría una cerveza, comería algo y volvería allí para esperar a que regresaran. No podían estar ausentes mucho tiempo, ya que de otro modo perderían la marea. Él debía conocer la verdad, no podía pasar otra noche en la incertidumbre. Se quedó en el muelle mirando el mar, como si todavía estuviera contemplando la barquita y sus ocupantes, pero en seguida dio media vuelta y, arrastrando los pies, se encaminó al primer bar que encontrase.

Capítulo 3

La pulsación del motor, más fuerte que de costumbre, rompió la tranquilidad del aire. Amy casi se esperaba que se abrirían las puertas, que la gente vendría corriendo por el muelle, que oiría voces de protesta que iban en pos de ellas. Caroline hizo un movimiento y el ruido se disolvió en un suave murmullo. La barca comenzó a apartarse suavemente del muelle.

—¿Y este quién es? ¿Quién es ese pelma? —dijo Amy, enfurruñada.

—Uno de Larksoken que se llama Jonathan Reeves. No tiene importancia.

—¿Por qué le has contado todas esas mentiras? ¿Por qué le has mentido sobre nosotras? ¡Tú y yo no somos amantes!

—Porque ha sido necesario. ¿Qué importa eso? No tiene la más mínima importancia.

—Me importa a mí. Mírame, Caroline, estoy hablando contigo.

Pero Caroline seguía sin mirarla, y se limitó a contestarle con voz tranquila:

—Espera a que estemos lejos del puerto. Tengo que decirte algo, pero tiene que ser en alta mar y necesito concentrarme. Sube a la proa y echa una ojeada.

Amy se quedó un momento indecisa, pero después obedeció, abriéndose paso con mucho cuidado a lo largo de la estrecha cubierta y agarrándose al borde del techo bajo de la cabina. No estaba segura de si le gustaba reconocer aquel ascendiente que Caroline tenía sobre ella. La actitud de ella no tenía nada que ver con el dinero, que Caroline le ingresaba regularmente y de manera anónima en su cuenta postal o que escondía en las ruinas de la abadía, ni tenía que ver tampoco con aquella excitación y sensación secreta de poder que sentía por el hecho de formar parte de una conspiración. Tal vez desde aquel primer encuentro en el bar de Islington que la había conducido a entrar en la Operación Reclamo había tomado subconscientemente la decisión de mostrarse fiel y obediente y, ahora que había llegado el momento de la prueba, ya se sentía impotente para sacudirse aquella tácita lealtad.

Al volver la vista atrás vio que las luces del puerto iban debilitándose, que las ventanas se convertían en pequeños cuadros de luz y, finalmente, en puntos de aguja. El motor comenzó a agitarse y a cobrar más potencia y, de pie en la proa, le pareció sentir todo el poder del mar del Norte bajo sus pies, el siseo del agua al ser hendida por el casco, y vio las olas bravías, lisas y negras como aceite, levantándose entre la niebla, y sintió que la barca se elevaba, estremecida, y que se asentaba después. Tras diez minutos de observación abandonó su puesto y volvió a la cabina.

—Mira, estamos bastante lejos del puerto —dijo Amy—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué has tenido que decirle esto? Aunque deba mantenerme apartada de la gente de Larksoken, te aseguro que pienso localizarlo y contarle la verdad.

Caroline seguía de pie, inmóvil en la caña del timón, con la vista clavada al frente. A su izquierda tenía una brújula.

—No vamos a volver. Eso es lo que tenía que decirte —dijo.

Y antes de que Amy tuviera tiempo de abrir la boca para hablar, dijo:

—Mira, no empieces a ponerte histérica ni discutas. Tienes derecho a una explicación y pienso dártela. En este momento, no tengo opción: tienes que conocer la verdad o parte de la verdad.

—¿Qué verdad? Pero ¿de qué estás hablando? ¿Y por qué no vamos a volver? Me has dicho que solo estaríamos fuera una hora, que teníamos que encontrarnos con unos camaradas a poca distancia de la costa y recibir instrucciones. He dejado una nota a Neil diciendo que no tardaría. Tengo que volver con Timmy.

Caroline seguía sin mirarla.

—No vamos a volver porque no podemos —dijo—. Cuando te recluté en aquella madriguera de Londres, no te dije la verdad. No te interesaba saberla y tampoco sabía hasta qué punto podía confiar en ti. Yo tampoco sabía toda la verdad, únicamente la que necesitaba saber. Así es cómo funciona la operación. La Operación Reclamo no tiene nada que ver con ocupar Larksoken en nombre de los derechos de los animales. No tiene nada que ver con los animales. No tiene nada que ver con ballenas amenazadas ni con focas enfermas ni con animales de laboratorio atormentados, ni con perros abandonados, ni con todas las falsas desgracias que te angustian, sino que tiene que ver con algo mucho más importante: tiene que ver con los seres humanos y con su futuro, tiene que ver con nuestra manera de organizar el mundo.

Hablaba en voz muy baja pero con extraordinaria intensidad.

—¡No te oigo! —dijo Amy gritando para dominar el ruido del motor—. ¡No te oigo bien! ¡Para el motor!

—Todavía no, porque todavía nos queda mucho trecho por recorrer. Tenemos que encontrarnos en un lugar preciso: primero navegar hacia el sudeste y después ir rumbo a las estructuras de la central situadas mar adentro y al faro de Happisburgh. Espero que no aumente la niebla.

—¿Con quién tenemos que encontrarnos?

—Ni sé sus nombres ni el lugar que ocupan en la organización. Como ya te he dicho, no sabemos más que lo que necesitamos saber. Mis instrucciones eran que si la Operación Reclamo salía mal, tenía que llamar a un número y activar el sistema de emergencia para poder salir del asunto. Por esto compré esta barca y me aseguré de que estuviese siempre a punto. Me informaron del sitio exacto donde nos recogerían, después de lo cual nos llevarán a Alemania, nos proporcionarán documentación falsa y una nueva identidad, nos incorporarán a la organización y nos buscarán trabajo.

—¡Yo no quiero meterme en todo esto! —dijo Amy mirando con horror a Caroline—. Son terroristas, ¿no es eso? Tú también eres terrorista. ¡Eres una asquerosa terrorista!

—¿Y qué otra cosa son los agentes del capitalismo? —dijo Caroline con toda calma—. ¿Qué son los ejércitos, la policía, los tribunales? ¿Qué son los industriales, las corporaciones multinacionales que dominan tres cuartos de la población mundial y la mantienen en la pobreza y en el hambre? No emplees palabras que no entiendes.

—Esta palabra la entiendo. No me trates con ese aire de condescendencia. ¿Estás loca o qué? Pero ¿qué demonios estás planeando? ¿Quieres sabotear el reactor, liberar toda esa radiactividad… peor que Chernobyl… matar a todo bicho viviente… a Timmy y a Neil… a Smudge y a *Whisky*?

—No sería preciso sabotear los reactores ni liberar la radiactividad. Bastaría con la amenaza una vez ocupadas las centrales nucleares.

—¿Las centrales? ¿Cuántas? ¿Dónde?

—Una aquí, otra en Francia y otra en Alemania. La acción estaría coordinada y sería suficiente. No se trata de lo que podríamos hacer cuando las hubiéramos ocupado, sino de lo que la gente pensaría que podíamos hacer. La guerra está fuera de programa y no es necesaria. Nosotros no necesitamos ejércitos. Todo lo que necesitamos es unos cuantos camaradas preparados, inteligentes y dedicados, dotados de las facultades necesarias. Lo que tú llamas terrorismo puede cambiar el mundo y es más efectivo en cuanto a coste de vidas humanas que la industria militar de la muerte en la que mi padre hizo carrera. Solo tienen una cosa en común: un soldado tiene que estar preparado a morir por la causa. Nosotros también lo estamos.

—¡No puede ocurrir! ¡Los gobiernos no dejarán que ocurra!

—Ya está ocurriendo y los gobiernos no pueden pararlo. Ni están unidos para ello ni tienen voluntad suficiente. No es más que el principio.

Amy clavó en ella los ojos y dijo:

—¡Detén esa barca! Quiero bajar.

—¿Y nadar hasta la orilla? Te ahogarías o te quedarías helada. ¡Con esta niebla!

Amy no se había dado cuenta de que la niebla se estaba espesando. Por un momento le pareció que distinguía las luces distantes de la orilla, igual que estrellas. Casi podía ver la negrura de las olas que se derrumbaban desordenadamente y mirar por encima de ellas, aunque lenta e inexorablemente iba sintiéndose envuelta en una humedad pegajosa.

—¡Oh, por Dios! —exclamó—. Devuélveme a la orilla. Déjame que me vaya. Tienes que dejar que me vaya. Quiero ir con Timmy, quiero ir con Neil…

—No puedo, Amy. Mira, si no quieres participar, lo único que tienes que hacer es decirlo cuando llegue el bote. Ellos te dejarán en alguna parte, no necesariamente en esta costa, pero en alguna parte. No queremos gente que haga las cosas de mala gana. ¡Con lo que cuesta encontrar una nueva identidad a una persona! Pero si no querías formar parte de todo esto, si no querías comprometerte, ¿por qué mataste a Hilary Robarts? ¿Te figuras que nos ha gustado mucho eso de vernos sometidos a una investigación policial centrada en Larksoken, ser objeto de la atención de la policía, que Rickards en persona tuviera que venir a entrevistarnos, que hurgaran en el pasado de todas las personas, que metieran las narices en todas nuestras intimidades? Y si Rickards te hubiera detenido, ¿qué garantía tenía yo de que no te derrumbarías, de que no le contarías todo lo de la Operación Reclamo, de que no denunciarías a tus socios?

—¿Estás loca? ¡Estoy en una barca con una loca! ¡Pero si yo no la maté! —gritó Amy.

—¿Quién fue entonces? ¿Pascoe? Pues es casi igual de peligroso.

—¿Cómo iba a matarla él? Él volvía de Norwich. A Rickards le contamos toda la verdad. Neil estaba en la caravana a las nueve y estuvimos toda la noche con Timmy. Y todo aquello que hacía el Silbador, lo de los cortes en la frente y lo del pelo, nosotros no sabíamos ni una palabra. Yo creía que la habías matado tú.

—¿Por qué tenía que haber sido yo?

—Porque ella había descubierto lo de la Operación Reclamo. ¿Por esto te escapas? ¿Porque no tienes otra alternativa?

—Tienes razón al decir que no tengo otra alternativa. Pero no tiene nada que ver con Robarts. Ella no descubrió nada. ¿Cómo iba a descubrirlo? Pero alguien descubrió algo. No se trata únicamente del asesinato de Hilary Robarts. Han comenzado a vigilarme… los servicios de seguridad. En alguna parte ha habido una filtración, probablemente de alguna de las células alemanas o de algún infiltrado en el IRA.

—¿Cómo lo sabes? Quizás estás huyendo de nada.

—Son demasiadas coincidencias. La última postal que dejaste en las ruinas de la abadía… ya te dije que no estaba en el sitio convenido. Alguien debió de leerla.

—La habría podido encontrar cualquiera, pero lo que decía no significaba nada. Ni siquiera para mí.

—¿La encontraron a finales de septiembre, al terminar el verano? ¿La encontraron y volvieron a dejarla cuidadosamente en el mismo sitio? Y esto no es todo. Han ido a hacer comprobaciones en el piso de mi madre. Tiene una ama de llaves que había sido mi tata y hoy me ha llamado para decírmelo. Al saberlo no he querido esperar más. He enviado la señal y he dicho que me marchaba.

Por el lado de estribor se veían de vez en cuando las luces de la orilla desdibujadas por la niebla, pero visibles aún. El pulso del motor era menos marcado, se había reducido a un mero zumbido que les hacía compañía. Amy pensó que quizá ya se había acostumbrado a aquel ruido. Le parecía extraordinario estar avanzando de aquella manera tan tranquila y tan segura a través de la oscuridad, escuchando la voz de Caroline mientras hablaba de cosas increíbles: terrorismo, huida, traición… con la misma calma con que hablaría de los detalles de una comida campestre. Amy necesitaba escuchar, necesitaba saber.

—¿Dónde conociste a esta gente para la cual trabajas? —se oyó preguntar.

—En Alemania, cuando tenía diecisiete años. Mi tata estaba enferma y tuve que pasar las vacaciones de verano con mis padres. Mi padre estaba destacado allí. Él no se ocupaba mucho de mí, pero ya había quien lo hacía.

—Pero de eso hace muchos años…

—Saben esperar, al igual que yo.

—Y esa ama de llaves o tata, ¿también pertenece a Reclamo?

—No sabe una palabra del asunto, nada en absoluto. Sería la última persona que yo escogería. Es una vieja loca que no se gana el alojamiento y la cama que ocupa, pero mi madre le ha buscado una utilidad y yo hago lo mismo. Esa mujer odia a mi madre y yo le dije que mi madre quiere enterarse de qué vida llevo y que, por tanto, me haga saber en seguida cuando haya llamadas telefónicas o visitas para mí. Esto le ayuda a hacer tolerable la vida con mamá. Así se siente importante, se figura que me preocupo de ella, que la quiero.

—¿Es verdad? ¿La quieres?

—En otro tiempo la quería. Una niña necesita querer a alguien. Pero al crecer, me liberé de ella. En resumen: ha habido una llamada telefónica y un visitante. El martes fue un escocés o alguien que se hacía pasar por escocés, y hoy ha sido un visitante.

—¿Qué clase de visitante?

—Un joven que le ha contado que me había conocido en Francia. Era mentira. Era un impostor del MI5. ¿Quién más podía enviarlo?

—En realidad, no lo sabes. No es una cosa tan segura como para enviar esa señal, dejarlo todo colgado, ponerte a su disposición.

—Sí lo sé. ¿Quién más podía ser? Ha habido tres hechos separados: la postal, la llamada telefónica y la visita. ¿Qué tenía que esperar más? ¿Que vinieran los servicios de seguridad a echar abajo la puerta de mi casa?

—¿Cómo era este hombre?

—Joven, nervioso, no muy atractivo ni particularmente convincente tampoco. Ni siquiera la tata se lo creyó.

—Un tipo muy curioso para ser del MI5. ¿No tienen nada mejor que hacer?

—Ha hecho ver que era una persona que me había conocido en Francia, que yo le había gustado, que tenía ganas de verme y que al final se había decidido a hacerme una visita en el piso. Por supuesto, un muchacho joven y nervioso, la clase de tipos de los que suelen servirse. No iban a enviar a un veterano cuarentón de Curzon Street. Saben cómo seleccionar la persona adecuada para cada cosa. Este es su trabajo. Exactamente la persona que hacía falta. A lo mejor ni siquiera trataban de que resultase convincente y lo que buscaban era asustarme, hacerme reaccionar, hacerme huir.

—Bueno, pues ya has reaccionado, ¿no es verdad? Pero si te has equivocado, si resulta que has cometido un error, ¿qué hará esa gente para la cual trabajas? Al huir has dado al traste con la Operación Reclamo.

—Esta operación ha sido abortada, pero no comprometeremos el futuro. Mis instrucciones consistían en telefonear si existían pruebas evidentes de que habíamos sido descubiertos. Y este es el caso. No es esto todo: tengo el teléfono pinchado.

—No lo dirás en serio…

—No puedo tener una seguridad absoluta, pero lo sospecho.

De repente Amy gritó:

—¿Y qué has hecho con Remus? ¿Le has dado de comer, le has dejado agua?

—Naturalmente que no. Eso tiene que parecer un accidente. Tienen que figurarse que somos lesbianas y amantes, que habíamos salido a dar un paseo y que nos hemos ahogado. Tienen que creer que lo único que queríamos era pasar un par de horas por ahí. Le doy de comer a las siete. Lo encontrarán hambriento y sediento, nada más.

—¡Pero a lo mejor no empiezan a buscarte hasta el lunes! Se pondrá frenético, comenzará a ladrar y a gemir. No hay nadie cerca que pueda oírlo. ¡Maldita puta!

De repente se abalanzó sobre Caroline gritándole los peores insultos y clavándole las uñas en la cara. Pero Caroline era más fuerte que ella.

Le agarró las muñecas con unas manos que parecían grilletes de acero y Amy se encontró tumbada sobre las tablas. A través de lágrimas de rabia y de dolor murmuró:

—Pero ¿por qué?, ¿por qué?

—Por una causa que merece morir por ella. No hay muchas.

—No hay nada que merezca la muerte, salvo otra persona, una persona a la que quieras. Yo moriría por Timmy.

—Esto no es una causa, sino sentimentalismo.

—Si quisiera morir por una causa, procuraría encontrarla yo misma. No sería para hacer terrorismo. No sería por esos hijos de puta que ponen bombas en los bares y hacen saltar a mis amigos por los aires y no se preocupan para nada de los humildes porque les importan un comino.

—Podías haber sospechado alguna cosa —dijo Caroline—. No eres una chica educada, pero no eres tonta. No te habría escogido si no te hubiera catalogado de esa manera. No me has hecho nunca preguntas… aunque tampoco habrías obtenido ninguna respuesta, pero tenías que haberte figurado que no nos tomábamos tantas molestias solo para salvar gatitos asustados y evitar que exterminasen cachorros de foca.

Amy se preguntó si lo había pensado. Quizá la verdad era que había creído en las intenciones pero no que pudieran ser llevadas a cabo. No había dudado de su voluntad, solo de su capacidad. Y entre tanto era divertido participar en una conspiración. Había disfrutado con la emoción, saber que Neil no estaba al tanto de aquel secreto, el estremecimiento medio simulado que sentía al abandonar la caravana ya anochecido para poner carteles en las ruinas de la abadía. Había tenido que esconderse detrás de unas piedras, muerta de risa, aquella noche en que había faltado poco para ser descubierta por la señora Dennison y el señor Dalgliesh. Además, la paga había sido generosa: mucho dinero para muy poco trabajo. Y después estaba aquel sueño, la imagen de aquel entarimado de diseño todavía desconocido que levantarían sobre la central nuclear y que suscitaría un respeto, una obediencia y una respuesta inmediata. De esta manera dirían al mundo: «¡Basta ya! ¡Basta ahora mismo!». Hablarían en nombre de los animales cautivos en los zoológicos, de las ballenas amenazadas, de las focas enfermas y contaminadas, de los animales de laboratorio torturados, de las bestias aterradas conducidas a los mataderos para oler la sangre y su propia muerte, de las gallinas amontonadas en

espacios reducidos, incapacitadas para picotear, de todo el mundo animal, objeto de abuso y de explotación. Pero no había sido más que un sueño. La realidad era esta: aquellas tablas endebles debajo de sus pies, la niebla oscura y sofocante, las olas aceitosas estrellándose contra la frágil barquichuela. La realidad era la muerte, no había otra. Todo cuanto había ocurrido en su vida desde el momento en que había conocido a Caroline en aquel bar de Islington y habían vuelto juntas a sus casas, desembocaba en aquel momento de verdad, en aquel terror.

—Quiero estar con Timmy. ¿Qué le va a pasar a mi niño? —gimió Amy—. Quiero estar con Timmy…

—No tienes por qué dejarlo, no para siempre. Encontrarán el medio para que se reúna contigo.

—No seas estúpida, ¿qué vida iba a llevar con una panda de terroristas? Lo suprimirían como suprimen a todo aquel que no les interesa.

—¿Y tus padres? —dijo Caroline—. ¿No pueden ocuparse de él? ¿No pueden cuidarlo?

—¿Estás loca? Me escapé de casa porque mi padrastro pegaba a mi madre. Cuando le dio por pegarme a mí, me largué. ¿Te figuras que iba a dejar que Timmy se quedara con ellos?

A la madre de Amy le gustaba la violencia o cuando menos lo que venía después. Aquellos dos años que Amy había pasado con ella antes de escaparse le habían enseñado una lección: solo hay que tener relaciones sexuales con aquellos hombres que te quieren más a ti que a sí mismos.

—¿Y Pascoe? ¿Estás segura de que no sabe nada? —preguntó Caroline.

—Claro que no sabe nada. Si ni siquiera me acuesto con él… Ni él tiene ganas de acostarse conmigo ni yo con él.

Amy, sin embargo, había deseado a una persona. De pronto se le apareció vívidamente la imagen de Alex tumbado junto a ella en las dunas, el olor a mar, a arena y a sudor, aquel rostro grave que la miraba con ironía. No le contaría lo de Alex a Caroline. Aquel era un secreto que le pertenecía y pensaba guardarlo.

Pensó por qué curiosos caminos había tenido que llegar a ese momento en el tiempo, a ese lugar. Quizá, si se ahogaba, toda su vida desfilaría ante ella como, según dicen algunos, ocurre: todo cuanto había hecho, entendido… todo cuanto tuviera algún sentido para ella en aquel momento final y definitivo. Ahora solo veía el pasado como una serie de diapositivas a todo color que se sucedían rápidamente, una imagen recibida en un momento fugaz, una emoción apenas experimentada antes de desaparecer. De pronto se dio cuenta de que temblaba violentamente.

—Tengo frío —dijo.

—Te he dicho que vinieras con ropa de abrigo y nada más. Con este mono no vas a ninguna parte.

—Es la única ropa de abrigo que tengo.

—¿En la zona costera? ¿Qué llevas en invierno?

—A veces Neil me presta su tabardo. Lo compartimos. El que tiene que salir coge el tabardo. Teníamos pensado que yo me comprara uno en la venta de la vieja rectoría.

Caroline se quitó la chaqueta.

—Ten, póntela —le dijo.

—No, es tuya. No la quiero.

—Póntela.

—He dicho que no la quiero.

Pero, como una niña pequeña, dejó que Caroline le metiera los brazos dentro de las mangas y se quedó allí, obediente, mientras le abrochaba la chaqueta. Después se agachó y casi se incrustó debajo del estrecho banco que recorría el bote y comenzó a gritar todo el horror que le inspiraban aquellas olas que avanzaban en silencio hacia ella. Amy tuvo la impresión de que, por vez primera en la vida, sentía en todos sus nervios el poder inexorable del mar. Vio con los ojos de la imaginación su cuerpo pálido y sin vida hundiéndose a través de cientos de metros de húmeda oscuridad hasta el fondo, posándose junto a esqueletos de marineros ahogados desde hacía mucho tiempo, donde criaturas indiferentes nadaban entre las costillas de antiguos barcos. La niebla, menos densa ahora pero mucho más amedrentadora y misteriosa, se había convertido en algo vivo que se movía formando suaves remolinos y respiraba en silencio como si le robase su propio aliento, dejándola jadeante y exhalando horror por cada uno de sus poros. Parecía imposible que en alguna parte existiera tierra, ventanas iluminadas detrás de cortinas corridas, luz asomada en las puertas de los bares, risas, gente sentada en lugares cálidos y seguros. Volvió a ver la caravana como la había visto tantas veces al volver de Norwich ya de noche: un poderoso prisma rectangular de madera que hubiera echado raíces en la zona costera y que desafiara las galernas y el mar, el cálido resplandor de sus ventanas, la espiral de humo que arrojaba la chimenea. Pensó en Timmy y en Neil. ¿Cuánto tiempo tardaría Neil en avisar a la policía? No obraba nunca precipitadamente. Después de todo, ella no era ninguna niña y tenía derecho a salir cuando quisiera. A lo mejor no hacía nada hasta el día siguiente y quizás incluso entonces esperaría. Pero ¡qué importaba! La policía no podía hacer nada. Nadie, salvo aquella desolada figura que había visto en el muelle, sabía dónde estaban y, cuando diera la alarma, ya sería demasiado tarde. Ni siquiera creer en la realidad de los terroristas servía de nada. Estaban a merced de la negra humedad y se pasarían el tiempo dando vueltas y más vueltas hasta que se les terminase el combustible y entonces comenzarían a navegar a la deriva hasta que un barco de cabotaje pudiese remolcarlas.

No tenía ninguna sensación del paso del tiempo y el latido rítmico del motor la acunaba aunque sin infundirle paz y sí tan solo una embotada aquiescencia en la que ella solo era consciente de la dura madera que se clavaba en su espalda y de Caroline, de pie en la cabina, inmóvil y concentrada.

El motor se paró y por espacio de unos segundos el silencio fue absoluto. Después, mientras el bote se mecía suavemente, Amy percibió el crujido de la madera, el ímpetu del agua. La humedad que respiraba casi la ahogaba y el frío se colaba insidiosamente a través de la chaqueta y penetraba hasta sus huesos. Era imposible que nadie pudiera encontrarlos en aquella desolada extensión de agua y vacío… pero a Amy esto ya había dejado de importarle.

—Este es el sitio. Aquí es donde tenemos que encontrarnos —dijo Caroline—. No tenemos que hacer otra cosa que ir describiendo círculos hasta que vengan.

Amy volvió a escuchar el ruido del motor, aunque esta vez solo era un imperceptible latido. Y de pronto lo vio con toda claridad. No había sido un proceso de razonamiento consciente, sino únicamente una cegadora y aterradora certidumbre que había estallado en ella con la claridad de una visión. Durante un segundo sintió que su corazón se helaba, pero notó su latido y el poderoso tamborileo que infundía vida a su cuerpo. Se puso en pie de un salto.

—No me devolverán a tierra porque van a matarme. Y tú lo sabes. Lo has sabido todo el tiempo. Me has traído aquí para que me mataran —le gritó.

Los ojos de Caroline estaban clavados en las dos luces, el destello intermitente del faro, el resplandor de las estructuras apartadas de la costa.

—No seas histérica —le dijo fríamente.

—No pueden arriesgarse a dejarme marchar, porque sé demasiadas cosas. Tú misma has dicho que yo no iba a serles de mucha utilidad. Tienes que ayudarme. Explícales que te he sido de utilidad, convénceles de que vale la pena que me dejen vivir. Si me dejan ir a tierra, puedo serles útil. Tienen que darme una oportunidad. Caroline, tú me metiste en esto y tienes que ayudarme. Tengo que volver a tierra. ¡Escúchame, escúchame Caroline! ¡Tenemos que hablar!

—Estás hablando, y todo lo que dices es absurdo.

—¿Lo es? ¿De veras lo es, Caroline?

Ahora sabía que no tenía que pedir nada por favor, aunque habría querido arrojarse a los pies de Caroline y echarse a gritar:

—Mírame, soy un ser humano, soy una mujer. Quiero vivir. Mi hijo me necesita. No es que sea muy buena madre pero no tiene otra. ¡Ayúdame!

Pero una sabiduría instintiva, nacida de la desesperación, la avisaba de que la humillación, los ruegos, las manos en actitud implorante, los sollozos, las súplicas y gimoteos, solo provocaban repulsión. Estaba pidiendo por su vida y tenía que permanecer tranquila, confiar en las buenas razones. Debía encontrar las palabras justas.

—No es solo por mí, sino también por ti —dijo—. Para las dos puede ser cuestión de vida o muerte. También querrán deshacerse de ti. Tú les eras de utilidad cuando trabajabas en Larksoken, mientras podías pasarles detalles sobre cómo estaba regida la central, sobre qué personas trabajaban en ella y cuándo. Ahora te has convertido en un engorro, lo mismo que yo. No existe diferencia entre las dos. ¿Qué trabajo puedes

hacer por ellos que haga que valga la pena conservarte, ofrecerte una nueva identidad? No pueden buscarte un trabajo en otra central nuclear. Y si el MI5 sigue buscándote quiere decir que no dejará de hacerlo. A lo mejor no se tragan tan fácilmente lo del accidente, sobre todo si nuestros cadáveres no aparecen en la orilla. Y nuestros cadáveres no aparecerán, ¿verdad? A menos que nos maten, que es lo que planean hacer. ¿Qué son dos cadáveres más para ellos? ¿Por qué nos encontramos aquí? ¿Por qué tan lejos? Podrían habernos recogido mucho más cerca de tierra. Si nos hubieran necesitado de verdad, podrían habernos recogido con un avión. Caroline, volvamos, todavía no es demasiado tarde. Puedes decir a la gente para la que trabajas que era peligroso, que la niebla era demasiado densa. Ya encontrarán modo de sacarte si les interesa. Yo no hablaré, porque no me atrevería. Te lo juro por mi vida. Podemos volver y no seremos más que dos amigas que han salido a dar un paseo por el mar y que han regresado sanas y salvas. Es mi vida, Caroline, y podría ser la tuya. Me has dejado tu chaqueta, pero lo que te pido es mi vida.

Amy no tocó a Caroline. Sabía que si hacía un gesto erróneo, tal vez un gesto cualquiera, podía ser fatal, pero sabía igualmente que la figura silenciosa que miraba fijamente frente a ella estaba a punto de tomar una decisión. Al observar aquel rostro concentrado, que parecía cincelado, Amy advirtió por vez primera en su vida que se encontraba terriblemente sola. Hasta sus mismos amantes, a los que ahora veía como una continua procesión de rostros ávidos y suplicantes, de manos ansiosas y rastreadoras, no habían sido otra cosa que seres esporádicos y distantes que le habían hecho creer en la fugaz ilusión de que una vida podía ser compartida. No había conocido realmente a Caroline ni llegaría a conocerla nunca, como nunca entendería tampoco qué había en su pasado, o tal vez en su infancia, que la había llevado hasta esa peligrosa conspiración, hasta ese momento de decisión. Se encontraban situadas físicamente tan próximas que cada una de ellas oía, olía casi, la respiración de la otra. Pese a todo, cada una de ellas estaba sola, tan sola, como si en aquel mar no hubiera ninguna otra barca, ningún otro ser vivo. Si el hado quería que murieran juntas, cada una sería protagonista de su propia muerte, de la misma manera que cada una solo había sido protagonista de su propia vida. Ya no quedaba nada más que decir. Amy había abogado por su causa, pero ya no le quedaban más palabras. Ahora tan solo podía esperar, en medio de la oscuridad y el silencio, si viviría o moriría.

Era como si hasta el tiempo se hubiera detenido. Entonces Caroline tendió la mano y paró el motor. En medio del imprevisto silencio, Amy podía oír, como un latido sordo e insistente, las palpitaciones de su corazón. Entonces habló Caroline y su voz sonó tranquila y grave, como si Amy acabara de plantearle un difícil problema que exigía profunda reflexión.

—Tenemos que alejarnos del punto de encuentro. No tenemos potencia suficiente para huir de ellos si nos descubren y se lanzan a nuestra persecución. La única esperanza que nos queda es apagar todas las luces, alejarnos de este lugar y no hacer ningún ruido, confiando en que la niebla impida que nos descubran.

—¿No podemos regresar al puerto?

—No hay tiempo. Está a más de diez millas de distancia y ellos tienen un motor más potente. Como nos descubran, los tendremos encima en pocos segundos. Nuestra única salvación es la niebla.

Entonces pudieron distinguir, amortiguado por la niebla pero perfectamente detectable, el ruido de un bote que se aproximaba. Instintivamente se aproximaron un poco más allí en el interior de la cabina y esperaron, casi sin atreverse siquiera a hablar en voz baja. Las dos sabían que su salvación dependía exclusivamente del silencio, de la niebla, de la esperanza de que su embarcación no fuera descubierta. Pero el ruido del motor aumentó y se convirtió en un latido regular, vibrante, que no se sabía de dónde venía. Al cabo de un momento, cuando ya se figuraban que la embarcación asomaría entre la oscuridad y se lanzaría sobre ellas, el ruido dejó de aumentar y Amy dedujo que estaba navegando en lentos círculos alrededor de ellas. De pronto lanzó un grito. Un reflector hendió la niebla e incidió de lleno en sus rostros. Quedaron deslumbradas, sin ver otra cosa que el cono gigante de luz en el que partículas de niebla nadaban como motas de luz plateada. Una voz áspera y con acento extranjero les gritó:

—¿Es el *Lark* del puerto de Wells?

Se produjo un momento de silencio antes de que Amy oyera la voz de Caroline. Era una voz clara y firme pero el oído de Amy percibió en ella un matiz de terror.

—No, somos un grupo de amigos de Yarmouth, pero probablemente pararemos en Wells. Nos encontramos perfectamente y no necesitamos ayuda. Gracias.

Pero el reflector no se movió, como si el bote estuviese suspendido entre cielo y mar, en medio de una llamarada de luz. Pasaron unos segundos y no volvió a pronunciarse palabra. Después la luz se apagó y de nuevo oyeron el ruido de los motores al retirarse. Durante un minuto permanecieron a la espera, demasiado asustadas para poder hablar, partícipes de una misma desesperada esperanza de que la estratagema hubiese surtido efecto. Pero muy pronto hubieron de enterarse de la realidad. La luz volvió a inundarlas y en seguida oyeron los motores a toda potencia y vieron que el bote se dirigía recto hacia ellas, aureolado por la niebla. Caroline solo tuvo tiempo de acercar la mejilla helada a la de Amy y de decirle:

—¡Perdóname, perdóname!

Y el enorme casco se elevó sobre ellas. Amy oyó el estallido de la madera astillada y sintió que el bote saltaba por los aires, después se vio proyectada a través de una eternidad de oscuridad húmeda y al momento se sintió caer con un retorcimiento de los miembros maltratados. En seguida notó en la boca el sabor a mar y un frío tan glacial que durante unos segundos no notó nada. Recuperó la conciencia al volver a la superficie, jadeante y porfiando por respirar. Ahora ya no sentía frío, si únicamente la tortura de un fleje de metal que le atenazaba el pecho, terror y lucha desesperada para mantener la cabeza fuera del agua, para sobrevivir. Un objeto duro le arañó el rostro y después se quedó flotando a la deriva. Chapoteó un momento con

sus doloridos brazos y se agarró a un tablón del bote. Por lo menos le ofrecía una oportunidad. Descansó en él los brazos y sintió la reconfortante liberación de la fatiga. Ahora podía pensar de manera racional. El tablón podía sostenerla hasta que se hiciera de día y se levantara la niebla, si no moría de frío y de agotamiento mucho antes. En cierto modo su única esperanza era nadar hasta la orilla pero ¿dónde estaba la orilla? Si se levantaba la niebla podría ver las luces, tal vez incluso la de la caravana. Neil la saludaría agitando la mano. ¡Qué estupidez! La caravana estaba a millas de distancia. A aquellas horas Neil estaría terriblemente preocupado. Todavía no había terminado de hacer los sobres, Timmy estaría llorando porque ella no estaba… ¡Tenía que volver con Timmy!

El mar, al final, quiso ser misericordioso con ella. El frío que había dejado sus brazos ateridos, hasta el punto de que ya no era capaz de mantenerse agarrada al tablón, también le había nublado la mente y ya estaba deslizándose hacia la inconsciencia cuando el reflector volvió a localizarla. Amy ya estaba más allá del raciocinio, más allá del miedo cuando el bote dio la vuelta y arremetió contra su cuerpo a toda máquina. Después ya solo hubo silencio y oscuridad y un único tablón fluctuando dulcemente sobre las aguas allí donde, antes, el mar había estado manchado de rojo.

Capítulo 4

Eran más de las ocho cuando Rickards pudo volver a su casa. Era la noche del sábado, más temprano que de costumbre y, por vez primera después de varias semanas, tenía ante él una noche con sus múltiples posibilidades: una cena tranquila, televisión, radio, algunos trabajos caseros que habían quedado atrasados, telefonear a Susie, acostarse temprano… Pero se sentía inquieto. Ante aquellas horas de ocio que se le ofrecían, se sentía indeciso y no sabía qué hacer con ellas. Estuvo dudando un momento sin saber si ir o no a un restaurante a consumir una cena solitaria, pero el esfuerzo que suponía tener que elegir el restaurante, el gasto e incluso la molestia de reservar una mesa le pareció desproporcionado para la satisfacción que podía depararle. Tomó una ducha y se cambió de ropa, como si el agua caliente constituyera un ritual higiénico totalmente desvinculado de su trabajo, del asesinato y del fracaso, algo que podía dar algún sentido a la noche que se extendía ante él, algo que podía proporcionarle una satisfacción. Después abrió una lata de judías cocidas, asó cuatro salchichas y un par de tomates y se llevó la bandeja a la sala de estar para regalarse con ella mientras veía las noticias de las nueve.

A las nueve y veinte desconectó el televisor y durante unos minutos se quedó inmóvil con la bandeja en las rodillas, pensando que debía de tener todo el aspecto de una pintura moderna que podría titularse *Hombre con bandeja*: una figura envarada e inmóvil en un marco ordinario, pero que se convertía en marco extraño, siniestro incluso. Allí sentado, tratando de hacer acopio de la energía necesaria para lavar lo que había ensuciado, se instaló en él la depresión de siempre, aquella sensación de ser un extraño en su propia casa. Se había sentido más a sus anchas en aquella estancia de paredes de piedra del molino de Larksoken, junto al fuego de la chimenea, bebiendo el *whisky* de Dalgliesh, que en la sala de estar de su propia casa, sentado en su propia butaca, perfectamente tapizada y comiendo su propia comida. No se trataba solamente de la ausencia de Susie, fantasma grávido sentado frente a él, sino que Rickards comparó mentalmente las dos habitaciones, buscando una clave para sus diferentes respuestas a una profunda depresión de la que la sala de estar parecía ser en parte símbolo y en parte causa. No era solamente que el molino tuviera fuego de verdad, que silbaba, crepitaba y restallaba de verdad y olía a otoño de verdad, mientras que el de su casa era sintético, ni era solamente que el mobiliario de Dalgliesh era antiguo, pulimentado por siglos de uso, distribuido para favorecer la comodidad no por la pura apariencia, ni era solamente tampoco que las pinturas de Dalgliesh eran óleos auténticos, acuarelas genuinas y que toda la habitación había sido concebida para que ningún objeto de ella constituyera algo que exigiera una consideración exclusiva. Decidió, por fin, que la diferencia principal estribaba sobre todo en los libros, las dos paredes cubiertas de estantes con libros de todas las épocas y de todos los temas, libros destinados al uso y al placer en la lectura y en su manejo. La pequeña colección de libros que él poseía, en cambio, estaba en el dormitorio,

junto a los libros de Susie. Esta había decidido que los libros eran demasiado diversos y deteriorados para merecer un lugar en lo que ella llamaba el salón, aparte de que su número era muy escaso. En los últimos años Rickards había tenido muy poco tiempo para leer y sus libros se reducían a una colección de novelas de aventuras en rústica, cuatro volúmenes de un club del libro al que había pertenecido durante un par de años, unos cuantos libros de viajes de tapas duras y unos manuales de la policía, aparte de unos cuantos libros que Susie había obtenido en la escuela como premio por su esmero en los trabajos de costura. Sabía, sin embargo, que es indispensable que un niño crezca rodeado de libros. Había leído en alguna parte que era el mejor comienzo de una vida, que era preciso familiarizarse con los libros y tener padres que fomentasen la lectura. Quizá, para empezar, podían colocar unos estantes a ambos lados de la chimenea. Libros de Dickens, porque Dickens le había gustado mucho en los tiempos en que era colegial, también Shakespeare, por supuesto… y los principales poetas ingleses. Su hija, porque ni él ni Susie habían dudado un solo momento de que sería una niña, aprendería a amar la poesía.

Pero todo esto todavía tendría que esperar. Para empezar, lo mejor que podía hacer era ordenar un poco la casa. El aire de estúpida vanidad que respiraba aquella habitación se debía en parte —se daba perfecta cuenta de ello— a la suciedad. Parecía una sala sucia de un hotel de la que nadie se enorgullecía porque nadie esperaba a ningún huésped y a los pocos clientes estables les importaba un bledo que estuviera sucia. Ahora se daba cuenta de que no habría tenido que prescindir de los servicios de la señora Adcock, que antes solía ir a limpiar la casa tres horas todos los miércoles. De todos modos, solo había trabajado en la casa durante los dos últimos meses del embarazo de Susie y él apenas la conocía. Le disgustaba la idea de tener que confiar las llaves de la casa a una extraña, más por amor a la intimidad que por verdadera falta de confianza. Así, pese a los recelos de Susie, había pagado a la señora Adcock una cantidad y le había dicho que se las arreglaría él solo. Incorporó la vajilla de la cena al montón que esperaba en el fregadero y cogió de un cajón una gamuza cuidadosamente plegada. Todas las superficies estaban cargadas de polvo. En la sala de estar pasó el paño por el alféizar de la ventana y observó maravillado el polvo negro que quedó pegado.

A continuación se trasladó al vestíbulo. El ciclamen sobre la mesa del teléfono se había marchitado misteriosamente pese a sus apresurados riegos diarios… o quizás a consecuencia de ellos. Estaba mirándolo con la gamuza en la mano, preguntándose si era mejor tirarlo o si valía la pena tratar de resucitarlo cuando hasta sus oídos llegó el ruido de ruedas al pisar la grava. Abrió la puerta con tal ímpetu al salir al exterior que la puerta golpeó contra la pared y se cerró dejándolo en la calle. Delante de él tenía la puerta de un taxi y de ella salía una figura redondeada que él recibía entre sus brazos.

—¡Amor mío, amor mío! ¿Por qué no has telefoneado?

Susie se inclinó sobre él y Rickards contempló lleno de piedad aquella piel pálida y transparente, las ojeras oscuras bajo los ojos y le pareció que a través de la gruesa

lana del abrigo sentía agitarse a su hija.

—No he esperado más. Mamá había ido a ver a la señora Blenkinsop y he tenido tiempo justo para avisar un taxi por teléfono y dejarle una nota. Tenía que volver. ¿No estás enfadado?

—¡Oh, amor mío, querida mía! ¿Estás bien?

—Cansada —dijo ella, echándose a reír—. Cariño, has cerrado la puerta, menos mal que tengo llave…

Rickards le cogió el bolso, lo revolvió para buscar la llave y el billetero y pagó al taxista, que acababa de dejar la única maleta junto a la puerta. Las manos le temblaban tanto que casi no atinaba a introducir el llavín en la cerradura. Levantó a Susie en brazos para atravesar el umbral y la dejó en la silla del recibidor.

—Quédate sentada un momento, cariño mío, mientras entro la maleta.

—Ricky, ¡el ciclamen está muerto! Le has echado demasiada agua.

—No, no es verdad. Se ha muerto porque te encontraba a faltar.

Susie se echó a reír. La risa era como una música de carillón… alegre, feliz, contenta. Rickards tenía ganas de levantarla en brazos y empezar a gritar. De pronto Susie se puso seria y preguntó:

—¿Ha llamado mamá?

—No, todavía no, pero llamará.

Y en ese momento, como obedeciendo sus palabras, sonó el teléfono. Rickards lo descolgó rápidamente. Esta vez no tenía ningún miedo de escuchar la voz de su suegra, ya no sentía ninguna angustia. Con aquel acto magnífico y decidido Susie había conseguido que los dos quedasen definitivamente al margen de la influencia destructiva de su madre. Rickards había salido de pronto de aquel estado depresivo como arrastrado por una ola inmensa que lo hubiera afianzado sobre una roca. Por un momento contempló el rostro de Susie lleno de ansiedad, una angustia tan intensa que rozaba el dolor, pero en seguida ella se levantó torpemente y se inclinó sobre él al tiempo que deslizaba su mano en la suya. Pero no era la señora Cartwright quien llamaba.

La voz de Oliphant dijo:

—Jonathan Reeves ha llamado a la comisaría, señor, y me lo han pasado. Ha dicho que Caroline Amphlett y Amy Camm han salido juntas en un bote, que ya llevan tres horas en el mar y que la niebla es cada vez más densa.

—¿Entonces por qué llama a la policía? Habría debido ponerse en contacto con el guardacostas.

—Ya lo he hecho, señor. En realidad no lo llamo por esto. Él y Caroline Amphlett no pasaron juntos el domingo y ella estuvo en la zona costera. Lo que él quería decirnos es que Caroline Amphlett había mentido y él también.

—Me imagino que no son los únicos. Nos ocuparemos de ellos mañana por la mañana y oiremos sus explicaciones. Estoy seguro de que ella tendrá alguna que dar.

—Pero ¿por qué ha tenido que mentir si no tiene nada que ocultar? —dijo Oliphant emperrado en el asunto—. Aparte de esto, no se trata únicamente de que la coartada sea falsa, sino de que Reeves dice que la relación que había entre los dos era un engaño y que ella hacía ver que él le interesaba solo para que le sirviera de tapadera para ocultar sus relaciones lesbianas con Amy Camm. Deduzco que las dos deben de estar involucradas en el asunto, señor. Caroline Amphlett tenía que saber que Hilary Robarts iba a nadar todas las noches. Lo sabía todo el personal de Larksoken. Además, ella trabajaba en estrecho contacto con Mair, era la persona más vinculada a él porque era su secretaria particular. Seguramente él le había contado todos los detalles de aquella cena y le había explicado cómo operaba el Silbador. No le habría costado nada apoderarse de las Bumble, porque Amy Camm estaba enterada de la existencia del cofre de cosas para la venta, suponiendo que Caroline Amphlett no lo supiera también. Amy Camm había comprado allí algunas cosas para su pequeño.

—El problema no es apoderarse de la zapatillas, sino ponérselas —dijo Rickards —. Tanto una como otra son bajas.

Oliphant pasó por alto lo que consideró probablemente como una objeción pueril.

—Pero no habría tiempo para probárselas —dijo—. Mejor llevarse un par que pecase por grande que un par demasiado pequeño, y mejor un zapato blando que un zapato de cuero duro. Amy Camm, además, tiene un motivo. Un doble motivo, para ser más exacto. Había amenazado a Hilary Robarts cuando esta dio un empujón al pequeño. El señor Jago nos refirió la pelea que tuvieron. Por otra parte, si Amy Camm tenía interés en quedarse en la caravana, cerca de su amante, era importante que pusiese fin a la demanda por difamación que Robarts había puesto contra Pascoe. Amy Camm estaba perfectamente al corriente de los baños nocturnos de Hilary Robarts, porque si Caroline Amphlett no la había informado al respecto, probablemente se lo había dicho Pascoe. A nosotros nos confesó que a veces la espiaba a hurtadillas. La veo un poco morbosa a esa chica. Y todavía hay otra cosa: Amy Camm tiene una correa de perro, ¿recuerda? También la tiene Caroline Amphlett, dicho sea de paso. Jonathan Reeves ha dicho que el domingo por la noche la señorita Amphlett estaba en la zona costera haciendo ejercicio con el perro.

—No había huellas de perro en el lugar del crimen, sargento. Le recomiendo que no se excite demasiado. Si ella estuvo en el lugar de marras, no así el perro.

—Quizá lo dejó en el coche, señor. Quizá no se llevó el perro, pero se sirvió de la correa. Y aún hay otra cosa más. Lo de los vasos de vino de Thyme Cottage. Es posible que Caroline Amphlett estuviera en casa de Hilary Robarts antes de que esta saliera para tomar el baño. Es la secretaria particular de Mair y seguro que Hilary Robarts la dejó entrar sin rechistar. Todo se suma, señor. Está más claro que el agua, señor.

Rickards estaba pensando que estaba tan claro como el agua turbia, pero también pensó que Oliphant podía tener razón. Comenzaban a perfilarse cosas, pese a que

todavía no existía ni sombra de pruebas. Por su parte, él no debía permitir que la antipatía que le inspiraba Oliphant influyese en sus juicios. Y además, existía una realidad deprimente por lo obvia. Si detenía a otro sospechoso, esta teoría, por su falta de pruebas, podía convertirse en una breva para cualquier abogado defensor.

—Es ingenioso, pero absolutamente circunstancial —le dijo—. De todos modos, podemos esperar a mañana, dado que esta noche ya no podemos hacer nada.

—Tendríamos que ver a Reeves, señor. A lo mejor mañana por la mañana ya ha modificado su versión.

—Vaya a verlo usted y comuníqueme la llegada de Amy Camm y Caroline Amphlett así que se produzca. Nos veremos en Hoveton a las ocho y entonces ya les tiraremos de la lengua. No quiero que les hagan ninguna pregunta hasta mañana y pienso interrogarlas yo. ¿Queda entendido?

—Sí, señor. Buenas noches, señor.

Así que colgó el teléfono, Susie le dijo:

—Si crees que debes ir, amor mío, ve tranquilamente y no te preocupes por mí. Ahora ya estoy en casa y me encontraré muy bien.

—No es urgente. Oliphant lo puede solucionar y, además, a él le gusta. Dejemos que sea feliz.

—No quiero ser ningún engorro para ti. Mamá me decía que si yo no estaba en casa tú estarías más tranquilo.

Se volvió hacia ella, la abrazó y las lágrimas que rodaron por sus mejillas mojaron las de su mujer.

—Yo nunca estoy más tranquilo cuando tú no estás —dijo.

Capítulo 5

Los cuerpos aparecieron tres días después, a tres kilómetros de Hunstanton en dirección sur… o por lo menos una parte suficiente de los cuerpos para permitir su identificación. El lunes, un recaudador de impuestos jubilado que estaba paseando por la playa con su perro dálmata, observó que el animal estaba olisqueando lo que al primer momento le pareció un enorme trozo de tocino con multitud de algas adheridas que se deslizaba y rodaba por la orilla a merced de la marea. Al aproximarse al objeto, este fue absorbido por la retirada de una ola, pero con el ímpetu de la siguiente el mar se lo devolvió y lo dejó a sus pies y entonces pudo contemplar con incrédulo horror el torso de una mujer con el cuerpo cercenado por la cintura. Quedó petrificado un segundo, la mirada clavada en la cuenca vacía del ojo izquierdo, donde el agua de la marea parecía estar en ebullición, y contempló cómo el mar removía sus pechos aplastados. Pero se apartó en seguida porque se sintió violentamente enfermo y, arrastrando los pies como si estuviera borracho y tirando del perro que llevaba cogido por el collar, se dirigió hacia la zona de guijarros de la playa.

El cuerpo de Caroline Amphlett, sin ninguna mutilación, fue arrojado a la orilla por la misma marea junto con varias tablas del bote y parte del techo de la cabina. Lo encontró Daft Billy, un vagabundo manso e inofensivo, en el curso de una de sus exploraciones regulares. Lo que vio primero fueron las maderas y, con grandes exclamaciones de júbilo, las jaló hasta la arena. Después, ya el botín en lugar seguro, desvió la atención, desconcertado, hacia la muchacha ahogada. No era el primer cuerpo que encontraba en cuarenta años de recorrer las playas y sabía qué había que hacer en estos casos y a quién había que avisar. Lo primero que hizo fue cogerla por las axilas y apartarla del alcance de la marea. Después, lamentándose en voz baja, como si se doliese de su torpeza o de que ella no reaccionase, se arrodilló a su lado y, sacándose la chaqueta, la tendió sobre los jirones de su camisa y de sus pantalones.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Estás bien?

Después, con mucha delicadeza, fue retirándole todos los mechones de pelo de los ojos y, balanceándose dulcemente, se puso a canturrear una cancioncilla como si acunara a una niña.

Capítulo 6

El martes, después de comer, Dalgliesh hizo tres visitas a pie a la caravana, pero en ninguna encontró a Neil Pascoe. No quería telefonear para enterarse de si había vuelto y, por otra parte, tampoco tenía una razón plausible para verlo, por lo que prefería hacerle una visita como parte de un paseo, como si la decisión de dejarse caer en la caravana obedeciera a un mero impulso. En cierto sentido podría haber sido una visita de pésame, pero como solo conocía a Amy Camm de vista, encontraba la excusa hipócrita a la vez que poco convincente. Poco después de las cuatro, cuando la luz ya comenzaba a mermar, volvió a probar. Esta vez encontró la puerta de la caravana abierta de par en par, pero ni rastro de Pascoe. Mientras permanecía un momento sin saber qué hacer, se dio cuenta de que por el borde del acantilado se levantaba una columna de humo y que el aire se llenaba de pronto del olor acre de una hoguera.

Desde el acantilado miró abajo y pudo contemplar una curiosa escena: Pascoe había preparado un lecho de piedras y trozos de cemento y había hecho una hoguera en la que quemaba papeles, archivos, cajas de cartón, botellas y lo que a Rickards le pareció un conjunto de prendas de vestir. El montón de objetos que aguardaban ser quemados se encontraba aprisionado por las barras de la cuna de Timmy, sin duda destinada esta también a alimentar la pira, y que de momento los protegía contra el viento. A un lado, como una barrera provisional e inefectiva, había un colchón manchado y fuertemente arrollado. Pascoe, vestido únicamente con unos mugrientos pantalones cortos, se movía como un demonio enloquecido, con unos ojos blancos como platos en su rostro tiznado y los brazos y el pecho desnudos y empapados de sudor. Mientras Dalgliesh se deslizaba por la pendiente arenosa del acantilado y se acercaba a la hoguera, Pascoe hizo un ademán con la cabeza a manera de reconocimiento escueto de su presencia y en seguida arrastró hasta el fuego con desesperada precipitación una pequeña maleta cubierta de arañazos que estaba debajo de los barrotes de la cuna. Después dio un salto y se mantuvo en equilibrio junto al amplio borde de la hoguera con las piernas separadas. Todo su cuerpo resplandecía con el rojizo fulgor de las llamas, hasta el punto de que parecía transparente y como iluminado por dentro, mientras que de sus hombros, como gotas de sangre, resbalaban grandes goterones de sudor. Con un grito, arrojó al fuego la maleta, que se abrió al caer. Las ropas del pequeño se desparramaron formando una cascada de vivos colores, mientras las llamas, como lenguas vivas, apresaban las prendas de lana en el aire, convirtiéndolas en antorchas que resplandecían un breve momento antes de caer, ennegrecidas, en la hoguera. Pascoe se quedó quieto un momento, respirando pesadamente y después se apartó de un salto con un grito mitad júbilo y mitad desesperación. Dalgliesh comprendía y en parte compartía aquella exaltación provocada por la yuxtaposición del viento, el fuego y el agua. Las lenguas de fuego rugían y silbaban en cada nueva ráfaga de viento y, a través de una trémula neblina de

calor, veía las olas que se revolcaban tumultuosamente como si estuvieran teñidas de sangre. Al arrojar otro archivo lleno de papeles, los fragmentos ya carbonizados se elevaron en el aire y comenzaron a bailar como pájaros frenéticos, golpeando suavemente el rostro de Dalgliesh y volviendo después a posarse en las piedras secas de la zona de guijarros igual que una lluvia negra. A Dalgliesh le escocían los ojos a causa del humo.

—¿No está contaminando la playa? —le gritó.

Pascoe se volvió hacia él y por primera vez le dirigió la palabra, gritando para dominar el rugido del fuego.

—¡Qué importa, cuando estamos contaminando todo este maldito planeta!

Dalgliesh le volvió a gritar.

—Échele grava encima y déjelo para mañana. Hace demasiado viento para andar con fuegos esta tarde.

No esperaba que Pascoe le hiciera caso pero, para sorpresa suya, fue como si sus palabras lo hubieran devuelto a la realidad. Mirando el fuego con aire lúgubre, dijo tristemente:

—Quizá tenga razón.

En un montón de basura había una pala y una zapa, las dos oxidadas. Entre los dos echaron en el fuego una mezcla de guijarros y arena para sofocar las llamas. Al extinguirse la última lengua de fuego con un enojado silbido, Pascoe se dio la vuelta y comenzó a andar por la cuesta que subía hacia el acantilado. Dalgliesh lo seguía. La pregunta que se estaba temiendo («¿Ha venido a verme? ¿Quiere hablar conmigo?») no llegó a ser formulada y, aparentemente, ni pensada siquiera.

Ya en la caravana, Pascoe cerró la puerta de un puntapié y se desplomó junto a la mesa.

—¿Quiere una cerveza? —preguntó—. ¿O prefiere una taza de té? Me he quedado sin café.

—Nada, gracias.

Dalgliesh tomó asiento y observó a Pascoe mientras este se dirigía a tientas al frigorífico. Volviendo a la mesa, arrancó la lengüeta de la lata de cerveza, echó la cabeza para atrás y comenzó a beber a chorro continuo. Después, mientras estrujaba la lata con la mano, se sumió en el silencio. Ninguno de los dos hablaba y a Dalgliesh le daba la impresión de que su compañero casi no se daba cuenta de su presencia. Dentro de la caravana reinaba la oscuridad, y el rostro de Pascoe, separado del suyo por sesenta centímetros de mesa, era un óvalo impreciso donde las órbitas blancas de los ojos destacaban con extraña viveza. Tropezando con los objetos Pascoe farfulló unas palabras acerca de las cerillas y, unos segundos después, Dalgliesh oyó un sonido áspero, un siseo y vio las manos de Pascoe avanzar hacia la lámpara de aceite que estaba sobre la mesa. Bajo el resplandor de la luz que iba haciéndose más intensa por momentos, Dalgliesh vio que su rostro, por debajo de la suciedad y las manchas del humo, estaba demacrado y acartonado y que en sus ojos se reflejaba el dolor. El

viento sacudía la caravana, no de manera violenta sino con un balanceo regular y suave como si una mano invisible la estuviera meciendo. La puerta corredera del compartimiento final estaba abierta y a través de ella Dalgliesh pudo ver, sobre la estrecha cama, un montón de prendas femeninas coronadas por toda una colección de tubos, tarros y botellas. Aparte de esto, la caravana estaba ordenada, pero desnuda, menos un hogar que un refugio temporal y mal equipado, y que todavía conservaba el inconfundible olor a leche y a heces que había dejado Timmy. La caravana ahora estaba llena de la ausencia del niño y de su madre, como lo estaban los pensamientos de los dos.

Después de unos minutos de silencio, Pascoe se quedó mirando a Dalgliesh.

—He quemado todo lo de PANUP con el resto de la basura. Seguramente ya se lo ha figurado, ¿verdad? No servía para nada, solo para satisfacer mi necesidad de sentirme importante. Usted ya me lo advirtió más o menos cuando fui a visitarle al molino.

—¿De veras? No tengo ningún derecho a advertírselo. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Ir a Londres y buscar trabajo, porque la universidad no quiere prorrogarme la beca un año más. No la recrimino por ello. A mí me gustaría más ir hacia la parte nordeste, pero supongo que en Londres hay más esperanzas de encontrar algo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Cualquiera, me da igual una cosa que otra con tal de que me proporcione dinero para vivir y no sea de utilidad para nadie más.

—¿Qué ha pasado con el pequeño Timmy? —preguntó Dalgliesh.

—Las autoridades locales se lo han llevado. Tienen un lugar para atenderlo. No sé cómo se llama. Ayer se presentaron una pareja de asistentas sociales y se lo llevaron. Eran unas mujeres bastante decentes, pero el niño no quería ir con ellas. Me lo tuvieron que arrancar de los brazos y se quedó pegando berridos. ¿Eso es lo que hace la sociedad con los niños?

—No tiene más remedio —dijo Dalgliesh—. Hay que hacer planes a largo plazo para su futuro y, además, el niño no se podía quedar aquí indefinidamente.

—¿Por qué no? Hace más de un año que me ocupo de él. Por lo menos me habría quedado algo después de todo ese lío.

—¿Han localizado a la familia de Amy? —preguntó Dalgliesh.

—No les habrá dado tiempo. Además, cuando la localicen tampoco van a decírmelo. Timmy ha vivido aquí durante más de un año pero yo cuento menos que unos abuelos a los cuales no ha visto nunca y a los que el niño seguramente les importa un rábano.

Todavía tenía la lata en la mano, que seguía retorciendo lentamente.

—Lo que más me ha dolido ha sido el engaño —dijo—. Creía que le importaba algo… no yo, por supuesto, sino lo que hago. Pero todo era comedia. Se aprovechaba de mí y de este sitio para estar cerca de Caroline.

—No se veían mucho ellas dos, ¿verdad? —dijo Dalgliesh.

—¿Cómo voy a saberlo? Cuando yo no estaba aquí seguramente se escabullía para ir a ver a su amante. Quizá dejaba solo a Timmy horas y horas. Tampoco él contaba para nada. Contaban más los gatos que Timmy. La señora Jago se ha quedado con ellos. Con ella estarán bien. A veces, los domingos por la tarde tenía la cara de decirme que se iba a encontrar con su amante en las dunas de la playa. Yo me figuraba que era una broma, porque necesitaba que fuera así. Y entretanto ellas hacían el amor y se reían de mí a mis espaldas.

—Usted dice que eran amantes porque eso es lo que le ha dicho Reeves —dijo Dalgliesh—, pero a lo mejor Caroline le mintió.

—No, no le mintió. Lo sé seguro. Las dos se aprovechaban de nosotros, de Reeves y de mí. Amy no era… ¿cómo lo diría?… no era fría sexualmente. Estuvimos viviendo juntos aquí durante más de un año. La segunda noche ella… bueno… se ofreció a venir a mi cama, pero era para pagarme el alojamiento y la comida. Yo me negué a aceptarlo… por los dos… pero con el tiempo comencé a tener esperanzas. Quiero decir que, como vivíamos aquí juntos, comencé a enamoriscarme de ella. Pero la verdad es que ella no quería que yo me acercase y, cuando la veía llegar de sus paseos de los domingos, sabía qué había pasado… hacía ver que no me enteraba, pero lo sabía. Estaba exultante, radiante de felicidad.

—¿Tan importante es para usted la relación que pudiera tener con Caroline, suponiendo que sea verdad? —dijo Dalgliesh—. ¿No cuenta nada para usted lo que han vivido aquí dentro, el afecto, la amistad, la camaradería, tener que ocuparse de Timmy… total porque ella resolvía su vida sexual fuera de las paredes de esta caravana?

—¿Olvidar y perdonar? Dicho así parece fácil —dijo Pascoe con amargura.

—Imagino que no puede olvidar o quizá que no quiere olvidar, pero no veo por qué emplea la palabra perdonar. Ella nunca le prometió nada que no le diera.

—Usted me desprecia, ¿verdad?

Dalgliesh pensó qué poco atractivo era para los demás aquel ensimismamiento de los que son profundamente desgraciados. Pero había venido para hacerle algunas preguntas.

—¿Y no ha dejado nada? —dijo—. ¿Ni papeles, ni discos, ni diario, nada que explique qué hacía en la zona costera?

—Nada, pero yo sé por qué estaba aquí: era para estar cerca de Caroline.

—¿Tenía algún dinero? Aunque usted la mantenía, ella debía de tener algún dinero, ¿no?

—Ella siempre tenía dinero de bolsillo, pero no sé de dónde lo sacaba. No me lo explicó nunca y a mí no me gusta preguntar. Sé que no cobraba nada en concepto de ayuda social pero, según me dijo, era para evitar que vinieran a husmear aquí en la caravana para ver si nos acostábamos o no. Yo estaba de acuerdo con ella. A mí tampoco me habría gustado.

—¿No recibía correspondencia?

—De vez en cuando recibía alguna postal. Con una cierta regularidad, diría yo. Seguramente tenía amigos en Londres. No sé qué hacía con ellas, quizá las tiraba. En la caravana ya no queda nada suyo, salvo la ropa y el maquillaje, y lo voy a quemar en seguida que pueda. Después ya no quedará rastro de su paso por la caravana.

—En cuanto al asesinato —preguntó Dalgliesh—, ¿cree que Caroline Amphlett mató a Hilary Robarts?

—Quizá, pero no me importa. Ha dejado de importarme. Si no la mató, Rickards la convertirá en su chivo expiatorio. Dirá que fueron ella y Amy conchabadas.

—Usted no cree que Amy fuera una asesina, ¿verdad?

Pascoe se quedó mirando a Dalgliesh con la frustración y la rabia de un niño que no comprende las cosas.

—No sé. ¿Quiere que le diga una cosa? No llegué a conocerla nunca, se lo aseguro. No lo sé y, ahora que Timmy ya no está, la verdad es que no me importa. Estoy hecho un verdadero lío, me siento indignado por lo que ha hecho, por lo que era… y siento pena por su muerte. No me figuraba que se pudiera estar triste y enfadado al mismo tiempo. Tendría que estar lamentando su muerte, pero lo único que siento es una rabia terrible.

—Sí —dijo Dalgliesh—, claro que puede sentir rabia y dolor al mismo tiempo, es la reacción más normal frente a la desgracia.

Súbitamente Pascoe se echó a llorar. La lata de cerveza golpeó contra la mesa y él inclinó la cabeza mientras sus hombros se movían convulsivamente. Dalgliesh pensó que las mujeres saben hacer frente al dolor mejor que los hombres. Las había visto infinidad de veces, agentes de policía femeninas moviéndose instintivamente hacia un niño, cogiéndolo en brazos, quizás un niño extraviado o una madre sumida en el dolor. También había hombres que se desenvolvían bien en estas circunstancias. Rickards, por ejemplo, en otros tiempos. Pero él solo sabía consolar con palabras porque, claro, las palabras eran lo suyo. Lo que encontraba difícil, en cambio, era aquello que era tan fácil para la gente de corazón generoso, la disposición a tocar a la otra persona, a dejarse tocar por ella. Pensó que, de todas maneras, estaba allí con otros propósitos y que, de no haber sido así, quizá también habría sido capaz de ayudar a Pascoe.

—Me parece que el viento se ha calmado un poco —dijo—. ¿Por qué no terminamos de quemarlo todo y despejamos de basura la playa?

Una hora más tarde Dalgliesh se disponía a volver al molino. Al despedirse de Pascoe en la puerta de la caravana, vio aparecer un Ford Fiesta azul que se acercaba dando saltos sobre la hierba con un joven al volante.

—Jonathan Reeves —dijo Pascoe—. Era el novio de Caroline Amphlett… o eso se figuraba él. Lo engañó igual que Amy me engañó a mí. Ha estado aquí un par de veces para charlar. Habíamos pensado que iríamos al Local Hero a jugar una partida de billar.

Dalgliesh no pudo por menos de pensar que la imagen de dos hombres, unidos por una desgracia común, consolándose por la perfidia de sus mujeres a base de cerveza y billar no era un cuadro muy agradable, pero parecía que Pascoe quería presentarle a Reeves, por lo que se encontró estrechando una mano sorprendentemente firme y expresándole su más sentido pésame, tal como correspondía.

—Todavía me resulta increíble —dijo Jonathan Reeves—, pero supongo que esto es lo que dice toda la gente cuando vive una muerte repentina. No puedo evitar pensar que todo ha sido culpa mía. Tenía que haber impedido que salieran.

—Eran adultas —dijo Dalgliesh— y sabían lo que se hacían. De no sacarlas a rastras del bote, cosa que me parece del todo imposible, no veo cómo habría podido impedir que salieran.

—Tenía que haberlo impedido —dijo Reeves con aire obstinado, después de lo cual añadió—: Siempre sueño lo mismo… más que un sueño es una pesadilla. La veo de pie al lado de mi cama con al niño en brazos diciéndome: «Todo es culpa tuya. Todo es culpa tuya».

—¿Se te aparece Caroline con Timmy? —preguntó Pascoe.

Reeves se quedó mirándolo como si le sorprendiera que fuese tan obtuso y dijo:

—No es Caroline la que se me aparece, sino Amy. Amy, a la que yo no conocía. Se queda allí con los cabellos chorreando agua, sosteniendo el niño en brazos, y me dice que todo ha sido culpa mía.

Capítulo 7

Una hora más tarde Dalgliesh dejaba la zona costera y enfilaba la A1151 en dirección oeste. Veinte minutos más tarde giró hacia el sur y tomó una estrecha carretera rural. Había caído la noche y las nubes rápidas y bajas, deshilachadas por el viento, parecían jirones de una manta que pretendiera cubrir la luna y las estrellas. Dalgliesh conducía rápido y decidido, consciente apenas del bramido y de la fuerza del viento. Solo había circulado por aquella carretera en otra ocasión, aquel mismo día por la mañana a primera hora, pero no tenía ninguna necesidad de consultar el mapa: sabía a dónde iba. A cada lado de la carretera los setos bajos dejaban ver campos negros e infinitos. Las luces del coche bañaban de plata algún que otro árbol ocasional, distorsionado y agitado por el viento, iluminaban esporádicamente, como si fueran reflectores, blancas fachadas de algún *cottage* aislado o captaban un momento los ojos refulgentes de algún animal nocturno antes de que escapara en busca de seguridad. El trayecto no era largo, menos de cincuenta minutos, pero, con la mirada fija al frente y cambiando de cuando en cuando la marcha igual que un autómata, por un momento se sintió desorientado como si estuviera conduciendo desde hacía interminables horas por la desolada oscuridad de aquel paisaje llano y secreto.

La mansión victoriana de ladrillo se levantaba en las afueras del pueblo. La puerta a través de la cual se accedía al camino de grava estaba abierta, por lo que Dalgliesh condujo por él lentamente entre laureles azotados por el viento y las ramas crujientes de las hayas, después de lo cual maniobró para aparcar el Jaguar junto a los tres coches discretamente colocados a un lado de la casa. Las dos hileras de ventanas de la fachada estaban oscuras y la única bombilla que iluminaba la lumbrera de la puerta le pareció a Dalgliesh menos una señal de bienvenida y de actividad que una señal de connivencia, una indicación siniestra de vida secreta. No necesitó llamar. Había oídos atentos al ruido del coche que se acercaba y la puerta se abrió justo al llegar a ella por intervención de aquel mismo portero fornido y jovial que lo había saludado a primera hora de la mañana en ocasión de su primera visita. Como entonces, llevaba un mono azul tan primorosamente cortado que parecía un uniforme. Dalgliesh se preguntaba cuál era su función precisa: ¿chófer, guarda, criado para todo? ¿O es que quizá tenía una función especializada y más siniestra?

—Están en la biblioteca, señor —dijo—. Voy a servir el café. ¿Quiere unos bocadillos, señor? Ha quedado un poco de carne o podría ofrecerle queso.

—Simplemente café, gracias —dijo Dalgliesh.

Lo esperaban en la misma habitación pequeña, situada en la parte trasera de la casa. Las paredes estaban recubiertas de paneles de madera clara y había una única ventana, una ventana saliente y cuadrada, cubierta con pesadas cortinas de terciopelo azul pálido. Pese al nombre que se le daba, la función de la habitación no estaba claramente determinada. Era un hecho que la pared opuesta a la ventana estaba cubierta de estanterías, pero únicamente albergaban una docena de libros

encuadernados en piel, aparte de montones de periódicos atrasados que daban la impresión de suplementos dominicales en color. La habitación tenía un aire inquietante de provisionalidad, aunque no estaba desprovista de comodidades, un lugar de estacionamiento donde sus ocupantes temporales trataban de sentirse como en casa. Alrededor de la historiada chimenea de mármol había seis butacas de diferentes tipos, la mayoría de cuero y con una mesilla al lado de cada una. El extremo opuesto de la habitación estaba ocupado por una mesa de comedor moderna, de madera lisa, rodeada de seis sillas. Por la mañana Dalgliesh había visto en ella los restos del desayuno y el aire entonces estaba cargado con el olor sofocante de huevos con tocino. Ahora, en cambio, estaba totalmente despejada y únicamente soportaba el peso de una bandeja con vasos y botellas. Echando una ojeada al surtido que ofrecía, Dalgliesh hubo de considerar que estaban muy bien provistos, la bandeja confería al lugar un aire de momentánea hospitalidad, pese a ser tan poco hospitalario. El ambiente era muy frío. En la chimenea, un abanico ornamental de papel crujía con cada una de las ráfagas de viento que se colaba por la chimenea, mientras la estufa eléctrica de dos barras colocada delante de esta no bastaba para calentar aquella habitación pese a ser tan pequeña y cargada de cosas.

Al entrar, tres pares de ojos confluyeron en Dalgliesh. Clifford Sowerby estaba de pie dando la espalda a la chimenea, exactamente en la misma postura en que Dalgliesh lo había visto por última vez. Con su traje impecable y su camisa inmaculada, tenía un aire tan fresco como a las nueve de la mañana. Ahora, como entonces, dominaba la habitación. Era un hombre fuerte, bien parecido de una manera convencional, con la seguridad y benevolencia controlada de un jefe o de un banquero de éxito. Ningún cliente debía temer entrar en su despacho siempre que su cuenta arrojase un saludable crédito, y aunque aquella era la segunda vez que Dalgliesh se enfrentaba a él, no pudo evitar un sentimiento de malestar instintivo y, aparentemente, irracional. El hombre tenía un aire cruel y peligroso a la vez y, aun cuando habían mediado varias horas de intervalo entre las dos entrevistas, a Dalgliesh le había sido imposible en ellas recordar con exactitud su rostro o su voz.

No podía decirse lo mismo de Bill Harding. Superaba el metro ochenta de estatura y, con su rostro blanco y cubierto de pecas y sus greñas pelirrojas, quizá por haber decidido que en su caso era imposible el anonimato, había optado por la excentricidad. Llevaba un grueso traje de *tweed* a cuadros y una corbata a topos. Levantándose con una cierta dificultad de la silla baja en la que estaba sentado, se dirigió torpemente a la bandeja de las bebidas y, cuando Dalgliesh dijo que esperaba el café, se quedó con la botella de *whisky* en la mano sin saber qué hacer con ella. Pero desde la mañana se había producido una incorporación. Alex Mair, también con un vaso de *whisky* en la mano, estaba de pie delante de la estantería como si estuviese interesado en los volúmenes encuadernados en piel y los montones de periódicos. Al entrar Dalgliesh, dio media vuelta y le dirigió una mirada larga y atenta, como si fuera la primera vez que lo veía. Era evidente que era el más inteligente y el que tenía

mejor presencia de los tres pero parecía como si algo, quizá la confianza o la energía, se hubiera esfumado de él haciéndole adoptar la actitud precariamente contenida de un hombre aquejado de un intenso dolor físico.

Sowerby, con los párpados bajos y aire divertido, dijo:

—Se ha chamuscado el pelo, Adam. Huele a humo, como si hubiera estado removiendo una hoguera.

—Es lo que he hecho.

Mair no se movió, pero Sowerby y Harding se sentaron a uno y otro lado de la chimenea. Dalgliesh ocupó un asiento entre los dos mientras aguardaban a que llegara el café y Dalgliesh se quedara con la taza en la mano. Sowerby se recostó en la butaca y clavó la mirada en el techo dando a entender que estaba dispuesto a esperar toda la noche.

Bill Harding dijo:

—¿Y bien, Adam?

Dejando la taza en el plato, Dalgliesh pasó a referir exactamente todo lo ocurrido desde su llegada a la caravana. Lo recordaba todo de memoria y no tuvo que consultar notas, puesto que no las había tomado. Una vez hubo dado cuenta de todo, dijo:

—Así es que pueden estar tranquilos. Creo que Pascoe está convencido de lo que será la versión oficial: que las dos muchachas eran amantes, que cometieron la imprudencia de ir a dar un paseo y que sufrieron un accidente debido a la niebla. No creo que busque complicaciones ni a ustedes ni a nadie, porque parece haber agotado la capacidad de buscarse líos.

—¿Amy Camm no dejó nada comprometedor en la caravana? —preguntó Sowerby.

—Dudo que poseyera nada de este género. Pascoe me dijo que él había leído una o dos de las postales que recibía y que decían las frases sin sentido propias de los turistas. Parece que Amy Camm las destruía. Él, contando con mi ayuda, ha destruido lo que quedaba del paso de aquella chica por la vida en la zona costera. Le he ayudado a llevar lo que quedaba de sus ropas y maquillajes y lo hemos quemado todo. Mientras él estaba ocupado con la hoguera, he vuelto a la caravana y he practicado un concienzudo registro. Allí no hay nada.

—Nos ha hecho un gran favor al ofrecerse a hacer esto por nosotros, Adam —dijo Sowerby—. Es evidente que, como Rickards no entra en el esquema en lo que a nosotros se refiere, difícilmente podíamos confiar en él y, además, usted reúne una ventaja que él no tiene: Pascoe lo ve a usted más como un amigo que como un policía. Esto se hizo evidente en su visita al molino de Larksoken. Por alguna razón, confía en usted.

—Ya me lo ha dicho esta mañana —dijo Dalgliesh—, y la petición que me ha hecho me ha parecido razonable dadas las circunstancias. No soy ni ingenuo ni ambivalente en lo que concierne al terrorismo. Me han pedido que hiciera algo y yo

lo he hecho. Sigo considerando que deberían incorporar a Rickards en su esquema, pero esto no es asunto mío. Ahora ustedes ya tienen su respuesta. Si Amy Camm estaba relacionada con Caroline Amphlett, no se confió a Pascoe y él no abriga sospechas con respecto a ninguna de las dos. Está convencido de que si Amy Camm se quedó con él fue para estar cerca de su amante. Pascoe, pese a todas sus ideas liberales, está persuadido como el primero de que si una mujer no insiste en irse a la cama con un hombre es porque es frígida o lesbiana.

Sowerby se permitió un amago de sonrisa y dijo:

—Mientras usted hacía de Ariel con su Próspero en la playa supongo que Pascoe no le confesó nada acerca del asesinato de Hilary Robarts, ¿verdad? No tiene una gran importancia, pero uno siente una curiosidad natural.

—La misión que yo debía cumplir era hablar con él de Amy Camm, pero Pascoe también me habló del asesinato. Yo diría que él no cree que Amy ayudara a matar a Hilary Robarts, pero que no le preocupa en absoluto el hecho de que las dos chicas puedan haberla matado. ¿Le satisface el hecho de que lo hicieran las dos?

—A nosotros no nos satisface ni deja de satisfacernos —dijo Sowerby—. Es a Rickards a quien tiene que satisfacer y me imagino que así es. A propósito, ¿ha visto o ha hablado hoy con Rickards?

—Me telefoneó un momento a eso del mediodía, primordialmente para decirme que había regresado su mujer. Por alguna razón, consideraba que yo debía saberlo. En lo que al asesinato se refiere, me parece que está llegando a la conclusión de que lo cometieron las dos chicas en colaboración.

—Es probable que esté en lo cierto —dijo Harding.

—¿Basándose en qué? —preguntó Dalgliesh—. Y como no puede saber que una de ellas, por lo menos, es una supuesta terrorista, ¿con qué motivo?

—¡Vamos, Adam! —dijo Harding, impaciente—. ¿Qué pruebas reales espera obtener? ¿Y desde cuándo el motivo es la consideración de más peso? En cualquier caso, tenían un motivo, por lo menos Amy Camm: odiaba a Hilary Robarts. Hay como mínimo un testigo de una pelea física entre las dos el domingo por la tarde, el mismo día del asesinato. Amy Camm, además, protegía rabiosamente a Pascoe y estaba conectada con el grupo de presión que él había fundado. La demanda por difamación lo habría arruinado y habría dejado fuera de circulación al PANUP. De hecho, lleva una vida bastante precaria. Amy Camm deseaba la muerte de Hilary Robarts y Caroline Amphlett la ayudó. Eso es lo que creerá la gente de la localidad y Rickards lo dará por bueno. Si queremos hacerle justicia, probablemente ahora ya está convencido de esto.

—¿Amy Camm protegía rabiosamente a Pascoe? —dijo Dalgliesh—. ¿Quién ha dicho eso? Eso es una suposición, no una prueba.

—Alguna prueba tendrá, ¿no cree? Una prueba circunstancial, hay que admitirlo, pero es todo lo que probablemente obtendrá. Caroline Amphlett sabía que Hilary Robarts iba al mar a nadar todas las noches, lo sabían prácticamente todos los que

trabajan en la central nuclear. Las dos estaban enteradas de la existencia del retrato de Blaney. Tenían acceso, como todo el mundo, a la sala de recogida de objetos de la vieja rectoría. Caroline Amphlett confesó a Jonathan Reeves que aquella noche ella estaba en la zona costera y lo convenció para que mintiera a la policía igual que mintió ella. Amy Camm no tenía coartada, porque estaba sola en la caravana. Son factores que se acumulan, no hasta el punto de justificar que las detuvieran a las dos en caso de que todavía vivieran, pero lo suficiente para hacer difícil condenar a cualquier otra persona.

—¿Cree que Amy Camm habría dejado solo al niño? —preguntó Dalgliesh.

—¿Por qué no? Lo más probable es que estuviera dormido y, si no lo estaba y empezaba a berrear, ¿quién lo iba a oír? ¡No querrá insinuar que esa chica era una madre ejemplar, supongo! ¡Por el amor de Dios! Al final bien lo dejó, ¿no? Y para siempre además… aunque quizá no lo hiciera con intención. Si quiere saber mi opinión le diré que ese niño tenía una prioridad muy baja en la escala de valores de su madre.

—Por consiguiente, lo que usted postula es que una madre se siente tan ofendida por un ataque de tono menor a su hijo que se venga asesinando a la persona que se lo ha inferido, mientras que esta misma madre es capaz de dejarlo solo en una caravana e irse a navegar con su amiga —dijo Dalgliesh—. ¿Usted no cree que Rickards lo tendría difícil si quisiera probar esas dos cosas?

Sowerby, con un matiz de impaciencia en la voz, dijo:

—Vaya usted a saber cómo casa las cosas Rickards… Por suerte no tenemos que consultarle. De todos modos, Adam, conocemos un motivo positivo. Rickards podía haber sospechado de Caroline Amphlett. Después de todo, Hilary Robarts era oficial administrativa en funciones. Era inteligente, responsable… superresponsable, ¿no diría usted eso, Mair?

Todos dirigieron la vista hacia la figura silenciosa que estaba de cara a la estantería de libros. Mair se volvió y con voz tranquila dijo:

—Sí, era una mujer responsable. Pero dudo que lo fuera hasta el punto de detectar una conspiración que me había eludido.

Y volvió a entregarse a la contemplación de los libros.

Se produjo un embarazoso silencio roto por Bill Harding. Como si Mair no hubiera intervenido, dijo con viveza:

—Así, ¿quién estaba mejor situado para oler un inicio de traición? Es posible que Rickards no tenga una prueba en firme ni un motivo inadecuado, pero es probable que esencialmente haya captado los hechos.

Dalgliesh se levantó y se aproximó a la mesa.

—A ustedes les convendría que el caso quedara cerrado —dijo—. Lo comprendo perfectamente. Pero si fuera yo la persona encargada de la investigación el caso permanecería abierto.

Sowerby, irónico, dijo:

—Es evidente. Demos gracias, pues, de que usted no sea el encargado del caso. Ni que decir tiene que se guardará las dudas para usted, ¿verdad, Adam?

—¿Para qué lo voy a decir entonces?

Dejó la taza de café en la mesa. Se daba cuenta de que Sowerby y Harding vigilaban todos sus movimientos como si pretendiera echar a correr de un momento a otro. Volviendo a su butaca, dijo:

—¿Cómo explicaría Rickards u otra persona cualquiera el paseo en bote?

El que contestó volvió a ser Harding.

—No tiene que explicárselo. Eran amantes, ¿no lo entiende? Tenían ganas de dar un paseo por el mar. Después de todo, la embarcación era propiedad de Caroline Amphlett. Dejó el coche en el muelle sin esconderse de nadie. No se llevó nada, ni tampoco Amy. Esta se limitó a dejar una notita a Pascoe en la que le decía que volvería aproximadamente al cabo de una hora. Tanto a ojos de Rickards como de la persona que sea, el suceso tiene todos los visos de un desgraciado accidente. ¿Quién podría decir que no lo es? Nosotros no estábamos allí para asustarla y hacer que se diera a la fuga. Todavía no.

—¿Su gente no ha encontrado nada en la casa?

Harding miró a Sowerby. Aquella era una pregunta que preferían no contestar, una pregunta que no debía hacerse. Después de una pausa, Sowerby contestó:

—Estaba limpia. Ni radio, ni documentos, ni rastro de nada relacionado con la profesión. Si Caroline Amphlett planeaba fugarse, lo sacó todo antes de marcharse.

—Esto se entendería si le entró pánico y decidió ahuecar el ala, pero el único misterio es: ¿por qué tanta prisa? —dijo Bill Harding—. Si mató a Hilary Robarts y se figuraba que la policía andaba pisándole los talones, quizás esto acabó de inclinar el platillo de la balanza. Pero la policía no iba tras ella. Podría tratarse de una verdadera excursión en barca, de un accidente auténtico. O quizá los de su propio bando las mataron a las dos. Una vez el plan de Larksoken había quedado fuera de programa, las dos eran sacrificables. ¿Qué iban a hacer sus camaradas con ellas? ¿Darles una nueva personalidad, facilitarles nuevos documentos, infiltrarlas en una central nuclear de Alemania? Me parece que no valía la pena.

—¿Hay alguna prueba que demuestre que se trata de un accidente? —preguntó Dalgliesh—. ¿Algún barco ha informado de que hubiera chocado con una embarcación por culpa de la niebla, de alguna colisión?

—Hasta ahora, no, y dudo que haya ninguna prueba —dijo Sowerby—. Pero si Caroline Amphlett formaba realmente parte de la organización que sospechamos, seguro que no tuvieron ningún reparo en sacrificar dos mártires involuntarias a la causa. ¿Con qué clase de gente creía ella que trataba? La niebla les favoreció, pero sin niebla también habrían podido hundir el bote, o lo que es lo mismo, sacarlas de él y liquidarlas. De todos modos, fingir un accidente era lo más sensato, sobre todo contando con la ventaja de la niebla. Yo habría hecho lo mismo.

Dalgliesh pensó que ya lo suponía, estaba seguro de que lo habría hecho sin ningún reparo.

Harding, dirigiéndose a Mair, dijo:

—¿Usted nunca sospechó de ella?

—Ya me lo ha preguntado antes. Nunca. Me sorprendió… me irritó incluso… que no quisiera conservar su puesto de secretaria particular mía cuando me dieran el nuevo cargo, y todavía me sorprendió más la razón que alegó, porque Jonathan Reeves me parecía el último hombre que ella habría podido escoger.

—Pero tenía sus razones —dijo Sowerby—. Es un hombre inefectivo, un hombre al que ella podía dominar, no demasiado inteligente… Además, estaba enamorado de ella desde hacía tiempo. Podría haberse librado de él cuando se le hubiera antojado y él ni se habría enterado del porqué. Además, ¿por qué le extraña a usted? Es sabido que la atracción sexual muchas veces no tiene ninguna lógica.

Sowerby se volvió a Mair:

—¿Vio usted alguna vez a la otra chica, a Amy? Me han dicho que fue a visitar la central en una de las jornadas abiertas, pero no creo que usted la recuerde.

El rostro de Mair era como una máscara blanca.

—Me parece que la vi una vez —dijo—. Rubia teñida, una cara un poco regordeta, bastante bonita. Llevaba el niño en brazos. A propósito, ¿qué ha sido del niño? ¿O es una niña?

—En beneficencia, imagino —dijo Sowerby—, a menos que encuentren a su padre o a los abuelos. Probablemente acabará adoptado. A veces me pregunto en qué estaría pensando su madre al tenerlo.

Harding se puso a hablar con súbita vehemencia:

—¿Pensar? Sin fe, sin una estabilidad, sin afecto familiar, sin fidelidad a nada… Son como un papel que vuela a merced del viento. Después, cuando encuentran algo en lo que podrían creer, algo que les daría la ilusión de sentirse importantes, ¿qué escogen? La violencia, la anarquía, el odio, el asesinato.

Sowerby lo miró con aire entre divertido y sorprendido, y después dijo:

—Ideas por las que algunos creen que se puede morir. En esto radica el problema.

—Solo porque desean morir. Si uno no puede vivir con los seres humanos busca una excusa, una causa que le permita engañarse y creer que puede morir por ella, para satisfacer el deseo de muerte que siente. Con un poco de suerte se consigue captar a una docena más de pobres desgraciados. Siempre queda el último autoengaño final, la arrogancia última: el martirio. Entonces los imbéciles, locos e inadaptados de todo el mundo cierran el puño, gritan tu nombre, pasean pancartas con tu fotografía y empiezan a buscar prosélitos a su alrededor para que pongan bombas, maten y siembren la tierra de inválidos. Esa chica, Caroline Amphlett, ni siquiera tenía la excusa de la pobreza. Su padre era un oficial del ejército, tenía seguridad, una buena formación, privilegios, dinero. Lo tenía todo.

—Sabemos lo que tenía, lo que no sabemos es lo que no tenía.

Era Sowerby quien había hablado, pero Harding no le hizo ningún caso y siguió:

—¿Y qué esperaban hacer en Larksoken cuando lo hubieran ocupado? En la central no hubieran permanecido ni media hora. Necesitaban expertos, programadores.

—Me parece que podemos dar por sentado que sabían qué y a quién necesitaban y que habían pensado en la forma de conseguirlo —dijo Mair.

—¿En el campo? ¿Cómo?

—Quizá por medio de algún barco.

—No lo consiguieron, porque no podían conseguirlo —dijo Sowerby mirándolo fijamente y después, algo impaciente, dijo—: Y a nosotros nos corresponde poner todos los medios para que no lo consigan nunca.

Hubo un momento de silencio y después Mair dijo:

—Supongo que Caroline Amphlett era la parte dominante. No sé de qué argumentaciones ni de qué alicientes se valía. A mí aquella chica, Amy, me pareció una criatura de esas que obran por instinto, nada dispuesta a morir por una teoría política. Naturalmente, es un juicio superficial, porque solamente la vi una vez.

—Sin conocerlas no podemos saber quién era la parte dominante —dijo Sowerby —. Pero yo diría que es casi seguro que era Caroline Amphlett. No se sabe ni se sospecha nada de Amy Camm. Probablemente fue reclutada en calidad de mensajera. Caroline Amphlett debía de tener algún contacto en la organización, al que seguramente encontraba ocasionalmente, aunque solo fuera para recibir instrucciones. Pero era preciso que no estableciesen contacto directamente. Amy Camm probablemente recibía los mensajes codificados en los que se establecía el lugar y la hora para el encuentro siguiente y se encargaba de transmitirlos. En cuanto a sus motivos, no hay duda de que si lo hacía era porque su vida no era satisfactoria.

Bill Harding se precipitó hacia la mesa y se sirvió un *whisky*. Su voz era ronca, como si estuviera bebido.

—Para la mayoría de la gente la vida no es satisfactoria las más de las veces. El mundo no está pensado para nuestra satisfacción. Pero esto no es motivo para cargárselo.

Sowerby esbozó una sonrisa socarrona y desdeñosa y dijo, muy tranquilo:

—A lo mejor ellos creen que eso es lo que hacemos nosotros.

Quince minutos más tarde salía Dalgliesh de la casa, acompañado de Mair. Mientras abrían las respectivas puertas del coche, el primero se volvió hacia la casa y vio que el portero seguía ante la puerta abierta.

—Asegurándose de que nos vamos de verdad —dijo Mair—. ¡Qué gente extraordinaria! No entiendo cómo dieron con Caroline. Me parece que habría sido una tontería preguntárselo, porque no creo que nos lo hubieran dicho.

—No, no lo dirían, pero lo más seguro es que recibieran alguna comunicación de los servicios de seguridad instalados en Alemania.

—Y la casa… ¿Cómo pueden encontrar casas como esta? ¿Usted qué cree? ¿Que es suya, que se la presta alguien, que la alquilan o que se meten en ella por las buenas?

—Probablemente es de alguno de sus propios funcionarios —dijo Dalgliesh—. Algún jubilado. Esa persona les deja una llave para que se sirvan de la casa cuando la necesiten.

—Supongo que ahora ya deben de estar haciendo las maletas. Sacarán el polvo del mobiliario, examinarán las huellas dactilares, eliminarán la comida, cerrarán la llave de la electricidad… Y dentro de una hora nadie podría decir que han estado en la casa. Son los inquilinos temporales perfectos. Pero están equivocados en una cosa: entre Amy y Caroline no existía ninguna relación física. Eso es una estupidez.

Lo dijo con tanta energía y convicción, casi como si se sintiera ofendido, que Dalgliesh se preguntó por un momento si Caroline Amphlett era algo más que su secretaria particular. Mair probablemente leyó en los pensamientos de Dalgliesh, pero ni dio explicaciones ni tampoco pretendió negarlo.

—Todavía no le he felicitado por el nuevo trabajo —dijo Dalgliesh.

Mair se deslizó en el coche y puso el motor en marcha, pero siguió con la puerta del coche abierta mientras el silencioso guardián seguía esperando pacientemente.

—Gracias, todas estas tragedias de Larksoken se han llevado una parte de la satisfacción inmediata, pero sigue siendo el puesto más importante al que puedo aspirar en la vida.

Y cuando Dalgliesh ya se metía en su coche, dijo:

—¿Así que usted cree que todavía tenemos un asesino vivo en la zona costera?

—¿Y usted no?

Mair no respondió y siguió preguntando:

—Si usted fuera Rickards, ¿qué haría ahora?

—Me centraría en tratar de averiguar si Blaney o Theresa salieron de Scudder’s Cottage el domingo por la noche. Si uno de los dos salió, tendría el caso cerrado. No lo podría demostrar, pero se sostendría por la lógica y creo que se ajustaría a la verdad.

Capítulo 8

Dalgliesh fue el primero en salir de la casa, pero Mair, acelerando vivamente, lo rebasó en el primer tramo de carretera recta y se situó delante de él. Por alguna razón, la idea de ir detrás del Jaguar todo el camino hasta Larksoken le resultaba intolerable. Pero no había peligro porque Dalgliesh conducía como un policía, justo en el límite de la velocidad y, cuando llegaron a la carretera general, Mair dejó de ver en el espejo retrovisor las luces del Jaguar. Conducía casi automáticamente, los ojos fijos al frente, consciente apenas de las negras sombras de los árboles que se agitaban y pasaban junto a él como una película acelerada, de las señales reflectantes que se desdoblaban en una corriente continua de luz. Esperaba encontrar despejada la carretera de la zona costera pero, al alcanzar la cumbre de un pequeño cerro, vio casi en el último momento las luces de una ambulancia. Girando violentamente el volante, se salió de la calzada y frenó en la hierba del arcén, donde se quedó un momento escuchando el silencio. Tenía la impresión de que las emociones que durante las últimas tres horas había estado tratando de reprimir lo estaban azotando ahora igual que el viento azotaba al coche. Tenía que controlar sus pensamientos, ordenar y aclarar aquellos sentimientos inesperados que lo sorprendían por su violencia y su irracionalidad. ¿Sería posible que se sintiera aliviado ante su muerte como ante un peligro que hubiera sorteado, una posible complicación que hubiera evitado y, al mismo tiempo, se sintiera destrozado, como si tuviera los tendones desgarrados por el dolor y sintiera una pesadumbre tan agobiante que no tuviera otra salida que el desconsuelo? Tuvo que dominarse para no empezar a golpear la cabeza contra el volante. ¡Había sido una muchacha tan libre de inhibiciones, tan cariñosa, tan divertida! Y además había tenido fe en él. Él no había estado en contacto con ella desde su último encuentro la tarde del domingo en que se produjo el asesinato y ella tampoco había hecho nada para comunicarse con él, ni por carta ni por teléfono. Habían acordado poner término a la relación y habían decidido guardar silencio. Ella se había atenido al pacto, tal como él esperaba… y ahora estaba muerta. Pronunció su nombre en voz alta:

—¡Amy, Amy, Amy!

De pronto lanzó un suspiro que parecía desgarrarle los músculos del pecho, como si estuviera en las primeras congojas de una crisis cardíaca y sintió por fin que las lágrimas liberadoras resbalaban por sus mejillas. No había llorado desde que era niño y ahora, mientras de sus ojos caían las lágrimas como mansa lluvia y sentía el sabor a sal en los labios, hubo de decirse que aquellos minutos de emoción eran buenos y terapéuticos. Se los debía a ella y, una vez transcurridos, pagado el tributo de dolor, ya estaría en condiciones de arrancarla de su mente igual que había planeado arrancarla de su corazón. Habían pasado treinta minutos cuando, al volver a poner el motor en marcha, se acordó de la ambulancia y se preguntó quién de los habitantes de la zona costera había sido conducido a toda prisa al hospital.

Capítulo 9

Cuando los dos camilleros transportaban la litera a través del jardín una racha de viento levantó la esquina de la manta roja y la elevó en el aire formando un arco. Las correas la sujetaron, pero Blaney casi se abalanzó sobre el cuerpo de Theresa como tratando de ampararla contra algo más amenazador que el viento. Caminaba de espaldas a su lado, como los cangrejos, arrastrando torpemente los pies, inclinado hacia ella, cogiendo con la suya la mano de la niña debajo de la manta. La mano estaba caliente y húmeda, era muy pequeña y a él le parecía que notaba todos sus delicados huesos, uno por uno. Habría querido murmurarle palabras de consuelo, pero el terror le había secado la garganta y, al tratar de hablar, solo le salían sonidos incoherentes, como si la mandíbula se le hubiera paralizado. No tenía ningún consuelo que darle. Todavía estaba demasiado fresco el recuerdo de otra ambulancia, de otra litera, de otro traslado. Apenas se atrevía a mirar a Theresa a la cara por miedo de ver en ella lo que había visto en la de su madre: aquella mirada de tenue y remota aceptación que significaba que ya estaba alejándose de él, de todas las cuestiones mundanas de la vida, incluso de su amor, para entrar en un reino de sombra hasta el que él no podía seguirla porque no sería bienvenido. Trataba de encontrar seguridad en lo que había dicho la poderosa voz del doctor Entwhistle.

—No es nada, solo una apendicitis. La trasladaremos inmediatamente al hospital. La operarán esta noche y, con un poco de suerte, volverá a estar en casa dentro de muy pocos días. No para hacer el trabajo de casa, naturalmente, pero esto ya tendremos ocasión de hablarlo. Ahora vamos a telefonear y, por favor, no tenga miedo, hombre, que la gente no se muere de apendicitis.

Pero él sabía que sí se morían: se morían por la anestesia, se morían porque se complicaba con peritonitis, se morían porque el cirujano cometía un error. Había leído acerca de casos como estos. Estaba perdiendo la esperanza.

Mientras los hombres levantaban suavemente la camilla y con mano experta la deslizaban en el interior de la ambulancia, se volvió y dirigió una última mirada a Scudder’s Cottage. Odiaba aquella casa, odiaba lo que había hecho con él, lo que le había obligado a hacer. Como él, estaba maldita. La señora Jago estaba de pie en la puerta, con Anthony en sus inexpertos brazos y una gemela a cada lado, todos muy callados. Blaney había telefoneado al Local Hero solicitando ayuda y George Jago había traído inmediatamente a su mujer con el coche para que se quedara con los niños hasta que volviera él. No había podido pedir ayuda a nadie más. Había telefoneado a Alice Mair al Martyr’s Cottage, pero solo le había respondido el contestador automático. La señora Jago levantaba la mano de Anthony y la agitaba en un gesto de adiós, después de lo cual se agachaba para hablar con las gemelas. Blaney subió a la ambulancia y las puertas se cerraron herméticamente.

La ambulancia comenzó a saltar los baches del prado y a contonearse suavemente y, al llegar a la estrecha carretera de la zona costera que conducía a Lydsett, aceleró.

De pronto viró bruscamente y casi lo arrojó de su asiento. El practicante, sentado enfrente de él, lanzó una palabrota.

—Alguno que va conduciendo como un loco.

Pero Blaney no dijo nada. Solo se acercó un poco más a Theresa, cogiéndole la mano entre las suyas y, sin saber cómo, se encontró rezando como si quisiera así halagar los oídos de aquel Dios en el que no creía desde que tenía diecisiete años.

—¡Que no se muera! ¡No la castigues a ella por mi culpa! ¡Creeré, haré lo que sea! Cambiaré, seré diferente. ¡Castígame a mí, no a ella! ¡Oh, Dios, déjala vivir!

De pronto volvía a encontrarse en aquel horrible cementerio, escuchando el sonido monocorde de la voz del padre McKee, con Theresa a su lado, su manita fría en la suya. La tierra estaba cubierta de hierba sintética, pero había un montículo que había quedado desnudo y volvía a ver el oro de la tierra recién abierta. Hasta entonces no supo que la tierra de Norfolk tenía un color tan intenso. De una de las coronas se había desprendido una flor, un capullo minúsculo, torturado e irreconocible, con una aguja clavada en el tallo envuelto en papel, un capullo que habría querido recoger antes de que las paletadas de tierra cubrieran la fosa, llevárselo a casa y ponerlo en agua para que muriera en paz. Tuvo que forzarse a permanecer erguido y a no recogerlo. Pero no se había atrevido y el capullo había tenido que quedarse allí dentro, asfixiado y destruido debajo de la avalancha de tierra.

Oyó que Theresa decía algo en voz baja y se agachó tanto para oírla que sintió su aliento en la cara.

—Papá, ¿me voy a morir?

—No, no.

Casi gritó la palabra, un grito de desafío a la muerte, y se dio cuenta de que el practicante hacía un gesto como si fuera a ponerse de pie. Entonces murmuró con voz tranquila:

—Ya has oído lo que ha dicho el doctor Entwhistle. No es más que apendicitis.

—Quiero ver al padre McKee.

—Mañana, después de la operación. Se lo diré y te hará una visita. No lo olvidaré, te lo prometo. Y ahora quédate quieta.

—Papá, lo quiero ver ahora, antes de la operación. Tengo que decirle una cosa.

—Dísela mañana.

—¿Puedo decírtela a ti? Tengo que decírsela a alguien ahora.

—¡Mañana, Theresa! —dijo casi con rabia—. Déjalo para mañana.

Después, asustado por su egoísmo, le murmuró:

—Dímelo, amor mío, si me lo quieres decir.

Y cerró los ojos para que su hija no viera en ellos el horror y la desesperanza.

—La noche en la que mataron a la señorita Robarts… —musitó—. Yo había ido hasta las ruinas de la abadía. La vi cómo corría hacia el mar. Yo estaba allí.

—No importa. Esto no tienes que decírmelo a mí —dijo con voz ronca.

—Pero es que yo quiero decirlo, quería habértelo dicho antes. ¡Por favor, papá!

Entonces puso también la otra mano sobre la de Theresa y dijo:

—Dímelo.

—Había otra persona. La vi caminando por la zona costera e iba hacia el mar. Era la señora Dennison.

Sintió como un alivio que lo bañaba todo, una ola detrás de otra, como el mar en verano, cálido y purificador. Después de un momento de silencio, volvió a oír la voz de Theresa:

—Papá, ¿vas a decírselo a alguien? ¿A la policía?

—No —dijo él—. Está bien que me lo hayas dicho, pero no tiene importancia. No significa nada. Lo único que hacía era pasearse a la luz de la luna. No voy a decírselo a nadie.

—¿Tampoco dirás a nadie que yo aquella noche estaba en la zona costera?

—No —dijo él con energía—, esto tampoco. Por lo menos de momento. Pero ya volveremos a hablar de esto y de lo que tenemos que hacer… después de la operación.

Por vez primera creía que existía un tiempo después de la operación.

Capítulo 10

El estudio del señor Copley estaba en la parte trasera de la vieja rectoría, orientado hacia un prado muy descuidado y tres hileras de arbustos azotados por el viento que los Copley llamaban la «maleza». Era la única habitación de la rectoría en la que a Meg no le habría pasado nunca por la cabeza entrar sin antes dar unos golpecitos a la puerta y era considerada su coto privado, como si todavía estuviese encargado de regir la parroquia y necesitase disponer de una habitación retirada y tranquila para preparar el sermón semanal o aconsejar a aquellos feligreses que necesitaban su orientación. Era en aquella habitación donde todos los días leía sus oraciones matinales y las vísperas, con su esposa y Meg como únicas congregantes, las cuales con sus voces femeninas le daban las respuestas y leían alternativamente versos de los salmos. El primer día que Meg había pasado en la casa, el señor Copley le había dicho con voz tranquila, pero sin ambages:

—Todos los días celebro en mi estudio los dos principales oficios del día, pero no se crea obligada a asistir a menos que quiera.

Meg quería asistir, en primer lugar por cortesía, pero también porque ese ritual diario, aquellas cadencias tan hermosas y casi olvidadas la instaban a creer y abrían paso al nuevo día dándole la bienvenida. Y el mismo estudio, entre todas las habitaciones de aquella casa fea de solemnidad, pero cómoda, representaba un lugar de seguridad inviolable, una enorme roca en medio del tedio de aquellas tierras contra la cual los insidiosos y persistentes recuerdos de la escuela, las mezquinas irritaciones de la vida diaria, incluso el horror del Silbador y la amenaza de la central nuclear arremetían en vano. Meg dudaba de que hubiera cambiado mucho desde que el primer rector victoriano había tomado posesión de la rectoría. Una de las paredes estaba recubierta de libros, una colección de obras de teología que, en su opinión, el señor Copley consultaba raras veces. El antiguo escritorio de caoba generalmente estaba desnudo y Meg sospechaba que el señor Copley debía de pasar gran parte del tiempo sentado en aquella cómoda butaca que miraba al jardín. Las tres paredes restantes estaban cubiertas de fotografías: el equipo de ocho remeros de los tiempos de la universidad, con sus ridículos gorritos sobre unos rostros jóvenes adornados con enormes mostachos; los compañeros ordenados de la facultad de teología; insípidas acuarelas enmarcadas en oro; el gráfico del *grand tour*[8] realizado por alguno de sus antepasados victorianos; aguafuertes de la catedral de Norwich, la nave de Winchester y el gran octágono de Ely. A un lado de la recargada chimenea victoriana había un único crucifijo. Meg creía que debía de ser muy antiguo y probablemente valioso, pero no se había atrevido nunca a preguntarlo. El cuerpo de Cristo era el de un muchacho, tenso y rígido por la agonía, mientras que la boca abierta parecía gritar palabras de triunfo o de desafío dirigidas al Dios que lo había abandonado. No había nada en el estudio que desentonase por su fuerza o por su disonancia: los muebles, los objetos, los cuadros, todo hablaba de orden, certidumbre y esperanza. Ahora, al

llamar con los nudillos a la puerta y escuchar la palabra amable del señor Copley autorizándola a entrar —«¡Adelante!»—, Meg se hizo la reflexión de que iba a buscar consuelo tanto en la propia habitación en sí como en su ocupante.

El señor Copley estaba sentado en la butaca con un libro sobre las rodillas y, al verla entrar, hizo un torpe gesto tratando de levantarse.

—¡Por favor, no se levante! —dijo ella—. Me gustaría hablar unos minutos en privado con usted.

Vio en seguida un brillo de inquietud en aquellos cansados ojos azules y pensó que el señor Copley debía de figurarse que quería despedirse, por lo que ella añadió rápidamente pero con gran energía:

—Como sacerdote. Quiero consultarle como sacerdote.

El señor Copley dejó el libro y ella vio que era la novela que él y su esposa habían escogido de la biblioteca ambulante el miércoles anterior, la última obra de H. R. F. Keating. Tanto a él como a Dorothy Copley les gustaban las novelas policíacas y a Meg le irritaba particularmente que tanto el marido como la esposa dieran por sentado que el primero en leerlos debía ser siempre él. El inoportuno recordatorio de aquel leve pecadillo de egoísmo familiar adquirió de pronto una importancia desproporcionada y la indujo a preguntarse si el señor Copley podría realmente ayudarla. Pero ¿tenía derecho acaso a criticarlo por unas prioridades maritales de las que la propia Dorothy Copley había abdicado y que había ido reforzando a lo largo de cincuenta y tres años? Y entonces se dijo: consulto al sacerdote, no al hombre, porque tampoco pregunto al fontanero cómo trata a su mujer y a sus hijos cuando le digo que me repare el escape del depósito.

El señor Copley indicó con un gesto una segunda butaca y Meg la colocó delante de él, mientras él ponía una señal de cuero entre las hojas del libro con solemne deliberación y lo dejaba sobre sus rodillas con la misma reverencia con que habría dejado un libro devoto y enlazaba las manos sobre el mismo. Meg advirtió que adoptaba una actitud recogida e inclinaba el cuerpo hacia delante y la cabeza a un lado, como si fuera a confesarla. Pero ella no tenía nada que confesarle y solamente quería hacerle una pregunta que por su escueta simplicidad a Meg le parecía que apuntaba al mismo núcleo de su ortodoxia, afirmando pero posando una mirada crítica sobre su fe cristiana.

—Si nos enfrentamos con una decisión, con un dilema, ¿cómo podemos saber qué es lo que está bien? —dijo ella.

Meg creyó detectar en aquel rostro apacible una relajación de la tensión, como si agradeciera que la pregunta fuese menos compleja de lo que había temido. Pese a todo, se tomó tiempo para contestarla.

—Nuestra propia conciencia nos lo dirá, si le prestamos oído.

—¿Aquella vocecita tranquila que es como la voz de Dios?

—No «como», Meg. La conciencia es la voz de Dios, del Espíritu Santo que mora en nosotros. De hecho, en la oración llamada colecta del Domingo de Pentecostés

imploramos la gracia de mantener un criterio justo en todas las cosas.

Pero ella siguió insistiendo:

—Pero ¿qué garantía podemos tener de que lo que escuchamos no es nuestra propia voz, nuestros propios deseos subconscientes? El mensaje que escuchamos con tanta atención puede estar influido por nuestra propia experiencia, por nuestra personalidad, por nuestra herencia, por nuestras íntimas necesidades. ¿Podemos liberarnos de los designios y deseos de nuestro propio corazón? ¿No nos dirá nuestra conciencia lo que queremos oír?

—En mi caso no ha sido nunca así, porque la conciencia me ha empujado siempre contra mis deseos.

—O lo que usted creía entonces que eran sus deseos.

Era una presión excesivamente fuerte para él. Siguió allí sentado muy quieto, pero parpadeando rápidamente, como si buscara inspiración en viejos sermones, antiguas homilías, textos sagrados… Después de un momento de pausa, dijo:

—A mí me ha ayudado imaginar la conciencia como un instrumento, quizás un instrumento de cuerda. El mensaje está en la música, pero, si no mantenemos el instrumento en buenas condiciones y lo usamos constantemente mediante una práctica regular y disciplinada, la respuesta que obtendremos será imperfecta.

Meg se acordó de que el señor Copley había sido violinista aficionado. En la actualidad el reúma se había apoderado de sus manos y ya no podía sostener el instrumento, pero este seguía en su estuche, sobre el escritorio del rincón. Es posible que la metáfora fuera útil para el señor Copley, pero a ella no le servía.

—Sin embargo, aun cuando mi conciencia me diga lo que está bien, es decir, que está bien de acuerdo con la ley moral e incluso con la ley de mi país, esto no significa necesariamente el final de la responsabilidad. Suponga por un momento que si la obedezco, si hago lo que me dicta la conciencia, causo un daño e incluso pongo en peligro a otra persona.

—Tenemos que hacer lo que consideramos que está bien y dejar las consecuencias a Dios.

—Pese a todo, las decisiones humanas deben tener en cuenta las probables consecuencias, porque esto es lo que significa tomar una decisión. ¿Cómo podemos separar la causa del efecto?

—¿No sería mejor que me dijera qué la preocupa, es decir, en caso de que crea que puede decírmelo? —dijo.

—No voy a contarle mi secreto, pero le daré un ejemplo. Suponga que yo sé que una persona roba regularmente, pongamos por ejemplo, a su amo. Si yo lo digo, la echarán a la calle, su matrimonio se pondrá en peligro, su mujer y sus hijos saldrán perjudicados. Puedo decidir que la tienda o la empresa puede permitirse el lujo de perder unas cuantas libras cada semana y evitar así que toda esa gente inocente vaya a la ruina.

El señor Copley se quedó un momento en silencio y después dijo:

—La conciencia podría dictarle que hablara con el ladrón, no con el amo. Decirle que usted está enterada, convencerlo de que debe modificar su conducta. Por supuesto que, además, él debería devolver el dinero robado, y entiendo que esto podría plantear una dificultad práctica.

Meg observó que el señor Copley porfiaba unos momentos para resolver el problema, el entrecejo fruncido, evocando al mítico ladrón, marido y padre, y revistiendo el problema moral de carne humana.

—¿Y si no quiere o no puede dejar de robar? —preguntó Meg.

—¿Que no puede? Si robar es para él un acto irresistible, entonces, por supuesto, necesita ayuda médica. Sí, tendría que intentarlo por este camino, aunque yo no confío excesivamente en el éxito de la psicoterapia.

—Entonces, que promete dejar de robar pero sigue robando…

—Pese a todo, usted debe hacer lo que su conciencia le dice que está bien. No siempre podemos juzgar las consecuencias y, en el caso que usted me plantea, dejar que el robo continúe sin hacer nada para impedirlo equivale a hacerse cómplice de una falta de honradez. Si ha descubierto lo que ocurre, no puede taparse los ojos y hacer ver que no lo sabe, no puede abdicar de su responsabilidad. Saber algo implica siempre responsabilidad y esto es tan verdad para Alex Mair de la Central Nuclear de Larksoken como lo es en esta habitación. Usted ha dicho que los niños se verían perjudicados si usted lo dijese, pero ahora ya se verían perjudicados por la falta de honradez de su padre, al igual que la esposa que se beneficia de ella. Después también hay que tener en cuenta al resto del personal, que podría hacerse sospechoso del robo sin haberlo cometido. Si la falta de honradez persiste sin ser atajada podría ser todavía peor para la mujer y los hijos que si se corta en seguida. Por esto es más seguro ceñirse a hacer lo que está bien y dejar las consecuencias en manos de Dios.

Hubiera querido preguntarle:

—¿Aun en el caso de que no estemos seguros de su existencia? ¿Aunque esto parezca otra forma de eludir la responsabilidad de la que usted acaba de decirme que no podemos ni debemos desentendernos?

Pero Meg advirtió con un cierto remordimiento que de pronto parecía cansado y tampoco le pasó por alto la rápida mirada que dirigió al libro.

El señor Copley estaba ansioso de volver a codearse con el inspector Gothe, el amable detective indio de Keating que, pese a sus torpes inseguridades, acababa siempre encontrando la solución porque aquello era novela y en la novela se resolvían los problemas, se vencía al mal, se vindicaba la injusticia y la muerte se reducía a un misterio que quedaría resuelto en el capítulo final. Era un hombre muy viejo y no estaba bien importunarlo. Se sentía tentada a poner la mano sobre el brazo del señor Copley y de decirle que todo iba bien, que no se preocupase. En lugar de eso se levantó y, sirviéndose por vez primera de un apelativo que ahora surgía de sus labios de una manera natural, dijo la mentira piadosa:

—Gracias, padre, me ha prestado una gran ayuda. Ahora lo veo todo más claro. Ahora sé qué debo hacer.

Capítulo 11

Le eran tan familiares las sinuosidades y recovecos del camino que se abría en el lujuriante jardín y conducía a la verja y a la zona costera que casi no necesitaba guiarse con el titubeante reflejo de su linterna y ahora le parecía que el viento, siempre antojadizo en Larksoken, había mitigado su furia. Pero al llegar a lo alto de un cerro y ver luz en la puerta de Martyr's Cottage, el viento renovó su ímpetu y se abatió sobre ella como si quisiera arrancarla de la tierra y devolverla volando y describiendo remolinos en el aire a la protección y paz de la rectoría. Sin embargo, Meg no luchó contra él, sino que le hizo frente con la cabeza inclinada, el bolso en bandolera golpeándole el costado y el pañuelo agarrado con ambas manos para sujetárselo a la cabeza hasta que pasase aquella furia y pudiese volver a enderezar el cuerpo. También el cielo aparecía turbulento y las estrellas brillaban muy altas, al tiempo que la luna giraba frenéticamente entre nubes deshilachadas como un frágil farolillo de papel. Abriéndose camino hacia Martyr's Cottage, Meg tuvo la sensación de que toda la zona costera rodaba en un caos giratorio a su alrededor hasta el punto de que no habría podido decir si el rugido que percibía en sus oídos estaba provocado por el viento, la sangre o el mar. Cuando, por fin, casi sin aliento, llegó a la puerta de roble se acordó por vez primera de Alex Mair y pensó qué haría si lo encontraba en casa. Le sorprendió que no se le hubiera ocurrido aquella posibilidad. Sabía que no podía enfrentarse con él… ahora no, todavía no. Sin embargo, la que contestó a su llamada fue Alice.

—¿Estás sola? —le preguntó Meg.

—Sí, estoy sola. Alex está en Londres. Pasa, Meg.

Meg entró, colgó la chaqueta y el pañuelo en el vestíbulo y siguió a Alice a la cocina. Era evidente que estaba ocupada corrigiendo pruebas. Volvió a sentarse ante su escritorio, hizo girar la silla y miró gravemente a Meg mientras esta ocupaba su sitio habitual junto a la chimenea. Durante unos momentos no habló ninguna de las dos. Alice llevaba una larga falda marrón de lana fina y una blusa abotonada hasta la barbilla y, sobre ella, una bata sin mangas, con pliegues a rayas de color marrón y beige que le llegaba casi hasta el suelo. La prenda le confería una especie de dignidad jerárquica, un aire casi sacerdotal de comedida autoridad y al propio tiempo de comodidad y absoluto bienestar. En la chimenea ardían unos troncos que llenaban la habitación de un acre aroma de otoño, mientras el viento, amortiguado por las gruesas paredes del siglo XVII, gemía y suspiraba amigablemente en la chimenea. De cuando en cuando se colaba una ráfaga y los troncos refulgían y siseaban con nueva vida. Las telas, el fuego en la chimenea y el olor a madera quemada superponiéndose a aquel otro aroma más sutil de hierbas y pan caliente estaban indisolublemente unidos en el recuerdo de Meg a las muchas tardes tranquilas que había pasado con Alice a las que ella tenía un gran cariño. Pero aquella noche era diferente y a partir de entonces ya no volvería a sentirse como en casa cuando estuviera en aquella cocina.

—¿Interrumpo? —preguntó.

—Es evidente, lo cual no quiero decir que no me encante la interrupción.

Meg se inclinó y sacó del bolso un sobre grande de color marrón.

—Te he traído las cincuenta primeras páginas de pruebas. He hecho lo que me pediste: he leído el texto y he comprobado únicamente las erratas de imprenta.

Alice cogió el sobre y, sin mirarlo, lo dejó sobre la mesa.

—Es lo que quería. Me concentro tanto en la exactitud de las recetas que se me pasan las erratas. Espero que no te haya resultado demasiado pesado.

—No, qué va, he disfrutado haciéndolo, Alice. Me he acordado de Elizabeth David.

—Supongo que muy poco, porque es tan maravillosa que siempre tengo miedo de dejarme influir excesivamente por ella.

Hubo un silencio durante el cual Meg se entregó a sus pensamientos. Se dio cuenta de que estaban hablando como si recitaran un diálogo aprendido de memoria, no precisamente como personas que no se conocen, pero sí como quien sopesa cuidadosamente sus palabras porque el espacio entre ellas está cargado de pensamientos peligrosos. «¿Hasta qué punto la conozco? ¿Qué me ha dicho de su vida? Unas pocas cosas relacionadas con su padre, retazos de información, unas cuantas frases al azar pronunciadas en el curso de nuestras conversaciones que iluminan un momento con su destello los contornos de un inmenso terreno inexplorado. Yo le he contado casi toda mi vida, le he hablado de mi infancia, de los problemas raciales de la escuela, de la muerte de Martin. ¿Existe acaso la amistad verdaderamente recíproca? Sabe más cosas de mí que ningún otro ser humano y yo lo único que sé de ella es que es una buena cocinera».

Alice se daba cuenta de la mirada fija y casi inquisitiva que le dirigía su amiga.

—Supongo que no has venido con ese vendaval solo para traerme cincuenta páginas de pruebas —dijo Alice.

—Tengo que hablar contigo.

—Estás hablando conmigo.

Meg sostuvo la mirada resuelta de Alice.

—La gente dice que aquellas dos chicas, Caroline y Amy mataron a Hilary Robarts —dijo Meg—. ¿Tú qué crees?

—Yo no lo creo pero ¿por qué me lo preguntas?

—Tampoco lo creo yo pero ¿opinas que la policía va a colgarles el asesinato?

Alice dijo fríamente:

—No lo creo. ¿No te parece que es una idea un poco descabellada? No veo por qué tendría que hacer una cosa así. El inspector Rickards es una persona recta y escrupulosa, aunque no particularmente inteligente.

—Pero a ellos les vendría bien, ¿comprendes? Dos sospechosas que, además, están muertas. Se cierra el caso y se han acabado los muertos.

—¿Tú crees que eran sospechosas? Veo que confías más en Rickards que yo…

—No tenían coartada. El muchacho de Larksoken con el que Caroline mantenía relaciones… Jonathan Reeves creo que se llama, ¿no es así?… al parecer ha confesado que aquella noche no estuvieron juntos. Caroline lo obligó a mentir. A estas horas la mayoría del personal está enterado de este detalle, y se ha propagado por todo el pueblo. A mí me llamó George Jago para decírmelo.

—¿Así que no tenían coartada? Bueno, hay más gente que no tiene coartada… tú, por ejemplo. No tener coartada no significa ser culpable. Dicho sea de paso, tampoco yo tengo coartada. Aquella noche me quedé en casa, pero dudo que pudiera demostrarlo.

Aquel era el momento que había estado poblando los pensamientos de Meg desde el asesinato: el momento de la verdad tan temido. Con los labios secos articuló las palabras:

—Tú no estabas en casa, ¿verdad? Dijiste al inspector Rickards que estabas en casa el día que él vino, aquí en esta cocina, delante de mí, el lunes por la mañana, pero no era verdad.

Hubo un momento de silencio, después del cual Alice dijo con voz tranquila.

—¿Eso es lo que has venido a decirme?

—Sé que puedes dar una explicación… que incluso es ridículo decírtelo… pero hace tanto tiempo que lo llevo dentro… y tú eres mi amiga. Las amigas pueden hacer preguntas… hay que ser sincero, confiar en los amigos…

—¿Qué clase de preguntas? ¿Por eso tienes que hablar como si fueras una consejera matrimonial?

—Quiero preguntarte por qué dijiste a la policía que estabas aquí a las nueve si no es verdad. Yo vine aquí. Cuando los Copley se marcharon sentí la necesidad repentina de verte. Quise llamar por teléfono, pero me respondió el contestador automático. No quise grabar nada. Habría sido una tontería. Entonces vine y encontré vacío el *cottage*. La luz de la sala de estar y de la cocina estaban encendidas y la puerta estaba cerrada con llave. Te llamé. El tocadiscos estaba en marcha a toda potencia y toda la casa estaba llena de una música triunfante, pero no había nadie.

Alice se quedó un momento en silencio sin moverse de la silla en la que estaba sentada y después, con voz tranquila, dijo:

—Fui a dar un paseo para disfrutar del claro de luna. No esperaba visitas imprevistas. Aquí no hay nunca visitas imprevistas, salvo la tuya, y yo me figuraba que estabas en Norwich. Pero tomé las debidas precauciones contra un posible intruso: cerré la puerta con llave. ¿Cómo entraste?

—Con la llave que tú me diste. No puedes haberlo olvidado, Alice. Hace un año que me diste una llave y la conservo desde entonces.

Alice la miró y Meg leyó en su rostro el esfuerzo de la memoria, la contrariedad y, antes de que volviera a un lado la cabeza, el asomo de una sonrisa llena de tristeza.

—Lo había olvidado completamente. ¡Qué cosa tan extraordinaria! Pero aunque me hubiera acordado, tampoco me habría preocupado lo más mínimo. Después de

todo, yo me figuraba que estabas en Norwich. Pero no me acordé. ¡Tenemos tantas llaves del *cottage*!…, unas aquí, otras en Londres. Tú no me has recordado nunca que tuvieras una llave.

—Te lo dije una vez hace tiempo y me dijiste que la guardase. Fui tan estúpida que me figuré que esto tenía un significado. Significaba confianza, amistad, el símbolo de que Martyr's Cottage tenía siempre las puertas abiertas para mí. Me dijiste que un día podía necesitarla.

Y Alice rompió a reír.

—¡Y claro!, entonces la necesitaste. ¡Qué irónico! No es propio de ti que vengas a casa cuando no estoy y sin haberte invitado. Hasta ahora no lo habías hecho nunca.

—Yo no sabía que tú no estabas. Las luces estaban encendidas, llamé a la puerta y oí la música. Después de llamar por tercera vez, al ver que no salías a abrir, pensé que podías encontrarte mal, que a lo mejor no estabas en condiciones de pedir ayuda. Por consiguiente, abrí la puerta y me recibió un torrente de música maravillosa. La reconocí: era la *Sinfonía en sol menor* de Mozart, la favorita de Martin. ¡Vaya disco extraordinario escogiste!

—No lo escogí, me limité a poner en marcha el tocadiscos. ¿Qué tenía que haber escogido? ¿Una misa de réquiem para el tránsito de un alma en la que no creo?

Meg prosiguió como si no hubiera oído nada.

—Entré en la cocina. La luz también estaba encendida. Era la primera vez que me encontraba sola en esta habitación y de pronto me sentí como una extraña. Me di cuenta de que todo lo que había en ella me era ajeno y de que no tenía ningún derecho a permanecer aquí. Por eso me marché sin dejarte ninguna nota.

Alice dijo tristemente:

—Tenías toda la razón: no tenías ningún derecho a permanecer aquí. ¿Tantas ganas tenías de verme que atravesaste la zona costera ignorando que el Silbador estaba muerto?

—No tenía miedo. ¡La zona costera está tan desolada! No hay ningún sitio en el que pueda esconderse nadie y, al llegar a Martyr's Cottage, sabía que estaría contigo.

—No, tú no eres de las que se asustan con facilidad. ¿Estás asustada ahora?

—No de ti sino de mí. Estoy asustada de lo que pienso.

—Así es que el *cottage* estaba vacío. Bueno, todavía hay algo más. ¿Qué otra cosa hay?

—El mensaje del contestador automático —dijo Meg—. Si lo hubieras recibido realmente a las siete cincuenta habrías telefoneado a la estación de Norwich dejando un mensaje para que te telefonease. Sabías lo mucho que contrariaba a los Copley tener que irse a vivir con su hija. En la zona costera nadie lo sabía salvo tú. Los Copley no se lo habían dicho nunca a nadie, ni yo tampoco excepto a ti. Habrías telefoneado, Alice. Me habrían avisado a través de los altavoces de la estación y yo habría acompañado nuevamente a los Copley a casa. Habrías pensado en ese detalle.

—Una mentira a Rickards que podría ser una cuestión de conveniencia, un deseo de evitar complicaciones y un ejemplo de falta de sensibilidad —dijo Alice—. ¿Es todo?

—El cuchillo. El cuchillo del centro del bloque de cuchillos. No estaba… En aquel momento su ausencia no significó nada para mí, aunque por supuesto se notaba. Estaba acostumbrada a ver los cuatro cuchillos en su sitio, cuidadosamente colocados por tamaños, cada uno metido en su funda. Ahora vuelve a estar en su sitio. El lunes después del asesinato, cuando vine a verte, también estaba en su sitio. Pero el domingo por la noche no estaba.

Habría querido gritar:

—¡No vas a usarlo ahora, Alice, no lo uses!

Pero se obligó a seguir allí, hablando con voz tranquila, procurando no pedirle que la tranquilizase, que la comprendiese.

—Y a la mañana siguiente, cuando llamaste por teléfono para decir que Hilary estaba muerta, no quise decirte nada sobre mi visita. No sabía qué creer. No era que sospechase de ti, porque esto habría sido imposible y aun ahora sigue siéndolo, pero necesitaba tiempo para pensar. No fue hasta muy avanzada la mañana que pude hacer acopio de fuerzas y me decidí a venir a verte.

—Y entonces me encontraste aquí, en compañía del inspector Rickards, y escuchaste mi mentira… y viste que el cuchillo volvía a estar en su sitio. Pero no dijiste nada, ni has dicho nada a nadie desde entonces, ni siquiera a Adam Dalgliesh… supongo.

Era una estocada llena de astucia.

—No se lo he dicho a nadie —dijo Meg—. ¿Cómo iba a decírselo? Primero teníamos que hablar. Imaginé que debías de tener una buena razón para mentir.

—Supongo que después, lentamente, quizás involuntariamente incluso, comenzaste a darte cuenta de cuál podía ser la razón.

—No creo que hayas matado a Hilary. Suena fantástico, ridículo incluso, pronunciar estas palabras, sospechar de ti. Pero faltaba el cuchillo y tú no estabas en casa. Mentiste, no puedo entender cuál es el motivo… y todavía sigo sin entenderlo. Me pregunto a quién estás protegiendo. Y a veces… perdóname, Alice… a veces llego a pensar que quizás estabas allí cuando él la mató, estabas allí de guardia, observándolo todo… que quizás incluso lo ayudaste a cortarle el vello.

Alice estaba tan inmóvil, con las manos de largos dedos descansando en el regazo, que parecía que toda ella, incluso los pliegues de la bata, fueran de piedra tallada.

—Ni ayudé a nadie… ni nadie me ayudó —dijo Alice—. En la playa solo había dos personas: Hilary y yo. Lo planeé sola y lo hice sola.

Se quedaron un momento sentadas en silencio. Meg sentía un frío inmenso. Oía las palabras y sabía que decía la verdad. ¿Quizá lo había sabido siempre? Lo único que pensaba ahora era que ya no volvería a estar nunca más en aquella cocina, que ya

nunca más volvería a encontrar la paz y la seguridad que había encontrado en esta habitación. De pronto le vino a las mientes un recuerdo absurdo: ella tranquilamente sentada en esa misma silla mientras Alice preparaba pasteles… tamizaba la harina sobre una losa de mármol, incorporaba cuadraditos de mantequilla blanda, cascaba el huevo, con sus largos dedos amasaba ligeramente la mezcla, estiraba la masa y formaba la rutilante bola de pasta… Y se decía: «Fueron tus manos, tus manos pasaron la correa alrededor de su garganta, tus manos le cortaron el vello, tus manos abrieron su frente para grabar en ella una L. Lo planeaste sola y lo realizaste sola».

—Necesité valor, pero quizá menos del que tú imaginas —dijo Alice—. Y murió muy rápidamente… fue muy fácil. Sería una suerte que pudiéramos morir con tan poco dolor. Ni siquiera sintió terror. Tuvo una muerte más dulce que la que tendremos muchos de nosotros. Y en cuanto a lo que siguió, no importa demasiado. No le importó a ella, ni siquiera me importó mucho a mí. Estaba muerta. Las cosas que se hacen a los vivos son las que exigen emociones más intensas: coraje, odio, amor…

Se calló un momento y después dijo:

—En tu avidez por demostrar que soy una asesina, no confundas la sospecha con la prueba. No puedes probar ninguna de estas cosas. Está bien, tú dices que faltaba el cuchillo, pero aquí se trata de tu palabra contra la mía. Y si faltaba yo podría decir que fui a dar un breve paseo por la zona costera y que el asesino aprovechó la oportunidad.

—¿Y después lo habría vuelto a colocar en su sitio? Ni siquiera habría sabido cuál era su sitio.

—Naturalmente que lo habría sabido. Todo el mundo sabe que soy cocinera y las cocineras necesitan cuchillos afilados. ¿Por qué no habría de volverlo a dejar en su sitio?

—¿Cómo habría podido si la puerta estaba cerrada con llave?

—Solo lo sabes tú, pero yo diría que la había dejado abierta. La gente de la zona costera suele hacerlo.

Meg habría querido gritarle:

«¡No, Alice! ¡No comiences a planear más mentiras! Que por lo menos entre las dos exista la verdad».

Pero en cambio dijo:

—¿Y el retrato? ¿Y la ventana hecha añicos? ¿También fuiste tú?

—Naturalmente.

—Pero ¿por qué? ¿Para qué toda esta complicación?

—Porque era necesario. Mientras estaba esperando que Hilary saliera del mar vi a Theresa Blaney. La vi de repente en el borde del acantilado, junto a las ruinas de la abadía. Se quedó allí un momento y después desapareció. Pero yo la había visto. Como había luna llena, era inconfundible.

—Pero ¿y si no te vio?, ¿si no te vio cuando… cuando Hilary murió?

—¿No te das cuenta? Esto supondría que su padre no tiene coartada. Siempre me ha sorprendido por su sinceridad y, además, es una niña que ha tenido una educación religiosa. Cuando dijera a la policía que ella se encontraba en la zona costera aquella noche, Ryan correría un terrible peligro. Y aunque atinara a mentir, ¿cuánto tiempo aguantaría? La policía la interrogaría amablemente, porque Rickards no es ningún bruto, pero una niña que está acostumbrada a decir la verdad, no sabría mentir de una manera convincente. Cuando volví a casa después del asesinato, escuché los mensajes del contestador automático. Se me ocurrió pensar que quizás Alex había cambiado sus planes y había telefoneado. Y fue entonces, demasiado tarde, cuando me enteré de la comunicación de George Jago, lo que me hizo comprender que aquel crimen no podrían colgárselo al Silbador. Tenía que proporcionar una coartada a Ryan Blaney y por esto traté de llamarlo para decirle que había recogido el cuadro. Al no poder establecer contacto con él, pensé que lo mejor era ir a Scudder's Cottage lo más deprisa que me fuera posible.

—Podías haber recogido el retrato, llamar a la puerta para decir qué habías hecho y verlo. Habría sido prueba suficiente de que estaba en casa.

—Pero habría resultado demasiado deliberado, excesivamente artificioso. Ryan había dado a entender claramente que no quería que lo molestaran y que lo único que yo tenía que hacer era recoger el retrato. Lo dijo muy claramente. Adam Dalgliesh estaba conmigo cuando lo dijo. No una persona cualquiera, sino el policía más inteligente de Scotland Yard. No, me hacía falta una excusa válida para llamar a la puerta de su casa y hablar con Ryan.

—Por consiguiente, pusiste el retrato en el maletero del coche y le dijiste que había desaparecido del cobertizo. —Meg encontraba que era extraordinario que el horror pudiera por un momento ser subsumido por la curiosidad, por la necesidad de saber. Como si estuvieran hablando de los detalles complicadísimos de una comida campestre—. Exactamente —dijo Alice—, poco podía pensar que era yo quien se lo había quitado no hacía más que un minuto. Me fue de perlas que estuviera medio bebido, no tan borracho como se lo describí a Rickards, pero evidentemente incapaz de matar a Robarts y de volver a estar en Scudder's Cottage a las diez menos cuarto.

—¿Ni siquiera sirviéndose de la furgoneta o de la bicicleta?

—La furgoneta estaba inservible y en la bicicleta no se habría sostenido. Aparte de que yo lo habría pasado cuando hubiera hecho el recorrido de vuelta a su casa. La declaración que hice significaba que Ryan estaría a salvo aunque Theresa confesase que ella había salido del *cottage*. Me paré un momento junto al búnquer y arrojé las zapatillas en el interior. No tenía manera de quemarlas, a no ser haciendo una hoguera al aire libre en la que ya había quemado el papel y el cordel utilizados en el envoltorio del retrato, pero me daba la impresión de que, si quemaba la goma, dejaría rastro y, además, desprendería un olor muy persistente. No esperaba que la policía se dedicase a buscar las zapatillas, porque no sabía que hubieran encontrado la huella de una pisada. Sin embargo, por mucho que las buscaran, no habría nada que relacionase

esas zapatillas en particular con el asesinato. Las lavé concienzudamente en el grifo del exterior antes de deshacerme de ellas. Sabía que lo mejor que hubiera podido hacer habría sido devolverlas al cofre de zapatos destinados a la venta, pero no me atrevía a esperar y sabía que aquella noche, como tú habías ido a Norwich, la puerta trasera estaría cerrada.

—¿Y después arrojaste el retrato de Hilary a través de la ventana de su casa?

—Tenía que desembarazarme de él. Si lo hacía a través de este procedimiento parecería un acto deliberado de vandalismo y de odio atribuible a muchos sospechosos, no todos ellos de la zona costera. Esto complicaba todavía más las cosas y constituía una prueba más a favor de Ryan. Nadie creería que él podía destruir deliberadamente su propia obra. Pero el hecho tenía un doble propósito: yo quería entrar en Thyme Cottage y a través de la ventana rota pude meterme dentro.

—Un acto terriblemente peligroso, porque podías haberte lastimado, o se te podía meter una astilla de vidrio en los zapatos. Entonces llevabas los tuyos, porque ya te habías librado de las zapatillas Bumble.

—Examiné cuidadosamente las suelas y además tuve mucho cuidado de ver por dónde pisaba. Como había dejado encendidas las luces de la planta baja, no tuve necesidad de servirme de la linterna.

—Pero ¿para qué querías entrar? ¿Qué buscabas? ¿Qué esperabas encontrar?

—Nada. Quería desembarazarme del cinturón: lo arrollé cuidadosamente y lo metí en un cajón de su dormitorio junto con otros cinturones, medias, pañuelos y calcetines.

—Si la policía lo hubiera examinado, habría visto que en el cinturón no había sus huellas dactilares.

—Ni las mías, porque yo seguía llevando guantes. Además, ¿para qué iban a examinarlo? Lo más probable es que dieran por sentado que el asesino había utilizado un cinturón suyo y que se lo había llevado. El último sitio que el asesino habría escogido para esconder el arma homicida habría sido la casa de su víctima. Por esto me decidí a hacerlo. Y aunque hubieran decidido examinar todos los cinturones y correas de perro de la zona costera, dudo que obtuvieran huellas útiles de un trozo de cuero que tienen que haber tocado docenas y docenas de manos.

—Te tomaste muchas molestias para proporcionar una coartada a Ryan —dijo Meg con amargura—. ¿Y los demás sospechosos inocentes? Todos ellos corrían peligro y aún hoy siguen corriéndolo. ¿No te acordaste de ellos?

—Solo de uno: de Alex. Pero él tiene la mejor coartada de todos. Tuvo que pasar por el control de seguridad para entrar en la central nuclear y volver a pasarlo al salir.

—Estoy pensando en Neil Pascoe, en Amy, en Miles Lessingham… en mí.

—Ninguno de vosotros tiene a su cargo cuatro hijos huérfanos de madre. Me figuraba que Lessingham estaría en situación de presentar una coartada pero, en caso de que no pudiera, en realidad no había pruebas contra él. ¿Cómo iba a haberlas si no lo hizo? Pero a mí me da la sensación de que adivina quién es el autor, porque

Lessingham no tiene un pelo de tonto. De todos modos, aunque lo sospeche, no dirá nunca nada. Neil Pascoe y Amy podían proporcionarse mutuamente una coartada y en cuanto a ti, mi querida Meg, ¿te ves de veras como una posible sospechosa?

—Me siento como una posible sospechosa. En ocasión del interrogatorio de Rickards me parecía volver a encontrarme en la sala de profesores de la escuela, delante de aquellos rostros implacables y acusadores, plenamente consciente de que ya había sido juzgada una vez y encontrada culpable e incluso preguntándome si quizá no lo era en verdad.

—Los posibles sufrimientos de los sospechosos inocentes, incluida tú, ocupaban un lugar muy bajo en mi lista de prioridades.

—¿Y ahora vas a dejar que acusen del asesinato a Caroline y a Amy, difuntas las dos e inocentes las dos?

—¿Inocentes? De este hecho sí, por supuesto. Quizá tengas razón y quizá la policía encuentre conveniente acusarlas del asesinato, a una de ellas o a las dos juntas en colaboración. Desde el punto de vista de Rickards, valen más dos sospechosos muertos que ningún detenido. Y esta conclusión ahora ya no las perjudica en nada. Los muertos están más allá del mal, del mal que ellos hacen y del que les pueden hacer.

—Pero esto no está bien y, además, es injusto.

—Meg, están muertas. ¡Muertas! Ya no importa nada. La injusticia es una palabra y ellas están fuera del alcance del poder de las palabras. Ya no existen. La vida es injusta. Si quieres combatir la injusticia, concéntrate en la injusticia contra los seres vivos. Alex tenía derecho a aquel trabajo…

—¿Y Hilary Robarts no tenía derecho a la vida? Ya sé que no era una persona agradable, pero tampoco era feliz. No tiene familia inmediata que lleve luto por ella, no deja hijos, pero tú le arrebataste algo que nadie le puede devolver. No merecía morir. Quizá no lo merezca ninguno de nosotros… por lo menos de aquella manera. Ahora ni siquiera colgaríamos al Silbador. Desde Tyburn[9], desde que quemaron a Agnes Poley, hemos aprendido alguna cosa. Nada de lo que hizo Hilary Robarts la hacía merecedora de una muerte así.

—No quiero discutir si merecía o no morir, no me importa que fuera o no feliz, que tuviera hijos o que no los tuviera, ni siquiera si era o no de utilidad para nadie. Lo que yo digo es que yo quería que muriera.

—Para mí es un acto tan perverso que sobrepasa mi comprensión. Alice, lo que tú hiciste es un pecado terrible.

Alice rompió a reír, una risa llena, casi feliz, como si estuviera divirtiéndose de verdad.

—Meg, no cesas de sorprenderme, usas palabras que ya no están en el vocabulario general, ni siquiera en el de la Iglesia, según me dicen. Las implicaciones que pueda tener esa palabreja escapan a mi comprensión. Pero si quieres considerar el

hecho en términos teológicos, piensa en Dietrich Bonhoeffer, que escribió: «A veces sentimos el deseo de ser culpables». Bien, sentí el deseo de ser culpable.

—De ser culpable, sí, no de sentirte culpable. Esto tiene que hacerlo más fácil.

—¡Pero es que yo me siento culpable! Desde la infancia que me siento culpable. Y si en lo más profundo de tu corazón estás convencida de que no tienes derecho a la existencia, poco importa contar con una razón más en favor de tu culpabilidad.

Meg iba pensando que ya nunca en la vida podría olvidar todo aquello, que no podría borrar jamás lo ocurrido aquella noche. Sin embargo, quería saber la verdad hasta el fondo. Aunque sea doloroso saberlo todo, siempre es mejor que saber a medias.

—La noche que vine a verte para decirte que los Copley se marchaban a pasar una temporada con su hija…

—El viernes después de aquella cena —dijo Alice—. Hace doce días.

—¿De veras? Da la impresión de tratarse de una dimensión diferente del tiempo. Aquel día me pediste que viniera a cenar contigo cuando volviera de Norwich. ¿Formaba parte también de tu coartada? ¿Querías aprovecharte de mí?

Alice la contempló un momento y dijo:

—Sí, lo siento. Habrías vuelto más o menos a las nueve y media, justo a tiempo para que yo hubiera podido regresar y tener preparada una cena caliente en el horno.

—Que habrías cocinado a primera hora de la tarde. Con la seguridad, además, que te daba el hecho de que Alex estuviera en la central y te hubiera dejado el campo libre.

—Sí, así lo había planeado, y cuando tú declinaste la invitación, no quise insistir. Esto se habría hecho sospechoso más tarde y entonces habría sido demasiado evidente que quería procurarme una coartada. Además, tú tampoco te habrías dejado convencer de cambiar de opinión, ¿verdad? No te dejas convencer nunca. De todos modos, el simple hecho de haberte invitado ya habría servido de algo. Normalmente una mujer no invita a una amiga suya a cenar, ni siquiera a una cena de estar por casa, si al mismo tiempo está planeando cometer un asesinato.

—Y si hubiera aceptado, si hubiera aparecido a las nueve y media, habría cometido una torpeza, dado que tú habías cambiado tus planes, ¿no es verdad? No habrías podido ir a Scudder’s Cottage ni ofrecer a Ryan Blaney su coartada y te habrías quedado en posesión de las zapatillas y del cinturón.

—El principal problema habrían sido las zapatillas. No me figuraba que pudieran relacionarlas con el asesinato, pero necesitaba deshacerme de ellas antes de la mañana siguiente. Me habría sido imposible explicar por qué estaban en mi poder. Probablemente las habría lavado y las habría escondido en algún sitio a la espera de dejarlas en el cofre al día siguiente, pero habría tenido que encontrar la manera de proporcionar una coartada a Blaney. Lo más seguro es que te hubiera dicho que no podía ponerme en contacto por teléfono con él y que debía ir a verle en seguida para decirle que el Silbador estaba muerto. Pero todo esto es pura teoría porque yo, en

realidad, no estaba preocupada por ninguna de estas cosas. Tú habías dicho que no vendrías y yo sabía que no vendrías.

—La verdad es que vine. No vine a cenar, pero vine.

—Sí, ¿a qué viniste, Meg?

—Una sensación de depresión después de un día atareado, la contrariedad que me produjo ver marchar a los Copley, la necesidad de verte. No vine a cenar porque había cenado temprano. Después me fui a pasear por la zona costera.

Pero quería preguntar algo más, por lo que dijo:

—Tú sabías que Hilary se iba a tomar su baño después de escuchar los titulares de las noticias de las nueve. Me imagino que había mucha gente que sabía que le gustaba nadar de noche. Y tú estabas haciendo lo necesario para que Ryan tuviera su coartada para las nueve y cuarto o poco después de esa hora. Pero, supón que no se hubiera descubierto el cadáver hasta el día siguiente. Lo normal habría sido que no se hubieran dado cuenta de su desaparición hasta el lunes por la mañana al ver que no comparecía en la central. Entonces habrían llamado a su casa para averiguar si estaba enferma. A lo mejor no habrían empezado a hacer averiguaciones hasta el lunes por la tarde. Habrían pensado que quizás aquel día había decidido ir a nadar por la mañana en lugar de hacerlo por la noche.

—Generalmente el patólogo sabe determinar el momento de la muerte con razonable exactitud. Yo sabía que la encontrarían la misma noche porque sabía que Alex había prometido visitarla por la noche a la salida de la central. Ya iba camino del *cottage* cuando se encontró con Adam Dalgliesh. Y ahora me parece que ya lo sabes todo, salvo lo relativo a las zapatillas Bumble. Llegué a la vieja rectoría a través de los jardines de la parte trasera de la casa la tarde del domingo. Sabía que la puerta estaría abierta y que vosotros estaríais comiendo y tomando el té. Llevaba una bolsa con unas cuantas cosas dentro para depositarlas por si alguien me veía. Pero no me vio nadie. Cogí las zapatillas, unas zapatillas blandas y cómodas, de un número que correspondiera más o menos al mío, y también uno de los cinturones.

Pero todavía le quedaba una pregunta, la más importante de todas.

—¿Por qué lo hiciste, Alice? Tengo que saber por qué lo hiciste —preguntó Meg.

—Es una pregunta peligrosa, Meg. ¿De veras quieres saber la respuesta?

—Necesito respuesta, necesito comprenderlo todo.

—¿No basta con que diga que estaba decidida a casarse con Alex y que yo estaba decidida a que no se casase con él?

—No puede ser por esto. No es posible. Tiene que haber algo más. Es forzoso que haya algo más.

—Sí, lo había y creo que tienes derecho a saberlo. Estaba chantajeando a Alex. Habría podido impedir que le dieran el cargo o, en el caso de que se lo hubieran dado, habría podido impedir que trabajase eficazmente. Tenía poder para destruir su carrera. Toby Gledhill había dicho a Hilary que Alex suspendía deliberadamente la publicación del resultado de sus investigaciones porque podían perjudicar los

estudios en torno al segundo reactor de Larksoken. Habían descubierto que algunas de las hipótesis a las que habían llegado al generar los modelos matemáticos eran más críticas de lo imaginado al principio, y la gente que se oponía a la construcción del nuevo PWR en Larksoken podía aprovecharse de esta circunstancia para provocar retrasos y fomentar el histerismo reinante.

—¿Quieres decir que Alex había falseado deliberadamente los resultados?

—Alex es incapaz de hacer tal cosa. Lo único que había hecho era retrasar la publicación del experimento, que se hará dentro de un mes o dos. Pero este tipo de información es la que, cuando pasa a la prensa, causa un daño irreparable. Toby ya estuvo a punto de hablar con Neil Pascoe, pero Hilary se lo sacó de la cabeza porque consideraba que era un asunto demasiado valioso y tenía intención de explotarlo para obligar a Alex a que se casara con ella. Hilary se lo dijo abiertamente cuando la acompañó a su casa después de la cena que dimos aquí y aquella misma noche, ya tarde, Alex me lo contó. En aquel mismo momento supe qué tenía que hacer. La única manera de comprar su silencio habría sido promoviéndola de administradora en funciones a oficial administrativa de Larksoken y esto era casi tan imposible para él como falsificar deliberadamente un resultado científico.

—¿Quieres decir que habría tenido que casarse con ella?

—Se habría visto obligado. Pero aun así, ¿qué seguridad habría tenido entonces? Ella habría retenido lo que sabía hasta el final de su vida. ¿Y qué vida habría tenido Alex, atado a una mujer que le había hecho chantaje para casarse con él, una mujer a la que no deseaba y a la que no podía respetar ni amar?

Y después, en voz tan baja que Meg apenas oyó lo que decía:

—Yo debía a Alex una muerte.

—Pero ¿cómo podías estar segura, tan segura como para matarla? ¿No habrías podido hablar con ella, convencerla, hacerla entrar en razón? —le dijo Meg.

—Hablé con ella. Fui a verla el domingo por la tarde. Era yo la que estaba con ella cuando la señora Jago pasó por su casa para dejarle la revista parroquial. Se podría decir que fui a ofrecerle la posibilidad de vivir. No podía asesinarla sin tener la seguridad de que se trataba de un acto necesario, lo que suponía hacer lo que no había hecho nunca hasta entonces: hablarle de Alex, tratar de convencerla de que aquel matrimonio no redundaría en beneficio de ninguno de los dos, que lo dejase. De ese modo me habría ahorrado esta humillación. No hubo discusión porque ella se consideraba por encima de estas cosas. Ni siquiera se mostró racional. Se pasó gran parte del tiempo insultándome como una posesa.

—¿Tu hermano está enterado de esa visita? —preguntó Meg.

—No sabe nada. Ni se lo dije entonces ni tampoco se lo he dicho después. Él, en cambio, me dijo qué se proponía hacer: prometerle que se casaría con ella y después, cuando tuviera el cargo seguro, hacerse atrás. Habría sido un desastre. Alex no ha llegado a entender nunca a la mujer con la que mantuvo una relación, no sabía nada de su pasión, de su desesperación. Había sido la hija única de un hombre rico,

mimada y desatendida de forma alternativa, toda su vida en abierta competencia con su padre, de quien había aprendido que, para conseguir lo que uno quiere, solo hace falta tener valor y luchar para conseguirlo. Valor lo tenía. Estaba obsesionada con Alex, sentía una gran necesidad de él y sobre todo una gran necesidad de tener un hijo. Decía que Alex le debía un hijo. Quizás Alex se figuraba que era igual que uno de sus reactores, que se la podía domesticar, que él podía introducir en aquella turbulencia el equivalente de sus barras de acero al boro y controlar la fuerza que liberaría. Cuando salí de su casa aquella noche sabía que no tenía opción. El domingo era el límite de tiempo. Él había arreglado las cosas para pasar por Thyme Cottage camino de casa al salir de la central. Fue una suerte para él que yo me adelantara. Quizá lo peor de todo fue esperarle a que llegara a casa aquella noche, porque yo no me atrevía a llamar a la central. No estaba segura de si estaría solo en su despacho o en la sala de ordenadores y nunca lo había llamado para preguntarle a qué hora llegaría a casa. Estuve esperando casi tres horas. Esperaba que Alex encontrase el cadáver. Iría a su casa, no la encontraría y lo más natural era buscarla en la playa. Entonces descubriría el cadáver, telefonearía a la policía desde el coche y después llamaría a casa para decírmelo. Al ver que no llamaba, comencé a fantasear y a imaginar que no estaba muerta, que yo había cometido algún error. Lo veía, desesperado, haciéndole la respiración artificial… y veía que los ojos de Hilary iban abriéndose lentamente. Apagué las luces y me trasladé a la sala de estar para vigilar la carretera, pero lo que vi no fue una ambulancia, sino los coches de la policía, toda la parafernalia del crimen. Y Alex seguía sin venir.

—¿Cuándo volvió? —preguntó Meg.

—Cuando llegó apenas hablamos. Yo ya me había metido en cama, porque consideré que debía hacer lo que hago normalmente y no esperar a que él llegase. Alex entró en mi habitación para decirme que Hilary estaba muerta y cómo había muerto. Yo le pregunté: «¿El Silbador?», y él respondió: «No, la policía dice que no, porque el Silbador ha muerto antes que ella». Y salió. Me parece que ninguno de los dos habría podido soportar estar juntos, porque el aire estaba excesivamente cargado de pensamientos no formulados con palabras. Pero hice lo que tenía que hacer y, en realidad, no estoy arrepentida. Ahora ya tiene el trabajo, no se lo quitarán y menos aún cuando sea confirmado el nombramiento. ¡No lo van a echar porque su hermana sea una asesina!

—Pero si descubrieran por qué lo hiciste…

—No lo descubrirán. Únicamente dos personas conocen el motivo y no te lo habría confesado si no confiara en ti. En un plano más personal te diré que dudo que creyeran tus palabras sin la confirmación de otro testigo y tanto Toby Gledhill como Hilary Robarts, los únicos que podrían confirmarlas, están muertos.

Después de un minuto de silencio, dijo:

—Tú habrías hecho lo mismo por Martin.

—¡Oh, no! ¡No!

—No de la misma manera que yo, porque no te imagino haciendo uso de la fuerza física, pero cuando se ahogó, si hubieras estado en la orilla de aquel río y hubieras podido escoger quién tenía que morir y quién vivir, ¿habrías dudado?

—No, claro que no. Pero eso habría sido diferente. No habría planeado que se ahogase nadie, no habría sido resultado de un deseo mío.

—¿Y si te dijeran que habría millones de personas que vivirían más seguras si Alex conseguía un trabajo que solo él es capaz de realizar, aunque sea a costa de la vida de una mujer? ¿Dudarías entonces? Esta era la disyuntiva ante la que me encontraba. No eludas la cuestión, Meg, porque yo no la eludí.

—Pero ¿cómo es posible que un asesinato resuelva nada? ¡Nunca puede resolver nada!

Alice, con repentina pasión, exclamó:

—Sí que puede, y lo ha hecho. Tú has leído libros de historia, ¿no es verdad? Seguro que has encontrado casos parecidos.

Meg se sentía agotada por el cansancio y la tristeza. No quería seguir hablando, pero tampoco podía callar. ¡Quedaban tantas cosas por hablar!

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Depende de ti.

Pero en medio del horror y el escepticismo que la embargaba, Meg encontró valor suficiente y autoridad para decir:

—¡Oh, no! De mí no depende. No he pedido esta responsabilidad ni tampoco la quiero.

—Pero no puedes eludirla. Sabes lo que sabes. Puedes llamar ahora mismo al inspector Rickards. Ahí tienes el teléfono.

Al ver que Meg no hacía ningún movimiento para llamar, dijo:

—Seguro que no vas a hacer de mí un E. M. Forster, ¿verdad? Si tuviera que elegir entre traicionar a mi país o a un amigo, quiero creer que tendría redaños suficientes para traicionar a mi país.

—Esta es una de aquellas observaciones inteligentes que, si uno las analiza, se da cuenta de que no significan nada o de que significan una tontería —dijo Meg.

—Recuérdalo —dijo Alice—: hagas lo que hagas, no conseguirás devolverle la vida. Tienes diferentes opciones, pero no esta. Es muy satisfactorio para el orgullo personal descubrir la verdad. Pregúntaselo a Adam Dalgliesh. Todavía es más satisfactorio para la vanidad humana imaginar que uno puede vengar al inocente, restablecer el pasado, vindicar el bien. Pero es imposible. Los muertos están muertos. Lo máximo que uno puede hacer es daño a los vivos en nombre de la justicia, del castigo, de la venganza. Si esto te produce alguna satisfacción, adelante, pero no vayas a creer que así serás más virtuosa. Sea lo que fuere lo que decidas, sé que lo honrarás hasta el final. Creo y confío en ti.

Al mirar a Alice, Meg se dio cuenta de que la expresión de su rostro revelaba gravedad, ironía, desafío incluso, pero que no le pedía nada.

—¿Quieres pensártelo primero? —le dijo Alice.

—No, no es cosa de pensárselo. Sé lo que debo hacer: tengo que decirlo, pero preferiría que lo dijeras tú.

—Entonces dame tiempo hasta mañana. Cuando haya hablado, se habrá terminado mi intimidad y aún me quedan cosas que hacer: las pruebas, asuntos que debo dejar terminados… Y me gustaría disfrutar de doce horas de libertad. Si me las concedes, te quedaré agradecida. No tengo derecho a pedir más, pero esto aún puedo pedirlo.

—Sin embargo, cuando confieses, tendrás que darles un motivo, una razón, algo en lo que puedan creer —dijo Meg.

—¡Ah, no hay problema, lo entenderán muy bien! Celos, odio, resentimiento de una virgen de edad madura frente a una mujer que era como era y que vivía como vivía. Les diré que ella quería casarse con él, quitármelo después de todo lo que yo había hecho por él. Me verán como una neurótica, una menopáusica víctima de alienación temporal. Un afecto fuera de lo normal, una sexualidad reprimida… así es como hablan los hombres de las mujeres como yo. Estos son los motivos que tienen sentido para un hombre como Rickards. Se lo contaré a él.

—¿Aunque esto signifique que vas a terminar en Broadmoor? Alice, ¿podrás soportarlo?

—Bueno, es una de las posibilidades, ¿no? O esto o la cárcel. Era un asesinato cuidadosamente planificado. Ni el abogado más listo podría hacer ver que fue un acto repentino e impremeditado. Y dudo que haya mucha diferencia entre Broadmoor y la cárcel en lo que a la cocina se refiere.

A Meg le parecía que ya nunca en la vida nada volvería a ser verdad. No era solo su mundo interior el que se había hecho pedazos sino también los objetos que le eran familiares del mundo exterior. Todo había perdido realidad: el escritorio con cierre de persiana de Alice, la mesa de la cocina, las sillas de mimbre de alto respaldo, las hileras de pucheros resplandecientes, el hornillo… todo había perdido corporeidad y parecía que desaparecía si lo tocaba. Súbitamente advirtió que la cocina que ahora recorrían sus ojos estaba vacía. Alice se había marchado. Se dejó caer hacia atrás, sintió una debilidad extrema y cerró los ojos. Al volverlos a abrir vio el rostro de Alice inclinado sobre el de ella, un rostro inmenso como una luna. Alice le ofrecía un vaso con estas palabras:

—Es *whisky*. Bébetelo, lo necesitas.

—No, Alice, no puedo. Sabes que detesto el *whisky*, que me pone enferma.

—Este no te pondrá enferma. Hay momentos en que el *whisky* es el único remedio posible. Este es uno. Bébetelo, Meg.

Meg notaba que le temblaban las rodillas y, al mismo tiempo sentía que de los ojos le saltaban las lágrimas, lágrimas ardientes de dolor que le rodaban por las mejillas, lágrimas imposibles de frenar, una corriente de lágrimas saladas que sentía en las mejillas y en la boca. Y pensó que no era posible que aquello fuera verdad, que

no era posible que estuviese ocurriendo. Era lo mismo que había sentido cuando la señorita Mortimer, presentándose en la clase, la había hecho sentar amablemente en una silla situada enfrente de la suya en la sala de profesores y le había dado la noticia de la muerte de Martin. Había que pensar lo que no era posible pensar, había que creer lo que no era posible creer. Las palabras seguían significando lo que habían significado siempre: asesinato, muerte, tristeza, dolor… Veía la boca de la señorita Mortimer que iba moviéndose, las frases extrañas y desconectadas que se quedaban flotando, como los globos de una tira cómica, y se preguntaba por qué se había limpiado el carmín de los labios antes de la entrevista. ¿Sería porque consideraba que una noticia tan espantosa como aquella únicamente podían darla unos labios desnudos? Volvía a ver los trozos de carne que tenía por labios hablando incansablemente, volvía a ver el botón del jersey de la señorita Mortimer, que pendía a punto de caer, sujeto por un solo hilo y volvía a oír su propia voz que decía… decía nada menos que estas palabras:

—Señorita Mortimer, va a perder el botón.

Rodeó el vaso con los dedos. Le pareció que se había vuelto inmensamente grande, que era pesado como una roca, mientras el olor del *whisky* le revolvía el estómago. Pero no le quedaban fuerzas para resistirse. Lo levantó lentamente hasta la boca. Se daba cuenta de la proximidad del rostro de Alice, de sus ojos que no la perdían de vista ni un momento. Tomó primero un sorbito pequeño y ya iba a inclinar la cabeza hacia atrás para vaciar el vaso de una sola vez cuando, con firmeza pero con suavidad, Alice le cogió el vaso de las manos y oyó que su voz decía:

—Está bien, Meg, el *whisky* no es tu bebida. Voy a hacer café para las dos y después te acompañaré andando hasta la vieja rectoría.

Quince minutos más tarde Meg ayudaba a lavar las tazas de café como si aquel fuera el final de un día como otro cualquiera. Después salieron juntas y emprendieron el camino de vuelta a través de la zona costera. Tenían el viento de espalda y a Meg le parecía casi que volaban por los aires y que sus pies apenas tocaban la hierba, igual que si fueran brujas. Al llegar a la puerta de la rectoría, Alice preguntó:

—¿Qué vas a hacer hoy, Meg? Reza por mí.

—Rezaré por las dos.

—Pero no esperes que me arrepienta. No soy religiosa, como bien sabes, y no comprendo esta palabra a menos que signifique, como sospecho que debe de significar, un resquemor porque algo no ha resultado tan bien como habíamos planeado. De acuerdo con esta definición, el único resquemor que me queda tiene que ver con la mala suerte de que tú, mi querida Meg, sepas tan poco de mecánica de coches.

Y de pronto, como obedeciendo a un impulso, Alice aferró violentamente los brazos de Meg. Era una presión tan intensa que causaba dolor. Meg pensó por un momento que Alice iría a darle un beso, pero la presión se relajó y las manos cayeron. Se despidió bruscamente y dio media vuelta.

Al introducir la llave en la cerradura y empujar la puerta, Meg volvió la vista atrás antes de entrar, pero Alice ya había desaparecido en la oscuridad y los desgarrados gemidos que escuchó y que por un momento le habían hecho pensar en el llanto de una mujer no eran más que el viento.

Capítulo 12

Dalgliesh acababa de ver las noticias de las nueve a través del canal de la BBC cuando sonó el teléfono. Era Rickards. El tono de su voz era potente y eufórico y sonaba con tal claridad que su presencia llenaba toda la habitación. Hacía una hora que su esposa había dado a luz una niña. Lo llamaba desde el hospital. Tanto su esposa como la pequeña estaban perfectamente. Solo disponía de unos minutos, porque estaban dispensándoles unos cuidados clínicos y en seguida podría volver junto a Susie.

—Hay que decir que mi mujer llegó con el tiempo justo. ¡Qué suerte!, ¿verdad, señor Dalgliesh? La comadrona ha dicho que nunca había visto un parto tan rápido para ser el primero de mi mujer. Solo seis horas. Tres kilos y cuatrocientos gramos. Un peso que está muy bien, ¿no le parece? Además, queríamos una niña. Se llamará Stella Louise. Louise es por la madre de Susie. ¡Hay que contentar a la vieja trucha! …

Colgando el teléfono después de las cálidas felicitaciones que, sin saber por qué, sospechaba que Rickards encontraría insuficientes, Dalgliesh se preguntó por qué lo habría honrado con aquella primicia y dedujo que Rickards, embriagado por la alegría, debía de estar llamando a todo aquel a quien podía interesarle la noticia para ocupar aquellos minutos que tenía que esperar para volver a la cabecera de la cama de su esposa. Las últimas palabras que dijo fueron:

—No puedo explicarle lo que se siente, señor Dalgliesh.

Pero Dalgliesh todavía se acordaba de lo que se sentía. Se quedó quieto un momento, el aparato caliente todavía bajo la mano y se enfrentó con sus reacciones, unas reacciones que a él se le antojaban demasiado complicadas para una noticia tan normal y, por otra parte, esperada, viéndose obligado a reconocer con disgusto que buena parte de lo que sentía era envidia. Hubo de preguntarse si sería su ida a la zona costera, la sensación que allí experimentaba de la transitoriedad pero a la vez de la continuidad de la vida, el ciclo permanente del nacimiento y la muerte o si había sido la muerte de Jane Dalgliesh, su última parienta viva, la que le hacía desear tan ardientemente haber tenido también él un hijo.

Ni él ni Rickards habían hablado del asesinato. Rickards, indudablemente, debía de verlo ahora como una intromisión casi indecente en aquel arrobamiento íntimo y casi sacrosanto en el que vivía. Después de todo, poco había que añadir. Rickards había dejado bien sentado que él consideraba el caso cerrado. Amy Camm y su amante estaban muertas y no era probable que pudiese probarse su culpabilidad. Sin embargo, la acusación contra ellas no tenía base y esto se sabía. Rickards seguía sin tener pruebas de que ninguna de las dos conociera los detalles relativos a los asesinatos del Silbador. Pero al parecer esto ahora tenía menos importancia para los cálculos de la policía, puesto que existía la posibilidad de que alguien hubiera hablado. Amy Camm podía haber recogido retazos de información en el Local Hero

que, juntos, podían revelarle muchas cosas. La propia Hilary Robarts podía haber hablado con Caroline Amphlett, y lo que las muchachas no sabían podían haberlo adivinado. Pese a que el caso habría podido archivarse oficialmente como pendiente de resolución, Rickards había querido convencerse de que Amy Camm, secundada por su amante Caroline Amphlett, había matado a Hilary Robarts. Dalgliesh, cuando la noche anterior se había visto brevemente con Rickards, había tratado de presentarle un nuevo punto de vista y lo había argumentado con toda calma y lógica, pero Rickards lo había atacado con sus propios argumentos.

—Alice Mair era una mujer autosuficiente, usted mismo lo dijo. Tenía su vida, una profesión. ¿Por qué demonios había de importarle un bledo que Alex Mair se casase con quien le diera la gana? No trató de pararle los pies la primera vez que se casó. No me parece que sea un hombre que necesite contar con una persona que lo proteja. ¿Usted se imagina a Alex Mair haciendo algo que no quiera hacer? Es de esa clase de hombre que ni Dios le obliga a hacer algo que no quiere hacer.

Dalgliesh había dicho:

—La ausencia de motivos es la faceta más débil del caso y admito que no hay una sola muestra de pruebas forenses ni físicas, pero Alice Mair cumple todos los requisitos: sabía de qué manera mataba el Silbador; sabía dónde estaría Hilary Robarts poco después de las nueve; no tiene coartada; sabía dónde podía encontrar las zapatillas y es suficientemente alta para ponérselas; tuvo oportunidad de arrojarlas dentro del búnquer a su regreso de Scudder’s Cottage. Pero todavía hay algo más. Creo que este crimen fue cometido por una persona que no sabía que el Silbador estaba muerto cuando cometió el asesinato, sino que lo supo poco después.

—Es ingenioso, señor Dalgliesh.

Dalgliesh estuvo tentado de decirle que no era ingenioso, sino lógico. Rickards se sentía obligado a volver a interrogar a Alice Mair, pero sabía que no llegaría a ninguna parte. Aparte de todo, aquel caso no correspondía a Dalgliesh. Al cabo de dos días tenía que volver a Londres. Si el MI5 pretendía que hiciera más trabajo sucio, se lo tendrían que hacer ellos mismos. Ya se había interferido más de lo que era estrictamente justificado y, ciertamente, más de lo que habría querido y se dijo que no habría sido justo echar la culpa a Rickards ni al asesino del hecho de que la mayoría de las decisiones que habría debido tomar en la zona costera todavía estuvieran en el tintero.

Aquel inesperado brote de envidia había provocado en él una ligera autoaversión que no se vio en nada aligerada al descubrir que se había dejado olvidado el libro que estaba leyendo, la biografía de Tolstoi de A. N. Wilson, en la cámara superior de la torre. Aquel lugar le producía satisfacción y consuelo, de lo que ahora se encontraba tan necesitado. Tras cerrar la puerta frontal del molino, no sin tener que vencer la fuerza del viento, se abrió camino alrededor de la curva de la torre, encendió las luces y subió al piso superior. Fuera, el viento ululaba y gemía como un trabajo de demonios enloquecidos, pero allí, en aquella minúscula celda en forma de cúpula

reinaba una tranquilidad extraordinaria. Aquella torre había aguantado ciento cincuenta años y había resistido galernas mucho peores. Obedeciendo un impulso, abrió la ventana que daba al este y dejó que penetrara una ráfaga de viento, fuerza salvaje y purificadora. Fue en aquel momento que, por encima de la pared de pedernal que cercaba el patio de Martyr's Cottage, vio un resplandor en la ventana de la cocina. No era una luz de tipo corriente y, al observarla con atención, la vio oscilar, apagarse después y volver a oscilar de nuevo para después intensificarse y convertirse en rojos fulgores. Todo aquel que hubiera visto alguna vez aquella luz sabía lo que significaba: Martyr's Cottage estaba en llamas.

small>Se deslizó casi por las dos escaleras que unían las dos plantas del molino y, precipitándose a la sala de estar, se detuvo en ella el tiempo justo para telefonear a los bomberos y a una ambulancia, contento de no haber metido el coche en el garaje. Unos segundos más tarde conducía a toda velocidad a través de la áspera hierba de la zona costera. Detuvo el Jaguar y se precipitó a la puerta principal. Estaba cerrada con llave. Durante un segundo consideró la posibilidad de abrirla a golpe de coche, pero se dio cuenta de que se trataba de una estructura del siglo XVII de roble macizo y que perdería unos valiosos segundos en inútiles maniobras y aceleraciones. Echó, pues, a correr hacia un lado de la pared, se agarró a la parte superior, se aupó con las manos y saltó al patio trasero. Tardó un segundo en comprobar que también la puerta trasera estaba atrancada por arriba y abajo. Sabía quién se encontraría dentro y por ello se dispuso a sacarla por la ventana. Rompió su chaqueta y se envolvió con ella el brazo derecho mientras, al mismo tiempo, abría del todo el grifo exterior y se empapaba la cabeza y la parte superior del cuerpo. Todo él chorreaba agua al flexionar el brazo y, con el codo, romper el cristal de la ventana. Sin embargo, era un cristal muy grueso, previsto para afrontar las galernas de invierno, por lo que tuvo que ponerse de pie en el alféizar, y apoyándose en el marco de la ventana, derribar a puntapiés violentos y repetidos el cristal de la ventana, mientras las lenguas de fuego se precipitaban sobre él.

Al otro lado de la ventana había un doble fregadero, sobre el que se afianzó Dalgliesh y, aspirando el abundante humo, se dejó caer de rodillas y comenzó a andar a gatas en dirección hacia ella. Se encontraba tendida en el suelo entre la cocina y la mesa, su largo cuerpo rígido como el de una estatua. Su ropa y sus cabellos estaban en llamas y tenía los ojos clavados en el techo, bañada en lenguas de fuego. Sin embargo, las llamas no habían dañado su rostro que con los ojos abiertos parecía mirarlo con una intensidad propia de una paciencia tan fanática que no pudo por menos de evocar la imagen de Agnes Poley, como si las mesas y sillas en llamas fueran los troncos chisporroteantes de su atormentado martirio mientras, por encima del humo acre, llegaba hasta él el espantoso hedor de carne quemada.

Quiso tirar del cuerpo de Alice Mair, pero se encontraba torpemente atrapado debajo del borde de la mesa quemada, que se había derrumbado sobre sus piernas. De una manera u otra tenía que ganar unos segundos de tiempo. Se tambaleó tosiendo a

través del humo hasta el fregadero, abrió los dos grifos y, cogiendo una cacerola, la llenó de agua y la arrojó sobre las llamas. Repitió varias veces la operación. Se oyó un leve siseo y el fuego se extinguió en una pequeña zona. Sacándole de encima a puntapiés la madera carbonizada, se dispuso a cargarse aquel cuerpo sobre los hombros y, tropezando, llegó a la puerta, pero los cerrojos, ardientes al tacto, estaban pasados hasta el final. Tendría que sacarla a través de la ventana. Jadeando debido al esfuerzo, empujó el peso muerto por encima del fregadero, pero el cuerpo rígido quedó atrapado en los grifos y tardó una eternidad en liberarla, empujarla por la ventana y verla, finalmente, desaparecer por ella. Aspiró una profunda bocanada de aire puro y, agarrándose al borde del fregadero, trató de encaramarse, pero descubrió de pronto que no tenía fuerza en las piernas. Las sentía clavadas en el suelo y tuvo que dejar reposar los brazos en el borde del fregadero para impedir caer en el fuego que cada vez iba invadiendo más terreno. Hasta aquel momento no había sentido ningún dolor, pero ahora este hundía sus garras en sus piernas y en su espalda y lo mordía como si estuviera acosado por una manada de perros. Se sentía incapaz de acercar la cabeza a los grifos abiertos, pero juntando las manos se las llenó de agua y se la echó al rostro, como si aquella fresca bendición pudiera calmar la tortura de las piernas. De pronto se sintió acometido por la casi irresistible tentación de abandonarse, de dejarse caer en las llamas en lugar de debatirse en imposibles esfuerzos para escapar. No fue más que un segundo de locura, suficiente para acicatearlo a intentar un último y desesperado esfuerzo. Se agarró a los grifos, a uno con cada mano, y lenta y penosamente se subió al fregadero. Ahora sus rodillas tenían un punto de apoyo en el borde y estaba en condiciones de echarse por la ventana. A su alrededor había todo un oleaje de humo y a sus espaldas tenía largas lenguas de fuego rugientes que lo perseguían. Los oídos casi le estallaban con el rugido. Era un rugido que llenaba toda la zona costera y ya no sabía si lo que oía era el fuego, el viento o el mar. Intentó un último esfuerzo y se sintió caer sobre el cuerpo blando de Alice Mair. Se apartó rodando de aquel cuerpo que ya no ardía. La ropa que lo cubría se había quemado y de ella solo quedaban jirones negros adheridos a los restos de carne. Hizo un esfuerzo para ponerse de pie y, medio a rastras medio tambaleándose, se dirigió al grifo situado en la parte exterior, que alcanzó antes de perder la conciencia. Lo último que oyó fue el siseo que producía el chorro del agua al extinguir el fuego de sus ropas.

Un minuto más tarde abrió los ojos. Sentía la dureza de las piedras en su espalda y, al tratar de moverse, el espasmo del dolor le hizo lanzar un grito. Jamás había sentido un dolor como aquel. Pero ya un rostro, pálido como la luna, estaba inclinado sobre él: era Meg Dennison. Acordándose de aquella cosa ennegrecida que yacía junto a la ventana, Dalgliesh aún pudo decir:

—¡No mire! ¡No mire!

Pero ella contestó con voz suave:

—Está muerta. Ya está, pero he tenido que mirar.

Y en aquel momento dejó de reconocerla: sus pensamientos, como desorientados, navegaban en otro sitio, en otra época. En medio de la multitud de espectadores que observaban con la boca abierta y de soldados armados con picas que custodiaban el cadalso, vio de pronto a Rickards que le decía:

—No es una cosa, señor Dalgliesh, sino una mujer.

Y entonces cerró los ojos, mientras los brazos de Meg lo rodeaban. Dalgliesh volvió la cara y la apretó contra la chaqueta de Meg, mordiendo la lana para no tener que avergonzarse de estar llorando. Entonces sintió las manos frescas de Meg que se posaban en su rostro.

—Ya viene la ambulancia —dijo ella—, la estoy oyendo. No se mueva, amigo mío, que todo saldrá bien.

El último sonido que llegó hasta él fue el campanilleo de los bomberos cuando ya volvía a abandonarse en la inconsciencia.

EPÍLOGO

Miércoles 18 de enero

1

No fue hasta mediados de enero cuando Adam Dalgliesh volvió al molino de Larksoken, un día soleado y tan caluroso que parecía que la zona costera estuviera bañada en la fulgurante diafanidad de una primavera prematura. Meg había arreglado las cosas para pasar por el molino por la tarde para decirle adiós y, al pasar por la puerta del jardín trasero y atravesar la zona costera, vio que ya habían florecido las primeras campanillas de invierno y se agachó para contemplar, embelesada, sus delicadas cabezuelas verdes y blancas que temblaban movidas por la brisa. La hierba era muelle a sus pies y a lo lejos volaba y se lanzaba en picado una bandada de gaviotas que era como una lluvia de blancos pétalos.

El Jaguar estaba aparcado fuera del molino y a través de la puerta abierta entraba un rayo de luz que incidía en la desnuda habitación. Dalgliesh estaba de rodillas metiendo en cajas lo que quedaba de los libros de su tía. Las pinturas, ya empaquetadas, estaban arrimadas a la pared. Meg se arrodilló a su lado y comenzó a pasarle los libros atados con cordeles.

—¿Cómo tiene las piernas y la espalda? —le preguntó.

—Un poco envaradas y las cicatrices todavía me duelen de vez en cuando, pero van mejor.

—¿Ha desaparecido el dolor?

—Ha desaparecido el dolor.

Trabajaron unos minutos en amigable silencio y, al cabo de un rato, Meg dijo.

—Sé que no quiere que se lo diga, pero todos le estamos agradecidos por lo que ha hecho con los Blaney. El alquiler que le cobra por el molino es ridículo y Ryan lo sabe.

—No le hago ningún favor. Buscaba una familia que viviera en la localidad y que quisiera instalarse aquí y él era la persona idónea. Después de todo, esta casa no la habita nadie. Si está preocupado por el importe del alquiler, puede considerarse un vigilante de la casa. Convénzalo de que, en realidad, yo debería pagarle a él.

—No son muchos los que buscarían como guardián a un artista excéntrico con cuatro hijos. Este lugar será muy adecuado para ellos: dos cuartos de baño, una buena cocina y la torre para que Ryan pueda pintar en ella. Theresa ha sufrido una transformación. Desde la operación está mucho más fuerte y está radiante de felicidad. Ayer vino a vernos a la rectoría para darnos la noticia y dijo que había estado tomando medidas de las habitaciones y pensando cómo colocará los muebles. Esta casa es mucho más adecuada para ellos que Scudder’s Cottage, aunque Alex no hubiera decidido venderlo y desembarazarse de él para siempre. No se lo reprocho. ¿Sabía que también piensa vender Martyr’s Cottage? Supongo que, como tiene tanto trabajo con el nuevo cargo, quiere romper con la zona costera y con sus recuerdos. Es natural. No sé si se habrá enterado de lo de Jonathan Reeves: se ha comprometido con una chica de la central, una tal Shirley Coles. La señora Jago ha recibido una

carta de Neil Pascoe en la que le dice que, después de un par de trabajos que no le interesaron, al final ha conseguido uno temporal como asistente social en Camden. Según la señora Jago, parece feliz. También hay buenas noticias de Timmy, por lo menos yo las considero buenas. La policía localizó a la madre de Amy, pero ni ella ni el hombre con el que vive quieren saber nada del niño, por lo que podrá ser adoptado. Así podrá encontrar una pareja que le ofrecerá amor y seguridad.

Y en seguida calló, temiendo haber charlado en exceso y pensando que probablemente Dalgliesh no estaría interesado en los cotilleos locales. Sin embargo, había una pregunta que desde hacía tres meses le rondaba los pensamientos y que necesitaba hacerle, porque él era la única persona que se la podía contestar:

—Diga, ¿acepta Alex que su hermana sea la asesina de Hilary? Nunca me he atrevido a preguntárselo al inspector Rickards, aparte de que él tampoco me lo habría dicho. No se lo puedo preguntar a Alex, porque desde la muerte de su hermana no hemos vuelto a hablar de ella ni del asesinato y en el entierro casi no pudimos hablar.

Sabía que Rickards habría confiado alguna cosa a Adam Dalgliesh, quien dijo:

—No creo que Alex Mair sea un hombre capaz de engañarse a sí mismo en relación con hechos que le resultan molestos. Seguramente conoce la verdad, pero no por esto ha de admitirla ante la policía. Oficialmente acepta la versión de la policía con respecto a que la asesina está muerta, ya sea esta Amy Camm, Caroline Amphlett o Alice Mair. El problema es que todavía no se tiene ni una sola prueba concreta que relacione a la señorita Mair con la muerte de Hilary Robarts y tampoco hay suficientes pruebas circunstanciales póstumas para calificarla de asesina. De haber vivido y de haber revocado la confesión que le hizo a usted, dudo que Rickards hubiera tenido motivo justificado para detenerla. El veredicto de las investigaciones sigue abierto, lo que significa que incluso la teoría del suicidio está por demostrar. El informe de los bomberos confirma que lo que provocó el incendio fue una olla de grasa hirviendo al volcarse, probablemente mientras ella se encontraba cocinando o quizás ensayando una nueva receta.

Meg dijo con amargura:

—Entonces todo se basa en lo que yo dije, ¿verdad? La historia improbable contada por una mujer que tiene un historial irregular y con antecedentes de depresión nerviosa. Esto quedó muy claro cuando me interrogó el inspector Rickards, quien parece estar obsesionado con el aspecto de la relación: si yo tenía inquina a Alice, si nos habíamos peleado… Cuando terminó de interrogarme yo ya no sabía si me juzgaba una pérfida embustera o cómplice de Alice.

Incluso después de tres meses y medio de la muerte resultaba difícil pensar en aquellos largos interrogatorios sin aquella mezcla destructora y familiar de dolor, miedo e irritación. Meg había tenido que contar la misma historia una vez y otra ante aquellos ojos inquisitivos y escépticos. Meg entendía por qué se había mostrado tan reacio a creerla: a ella siempre le había costado mentir de manera convincente y él sabía que ella mentía. Pero ¿por qué?, había preguntado él. ¿Qué razón daba Alice

Mair para el asesinato? ¿Cuáles eran sus motivos? Nadie podía obligar a su hermano a que se casara con Hilary Robarts. Habría sido diferente si no se hubiera casado nunca, pero su exmujer aún estaba viva. Entonces, ¿qué hacía imposible aquel matrimonio para ella? Ella no se lo había dicho y únicamente había reiterado obstinadamente que Alice quería impedirlo. Meg había prometido no decírselo y nunca se lo diría, como tampoco se lo diría a Adam Dalgliesh, que era el único hombre a quien quizá podría habérselo confesado. Adivinaba que también él lo sabía, pero que nunca se lo pediría. Una vez que lo había visitado en el hospital, Meg le había dicho de pronto:

—Usted lo sabe, ¿verdad?

Y él había contestado:

—No, no lo sé, pero lo adivino. El chantaje no es un motivo raro en el asesinato.

Pero no había hecho preguntas y por esto Meg le estaba agradecida. Ahora sabía que si Alice le había dicho la verdad era porque había planeado que Meg no estaría viva al día siguiente para contarla. Tal como lo había planeado, las dos debían morir juntas. Pero al final se había echado atrás. Era casi seguro que el *whisky* estaba mezclado con tabletas para dormir, pero Alice se lo había arrebatado suavemente de las manos. Al final Alice había sido fiel a la amistad y ella sería también fiel a su amiga. Alice había dicho que debía una muerte a su hermano y, aunque Meg había meditado acerca de aquellas palabras, todavía no había podido desentrañar su significado. Si Alice debía una muerte a su hermano, ella, por su parte, debía a Alice su lealtad y su silencio.

—Tengo pensado comprar Martyr's Cottage cuando terminen las reparaciones —dijo Meg—. He reunido un pequeño capital con la venta de la casa de Londres y cuento con la promesa de una hipoteca, que es todo lo que me hace falta. He pensado que la podría alquilar en verano para aligerar los gastos. Más adelante, cuando los Copley ya no me necesiten, podría trasladarme a vivir allí. Me gusta la idea de que la casa me esté esperando.

Dalgliesh se sorprendió de que quisiera volver a un sitio que le haría revivir recuerdos tan traumáticos, pero no lo dijo. Como si tuviera necesidad de contar más cosas, Meg continuó.

—Han ocurrido cosas terribles a tanta gente que ha vivido aquí… no solo a Agnes Poley, sino a Hilary, a Alice, a Amy y a Caroline. Pese a todo, sigo encontrándome a gusto aquí, me siento como en casa, es un sitio en el que quiero vivir. Si en Martyr's Cottage hay espíritus, deben de ser espíritus benignos.

—Es un suelo muy pedregoso para echar raíces en él —dijo Dalgliesh.

—Quizá sea la clase de suelo que necesitan mis raíces.

Una hora más tarde se había despedido de él. Entre los dos, no revelada, estaba la verdad, y ahora él se marchaba y quizá no volvería a verlo nunca más. Con una sonrisa sorprendida y feliz Meg se dio cuenta de que estaba un poco enamorada de Dalgliesh. Pero no importaba, porque estaba tan libre de tristeza como de esperanza.

Al llegar a lo alto de un pequeño cerro de la zona costera se volvió y miró hacia el norte, cara a la central nuclear, generadora y símbolo de la poderosa y misteriosa energía que nunca podría desvincular de la imagen de aquella nube en forma de hongo tan curiosamente hermosa, símbolo igualmente de la arrogancia intelectual y espiritual que había conducido a Alice al asesinato, y le pareció por un segundo que oía el eco de la última sirena de advertencia que transmitía con su grito su terrible mensaje a la zona costera. El mal no termina con la muerte del hombre que hace el mal porque en alguna parte, en ese mismo momento, a lo mejor un Silbador ya está urdiendo su espantosa venganza contra un mundo donde nunca ha estado a gusto. Pero esto ocurría en un impredecible futuro y el miedo no tenía realidad. La realidad estaba allí, en un momento aislado de tiempo bajo el sol, en las temblorosas briznas de hierba de la zona costera, en el mar centelleante que se extendía a franjas azules y moradas hasta el horizonte, con una sola vela como única ala, los rotos arcos de la abadía donde la luz melosa del sol arrancaba destellos de oro del pedernal, las grandes aspas del molino, inmóviles y silenciosas, el sabor a sal transportado por el aire. Aquí se fusionaban el pasado y el presente, mientras que su vida, con sus triviales intrigas y deseos, no era sino un momento insignificante de la larga historia de la zona costera. Meg sonrió a aquellas portentosas imaginaciones y, volviéndose para dar un adiós final con la mano a la alta figura que se había quedado junto a la puerta del molino, se dirigió resueltamente a casa. Los Copley debían de estar esperándola para el té de la tarde.



PHYLLIS DOROTHY JAMES, conocida como P. D. James (Oxford, 3 de agosto de 1920 —ibídem, 27 de noviembre de 2014)1 fue una escritora británica de novelas policíacas. Estudió en Cambridge. Trabajó como administradora en la Seguridad Social de 1949 a 1968, y después como funcionaria pública del ministerio del Interior de 1968 a 1979. Empezó a escribir relativamente tarde y publicó su primera obra, *Cubridle el rostro*, en 1963; en ella aparece por primera vez el policía Adam Dalgliesh, su personaje más famoso.

Las obras más conocidas de P. D. James pertenecen al género de la novela policíaca, y están protagonizadas por el inspector Adam Dalgliesh: *Un impulso criminal* (1963), *Muertes poco naturales* (1967), *Mortaja para un ruiseñor* (1971), *Muerte de un forense* (1977), e *Intrigas y deseos* (1989).

La popularidad de la autora, así como la de su detective, crecieron con la adaptación de varias de sus obras en una famosa serie de televisión y con otros títulos como *La torre negra* (1975), *Sangre inocente* (1980) o *Sabor a muerte* (1986).

También creó el personaje de Cordelia Gray, investigadora privada que aparece en las novelas: *No apto para mujeres* (1972) y *La calavera bajo la piel* (1982).

Su obra *The Children of Men* (1992), la primera de sus obras que no pertenece al género detectivesco, es una novela futurista ambientada en un mundo carente de niños, no fue tan bien recibida como sus anteriores títulos pero en 2006 tuvo una elogiada adaptación cinematográfica de título homónimo: *Children of Men*, con dos nominaciones a los premios Óscar, a cargo del realizador mexicano Alfonso Cuarón.

En 1994 volvió al género con *El pecado original*, otro misterio para el inspector Adam Dalgliesh. En 1999 salió a la luz su libro de memorias *La hora de la verdad: un año de mi vida*. Recientemente ha publicado *El faro, Muerte en la clínica privada* (2008) y *La muerte llega a Pemberley* (2011).

Notas

[1] Guy Fawkes fue un conspirador inglés (1570-1606) que organizó la famosa Conspiración de la Pólvora para derrocar al rey y al Parlamento. Ha pasado al folklore inglés y el 5 de noviembre se quema su efigie. (N. de la T. <<

[2] Pizarra es, en inglés, *blackboard*, literalmente «tablón negro». <<

[3] *Bumble*, nombre de la marca de la zapatilla en cuestión, es una palabra que significa, en inglés, «abejorro».(N. de la T.). <<

[4] *Field View* significa «Vista del campo». <<

[5] *People Against Nuclear Power* (Ciudadanos contra la energía nuclear). (N. de la T.). <<

[6] «*CND*» (Campaign for Nuclear Disarmament).(Campaña para el Desarme Nuclear).(N. de la T.). <<

[7] *Friends of the Earth* (Amigos de la Tierra).(N. de la T.). <<

[8] Viaje por la Europa continental que en otros tiempos emprendían los jóvenes aristócratas británicos para completar su educación.(N. de la T.). <<

[9] Antiguo emplazamiento de ejecuciones públicas de Londres, donde actualmente se encuentra Hyde Park.(N. de la T.). <<